

EN LA LUZ DE LA VERDAD

Mensaje del Grial

de

Abdrushin

*¡Quien
no se esfuerza por
comprender correctamente
la Palabra del Señor
se torna culpable!*

¡Para orientación!

La venda cae y la creencia se torna convicción. ¡Solamente en la convicción residen liberación y redención!

Hablo solamente para aquellos que buscan con sinceridad. ¡Ellos deben estar capacitados y dispuestos a examinar esto objetivamente! Los religiosos fanáticos y entusiastas volubles que permanezcan a la distancia, puesto que son nocivos para la Verdad. En cuanto a los malévolos e incoherentes, deben encontrar en las propias palabras su juicio.

El Mensaje alcanzará solamente a aquellos que traen abierta en sí una chispa de la Verdad y el anhelo de ser realmente seres humanos. Para todos esos ella también se tornará un lucir y un firme apoyo. Sin rodeos ella conducirá hacia afuera de toda caótica confusión actual.

La palabra que viene a continuación no trae una nueva religión, sino que deberá ser la antorcha para todos los oyentes o lectores sinceros, a fin de que encuentren el camino correcto que los conduzca hacia la anhelada altitud.

Sólo quien se mueve por sí mismo puede progresar espiritualmente. El necio, que se sirve para eso de las formas listas de las concepciones ajenas, como medio de auxilio, sigue su senda como que si fuese apoyándose en muletas, mientras que sus propios miembros sanos permanecen inactivos.

Sin embargo, tan pronto cuando utilice todas las facultades, que yacen dormidas en él a la espera de su llamado, valientemente, como medio para la escalada, él aprovecha las dádivas que le fueran confiadas de acuerdo con la voluntad de su Creador, y superará, como si de un juego se tratase, todos los obstáculos que quieran cortar su camino, distrayéndole la atención.

¡Por lo tanto, despertad! ¡Solamente en la convicción reposa la verdadera creencia, y la convicción sólo viene a través de exámenes y análisis irrestrictos! ¡Sed seres vivos en la maravillosa Creación de vuestro Dios!

Abdruschin

1. ¿Qué buscáis?

¿Qué buscáis? ¿Decid, qué significa ese impulso impetuoso? Como un bramido él atraviesa el mundo, y oleadas de libros se derraman sobre todos los pueblos. Eruditos buscan en las antiguas escrituras, investigan, cavilan hasta el agotamiento espiritual. Profetas surgen para advertir, prometer... ¡de todos los lados se quiere de repente, como en estado febril, propagar nueva luz!

Así se pasa en la actualidad, como una tormenta, por el alma humana alborotada, sin nutrir ni refrescar, pero sí chamuscando, consumiendo, y absorbiendo las últimas fuerzas que le quedaron a la dilacerada alma humana, en estas sombras de la actualidad.

También aquí y allá, se manifiesta un susurro, un murmullo de expectación creciente, por algo que está por venir. Inquieto está cada nervio, tenso por un anhelo inconsciente. Palpita, burbuja y paira sobre todo, de modo latente y sombrío, una especie de atontamiento. Generando desgracia. *¿Qué habrá de nacer de eso? Confusión, desaliento y ruina, si no es rasgada con vigor la camada oscura que ahora envuelve espiritualmente el globo terrestre, la cual, con la viscosidad de los charcos inmundos, absorbe y sofoca, antes de que se torne fuerte cada libre pensamiento luminoso que surge, la cual, con el silencio lúgubre de un pantano, ya reprime, descompone y destruye en el germen cada buena voluntad, antes de que pueda surgir desde ahí una acción.*

El grito de los que buscan la Luz, sin embargo, que contiene fuerza para romper el fango, es desviado, y su sonido se pierde contra una bóveda impenetrable, erigida con empeño justamente por aquellos que suponen ayudar: *¡Ellos ofrecen piedras en lugar de pan!*

Examinad los innumerables libros:

¡A través de ellos el espíritu humano solamente se cansará, no se vivificará! Y eso es la prueba de la esterilidad de todo lo que es ofrecido. Puesto que lo que cansa al espíritu nunca es lo cierto.

¡Pan espiritual refresca inmediatamente, Verdad tonifica, y Luz vivifica!

Personas sencillas tienen que desanimarse, al ver que muros están siendo levantados alrededor del más Allá, por la así llamada ciencia del espíritu. *¿Quién, de entre los sencillos, puede entender las frases eruditas, las extrañas expresiones? ¿Está el más Allá destinado solamente para los científicos del espíritu?*

¡Se habla ahí de Dios! ¿Es acaso de menester erigir una universidad, para en ella adquirir primeramente las capacidades de reconocer el concepto de la divinidad? ¿Adónde conduce esa manía que en la mayor parte está arraigada solamente en la ambición?

Como ebrios titubean los lectores y los oyentes, desde un lugar a otro, inciertos, tullidos en sí mismos, unilaterales, pues fueron desviados del camino sencillo.

¡Escuchad, oh desalentados! Erguid la mirada, vosotros que buscáis con sinceridad: ¡El camino hacia el Altísimo se encuentra listo, delante de cada ser humano! ¡Erudición no es el portal hacia allá!

¿Acaso Cristo Jesús, ese gran ejemplo en el verdadero camino para la Luz, eligió a sus discípulos entre los cultos fariseos? ¿Entre investigadores de las escrituras? Los ha cogido de lo sencillo y de lo simple, porque ellos no tenían que luchar contra este gran error, lo de que el camino hacia la Luz es difícil de aprender y debe ser arduo de seguir.

¡Este pensamiento es el mayor enemigo de las criaturas humanas, pues es mentira!

¡Por eso, distanciaos de toda y cualquier sabiduría vana, allí donde se trate de lo que hay de más sagrado en el ser humano y que requiere ser plenamente comprendido! Alejaos,

porque la ciencia, como obra mal hecha del cerebro humano, es fragmentaria, y como tal tiene que permanecer.

Meditad, ¿cómo habría de poder la ciencia, penosamente aprendida, conducir hacia la divinidad? ¿*Qué es el saber, en realidad?* El saber es lo que el cerebro puede comprender. Cuan estrictamente limitada es, sin embargo, la capacidad de comprensión del cerebro, que permanece atado firmemente a espacio y tiempo. Sin embargo, la eternidad y el sentido del infinito no logra un cerebro humano alcanzar. Precisamente eso, que se halla atado inseparablemente de la divinidad. Silencioso, sin embargo, permanece el cerebro, ante esa fuerza inaprensible que penetra todo lo que existe y de la cual él mismo agota su actividad. La fuerza que todos sienten día tras día, hora tras hora, en cada momento, como algo evidente, que incluso la propia ciencia siempre ha reconocido como algo existente, y que con el cerebro, por lo tanto con el saber y el intelecto, busca en vano asimilar y comprender.

Tan defectuosa es, pues, la actividad de un cerebro, de la piedra fundamental e instrumento de la ciencia, y esa limitación se hace sentir lógicamente también a través de las obras que construye, por lo tanto, a través de todas las propias ciencias. Por consiguiente, la ciencia es útil como *complemento*, para una comprensión mejor, para subdividir y clasificar todo cuanto ella recibe ya listo desde la fuerza creadora precedente, sin embargo, ella tiene que malograr incondicionalmente, si pretende ella misma arrogarse a guía o crítica, mientras se prenda, como hasta ahora, tan firmemente al intelecto, es decir, a la facultad de comprensión del cerebro.

¡Es por esa razón que la erudición, y también la humanidad que por ella se rige, permanecen siempre presas a pormenores, mientras cada ser humano trae en si el gran, inaprensible todo como regalo, que lo capacita totalmente, sin aprendizaje agotador, a alcanzar lo que hay de más noble y sublime!

¡Por eso, acabad con ese innecesario tormento de una esclavitud espiritual! No es en vano que el gran Maestro exclame: ¡Sed como los niños!

¡Quien posee en sí la firme voluntad para el bien y se esfuerza por emplear pureza a sus pensamientos, *ése ya encontró el camino hacia el Altísimo!* Y así, todo lo demás le será concedido. Para eso, no necesita de libros ni de esfuerzo espiritual y de una penitencia o aislamiento. Se torna sano de cuerpo y alma, libre de toda la presión de sofismas malsanos; pues cualquier exagero perjudica. ¡Debéis ser criaturas humanas, y no plantas de invernadero, que debido al desarrollo unilateral sucumben a las primeras ráfagas de viento!

¡Despertad! ¡Mirad al alrededor! ¡Escuchad vuestro interior! ¡Solamente eso es capaz de abriros el camino!

No prestéis atención a las disputas entre las iglesias. El gran portador de la Verdad, Cristo Jesús, la encarnación del amor divino, no ha preguntado por religión alguna. ¿Qué son, además, las confesiones religiosas hoy? Ataduras del libre espíritu del ser humano, esclavización de la chispa de Dios que habita en vosotros; dogmas *(Doctrinas de las iglesias) que buscan restringir la obra del Creador y también Su inmenso amor en las formas estrechas del sentido humano, lo que corresponde al rebajamiento de la divinidad, devaluación intencional. ¡Todo investigador sincero es rechazado por ese procedimiento pues a través de él jamás podrá vivenciar la gran realidad, con lo que se tornará cada vez más sin esperanza su anhelo por la Verdad, haciéndole por fin desesperarse de sí mismo y del mundo! ¡Por lo tanto, despertad! Destruid los muros dogmáticos de dentro de vosotros, extirpad la venda para que la Luz pura del Altísimo pueda penetrar en vosotros. Vuestro espíritu se alzaré entonces, jubiloso, hacia las alturas, sentirá, regocijándose, el gran amor del Padre, quien desconoce cualquier límite del intelecto terreno. ¡Sabréis finalmente que sois una parte de él y lo comprenderéis sin esfuerzo y completamente, os uniréis a él, y luego ganaréis diariamente,

hora tras hora, nueva fuerza, como una dádiva, que os tornará evidente la ascensión hacia fuera de la confusión!

2. ¡Despertad!

¡Despertaos, vosotros seres humanos, del sueño de plomo! Reconoced el fardo indigno que cargáis y que pesa con una indecible y tenaz presión sobre millones de criaturas. ¡Echadlo fuera! ¿Acaso merece ser cargado? ¡Ni siquiera un solo segundo!

¿Qué contiene él? Paja vacía que se desvanece temerosa al soplo de la Verdad. Desperdisteis el tiempo y la fuerza en vano. ¡Reventad, por lo tanto, las cadenas que os prenden abajo, tornaos finalmente libres!

El ser humano que permanezca encadenado interiormente será por toda la eternidad esclavo, aunque sea un rey.

Vosotros os atáis con todo lo que os esforzáis en aprender. Reflexionad: con el aprendizaje os comprimis siempre en formas ajenas que otros concibieron, os adherís con buena voluntad a convicciones extrañas, solamente os apropiando de aquello que otros vivenciaron en ellos, para sí mismos. Considerad: ¡una misma cosa no vale para todos! Lo que es útil para uno puede perjudicar a otro. Cada cual tiene que recorrer por sí mismo su propio camino hacia el perfeccionamiento. Su aparato para ello son las facultades que trae en sí. ¡De acuerdo con ellas debe orientarse, y sobre ellas edificar! Si no lo hace, permanecerá un extraño dentro de sí mismo, y siempre se encontrará *al lado* de aquello que estudió, y que jamás logrará tornarse vivo dentro de él. Así, cada provecho para él está descartado. Vegeta, y un progreso le es imposible.

Tened en cuenta, vosotros los que os esforzáis con sinceridad por la Luz y por la Verdad:

El camino hacia la Luz cada cual debe vivenciarlo en sí, debe descubrirlo *personalmente*, si desea caminar con seguridad sobre él. ¡Solamente aquello que el ser humano vivencia en sí mismo, intuyendo en todas las modificaciones, es lo que ha comprendido plenamente!

El dolor y también la alegría golpean continuamente a la puerta, estimulando, agitando hacia un despertar espiritual. Durante segundos permanece entonces el ser humano ahí muchas veces liberado de todas las futilidades de la vida diaria y, tanto en la felicidad como en el dolor, presiente la ligazón con el espíritu que sobrepasa todo lo que es vivo.

¡Pues *todo* es vida, nada está muerto! Feliz de aquél que comprende y retiene tales momentos de ligazón, elevándose con eso hacia lo alto. No debe ahí asirse a formas rígidas, pero sí desarrollarse por sí mismo, a partir de su interior.

Tened lástima de los burladores y de todos aquellos que aún desconocen la vida espiritual. No os enojéis con ellos, cuando se vuelvan sarcásticos; pues éstos son apenas dignos de pena. Como ebrios, como enfermos se encuentran ante la gran obra de la Creación, que tanto nos ofrece. ¡Como ciegos que pasan, palpando, por la existencia terrena, y no ven todo el esplendor que los rodea!

Los pobres están confusos, duermen; ¿pues cómo puede un ser humano, por ejemplo, todavía afirmar que solamente existe lo que él ve? Que más allá, donde él con sus ojos nada logra distinguir, no haya vida alguna. ¿Que, con la muerte de su cuerpo, también él deja de existir, solamente porque hasta ahora, en su ceguera, no pudo convencerse con sus ojos de lo contrario? ¿No sabe él que ahora, ya por muchos hechos, cómo es de estrechamente limitada la capacidad del ojo humano? ¿No sabe él también que ella está ligada a las capacidades de su cerebro, sometidas a tiempo y espacio? ¿Y que, por esa razón, todo cuanto está por *encima* de espacio y tiempo él *no* puede reconocer con sus ojos? ¿Ninguno de esos burladores comprendió aún tal fundamentación lógica del intelecto? La vida espiritual, llamémosla también del más Allá, es, sin embargo, solamente algo que se halla enteramente encima del

concepto terreno de espacio y tiempo, y que requiere, por lo tanto, un camino idéntico para ser reconocido.

Sin embargo, nuestro ojo ni siquiera ve aquello que se deja clasificar en el tiempo y en el espacio. Imagina la gota de agua, cuya incondicional pureza cada ojo puede dar testimonio y que, observada a través de un microscopio, encierra miles de seres vivos, que en su interior, sin piedad, luchan y se destruyen. ¿No hay, a veces, bacilos en el agua, en el aire, que poseen fuerza para destruir cuerpos humanos, y que no son perceptibles para los ojos? Sin embargo se tornan visibles a través de instrumentos perfeccionados. ¿Quién, después de eso, osará todavía afirmar que no encontraréis cosas nuevas hasta el momento desconocidas, después de que perfeccionéis mejor tales instrumentos? Perfeccionadlos mil veces, millones de veces, aún así la visión no tendrá fin, pero sí, delante de vosotros se desvendarán siempre mundos nuevos que antes no podíais ver ni sentir y que, sin embargo, ya existían. El pensamiento lógico conduce a idénticas conclusiones también sobre todo aquello, que las ciencias hasta ahora lograron reunir. Se da la expectativa de permanente desarrollo y jamás, sin embargo, de un fin.

¿Qué es, entonces, el más Allá? Muchos se confunden con esa *palabra*. El más Allá es simplemente todo aquello que no se deja reconocer por medios auxiliares terrenos. Medios auxiliares terrenos, sin embargo, son los ojos, el cerebro, y todo lo demás del cuerpo, así como los instrumentos que ayudan a esas partes a realizar sus actividades de modo más claro y exacto, expandiéndolas. Se podría decir, por lo tanto: el más Allá es lo que se encuentra más allá de las facultades de reconocimiento de nuestros ojos corpóreos. *¡Una separación, sin embargo, entre este mundo y el más Allá no existe!* ¡Ni tampoco ningún abismo! Todo es homogéneo, como la Creación entera. *Una* fuerza fluye tanto en el Aquí como en el más Allá, todo vive y actúa desde esa única corriente de vida y, por eso, es completa e indisolublemente interconectado. A partir de eso, se torna comprensible lo que sigue. Cuando una parte de ese todo se enferma, debe el efecto hacerse sentir en la otra parte, como en un cuerpo. Partículas enfermas de esa otra parte fluyen entonces hacia las ya enfermas, a través de la atracción de la igual especie, reforzando más aún la enfermedad. Si dicha enfermedad, sin embargo, se torna incurable, surge entonces la indispensable contingencia de apartar a la fuerza el miembro enfermo, con el fin de que el conjunto no sufra permanentemente. Y el peligro condiciona efecto recíproco saludable que, debido a la sintonización errada, es dificultado, a veces, de forma inimaginable.

Por ese motivo, cambiad vuestra forma de pensar. ¡No existe un Aquí y un más Allá, pero solamente una existencia una! La noción de separación fue inventada solamente por el ser humano, por no poder ver todo y por considerarse el punto central y principal del ambiente que a él le es visible. Pero su campo de actuación es mayor. Con el error de la separación, él solamente se restringe, vehementemente, impide su progreso, y da lugar a fantasías desenfrenadas, originando imágenes monstruosas. ¿Es de sorprenderse, entonces, si, como consecuencia, muchos solamente tienen una sonrisa incrédula, otros una adoración malsana que se convierte en esclavitud o degenera en fanatismo? ¿Quién puede ahí todavía sorprenderse con el miedo tímido, sí, aflicción y pavor que son criados en muchos seres humanos? ¡Arrojad fuera todo eso! ¿Por qué ese tormento? ¡Derribad esa barrera que el error de los seres humanos ha buscado levantar, y que, aun así jamás existió! La sintonización equivocada de hasta ahora os da también una base falsa sobre la cual os esforzáis inútilmente en edificar sin fin la verdadera fe, es decir, la convicción interior. Por eso, os chocáis con puntos, con rocas que os tornan vacilantes o dudosos, u os obligan a destruir de nuevo el edificio entero, para en seguida, tal vez abandonar todo con desaliento o rencor. En eso, el perjuicio es solamente vuestro, pues para vosotros no existe progreso, sino solamente parada o

retroceso. El camino, sin embargo, que tenéis que recorrer, se torna, de esta forma, aún más largo.

Cuando hayáis por fin comprendido la Creación como un todo, tal cual es, y cuando no hagáis ninguna separación entre el Aquí y el más Allá, luego tendréis el camino recto, la meta verdadera estará más cerca, y la ascensión os causará alegría, os dará satisfacción. Podréis entonces sentir y comprender mucho mejor los efectos de la reciprocidad que pulsan, llenos de vida, a través del conjunto, del homogéneo, pues toda la actuación es impulsada y mantenida por aquella fuerza única. ¡La Luz de la Verdad irrumpe así para vosotros!

Reconoceréis pronto que, para muchos, solamente la comodidad y la pereza es la causa de burlas, solamente porque les costarían esfuerzos para derribar lo que fue aprendido y considerado hasta el momento, y construir algo nuevo. Y a otros eso les a cambiará la habitual rutina, y por eso se les torna incómodo. Dejad a esos tales, no peleéis; sin embargo, ofreced con servicial voluntad vuestro saber para aquellos quienes no estén contentos con los placeres pasajeros y que buscan algo *más* en la existencia terrena, no siendo como los animales, que solamente buscan satisfacer su cuerpo. Dad a ellos el reconocimiento que estáis obteniendo, no enterréis el tesoro, pues con el dar, vuestro saber también se vuelve, recíprocamente, aún más rico y más fuerte.

En el Universo, gobierna una ley eterna: ¡Que solamente en el dar también puede haber un recibir, cuando se trata de valores que son permanentes! Eso penetra muy profundo, traspassa la Creación entera, como un legado sacrosanto de su Creador. ¡Dar sin interés, ayudar donde sea necesario, y tener comprensión para el sufrimiento del prójimo como para sus debilidades, significa recibir, pues éste es el camino sencillo y verdadero hacia el Altísimo!

¡Y el querer eso seriamente redundará en vuestro inmediato auxilio y fuerza! Un solo deseo intuitivo sincero y profundamente hacia el bien, y ya será destrozada, como por una espada de fuego, por el otro lado ahora todavía invisible para vosotros, la muralla que vuestros propios pensamientos hasta ahora habían erguido como obstáculo; pues vosotros sois, sí, uno solo con el más Allá, tan temido, negado o deseado por vosotros, sois atados a él estrecha e inseparablemente.

Intentadlo; pues vuestros pensamientos son los mensajeros que enviáis, y que a vosotros regresan sobrecargados con lo que fue intencionado por vosotros, sea algo bueno o malo. Así es como sucede. Recordad que vuestros pensamientos son algo que se forma espiritualmente, tornándose frecuentemente configuraciones que sobreviven a la existencia terrena de vuestro cuerpo, y luego mucho se os esclarecerá. Evidenciará así la precisión de lo que fue dicho: ¡Pues sus obras os seguirán! ¡Las creaciones de pensamientos son obras que habrán de esperaros! Que forman anillos claros u oscuros a vuestro alrededor y que tendréis que transponer para penetrar en el mundo espiritual. Ninguna protección, ninguna interferencia puede ayudaros ahí, porque tenéis la autodeterminación. El primer paso hacia todo, por lo tanto, tiene que partir de vosotros. No es difícil, reside solamente en la volición que se manifiesta por los pensamientos. De esta suerte, lleváis en vosotros mismos tanto el cielo como el infierno.

¡Podéis decidir, pero estáis sujetos a las consecuencias de vuestros pensamientos y de vuestro querer, de forma incondicional! Las consecuencias, vosotros mismos las creáis, por eso os clamó: ¡Conservad puro el foco de vuestros pensamientos, con ello estableceréis la paz y seréis felices!

No os olvidéis que cada pensamiento por vosotros creado y enviado atrae, durante el trayecto, a todos los de la misma especie o se adhiere a otros, con eso se va volviendo fuerte, cada vez más fuerte y por fin alcanza también una meta, un cerebro que tal vez se haya distraído durante algunos segundos solamente, dando así lugar a tales formas flotantes de

pensamientos, para que entren y actúen. ¡Imaginad qué responsabilidad recae entonces sobre vosotros, si el pensamiento un día se transforma en acción por una persona en quien logró actuar! Dicha responsabilidad se manifiesta ya por la circunstancia de que cada pensamiento conserva una unión incesante con vosotros, como a través de un hilo inquebrantable, para entonces regresar con la fuerza adquirida durante el trayecto, para sobrecargaros o tornaros felices, según la especie que generasteis.

Así nos encontramos en el mundo de los pensamientos, y damos también lugar, con el respectivo modo de pensar, a formas de pensamientos semejantes. Por eso, no desperdiciéis la fuerza del pensar, al contrario, concentradla para la defensa y para una forma de pensar *agudizada* que salga como lanzas, actuando sobre el todo. ¡Cread así con vuestros pensamientos la *lanza sagrada* que combate por el bien, que cicatriza heridas y beneficia a toda la Creación!

¡Por eso, para el actuar y el progresar, sintonizad en eso el pensar! Para hacerlo, tendréis que tambalear muchas columnas que soportan concepciones tradicionales. Muchas veces se trata de un concepto equivocadamente absorbido, que no permite encontrar el verdadero camino. Hay que retroceder al punto desde donde partió. ¡Un vislumbre de luz pone abajo la construcción entera, que él penosamente construyó durante decenios, y entonces empieza nuevamente la obra después de un mayor o menor atontamiento! Él es *obligado*, ya que en el Universo no existe estagnación. Tomemos, por ejemplo, la noción del tiempo:

¡El tiempo pasa! ¡Los tiempos cambian! Así se escucha hablar por todas partes a los seres humanos decir, y con eso surge involuntariamente en nuestro espíritu un cuadro: *¡vemos tiempos mutables pasando por nosotros!*

Ese cuadro se convierte en costumbre, y para muchas personas forma una base sólida por donde van edificando, orientando todas sus investigaciones y reflexiones según eso. No tardarán mucho, sin embargo, hasta que choquen entonces con obstáculos, que se encuentren en contradicción los unos con los otros. Ya nada se ajusta, ni siquiera con la mejor buena voluntad. Se pierden y se dejan lagunas, que, pese a todo el cavilar, no pueden más ser rellenadas. Muchas personas creen entonces que en tal contingencia se debe recurrir a la *fe*, como sucesión, cuando el pensamiento lógico no encuentra ningún amparo. ¡Pero eso es errado! ¡El ser humano no debe creer en cosas en las cuales no pueda comprender! Debe buscar comprenderlas; de lo contrario abrirá completamente la puerta a los errores, y con los errores siempre también se desvaloriza la Verdad.

¡Crear sin comprender es solamente indolencia, pereza mental! Eso no lleva al espíritu hacia las alturas, al contrario, lo oprime. Por consiguiente, yergamos la mirada, debemos examinar e investigar. No es sin razón que dentro de nosotros tengamos el impulso para ello.

¡El tiempo! ¿Pasará realmente? ¿Cuál es la razón por la que chocamos con obstáculos los cuales se refieren a ese principio, cuando ahí se quiere seguir en el pensar? Muy simple, porque el pensamiento básico es *falso*; *¡pues el tiempo permanece parado!* ¡Nosotros, sí, somos los que marchamos hacia su encuentro! Invertimos el tiempo nadando hacia adentro, que es eterno, buscando en su interior la Verdad. El tiempo permanece parado. ¡Sigue siendo el mismo hoy, ayer, y en un millar de años! Solamente son las formas las que varían. ¡Nos sumergimos en el tiempo, para buscar en el regazo de sus registros, a fin de fomentar nuestro saber con las colecciones que él encierra! Pues nada se perdió, todo él preservó. No cambió, porque es eterno. ¡Tú también, oh ser humano, eres siempre solamente el mismo, parezcas joven o anciano! ¡Permaneces aquél que eres! ¿Tu propio ya no lo percibisteis? ¿No fijas nítidamente una diferencia entre la forma y tu “yo”? ¿Entre el cuerpo, que está sujeto a alteraciones, y tu, el espíritu, que es eterno?

¡Vosotros buscáis la Verdad! ¿Qué es la Verdad? ¡Lo que hoy todavía admitís como Verdad se os patentará ya mañana como errores, para más tarde descubrir otra vez que en esos errores se encuentran granos de Verdad! Pues también las revelaciones cambian sus formas. ¡Sigue así para vosotros con incesante investigación, pero en la modificación madurareis!

La Verdad, sin embargo, permanece siempre la misma, no cambia; ¡pues es eterna! ¡Y siendo eterna, jamás podrá, ante los sentidos materiales que sólo distinguen mutaciones de formas, ser comprendida real y claramente! ¡Por eso, espiritualizaos! Libres de todos los pensamientos terrenos, poseeréis la Verdad y estaréis en la Verdad, a fin de bañaros en ella, irradiados constantemente por su límpida luz; pues ella os envuelve totalmente. Nadareis en ella, después que os espiritualicéis.

¡Entonces no tendréis más necesidad de aprender arduamente las ciencias tampoco temer cualquier error, por lo que ya tendréis para cada pregunta la respuesta en la propia Verdad, además, no tendréis entonces más preguntas, porque, sin que lo penséis, lo sabréis todo, lo abarcaréis todo, porque vuestro espíritu *vive* en la Luz límpida, en la Verdad!

Por consiguiente, ¡tornaos libres espiritualmente! ¡Reventad todas las cadenas que os detienen abajo! Si con eso se presentan obstáculos, seguid alegres hacia su encuentro; ¡pues significan para vosotros el camino hacia la libertad y hacia la fuerza! Consideradlos como una dádiva, donde surgen beneficios para vosotros y, fácilmente, iréis transponiéndolos.

O éstos son colocados en vuestro camino para que aprendáis con ello y os desarrolléis, con lo que aumentaréis vuestros recursos para la ascensión, o son efectos retroactivos de alguna culpa, que con ello redimiréis y de la cual os podréis liberar. En ambos casos os llevarán adelante. ¡Por lo tanto, seguid adelante, es por vuestra salvación!

Es tontería hablar de golpes del destino o probaciones. Cada lucha y cada sufrimiento es un progreso. Con ello es ofrecida al ser humano la oportunidad de anular sombras de faltas anteriores; pues ni un sólo centavo puede ser perdonado a cada uno, porque el circular de las leyes eternas en el Universo también es inexorable respecto a eso, leyes en las cuales se revela la voluntad creadora del Padre, que así nos perdona y deshace todas las tinieblas.

El más mínimo desvío en eso reduciría el mundo a escombros, tal es la claridad y sabiduría en la que todo está dispuesto.

Quién, sin embargo, tenga muchas cosas anteriores que saldar, ¿no deberá tal persona desalentarse entonces, aterrorizándose ante el rescate de las culpas?

¡Puede comenzar con ello eso seguro y alegre, libre de cualquier preocupación, apenas cuando *quiera con sinceridad!* ¡Pues una *compensación* puede ser creada a través de la corriente contraria de una fuerza de buena voluntad, que en el espiritual se convierte viva igual que otras formas de pensamientos y una potente arma capaz de alejar cada lastre de las tinieblas, todo peso, y conducir el “yo” hacia la Luz!

¡Fuerza de voluntad! ¡Un poder no sentido por tantos, que como un imán que nunca falla atrae hacia sí mismo las fuerzas iguales, para con ellas crecer como una avalancha, y atado a otros poderes espirituales semejantes, actúa retroactivamente, alcanzando nuevamente el punto de partida, por lo tanto, el origen o, mejor dicho, el progenitor, llevándolo hacia lo alto hacia la Luz o hundiéndolo aún más profundamente en el lodo y la mugre! Según la especie que el propio causante deseó anteriormente. ¡Quién conoce esa acción recíproca que se realiza de forma permanente e infalible, existente en toda la Creación, que en ella se deflagra y desenvuelve con inamovible certeza, éste ya la sabe utilizar, teniendo que amarla, teniendo que temerla! Para él se torna vivo gradualmente el mundo invisible que lo rodea; pues siente sus efectos con tal nitidez, que se quita cada duda. ¡Tiene que intuir las fuertes olas de actividad infatigable que actúan sobre él, procedentes del gran Universo, apenas cuando fije solamente un poco su atención para ello, sintiendo, por fin, que él es el foco de

fuertes corrientes, cual un lente que capta los rayos solares y los hace convergir sobre un punto generando una fuerza que actúa inflamando, pudiendo quemar y destruir, así como curar y vivificar, traer bendiciones, y la cual también es capaz de encender un fuego abrasador! *Tales lentes también somos nosotros*, capaces de, ante nuestra voluntad, enviar esas corrientes invisibles de fuerza que nos alcanzan, concentradas en un potencial, hacia finalidades benéficas o maléficas, llevando bendiciones o también destrucción a la humanidad. ¡Un fuego abrasador podemos, debemos encender con eso en las almas, el fuego del entusiasmo para el bien, para lo que es noble, para la perfección!

Para ello es menester solamente de una fuerza de voluntad que torna al ser humano de cierta forma el señor de la Creación, para la determinación de su propio destino. ¡Su propia voluntad le resulta la destrucción o la redención! Crea, con inexorable certeza, la recompensa o los castigos.

No temáis, pues, que este saber os aleje del Creador, u os debilite la fe de hasta ahora. ¡Al contrario! ¡El conocimiento de esas leyes eternas, que podemos utilizar, hace con que toda la obra de la Creación nos parezca aún más sublime, obligando al investigador perspicaz a postrarse de rodillas, lleno de devoción, ante su grandeza!

Y después de eso jamás el ser humano querrá el mal. Se agarrará con alegría al mejor apoyo que existe para él: ¡al amor! ¡Amor por toda la Creación maravillosa, amor por su prójimo, a fin de también conducirlo hacia arriba, a la magnificencia de ese usufructuar, de esa conciencia de fuerza!

3. El silencio

En cuanto surja en ti un pensamiento, cuida para retenerlo, no lo pronuncies inmediatamente, sino, nútrelo; pues él se comprime ante la contención en el silencio y gana en fuerza, como el vapor bajo la contrapresión.

La presión y la compresión generan la propiedad de una actuación magnética según la ley de que todo lo que es más fuerte atrae a lo débil hacia sí mismo. Formas de pensamientos análogas serán, a través de eso, atraídas desde todas partes, reforzando cada vez más la fuerza del propio pensamiento primitivo, y a pesar de eso actúan de modo que la primera forma generada se va moldeando por la unión de formas ajenas, se va transformando y adquiriendo formas variables, hasta alcanzar su madurez. Sientes todo dentro de ti, sin embargo, juzgas siempre que sea únicamente por tu propia voluntad. *¡Pero en cosa alguna das enteramente tu propia voluntad, tienes siempre allí algo ajeno!*

¿Qué te dice ese fenómeno?

¡Que solamente en la fusión de muchas partículas algo perfecto puede ser creado! ¿Creado? ¿Es eso cierto? ¡No, sino formado! Pues de hecho no hay nada nuevo por crear, se trata en todo caso solamente de un nuevo formar, puesto que todas las partículas ya existen en la gran Creación. Cumple solamente impulsar esas partículas para que actúen hacia el camino de la perfección, lo que trae la fusión.

¡Fusión! No pases de largo por tal palabra, procura antes profundizarte en ese concepto de que la madurez y la perfección son alcanzadas por medio de la fusión. ¡Esa sentencia reposa en toda la Creación, como una joya que requiere ser descubierta! ¡Está íntimamente ligada con la ley de que solamente en el dar también se puede recibir! ¿Y qué es lo que condiciona la exacta comprensión de esas sentencias? ¿Es decir, la vivencia? ¡El amor! ¡Y por eso el amor constituye también la fuerza máxima, como poder ilimitado dentro de los misterios del gran existir!

Tal como la fusión, que en el caso de un solo pensamiento, forma, pule y moldea, así es como sucede con el propio ser humano y con toda la Creación, que en la interminable fusión de formas individuales existentes pasa por nuevas configuraciones, debido a la fuerza de voluntad, y luego se forma el camino hacia la perfección.

¡Un ser aislado no puede ofrecerte la perfección, pero sí la humanidad entera, en la pluralidad de sus características! Cada cual tiene algo que pertenece de manera incondicional al conjunto. Por eso ocurre también que una persona que ya alcanzó un amplio progreso, ya no conociendo más ningún tipo de codicia terrena, sienta amor por la humanidad entera y no por un ser aislado, pues solamente la humanidad entera consigue hacer vibrar las cuerdas de su alma madurada, liberadas a través de la purificación, en armoniosa sinfonía celestial. ¡Trae armonía en su interior, porque todas las cuerdas vibran!

Volvamos al pensamiento que atrajo hacia si las formas ajenas y que así se fue tornando fuerte, cada vez más fuerte: por fin él va más allá de ti en cerradas olas de fuerza, rompe el aura de tu propia persona y pasa a ejercer una influencia sobre un ámbito más amplio.

A eso la humanidad lo llama magnetismo personal. Los laicos dicen: “¡Irradias un no sé qué!” Conforme a la especie, es algo desagradable o agradable. Atractivo o repulsivo. ¡Pero se siente!

¡Sin embargo, no irradias nada! El fenómeno que produzco el sentimiento en esas otras personas tuvo su origen en el hecho de que atraes magnéticamente hacia ti todo lo que es espiritualmente de la misma especie. Y ese atraer se torna perceptible a las personas más

próximas. Ya que en eso también reside el efecto recíproco. En el contacto, esa otra persona siente entonces nítidamente tu fuerza, naciendo a través de eso la “simpatía”.

Mantén siempre ante tus ojos que: Todo cuanto es espiritual, expresado según nuestros conceptos, es magnético, y así te es conocido que siempre lo más fuerte supera a lo débil, por la atracción y por la absorción. Por eso “se le quita al pobre (débil) hasta mismo lo poco que aún le queda”. Él se torna dependiente.

En eso no reside ninguna injusticia, sino cumplimiento según las leyes divinas. El ser humano necesita solamente animarse, querer realmente, y estará protegido de eso.

Naturalmente lanzarás entonces la pregunta: ¿Y cómo será cuando todos quieran ser fuertes? ¿Cuándo ya no haya nada que quitar a nadie? Entonces, querido amigo, *será un intercambio espontáneo*, subordinado a la ley según la cual solamente dando también se puede recibir. No ocurrirá paralización por eso, pero todo cuanto sea inferior estará extinto.

Así ocurre que, debido a la pereza, muchos se tornan dependientes en el espíritu, a veces, por fin, mal poseen todavía la capacidad de desarrollar sus propios pensamientos.

Debe ser subrayado que solamente la igual especie es atraída entre sí. De aquí el proverbio: “Cada oveja con su pareja”. Así se juntarán siempre los que son dados a la bebida, fumadores tienen “simpatías”, charlatanes, jugadores, etc., pero también los de índole noble se encuentran para fines elevados.

Sin embargo, aún sigue: aquello que se esfuerza espiritualmente también se efectúa finalmente *físicamente*, siempre que todo lo espiritual sobrepase la materia gruesa, razón por la cual cabe tener siempre en mente la ley de la acción de retorno, porque un pensamiento siempre mantiene ligazón con su origen, provocando en esa ligazón irradiaciones retroactivas.

Me refiero aquí siempre solamente a los pensamientos *reales*, que contienen en sí la fuerza vital de la intuición anímica. No al desperdicio de fuerzas de la substancia cerebral que a ti te fue confiada como instrumento, que forma solamente pensamientos volátiles que se manifiestan como emanaciones difusas en desordenada confusión y que, felizmente, luego se deshacen. Tales pensamientos solo te cuestan tiempo y energía, desperdiciando con ello un bien que a ti te fue confiado.

Meditas, por ejemplo, seriamente sobre determinada cosa, tal pensamiento se tornará fuertemente magnético dentro de ti por la fuerza del silencio y atraerá todos los afines, tornándose, de ese modo, fecundo. Él madura y transpone los límites de la rutina, penetra debido a eso incluso en otras esferas, recibiendo desde ahí la afluencia de pensamientos más elevados... ¡la inspiración! Por esa razón, en la inspiración, en contraste con la mediumnidad, el pensamiento básico debe partir de ti mismo, debe formar un puente hacia el más Allá, el mundo espiritual, a fin de allí beber conscientemente de una fuente. Por consiguiente, la inspiración no tiene nada que ver con la mediumnidad. De esa forma el pensamiento madurará dentro de ti. Avanzas para la realización y *llevarás, comprimido por tu fuerza*, a la realización de aquello que ya pairaba antes en innumerables partículas del Universo, como formas de pensamientos.

¡De esta manera creas con algo espiritual ya hace mucho tiempo existente, por medio de la fusión y de la compresión, *una nueva forma!* Así, en la Creación entera, siempre cambian solamente las formas, pues todo lo demás es eterno e indestructible.

Guárdate de pensamientos confusos, y de toda la superficialidad en el pensar. El descuido se venga amargamente; pues sin demora te verás rebajado a un lugar tumultuado de influencias extrañas, lo que te tornará fácilmente irritable, inconstante e injusto en comparación con tu ambiente más próximo.

¡Si tienes un pensamiento auténtico y lo retienes bien, así finalmente esa fuerza concentrada también tiene que impeler hacia la realización; pues el desarrollo de todo se desenvuelve espiritualmente, *ya que toda fuerza es solamente espiritual!* Lo que entonces resulta visible para ti son siempre solamente las últimas manifestaciones de un proceso magnético-espiritual ocurrido anteriormente y que se realiza siempre uniformemente según un orden predeterminado.

Observa, y cuando pienses y sientas, luego tendrás la prueba de que toda la vida real *sólo* puede ser en verdad *la espiritual*, donde únicamente se ubican el origen y también el desarrollo. Tienes que llegar a la convicción de que todo cuánto ves con los ojos del cuerpo de hecho son solamente manifestaciones del espíritu, que impulsan eternamente.

Cualquier acción, hasta aún el más pequeño movimiento de una persona, es precedida siempre de una voluntad espiritual. Los cuerpos desempeñan en tales casos solamente la función de instrumentos vivificados por el espíritu, que propiamente sólo adquirieron consistencia a través de la fuerza del espíritu. Así sucede también con los árboles, las piedras y toda la Tierra. Todo es vivificado, traspasado e impulsado por el espíritu creador.

Puesto que toda la materia, por lo tanto, lo que es visible terrenamente, sólo viene a ser el efecto de la vida espiritual, no te resultará difícil comprender que, según la especie *más inmediata* de la vida espiritual que nos rodea, así se formarán también las *circunstancias terrenas*. Lo que desde ahí uno deduce lógicamente es claro: a la propia humanidad le es dada, por la sabia disposición de la Creación, la fuerza para formar para sí misma, de modo auto-creativo, las condiciones de vida ante la propia fuerza del Creador. ¡Bienaventurado el que la utilice solamente para el bien! ¡Pero ay de aquél que se permita inducir a emplearla para el mal!

En los seres humanos el espíritu solamente se encuentra envuelto y oscurecido por las ambiciones terrenas que, como escoria, adhieren a él, sobrecargándolo empujándolo hacia abajo. Sus pensamientos son, pues, actos de voluntad en los cuales reposa la fuerza del espíritu. *¡El ser humano dispone de la decisión para pensar bien o mal y puede así orientar la fuerza divina tanto para el bien como para el mal!* En eso reside la responsabilidad que el ser humano asume; pues la recompensa o el castigo habrá de venir, toda vez que todas las consecuencias de los pensamientos vuelvan hacia el punto de partida a través de la ley de la reciprocidad instituida, que nunca falla, y que en eso es inamovible, por lo tanto, inexorable. ¡Por eso también incorruptible, severa y justa! ¿No se dice lo mismo también a respecto a Dios?

Si muchos enemigos de la fe hoy en día no quieren saber nada más de una divinidad, todo eso no consigue alterar en nada los hechos que expuso. Basta que esas personas supriman la palabra “Dios” y que se ahonden seriamente en la ciencia, habrán de encontrar entonces *exactamente lo mismo*, solamente expresado en otras palabras. ¿No es, por lo tanto, ridículo discutir sobre eso? Ningún ser humano puede esquivar las leyes de la naturaleza, nadie puede nadar en sentido contrario a ellas. Dios es la fuerza que impulsa a las leyes de la naturaleza; la fuerza, que nadie todavía comprendió, que nadie vio, pero cuyos *efectos* cada uno, día a día hora a hora, incluso en las fracciones de todos los segundos, tiene que ver, intuir, observar, apenas cuando *quiera* ver, en sí mismo, en cada animal, en cada árbol, en cada flor, en cada fibra de una hoja cuando irrumpe del envoltorio para llegar a la luz. ¿No es ceguera oponerse tenazmente, mientras todos, incluso estos negadores obstinados, reconocen y comprueban la existencia de esta fuerza? ¿Qué es lo que les impide entonces de llamar Dios a esta fuerza reconocida? ¿Terquedad pueril? ¿O una cierta vergüenza por tener que admitir que durante todo ese tiempo buscaron negar obstinadamente algo, cuya existencia desde el principio les era evidente?

Seguramente no es nada de todo eso. La causa debe residir en el hecho de que fueron presentadas a la humanidad, desde tantas partes, caricaturas de la gran divinidad, con las cuales, en un serio pesquisar, ella no podía concordar. ¡La fuerza de la divinidad, que todo lo incluye y todo sobrepasa, ha de ser disminuida y desvalorizada ante el intento de imprimírsela en un cuadro!

¡En una reflexión profunda, ningún cuadro puede armonizarse con eso! Precisamente porque cada ser humano trae en sí el concepto de Dios, es que se opone lleno de sentimientos contra la restricción de la grandiosa e inaprensible fuerza que lo generó y que lo conduce.

El *dogma* es el culpable por el hecho de que una gran parte de aquellos, en su conflicto, busca transponer cada meta, muchas veces incluso oponiéndose contra la certeza que vive en su interior.

¡Pero no está lejos la hora en la que vendrá el despertar espiritual! ¡En la que serán interpretadas correctamente las palabras del Redentor, se comprenderá correctamente su gran obra de redención; pues Cristo nos trajo redención de las tinieblas, el camino hacia las alturas luminosas! ¡Y con la sangre en la cruz estampó el sello de su convicción!

¡La Verdad jamás fue diferente de lo que ya ha sido antaño y de lo que todavía es hoy y que habrá de ser por decenas de milenios; pues es eterna!

Por lo tanto, aprended a conocer las leyes que se encuentran en el gran libro de toda la Creación. Someterse a ellas significa: ¡amar a Dios! Pues con eso no provocáis disonancia alguna en la armonía, sino que contribuís para que los acordes vibrantes alcancen amplitud total.

Que digas: Me someto voluntariamente a las leyes existentes de la naturaleza, porque es por mi propio bien, o que digas: Me someto a la voluntad de Dios, que se revela en las leyes de la naturaleza o a la fuerza inconcebible que impulsa a las leyes de la naturaleza... ¿hay alguna diferencia en su efecto? La fuerza ahí está y tú la reconoces, la *tienes* que reconocer, sí, ya que no te resta a ti otra alternativa, apenas medites un poco... ¡y con eso reconoces a tu Dios, el Creador!

¡Y esa fuerza actúa en ti también en el pensar! ¡Por consiguiente, no hagas mal uso de ella, para el mal, sino si piensa en cosas buenas! No te olvides jamás: ¡Cuando creas pensamientos, empleas fuerza divina, con la cual eres capaz de alcanzar lo que hay de más límpido y excelso!

Busca no dejar jamás de fijarte en que todas las consecuencias de tu pensar recaen siempre sobre ti, según la fuerza, la dimensión y amplitud *del efecto* de los pensamientos, tanto en lo bueno como en lo malo.

Y como el pensamiento es espiritual, así también las consecuencias regresan de manera *espiritual*. Te encontrarán, por lo tanto, sea como sea, aquí en la Tierra, o a continuación en lo espiritual, después de tu fallecimiento. Porque son espirituales, tampoco están ligadas a la materia. ¡De eso resulta *que la descomposición del cuerpo no revoca el rescate!* La recompensa en el efecto retroactivo ocurrirá seguramente, temprano o tarde, aquí o allá. La ligazón espiritual permanece firme con todas tus obras; pues también las obras materiales terrenas poseen, sí, origen espiritual a través del pensamiento generador, y siguen existiendo, aunque todo lo que es terreno haya desaparecido. Por eso, hay veracidad en la expresión: “Tus obras te esperan, mientras el rescate todavía no te alcanzó en el efecto de retorno”.

Si, por ocasión de un efecto retroactivo, todavía estés aquí en la Tierra, o para aquí has vuelto de regreso, así se efectúa entonces la fuerza de las consecuencias de lo espiritual, *de acuerdo con la especie*, para bien o para mal, a través de las circunstancias, en tu ambiente o en ti mismo directamente, en tu cuerpo.

Aquí es una vez más indicado especialmente lo que sigue: *¡La verdadera y legítima vida se procesa en el espiritual!* Y ésta no conoce ni tiempo ni espacio, luego, tampoco separación alguna. Está por encima de los conceptos terrenos. Por esa razón, las consecuencias te encontrarán donde quiera estés, en el tiempo en el que, de acuerdo con la ley eterna, el efecto regresa al punto inicial. Nada se pierde, todo vuelve, eso es seguro.

Eso responde ahora también a la pregunta, ya tantas veces planteada, de cómo ocurre que personas visiblemente buenas a veces tienen que sufrir tanto en la vida terrena, y de tal forma, que es visto como injusticia. *¡Son rescates que les tienen que alcanzar!*

Conoces ahora la respuesta a esa pregunta; pues tu respectivo cuerpo no desempeña en eso papel alguno. Tu cuerpo no es tu propio ser, no es tu “yo” completo, pero sí un instrumento que elegiste para ti o que tuviste que tomar según las vibrantes leyes de la vida espiritual, a las cuales puedes llamar también leyes cósmicas, por si de alguna manera así te parecen más comprensibles. La respectiva vida terrena es solamente un corto espacio de tu verdadera existencia.

Sería un pensamiento terrible, si no hubiese salida alguna, ningún poder que se contraponga protectoramente a eso. Cuántos no deberían desanimarse al despertar hacia lo espiritual, y desearían, por preferencia, seguir durmiendo en la antigua rutina. ¡Ellos no saben, pues, *lo que* les espera y lo que todavía les alcanzará desde antaño por el efecto recíproco! O, como dicen los seres humanos: “Lo que ellos todavía tienen que reparar.”

Sin embargo, ¡no temas! Con el despertar a ti te es mostrado, en la sabia disposición de la gran Creación, también un camino, *por aquella fuerza de buena voluntad*, a la cual ya me refería especialmente y que atenúa los peligros del karma que se deflagra, o los aleja totalmente afuera. También eso el espíritu del Padre puso en tu mano. La fuerza de la buena voluntad forma a tu alrededor un círculo capaz de destruir el mal que afluye o atenuarlo bastante, de la misma forma que la atmósfera también protege al globo terrestre. Sin embargo, la fuerza de la buena voluntad, esa protección eficaz, es desarrollada y beneficiada por el poder del silencio.

Por lo tanto, a vosotros que buscáis, clamo una vez más insistentemente:

Mantened puro el foco de vuestros pensamientos, y, a continuación, practicad en primer lugar el gran poder del silencio, si queréis ascender.

¡El Padre ya ha depositado en vosotros la fuerza para todo ello! ¡Necesitáis solamente emplearla!

4. Ascensión

¡No os enredéis en una red, vosotros los que anheláis por el reconocimiento, pero sí tratad de ver con claridad!

Producto de la ley eterna, una obligación de expiación inalterable pesa sobre vosotros, la cual jamás podréis pasar hacia otros. ¡Aquello con lo que os sobrecargáis ante vuestros pensamientos, palabras o acciones, nadie más, sino vosotros mismos, puede rescataros! Reflexionad bien, pues de otro modo la justicia divina sería solamente un sonido hueco, cayendo todo lo demás con ella en ruinas.

¡Por lo tanto, liberaos! ¡No desperdiciéis ninguna hora para ultimar esa obligación de expiación! ¡La sincera voluntad hacia lo bueno, hacia lo mejor, que por medio de la oración profundamente intuita adquiere una mayor fuerza, *trae la redención!*

Sin la voluntad sincera y firme para el bien, jamás podrá ocurrir la expiación. ¡Continuamente todo cuanto es inferior irá, entonces, a proveer siempre a si mismo nuevo alimento para seguir existiendo y con eso exigir siempre nueva expiación sin treguas, hasta el punto de parecer que lo que sigue continuamente renovándose os parezca como un *único* vicio o sufrimiento! Se trata, sin embargo, de toda una cadena sin fin, siempre atando de nuevo, incluso antes de que los anteriores hayan podido desconectarse. Entonces jamás ocurre la redención, por exigir continuamente expiaciones. Es como si una cadena os emplomase al suelo. Ahí el peligro de que ocurra una queda aún más profunda es muy grande. ¡Por consiguiente, animaos por fin hacia la buena voluntad, vosotros que aún permanecéis de este lado o que, según vuestras concepciones, ya os encontráis en el otro lado! Con la persistente buena voluntad *sobrevenirá* el remate de todas las expiaciones, ya que aquél que quiere el bien y actúe en ese sentido no concede nuevo alimento para una nueva exigencia de expiación. De esa manera llega entonces la liberación, la redención, que únicamente permite la escalada hacia la Luz. *¡Escuchad la advertencia! ¡No hay otro camino para vosotros! ¡Ni para nadie!*

Con eso, cada uno adquirirá también la certeza de que nunca puede ser demasiado tarde. ¡Tal vez para el acto individual, evidentemente, vosotros mismos debéis así expiar, rescatar, pero en el momento en el que se inician con sinceridad vuestros esfuerzos hacia el bien, habréis clavado el hito para el remate de vuestra expiación, tened certeza de que entonces ese fin *tiene* que llegar, principiando así vuestra ascensión! Entonces podréis alegremente seguir rescatando todas vuestras expiaciones. Lo que entonces todavía va hacia vuestro encuentro ocurre a favor de vuestra salvación, se os acerca de la hora de la redención, de la liberación.

¿Comprendéis entonces el valor, cuándo yo os aconsejo iniciaros con toda la fuerza de la buena voluntad, en el pensar puro? ¿A no desistir, sino a agarraros en eso con toda la ansiedad, toda la energía? ¡Eso os eleva hacia lo alto! ¡Os transforma, así como a vuestro ambiente! Reflexionad que cada pasaje por la Tierra es una breve escuela, que no termina para vosotros con la desencarnación. ¡Viviréis continuamente o moriréis continuamente! ¡Disfrutaréis de felicidad continua o padeceréis continuamente! Quien supone que con el sepulcro terreno también para él está todo terminado, todo redimido, que se aleje y prosiga su camino; pues con eso solamente pretende engañarse a sí mismo. ¡Entonces quedará aterrorizado ante la verdad... *obligado* a empezar su camino de sufrimiento! Su verdadero yo, desabastecido de la protección de su cuerpo, cuya densidad lo envolvió como una muralla, será entonces atraído por su especie semejante, quedando cercado y apresado.

El ánimo del sincero querer hacia lo mejor, que podría liberarlo y elevarlo aún más, le será más difícil y por mucho tiempo imposible, porque entonces estará sujeto exclusivamente a la influencia del ambiente, que no trae en si ningún pensamiento luminoso de la especie que

pudiese despertarle y apoyarle. Tendrá que sufrir doblemente con todo lo que ha creado para él.

Por esa razón, un progreso entonces es además mucho más difícil de lo que era en carne y sangre, donde el bien camina al lado del mal, lo que sólo se torna posible bajo la protección del cuerpo terreno, porque... esa vida terrenal es una escuela donde al “yo” de cada uno le es dada la posibilidad de perfeccionamiento según su propio libre albedrío. ¡Por lo tanto, animaos por fin! ¡El fruto de cada pensamiento caerá sobre vosotros, sea aquí o en el más Allá, y tendréis que degustarlo! ¡Ningún ser humano puede huir de esta realidad! ¿De qué os sirve si, como el avestruz, buscáis meter con miedo la cabeza en la arena, ante esta realidad? ¡Enfrenad, pues, los hechos, bravamente! Con eso sólo os facilitaréis todo; pues aquí podéis progresar más de prisa. ¡Empezad! Siempre con la conciencia de que todo el pasado tiene que ser saldado. No esperéis, como muchos tontos, que la felicidad os vaya a caer del cielo inmediatamente en el regazo, entrando por puertas y ventanas. Quizás tengáis todavía muchos de vosotros que rescatar una enorme cadena. Aquél que por eso se acobarde se perjudicará a sí mismo, pues nada le podrá ser descontado ni quitado. Con vacilaciones solamente torna todo más difícil para él, sino imposible por largo tiempo. Eso debería servirle de estímulo para no desperdiciar más ni siquiera una hora; ¡pues solamente con el primer paso empezará a vivir! Bienaventurado aquél que se anime a ello; eslabón tras eslabón se irán desprendiendo de él. Con pasos agigantados puede avanzar, alegrándose y agradeciendo, venciendo también los últimos obstáculos; ¡pues se tornará libre!

Las piedras, que su actuación errada de hasta ahora ha amontonado delante de él como una pared, las cuales tenían que impedirle el avanzar, no serán por acaso retiradas, al contrario, le son puestas delante con todo cuidado para que las reconozca y las transponga, puesto que tendrá que saldar todos los errores. Sin embargo, con asombro y admiración, pronto verá el amor que en eso actúa a su alrededor, apenas demuestre su buena voluntad. El camino le será tan facilitado con delicado desvelo, como los primeros pasos de un niño que son amparados por la madre. Si hubiera hechos de su vida de hasta ahora que, temiendo en silencio, lo amedrentaron y que preferiría dejar dormir continuamente... ¡inesperadamente será colocado justamente ante ellos! Tiene que resolverlos, actuar. Visiblemente es impelido hacia eso debido al atamiento. Si osa, entonces, dar el primer paso con confianza en la victoria de la buena voluntad, se abrirá el nudo fatal, pasará por éste y quedará libre de él.

Sin embargo, en cuanto esta culpa sea rescatada, ya le surge otra bajo cualquier tipo de forma, exigiendo de modo idéntico ser también rescatada. Así se deshará de un eslabón de la cadena tras otro, que tenían que tullirlo y oprimirlo. ¡Se sentirá muy aliviado! Y la sensación de alivio que muchos de vosotros seguramente ya vivenciasteis alguna vez no es ninguna ilusión, sino el efecto de un hecho real. El espíritu, así liberado de la opresión, se tornará liviano y ascenderá de manera rápida, según la ley de la gravedad espiritual, hacia aquella región a la que él ahora pertenece conforme a su respectiva ligereza. Así tendrá que ir avanzando siempre hacia el encuentro de la Luz anhelada. La mala voluntad comprime al espíritu hacia abajo, tornándolo pesado, pero lo que es bueno le impulsa hacia arriba.

El gran Maestro Jesús ya os mostró también el camino sencillo para ello, que lleva infaliblemente a la meta; pues una profunda verdad yace en estas sencillas palabras: “*¡Ama a tu prójimo como a ti mismo!*”.

¡Con eso os dio la llave hacia la libertad, hacia la ascensión! ¿Por qué? Porque es incontestable: ¡lo que hagáis por el prójimo, lo haces, en realidad solamente para vosotros! Solamente para vosotros mismos, porque todo, según las leyes eternas, recae infaliblemente sobre vosotros, el bien o el mal, ya sea aquí y ahora o en el más Allá. ¡Vendrá! Por consiguiente, con eso a vosotros os es indicado el camino más sencillo, cómo debéis concebir el paso para llegar a la buena voluntad. ¡Con vuestra *manera* de ser, con vuestra especie

debéis de dar a vuestro prójimo! No ha de ser, necesariamente con dinero o bienes. Si así fuera los pobres estarían privados de la posibilidad de dar. Y en ese modo de ser, en ese “darse” en el convivir con vuestro prójimo, en la consideración, en el respeto que vosotros le ofrecéis voluntariamente, está el “amar” de lo cual nos habla Jesús, está también el auxilio que prestáis a vuestro prójimo, porque con eso él se torna capaz de modificarse a sí mismo o proseguir hacia las alturas, porque con ello él puede fortalecerse.

Las irradiaciones retroactivas de eso, sin embargo, os yerguen rápidamente en su reciprocidad. A través de ellas recibiréis siempre nuevas fuerzas. Con vuelo bramante lograréis, entonces, dirigiros al encuentro de la Luz...

Pobres necios, los que todavía pueden indagar y cuestionarse: “¿Qué gano yo con eso, si abandono tantas costumbres antiguas y cambio?” ¿Acaso se trata de hacer un negocio? Y si ganasen solamente como seres humanos, como tal en la forma de ser más elevados, incluso ya sería bastante grande la recompensa. ¡Sin embargo es infinitamente mucho más! Os repito: con el principio de la buena voluntad, se coloca en cada uno también el hito para el fin de su obligatoria expiación, la cual tiene que cumplir, de la cual jamás podrá escapar. Por la que nadie puede sustituirle. Con dicha resolución él coloca, por consiguiente, un fin previsible a la obligación de expiación. Se trata de un valor que ni todos los tesoros de este mundo son capaces de sobrepasar. De esa forma se libra de las cadenas de esclavo que él mismo continuamente ha forjado para sí. Por lo tanto, despertad del sueño que os enerva. ¡Dejad por fin llegar el despertar!

¡Acabad con la embriaguez que, entorpecedora, trae la ilusión de que la redención por intermedio del Salvador se tornó un salvoconducto, para que podáis pasar la vida entera con descuido, entregándoos al “egocentrismo”, bastando con que os tornéis en el último momento creyentes, retrocediendo y dejando esta Tierra creyendo en el Salvador y en su obra! ¡Que insensatos, esperar de la divinidad una tan deplorable e imperfecta obra fragmentaria! ¡Eso significaría fomentar el mal! ¡Pensad en ello, liberaos!

5. Responsabilidad

Este tema sigue siendo primordial, porque a la gran mayoría de los seres humanos les gustaría librarse de toda la responsabilidad, echándola sobre cualquier otra cosa, excepto sobre sí mismos. Que eso constituya en sí una devaluación personal no tiene ninguna importancia para ellos. A tal respecto son de hecho muy humildes y modestos, pero solamente a fin de poder entregarse a una vida aún más placentera y sin escrúpulos.

Sería, pues, tan bonito poder satisfacer todos sus deseos y entregarse a todos sus excesos, incluso ante otras personas, quedándose exentos de castigo. Las leyes terrenales pueden, en casos de necesidad, ser fácilmente burladas, evitándose así conflictos. Los más hábiles pueden incluso, cubiertos por esas mismas leyes, realizar emprendimientos astutos muy exitosos y hacer muchas otras cosas que no soportarían ningún examen más pormenorizado. Incluso muchas veces granjean con eso sobre la fama de personas excepcionalmente eficientes. Por lo tanto, con alguna habilidad, se podría llevar una vida bien agradable, según sus propias ideas, si... si en cierto sitio no existiera un algo que despierte un sentimiento molesto, si no surgiese a veces una momentánea inquietud en el sentido de que, finalmente, muchas cosas podrían resultar un poco distintas de lo que el propio desear establece para sí mismo.

¡Y así es en verdad! La realidad es seria e inexorable. Los deseos humanos no pueden, a tal respecto, provocar alteraciones de especie alguna. Férrea se mantiene la ley: “¡Lo que el ser humano siembre, lo cosechará multiplicado!”

Estas pocas palabras contienen y dicen mucho más de lo que tantos piensan. Se corresponden, con precisión y certeza absolutas, con los fenómenos reales del efecto recíproco que reside en la Creación. No podría ser encontrada ninguna expresión más adecuada para tal hecho. Así como la cosecha resulta en la multiplicación de una siembra, de la misma forma el ser humano cosechará siempre multiplicado aquello que él despertó y emitió con sus propias intuiciones, de acuerdo a la especie de su pensamiento.

La criatura humana trae, por consiguiente, espiritualmente, la responsabilidad por todo cuanto ella hace. Esta responsabilidad ya empieza con la resolución, no solamente a partir del acto consumado, que nada más es sino que una consecuencia de la resolución. ¡Y la resolución es el despertar de un querer sincero!

No existe separación alguna entre el Aquí y el nombrado más Allá, por lo que todo es un único e inmenso existir. Toda esa Creación gigantesca, en parte visible y en parte invisible a los seres humanos, actúa como un engranaje admirablemente bien hecho, jamás fallando, que se articula con precisión, sin descarrilarse. ¡Leyes *uniformes* soportan el todo, las cuales, como un sistema nervioso, todo lo sobrepasan y sostienen, actuando mutuamente en constante efecto recíproco!

Cuando con eso entonces las iglesias y escuelas hablan del cielo y del infierno, de Dios y del diablo, están en lo correcto. Errada, sin embargo, es la explicación sobre las fuerzas buenas y malas. Eso inducirá a cualquier indagador serio inmediatamente a errores y dudas; pues donde existen *dos* fuerzas, lógicamente debe haber dos soberanos, en este caso por lo tanto, dos dioses, uno bueno y uno malo.

¡Y éste no es el caso!

¡Existe solamente *un* Creador, un Dios, y, por lo tanto, también solamente *una* fuerza que fluye, vivifica y fomenta todo lo que existe!

Esa fuerza de Dios, pura y creadora, fluye constantemente a través de toda la Creación, reside en ella y es inseparable de ella. La encontramos por todas partes: en el aire, en cada

gota de agua, en las rocas que se forman, en las plantas que crecen, en los animales y naturalmente también en las criaturas humanas. Nada existe donde ella no se presente.

Y así como ella todo lo sobrepasa, de la misma forma también penetra ininterrumpidamente en el ser humano. Éste, sin embargo, es constituido de tal manera, que se asemeja a una lente. Y así como la lente reúne los rayos solares que la atraviesan, conduciéndolos hacia adelante en forma concentrada, de manera que los rayos de calor, uniéndose en un punto, arden e inflaman prendiendo fuego, de la misma forma el ser humano, debido a su constitución especial, reúne por medio de su intuición la fuerza de la Creación que le atraviesa conduciéndola adelante, de forma concentrada, a través de sus pensamientos.

¡Según la clase de ese intuir y de los pensamientos que se conectan a él, el ser humano *dirige* la fuerza creadora de Dios, con actuación autónoma, para buenos o malos efectos!

¡Y ésa es la responsabilidad que el ser humano tiene que asumir!

Vosotros, que muchas veces buscáis de modo tan convulsivo encontrar el verdadero camino, ¿por qué tornáis eso tan difícil para vosotros mismos? Imaginad con toda la simplicidad cómo la fuerza pura del Creador fluye a través de vosotros, la cual dirigís con vuestros pensamientos en dirección buena o mala. ¡De esa manera, sin esfuerzos ni rompecabezas, tendréis todo! Considerad que depende de la simplicidad de vuestro intuir y pensar, si ahora esa fuerza prodigiosa resultase buena o mala. ¡Inmenso poder benéfico o destructivo os ha sido dado con ello!

¡En eso, no necesitáis esforzaros hasta que el sudor brote de vuestra frente, tampoco necesitáis agarraros a las denominadas prácticas ocultistas, a fin de, que ante contorsiones corporales y espirituales, posibles e imposibles, alcancéis algún escalón totalmente insignificante para vuestra verdadera ascensión espiritual!

Abandonad tales juguetes que os roban el tiempo y que ya tantas veces se transformaron en suplicios mortales, que nada más significan sino que las mortificaciones y flagelaciones de antaño en los monasterios. Representan solamente una u otra forma, las cuales tampoco os podrán traer provecho alguno.

¡Los llamados maestros y adeptos del ocultismo son modernos fariseos! En la más fiel acepción del término. Constituyen legítimas reproducciones de los fariseos del tiempo de Jesús de Nazaret.

Acordaos con alegría pura que podéis, sin ningún esfuerzo, a través de vuestro simple y bienintencionado intuir y pensar, dirigir esa fuerza única y gigantesca de la Creación. Exactamente conforme a la manera de vuestro intuir y de vuestros pensamientos son entonces los efectos de esa fuerza. Ella *actúa por sí sola*, bastando simplemente que la guiéis. ¡Y eso se procesa con toda la simplicidad y sencillez! Para tal caso no es necesaria la erudición, ni tampoco saber leer o escribir. ¡A *cada uno* de vosotros os es dada en igual medida! En eso no hay ninguna diferencia.

Así como un niño puede, jugando, encender una corriente eléctrica, al tocar un interruptor, de ahí resultando efectos increíbles, de la misma forma a vosotros os es regalado el don de guiar la fuerza divina, a través de vuestros sencillos pensamientos. ¡Vosotros podréis alegraros y estar orgullosos, en cuanto la empleéis para el bien! ¡Temblad, sin embargo, si la desperdiciáis o si la empleáis en cosas impuras! Pues no podréis huir ante la ley de la reciprocidad que está arraigada a la Creación. Aunque tuvieseis las alas de la aurora, a vosotros os alcanzaría la mano del Señor, de cuya fuerza con eso abusasteis, donde quiera que os escondieseis, y eso sucedería a través de ese efecto recíproco que actúa naturalmente.

¡El mal es producido por la misma pura fuerza divina, al igual que el bien!

Y esa manera de utilización, dejada al criterio de cada uno, de esta fuerza de Dios uniforme, contiene en si la responsabilidad de la cual nadie puede escapar. Por eso clamo a cada buscador: “¡Conserva puro el foco de tus pensamientos, con ello establecerás la paz y serás feliz!”

¡Regocijaos vosotros los ignorantes y débiles; pues a vosotros os es dado el mismo poder que a los fuertes! ¡No os dificultéis, por lo tanto, demasiado! ¡No os olvidéis de que la pura y autónoma fuerza de Dios fluye también a través de vosotros y que igualmente vosotros, como seres humanos, estáis capacitados para dar a esa fuerza una determinada dirección según la especie de vuestras intuiciones interiores, es decir, de vuestra voluntad, sea para el bien como para el mal, construyendo o devastando, llevando alegría o sufrimiento!

Siempre que existe solamente esa única fuerza de Dios, queda claro también el misterio del por qué, en cada seria lucha final, las tinieblas tienen que retroceder ante la Luz, y el mal ante el bien. Si dirigís la fuerza de Dios en el sentido del bien, ella permanecerá, sin turbación, en su pureza original y desarrollará de ese modo una fuerza mucho mayor, mientras que con la turbación hacia el impuro se procesará al mismo tiempo un enflaquecimiento. Así, en una lucha final, la *pureza* de la fuerza tendrá siempre efectos concretos y decisivos.

Lo que viene a ser el bien y el mal, cada uno lo siente hasta en la puntas de los dedos, sin explicaciones. Cavilar a tal respecto solo traería confusiones. Entregarse a lucubraciones supone un desperdicio de energías, es como un pantano, un lodazal viscoso que, inmovilizando, envuelve y asfixia todo lo que está a su alcance. Alegría radiante, sin embargo, rompe las barreras del lucubrar. ¡No tenéis la necesidad de estar tristes y oprimidos! ¡En todo momento podéis empezar la escalada hacia las alturas y reparar el pasado, sea cual sea! No hagáis nada más que pensar en el hecho de que la pura fuerza de Dios os penetra a vosotros continuamente, entonces vosotros mismos temeréis dirigir esa pureza hacia canales mugrientos de malos pensamientos, porque sin cualquier esfuerzo podréis alcanzar de la misma manera lo más elevado y lo más noble. Necesitáis solamente *dirigir*, la fuerza y entonces actuará por sí sola, en la dirección por vosotros deseada.

Tenéis así en vuestras propias manos la felicidad o la tristeza. Erguid, por lo tanto, orgullosamente la cabeza y, libre y sin temor, la frente. ¡El mal no puede acercarse, si no lo llamáis! ¡Así es como *elegís*, lo que os sucederá!

6. El destino

Las personas hablan sobre destino merecido e inmerecido, de recompensa y castigo, de revanchas y karma. *(Destino)

Todo eso son solamente designaciones parciales de una ley que reside en la Creación: *¡la ley de la reciprocidad!*

Una ley que reside en la Creación entera desde sus primeros orígenes; la ley que fue entretejida inseparablemente en el vasto proceso del eterno evolucionar, como parte indispensable del propio crear y del desarrollo. ¡Como un gigantesco sistema de delgadísimos hilos de nervios, esa ley mantiene y anima el inmenso Universo, impulsando permanente movimiento, en un eterno dar y recibir!

De forma sencilla y simple, pero con gran precisión, ya dijo el gran portador de la Verdad Cristo Jesús: “*¡Lo que el ser humano siembre lo cosechará!*”.

Estas pocas palabras reproducen tan brillantemente la imagen de la actuación y de la vida en toda la Creación, que difícilmente podría ser expresado de otra manera. El sentido de dichas palabras está férreamente entretejido en la existencia. De forma inamovible, intocable e incorruptible en su continuo efecto.

¡Podréis verlo, si lo *queréis!* Empezad por la observación del ambiente que a vosotros os es ahora visible. Aquello que llamáis leyes de la naturaleza son, pues, las leyes divinas, son la voluntad del Creador. Reconoceréis rápidamente cuán constantes son tales leyes en sus continuas actuaciones; ¡pues si sembráis trigo, no cosechareis centeno, y si sembráis centeno, no podrá surgir arroz! Esto es tan evidente a todo ser humano, que ya ni siquiera se piensa sobre el fenómeno en sí. Razón por la que tampoco se torna consciente de la severa y gran ley que ahí reside. Y, aun así, ahí se encuentra ante la resolución de un enigma, que no debería ser un enigma para él.

Esa misma ley, pues, que aquí podéis observar, actúa con la misma certeza y la misma potencia también en las cosas más delicadas que sólo sois capaces de averiguar ante el empleo de lentes de aumento y, siguiendo todavía, en la parte de la materia fina de toda la Creación, que es su parte más extensa. En cada fenómeno, ella yace inalterablemente, incluso en el desarrollo, en lo más sutil, de vuestros pensamientos, los cuales, sin embargo, son constituidos también de determinada materialidad, porque si fuese al contrario no podrían producir ningún efecto.

¿Cómo pudisteis suponer que justamente allí debería de ser diferente, donde vosotros quisierais? ¡Vuestras dudas otra cosa no son, en realidad, más que íntimos deseos no manifiestos!

En todo el existir que se os presenta de forma visible o invisible no es diferente, todo está basado en que cada especie da origen a su misma especie, sea cual sea la materia. La misma regla perdura para el crecimiento, el desarrollo y la fructificación, así como para la reproducción de la misma especie. Ese acontecimiento sobrepasa todo *uniformemente*, no hace diferencia alguna, no deja ninguna laguna, no se detiene delante de otra parte de la Creación, sino que conduce los efectos como un hilo inquebrantable, sin detenerse o romperse. Aunque la mayor parte de la humanidad, debido a su estrechez y arrogancia, se haya aislado del Universo, las leyes divinas o de la naturaleza no dejaron, por eso, de considerarla como parte integrante, continuando su trabajo tranquilamente de forma inalterable y uniforme.

¡La ley de la reciprocidad condiciona, también, que todo cuanto la criatura humana siembre, es decir, allí donde ella aporta una oportunidad hacia una acción o hacia un efecto, también lo *tendrá* que cosechar!

El humano dispone siempre solamente de la libre decisión, de la libre resolución en el principio de cada hecho, con relación a qué dirección debe ser dada, de cómo debe ser conducida esa fuerza universal que lo penetra. *Tendrá* entonces que asumir con las consecuencias resultantes de la fuerza activada en la dirección por él deseada. ¡Pese a eso, mucha gente se agarra a la afirmación de que el ser humano no tiene ningún libre albedrío si está sujeto a un destino!

Esa necesidad sólo debe de tener como finalidad un engañarse a sí mismo o una sumisión rencorosa por algo inevitable, una resignación disgustosa, y principalmente, sin embargo, una excusa para sí mismo; porque cada uno de esos efectos, que recaen sobre él, tuvieron un inicio y *en ese inicio* estaba la causa, en una *libre decisión* anterior del ser humano, para su posterior efecto. ¡Esa libre decisión precedió a *cada* acción de retorno, por lo tanto, a cada destino! Con un deseo inicial el ser humano produzco y creó algo, en lo cual, más tarde, en corto o largo plazo, él mismo tendrá que vivir. Sin embargo, es muy variable cuando eso ocurrirá. Puede ser aún en la misma existencia terrenal en la que hubo el inicio de ese primer deseo, así como también puede ser después de desnudar el cuerpo de materia gruesa, por lo tanto, en el mundo de materia fina, o incluso aún más tarde, nuevamente en una existencia terrenal en la materia gruesa. Los cambios no alteran en nada, no eximen a la persona de ello. Permanentemente lleva consigo los hilos de ligazón, hasta que de ellos un día sea liberada, es decir, “desconectada”, ante el último efecto resultante de la ley de la reciprocidad.

¡El generador está atado a su propia obra, incluso cuando la haya destinado para otro!

Por lo tanto, si hoy una persona toma la deliberación de perjudicar a otra, ya sea por pensamientos, palabras o actos, con ello “pone en el mundo” algo, no importando si es visible o no, por lo tanto, ese algo de materia gruesa o fina, contiene fuerza propia y con eso vida en sí, que sigue actuando y desarrollándose en la dirección deseada.

Cómo el efecto se produce sobre la persona para quien fue destinado, depende completamente de la respectiva constitución anímica de dicha persona, pudiendo el daño a ella ocasionado ser grande o pequeño, o incluso tal vez diferente de lo que fue deseado, o tal vez no hacerle daño alguno; pues únicamente el estado anímico de la respectiva persona, por su parte, es determinante para ella misma. Por lo tanto, en tales hechos, nadie está sin protección.

De forma distinta sucede con aquél que, por su decisión y por su voluntad, dio origen a ese movimiento, es decir, aquél que fue el generador. El producto generado permanece incondicionalmente atado a él, y regresa a él, después de una corta o larga peregrinación en el Universo, reforzado, cargado como a una abeja, debido a la atracción de la especie afín. Con ello se desencadena la ley de la reciprocidad, cuando cada producto generado atrae en su movimiento a través del Universo, varias especies afines o por éstas es atraído, y debido a la fusión de esas especies surge una fuente de energía, la cual, como a partir de una central, retransmite la fuerza aumentada de la misma especie para todos aquellos que, debido a sus productos generados, son ligados como por cordones hacia el punto de concentración.

A través de esa fortificación proviene, entonces, una compresión cada vez más fuerte, hasta que finalmente a partir de ahí se origina un sedimento de materia gruesa, en el cual el generador de antaño tendrá ahora que agotarse, en la especie por él deseada aquella vez, para que finalmente sea liberado de aquello. ¡*Esa* es la formación y el desarrollo del destino tan temido y desconocido! Es justo, hasta la más ínfima y más sutil gradación, porque por la atracción *solamente* de *especies iguales* nunca podrá la irradiación, en su regreso, traer algo

diferente de aquello que fue realmente deseado originalmente. Es indiferente si para una determinada persona, o de un modo general; pues el mismo proceso ocurre también naturalmente cuando la persona dirige su voluntad no necesariamente en dirección hacia una o varias personas, sino cuando vive en cualquier clase de voluntad.

La clase de voluntad por la cual ella se decide es determinante para los frutos que finalmente tendrá que cosechar. De esa manera innumerables hilos de materia fina están atados al ser humano o él se encuentra colgado en ellos, los cuales le hacen refluir todo cuanto alguna vez deseó seriamente. Esos flujos constituyen una mistura que, de manera continuada y fuertemente, influye en la formación de su carácter.

Así, innumerables son las cosas que en el colosal mecanismo del Universo concurren para tener influencia en la “vida” del ser humano, sin embargo, nada existe sin que el propio ser humano no haya inicialmente dado un origen.

Él suministra los hilos con los cuales, en el infatigable telar de la existencia, es tejido el manto que tendrá que usar.

De forma clara y nítida Cristo expresó el mismo hecho, al decir: “Lo que el ser humano siembre, eso él *cosechará*”. No dijo “puede”, pero sí “*cosechará*”. Es lo mismo que decir que él mismo *tiene* que cosechar lo que siembre.

Cuantas veces se escuchan personas, en general muy razonables, decir: “¡Que Dios permita semejante cosa es incomprendible para mí!”

Incomprendible, sin embargo, es que existan personas que puedan decir tal cosa. De que manera tan pequeña imaginan a Dios, según esa afirmación. Con eso dan testimonio de que Lo conciben como un “Dios que actúa *arbitrariamente*”.

¡Sin embargo, Dios no interviene, en absoluto, de forma directa en todas esas pequeñas y grandes preocupaciones humanas, guerras, miserias, y lo que todavía más existe en el terrenal! Ya desde el principio, Él entrelazó en la Creación Sus leyes perfectas que ejecutan naturalmente sus funciones incorruptibles, de modo que todo se cumple con la máxima precisión, desencadenándose de modo eternamente uniforme, con lo que queda excluida la posibilidad tanto de preferencias como de perjuicios, siendo imposible cualquier injusticia. Dios no necesita, por lo tanto, preocuparse de modo especial a ese respecto, Su obra no presenta lagunas.

Un defecto principal de tantas personas es, sin embargo, que juzguen solamente según puntos de vista de la materia gruesa y se consideren en esto como punto central, así como cuentan con *una* existencia terrenal, cuando en realidad ya tienen tras ellas *varias* vidas terrenales. Tales vidas, así como también los períodos intermedios transcurridos en el mundo de materia fina, constituyen un existir *uno*, a través del cual los hilos son firmemente extendidos, sin que se rompan, de tal manera que en los efectos de cada existencia terrenal solamente una pequeña parte de esos hilos se torna visible. Constituye, por consiguiente, un gran error creer que con el nacimiento comienza una vida completamente nueva, que, por lo tanto, un niño es “inocente” *(Ver disertación Nro. 15: El misterio del nacimiento) y que todos los acontecimientos deberán estar estrictos solamente al corto periodo de una sola existencia terrenal. Si así fuese la realidad, entonces, existiendo justicia, las causas, los efectos y los efectos retroactivos deberían naturalmente ocurrir integralmente a lo largo de una existencia terrenal.

Alejaos de ese error. ¡Entonces, descubriréis rápidamente en todos los acontecimientos la lógica y la justicia, las cuales ahora tantas veces echaste de menos!

Muchos se asustan con eso y temen aquello que según esas leyes aún tienen que esperar de antaño, en los efectos retroactivos.

Sin embargo, son preocupaciones desnecesarias para aquellos que toman en serio la buena voluntad; *¡pues en esas leyes naturales reside también, al mismo tiempo, la firme garantía para la gracia y para el perdón!*

Sin llevarse en cuenta que con el firme empleo de la buena voluntad queda inmediatamente puesto un límite para el punto en que la cadena de los efectos retroactivos malos tiene que alcanzar un fin, donde entra también en acción otro fenómeno de inestimable valor. A través de la permanente buena voluntad en todo el pensar y actuar, fluye igualmente de modo retroactivo, producto de la fuente de fuerza de igual especie, un refuerzo continuo, de suerte que el bien se torne más y más seguro en la propia persona, rebasando desde ella, formando, en primer lugar, correspondientemente, el ambiente de materia fina, que le rodea como una envoltura protectora, semejante a la capa de la atmosfera que envuelve la Tierra, proveyéndole protección.

Cuando entonces malos efectos retroactivos de antaño regresan hacia dicha persona para su rescate, resbalarán entonces en la pureza de su ambiente o envoltorio y serán así desviados de ella.

Si ellos, todavía, a pesar de eso, penetran en ese envoltorio, entonces las malas irradiaciones o serán inmediatamente deshechas, o por lo menos quedarán bastante débiles, de modo que el efecto nocivo ni siquiera podrá realizarse, o apenas en muy reducida escala.

Además, debido a la transformación ocurrida, también la criatura humana interior, propiamente dicha, visada por las irradiaciones de retorno, se ha tornado mucho más delicada y liviana, debido a los constantes esfuerzos hacia la buena voluntad, de modo que ella no se encuentra más de manera análoga ante la densidad mayor de malas y bajas corrientes. Semejante a la telegrafía sin hilos, cuando el aparato receptor no se encuentra sintonizado en la frecuencia del aparato emisor.

La consecuencia natural de eso es que las corrientes más densas, por ser de especie distinta, no pueden agarrarse y pasarán inocuas, sin producir efecto alguno.

¡Por lo tanto, manos a la obra! El Creador ha puesto en vuestras manos todo en la Creación. ¡Aprovechad el tiempo! ¡Cada instante encierra para vosotros la ruina o el provecho!

7. La creación del ser humano

“¡Dios creó al ser humano según Su imagen y le insufló Su aliento!” ¡Se trata de dos acontecimientos: el crear y el vivificar!

Ambos acontecimientos, como todo lo demás, estaban rigurosamente sometidos a las leyes divinas vigentes. Nada puede exceder el ámbito de las mismas. Ningún acto de la voluntad divina se opondrá a esas inamovibles leyes que contienen en sí mismas la voluntad divina. ¡Incluso cada revelación y promesa se realizan con base a esas leyes, debiendo cumplirse en ellas, y no diferentemente!

Así también con la encarnación del ser humano en la Tierra, que constituyó un progreso de la grandiosa Creación, el pasaje de la materia gruesa a un período de desarrollo completamente nuevo y más elevado.

Hablar de la encarnación del ser humano condiciona el conocimiento del mundo de la materia fina; pues el ser humano en carne y sangre es puesto como un eslabón favorecedor entre la parte de la Creación de materia fina y la de materia gruesa, mientras sus raíces permanezcan en lo espiritual puro.

“¡Dios creó al ser humano a Su imagen!” Ese crear o conformar era una extensa cadena del desarrollo que se procesaba rigurosamente dentro de las leyes entretajadas en la Creación por el propio Dios. Instituidas por el Altísimo, esas leyes actúan férreamente con ritmo continuo en el cumplimiento de Su voluntad, naturalmente, como una parte de Él, hacia el encuentro de la perfección.

Así también sucedió con la creación del ser humano, como corona de toda la obra, en la cual deberían reunirse todas las especies existentes en la Creación. Por eso, en el mundo de materia gruesa, en la materia terrenalmente visible, fue formado poco a poco, por el desarrollo continuo, el receptáculo en el cual pudo ser depositada una chispa procedente del propio espiritual, que es inmortal. Por el continuo y progresivo proceso de formar, surgió con el tiempo el animal desarrollado al máximo que, raciocinando, ya se servía de diversos medios auxiliares para la subsistencia y para la defensa. Podemos también observar hoy en día especies inferiores de animales que se valen de algunos medios auxiliares para la obtención y conservación de sus necesidades vitales y que demuestran, muchas veces, en la defensa, sorprendente astucia.

A los animales desarrollados al máximo, anteriormente citados, que con las modificaciones operadas en la Tierra, acabaron desapareciendo, los denominamos hoy como “seres humanos primitivos”. ¡Nombrarlos, sin embargo, como *antepasados del ser humano* es un gran error! Con el mismo derecho se podría denominar a las vacas como “madres parciales” de la humanidad, puesto que un gran número de niños, en los primeros meses de vida, necesita directamente la leche de vaca para el desarrollo de sus cuerpos, permaneciendo, por lo tanto, con su auxilio en las condiciones para vivir y crecer. Además, ese noble y pensante animal “el ser humano primitivo” tampoco tiene nada que ver con el verdadero ser humano; pues el cuerpo de materia gruesa del ser humano no es más que el medio auxiliar indispensable que él necesita para poder actuar en todos los sentidos, en la materia gruesa terrenal, y hacerse comprender.

¡Con la afirmación de que el ser humano desciende del mono, tomándola literalmente “se bota el niño con el agua del baño”! Con eso se sobrepasa mucho el objetivo. Un proceso parcial es elevado como un hecho único y total. ¡Ahí hace falta lo esencial!

Sería acertado, si el cuerpo del ser humano fuese realmente “el ser humano”. Pero el cuerpo de materia gruesa es solamente su vestimenta, de la cual se desnuda en cuanto regresa a la materia fina.

¿Cómo se efectuó entonces la primera encarnación del ser humano?

Después de haber alcanzado el punto culminante en el mundo de materia gruesa con el animal más perfecto, tenía que procesarse una alteración a favor del desarrollo continuo, si ninguna estagnación debiese ocurrir, la cual, con sus peligros, podría tornarse una regresión. Y esa alteración ha sido prevista y sobrevino: habiendo salido como chispa espiritual, peregrinando a través del mundo de materia fina, renovando y elevando todo, se hallaba en su límite, en el momento en que el receptáculo de materia gruesa terrenal había alcanzado el punto culminante de su desarrollo, el ser humano de materia fina y espiritual, igualmente equipado para ligarse con la materia gruesa para beneficiarla y elevarla.

Así, mientras el receptáculo, madurado en la materia gruesa, había sido creado, el alma había evolucionado de tal manera en la materia fina, que poseía la fuerza necesaria para conservar su autonomía, al ingresar en el receptáculo grueso-material.

La ligazón de esas dos partes significó, entonces, una unión más íntima del mundo de materia gruesa con el mundo de materia fina, hasta encima, en lo espiritual.

¡Solamente este proceso constituyó el nacimiento del ser humano!

La procreación propiamente dicha sigue siendo aún hoy en el ser humano un acto puramente animal. Sentimientos más elevados o más bajos ahí nada tienen que ver con el acto en sí, pero causan circunstancias espirituales, cuyos efectos, en la *atracción* de la especie absolutamente igual, se tornan de gran importancia.

De especie puramente animal es también el desarrollo del cuerpo hasta la mitad del embarazo. Puramente animal no es propiamente el termino correcto, sin embargo, quiero designarlo como puramente grueso-material.

Solamente a mitad del embarazo, en un determinado grado de madurez del cuerpo en formación, es encarnado el espíritu previsto para el nacimiento y que hasta allí se mantuvo frecuentemente en las proximidades de la futura madre. El ingreso del espíritu provoca las primeras contracciones del pequeño cuerpo de materia gruesa que se desarrolla, es decir, los primeros movimientos del niño. En ese punto surge también la sensación particularmente bien-aventurada de la mujer que, en la que a partir de ese momento, experimenta intuiciones completamente diferentes: la conciencia de la proximidad del segundo espíritu en ella, la percepción del mismo. Según la especie de ese nuevo, de ese segundo espíritu en ella, así también serán sus propias intuiciones.

Así es el proceso en toda encarnación del ser humano. Ahora, sin embargo, volvamos a la primera encarnación del ser humano.

Había llegado, pues, el gran período de desarrollo de la Creación: en un lado, en el mundo de materia gruesa, estaba el animal desarrollado al máximo, que debía ceder el cuerpo de materia gruesa como receptáculo para el futuro ser humano; en otro lado, en el mundo de materia fina, estaba el alma humana desarrollada, que esperaba la ligazón con el receptáculo de materia gruesa, a fin de así dar a todo cuanto es de materia gruesa un impulso más amplio hacia la espiritualización.

Cuando se realizó un acto generador entre la más noble pareja de esos animales altamente desarrollados, no surgió en el momento de la encarnación, como había sucedido hasta entonces, un alma animal, *(Disertación Nro. 49: La diferencia en el origen entre el ser humano y el animal) encarnándose, sino, en su lugar, el alma humana ya preparada para ello y que traía en sí la inmortal chispa espiritual. Las almas humanas de materia fina con facultades

desarrolladas en sentido predominantemente positivo se encarnaron de acuerdo con la misma especie en cuerpos animales machos, aquellas con facultades predominantemente negativas, más delicadas, en cuerpos animales hembras más próximos a su especie. *(Disertación Nro. 78: Sexo)

Ese proceso no ofrece el menor punto de apoyo para la afirmación de que el ser humano, cuyo verdadero origen está en lo espiritual, desciende del animal denominado “ser humano primitivo”, que solamente pudo proveer el receptáculo grueso-material de transición. Tampoco hoy en día, a los más obstinados materialistas no se les ocurriría considerarse directamente emparentados con un animal y, sin embargo, ahora como antaño, hay un estrecho parentesco corporal, por lo tanto, existe una igual especie grueso-material, mientras que el ser humano realmente “vivo”, es decir, el “yo” propiamente espiritual del ser humano no posee ninguna especie igual o derivación del animal.

Después del nacimiento del primer ser humano terreno, se hallaba este entonces solo en la realidad, sin padres, puesto que, a pesar del elevado desarrollo de los mismos, no podía reconocer a los animales como sus padres ni tampoco ser capaz de con ellos llevar una vida en común.

Debido a sus cualidades espirituales más valiosas, la mujer debería y podría ser de hecho más perfecta que el hombre, si solamente se hubiese esforzado en aclarar de forma más y más armoniosa las intuiciones que le fueron otorgadas, con lo que a ella se le habría advenido un poder, que debería actuar de forma revolucionaria y muy benéfica en toda la Creación de materia gruesa. Lamentablemente, sin embargo, ha sido precisamente ella que ha fallado en primer lugar, convirtiéndose en juguete de las poderosas fuerzas intuitivas a ella concedidas, las cuales, además, ha turbado y contaminado a través de sentimiento y fantasía.

¡Qué sentido tan profundo se halla en el relato bíblico sobre el probar del fruto del árbol del conocimiento! Y de como la mujer, instigada por la serpiente, ofreció la manzana al hombre. En sentido figurado ni siquiera podría ser mejor expresado el acontecimiento en la materia.

La ofrenda de la manzana por la mujer representa la conciencia adquirida por ella respecto a sus atractivos ante el hombre y la *utilización intencionada* de los mismos. El hecho de aceptar y comer, por parte del hombre, sin embargo, fue su concordancia con eso, conjuntamente con el despertar del impulso de atraer la atención de la mujer solamente sobre sí mismo, con lo que él comenzó a hacerse codiciable por la acumulación de tesoros y por la apropiación de diversos valores.

Con eso empezó el cultivo excesivo del intelecto con sus fenómenos colaterales de codicia, mentira, opresión, a lo cual los seres humanos acabaron por someterse por completo, convirtiéndose así, voluntariamente, en esclavos de su herramienta. Sin embargo, con el intelecto como soberano, ellos se encadenaron, en consecuencia inevitable, según su constitución específica, también firmemente a espacio y tiempo, y perdieron con ello la capacidad de comprender o vivenciar algo que esté por encima del espacio y tiempo, como todo cuanto es espiritual y de materia fina. Esto constituyó la *separación* total del Paraíso propiamente dicho y del mundo de materia fina, provocada por ellos mismos; pues entonces era inevitable que no pudiesen “comprender” más todo lo que fuese de materia fino-espiritual, que no conoce ni espacio ni tiempo, con su facultad de comprensión de horizonte estrechamente limitado, debido a la ligazón firme del intelecto a espacio y tiempo. Así, para los seres humanos de intelecto, las vivencias y las visiones de las criaturas humanas de intuición, tanto como las incomprendidas tradiciones se han convertido en “leyendas”. Los materialistas, cuya cantidad crece cada vez más, es decir, las personas facultadas para reconocer solamente la materia gruesa, ligada a espacio y tiempo, acabaron riéndose sarcásticamente de los idealistas, a quienes, debido a su vida interior mucho más grande y más

amplia, todavía no se hallaba totalmente cerrado el camino hacia el mundo de materia fina, y los rotularon de soñadores, cuando no de locos o incluso de impostores.

Hoy, sin embargo, estamos por fin, próximos a la hora en la que surgirá la próxima gran era en la Creación, que será de progreso incondicional y traerá lo que ya el primer período con la encarnación del ser humano debía traer: ¡el nacimiento del ser humano pleno y espiritualizado!

Del ser humano que actúa beneficiando y ennobleciendo en toda la Creación de materia gruesa, como es la verdadera finalidad de los seres humanos en la Tierra. Entonces no habrá más lugar para el materialista encadenado a espacio y tiempo, que retiene todo hacia abajo. Será un extranjero en todos los países, un apátrida. Se secará y desaparecerá como el tamo que se separa del trigo. ¡Fijaos para que no se os halle excesivamente ligeros en esa separación!

8. El ser humano en la Creación

El ser humano no debe, en la realidad, vivir según los conceptos de hasta ahora, pero ser más *criatura humana intuitiva*. Con eso constituiría una argolla indispensable al desarrollo continuo de toda la Creación.

Por reunir en sí la materia fina del más Allá y la materia gruesa del Aquí, a él le es posible enterarse de ambas y vivenciarlas al mismo tiempo. Además, aún se halla a su disposición una herramienta que le coloca en el ápice de toda la Creación de materia gruesa: el intelecto. Con esa herramienta, logra dirigir, es decir, conducir.

El intelecto es lo que existe más elevado terrenalmente y debe ser el *timón* durante la vida en la Tierra, mientras la *fuerza propulsora* es la intuición, que se origina en el mundo espiritual. El suelo del intelecto es, por lo tanto, el cuerpo, el suelo de la intuición, sin embargo, es el espíritu.

El intelecto está atado a espacio y tiempo, así como todo cuanto es terrenal, por consiguiente, solamente un producto del cerebro, que pertenece al cuerpo de materia gruesa. El intelecto jamás podrá actuar sin espacio ni tiempo, a pesar de ser en sí de materia más fina que el cuerpo, pero aún demasiado espeso y pesado como para elevarse por encima de espacio y tiempo. Está, por lo tanto, enteramente atado a la Tierra.

La intuición, sin embargo, (no el sentimiento) es sin espacio ni tiempo, proviene, por lo tanto, de lo espiritual.

De esta forma instrumentado, podría el ser humano estar íntimamente conectado con la parte más etérea de la materia fina e incluso tener contacto con el propio espiritual puro, aunque viviendo y actuando en el medio de todo cuanto es terrenal, de materia gruesa. Solamente el ser humano está capacitado de esa manera.

¡Solamente él debía y podía ofrecer la ligazón sana y vigorosa, como el único puente entre las alturas fino-materiales y luminosas y aquello que es terreno, de materia gruesa! ¡Solamente a través de él, debido a su característica específica, podía la vida pura latir desde la fuente de la Luz, bajando hasta la materia gruesa más profunda y desde ella nuevamente hacia arriba, en la más armoniosa y magnífica reciprocidad! Se halla entre ambos los mundos, uniéndolos, de forma que a través de éstos se funden en uno solo.

Sin embargo, no cumplió esa misión. *Separó* esos dos mundos, en lugar de conservarlos firmemente atados. *¡Y eso fue entonces el pecado original!* —

El ser humano, debido a la característica específica recién esclarecida, fue colocado realmente como una especie de señor del mundo de materia gruesa, porque el mundo de materia gruesa depende de su mediación, hasta tal punto que ese mismo mundo, según la especie del ser humano, fue forzado a sufrir conjuntamente, o pudo ser elevado a través de él, conforme las corrientes de la fuente de Luz y de la vida hayan o no podido fluir *puras* a través de la humanidad.

Pero el ser humano *obstruyó* el flujo de esa corriente alternada, necesario para el mundo de materia fina y para el mundo de materia gruesa. Así como una buena circulación sanguínea mantiene el cuerpo vigoroso y sano, lo mismo ocurre con la corriente alternada en la Creación. Una obstrucción tiene que resultar confusión y enfermedad, que finalmente terminan en catástrofes.

Ese funesto fallar del ser humano pudo ocurrir por él haber utilizado el intelecto, que se origina solamente desde la materia gruesa, no solo como instrumento, sino sometiéndose totalmente a él, situándolo como soberano de todas las cosas. ¡Se tornó con eso esclavo de su

herramienta, convirtiéndose solamente en ser humano de intelecto, que suele orgullosamente nombrarse materialista!

Al someterse totalmente bajo el intelecto, el ser humano se encadenó a todo cuanto es de materia gruesa. Como el intelecto nada puede comprender de aquello que se encuentra más allá de espacio y tiempo, lógicamente que tampoco lo podrá quién se sometió a él por completo. Su horizonte, es decir, su capacidad de comprensión, se restringió conjuntamente con la capacidad limitada del intelecto. El enlace con el mundo de materia fina quedó así deshecho, se levantó una muralla que se tornó más y más espesa. Como la fuente de la vida, la Luz primordial, Dios, paira mucho más arriba del espacio y tiempo e incluso aún muy encima de la materia fina, es natural que, debido al atamiento del intelecto, fuese cortado cualquier contacto. Por esa razón, le es enteramente imposible al materialista reconocer a Dios.

El probar del árbol del conocimiento otra cosa no fue sino que el cultivo del intelecto. La separación de la materia fina, que a eso se conecta, fue también el cierre del Paraíso, como consecuencia natural. Los seres humanos se excluyeron por sí mismos, al pender totalmente hacia la materia gruesa a través del intelecto, por lo tanto, rebajándose, y forjaron voluntariamente o por elección propia a su servidumbre.

¿Y qué resultó de todo eso? ¡Los pensamientos del intelecto, exclusivamente materialistas, es decir, bajos y atados a la Tierra, con todos sus fenómenos colaterales de codicia, ganancia, mentira, robo y opresión etc., *tenían* de causar el efecto recíproco inexorable de la igual especie, que se mostró primeramente en lo espiritual, y que luego pasó de este también hacia lo grueso-material, formó todo correspondientemente, impelió a los seres humanos y finalmente se deflagrará sobre todo con... destrucción!

¿Comprendéis ahora que los acontecimientos de los últimos años *tenían* que suceder? ¿Que así incluso deberá seguir hasta la destrucción? Un juicio mundial que, según las leyes kármicas *(según el destino) existentes, no puede ser evitado. Como en una tormenta que se concentra y que tiene que producir finalmente descarga y destrucción. ¡Pero al mismo tiempo también purificación!

El ser humano no sirvió, como necesario, de argolla entre las partes de materia fina y de materia gruesa de la Creación, no dejó que la indispensable corriente alternada siempre refrescante, vivificante y estimuladora les atravesase, sino al contrario, separó la Creación en dos mundos, puesto que se negó a servir de argolla y se engrilló enteramente a la materia gruesa; con eso, ambas partes del Universo tuvieron que enfermarse poco a poco. La parte que fue obligada a verse totalmente privada de la corriente de Luz, o que la recibía demasíadamente débil, a través de las pocas personas que aún mantenían ligazón, fue naturalmente la que se ha enfermado más gravemente. Se trata de la parte de materia gruesa que, debido a esto, camina hacia una terrible crisis y en la brevedad será sacudida por tremendos ataques de fiebre, hasta que todo cuanto haya ahí de enfermo sea consumido y pueda por fin curarse bajo nuevo y fuerte influjo proveniente desde la fuente primordial.

¿Pero quién, con eso, será consumido?

La respuesta se encuentra en los propios acontecimientos naturales: cada pensamiento *intuido* obtiene de pronto, por medio de la viva fuerza creadora en él contenida, una forma de materia fina que corresponde al contenido del pensamiento y permanece siempre atado como por un cordón a su generador, siendo sin embargo, atraído y tirado hacia fuera por la fuerza de atracción de la igual especie en todo cuanto es de materia fina, e impulsado a través del Universo conjuntamente con las corrientes que laten constantemente que, como todo en la Creación, se mueven de forma oval. Así es como llega el momento en el que los pensamientos que se tornaron vivos y reales en la materia fina, conjuntamente con los de su igual especie

atraídos en el trayecto, *regresan* a su origen y *punto de partida*, puesto que, a pesar de su migración, permanecen ligados a éste, para entonces ahí desencadenarse, redimiéndose.

La destrucción alcanzará, por lo tanto, *en primer lugar*, por ocasión de la última concentración de los efectos ahora esperados, a aquellos que con sus pensamientos e intuiciones fueron los generadores y sustentadores constantes, por lo tanto, los materialistas. Es inevitable que la devastadora fuerza de regreso incluya círculos aún más amplios, alcanzando levemente incluso a especies solamente aproximadamente iguales a estas personas.

En seguida, sin embargo, los seres humanos cumplirán con aquello que es su deber en la Creación. Habrán de ser la argolla, por su facultad de agotar de lo espiritual, es decir, se dejarán conducir por la intuición purificada, transmitiéndola hacia la materia gruesa, hacia lo que es terreno, utilizando entonces el intelecto y las experiencias adquiridas solamente como herramientas, de forma que, contando con todas las cosas terrenas, empleen tales intuiciones puras en la vida grueso-material, con lo que toda la Creación de materia gruesa será constantemente beneficiada y elevada. A través de eso, en los efectos recíprocos, puede también algo más sano refluir de la materia gruesa hacia la materia fina, surgiendo entonces un mundo nuevo, uniforme y armónico. Los seres humanos, sin embargo, se convertirán, en el cumplimiento acertado de su actuación, en los tan deseados seres completos y nobles; pues también ellos, por la sintonización adecuada en la gran obra de la Creación, recibirán fuerzas muy distintas de las que han recibido hasta ahora, que les permitirán intuir permanentemente satisfacción y felicidad.

9. Pecado hereditario

El pecado hereditario ha surgido a partir del primer pecado original.

El pecado, es decir, la actuación errada, consistió en el cultivo exagerado del intelecto, con el consecuente encadenamiento voluntario a espacio y tiempo, y a los efectos colaterales de ahí surgidos a partir del exacto trabajo del intelecto, tales como la codicia, el engaño, la opresión etc., que tienen en su sequito muchos otros, en el fondo, todos los males.

Ese hecho produjo, naturalmente, en aquellos que se desarrollaban como seres humanos de puro intelecto, poco a poco, influencias cada vez más fuertes en la formación del cuerpo de materia gruesa. Como el cerebro anterior, generador del intelecto, se fue convirtiendo unilateralmente cada vez más grande debido al esfuerzo continuo, era natural que en las procreaciones tales formas en proceso de alteración se manifestasen en la reproducción del cuerpo terreno y los niños ya naciesen trayendo consigo un cerebro anterior cada vez más fuerte y desarrollado.

En eso, sin embargo, se encontraba y se encuentra todavía actualmente la disposición o la predisposición para una fuerza del intelecto que predomina sobre todo lo demás, lo que encierra en sí el peligro de, en su total despertar, encadenar al portador del cerebro no solamente a espacio y tiempo, es decir, a todo cuanto es de materia gruesa terrena de forma que lo torne incapaz de comprender lo que es de materia fina y lo que es espiritualmente puro, sino que incluso le enrede en todos los males que son inevitables debido a la supremacía del intelecto.

¡El hecho de traer consigo ese cerebro anterior voluntariamente superdesarrollado, en lo cual se encuentra el peligro del completo predominio del intelecto con todos los males colaterales inevitables, *es el pecado hereditario!*

Por lo tanto, la transmisión hereditaria física de la parte actualmente designada como gran cerebro, debido a su intensificado desarrollo artificial, por lo que el ser humano trae consigo al nacer un peligro que muy fácilmente puede enredarlo en el mal.

Eso, sin embargo, no le quita ninguna responsabilidad. Ésta permanece en él; pues hereda solamente el peligro, no el pecado propiamente dicho. No es necesario, en absoluto, que permita predominar incondicionalmente al intelecto, sometiéndose a él por eso. Puede, por lo contrario, valerse de la gran fuerza del intelecto como una espada afilada para abrir camino en la agitación terrenal, mediante la cual su intuición le guía, o también la denominada voz interior.

Si, todavía, en un niño el intelecto es elevado hacia un dominio irrestricto a través de la educación y de las enseñanzas, entonces al niño le es quitada una parte de la culpa, mejor dicho, del consecuente efecto retroactivo debido a la ley de la reciprocidad, puesto que esa parte alcance al educador o maestro causador de eso. A partir de ese momento él se queda atado al niño, hasta que éste se libere de los errores y de sus consecuencias, aunque tarde siglos o milenios.

Todo, sin embargo, cuanto un niño de tal forma educado haga, después de haberle sido dada la oportunidad seria para una introspección y conversión, le alcanzará solamente a él mismo en los efectos retroactivos. Semejantes oportunidades se ofrecen por la palabra verbal o escrita, por grandes conmociones en la vida o por acontecimientos semejantes, que requieren un instante de profunda intuición. Jamás dejan de presentarse. —

Sería inútil seguir hablando más a tal respecto, pues bajo todos los aspectos se trataría solamente de continuas repeticiones, las cuales tendrían que encontrarse en ese punto. Quién

reflexione sobre eso, pronto le será quitado un velo de los ojos, habrá resuelto en eso muchas preguntas en sí mismo.

10. Hijo de Dios e Hijo del Hombre

Un gran error corre ya desde milenios: ¡la suposición de que Jesús de Nazaret fue al mismo tiempo el Hijo de Dios y el tantas veces mencionado Hijo del Hombre es errada! En Jesús de Nazaret fue encarnada *(Inserida en la existencia terrena) una parte de la divinidad, a fin de extender el puente sobre el abismo entre la divinidad y la humanidad, que la propia humanidad abrió a través del cultivo del intelecto adscrito a espacio y tiempo. De esa forma, Jesús fue *Hijo de Dios*, como una parte de Él, que cumplió su misión entre la humanidad, lo que sólo ha podido realizar en carne y sangre. Aún con la encarnación, seguía siendo el Hijo de Dios.

Pero si era Hijo de Dios, entonces no podía ser Hijo del Hombre; pues se trata de dos. ¡Y él fue y todavía es Hijo de Dios! ¿Quién es, por lo tanto, el Hijo del Hombre? *(Disertación Nro. 60: El Hijo del Hombre)

Los discípulos ya habían percibido que Jesús hablaba en tercera persona cuando se refería al Hijo del Hombre, y cuestionaban respecto a eso. Las tradiciones fueron escritas en la propia presuposición de que Jesús, el Hijo de Dios, y el Hijo del Hombre debiesen ser una sola persona. Sobre eso todos orientaron anticipadamente sus relatos, y así, involuntariamente o inconscientemente, propagaron errores.

Cuando Jesús hablaba del Hijo del Hombre, entonces lo hacía con la visión prospectiva de la venida del mismo. Él mismo lo anunció, puesto que la venida del Hijo del Hombre se encuentra en íntima conexión con la actuación del Hijo de Dios. Decía: “Cuando, sin embargo, venga el Hijo del Hombre...” etc.

Se trata de un movimiento circular, como en toda parte en la Creación. La divinidad ha bajado hacia la humanidad, en la persona de Jesús, a fin de traer la Verdad y sembrarla. La siembra germinó, los frutos maduraron para la cosecha, y ahora la humanidad, en el movimiento circular, por intermedio de la Verdad traída por el Hijo de Dios, debe elevarse, madurada, hacia la divinidad en la persona del Hijo del Hombre y, a través de éste, nuevamente religarse íntimamente con Dios.

Eso no debe ser tomado solamente de modo puramente simbólico, *(Metafórico) como muchos suponen, ya que la Palabra se cumplirá literalmente a través de una persona, como también pasó con Jesús. Entre las dos personas, Jesús, el Hijo de Dios, y el Hijo del Hombre se encuentra *el enorme karma de la humanidad*. *(El destino de la humanidad)

Jesús se dirigió a la fiesta de Pascua, en Jerusalén, donde muchos pueblos de la Tierra estaban representados. Las personas enviaron mensajeros para el Getsemaní a fin de buscar a Jesús. Fue la época en la que los seres humanos, tomados de odio y de brutalidad terrena, ordenaron a sus mensajeros que buscasen al Enviado de Dios. Fijaos pues, en el momento en el que él salió del jardín, estando ellos parados ante él, con armas y antorchas, con pensamientos de destrucción.

Cuando el Hijo de Dios pronunció las palabras: “¡Yo soy!”, entregándose con eso a la humanidad, tuvo inicio el enorme karma con el que la humanidad se ha sobrecargado. Desde ese momento hacia adelante pesó sobre la humanidad, forzándola, de acuerdo con las leyes inexorables del Universo, cada vez más hacia la Tierra, hasta acercarse el rescate final. ¡Nos encontramos cerca de eso!

Cerrará como un circuito oval. ¡El rescate vendrá a través *del Hijo del Hombre*!

¡Cuando los seres humanos, debido a los graves acontecimientos, queden desanimados, desesperados, y exhaustos, pequeños, muy pequeños, entonces habrá llegado la hora en la que ansiarán por el prometido Enviado de Dios y lo buscarán! Y cuando sepan dónde se

encuentra, enviarán, como antaño, mensajeros. Sin embargo, éstos no llevarán en su interior, entonces, pensamientos de destrucción ni de odio, sino que, a través de ellos, la humanidad vendrá esta vez exhausta, humilde, suplicante y llena de confianza en la dirección de aquél que fue elegido por el Supremo Dirigente de todos los mundos para liberarlos de la expulsión, de aquél que les trae ayuda y liberación de las aflicciones, tanto espirituales como terrenales.

También esos mensajeros se lo preguntarán. Y así como antaño el Hijo de Dios, en el Getsemaní, pronunció las palabras: “¡Yo soy!”, con lo que el karma de la humanidad tuvo inicio, de igual manera el Enviado de Dios contestará esta vez con las mismas palabras: “¡Yo soy!”, y con eso se disolverá, entonces, el pesado karma de la humanidad. Las mismas palabras, que hicieron girar la gran culpa sobre la humanidad llena de odio de aquella época, la retirarán nuevamente con la misma pregunta de la humanidad, que llega ahora recelosa y, sin embargo, con confianza y suplicante.

El movimiento circular de ese karma es inmenso y, sin embargo, conducido de modo tan firme y exacto, que las profecías se cumplirán en él. Y desde el momento en el que esas palabras sean pronunciadas para la humanidad, por segunda vez por un Enviado de Dios, toma la dirección ascendente. ¡Sólo entonces se inicia, de acuerdo con la voluntad del Supremo, el Reino de la Paz, no antes!

Ved, de un lado, a los mensajeros de la humanidad, invadidos de odio, acercarse al Hijo de Dios, amarrándolo y maltratándolo, aparentemente triunfando sobre él. A eso se sigue, entonces, la constante decadencia, provocada por ellos mismos, dentro de la inevitable reciprocidad. Con eso, sin embargo, al mismo tiempo, también el fortalecimiento y la madurez de una siembra lanzada por Jesús. Ahora se acerca, anunciado por el propio Jesús, el Hijo del Hombre, como Enviado de Dios que, a servicio del Hijo de Dios, continua y complementa su obra, trayendo la cosecha y separando, de esa forma, según la justicia divina, la paja del trigo.

Jesús, el Hijo de Dios, bajó hacia los seres humanos por amor, a fin de restablecer la ligazón que la humanidad rompió. El Hijo del Hombre es el Hombre que está en Dios y que concluye la ligazón en el movimiento circular, de modo que la armonía pura nuevamente pueda fluir a través de la Creación entera.

11. Dios

¿Por que motivos evitan los seres humanos tan recelosamente esta palabra que, sin embargo, a ellos les debería de ser más familiar que todo lo demás? ¿Qué es lo que les impide reflexionar profundamente, penetrar en ella intuitivamente, para comprenderla verdaderamente?

¿Será veneración? No. ¿Será, además, este extraño “no osar” por algo grande, admirable, o profundo? Jamás; pues considerad: vosotros oráis para Dios, y en la oración ni siquiera sois capaces de tener una noción correcta de Aquél para quien vosotros oráis, al contrario, estáis confusos, porque a tal respecto, sea en las escuelas, sea en las iglesias, jamás os han administrado información clara, que satisfaga vuestro impulso interior por la Verdad. En el fondo, la verdadera trinidad aún siguió siendo un misterio para vosotros, ante el cual buscasteis conformaros de la mejor manera posible.

¿Puede, bajo tales circunstancias, la oración ser tan fervorosa, tan confiada como debe de ser? Imposible. ¿Si vosotros, sin embargo, conocéis a vuestro Dios, tornándose Él con eso más familiar para vosotros, no estará, entonces, la oración acompañada de intuiciones más profundas, no será mucho más directa, más fervorosa?

¡Sin embargo, necesitáis y debéis llegar más cerca de vuestro Dios! No debéis solamente quedaros parados, de lejos. Cuán insensato es, pues, decir que podría ser un error ocuparse de tantos pormenores con Dios. ¡La pereza y la comodidad incluso afirman que eso es injuria! Yo, sin embargo, os digo: *Dios quiere eso*. La condición para la aproximación se encuentra en la Creación entera. ¡Por consiguiente, quien esquiva esta aproximación no tiene humildad, sino al contrario, ilimitada arrogancia! Pues exige con eso que Dios se aproxime a él, para que pueda comprenderlo, en lugar de intentar él acercarse hacia Dios para reconocerlo. ¡Para dónde uno se vuelva, se ve y se escucha hipocresía y comodidad, y todo ello bajo el manto de falsa humildad!

Vosotros, sin embargo, los que no queréis dormir más, que buscáis con fervor y anheláis por la Verdad, aceptad la revelación y buscad comprender lo correcto:

¿Qué es tu Dios? Tu lo sabes, Él ha dicho: “¡Yo soy el Señor, tu Dios, tu no deberás tener otros dioses a mi lado!”

Existe solamente *un* Dios, solo *una* fuerza. ¿Sin embargo, qué es entonces la Trinidad? ¿La Trinidad? ¿Dios-Padre, Dios-Hijo y Dios, el Espíritu Santo?

Cuando la propia humanidad se cerró para ella misma el Paraíso, por la razón de no dejarse conducir más por la intuición, que es espiritual puro y, por lo tanto, también próxima a Dios, sino que arbitrariamente cultivó el intelecto terreno y a éste se sometió, convirtiéndose con eso en esclava de su propio instrumento, que le ha sido dado para utilización, ella se alejó muy naturalmente más y más de Dios. Con eso se ha consumado la separación, puesto que la humanidad se ha inclinado predominantemente solamente para lo terrenal, que está incondicionalmente atado a espacio y tiempo, lo que Dios en Su especie no conoce, con lo cual Él jamás tampoco podrá ser comprendido. A cada generación se le fue ampliando más el abismo, los seres humanos cada vez más se engrillaban solamente a la Tierra. Se convirtieron en seres humanos de intelecto atados a la Tierra, que se nombran materialistas, denominándose de ese modo hasta con orgullo, porque ni siquiera presienten sus esposas, puesto que en la condición de estar firmemente atados a espacio y tiempo, naturalmente se estrechó simultáneamente su horizonte. ¿Cómo habría de ser encontrado, desde ahí, el camino de regreso a Dios? ¡Jamás!

Sería imposible, si el auxilio no viniese de Dios. A partir de Él debería, por eso, ser nuevamente lanzado un puente, si debiese venir auxilio. Y Él se compadeció. El propio Dios

en Su pureza no podía revelarse más a los bajos seres humanos de intelecto porque éstos, debido al trabajo de su intelecto, no estaban más capacitados para sentir, ver u oír a Sus mensajeros, y los pocos que todavía lo lograban eran burlados, porque el horizonte estrechado de los materialistas, atado solamente a espacio y tiempo, recusaba como imposible cada pensamiento referente a una ampliación existente por encima de eso, por resultarles incomprensible. Por eso tampoco bastaban más los profetas, de cuya fuerza ya no lograba hacerse valer, porque, finalmente, hasta los pensamientos básicos de todas las tendencias religiosas se habían convertido en puramente materialistas. Por lo tanto, tenía que venir un mediador entre la divinidad y la humanidad perdida, que dispusiese de más fuerza que todos los demás hasta entonces, para poder hacerse valer. ¿Se debería decir: a causa de los pocos que, bajo el más craso materialismo, todavía anhelaban a Dios? Sería lo correcto, pero estaría designado por los adversarios preferencialmente como presunción de los fieles, en lugar de reconocer en eso el enorme amor de Dios y también la severa justicia, que con la recompensa y el castigo ofrece al mismo tiempo la redención.

El mediador, sin embargo, que poseía la fuerza para penetrar en esa confusión, debía ser, él mismo, divino, puesto que lo que es bajo ya se había alastrado de tal forma, que también los profetas como enviados nada más consiguieron. Por ese motivo Dios, en Su amor, por un acto de voluntad, separó una *parte* de Sí mismo, encarnándola *(Ingresándola en la materia gruesa) en carne y sangre, en un cuerpo humano de sexo masculino: ¡Jesús de Nazaret, como siendo a partir de ahora el Verbo hecho carne, el Amor de Dios encarnado, el Hijo de Dios!

La parte así preparada, y a pesar de eso todavía espiritualmente íntimamente ligada, se tornó con eso *personal*. También después de haberse desnudado el cuerpo terrenal, en su más estrecha reunificación con Dios-Padre, continuó siendo personal debido a su encarnación.

¡Dios-Padre y Dios-Hijo son, por lo tanto, dos y en la realidad solo uno! ¿Y el “Espíritu Santo”? ¡En relación a él, el propio Cristo dijo que pecados contra Dios-Padre y Dios-Hijo podrían ser perdonados, jamás, sin embargo, los pecados contra el “Espíritu Santo”!

¿Es entonces el “Espíritu Santo” más elevado o algo más que Dios-Padre y Dios-Hijo? Esta pregunta ya oprimió y preocupó a tantos corazones, habiendo desnortado a unos cuantos niños.

El “Espíritu Santo” es el Espíritu del Padre que, apartado de Él, actúa separadamente en toda la Creación y que, así como el Hijo, a pesar de eso, todavía permaneció estrechamente ligado a Él, uno solo con Él. ¡Las leyes férreas de la Creación, que atraviesan todo el Universo como hilos nerviosos, resultando en la absoluta reciprocidad, el destino del ser humano o su karma son... del “Espíritu Santo!” *(Disertación Nro. 52: Desarrollo de la Creación) o más explícitamente: de su actuar.

Por eso, dijo el Salvador que nadie podría pecar contra el Espíritu Santo impunemente, porque según la inexorable e inalterable reciprocidad, la retribución regresa al autor, al punto de partida, sea algo bueno o malo. Y como el Hijo de Dios es del Padre, del mismo modo lo es el Espíritu Santo. Ambos, por consiguiente, partes de Él mismo, perteneciéndole enteramente, de modo inseparable, puesto que de lo contrario, a Él Le faltaría una parte. Así como los brazos de un cuerpo, que realizan movimientos independientes y, aun así, hacen parte de él, si el cuerpo debe ser completo; y que también solo pueden realizar movimientos independientes en ligazón con el todo siendo, por lo tanto, imprescindiblemente uno con él.

Así es Dios-Padre en Su omnipotencia y sabiduría, teniendo a la derecha, como una parte Suya, a Dios-Hijo, el Amor, y a la izquierda, a Dios, el Espíritu Santo, la Justicia. Ambos salidos de Dios-Padre y perteneciendo a Él en un conjunto uno. Ésta es la Trinidad del Dios *uno*.

¡Antes de la Creación, Dios era uno! Durante la Creación separó Él una parte de Su voluntad, para que actuase autónómicamente en la Creación, tornándose así dual. ¡Cuando se tornó necesario proveer un mediador a la humanidad perdida, porque la pureza de Dios no permitía, sin encarnación, una ligazón directa con la humanidad que se encadenaba por sí sola, Él separó, movido por amor, una parte de Sí mismo para la encarnación temporal, a fin de que nuevamente pudiese tornarse comprensible para la humanidad, y con el nacimiento de Cristo se tornó *trino*!

Lo que son Dios-Padre y Dios-Hijo ya estaba claro para muchos, pero el “Espíritu Santo” permaneció una noción confusa. Él es la justicia en acción, cuyas leyes eternas, inamovibles e incorruptibles palpitan en el Universo y que hasta ahora solo fueron denominadas vagamente de: ¡Destino!... ¡Karma! ¡La voluntad divina!

12. La voz interior

¡La así llamada “voz interior”, lo espiritual en la criatura humana, a la cual puede sí escuchar, es la intuición!

No es en vano que la voz del pueblo diga: “La primera impresión es siempre la correcta”. Como en todas esas frases y proverbios semejantes reside la profunda verdad, así también en este caso. Por impresión se comprende, en general, la intuición. Lo que una persona, por ejemplo, intuye en el primer encuentro con una otra hasta entonces desconocida, o es una especie de advertencia para cuidarse, pudiendo ir hasta la repulsa total, o algo agradable hasta la simpatía plena, y en algunos casos también indiferencia. Si entonces esa impresión, en el transcurso de la conversación y en las relaciones posteriores, es alterada o totalmente borrada al criterio del intelecto, de modo que surja la idea de que la intuición original haya sido equivocada, en el final de tales relaciones casi siempre resulta la precisión de la primera intuición. A menudo por el amargo dolor de aquellos que, a través del intelecto, se dejaron engañar por el carácter simulado de otros.

La intuición, que no está conectada a espacio ni tiempo, y que está en conexión con lo que es de especie igual, con lo espiritual, el eterno, pronto reconoció en el otro la verdadera naturaleza, no dejándose engañar por la habilidad del intelecto.

Un error es totalmente imposible en la intuición.

Siempre que los seres humanos son engañados, ocurre por dos motivos que son los causantes de los errores: ¡el intelecto o el sentimiento!

Cuántas veces se oye también decir: “En esta o en aquella cosa me he dejado llevar por mi sentimiento y me perjudiqué. ¡Uno sólo debe confiar en el intelecto!” Tales personas cometen el equívoco de tomar el sentimiento por la voz interior. Preconizan elogio al intelecto sin presentir que justamente este representa un papel importante junto al sentimiento.

Por eso, ¡sed vigilantes! ¡Sentimiento no es intuición! El sentimiento emana del cuerpo de materia gruesa. Este produce instintos que, conducidos por el intelecto, hacen surgir el sentimiento. Una gran diferencia con la intuición. El trabajo conjunto del sentimiento con el intelecto, sin embargo, hace que nazca la fantasía.

Así, pues, tenemos por el lado espiritual solamente la intuición, que se halla por encima de espacio y tiempo. *(Disertación Nro. 86: Intuición) Por el lado terreno tenemos, en primer lugar, el cuerpo de materia gruesa atado a espacio y tiempo. Desde ese cuerpo emanan entonces impulsos que, a través de la cooperación del intelecto, resultan en *sentimientos*.

El intelecto, un producto del cerebro atado a espacio y tiempo, puede, a su vez, como lo existente de más fino y de más elevado en la materia, producir, en colaboración con el sentimiento, la *fantasía*. Por lo tanto, la fantasía es el producto del trabajo conjunto del sentimiento con el intelecto. Ella es de materia fina, pero *sin* fuerza espiritual. Por eso la fantasía sólo logra tener efecto *retroactivo*. Logra solamente influir sobre el sentimiento de su propio generador, pero jamás enviar por sí sólo una fuente de fuerza para otros. La fantasía actúa, por lo tanto, solamente *retroactivamente*, sobre el sentimiento de aquél que la produjo, sólo pudiendo inflamar el *propio* entusiasmo, pero jamás actuando sobre el ambiente. Con eso es claramente reconocible el cuño de gradación inferior. Diferentemente con la intuición. Ésta contiene en sí energía espiritual creadora y vivificante, y actúa de esa forma irradiando sobre otros, arrebatiéndoles y convenciéndoles.

Tenemos, por lo tanto, por un lado la intuición, y por el otro lado el cuerpo – impulso – intelecto – sentimiento – fantasía.

La intuición es espiritual puro, está por encima de espacio y tiempo. El sentimiento es constituido de materia gruesa fina, dependiente de los instintos y del intelecto, por lo tanto, de nivel inferior.

A pesar de que el sentimiento esté constituido por esa materia gruesa fina, *jamás* podrá ocurrir, sin embargo, una *mezcla* con la intuición espiritual, por lo tanto, tampoco ninguna turbación de la intuición. La intuición permanecerá siempre clara y pura, porque es espiritual. Es también siempre intuida o “escuchada” de modo claro por los seres humanos, si... ¡es realmente la intuición la que habla! Los seres humanos, sin embargo, en su mayor parte, se cerraron a esa intuición, cuando pusieron el sentimiento en primer plano, cual denso envoltorio, una pared, tomando equivocadamente el sentimiento como la voz interior, razón por la cual vivencian muchas decepciones, confiando entonces cada vez más solamente en el intelecto, no presintiendo que justamente a través de la cooperación del intelecto es como pudieron ser engañados. Debido a ese equívoco condenan precipitadamente todo cuanto es espiritual, con lo cual sus experiencias nada tenían que ver, en absoluto, atándose cada vez más a cosas de poca valía.

¡El mal básico es, como en muchos otros casos, también aquí, siempre de nuevo, la sumisión voluntaria de esas criaturas humanas al intelecto atado a espacio y tiempo!

El ser humano que se somete totalmente a su intelecto, se somete también enteramente a *las restricciones* del intelecto, que está atado firmemente a espacio y tiempo, como producto del cerebro de materia gruesa. De esa forma el ser humano se encadena completamente a la materia gruesa.

Todo cuanto el ser humano hace proviene de él mismo, voluntariamente. ¡Por lo tanto, no está siendo encadenado, sino que él mismo se encadena! Se deja dominar por el intelecto (pues si él mismo no quisiese, jamás podría suceder de esa manera), que lo retiene, según su propia especie, también a espacio y tiempo y no lo deja más reconocer, comprender lo que está fuera de espacio y tiempo. Por eso se extiende ahí sobre la intuición independiente de espacio y tiempo, debido a la facultad restringida de comprensión, un envoltorio firmemente adjunto a espacio y tiempo, una barrera, y el ser humano de esa forma no logra oír nada más, es decir, su “voz interior pura” se perdió, o él solamente está capacitado para todavía “escuchar” el sentimiento conectado al intelecto, en lugar de la intuición.

Se produce un concepto equivocado al decirse: el sentimiento subjuga la intuición pura; pues nada es más fuerte que la intuición, ella es la fuerza más elevada del ser humano, jamás puede ser subjugada o simplemente perjudicada por otra cosa. Será más correcto decir: el ser humano se torna incapaz de reconocer la intuición.

El fracasar depende siempre sólo de la propia persona y jamás de la intensidad más fuerte o más débil de ciertos dones, ¡pues justamente el don fundamental, la fuerza propiamente dicha, lo más poderoso de todo en el ser humano, que encierra en sí toda la vida y es inmortal, es concedido en partes *iguales* a cada uno! En cuanto a eso, nadie presenta ventaja sobre los demás. ¡Todas las diferencias residen solamente en la *aplicación*!

¡Tampoco este don fundamental, la chispa inmortal, podrá jamás ser turbado o manchado! Se conserva puro hasta en el más grande lodazal. Solamente debéis romper el envoltorio con el que vosotros mismos os cubristeis por medio de la restricción voluntaria de la facultad de comprensión. ¡Entonces, sin tardanza quemará tan límpido y claro conforme era en el principio, se desarrollará de modo vivo y fuerte, y se conectará a la Luz, a lo espiritual! ¡Regocijaos de ese tesoro que yace en vosotros así intangible! ¡Poco importa que seáis considerados valiosos o no por vuestro prójimo! Ante la buena voluntad sincera puede ser eliminada cualquier mugre que se ha juntado, cual una barrera, alrededor de esa chispa

espiritual. ¡Si hubieseis ejecutado ese trabajo y desenterrado el tesoro, seríais tan valiosos como aquél que jamás lo ha enterrado!

Pero, ¡ay de aquél, que por comodidad se abstenga constantemente de querer el bien! En la hora del juicio le será quitado ese tesoro, y con eso él dejará de existir.

¡Despertad, por eso, oh vosotros los que os mantenéis aislados y que, con la limitación de la facultad de comprensión, colocáis el manto del intelecto sobre la intuición! ¡Estad alerta y escuchad los llamamientos que os alcanzan! Sea por un dolor violento, una fuerte conmoción anímica, un inmenso sufrimiento o una alegría sublime y pura, que sea capaz de romper la capa oscura de los bajos sentimientos, no dejéis que nada de eso pase inútilmente por vosotros. ¡Son auxilios que os indican el camino! Sin embargo, mejor será que no esperéis por ello, pero sí que iniciéis ya con voluntad sincera hacia todo el bien y hacia la escalada espiritual. Así, pronto se convertirá más delgada y ligera la capa separadora, hasta terminar desvaneciéndose, y la chispa siempre pura e inmaculada irrumpirá en llama ardiente. Aún así, ese primer paso puede y debe ser dado *solamente por la misma persona*, de otra manera no puede ser ayudada.

Y en cuanto a ello tenéis que distinguir rigurosamente entre desear y querer. Con el desear, aún nada está hecho, no es suficiente para cualquier avance. Tiene que ser el querer, lo que también condiciona la acción, ya la trae en sí. La acción ya se inicia con el querer sincero.

Aunque ahí muchos también tengan que seguir por un sinfín de obstáculos, por haberse atado hasta entonces solamente al intelecto, no deben hesitar. ¡También ellos lucran! Su meta es clarificar el intelecto, al vivenciar cada uno de esos caminos, descartando y librándose gradualmente de todo cuanto es obstáculo.

Por eso, adelante, sin vacilación. ¡Con el querer sincero cada camino conduce finalmente hacia la meta!

13. La religión del amor

La religión del amor es comprendida equivocadamente, debido a las múltiples deformaciones y tergiversaciones del concepto *amor*; ¡pues la mayor parte del verdadero amor es severidad! Lo que *actualmente* es nombrado amor es todo, menos amor. Al ser examinados inexorablemente en el fondo todos los así denominados amores, no restará otra cosa más que egoísmo, vanidad, debilidad, pereza, arrogancia o instintos.

¡El verdadero amor no se preocupa de lo que le agrada al otro, o le brinda placer y alegría, sino que cuidará sólo de lo que le *es útil!* Sin importar si eso le cause o no alegría. Éste es el verdadero amar y servir.

Por lo tanto, si está escrito: “¡Amad a vuestros enemigos!”, entonces significa: “¡Haced lo que les sea útil! ¡También castigadlos, pues, si de otra forma no pueden llegar al reconocimiento!” Eso es servirlos. Pero en eso debe imperar la justicia; ¡pues el amor no se deja separar de la justicia, son una sola unidad! Condescendencia impropia equivale a cultivar más aún los errores de los enemigos y de ese modo continuar dejándolos que resbalen por el camino en declive. ¿Sería eso el amor? ¡Al contrario, con ello se sobrecargaría con una culpa!

Solamente debido a los deseos manifiestos de las criaturas humanas, la religión del amor fue convertida en una religión de flojedad, como también la persona del portador de la Verdad, Cristo Jesús, fue rebajada a una debilidad y una indulgencia que jamás poseyó. Precisamente debido al amor universal, fue áspero y severo entre las criaturas humanas de intelecto. Su tristeza, que le acometía muchas veces, era simplemente natural, teniendo en cuenta su elevada misión y el material humano que tenía que enfrentar. Con debilidad no tenía absolutamente nada que ver.

Después de la eliminación de todas las desfiguraciones y estrechamientos dogmáticos, *(En lo que se refiere a doctrina) la religión del amor será una doctrina de la más rigurosa consecuencia, en la cual no se halla debilidad alguna ni condescendencia ilógica.

14. El Redentor

¡El Salvador en la cruz! Son millares las cruces que están puestas como símbolo de que Cristo sufrió y murió a causa de la humanidad. Desde todas las partes claman a los fieles: “¡Pensad en ello!” En sitios solitarios, en las calles agitadas de las metrópolis, en las habitaciones silenciosas, en las iglesias, en los cementerios y en las fiestas de bodas, por todas partes sirve de consuelo, de fortalecimiento y de advertencia. ¡Pensad en ello! A causa de vuestros pecados el Hijo de Dios, que os trajo la salvación a la Tierra, sufrió y murió en la cruz.

Con estremecimiento íntimo, en profunda reverencia y lleno de gratitud, el fiel camina en su dirección. Con sensación de alegría deja después el lugar, consciente de que con aquella muerte por sacrificio también él ha quedado libre de sus pecados.

Pero tú, buscador sincero, ¡vete y párate ante el símbolo de la sagrada severidad y esfuérzate por comprender a tu Redentor! Despójate del suave manto de la indolencia que tan agradablemente te calienta y produce una sensación de bienestar y seguridad, que te deja dormir hasta la última hora terrena, cuando entonces serás sacado repentinamente de tu somnolencia, despréndete de la estrechez terrena y confróntate repentinamente con la verdad límpida. Entonces habrá terminado de pronto tu sueño, al cual te habías agarrado, con el cual te hundiste en la inercia.

Por lo tanto, ¡despierta, tu tiempo terreno es precioso! Es literalmente cierto e indiscutible que el Salvador vino a causa de nuestros pecados. Y, incluso, que él murió a causa de la culpa de la humanidad.

¡Todavía, a través de eso no te serán quitados tus pecados! La obra de redención del Salvador fue entablar la lucha con las tinieblas, para traer Luz a la humanidad, *abriéndole el camino al perdón de todos los pecados*. Recorrer ese camino, cada cual tiene que hacerlo por sí sólo, según las leyes inamovibles del Creador. Tampoco Cristo vino para derribar las leyes, sino para cumplirlas. ¡No malinterpretes a aquél que debe ser tu mejor amigo! ¡No atribuyas un significado equivocado a las palabras legítimas!

Cuando se dice correctamente: a causa de los pecados de la humanidad todo eso sucedió, entonces se quiere decir que la venida de Jesús sólo se tornó indispensable porque la humanidad ya no lograba, por sí sola, encontrar la salida de las tinieblas producidas por ella misma y liberarse de sus garras. Cristo tuvo que abrir ese camino nuevamente y mostrárselo a la humanidad. Si ésta no se hubiese enredado tan profundamente en sus pecados, es decir, si la humanidad no hubiese caminado en el camino *errado*, la venida de Jesús no hubiera sido necesaria, y le habría sido evitado el camino de lucha y sufrimiento. Así es perfectamente correcto que él tuvo que venir solamente a causa de los pecados de la humanidad, para que ésta, en el camino errado, no tuviese que resbalar completamente hacia el abismo, hacia las tinieblas.

Pero eso no significa que, con ello, a cualquiera también le deban ser perdonadas, *en un instante*, sus culpas personales, en cuanto crea realmente en las palabras de Jesús y viva según ellas. Sin embargo, si viva según las palabras de Jesús, entonces sus pecados le *serán* perdonados. Sin embargo, solamente poco a poco, en un tiempo cuando el remate a través del trabajo contrario de buena voluntad se efectúe en la reciprocidad, conforme a las palabras de Jesús. No de otra manera. Diferentemente, sin embargo, será con aquellos que no viven según las palabras de Jesús, siéndoles absolutamente imposible el perdón.

Esto no significa, sin embargo, que solamente los adeptos de la iglesia cristiana puedan obtener el perdón de sus pecados.

Jesús anunció la *Verdad*. Por consiguiente, sus palabras deben de contener también todas las verdades de otras religiones. Él no quiso fundar una iglesia, pero sí mostrar a la humanidad el verdadero camino, el cual puede seguir igualmente a través de las verdades de otras religiones. Por eso también es que se hallan en sus palabras tantas consonancias con las religiones ya existentes en aquél tiempo. Jesús no las ha sacado de aquellas religiones, sino que, como él trajo la Verdad, debía hallarse en ella también todo aquello que en otras religiones ya existía de la Verdad.

Incluso, quién no conoce las palabras de Jesús y anhela de modo sincero a la Verdad y el ennoblecimiento ya vive muchas veces enteramente en el sentido de esas palabras y por eso marcha con seguridad también hacia una creencia pura y el perdón de sus pecados. Guárdate, pues, de concepciones unilaterales. Eso es desvaluación de la obra del Redentor, rebajamiento del espíritu divino.

Quién se esfuerce seriamente por la Verdad, por la pureza, a ése tampoco le falta el amor. Será conducido espiritualmente hacia arriba, de escalón en escalón, aunque a veces a través de duras luchas y dudas y, *sea cual sea la religión a la que pertenezca*, ya sea aquí o también solamente en el mundo de materia fina, encontrará al espíritu de Cristo, el cual entonces le llevará *por fin* hasta el Padre, con lo que también se cumple la sentencia: “Nadie viene al Padre, sino por mí”.

Ese “por fin”, sin embargo, no comienza en las últimas horas terrenas, sino a partir de un cierto grado en el desarrollo del ser humano espiritual, para el cual el pasar del mundo de materia gruesa al de materia fina significa solamente una mudanza.

Ahora, cuanto al acontecimiento propiamente dicho de la gran obra de redención: la humanidad andaba al acaso en la oscuridad espiritual. Ella misma la creó, al someterse cada vez más y más solamente al intelecto que había cultivado arduamente. Con ello limitaron cada vez más los bordes de su capacidad de comprensión, hasta que quedaron incondicionalmente atados a espacio y tiempo, tal como el cerebro, sin posibilidades de alcanzar más el camino hacia el infinito y el eterno. Así quedaron enteramente atados a la Tierra, restrictos a espacio y tiempo. Quedó cortada con ello toda ligazón con la Luz, con lo que es puro, espiritual. La voluntad de los seres humanos sólo lograba dirigirse hacia lo que era terrenal, a excepción de unos pocos que, como profetas, no poseían el poder para imponerse y abrir el libre camino hacia la Luz.

Debido a ese estado, todas las puertas quedaron abiertas para el mal. Tinieblas espirituales emanaban burbujeando, derramándose de manera funesta sobre la Tierra. Eso sólo podría resultar en *un fin*: la muerte espiritual. Lo más terrible que puede alcanzar el ser humano.

¡La culpa de toda esa miseria, sin embargo, pertenecía a los seres humanos! La provocaron, considerando que deliberadamente eligieron seguir en esa dirección. La desearon y la cultivaron, quedándose orgullosos de tal adquisición, en su ceguera desmedida, sin reconocer lo terrible que serían las consecuencias, debido a la restricción de la comprensión a la cual ellos mismos duramente se impusieron. Ningún camino podía ser abierto a partir de esa humanidad hacia la Luz. El estrechamiento voluntario ya era demasiado grande.

Además, si todavía hubiese se tornado posible una salvación, entonces debía venir el auxilio de la Luz. De lo contrario, no podría ser impedida la zozobra de la humanidad hacia el interior de las tinieblas.

Las propias tinieblas, debido a su impureza, tienen una mayor densidad que resulta en peso espiritual. Debido a ese peso, ellas consiguen elevarse por sí mismas solamente hasta un determinado límite de peso, siempre que no les llegue del otro lado una fuerza de atracción en

su auxilio. La Luz, sin embargo, posee una ligereza que corresponde a su pureza, por lo que la imposibilita de bajar hacia esas tinieblas.

¡Existe, sin embargo, entre esas dos partes un abismo intraspasable, en el cual se encuentra la criatura humana con su Tierra!

Está, pues, en manos de los seres humanos, según la especie de su voluntad y de sus deseos, ir hacia el encuentro de la Luz o de las tinieblas, abrir los portones y allanar los caminos para que la Luz o las tinieblas se derramen sobre la Tierra. Ellos mismos constituyen en eso los mediadores, a través de cuya fuerza de voluntad la Luz o las tinieblas encuentran firme apoyo, pudiendo a partir de ahí actuar con mayor o menor fuerza. Cuanto más, de esa manera, la Luz o las tinieblas ganen poder sobre la Tierra, tanto más cubren a la humanidad con aquello que pueden aportar, con cosas buenas o malas, salvación o infortunio, felicidad o desgracia, paz paradisíaca o suplicios infernales.

La voluntad pura de los seres humanos se había vuelto demasiado débil para que, en medio de las pesadas tinieblas que dominaban y a todo sofocaban con soberbia, pudiese ofrecer a la Luz un punto de apoyo en la Tierra, en el cual se pudiese agarrar, uniéndose de tal modo que, en pureza cristalina y consecuente fuerza plena, lograrse destruir a las tinieblas, liberando a la humanidad, la cual entonces podría proveerse de fuerzas en la fuente así abierta y encontrar el camino ascendente hacia las alturas luminosas.

A la propia Luz no era posible bajar tanto hasta la mugre, sin que para ello fuese ofrecido un fuerte apoyo. Por eso era necesario que viniese un mediador. Solamente un emisario de los paramos luminosos, a través de la *encarnación*, podría tumbar la muralla de las tinieblas levantada por la voluntad de los seres humanos, y luego formar entre todos los males aquella base de materia gruesa hacia la Luz divina, que se halla sólida entre las pesadas tinieblas. Partiendo de ese anclaje, podrían entonces las irradiaciones puras de la Luz separar y diseminar a las masas oscuras, con el fin de que la humanidad no sucumbiese totalmente en las tinieblas, ahogándose.

¡De esa manera, Jesús *vino* a causa de la humanidad y de sus pecados!

La nueva ligazón, así creada con la Luz no podía, debido a la pureza y fuerza del emisario de la Luz, ser cortada por las tinieblas. Con eso estaba así abierto para los seres humanos un nuevo camino hacia las alturas espirituales. A partir de Jesús, ese punto de apoyo terreno surgido de la Luz por medio de la encarnación, salían entonces las irradiaciones hacia las tinieblas ante la Palabra Viva, que traía la Verdad. Él podía transmitir esa Verdad inalterada, porque su ligazón con la Luz, debido a la fuerza de la misma, era pura y no podía ser turbada por las tinieblas.

Los seres humanos fueron entonces estremecidos de su estado de somnolencia a través los milagros que simultáneamente ocurrían. Al seguirlos, encontraban la Palabra. Oyendo la Verdad traída por Jesús y en ella reflexionando, empezó a nacer en cientos de miles de personas, gradualmente, el deseo de seguir hacia el encuentro de esa Verdad y de saber más sobre ella. Entonces, lentamente se esforzaban hacia la dirección de la Luz. A causa de tal deseo las tinieblas que los envolvían fueron flojeando, irradiaciones y más irradiaciones de la Luz penetraban victoriosamente, mientras los seres humanos reflexionaban sobre las palabras y las tomaban como ciertas. En su rededor el ambiente se fue aclarando cada vez más, las tinieblas no hallaban más ningún apoyo firme y, finalmente, cayeron deslizándose, con lo que perdían cada vez más terreno. Así la Palabra de la Verdad actuaba en las tinieblas como un grano de mostaza en germinación y como la levadura en la masa del pan.

Y ésa fue la obra de redención de Jesús, Hijo de Dios, del portador de la Luz y de la Verdad.

Las tinieblas, que suponían ya tener el dominio sobre toda la humanidad, se contorcían, levantándose en una lucha salvaje, a fin de tornar irrealizable la obra de redención. Al mismo Jesús no podían aproximarse, pues resbalaban en su intuición pura. Era natural entonces que se valiesen de las herramientas solícitas de las que disponían para el combate.

Ésas eran las criaturas humanas que acertadamente se denominaban “seres humanos de intelecto”, es decir, que se sometían al intelecto y, al igual que este, estaban consecuentemente firmemente atadas a espacio y tiempo, por lo tanto imposibilitadas de discernir los conceptos espirituales más elevados, ubicados muy por encima de espacio y tiempo. Por lo tanto les era también imposible seguir la doctrina de la Verdad. Todas ellas se hallaban, según sus propias convicciones, en un suelo demasiado “real”, igual que a tantas también todavía hoy en día. Terreno real, sin embargo, significa en verdad un suelo demasiado restricto. Y todos esos seres humanos constituían precisamente la mayor parte de aquellos que representaban la autoridad, es decir, que tenían en manos el poder gubernamental y religioso.

Así las tinieblas, en su defensa furiosa, fustigaban a estos seres humanos hasta las graves transgresiones contra Jesús, sirviéndose del poder terreno que poseían.

Las tinieblas esperaban con eso hacer que Jesús vacilase y, al mismo tiempo en el último momento, poder destruir la obra de redención. Que pudiesen ejercer ese poder sobre la Tierra hasta tal punto fue exclusivamente culpa de la humanidad, que por su deliberada sintonización errada ha estrechado su facultad de comprensión, permitiendo así la supremacía a las tinieblas.

Esta culpa, por si sola, fue el pecado de la humanidad, que dio continuidad a todos los otros males.

¡Y a causa de esa culpa de la humanidad Jesús tuvo que sufrir! Las tinieblas fustigaban aún más, hasta el extremo: Jesús pasaría por la muerte en la cruz, si persistiese en sus aseveraciones de ser el portador de la Verdad y de la Luz. Se trataba de la última decisión. Una huida, una retirada total de todo podía salvarle de la muerte en la cruz. Pero eso hubiera significado una victoria de las tinieblas en el último momento, porque así toda la actuación de Jesús se habría hundido de a poco en la arena, siendo posible, así, que las tinieblas se hiciesen nuevamente cargo de todo victoriosamente. Jesús no habría cumplido su misión, la iniciada obra de redención habría quedado inacabada.

La lucha interior en el Getsemaní fue dura, pero breve. Jesús no temía la muerte terrenal, sino que permaneció firme dirigiéndose tranquilamente hacia el desenlace terrenal, a favor de la Verdad por él traída. A través de su sangre en la cruz, dejó sellado todo cuanto dijo y vivió.

Con ese acto él venció totalmente a las tinieblas, las cuales con eso habían jugado su última carta. Jesús venció. Por amor al Padre, a la Verdad, por amor a la humanidad, para la cual con eso quedó abierto el camino hacia la libertad hacia la Luz, pues con esa victoria fue fortalecida con la verdad de sus palabras.

Una retirada a través de la huida y la consecuente renuncia a su obra habría traído dudas a la humanidad.

¡Jesús murió, por lo tanto, debido a los pecados de la humanidad! Si no hubiesen sido los pecados de la humanidad, el alejamiento de Dios causado por la restricción del intelecto, sería posible haber sido evitada la venida de Jesús y, de esa forma, también su camino de sufrimiento y su muerte en la cruz. Es enteramente correcto, por lo tanto, cuando se dice: ¡fue a causa de nuestros pecados por lo que Jesús vino, padeció y sufrió la muerte en la cruz!

¡Eso, sin embargo, no significa que tú mismo no tengas que redimir tus pecados!

Sólo que ahora puedes hacerlo fácilmente, porque Jesús te ha mostrado el camino a través de la transmisión de la Verdad *en sus palabras*. Igualmente, la muerte de Jesús en la cruz no puede simplemente borrar tus propios pecados. Si así fuese, entonces antes habría que desmoronar todas las leyes universales. Esto no ocurre. El mismo Jesús hace referencia muchas veces a todo lo “que está escrito”, es decir, al antiguo. El nuevo evangelio del amor tampoco tiene la intención de destruir o de anular al antiguo de la justicia, *pero sí completarlo*. Quiere que con él sea conectado.

¡No olvidéis, pues, de la justicia del gran Creador de todas las cosas, la cual no permite desplazarse ni siquiera a causa de un hilo de cabello y que permanece inmóvil desde el principio del mundo hasta su fin! Ella no podría permitir que alguien echara sobre sí la culpa de otro para redimirla.

A causa de la culpa de otros, es decir, debido a la culpa de otros, Jesús pudo venir, sufrir y morir, presentándose como luchador a favor de la Verdad, mas él mismo permaneció puro e inalcanzado por esa culpa, razón por la cual no podría cargarla sobre sí personalmente.

La obra de redención no es por eso menor, sino que un sacrificio como no puede haber mayor. ¡Por ti bajó Jesús desde las alturas luminosas hasta el lodo, ha luchado por ti, sufrió y murió por ti, para traerte la Luz en el camino correcto hacia lo alto, a fin de que no te perdieses ni te hundieses en las tinieblas!

Así se presenta ante ti tu Redentor. Esa fue su enorme obra de amor.

La justicia de Dios ha quedado seria y severa en las leyes del mundo; pues lo que el ser humano siembre, lo cosechará, dice también el mismo Jesús en su mensaje. ¡Ni un centavo le puede ser perdonado, según la justicia divina!

Acuérdate de ello cuando estés delante del símbolo de la sagrada severidad. Agradece de todo corazón que el Redentor, con su Palabra, abrió para ti nuevamente el camino para el perdón de tus pecados, y deja estos lugares con el firme propósito de seguir el camino que te ha sido mostrado, para que te pueda sobrevenir el perdón. Seguir el camino, sin embargo, no quiere decir solamente aprender la Palabra y creer en ella, ¡sino *vivir* esa Palabra! Creer en ella, considerarla correcta y no obrar en todo de acuerdo con la misma, de nada te serviría. Al contrario, estarás en peor situación de que aquellos que nada saben de la Palabra.

Por eso, ¡despierta, el tiempo terreno es precioso para ti!

15. El misterio del nacimiento

Cuando los seres humanos dicen que existe una gran injusticia en la manera por la cual se presenta la distribución de los nacimientos, ¡entonces no saben lo qué con eso hacen!

Con gran insistencia afirma uno: “Si existe una justicia, ¡cómo puede nacer un niño ya con el peso de una enfermedad hereditaria! El niño inocente tiene que cargar consigo los pecados de los padres.”

U otro: “Un niño nace en la riqueza, otro en amarga pobreza y miseria. Con eso no se puede surgir cualquier creencia en la justicia.”

O aún así: “Suponiéndose que los padres son los que deban ser castigados, no es cierto que ello se cumpla mediante la enfermedad y la muerte de un niño. El niño, de ese modo, tendría que sufrir inocentemente.”

Millares de estas y otras observaciones se multiplican entre la humanidad. Hasta los buscadores sinceros a veces se rompen la cabeza con ello.

Con la simple declaración de que “éstos son los inescrutables caminos de Dios, que todo conducen hacia lo mejor” no se quita del mundo el anhelo del saber el “por qué”. Quién con eso se satisfaga tendrá que concordar *apáticamente*, o reprimir inmediatamente como injusto cualquier pensamiento indagador.

¡Pero eso no es lo deseado! Es preguntando que uno encuentra el camino correcto. La apatía o vehemente represión sólo traen a la memoria la esclavitud. ¡Pero Dios no quiere esclavos! No quiere obediencia apática, sino un mirar libre y consciente hacia las alturas. ¡Sus maravillosas y sabias disposiciones no necesitan estar envueltas por la oscuridad mística, sino al contrario, ganan en su sublime e inalcanzable magnitud y perfección, cuando están expuestas abiertamente ante nosotros! De forma inmutable e incorruptible, en una seguridad y serenidad uniforme, ejecutan continuamente su eterno actuar. No se preocupan por el rencor ni por el reconocimiento de los seres humanos, ni tampoco por su ignorancia, sino que restituyen a cada uno, incluso en los más ínfimos matices, en frutos maduros, de lo que ellos hayan sembrado.

“Los molinos de Dios muelen despacio, pero seguros”, dice la voz del pueblo tan acertada con respecto a ese tejer de incondicional reciprocidad que se haya en toda la Creación, cuyas leyes inmutables traen en sí la justicia de Dios, ejecutándola. Emanan, fluyen y discurren, y se vierten sobre todos los seres humanos, quieran o no, quienes, sometiéndose o sublevándose, habrán de recibirla como castigo justo y como perdón, o como recompensa en la elevación.

Si uno de los que protestan o un escéptico pudiese solamente arrojar una única mirada hacia el flotante y tejedor movimiento en la materia fina, sobrepasado y soportado por el riguroso espiritual, que traspasa y envuelve toda la Creación, y en el cual ésta se halla, siendo incluso una parte de él, vivo como un telar de Dios en eterno funcionamiento, pronto silenciaría lleno de vergüenza y reconocería, asustado, la arrogancia contenida en sus palabras. La serena sublimidad y seguridad que observa, le obligarían a postrarse, pidiendo perdón. ¡Cuán mezquino, pues, se había imaginado a su Dios! Y, aún así, que increíble grandeza encuentra en Sus obras. Reconocerá entonces que, con sus más elevadas concepciones terrenas, sólo podría haber tratado de disminuir a Dios y restringir la perfección de la gran obra con el vano esfuerzo de querer contenerla en el limitado ámbito, que el cultivo del intelecto ha creado, el cual jamás podrá elevarse por encima de espacio y tiempo. El ser humano no debe olvidarse de que él se encuentra en la *obra* de Dios, que él mismo es una parte de la obra y que, por consiguiente, está incondicionalmente también sujeto a las leyes de esa obra.

Sin embargo, esta obra no alcanza solamente las cosas visibles a los ojos terrenos, pero también el mundo de materia fina que contiene en sí la mayor parte de la verdadera existencia y actividad humana. Las respectivas vidas terrenas son solamente pequeñas partes de eso, *pero siempre importantes puntos de transición.*

El nacimiento terreno constituye siempre solamente el principio de una etapa importante en toda la existencia de una criatura humana, pero no su comienzo propiamente dicho.

Cuando empieza su peregrinación por la Creación, el ser humano como tal se halla libre, sin hilos del destino, éstos parten hacia el mundo de materia fina, convirtiéndose cada vez más fuertes en el camino debido a la fuerza de atracción de la igual especie, cruzándose con otros, entretejiéndose y actuando retroactivamente sobre el autor, con quien hayan permanecido conectados, conduciendo consigo el destino o karma. Los efectos de los hilos que regresan simultáneamente se mezclan entre sí por lo que los colores, originalmente definidos de un modo nítido, reciben otras tonalidades, produciendo nuevos cuadros combinados. *(Disertación Nro. 6: Destino) Los hilos individuales constituyen el camino de los efectos de retorno hasta que el autor no ofrezca ningún punto de apoyo más en su íntimo para los elementos de la igual especie, por lo tanto, cuando por su parte no cuida más de este camino, ni lo conserve, por lo que esos hilos ya no pueden atarse más o engancharse, secándose y cayendo, tanto para el bien como para el mal.

Cada hilo del destino es, por lo tanto, formado en la materia fina por el acto de voluntad en la decisión para una acción, emigra, pero permanece, pese a eso, anclado en el autor y constituye así el camino seguro para especies iguales, tornándolas más fuertes, pero también, simultáneamente recibiendo fuerza de éstas, la cual regresa al punto inicial por ese camino. A partir de ese proceso se produce la ayuda que llega a los que se esfuerzan por el bien, tal y como fue prometido, o sin embargo, la circunstancia por la que “el mal continúa generando el mal”. *(Disertación Nro. 30: El ser humano y su libre arbitrio)

Los efectos recíprocos de esos hilos en curso, a los cuales, diariamente, el ser humano se ata a otros nuevos, llevan así, a cada ser humano su destino, creado por él mismo y bajo el cual está sujeto. Toda arbitrariedad queda ahí excluida, por lo tanto, también toda injusticia. El karma que una persona lleva consigo y que se parece a una predestinación unilateral es de hecho solamente la *consecuencia* indiscutible de su pasado, siempre que ésta no haya sido redimida a través de la reciprocidad.

El verdadero inicio de la existencia de una persona es *siempre* bueno, y para muchas también el fin, a excepción de aquellas que se pierden por sí solas, por haber, voluntariamente, a través de sus resoluciones, tendido la mano hacia el mal, lo cual, por su parte, les hundió completamente hacia la miseria. Las vicisitudes ocurren siempre solamente en el intervalo de tiempo que va desde la época de formación hasta la madurez interior.

El propio humano, por lo tanto, siempre es quien produce su vida futura. Él suministra los hilos y así determina el color y la forma del ropaje que el telar de Dios le teje a través de la ley de la reciprocidad.

Frecuentemente, yacen muy lejos las causas que actúan de modo determinante para las circunstancias en las que un alma nacerá, así como la época bajo cuyas influencias el niño vendrá al mundo terreno, para que éste entonces influya continuamente durante su peregrinación en la Tierra, y logre lo que es necesario para la remisión, el pulimento, la eliminación del karma y el desarrollo justamente de ese alma.

Tampoco eso, sin embargo, se cumple unilateralmente solamente para el niño, sino que los hilos se tejen naturalmente, de forma que establecen también un efecto recíproco en lo terrenal. Los padres proporcionan al hijo precisamente lo que éste necesita para su desarrollo continuo y, de modo inverso, el hijo en relación a los padres, sea algo bueno o malo; pues al

desarrollo continuo y a la elevación pertenece también, naturalmente, la liberación del mal al agotarlo, con lo que es reconocido como tal y rechazado. Y la oportunidad para ello siempre lleva la reciprocidad. Sin ésta, no podría jamás, realmente, el ser humano liberarse de su pasado. Por lo tanto, se halla en las leyes de la reciprocidad, como una gran dádiva de gracia, el camino hacia la libertad o la ascensión. Por consiguiente, no se puede hablar, de ninguna manera, de castigo. Castigo es una expresión errada, ya que precisamente en ello reside el gran amor, la mano que el Creador extiende para el perdón y la liberación.

La venida terrena del ser humano se compone de generación, encarnación y nacimiento. La encarnación es el ingreso, propiamente dicho, de la criatura humana en la existencia terrena. *(Disertación Nro. 7: La creación del ser humano)

Por lo tanto, millares son los hilos que contribuyen en la determinación de una encarnación. Hay siempre, sin embargo, también en esos fenómenos de la Creación una justicia sintonizada hasta en los más mínimos detalles, la cual se efectúa e impulsa hacia el beneficio de *todos* los ahí involucrados.

Así, el nacimiento de un niño se torna algo mucho más sagrado, más importante y más valioso de lo que, en general, es supuesto. Ocurre, pues, de esa forma, simultáneamente al niño, a los padres, y también a los posibles hermanos y otras personas que tendrán contacto con el niño, con su ingreso en el mundo terreno, una nueva y especial gracia del Creador, con lo que todos reciben la oportunidad de avanzar de alguna manera. A los padres les puede ser dada, por el cuidado necesario en el tratamiento de una enfermedad, o por grave preocupación o sufrimiento, la oportunidad para el lucro espiritual, sea como remedio, como simple medio para un fin o también como verdadera redención de una culpa antigua, tal vez, incluso como expiación anticipada de un karma amenazador. Pues ocurre muchas veces que, con la ya iniciada buena voluntad, la *propia* enfermedad grave de una persona, que debía alcanzarla según la ley de la reciprocidad como karma, sea *anticipadamente redimida* por la gracia, en consecuencia de su buena voluntad al dispensar, por libre resolución, cuidados abnegados a otro o a su propio hijo. Una verdadera redención sólo puede suceder mediante la intuición, a través del vivenciar pleno. En la ejecución de un cuidadoso tratamiento con verdadero amor, el vivenciar, frecuentemente, es todavía más grande que la propia enfermedad. Es más profundo en la ansiedad, en el dolor durante la enfermedad de un hijo o de alguien a quien realmente se le considera como un prójimo querido. Igual de profunda es también la alegría ante su recuperación. Y ese fuerte vivenciar por sí sólo imprime sus marcas indelebles en la intuición, en el ser humano espiritual, cambiándolo con eso y cortando con esa transformación los hilos del destino que de otra forma aún le habrían alcanzado. Debido a ese corte o abandono, los hilos regresan como gomas estiradas hacia el lado opuesto, a las centrales de materia fina de igual especie, por cuya fuerza de atracción son entonces atraídos de modo unilateral. Así queda excluido cada efecto subsecuente sobre el ser humano transformado, por la falta de camino de conexión para ello.

Por lo tanto, existen millares de maneras de rescates bajo esa forma, cuando una persona voluntariamente y de buen agrado toma hacia sí algún deber ante otra por amor o por misericordia, que es similar al amor.

En cuanto a eso Jesús mostró los mejores ejemplos en sus parábolas. Tanto en su Sermón de la Montaña, así como en todas las demás predicaciones, indicó muy claramente los buenos resultados de semejantes prácticas. Siempre hacía referencia al “prójimo”, y mostraba así, en la forma más sencilla y más clara, el mejor camino para la expiación del karma y para la ascensión. “Ama a tu prójimo como a ti mismo”, exhortó, brindando con eso la clave hacia el portal de toda escalada. No es necesario que se trate siempre de una enfermedad. Los niños, su necesario trato y educación, ofrecen de la forma más natural tantas oportunidades, que

contienen en si *todo* lo que se puede considerar como expiatorio. ¡Por eso mismo los niños traen bendiciones, sin importar como nacieron y se desarrollaron!

Lo que vale para los padres, es válido también para los hermanos y para todos los que se relacionan con niños. También ellos tienen la oportunidad de lucrar con el nuevo habitante de la Tierra, cuando se esfuerzan, sea también solamente para liberarse de malos hábitos o de algo similar, con la tolerancia, de los cuidadosos auxilios de la más variada especie.

Para el niño mismo, el auxilio no es menor. ¡Cada cual, a través del nacimiento, es colocado ante la posibilidad de escalar una inmensa parte del camino! Donde eso no suceda, la propia persona es la culpable. Significando que no lo quiso hacer de ese modo. Se debe, por consiguiente, considerar a cada nacimiento como un bondadoso regalo de Dios que es distribuido proporcionalmente. Tampoco para aquél que no tiene hijos y adopta un niño de otro la bendición queda reducida, sino al contrario, es todavía más grande por el acto de adopción, siempre que ésta suceda a causa del niño y no por satisfacción personal.

En una encarnación ordinaria, por lo tanto, la fuerza de atracción de la igual especie espiritual juega un papel predominante en cooperación con los efectos recíprocos. Características que son consideradas como hereditarias, en realidad, no son transmitidas por herencia, sino que deben ser atribuidas simplemente a esa fuerza de atracción. Nada se halla ahí de heredado espiritualmente de la madre o del padre, pues el niño también es una persona individual, al igual que ellos, llevando en si solamente especies iguales, por las cuales se sintió atraído.

Sin embargo, no es solamente esa fuerza de atracción de la igual especie la que actúa de modo determinante en la encarnación, sino que también cooperan otros hilos del destino en su curso, a los cuales el alma a ser encarnada se halla conectado y que tal vez estén de alguna forma atados a un miembro de la familia al cual es conducida. Todo ello colabora conjuntamente, se atrae mutuamente y, por último, conduce a la encarnación.

Pero es distinto cuando un alma acepta voluntariamente una misión *(Envío, incumbencia) para ayudar a determinados seres humanos terrenos o para colaborar en una obra de ayuda para toda la humanidad. En estos casos el alma acepta ya desde pronto y voluntariamente sobre sí lo que se va a encontrar en la Tierra, con lo que tampoco se puede hablar aquí de injusticia alguna. Por lo que la recompensa tiene que sobrevenirle como resultado del efecto de la reciprocidad, siempre que todo suceda por amor incondicional, que por su parte no pregunta por recompensa. En las familias en las cuales hay enfermedades hereditarias, se encarnan las almas que necesitan tales enfermedades, para conseguir a través de la reciprocidad, la liberación, la purificación o el progreso.

Los hilos conductores y sostenedores no permiten en absoluto que ocurra una encarnación equivocada, es decir, injusta. Excluyen con eso todo error. Sería intentar nadar contra una corriente que sigue su curso bajo unas reglas con fuerza férrea e imperturbable, excluyendo de antemano cualquier resistencia, de manera que ni siquiera sea factible intentarlo. Sin embargo, bajo la rigurosa observancia de sus propiedades, no ofrece nada más que bendiciones.

Y todo es tomado en cuenta, incluso en los casos de encarnaciones voluntarias, cuando las enfermedades son asumidas espontáneamente para alcanzar una cierta finalidad. Si, por un casual, el padre o la madre han atraído la enfermedad sobre sí mismos, a causa de una culpa, aunque producida solamente por la inobservancia de las leyes naturales que exigen una atención incondicional para la preservación de la salud del cuerpo a ellos confiado, entonces el dolor de reproducir nuevamente esa enfermedad en el hijo ya lleva en si una expiación que conducirá a la purificación, siempre y cuando ese dolor sea verdaderamente intuido.

Mencionar ejemplos específicos de poco serviría, ya que cada nacimiento individual brindaría un nuevo cuadro, debido a los hilos del destino múltiplemente entrelazados,

divergiendo de los demás, y aún cada especie igual tendría que presentarse en millares de variaciones, debido a los delicados matices de las reciprocidades de sus mezclas.

Pero pongamos solamente un ejemplo sencillo: una madre ama tanto a su hijo, que le impide por todos los medios que él la deje para casarse. Manteniéndole atado a ella por un tiempo indeterminado. Ese amor es errado, puramente egoísta, egocéntrico, aun cuando la madre, según su propia opinión, ofrezca todo para tornar la vida terrena del hijo lo más agradable posible. Debido a ese amor egoísta, se ha interpuesto injustamente en la vida del hijo. El verdadero amor jamás piensa en sí mismo, sino que siempre quiere el bien de la persona amada y actúa en ese sentido, aunque esté vinculado con un renunciamiento personal. La hora en la que la madre sea llamada para partir al más allá llegará. El hijo está sólo ahora. Para él se ha tornado demasiado tarde, para que todavía logre dar el impulso alegre para la realización de sus propios deseos, el impulso brindado por la juventud. A pesar de todo, él todavía ha lucrado algo con eso; porque con la renuncia circunstancial, algo redime. Puede tratarse de una especie igual que se originó en su vida anterior, con lo que simultáneamente se desvió del aislamiento interior por un matrimonio lo cual, con el matrimonio, tendría que sobrevenirle de algún modo, o de cualquier otra cosa. En dichas circunstancias, sólo existe beneficio para él. La madre, sin embargo, ha llevado consigo su amor egoísta. La fuerza de atracción de la especie igual espiritual la arrastra irresistiblemente hacia las personas con propiedades idénticas, porque en sus cercanías está la posibilidad de poder intuir conjuntamente una pequeña parte de su propia pasión en la vida intuitiva de tales personas, cuando ejerzan su amor egoísta sobre otro. De esa forma, permanece ligada a la Tierra. Sin embargo, cuando ocurra una procreación en una de las personas con quien esté constantemente próxima, ella misma se encarnará debido a la ligazón de ese entrelazamiento espiritual existente. Cambiándose así los papeles. Ahora, como niño, bajo idéntica característica paterna o materna, sufrirá lo mismo que antaño impuso a su hijo. No podrá liberarse de la casa paterna, a pesar de sus deseos y de las oportunidades que se ofrecen. Así su culpa quedará redimida, cuando ella, a través de sus propias vivencias, reconozca tales maneras de proceder como injustas siendo así liberada de ello.

Por la ligazón con el cuerpo de materia gruesa, es decir, con la encarnación, una venda es puesta en cada persona, que les impide ver su existencia anterior. También eso, como todo acontecimiento en la Creación, sólo sirve como una ventaja de la respectiva persona. En ello, una vez más, se halla la sabiduría y el amor del Creador. Si cada uno recordase exactamente su existencia anterior, permanecería en su nueva vida terrena solamente como un pasivo observador, quedándose al margen, en la convicción de conquistar con eso un avance o de redimir algo, en lo que igualmente sólo reside progreso. Precisamente debido a eso, sin embargo, no habría para él avance alguno, sino, al contrario, correría un gran peligro de resbalar hacia abajo. La existencia terrena debe ser *vivenciada* realmente, si es que tiene una finalidad. Solamente lo que es vivenciado en el íntimo en todos sus altos y bajos, por lo tanto, intuitivo, se torna algo propio. Si una persona siempre supiese con anticipación claramente la dirección exacta que le sería útil, no existiría para ella reflexión ni decisión alguna. De esa forma, tampoco podría recibir fuerza alguna ni autonomía alguna, lo que es absolutamente indispensables para ella. De esa forma, sin embargo, toma cada situación de su vida terrena de forma más real. Todo lo que es realmente vivenciado graba firmemente impresiones en la intuición, en el eterno, que el ser humano en su metamorfosis lleva consigo hacia el más Allá como algo suyo, como parte de él mismo, moldeándolo de forma nueva de acuerdo con sus impresiones. Pero también *solamente* aquello que es realmente vivenciado, todo lo demás desaparece con la muerte terrena. ¡Lo *vivenciado*, sin embargo, permanece su lucro como contenido principal purificado de la existencia terrena! No todo lo que fue aprendido es parte de lo vivenciado. De lo que fue aprendido, sin embargo, restará solamente aquello lo que el ser humano absorbió para sí mismo a través de la vivencia. Toda la acumulación restante de

cosas inútiles de lo que ha sido aprendido, a que tantas personas sacrifican la existencia terrena entera, se quedará atrás como paja. Por eso, cada instante de la vida jamás puede ser tomado de modo suficientemente serio, a fin de que a través de los pensamientos, palabras y acciones fluya el fuerte calor vital, evitando así decaer en hábitos vacíos.

El niño recién nacido por eso parece, debido a la venda que le es impuesta ante los ojos en el acto de la encarnación, totalmente ignorante, por eso también es tomado equivocadamente como inocente. No es raro que lleve consigo un gran karma, que le dé la oportunidad de redimir caminos errados anteriores, con el agotamiento vivencial. El karma es, en la predestinación, solamente la consecuencia necesaria de hechos pasados. En las misiones, es una aceptación voluntaria, con la finalidad de alcanzar con ello la comprensión y la madurez terrena para el cumplimiento de la misión, a no ser que sea parte de la misma.

¡Por esa razón, el ser humano no debería lamentarse más de la injusticia en los nacimientos, sino que debería alzar su mirada con gratitud hacia el Creador, el cual con cada nacimiento individual, solamente ofrece nuevas bendiciones!

16. ¿Es aconsejable el aprendizaje del ocultismo?

A esta pregunta ha de responderse con un rotundo “no”. El aprendizaje del ocultismo, que en general engloba ejercicios destinados a la adquisición de la clarividencia, clariaudición, etc., es un obstáculo para el libre desarrollo interior y para la verdadera escalada espiritual. Los que de ese modo puedan ser formados son los que en tiempos pasados eran comprendidos como los llamados magos, *(Hechiceros) siempre y cuando el aprendizaje haya resultado más o menos favorable.

Es un tanteo unilateral, de abajo hacia arriba, sin poder nunca ser sobrepasada la denominada área terrenal. Siempre se tratará, en todos esos eventos alcanzables, solamente de cosas de especie inferior y muy inferior, que no son capaces de elevar interiormente a los seres humanos, pero sí de inducirles a errores.

El ser humano logra con ello solamente penetrar en el ámbito de materia fina que le esté más cercano, cuyas inteligencias muchas veces son incluso más ignorantes de que las de los propios seres humanos terrenos. Lo único que con eso logra alcanzar es abrirse a peligros por él desconocidos, de los cuales permanece protegido exactamente por el hecho de no abrirse.

Quién, por medio del aprendizaje se haya tornado clarividente o clariaudiente verá o escuchará, en ese ámbito inferior, muchas veces también cosas que tienen apariencia de ser algo elevado y puro, y que, sin embargo, están muy lejos de serlo. A ello contribuye también la propia fantasía, sobreexcitada por los ejercicios, la cual crea un ambiente dónde el aprendiz, de ese modo, ve y oye efectivamente, dando lugar a la confusión. Tal persona, no estando firme en sus pies, debido al aprendizaje artificial, más no puede diferenciar ni, a pesar de su mejor voluntad, puede trazar un límite claro entre la verdad y la ilusión, como tampoco puede diferenciar la multiforme fuerza formadora en la vida de la materia fina. Por último, se agrega también las influencias inferiores, absolutamente nocivas para él, a las cuales él mismo, voluntariamente y con mucho esfuerzo, se ha abierto camino, siendo incapaz de oponerles una fuerza superior, convirtiéndose rápidamente en una nave sin timón sobre un mar desconocido, constituyendo un peligro para todo lo que se cruce con él.

Es idéntico a una persona que no sabe nadar. Cuando se encuentra protegida en una barca, puede perfectamente atravesar con toda la seguridad el elemento que no le es familiar. Eso es comparable a la vida terrena. Si, sin embargo, durante el trayecto, arranca una plancha de la barca protectora, romperá una brecha en el abrigo, por donde entrará el agua, privándole de su protección y arrastrándole al fondo. Por no saber nadar, tal persona será solamente una víctima del elemento desconocido para él.

Tal es el proceso del aprendizaje del ocultismo. ¡Así la persona sólo arranca una plancha de su embarcación protectora, pero no aprende a nadar!

Sin embargo, existen también nadadores que a sí se denominan maestros. Los nadadores en ese sector son aquellos que ya llevan consigo un don preparado, y lo complementan mediante determinados ejercicios, a fin de ponerlo en evidencia, buscando también ampliarlo cada vez más. En tales casos, por lo tanto, una predisposición más o menos evolucionada será conectada a un aprendizaje artificial. Pero hasta al nadador mejor preparado siempre tiene impuestos límites muy estrechos. Si osa alejarse demasiado, sus fuerzas se tornan débiles, y terminará por perderse de la misma forma que uno que no sabe nadar, si... si no recibe socorro al igual que el que no sabe.

Este socorro, sin embargo, en el mundo de materia fina, sólo puede venir de las alturas luminosas, de lo espiritual puro. Y esa ayuda, a su vez, sólo puede acercarse, si la persona que se halla en peligro ya ha alcanzado un cierto grado de pureza en su desarrollo anímico, que

pueda servirle de punto de apoyo. Y esa pureza no podrá ser conseguida mediante el aprendizaje del ocultismo con el propósito de experiencias, sino que sólo puede venir a través de la elevación de la legítima moral interior, en el constante mirar hacia la pureza de la Luz.

Si una persona sigue *ese* camino, el cual con el tiempo le proporcionará un cierto grado de pureza interior, que naturalmente también se reflejará en sus pensamientos, palabras y obras, obtendrá entonces, poco a poco, ligazón con las alturas más puras y desde allí, recibirá recíprocamente, una fuerza intensificada. Así, tendrá una ligazón a través de todos los escalones intermediarios, que la sostiene y en la cual puede apoyarse. No tardará mucho y le será dado sin esfuerzo personal, todo lo que los nadadores inútilmente se esforzaban en obtener. Pero con un cuidado y precaución que yacen en las rígidas leyes de la reciprocidad, de forma que siempre recibirá sólo la misma proporción de aquello cuanto puede dar de fuerza equivalente, por lo menos en la misma intensidad, con lo que de antemano queda eliminado cualquier peligro. Por último, la barrera separadora, que puede compararse con las planchas de una barca, se irá haciendo más y más delgada, hasta desaparecer por completo. Este es entonces también el momento en el que tal persona, cual el pez en el agua, se sentirá como en su propia casa en el mundo de materia fina hasta las alturas luminosas. Ese es el único camino correcto. Cualquier entrenamiento prematuro mediante el aprendizaje artificial es errado. Solamente para el pez en el agua, ésta se presenta realmente sin peligros, por tratarse de “su elemento” y para el cual lleva en sí todo el equipaje que ni siquiera un nadador experimentado *jamás* logrará *alcanzar*.

Si una persona prefiere seguir tal aprendizaje, éste se inicia a través de una previa resolución voluntaria, a cuyas consecuencias estará sometida. Por consiguiente, tampoco se puede contar con que una ayuda le *deba* de ser dada. Se dispone, antes, de una resolución de libre albedrío.

Aquella persona, sin embargo, que incite a otros a tales aprendizajes, exponiéndolos, por ello, a múltiples peligros, habrá de cargar con una gran parte de las consecuencias, como culpa por cada uno individualmente. Quedará encadenada a todos en la materia fina. Después de su muerte terrena tendrá que descender, irrevocablemente, hasta aquellos que la precedieron, quienes sucumbieron a los peligros, hasta aquel que haya caído más profundamente. Ella misma no conseguirá ascender, mientras no haya ayudado a cada uno de aquellos a elevarse nuevamente, mientras no haya extinguido el camino errado y, además, recuperado lo que fue perdido a su paso. Así es el equilibrio en la reciprocidad y al mismo tiempo el camino de la gracia hacia ella, a fin de corregir el mal cometido y ascender.

Además, si tal persona ha actuado no solamente a través de la palabra, sino también por la escritura, su situación será todavía peor, porque sus escritos seguirán causando daños, aún después de su propia muerte terrena. Tendrá entonces que esperar en la vida de materia fina, hasta que no llegue al más Allá ninguno más de aquellos que se dejaron desviar por los escritos, a los cuales, por ello, tendrá que ayudarles a elevarse nuevamente. Siglos podrán transcurrir hasta que eso tenga lugar.

¡Pero no quiere decirse con eso que el mundo de la materia fina deba permanecer inaccesible e inexplorable durante la vida terrena!

A los interiormente maduros eso siempre les será proporcionado en el momento oportuno, para que se sientan como en casa allí donde para los demás se ocultan peligros. Les será permitido descubrir la verdad y propagarla. Pero también tendrán una visión clara de los peligros que amenazan a aquellos que, unilateralmente, mediante el aprendizaje del ocultismo, quieren entrar en las profundidades de un terreno que les es desconocido. Tales maduros jamás inducirán a aprendizajes ocultistas.

17. Espiritismo

¡Espiritismo! ¡Mediumnidad! En vigorosa discusión son debatidos los puntos a favor y en contra. No es mi tarea hablar algo sobre los adversarios y su afán en negarlo. Eso sería una pérdida de tiempo; pues todo ser humano que ratiocine lógicamente necesitará solamente leer el contenido de los denominados exámenes o investigaciones, para por si mismo reconocer que atestan completo desconocimiento y categórica inhabilidad por parte de los “examinadores”. ¿Por qué? Si quiero investigar la tierra, tengo que orientarme según la tierra y su constitución. Si, sin embargo, pretendo investigar el mar, no me queda otra alternativa más que orientarme de acuerdo a la constitución del agua y servirme de los medios de auxilio correspondientes a su constitución. Querer arremeter contra el agua con pala y azadón, o con máquinas perforadoras, sería poco provechoso para mis investigaciones. ¿A caso tendría que negar el agua, por no oponer resistencia al ingreso de la pala, al contrario de lo que sucede con la tierra, de consistencia más compacta y a mi más familiar? ¿O ya que no me es posible tampoco caminar sobre ella, como suelo caminar en tierra firme? Los adversarios dirán: Eso es distinto, pues la existencia del agua la *veo* y la siento; por lo tanto, ¡nadie la puede negar!

¿Cuánto tiempo hace que el hombre negaba muy enérgicamente la existencia de los millones de seres vivos multicolores contenidos en una sola gota de agua, cuya existencia hoy en día cada niño conoce? ¿Y por qué se lo negaba? ¡Solamente porque no eran vistos! Solamente después de haber sido inventado un instrumento ajustado a su constitución, fue posible reconocer, ver y observar ese nuevo mundo.

¡Lo mismo ocurre con el mundo extramaterial, el denominado más Allá! ¡Tornaos, pues, capaces de ver! Y, *entonces*, ¡permitíos juzgar! Depende de *vosotros*, y no del “otro mundo”. Lleváis en vosotros, además de vuestro cuerpo de materia gruesa, también la materia del otro mundo, mientras que los que se hallan en el más Allá ya no poseen vuestra materia gruesa. Exigís y esperáis que los del más Allá, quienes ya no disponen de la materia gruesa, se aproximen de vosotros (dando señales, etc.). Esperáis que *os* den prueba de su existencia, mientras que vosotros, que estáis constituidos no sólo de materia gruesa, sino también de la materia que ellos disponen, permanecéis sentados con actitudes de juez.

¡Edificad *vosotros*, pues, el puente que *vosotros podéis* extender, trabajad de una vez con la misma materia que también tenéis a vuestra disposición y así os tornaréis capaces de ver! O de lo contrario, si no lo comprendéis, callaos y continuad cebando sólo lo que es de materia gruesa, que cada vez sobrecarga más a lo que es de materia fina. En algún momento llegará el día en el que lo que es de materia fina tendrá que separarse de lo que es de materia gruesa, quedando entonces inerte, cansado, por haberse desacostumbrado totalmente a emprender el vuelo; pues también ello, al igual que todo está bajo las leyes terrenas como el cuerpo terrenal. ¡Solamente el movimiento produce fuerza! No necesitáis de médiums para poder reconocer lo que es de materia fina. Basta que observéis la vida que vuestra propia materia fina manifiesta dentro de vosotros. Proporcionadle, mediante vuestra voluntad, lo que ella necesite para fortalecerse. ¿O es que también pretendéis negar la existencia de vuestra voluntad, ya que no podéis verla ni tocarla?

Cuántas veces habréis sentido los efectos de vuestra voluntad en vosotros mismos. Podéis sentirlos bien, pero verlos o tocarlos, no. Tratándose de exaltaciones como la alegría o el sufrimiento, la cólera o la envidia. Apenas resulte efecto, tiene que poseer también una fuerza, que produzca una presión; porque sin presión no puede haber ningún efecto, ni ninguna percepción. Por lo que donde hay una presión, tiene que actuar un cuerpo, algo sólido de la misma materia, de lo contrario no puede surgir presión alguna.

Por lo tanto, debe de haber formas sólidas de una materia que no podéis ver ni tocar con vuestro cuerpo de materia gruesa. Tal es la materia del más Allá, que solamente podéis reconocer con la especie igual, también inherente a vosotros.

Extraña es la disputa en pro y en contra sobre una vida después de la muerte terrena, a veces, hasta rayando en lo ridículo. Quién sea capaz de, con un intento sereno, imparcial y neutro, reflexionar y observar, pronto concluirá que en la verdad, *todo*, absolutamente todo, habla a favor de la posibilidad de la existencia de un mundo de otra materia, un mundo que la actual criatura humana media no consigue percibir. Son tantos los acontecimientos que siempre y siempre de nuevo advierten a tal respecto que ya no pueden ser echados a un lado simplemente como si no existiesen. Sin embargo, en pro de un fin incondicional, después de la muerte terrena, no existe más que el deseo de muchos a quienes les gustaría sustraerse de toda responsabilidad espiritual, donde no importan ahí la inteligencia o las habilidades, sino solamente la verdadera intuición. —

Ahora bien, en lo que respecta a los *adeptos* del espiritismo, del espiritualismo o como quieran llamarlo, lo que a fin de cuentas viene a dar lo mismo, es decir, ¡grandes errores!

¡Los adeptos son muchas veces mucho más peligrosos y nocivos para la Verdad que los adversarios!

Son solamente unos pocos, entre millones, los que permiten que se les diga la verdad. La mayoría está enredada en una gigantesca trama de pequeños errores, que no les permite encontrar más el camino de salida, rumbo a la sencilla verdad. ¿Dónde está la falta? ¿En los del más Allá? ¡No! ¿Talvez en los médiums? ¡Tampoco! *¡Está solamente en el propio ser humano individual!* Éste no es lo suficiente sincero y severo consigo mismo, no quiere derribar opiniones preconcebidas, teme destruir la imagen que él mismo se ha formado respecto al más Allá, la cual le proporcionó, durante mucho tiempo, en su fantasía, *una santa inquietud y un cierto bienestar*. Y ¡ay de quien ose tocarlo! ¡Cada uno de los adeptos tiene ya preparada la piedra que ha de arrojar! Se agarra firmemente en eso y está más fácilmente dispuesto a tachar a los del más Allá de mentirosos o de espíritus chistosos, o a tachar de insuficientes a los médiums, antes de empezar primeramente por un sereno examen de sí mismo, reflexionando si *su concepción* por algún casual no hubiera sido errada.

¿Por dónde debería yo empezar a arrancar tanta maleza? Sería un trabajo interminable. Por esa razón, que sea dirigido aquello que aquí hablo, solamente a los que realmente buscan con sinceridad; pues solamente ellos lo deben encontrar.

Pongamos un ejemplo: una persona va a consultar a un médium, ¡sea éste importante o no! Allí están con ella también otros miembros reunidos. Empieza una “sesión”. El médium “fracasa”. No pasa nada. ¿La consecuencia? Unos dirán: El médium era una nulidad. Otros: El espiritismo no vale para nada. Los expertos declararán ufanamente: Las propiedades mediúnicas del médium, tantas veces puestas a prueba, eran un embuste; pues siempre que *nosotros* llegamos, el médium nada más osa. ¡Y los “espíritus” se callan! Pero los fieles y los convictos salen abatidos. La fama del médium se resiente y, si los “fracasos” se repiten, podrá llegar a reducirse a la nada. Pero si se encuentra allí un cierto gerente *(Empresario) del médium y hubiera intereses monetarios, entonces el gerente, nervioso, instigará al médium para que haga un esfuerzo, por las personas que han pagado, etc. En resumen: habrá dudas, burlas, y descontentos, por lo que el médium, en un nuevo intento, se pondrá de una forma forzada en estado de trance, pudiendo decir, tal vez inconscientemente en nerviosa auto-ilusión, algo que cree oír, o bien optará por el fraude, cosa que, por ejemplo, no le resulta muy difícil a un médium de manifiesto oral. Conclusión: habrá embuste, negación total del espiritismo; y todo ello porque tal vez en aquellas determinadas circunstancias algunos médiums usaron recursos fraudulentos, a fin de evitar hostilidades crecientes. Sobre tal caso particular, algunas preguntas:

1. ¿En qué clase social humana, sea la que sea, no existen farsantes? ¿A causa de algunos farsantes se condena también, en otros terrenos, inmediatamente la capacitación de los que trabajan honestamente?

2. ¿Por qué precisamente en ese caso y no en ningún otro?

A estas preguntas cualquier persona podrá contestarse fácilmente.

Pero ¿sobre quién recae ahora la culpa principal de este estado indigno de cosas? No sobre el médium, ¡sino en los propios seres humanos! Por sus opiniones excesivamente unilaterales y, sobre todo, por su total ignorancia, obligan al médium a elegir entre las hostilidades injustas y los fraudes.

Difícilmente los seres humanos permiten al médium optar por un camino intermedio.

Me refiero aquí únicamente a un médium digno de ser tomado en consideración, y no a los innumerables individuos con un aire de mediumnidad, que buscan poner en evidencia sus facultades mediocres. También lejos de mí está defender, de alguna forma, a los grandes séquitos de los médiums; pues muy raramente existe un valor real en tales espiritas que se reúnen alrededor de un médium, a excepción de los buscadores sinceros que se enfrentan a ese nuevo campo con el fin de *aprender*, pero no con la finalidad de juzgar ignorantemente. Para la gran mayoría de esos que se llaman creyentes, la asistencia a tales “sesiones” no les proporciona progreso alguno, sino una estagnación o regresión. Se tornan tan dependientes, que no son más capaces de tomar una resolución propia en nada, queriendo siempre pedir el consejo de “los que se hallan en el más Allá”. Muchas veces hasta en temas de lo más ridículos y, en general, para bagatelas terrenales.

El investigador serio o el que busque con sinceridad siempre ha de indignarse con la increíble estrechez precisamente de aquellos que durante años y años, como visitantes asiduos, se sienten mientras están con un médium “como en su propia casa”. Con aires de extraordinaria inteligencia y superioridad dicen las mayores insensateces, y se ponen así con actitud hipócrita de devoción, para sentir las agradables sensaciones que la convivencia con las fuerzas invisibles les ofrece para su fantasía. Muchos médiums se deleitan así con las palabras aduladoras de tales asiduos visitantes que, en realidad, denotan con eso solamente el mero deseo egoísta de querer, ellos mismos, “vivenciar” muchas experiencias. Pero para ellos el “vivenciar” significa solamente ver u oír, es decir, entretenerse. Nunca llegará a ser en ellos un verdadero “vivenciar”.

¿Qué debe, pues, pensar una persona *seria* ante tales hechos?

Que un médium no puede, en absoluto, contribuir al “éxito”, si no es abriéndose interiormente, es decir, entregándose, y en lo demás, permaneciendo a la espera; pues nada más es una herramienta esperando a ser utilizada, un instrumento que por sí sólo no puede producir sonido alguno si no es hecho vibrar. Por lo tanto, debido a eso, no puede ocurrir un *malogro*. Quien tal cosa afirma, indica su estrechez mental, debiendo quitar sus manos de eso y no manifestar opiniones, pues no puede juzgar. Tal como aquél que debería de abstenerse de cursar una universidad, si tiene dificultades en aprender. Un médium es, por lo tanto, simplemente un puente o un medio para una finalidad.

Que ahí, sin embargo, ¡los *visitantes* juegan un papel muy importante! No por su apariencia ni tampoco por su condición social, ¡sino *por su vida interior*! La vida interior constituye, como es reconocido hasta por los mayores burladores, un mundo de por sí. No puede naturalmente ser una “nada”, con sus intuiciones, con sus pensamientos generadores y que nutren, sino que tienen que ser, lógicamente, cuerpos o cosas de materia fina, los cuales, mediante presión o efectos, producen intuiciones, porque de otra manera éstas no podrían surgir. Tampoco pueden ser vistas imágenes en el espíritu, si no existiera nada ahí. Justamente tal concepción significaría la mayor laguna en las leyes de las ciencias exactas. Por lo tanto,

ahí *tiene* que existir algo, y precisamente *existe* algo ahí; pues el pensamiento generador crea inmediatamente en el mundo de materia fina, es decir, en el mundo del más Allá, formas correspondientes, cuya densidad y vitalidad dependen de la fuerza intuitiva de los respectivos pensamientos generadores. Así, pues, se origina con lo que es llamado “vida interior” de una persona, también un medio ambiente correspondiente de materia fina de forma análoga alrededor de ésta.

Y ese ambiente es el que, de modo agradable o desagradable, hasta incluso dolorosamente, debe de afectar al médium, que está más fuertemente sintonizado con el mundo de la materia fina. Por esa razón puede suceder que manifestaciones auténticas procedentes del mundo de materia fina no sean susceptibles de ser transmitidas de modo tan puro, cuando el médium se siente aprisionado, oprimido, o turbado por la presencia de personas de vida interior impura, sea de materia fina o espiritual. Pero más aún. Esa impureza constituye una muralla para la materia fina más pura, incluso cuando ésta sea conducida por un espíritu personal, con libre albedrío en el más Allá, de forma que una manifestación, por ese motivo, ni siquiera puede ocurrir, más que a través de la especie igual de materia fina impura.

Tratándose de visitantes de vida interior *pura*, es naturalmente posible la ligazón con un ambiente de materia fina correspondientemente puro. ¡Toda diferencia, sin embargo, establece un abismo infranqueable! De aquí los distintos resultados en las denominadas sesiones espiritistas, de aquí muchas veces el completo fracaso o la confusión. Todo eso se basa en leyes inmutables, meramente físicas, que actúan tanto en el más Allá como en el aquí.

Con eso, los informes desfavorables de los “examinadores” se presentan bajo una luz diferente. Quienquiera que sea capaz de observar a los fenómenos de materia fina no podrá menos que reírse al ver que muchos de los examinadores, con sus informes, pronuncian solamente su *propio* juicio y, desnudando su vida interior, reprochan solamente su *propio* estado anímico.

Un segundo ejemplo: una persona va a consultar a un médium. Acontece que uno de los miembros de su familia, ya fallecido, le habla a través del médium. Esa persona le pide consejo sobre un asunto terrenal, tal vez de cierta importancia. El fallecido le da algunas sugerencias, a las cuales el consultante pronto se acoge como si fuese un evangelio, como una revelación procedente del más Allá, guiándose por ellas con precisión y, a causa de eso... fracasa, sufriendo muchas veces serios daños.

¿La consecuencia? En primer lugar, el consultante pasa a dudar del médium debido a su decepción y enojado por los daños sufridos, tal vez irá contra él, en algunos casos hasta se sentirá obligado a atacarle públicamente, a fin de preservar a otros de idénticos daños y fracasos. (Aquí yo tendría que aclarar la vida del más Allá, de como tal persona se abre así a las corrientes afines del más Allá, a través de la atracción de la especie espiritual igual, y de como, entonces, se convierte en una fanática, siendo el instrumento de tales corrientes opuestas, en la orgullosa convicción de colocarse a favor de la verdad y así prestar un gran servicio a la humanidad, cuando en la realidad se ha hecho esclava de la impureza, sobrecargándose con un karma para cuya remisión necesitará de toda una vida terrena y más, de donde entonces parten, repetidamente, nuevos hilos, que acaban por formar una red en la cual queda enredada, terminando sin saber lo que más hacer, y de ese modo, hostilmente, se revuelve aún mas furiosa.)

Si el consultante decepcionado, no considera el médium un impostor, por lo menos pasará a desconfiar de todo el más Allá o tomará el camino cómodo que tantos miles recorren, y dirá: “Qué me importa a mi el más Allá. Los demás que se rompan sus cabezas con ello. Yo tengo algo mejor que hacer”. Sin embargo ese “algo mejor” consiste en servir solamente al cuerpo, ganando dinero y alejándose así todavía más de lo que es de materia fina. Pero entonces,

¿dónde reside, verdaderamente, la falta? *¡Otra vez, solamente en él mismo!* Él fue quien forjó una *falsa* imagen, cuando acogió lo que le fue dicho como un evangelio. Ése fue únicamente *su* error y no la falta de otro cualquiera. Porque supuso que un ser fallecido, debido a su materia fina, tendría que ser convertido al mismo tiempo en parte omnisciente o que, por lo menos, supiese más. En eso reside el error de muchos cientos de miles de personas. Todo cuanto una persona fallecida sabe de más, debido a su metamorfosis, es que ella realmente, con la denominada muerte, no ha dejado de existir.

Sin embargo, eso también lo será todo, mientras no aproveche la oportunidad de progresar en el mundo de la materia fina, por lo que también allí depende de su propia libre resolución. Dará, por lo tanto, al ser consultada en cuestiones terrenales, su opinión, con la buena voluntad de satisfacer el deseo formulado, con la convicción de así dar su mejor; pero ignora que no se halla en situación de emitir un juicio claro sobre cosas y situaciones terrenales, como una persona viva de carne y sangre, ya que no dispone de la materia gruesa que necesitaría absolutamente para emitir un juicio correcto. Su punto de vista debe así dar también lo mejor con la mejor buena voluntad. Por lo tanto, ni ella ni el médium merecen reproche alguno. Por eso mismo tampoco es un espíritu embustero, sino que sólo deberíamos hacer distinción entre espíritus que saben y espíritus que no saben; porque en cuanto un espíritu se hunde, es decir, cuando se torna más impuro y pesado, su punto de vista simultáneamente también se limita, de modo muy natural. Él siempre da y actúa según lo que siente: *y vive solamente por intuiciones*, no por el intelecto calculador, lo cual él ya no posee, ya que este estaba atado al cerebro terreno y, de ese modo, también a espacio y tiempo. En cuanto eso dejó de existir con la muerte, no hubo más para él un pensar ni un raciocinar, ¡pero solamente un intuir, *un experimentar vivencial, inmediato y continuo!*

El error es de los que todavía quieren recibir consejos, sobre cosas terrenales atadas a espacio y tiempo, de aquellos que ya no disponen de esas limitaciones, no pudiendo, por lo tanto, tampoco comprenderlas.

Los del más Allá están de hecho en condiciones de reconocer en que dirección, en cuanto a una determinada cosa, esté lo cierto y lo errado, pero solo al ser humano, con sus medios auxiliares terrenos, es decir, con el intelecto y con su experiencia, le incumbe reflexionar de que forma podrá tomar el rumbo correcto. ¡Habrà de equilibrarlo eso con todas las posibilidades terrenas! Esa es *su* tarea.

Aún cuando un espíritu profundamente hundido encuentre el deseo de hablar e influir, nadie podrá declarar que está mintiendo o que pretende inducir a error, pues él transmite lo que vive, procurando así convencer a los demás de ello. Nada podrá dar de diferente.

Innumerables son, pues, los errores en la concepción de los espiritas.

El “espiritismo” se ha vuelto muy desmoralizado, no por sí mismo, sino a causa de la mayor parte de los partidarios que, ya después de pocos resultados, y muchas veces muy escasos productos, suponen, entusiasmados, que el velo ya les ha sido retirado, deseando entonces proporcionar a los demás una idea de la vida de materia fina imaginada por ellos mismos, creada por una fantasía desenfadada y correspondiendo en primer lugar y completamente a sus propios deseos. ¡Pero muy raras veces tales imágenes coinciden de todo con la verdad!

18. Atado a la Tierra

Tal expresión ha sido muy utilizada. Pero, ¿quién comprende realmente lo que con eso profiere? “Atado a la Tierra” suena algo así como a un castigo horrible. La mayoría de los seres humanos siente un cierto pavor, atemorizándose delante de aquellos que todavía se hallan atados a la Tierra. Sin embargo, el sentido de ese término no es tan malo. Seguramente existe mucha cosa sombría que deja que una u otra persona se torne atada a la Tierra. En general, sin embargo, son cosas muy simples las cuales hacen llevar al aprisionamiento a la Tierra.

Tomemos un caso como ejemplo: ¡los pecados de los padres se vengán hasta en la tercera y cuarta generación!

Un niño hace a la familia una pregunta cualquiera sobre el más Allá o sobre Dios, cuestiones que ha oído en la escuela o en la iglesia. El padre pronto rechaza eso con el comentario: “¡Déjate de tonterías! Cuando yo muera, todo estará terminado.” El niño se queda perplejo y lleno de dudas. Las manifestaciones despectivas del padre o de la madre se repiten, el niño también escucha lo mismo por parte de otros y acaba por aceptar esa opinión.

Ahora llega, sin embargo, la hora del pasaje del padre al otro mundo. Reconoce con eso, para su espanto, que no ha dejado de existir. Despierta en él entonces un deseo ardiente de comunicar ese reconocimiento a su hijo. Ese deseo le ata al niño. El hijo, sin embargo, no le escucha y no siente su presencia; porque vive ahora en la convicción de que el padre ya no existe, y eso se interpone como una firme e infranqueable muralla entre él y los esfuerzos de su padre. Y el tormento del padre por tener que contemplar que, por su iniciativa, el hijo sigue un camino errado que le lleva cada vez más lejos de la verdad, el miedo de que el hijo, en ese camino errado no pueda huir a los peligros hundiéndose así todavía más y, sobre todo, que esté muy fácilmente expuesto, ahora se manifiesta simultáneamente en él, como un castigo, por el hecho de haber conducido al hijo por ese sendero. Raramente logra transmitir a éste el reconocimiento de alguna manera. Tiene que presenciar como la idea errada del hijo se retransmite a los hijos de éste, y así sucesivamente y todo ello como consecuencia de su propio error. No se liberará, mientras uno de sus descendientes no reconozca y siga el camino correcto, haciendo también influencia sobre los demás, con lo que a menudo será liberado y podrá pensar en su encumbramiento personal.

Otro caso: un fumador inveterado lleva consigo al otro lado el fuerte impulso de fumar; pues es una *intuición*, por lo tanto, es espiritual. Ese impulso se convierte en un ardiente deseo, y el pensamiento para la satisfacción del impulso le retiene allí, dónde puede alcanzar esa satisfacción... en la Tierra. La encuentra persiguiendo a los fumadores y también disfrutando *con ellos a través de las intuiciones de éstos*. Si ningún karma pesado a esos tales les retiene en otro lugar, se sienten muy a su gusto, y raramente quedan conscientes de un castigo real. Únicamente aquel que comprende toda su existencia reconoce el castigo en la inevitable reciprocidad, el cual hace que éste no pueda ascender mientras el deseo para la satisfacción, que vibra constantemente en la “vivencia”, lo mantenga atado a otros seres humanos de carne y sangre que todavía viven en la Tierra, a través de cuya intuición, únicamente, puede alcanzar una satisfacción conjunta.

Tal cual sucede también con la satisfacción sexual, con la bebida, e incluso con la predilección especial por las comidas. Igualmente en este caso, muchos están atados a causa de tal predilección, debiendo de merodear por despensas y cocinas, a fin de participar a través de otros en el disfrute de los alimentos y por lo menos poder sentir una pequeña parte de ese placer. Estrictamente considerado, se trata, lógicamente, de un “castigo”. Pero el deseo urgente de los “que se hallan atados a la Tierra” no les permite intuir eso, sino al contrario,

domina todo lo demás y por lo tanto el anhelo por las cosas más elevadas, las más nobles, no puede tornarse lo suficientemente intenso hasta el punto de llegar a ser una vivencia dominante, que pueda liberarlos de ese modo de otros deseos, elevándoles. Lo que realmente pierden con eso, no lo perciben, hasta que ese deseo de satisfacción, que además solamente puede constituir una pequeña parte de la satisfacción a través de otro, termine por aflojarse y debilitarse como un lento deshabitamiento, dando lugar así a que otras intuiciones en él latentes, y con menor fuerza de deseo, gradualmente avancen hasta el mismo lugar y después hasta el primero, llegando de inmediato al vivenciar y, por lo tanto, a la fuerza de la realidad. La naturaleza de las intuiciones así revividas le conduce entonces hacia allá dónde se encuentre la de especie igual, sea de nivel más elevado o más inferior, hasta que también ésta, al igual que la anterior, a menudo sea rescatada por el deshabitamiento, dando lugar así a que otra que aún exista, se evidencie. Por lo tanto, con el tiempo, se realiza la purificación de las varias escorias que habrá cargado hacia el más Allá. ¿Acaso no quedará detenido ahí en algún sitio por una última intuición? ¿O debilitado de fuerza intuitiva? ¡No! Porque cuando finalmente las intuiciones inferiores, a menudo, mueren o son abandonadas, siguiendo en dirección ascendente, despierta la nostalgia continuada por cosas cada vez más elevadas y puras, y ésta le empuja permanentemente hacia arriba. ¡Tal es la marcha *normal*! Pero hay miles de incidentes. El peligro de caída o engancho es mucho mayor que cuando se está en carne y sangre en la Tierra. Si ya te encuentras en plan más elevado y te rindes ante alguna intuición inferior, por un solo momento aunque sea, tal intuición inmediatamente se convertirá en una vivencia y, con eso, en una realidad. Te habrás vuelto más denso y más pesado, caerás hacia las regiones de especie igual. De esa forma, tu horizonte se limita y tendrás que nueva y lentamente hacer un esfuerzo hacia arriba, si es que no te hundes cada vez más. “¡Velad y orad!”, por lo tanto, no es una expresión vacía. Ahora la materia fina existente en ti todavía se encuentra protegida por tu cuerpo, sostenida como por un firme anclaje. Cuando sobrevenga el desenlace, en la denominada muerte y descomposición del cuerpo, estarás entonces sin esa protección y, por ser de materia fina, serás irremediamente atraído por la especie igual, sea ésta elevada o inferior, sin posibilidad de huir. Solamente una gran fuerza motriz podrá ayudarte a ascender, tu firme voluntad para las cosas elevadas, hacia el bien, que se convierte en nostalgia e intuición y así también en vivenciar y realidad, según la ley del mundo de la materia fina, que sólo conoce intuición. Por consiguiente, ¡prepárate, para que desde ya empieces con esa voluntad, a fin de que en el momento de la transición, que puede alcanzarte en cualquier hora, tal voluntad no quede suplantada por deseos terrenales demasiado fuertes! ¡Ponte en guardia, oh criatura humana, y vigila!

19. ¿Es la abstinencia sexual necesaria o aconsejable?

Cuando las criaturas humanas se hayan finalmente liberado del error de las ventajas de la abstinencia sexual, habrá también mucha menos infelicidad. La abstinencia forzada es una transgresión que puede vengarse amargamente. Las leyes en la Creación entera, adondequiera que se mire, muestran el camino de forma lo suficiente clara. La supresión es antinatural. Y todo lo que es antinatural se convierte en una rebelión contra las leyes naturales, es decir, contra las leyes divinas, por lo que, como en todas las cosas, tampoco aquí trae buenas consecuencias. Por lo tanto en ese preciso punto no hay excepción alguna. El ser humano simplemente no debe dejarse dominar por el impulso sexual, no debe hacerse esclavo de sus instintos, pues entonces los transforma en una pasión, por lo que lo natural y sano, se transforma en mórbido vicio.

El ser humano debe de ponerse por *encima de eso*, es decir: no debe por acaso forzar la abstinencia, sino ejercer un control con su moral interior pura, a fin de evitar males para sí mismo y para otros.

Si alguien supone elevarse más espiritualmente a través de la abstinencia, le puede fácilmente suceder precisamente todo lo contrario. Según su disposición, habrá de mantener una lucha más o menos constante contra sus instintos naturales. Esa lucha le absorbe gran parte de sus energías espirituales, por lo tanto, las mantiene atadas, con lo que no logran actuar de otra forma. De esa manera, queda impedido el libre desabrochar de las fuerzas espirituales. Tal persona sufre, de cuando en cuando, graves opresiones anímicas las cuales le impiden una jubilosa elevación interior.

El cuerpo es una dadora confiada por el Creador, con lo cual el ser humano tiene la obligación cuidarlo. De la misma forma como el ser humano no puede abstenerse impunemente de las exigencias corporales como comer, beber, descansar, dormir, la evacuación de la vejiga e intestinal, así como la falta de aire fresco y el poco ejercicio pronto se hacen sentir de forma desagradable, de igual manera tampoco podrá interferir en las exigencias sanas de un cuerpo maduro en la actividad sexual, sin que con eso se perjudique a sí mismo de alguna forma.

La satisfacción de las necesidades naturales del cuerpo sólo puede favorecer al ser humano interiormente, es decir, al desarrollo de lo espiritual, jamás molestar, pues de lo contrario el Creador jamás la habría instituido. Pero en eso como en todo lo demás, todo exceso es nocivo. Es preciso observar atentamente que esa exigencia no es sólo consecuencia de una fantasía provocada artificialmente, de un cuerpo debilitado o de nervios sobreexcitados por lecturas u otras causas. Ha de tratarse realmente solo de la exigencia de un cuerpo sano, la cual nunca se manifiesta de forma muy frecuente al ser humano.

Eso sólo ocurrirá cuando exista previamente una completa armonía espiritual entre ambos sexos, la cual finalmente tiende a veces también a una unión corporal.

Todas las demás causas son para ambas partes denigrantes, impuras e inmorales, *incluso en el matrimonio*. Dondequiera que no exista armonía espiritual, la continuación del matrimonio se tornará una absoluta inmoralidad.

Si la reglamentación social todavía no ha encontrado un camino correcto para tal propósito, en nada altera tal falta a las leyes naturales, las cuales jamás se regirán según las disposiciones humanas y conceptos equivocadamente adoctrinados. A los seres humanos no les restará más que ajustar sus convenciones estatales y sociales a las leyes naturales, es decir, a las leyes divinas, si lo que quieren es la salud y la paz interior.

La abstinencia sexual tampoco tiene nada que ver con la castidad. La abstinencia podría ser clasificada con el concepto de “decencia”, derivado de la autodisciplina, educación o autocontrol.

Como legítima castidad se debe comprender la *pureza de los pensamientos*, pero pureza en *todas* las cosas, hasta incluso en los pensamientos profesionales. La castidad es una característica puramente espiritual, no es física. Incluso en la satisfacción del instinto sexual, la castidad puede ser mantenida plenamente por la pureza mutua de pensamientos.

Además, la unión corporal no tiene como finalidad solamente la procreación, sino que debe realizarse así el proceso no menos valioso y necesario de fusión íntima y del intercambio de fluidos un mayor desenvolvimiento de fuerzas.

20. El Juicio Final

¡El mundo! Cuando el ser humano emplea esta palabra, en la mayoría de los casos la articula sin pensar, sin llegar a hacerse una idea de *cómo* eso, por él llamado de mundo, es en realidad. Sin embargo, muchas personas que buscan imaginarse algo definido en ese sentido, ven mentalmente innumerables cuerpos celestes de constitución y porte de los más diversos, ordenados en sistemas solares, recorriendo sus determinadas orbitas en el Universo. Saben que, con el desarrollo de instrumentos más fuertes y de mayor alcance, siempre nuevos y numerosos cuerpos celestes se irán tornando visibles. El ser humano promedio se deleita así con la palabra “infinito”, iniciándose en él el error de una noción *falsa*.

El mundo no es infinito. Él es la Creación, es decir, la *obra* del Creador. Esta obra, como todas las demás, se encuentra *al lado* del Creador, y es, como tal, limitada.

Los denominados progresistas frecuentemente se sienten orgullosos de poseer el reconocimiento de que Dios reposa en la Creación entera, en cada flor, en cada roca, y de que la fuerza propulsora de la naturaleza sea Dios, por consiguiente, todo lo que es inescrutable, que se torna perceptible, pero que no es posible de comprender realmente. Una fuerza primordial permanentemente en acción, la fuente de fuerzas que eternamente se renueva y se desarrolla por sí misma, la Luz primordial inenteal. Se consideran sumamente avanzados con la concepción de que Dios, por ser una fuerza propulsora que, penetrando en todo, actuando siempre con la única finalidad del desarrollo para la perfección, puede ser hallado y encontrado en toda parte.

Pero eso, sin embargo, es cierto solamente en un determinado sentido. Encontramos en la Creación entera solamente Su voluntad y con ello, Su espíritu, Su fuerza. Él mismo se encuentra muy por encima de la Creación. La Creación, como Su obra, como la expresión de Su voluntad, fue sometida, ya en la hora del surgimiento, bajo las leyes inmutables del formar y del descomponer; pues aquello que nosotros llamamos como leyes de la naturaleza, es la voluntad creadora de Dios, que actuando constantemente, forma y deshace mundos. Esa voluntad creadora es *uniforme* en toda la Creación, a la cual pertenecen, como *una sola cosa*, los mundos de materia fina y de materia gruesa. ¡Y toda esta Creación es, como una *obra*, pero no simplemente limitada como cualquier obra, sino también efímera! La uniformidad incondicional e inamovible de las leyes primordiales, es decir, de la voluntad primordial, produce que hasta en los mínimos fenómenos de la Tierra de materia gruesa todo siempre se desenrolla exactamente como tiene que ocurrir en cualquier fenómeno, por lo tanto, incluso en los más gigantescos acontecimientos de la Creación entera, al igual que en el propio génesis.

La forma rigurosa de la voluntad primordial es simple y sencilla. La encontraremos fácilmente, una vez reconocida, en todas las cosas. La causa de la confusión y de la incomprendibilidad de muchos fenómenos reside solamente en el múltiplo entrelazamiento de los desvíos y atajos, formados por la diferente volición de los seres humanos.

La obra de Dios, el mundo, está, por lo tanto, así como la Creación, bajo las leyes divinas, que en todo permanecen uniformes y perfectas, también a partir de ellas se originó y, por consiguiente, es limitada.

El artista está, por ejemplo, también en su obra, se identifica con ella y a pesar de ello, se encuentra personalmente a su lado. La obra es limitada y efímera, pero no por eso lo es la capacidad del artista. Éste, por lo tanto, el creador de la obra, puede destruir la misma, en la cual reside su voluntad, sin que él mismo sea alcanzado. Sin embargo, continuará siendo siempre el artista. Reconocemos y encontramos al artista en su obra, y él se nos torna familiar, sin que sea necesario visualizarle personalmente. Tenemos sus obras, su voluntad yace dentro

de ellas y actúa sobre nosotros, por intermedio de éstas él viene hacia nuestro encuentro, pudiendo, sin embargo, vivir por sí mismo, lejos de nosotros.

El artista auto-creador y su obra reflejan una débil imagen de la relación entre el Creador y la Creación.

Eterno y sin fin, es decir, infinito, es solamente el *ciclo* de la Creación, en su incesante devenir, perecer, y volver a tomar nueva forma.

En esos acontecimientos se cumplen también todas las revelaciones y profecías. ¡Así por último se cumplirá con ello para la Tierra también el “Juicio Final”!

El Juicio Final, es decir, el *último* Juicio, llega una vez para *cada* cuerpo sideral material, pero eso, sin embargo, no ocurre al mismo tiempo en toda la Creación.

Se trata de un fenómeno necesario en aquella respectiva parte de la Creación, la cual ya haya alcanzado, en su ciclo, el punto en el que su disolución deba comenzar, a fin de poder tomar nueva forma en el camino a seguir.

Como este eterno ciclo no se entiende al ciclo rotativo de la Tierra y de otros astros alrededor de sus soles, sino al gran y más poderoso ciclo que a su vez todos los sistemas solares deben recorrer, mientras aún ejecuten en sí, de forma especial, sus propios movimientos.

El punto, en el cual se debe iniciar la disolución de cada cuerpo sideral, está fijado con precisión, nuevamente en base a la consecuencia lógica de leyes naturales. Se trata de un lugar bien determinado en el cual *debe* operarse el proceso de la descomposición, independiente del estado del respectivo cuerpo sideral y de sus habitantes. De modo irresistible, el movimiento circular impele a cada cuerpo sideral en esa dirección y sin retardo se cumplirá la hora de su descomposición que, como en todo en la Creación, significa en realidad solamente una transformación, la oportunidad para una evolución progresiva. Entonces habrá llegado así la hora de la “decisión” para cada ser humano. O será erguido hacia la Luz, en el caso de que anhele lo espiritual, o quedará encadenado a la materia a la cual está adherido, en el caso de que declare, por convicción, que solo le son de valor las cosas materiales. En tal caso, de acuerdo con la ley, no conseguirá elevarse de la materialidad, en consecuencia de su propia voluntad, y será arrastrado con ella en el último trecho del camino hacia la descomposición. ¡Esta es la muerte espiritual! Corresponde a ser borrado del Libro de la Vida. Este proceso, en sí mismo totalmente natural, es denominado también condenación eterna, ya que aquél que es llevado de esta forma hacia la descomposición, “habrá de dejar de existir”, será pulverizado y mezclado en la semilla primordial, impregnándola aún después de la descomposición con fuerzas espirituales. Nunca más podrá volver a ser “personal”. Lo más terrible que puede alcanzar una criatura humana. Siendo considerada una “piedra rechazada”, inaprovechable para una construcción espiritual, debiendo por lo tanto ser triturada.

Esa separación del espíritu de la materia, sucediendo también en base a leyes y fenómenos totalmente naturales, es el así llamado “Juicio Final”, que se halla unido a grandes transformaciones y cambios.

Que tal disolución no se procesará *en un* día terrenal, es muy comprensible para todos; pues en los fenómenos cósmicos mil años son como un día.

Sin embargo, ya nos encontramos en el umbral de ese período. La Tierra está llegando ahora al punto en el que se alejará de la órbita de hasta entonces, fenómeno este que se hará sentir con fuerza también en la materia gruesa. Entonces se establecerá cada vez más intensamente la separación entre todos los seres humanos, separación esta que ya fue preparada en los últimos tiempos, pronunciándose por ahora solamente en “opiniones y convicciones”.

Por esta razón, cada hora de una existencia terrena es más preciosa de lo que nunca. Quién busque con sinceridad y quiera aprender, habrá de despegarse con todo el empeño de pensamientos bajos, los cuales tienen que encadenarle a las cosas terrenas. En caso contrario, correrá el peligro de permanecer adherido a la materia y de con ella ser arrastrado a la disolución total. Pero aquellos, sin embargo, que anhelan por la Luz, serán poco a poco desprendidos de la materia y por fin elevados hacia la patria de todo lo espiritual.

Entonces estará definitivamente realizada la separación entre la Luz y las tinieblas, y cumplido el Juicio.

“El mundo”, es decir, la Creación entera, no perecerá con esto, porque los cuerpos siderales solamente serán arrastrados hacia el proceso de descomposición cuando en su curso alcancen el punto en el que la disolución y con ésta la previa separación deban procesarse. El inicio para ello ya está en curso para la Tierra, pronto todo se moverá hacia delante con pasos agigantados.

La ejecución se rompe por el efecto natural de las leyes divinas, que desde los primordios de la Creación en ella residían, que originaron la propia Creación y que tanto hoy como en el futuro sostienen con firmeza la voluntad del Creador. En el eterno ciclo, es un incesante crear, sembrar, madurar, cosechar y desintegrar, a fin de que, en el cambio de combinación, tome nuevamente, tonificado, otras formas, que se muevan hacia el encuentro de un nuevo ciclo.

Uno puede imaginarse ese ciclo de la Creación como un colosal embudo o una enorme cavidad de especie fino-material, por dónde irrumpe, en un torrente incesante, la semilla primordial igualmente fino-material que, en movimientos circulatorios, va en busca de nueva combinación y desarrollo. Tal cual la ciencia ya sabe y ya describió acertadamente. Espesas nieblas, tornándose grueso-materiales, se forman ante fricción y fusión, constituyéndose así, a su vez, cuerpos siderales que se unen, según las leyes incontradecibles, en segura consecuencia lógica, en sistemas solares y que, en su propio movimiento circular acompañarán unidos al grande ciclo, que es lo eterno. Así como en el fenómeno visible a los ojos terrenos, advienen de la semilla el desarrollo, la formación, la maduración y la cosecha, o la desintegración, lo que tiene como consecuencia una transformación, una descomposición para un ulterior desarrollo, tratándose tanto de plantas, como de cuerpos animales o humanos, exactamente así sucede también en los grandes fenómenos universales. Los cuerpos siderales, visibles en la materia gruesa, que cargan consigo un ambiente de materia fina mucho mayor, por lo tanto, no visible a los ojos terrenos, se hallan sometidos a idéntico fenómeno en su eterno ciclo, porque en ellos actúan las mismas leyes.

La existencia de la semilla primordial no puede ser negada ni por lo más fanático séptico, sin embargo, no puede ser notada por ningún ojo terreno, porque se trata de otra materia, a de lo “más Allá”. Nombrémosla de nuevo, tranquilamente, como materia fina.

Tampoco es difícil de comprender que, de modo natural, el mundo que *primeramente* se forma de ella es igualmente de materia fina y no es reconocible a los ojos terrenos. Solamente el sedimento *más grueso* que *después* resulta de eso, partiendo y dependiendo del mundo de materia fina, es el que forma, poco a poco, el mundo de materia gruesa con sus cuerpos de materia gruesa, y *únicamente eso* puede ser observado desde los mínimos inicios con los ojos terrenos y con todos los medios auxiliares de materia gruesa que a ella pertenecen. Ahora bien, cuando se trate de moléculas, electrones o de otras cosas, formarán parte, siempre, solamente de las precipitaciones más gruesas del mundo fino-material, que ya mucho antes tuvo sus formas listas y su vida.

Lo mismo ocurre con el envoltorio del verdadero ser humano, en su especie espiritual, del cual aún hablaré. En sus peregrinaciones a través de los mundos de especies distintas, sus vestidos, su manto, su envoltorio, cuerpo o herramienta, en fin, sea cual sea el nombre que se

le quiera asignar al envoltorio, todo habrá de adquirir la especie de materia idéntica a la del respectivo ambiente en el que ingresa, a fin de servirse de él como protección y medio auxiliar necesario, si quiere tener la posibilidad para actuar *directamente* en ella de modo eficaz. Sin embargo, como el mundo de materia gruesa se origina y depende del mundo de materia fina, de eso resulta también el efecto retroactivo de todos los acontecimientos del mundo de materia gruesa hacia lo de materia fina.

Ese gran ambiente de materia fina también ha sido creado a partir de la semilla primordial, por lo tanto, acompaña al ciclo eterno, resultando también ser aspirado y arrastrado hacia el lado posterior del gigantesco embudo ya mencionado, donde se procesa la descomposición, para ser expelido por el otro lado como semilla primordial, para nuevo ciclo. Como en la actividad del corazón y en la circulación de la sangre, así el embudo es como el corazón de la Creación. El proceso de descomposición alcanza, por consiguiente, a la Creación entera, incluyendo a la parte de materia fina, puesto que *todo* ha de disolverse en la semilla primordial, para un nuevo formarse. En ninguna parte se encuentra una arbitrariedad, al contrario, todo se procesa según la consecuencia lógica de las leyes primordiales, que no admiten otro camino. Por eso mismo, en un determinado punto del gran ciclo, llega para todo lo que ha sido creado, sea de materia gruesa o fina, el momento en el que el proceso de descomposición de lo existente, se prepara de manera autónoma, irrumpiendo finalmente.

Ese mundo de materia fina es, pues, el lugar de permanencia transitoria para las personas terrenalmente fallecidas, el así llamado más Allá. Se encuentra estrechamente interconectado con el mundo de materia gruesa, que es parte de él, que es un todo con él. En el momento del fallecimiento, el ser humano ingresa con su cuerpo de materia fina, que trae conjuntamente con el de materia gruesa, en el ambiente de especie fino-material igual, que envuelve al mundo de materia gruesa, mientras que deja en éste su cuerpo de materia gruesa. Ese mundo de materia fina, es decir, el más Allá, pertenece a la Creación, está sujeto a las mismas leyes del continuo desarrollo y la descomposición. Al iniciarse la descomposición, se procesa, a su vez, una separación entre lo espiritual y lo material de modo completamente natural. Según el estado espiritual del ser humano en el mundo de materia gruesa, bien como en el de materia fina, habrá el ser humano espiritual, el “yo” propiamente dicho, de moverse hacia las alturas o permanecer encadenado a la materia. El sincero anhelo por la Verdad y por la Luz tornará a cada uno espiritualmente más puro y así más luminoso, debido a su concomitante modificación, de modo que esa circunstancia le desplegará, natural y gradualmente, de la densa materia y le impulsará hacia las alturas, conforme a su pureza y ligereza. Pero aquél, sin embargo, que solamente cree en la materialidad, se mantiene, debido a sus convicciones, unido a la materialidad y en ella permanece encadenado, no pudiendo por eso ser llevado hacia lo alto. A través de la decisión del libre albedrío de cada uno es que se opera ahora una separación entre los que se empeñan hacia la Luz y los que permanecen ligados a las tinieblas, de acuerdo con las leyes naturales existentes de la gravedad espiritual.

¡Esa separación es el Juicio Final!

Se torna así evidente que también habrá un *fin real* para la posibilidad del desarrollo de las personas terrenalmente fallecidas, en el proceso de purificación del así llamado más Allá. ¡Una decisión final! Los seres humanos en ambos mundos o se vuelven de tal modo ennoblecidos pudiendo ser elevados hacia las regiones de la Luz, o permanecen presos debido a su condición inferior, conforme a su propia voluntad, siendo finalmente, a través de eso, lanzados hacia la “condenación eterna”, es decir, sufrirán la descomposición junto con la materia de la cual no pueden liberarse, la sufriendo dolorosamente, y dejando así de ser personales. ¡Como paja lanzada al viento, ellos se dispersarán, siendo así borrados del Libro dorado de la Vida!

El así llamado Juicio Final, es decir: el último Juicio es, por consiguiente, también un proceso que se realiza naturalmente por la actuación de las leyes que mantienen a la Creación, de tal manera que no podría suceder de modo diferente. El ser humano recibe también aquí siempre solamente los frutos de aquello que él mismo lo quiso, por lo tanto, de lo que provocó con sus convicciones.

El hecho de saber que todo lo que en la Creación ocurre se realiza según la más severa consecuencia lógica, de que el hilo conductor del destino humano es siempre el resultado del propio ser humano, a través de sus deseos y de su voluntad, de que el Creador no interfiere observando, a fin de recompensar o castigar, no disminuye la grandeza del Creador, sino solamente puede dar motivo para imaginarlo aún mucho más sublime. La grandeza reside en la *perfección* de Su obra, y ésta obliga a la respetuosa contemplación, ya que el mayor amor y la más incorruptible justicia deben estar contenidos tanto en los acontecimientos mayores como en los menores, sin distinción. ¡Grande es también el ser humano, colocado como tal dentro de la Creación, como señor de su propio destino! Él puede, por sí mismo, ante su voluntad, erguirse hacia fuera de la obra y contribuir para el más elevado desarrollo de ésta; como también puede degradarla y en ella enredarse, sin poder jamás desvencijarse, siguiendo con ella al encuentro de la disolución, sea en el mundo de materia gruesa, o en el de materia fina. Por lo tanto, luchad para liberaos de todos los vínculos con los bajos sentimientos; ¡pues el tiempo urge! ¡Se acerca la hora del final del plazo! ¡Despertad en vosotros el anhelo por lo que es puro, verdadero y noble! —

¡Muy por encima del eterno ciclo de la Creación flota en el centro, como una corona, una “Isla Azul”, los páramos de los bien-aventurados, de los espíritus purificados, que ya pueden permanecer en las regiones de la Luz! Esa isla yace separada del mundo. Por consiguiente, tampoco acompaña el circular, sin embargo, a pesar de la altura en la que yace por encima de la Creación circulante, constituye el apoyo y punto central, de donde emanan las fuerzas espirituales. Es la isla que contiene en su punto elevado la tan enaltecida ciudad de las calles de oro, la celestial Jerusalén. Allí, nada más está sujeto a la transformación. No hay que temer ningún Juicio Final más. Aquellos que pueden permanecer allí, se hallan en la “patria”. ¡Como final, sin embargo, en esa isla Azul, como lo más elevado entonces, se haya, inaccesible para los no autorizados, la... Mansión del Grial, ¡ya mencionada tantas veces en poesías!

¡Envuelta en leyendas, como el deseo de incontables criaturas, flota allí en el fulgor de la suprema magnificencia y guarda el cáliz sagrado, el símbolo *(Emblema) del amor puro del Omnipotente, el Grial!

Como guardianes fueron elegidos los más puros de los espíritus, que se hallan más cerca del trono del Altísimo. Son los portadores del amor divino en su forma más pura, que es sustancialmente diferente de lo que los seres humanos en la Tierra imaginan, aunque lo vivencien cada hora y cada día. Esa Mansión forma el portal hacia los escalones del trono del Supremo. Nadie consigue llegar a los escalones, sin haber recorrido la Mansión del Grial. Rigurosa es la guardia ante el portal dorado, severa e inflexible, para que la pureza del Grial permanezca conservada, con lo que él puede derramar la bendición sobre todos los que buscan.

A través de revelaciones, la noticia de la existencia de esa Mansión ha bajado por muchos escalones el largo trayecto, desde la isla Azul a través del mundo de materia fina, hasta llegar finalmente, debido a la inspiración profundada de algunos poetas, a los seres humanos de la Tierra de materia gruesa. De escalón en escalón transmitida más hacia abajo, aquello que es verdad acabó sufriendo, también involuntariamente, varias distorsiones, de forma que la última transmisión pudo permanecer solamente como un reflejo muy turbado, volviéndose así la causa de muchos errores.

Sin embargo, cuando desde una parte de la gran Creación sube hasta el Creador una suplica ardiente a causa del gran sufrimiento, entonces es enviado un siervo del cáliz para, como portador de ese amor, intervenir ayudando en la aflicción espiritual. ¡Así es como, aquello que solamente como mito y leyenda fluctúa en la obra de la Creación, entra entonces de modo vivo en ella! Pero, tales misiones no se realizan con frecuencia. Son siempre acompañadas de incisivas modificaciones, grandes transformaciones. En la mayoría de las veces, milenios las separan. Tales mensajeros traen Luz y Verdad a los que perdieron el camino, paz a los desesperados, extienden la mano con su mensaje a todos cuanto buscan, reúnen a todos los fieles para ofrecerles nuevo coraje y nueva energía, guiándoles así a través de toda la oscuridad hacia arriba, rumbo a la Luz.

Llegan solamente para aquellos que anhelan el auxilio de la Luz, y no, sin embargo, para los burlones y arrogantes. Que la próxima venida de un enviado del Grial de esa especie sea una señal para todos los que buscan y así, con fuerza, cobren ánimo hacia lo bien, lo noble; pues advertirá el Juicio inevitable, que habrá de venir un día como Juicio Final. ¡Bienaventurado aquél que entonces no permanezca más atado a la materialidad debido a la mente limitada, para que pueda ser elevado hacia la Luz!

21. La lucha

Sobre una reñida confrontación de dos concepciones del mundo no se podía hablar hasta ahora. La expresión lucha es, por lo tanto, inadecuadamente elegida para lo que ocurre realmente entre los seres humanos de intelecto y los que buscan con sinceridad la Verdad. Todo lo que ha sucedido hasta ahora ha consistido en ataques unilaterales de los seres humanos de intelecto, ataques tales que para los observadores serenos tienen que parecer visiblemente infundados y muchas veces ridículos. Contra todos aquellos, que buscan desarrollarse espiritualmente cada vez más hacia lo alto, irrumpen burlas, hostilidades y hasta incluso persecuciones de la peor forma, aunque conserven serena reserva. Hay siempre algunos que intenten, con escarnio o con violencia, retener a los que se esfuerzan por lo elevado, arrastrándoles hacia abajo, a la somnolencia apática o para a la hipocresía de las masas. Muchos se habían, por eso mismo, que convertirse en auténticos mártires, porque no solamente la gran mayoría humana sino también los poderes terrenos estaban del lado de las criaturas humanas de intelecto. Lo que éstas pueden dar ya se halla nítidamente indicado en la palabra “intelecto”. Es decir: estrecha limitación de la capacidad de comprensión, visualizando lo puramente terreno, por lo tanto, la parte más ínfima de la verdadera existencia.

Que esto no pueda de manera alguna traer algo de perfecto, es más, nada bueno, para una humanidad, cuya existencia pasa principalmente a través de regiones que las propias criaturas humanas de intelecto han cerrado para sí mismas, es fácilmente comprensible. Además cuando uno considera que precisamente la diminuta vida terrena debe tornarse un importante punto de transición para toda la existencia, resultando incisivas intervenciones en otras regiones que son para los seres humanos de intelecto completamente incomprensibles. La responsabilidad de los seres humanos de intelecto, ya profundamente decaídos, crece de ese modo en enormes dimensiones; ella contribuirá como una inmensa presión comprimiéndoles cada vez más y más rápido hacia el objetivo elegido, para que al fin sean obligados a degustar los frutos de aquello que propagaron con tenacidad y arrogancia.

Como seres humanos de intelecto se debe de entender a aquellos que se sometieron incondicionalmente a su propio intelecto. Éstos creyeron, desde hace milenios, y de manera extraña, poseer un derecho absoluto de imponer sus convicciones restrictas, usando la ley y la violencia, también sobre aquellos que deseaban vivir de acuerdo a otra convicción. Esa arrogancia totalmente ilógica reside, por su parte, solamente en la restricta capacidad de comprensión de los seres humanos de intelecto, la cual no consigue elevarse más alto. Precisamente la limitación les trae así denominado clímax de comprensión, hecho por el cual han de surgir tales ilusiones presuntuosas, por creerse que se encuentran realmente en las alturas máximas. Para ellos mismos, eso es así, pues llega ahí el límite que no logran sobrepasar.

Sus ataques contra los que buscan la Verdad muestran, sin embargo, en la odiosidad tantas veces incomprensible, observándoles más de cerca, nítidamente el blandir del látigo de las tinieblas tras ellos. Raramente uno encuentra algo de intención sincera en esas embestidas hostiles, que pudiese justificar, más o menos, la manera del tan abominable procedimiento. En la mayoría de los casos se trata de un desencadenamiento de cólera ciega, a la cual le hace falta cualquier clase de lógica verdadera. Basta con examinar con toda la calma tales ataques. Cuán raro es ahí un artículo, cuyo contenido muestre el intento de profundizarse de forma realmente *objetiva* en las conversaciones o en las disertaciones de un buscador de la Verdad.

¡Totalmente sorprendente se evidencia la inconsistente mediocridad de los ataques siempre precisamente en el hecho de que éstos nunca son mantenidos *absolutamente objetivos*! Constituyen siempre, clara u ocultamente, maculas para la *persona* buscadora de la

Verdad. *Actúa de esa forma sólo quién no es capaz de contraponer nada objetivamente.* Un buscador o portador de la Verdad no se muestra *personalmente*, sino que trae aquello que dice.

¡La palabra es que debe ser sometida a examen, no la *persona*! Pero es costumbre de los seres humanos de intelecto que uno busque primero focalizar a la persona, para después considerar si pueden prestar oídos a sus palabras. Éstos, en su estrecha limitación de la capacidad de comprensión, *necesitan* tal apoyo exterior, porque tienen que agarrarse a exterioridades, a fin de no confundirse. Esa es la construcción vacía que ellos mismos levantan y que es inaprovechable para los seres humanos, y un gran obstáculo para el progreso. Si en su interior dispusiesen de una base firme, entonces permitirían simplemente hablar de hecho contra hecho, excluyendo así a las personas. Ellos, sin embargo, todavía no son capaces. Lo evitan, intencionadamente, porque presienten o saben en parte que en un torneo bien organizado pronto se caerían de la montura. La frecuente alusión irónica de “predicador laico” o “interpretaciones de laicos” pone a muestra algo tan ridículamente presuntuoso, que cada ser humano sensato de inmediato intuirá: “Aquí se emplea un escudo, a fin de esconder por todos los medios un estado de oquedad. ¡Tapando el propio vacío con un lebrero barato!”

Una estrategia tosca, que no puede mantenerse por mucho tiempo. Ella tiene por objetivo colocar previamente a los buscadores de la Verdad, que pueden tornarse incómodos, en un escalón “inferior” ante los ojos de los demás, si no incluso a una clase ridícula o al menos en la de “charlatanes”, para que no sean tomados en serio. Mediante tal procedimiento pretenden impedir que haya quien se ocupe seriamente de las palabras presentadas. El motivo de tal procedimiento no resulta, sin embargo, de la preocupación de que los demás seres humanos puedan ser retenidos, por doctrinas falsas, de su íntima escalada, sino por un vago recelo de perder influencia y de así ser obligados a profundizarse más de lo que hasta entonces, necesitando modificar mucho de lo que hasta ahora debía ser considerado como intocable y era cómodo.

Justamente esa frecuente alusión a los “laicos”, esa extraña mirada por encima del hombro a aquellos que, a través de su intuición fortalecida y más influenciada, se encuentran mucho más cerca de la Verdad, personas que no erigieron murallas a través de las rígidas formas del intelecto, son factores que ponen al descubierto una debilidad, cuyos peligros no pueden pasar desapercibidos ante ningún investigador. *Quién profesa tales opiniones queda pronto excluido de la posibilidad de ser un maestro y un guía no influenciado*; pues se encuentra así mucho más lejano de Dios y de Su obra que cualquier otro. El conocimiento del desarrollo de las religiones con todos sus errores y faltas no lleva a los seres humanos más cerca de Dios, lo mismo ocurriendo con la interpretación intelectual de la Biblia o de otros escritos valiosos de las diferentes religiones. El intelecto está y permanece atado a espacio y tiempo, por lo tanto, preso a la Tierra, mientras que la divinidad y, por consiguiente, también el reconocimiento de Dios y de Su voluntad está arriba de tiempo y espacio y de todo cuanto es transitorio, nunca pudiendo por esa razón ser comprendido por el limitado intelecto. Por esa sencilla razón, el intelecto tampoco está destinado a traer esclarecimientos en valores eternos. Se contradiría a sí mismo. Así, pues, quién en tales asuntos se vanagloria de cualificaciones universitarias, queriendo despreciar a las personas que no se dejan influenciar, ya demuestra su incapacidad y estrechez. ¡Las personas que razonen intuirán inmediatamente la unilateralidad y emplearán la cautela hacia aquél, que de tal manera les pone en alerta!

Solamente los convocados pueden ser legítimos maestros. Y los convocados son aquellos que traen en sí mismos la capacidad para ello. Tales dones de capacitación no requieren, sin embargo, de formación universitaria, sino de vibraciones de una capacidad intuitiva más

refinada que consigue elevarse por encima de espacio y tiempo, es decir, por encima de los límites de la comprensión del intelecto terreno.

Además, todo ser humano interiormente libre siempre dará valor a una cosa o a una doctrina por lo *que* ella trae, y no por *quién* la presente. Esta última hipótesis es, para aquel que la examine, una declaración de pobreza como no puede imaginarse otro mayor. El oro es oro, esté en las manos de un príncipe, o en las de un mendigo.

Esa irrevocable realidad, sin embargo, uno la intenta omitir y cambiar con tenacidad, cuando precisamente se trata de las cosas más preciosas del ser humano espiritual. Evidentemente con tan poco resultado como en el caso del oro. Pues aquellos que realmente buscan con sinceridad no se dejan influenciar por tales distracciones, con el sentido de examinar la cuestión personalmente. Aquellos, sin embargo, que se dejan influenciar por ello aún no han madurado para recibir la Verdad, ella no es para ellos.

Sin embargo, no está lejos la hora en la que debe comenzar una lucha que hasta aquí hacía falta. La unilateralidad acabará, y vendrá una confrontación rigurosa, destruyendo todas las falsas presunciones.

22. Formas de pensamiento

Sentaos en cualquier restaurante o cervecería y observad las mesas ocupadas a vuestro alrededor. Prestad atención a las conversaciones. Escuchad lo que las personas tienen que decirse las unas a las otras. Frecuentad familias, observad vuestro ambiente más cercano en las horas de ocio, cuando el trabajo no más apremia.

Con espanto verificaréis la vacuidad de todo sobre lo que las personas conversan, cuando no pueden hablar respecto a sus ocupaciones en general. Intuiréis, hasta la aversión, el vacío de sus pensamientos, la estrechez opresora del círculo de sus intereses, como también su terrible superficialidad, simplemente cuando os ocupéis de ello seriamente con aguzada observación. Las pocas excepciones que allí encontraréis, cuyas palabras *en las horas de ocio* de la vida cotidiana se hallen sobrepasadas por el deseo del perfeccionamiento del alma, os parecerán hasta solitarias extrañas en medio de las turbulencias de un parque de diversiones.

Precisamente en las así llamadas horas de ocio podréis conseguir reconocer con mayor facilidad al verdadero íntimo del ser humano, después de que el apoyo externo y el campo específico de sus conocimientos hayan cesado con el alejamiento de sus actividades profesionales habituales. Lo que *entonces* resta a continuación es el auténtico individuo. Mirad hacia él y escuchad con atención sus palabras como observadores sin interés. Muy pronto tendréis que interrumpir las observaciones, porque se os tornarán insoportables. Profunda tristeza vendrá sobre vosotros cuando reconozcáis cuántos seres humanos no son tan muy diferentes de los animales. No tan toscos, por su mayor capacidad mental, pero en general idénticos. Como provistos de anteojeras, atraviesan unilateralmente la existencia terrena, viendo ante sí siempre solamente lo meramente terrenal. Se preocupan por la comida, la bebida, tratan de acumular una cantidad mayor o menor de valores terrenos, se esfuerzan por los placeres corporales y consideran cualquier reflexión sobre cosas que no pueden ver como un desperdicio de tiempo, el cual en su opinión, está mucho mejor empleado en la “recreación”.

No pueden, ni jamás comprenderán que en la existencia terrena, con todos sus placeres y alegrías, uno solamente obtendrá el real contenido cuando uno esté de cierto modo familiarizado con el mundo de materia fina a él perteneciente, conozca los efectos recíprocos que a él nos atan y, así no más tenga la sensación de estar sujeto al azar. Repelen eso lejos de sí mismos, con la falsa concepción de que, si existiese realmente un mundo de materia fina, de ahí solamente les podrían advenir incomodidades o temores, apenas se ocupasen de él.

Extraña les es la idea de que toda la vida terrena solamente adquiere el valor real con el deseo por algo más elevado, y que, con eso, el más maravilloso calor vital también late a través de todas las alegrías y placeres terrenales. No, por acaso, los dejando de lado, sino que proporcionando una ardiente afirmación por la vida, en el más bello efecto recíproco, a los que anhelan por algo más puro y más elevado y a los que buscan sinceramente, la cual muchas veces resuena en un jubiloso entusiasmo por todo lo que existe y lo que se ofrece.

¡Insensatos, los que pasan por alto todo eso! Son cobardes, a los cuales las maravillosas alegrías de un corajudo progreso permanecerán siempre denegadas.

¡Regocijaos, pues, ya que todo a vuestro alrededor *vive*, explayándose a parajes aparentemente inconmensurables! Nada está muerto, nada está vacío como aparenta. Todo actúa y se teje en la ley de la reciprocidad, en cuyo centro os halláis vosotros como seres humanos, para dar forma de nuevo a los hilos y dirigirlos, como puntos de partida y meta final. Poderosos regentes, cada uno de vosotros individualmente forma su reino, para que lo eleve o entierre. ¡Despertad! Utilizad el poder que os fue concedido, con el pleno conocimiento del inmenso acontecimiento, para que, como ahora, por estupidez, terquedad o

incluso por pereza, no generéis más solamente monstruos nocivos, los cuales sofocan lo sano y lo bueno, terminando por llevar al propio generador a oscilar y caer.

Ya el ambiente de materia fina más cercano del ser humano consigue contribuir bastante para elevarlo o derribarlo. Se trata del singular mundo de las formas de pensamientos, cuya vivacidad constituye solamente una pequeña parte del gigantesco engranaje de toda la Creación. Pero sus hilos van hasta lo que es de materia gruesa, ascendiendo hacia lo que es de materia aún más fina, como también, igualmente bajan hacia el reino de las tinieblas. ¡Igual que una gigantesca red de venas o nervios, todo se encuentra entretejido y entrelazado de manera indestructible, inseparable! ¡Prestad atención a eso!

Los más favorecidos consiguen ver aquí y allá una parte de ello, pero la mayor parte, sin embargo, solamente la pueden presentir. Así, pues, alguna cosa ya llegó al conocimiento de la humanidad. Éstos buscaron proseguir edificando sobre ello, a fin de obtener un cuadro completo. Sin embargo, no dejaron de aparecer errores y lagunas. Muchos investigadores en el campo de la materia fina dieron grandes saltos, por lo que debía de resultar una pérdida de conexión. Otros, a su vez, llenaron las lagunas con figuras fantásticas, las cuales causaron deformaciones y desfiguraciones, que necesariamente habían de estremecer la fe en el todo. El resultado fue la burla justificada que, basada en la falta de lógica por parte de los nombrados investigadores espirituales, hubo de triunfar.

Puesto que se debe hablar sobre ello, entonces en primer lugar ha de ser extendida una cuerda a través de todos los acontecimientos en la obra de la Creación, en la cual el observador pueda asirse y a través de la cual él sea capaz de alzarse. Muchos fenómenos que le son incomprensibles ya encuentran su punto de partida en el ambiente más cercano. Una mirada hacia dentro del mundo de las formas de pensamientos debería enseñarle a comprender muchas cosas que antes le parecían inexplicables. Incluso la justicia ejecutante, al juzgar a algunos casos, encontraría como verdaderos causadores a otros de los que fueron imputados por ella, llevándoles en primer lugar a la responsabilidad. La clave de todo eso se encuentra en la conexión del ser humano individual con el mundo de las formas de pensamientos, que se encuentra como el más próximo a la humanidad terrena. Es, sin duda, un beneficio para muchos que porten la venda, la cual no les deja ver más allá de lo que sus ojos terreno-corpóreos son capaces de alcanzar. La especie de las actuales formas de pensamientos les dejaría estremecidos. Un terror paralizador se extendería sobre muchos de los que ahora se pasan la vida inescrupulosamente de modo ingenuo o incluso inconsciente. Pues *cada pensamiento generado* adquiere pronto una forma, como todo lo del mundo de materia fina, la cual se personifica y presenta el verdadero sentido de tal pensamiento.

La fuerza viva creadora que fluye en los seres humanos reúne, por la voluntad concentrada de un pensamiento formulado, lo que es de materia fina y lo une conectándolo de forma que se exprese la voluntad de tal pensamiento. Por lo tanto, se trata de algo real, vivo, que en ese mundo de formas de pensamientos, debido a la ley de la atracción de la misma especie, atrae a elementos homólogos o por ellos se deja atraer, conforme a su propia fuerza. Así como un pensamiento, al irrumpir, es al mismo tiempo *co-intuido*, con mayor o menor intensidad, de igual manera su forma de materia fina traerá en sí la *vida* correspondiente. Densamente poblado se encuentra ese mundo de pensamientos. Centrales enteras se han formado por la fuerza de atracción recíproca, de las cuales, debido a sus fuerzas concentradas, emanan las influencias sobre los seres humanos.

En primer lugar siempre sobre aquellos que son propensos a la igual especie, es decir, los que contienen en sí algo semejante. Éstos serán de ese modo fortalecidos en su voluntad correspondiente y estimulados para la continuada renovada producción de formas semejantes que, actuando de manera análoga, entran en el mundo de las formas de pensamientos.

Pero también otras personas que no llevan en sí tales particularidades pueden ser acosadas por ellas y poco a poco atraídas hacia ellas, si esas centrales reciben fuerzas inimaginables por el continuo y renovado flujo. Solamente se hallan protegidas de ello aquellas que poseen algo de otra especie en mayor intensidad, con lo que una ligazón con algo semejante se torna imposible.

Lamentablemente, en la época actual, son solamente el odio, la envidia, los celos, la codicia, la avaricia y todos los otros males, los que debido al mayor número de seguidores, poseen las centrales de fuerza más poderosas en el mundo de las formas de pensamientos. En menor escala, la pureza y el amor. Por esa razón el mal crece, expandiéndose con una velocidad vertiginosa. Ocurre todavía que esas centrales de fuerza de las formas de pensamientos, a su vez, reciben ligazones con las esferas de igual especie procedentes de las tinieblas. Desde allí son especialmente atizadas para una actividad cada vez mayor, de manera que, progresando, consiguen provocar verdaderas devastaciones entre la humanidad.

Bendita, por lo tanto, sea la hora en la que los pensamientos del puro amor divino adquieran nuevamente un lugar más amplio entre la humanidad, para que así se desarrollen fuertes centrales de la misma especie en el mundo de las formas de pensamientos, las cuales pueden recibir refuerzos de las esferas más luminosas y así no solamente propiciar fortalecimiento a los que anhelan por el bien, sino también actuar lentamente, de modo purificador, sobre los ánimos más oscurecidos.

Uno puede, sin embargo, observar también todavía otra actividad en ese mundo de materia fina: las formas de pensamientos son impulsadas por la voluntad del generador hacia determinadas personas, a las cuales pueden adherirse. Tratándose de formas de pensamiento de especie pura y noble, constituyen ellas un embellecimiento de la persona a la que fueron destinadas, refuerzan a su alrededor la protección de su pureza, y pueden, por la semejanza de las instituciones interiores, elevarla más aún y fortalecerla para la ascensión. Pero los pensamientos impuros han de macular a la persona en cuestión, de la misma forma que un cuerpo de materia gruesa se torna mugriento por los lanzamientos de inmundicia y lodo. Si una persona así alcanzada no está interiormente bien anclada en las centrales de corrientes luminosas, le puede suceder que su intuición llegue a ser perturbada con el tiempo, debido a esos lanzamientos de pensamientos impuros. Esto es posible debido a que las formas adheridas de pensamientos impuros consiguen atraer algo de la misma especie, con lo que ellas, de esa forma reforzadas, envenenan poco a poco los pensamientos de la persona circundada.

Por supuesto, la responsabilidad mayor recae sobre la persona que generó los pensamientos impuros y los envió hacia la persona en cuestión por su deseo o codicia; puesto que las formas de pensamiento también permanecen ligadas a su promotor, actuando retroactivamente sobre él, del modo correspondiente.

Por ese motivo debe siempre de nuevo ser llamada la atención de todos los que buscan sinceramente: “¡Cuidad de la pureza de vuestros pensamientos!” Emplead en ello todas vuestras fuerzas. No podéis imaginar lo qué creáis así. ¡Hay en eso algo de gigantesco! Con ello podéis actuar cual vigorosos luchadores, como pioneros a favor de la Luz y, consecuentemente, a favor de la liberación de vuestros semejantes del enmarañado de las lianas de los pastos venenosos en el mundo de las formas de pensamientos.

Si fuese ahora quitada la venda de los ojos a una persona cualquiera, de manera que ella pudiese ver el ámbito más próximo de la materia fina, en principio ella descubriría temerosa una tremenda confusión que le podría inculcar el miedo. Pero solamente duraría hasta que reconociese la fuerza en ella latente, con la cual está apta para abrirse libre camino, como si fuese con una afilada espada. Sin esfuerzos, valiéndose únicamente de la propia voluntad. En cientos de miles de variedades ella ve las formas de pensamientos, todas las configuraciones

posibles y para los ojos terrenos muchas veces imposibles. Cada una, sin embargo, manifestada nítidamente, mostrando y viviendo exactamente aquello que fue la verdadera voluntad en el momento de la generación de tal pensamiento. Sin adornos, libre de todos los artificios encubridores.

Pero a pesar de las miles de especies, uno reconoce con el tiempo inmediatamente la esencia de cada forma de pensamiento, es decir, uno sabe a qué categoría pertenecen, a pesar de sus diversas configuraciones. Así como uno puede distinguir por la fisonomía a un hombre de un animal, o incluso las diversas razas humanas por determinadas características fisonómicas, exactamente así las formas de pensamientos tienen expresiones bien determinadas, que indican claramente si la forma pertenece al odio, a la envidia, a la codicia o a cualquier otra categoría básica. Cada una de esas categorías básicas posee su determinado sello, que es impreso en las formas de pensamientos aislados, como base de las características por ella corporificadas, sea cual sea la configuración externa que esas formas hayan adquirido por el pensamiento generador. Luego, por lo tanto, a pesar de las más extrañas desfiguraciones de una forma en horribles deformidades, uno puede reconocer inmediatamente a que especie básica ella pertenece. Con ese reconocimiento, también la aparente y desordenada confusión deja de presentarse como tal.

Uno ve el inamovible orden y el rigor de las leyes básicas que fluyen en toda la Creación, las cuales, cuando las conocemos y nos ajustamos a su curso, conceden infinita protección y traen grandes bendiciones. Pero, quién se oponga a tales leyes será naturalmente atacado y sufrirá, cuando no sea derribado y aplastado, por lo menos dolorosas excoriaciones que, bajo dolores y amargas experiencias vivenciales, le remodelarán hasta que se adapte a la corriente de esas leyes, no suponiendo ser más un obstáculo. Solamente después de ello es que podrá ser llevado hacia arriba.

Estas formas de pensamientos no solamente emiten sus efectos sobre la humanidad, sino que alcanzan aún más lejos; pues al ámbito más próximo de ese mismo mundo de materia fina pertenece también la mayor parte de los seres de la naturaleza. Quién ya se haya conformado con el hecho de que todo vive y, consecuentemente, de que todo está en formas, sean terrenalmente visible o no, a éste ya no le será difícil concebir que también las fuerzas naturales se hallan formadas. A éstas pertenecen los ya vistos por muchos – antaño más de lo que ahora – gnomos, elfos, silfos, ondinas, etc., los entes de la tierra, del aire, del fuego y del agua. Ellos son influenciados por las formas de pensamientos, con lo que a su vez se originan muchos beneficios o muchos males. Y así por consiguiente. Una cosa se engrana con la otra, como en un conjunto de engranajes de un motor perfeccionado al máximo esmero.

¡En medio de todo ese engranaje, sin embargo, se halla el ser humano! Equipado con los medios necesarios para determinar la especie de los tejidos que deben resultar de su actuación en la Creación, para maniobrar el conjunto de los engranajes en diversos sentidos. Tornaos conscientes de esa inconmensurable responsabilidad; pues todo se desarrolla solamente en la propia esfera de vuestro ambiente terrenal. De acuerdo con la sabia disposición del Creador, nada de eso se sale más allá, sino que regresa solamente hacia vosotros mismos. Conseguís así con vuestros deseos, pensamientos y voluntad, envenenar el aquí y el más allá de la Tierra, o bien purificarlos y elevarlos hacia el encuentro de la Luz. ¡Por lo tanto, tornaos conductores del destino, que lleva hacia las alturas, mediante la pureza de vuestros pensamientos!

23. Moralidad

Sobre la humanidad paira algo así como una oscura nube de tempestad. Sofocante se halla la atmosfera. De modo apático, bajo una presión irrespirable, trabaja la facultad de intuición de cada individuo. Excesivamente tensos se encuentran solamente los nervios que actúan sobre la vida sensorial e impulsiva del cuerpo. Estimulados artificialmente por los errores de una educación falsa, por una concepción errada y el autoengaño. En ese sentido el ser humano actual no es normal, sino que lleva consigo una impulsividad sexual malsana, elevada hasta la décima, la cual busca exaltar, adorándola en centenares de formas y variantes, lo que deberá de resultar la perdición de la humanidad entera.

De modo contagioso, transmisible como un aliento pestilente, actúa con el tiempo incluso sobre aquellos que tratan de aferrarse obstinadamente a un ideal, cuyo resplandor todavía ven en el escondrijo de su semi-consciencia. Anhelantes estiran sus brazos hacia eso pero, suspirando, los bajan siempre de nuevo, sin esperanza, desesperados, cuando vuelven su mirada hacia lo qué les rodea. En caótica impotencia ven, aterrorizados, con que gran velocidad se va turbando la visión clara en relación con la moralidad e inmoralidad, perdiendo la facultad de discernimiento, cambiando en ese campo la pauta de los conceptos, de tal modo que mucho de aquello de lo que poco tiempo antes habría causado repugnancia y desprecio, rápidamente pasa a ser admitido como algo completamente natural, ya no más escandalizando. Pero pronto el cáliz estará lleno hasta el borde. ¡Habrà de sobrevenir un terrible despertar!

Incluso ahora, a veces sobre esas masas fustigadas por los sentidos, pasa algo así como un repentino y tímido encogimiento, completamente irreflexivo e inconsciente. La incertidumbre se apodera por un instante de muchos corazones; pero sin embargo, no llega a un despertar, a una intuición nítida de su actuación indigna. Se acude entonces a un esmero redoblado por reprimir o ahogar tales “debilidades” o “últimos resquicios” de conceptos anticuados. Ha de haber progreso a cualquier precio. Pero progresar es posible en dos direcciones. Hacia arriba o hacia bajo. Conforme a la elección realizada. Y tal y como se está ahora, esto conduce a una velocidad vertiginosa hacia bajo. El golpe habrá de reventar a los que así se precipitan hacia bajo, cuando suene la hora en la que choquen contra una fuerte resistencia.

En ese ambiente sofocante, la nube de tempestad se condensa siniestramente cada vez más. En cualquier momento se espera el primer relámpago, que rasgue y claree la oscuridad, que ilumine con flameante llama lo que está más escondido, con tal inexorabilidad y agudeza que trae en sí la liberación para aquellos que anhelan por luz y claridad, pero destrucción sin embargo, para los que no posean anhelo por la Luz. Cuanto más tiempo disponga esta nube para densificar su oscuridad y peso, tanto más penetrante y aterrorizante será también el rayo que provoque. Disipará la atmosfera débil y floja que esconde codicias viscosas en los pliegues de su indolencia; pues al primer relámpago le seguirá naturalmente una corriente de aire fresco y seco, que trae nueva vida. En la fría claridad de la Luz se encontrarán, de inmediato, ante los ojos de la humanidad aterrorizada, todas las monstruosidades de la fantasía morbosa, despidas de sus mentiras de falso brillo. Al igual que el temblor de un poderoso trueno será el despertar en las almas, de modo que el manantial de agua vivificante de la Verdad límpida pueda emanar y discurrir con estruendo sobre el suelo ya reblandecido. Despunta el día de la libertad. Liberación del yugo de una inmoralidad existente desde hace milenios y que ahora ha llegado a su máximo florecimiento.

¡Mirad a vuestro alrededor! ¡Observad las lecturas, los bailes, las ropas! La época actual se esfuerza, más do que nunca, en el derrumbe de todas las barreras entre los dos sexos, para turbar sistemáticamente la pureza de la intuición, deformarla con tal enturbamiento y ponerle

maskaras engañosas, si es posible, por fin, asfixiarla por completo. Las reflexiones que surgen, los seres humanos sofocan con palabras altisonantes, las cuales, sin embargo, examinadas nítidamente, solamente provienen del tembloroso impulso sexual, a fin de dar siempre nuevo alimento a las codicias, de incontables maneras hábiles e torpes, de modo discreto o sin rodeos.

Hablan del prelude de una humanidad libre e independiente, de un desarrollo del fortalecimiento interior, de la cultura del cuerpo, de la belleza de la desnudez, de deporte ennoblecido, y de una educación para la vivificación del lema: “¡Para el puro, todo es puro!”, en resumen: ¡la elevación del género humano por medio de la extinción de todo el “pudor”, *(Decencia aparente) para así crear al ser humano libre y noble que ha de conducir el futuro! ¡Ay de aquél que ose hablar de algo en contra! ¡Tal atrevido será inmediatamente apedreado, bajo un gran vocerío, con insultos similares a las afirmaciones de que solamente pensamientos impuros podrían hacerle a “encontrar algo en eso”!

Un frenético remolino de aguas podridas, del cual exhala una emanación narcótica y venenosa que, como un éxtasis de morfina, deflagra ilusiones perturbadoras de los sentidos, hacia las cuales se dejan deslizar permanentemente miles y miles de personas, hasta perecer debilitadas en ello. El hermano trata de enseñar a la hermana, los hijos, a sus padres. Como un diluvio, todo eso va precipitándose sobre todos los seres humanos, y un furioso embate de olas surge de allí, dondequiera algunos prudentes que, tomados de asco, reaccionan aislados como arrecifes en el mar. A éstos se agarran muchos de los que en el torbellino perciben que la propia fuerza les amenaza faltar. Complace ver a estos pequeños grupos, que se encuentran como Oasis en medio del desierto. Son igual de reconfortantes que aquellos, invitando al reposo y descanso del viajero que, luchando arduamente, consiguió atravesar la tempestad de arena que le amenazaba aniquilar.

Todo cuanto hoy en día está siendo predicado bajo los lindos mantos del progreso, no es otra cosa más que un disfrazado estímulo de la gran desvergüenza, el envenenamiento de todas las intuiciones más elevadas en el ser humano. La mayor epidemia que jamás se haya abatido sobre la humanidad. Y hay algo extraño: es como si muchos solamente hubiesen aguardado para que les fuese dada una excusa creíble, para que ellos mismos pudiesen rebajarse al nivel de animales. ¡Para incontables personas todo eso es bienvenido!

Pero quién conozca las leyes espirituales que actúan en el Universo se alejará con repugnancia de las tendencias actuales. Tomemos como ejemplo solamente a uno de esos “inofensivos” entretenimientos: “Los baños mixtos”. “¡Para el puro, todo es puro!” Suena tan bien que, bajo la protección de ese acorde armonioso, uno puede permitirse muchas cosas. Observemos, sin embargo, los más sencillos fenómenos en la materia fina durante uno de esos tales baños. Supongamos que allí se encuentran treinta personas de ambos sexos, y que, de todas ellas, veintinueve sean realmente puras en todos los sentidos. Una suposición que de antemano ya es del todo imposible; pues lo contrario es lo que sería más correcto, aunque incluso sería raro. Pero supongamos tal cosa. Ese individuo, el trigésimo, incentivado por lo que está viendo, tiene pensamientos impuros, a pesar de que exteriormente tal vez se porte correctamente. Tales pensamientos se corporifican en la esfera de materia fina inmediatamente en formas de pensamientos vivas, se dirigen hacia el objeto de su contemplación y se adhieren a él. ¡Eso corresponde a una mácula, llegue a cualquier manifestación o acto de agresión, o no! La persona así alcanzada saldrá de allí llevando consigo esa mácula, capaz de atraer formas de pensamientos semejantes que vaguean por ahí. De esa manera se torna cada vez más denso en su alrededor, pudiendo finalmente influenciarla y envenenarla, del mismo modo que la hiedra parásita muchas veces consigue matar el árbol más sano. Tales son los fenómenos de materia fina, en los llamados “inofensivos” baños mixtos, en los juegos de sociedad, bailes u otros más.

¡Sin embargo, uno debe de tener en consideración que tales baños y diversiones, en todo caso, son frecuentados por aquellos que intencionadamente buscan algo para incentivar especialmente sus pensamientos y sentimientos, ante tales contemplaciones! Por lo tanto, la clase de mugre que con eso es cultivada, sin que externamente se note algo en la esfera de la materia gruesa, no es difícil de explicar. De la misma forma es evidente que esa nube siempre creciente y condensada de formas de pensamientos sensuales tiene que, gradualmente, actuar sobre un número incontable de personas que por sí mismas no busquen tales cosas. En ellas van surgiendo primeramente de modo débil, pero después más fuerte y más vivo, pensamientos análogos, que van siendo alimentados constantemente por la clase actual de tales “progresos” de su ambiente, y así es como uno tras otro se desliza hacia dentro de la corriente oscura y viscosa, dónde la facultad de comprensión de la auténtica pureza y de la moralidad se va oscureciendo cada vez más, hasta arrastrar todo hacia las profundidades de la más completa oscuridad.

¡Esas oportunidades y estímulos para tales excrecencias que proliferan deben, en primer lugar, ser nuevamente eliminadas! No pasan de ser más que incubadoras en donde los parásitos pestilentes de los seres humanos inmorales pueden lanzar sus pensamientos que, a seguir, desarrollando con fuerza, crecen y devastadoramente se extienden por sobre toda la humanidad, creando siempre nuevos focos de proliferación y constituyendo finalmente solamente un inmenso campo de excrecencias repugnantes, de las cuales emana un hedor venenoso que asfixia hasta lo que es bueno.

Alejaos a la fuerza de tal sopor que, cual narcótico, aparenta ser un fortalecimiento, pero que en realidad solamente consigue actuar debilitando y destruyendo. Es evidente, aunque también entristecedor, que en primer lugar precisamente el sexo femenino ultrapase nuevamente todos los límites y, en su vestuario, se haya rebajado sin escrúpulos hasta la condición de prostitución. Pero esto solamente comprueba la precisión de lo que quedó aclarado sobre los fenómenos de la materia fina. Es precisamente la mujer la que, por naturaleza, con su mayor facultad de intuición, recibe y cosecha en primer lugar y mucho más ampliamente ese veneno del pestilente mundo de las formas de pensamientos de la materia fina, sin mismo darse cuenta. Ella se halla más expuesta a tales peligros, por lo tanto también es arrastrada en primer lugar y, con incomprensible rapidez y de forma sorprendente, va ultrapasando cualquier límite. No en vano se dice: “¡La mujer, cuando es mala, es peor que un hombre!” ¡Eso se hace sentir en todo, ya sea en la crueldad, en el odio o en el amor! ¡La conducta de la mujer será siempre el resultado del mundo de materia fina que le rodea! En eso, naturalmente, existen excepciones. Pero no por esa razón ella está exenta de responsabilidad; ¡pues puede percibir las influencias que la acosan y dirigir su voluntad y su actuar conforme su albedrío si... lo quiere! Que eso, lamentablemente, no suceda así con la mayoría, es una falta del sexo femenino, que solamente proviene de la absoluta ignorancia sobre estas cosas. Lo grave para los tiempos actuales es, sin embargo, que en realidad la mujer también tiene el futuro del pueblo en sus manos. Esto sucede por ser su estado anímico mucho más decisivo sobre la descendencia que el hombre. ¡Que decadencia, consecuentemente, deberá traer el futuro! ¡Inevitable! No podrá ser detenida ni con las armas, ni con el dinero, ni tampoco con los inventos. Tampoco con la bondad, o con una política consciente. Ahí habrán de venir medios más tajantes.

Pero no corresponde únicamente a la mujer esta inmensa culpa. Ella será siempre solamente el fiel reflejo de aquel mundo de formas de pensamientos que paira por sobre su pueblo. Este hecho no debe de ser olvidado. ¡Respectad y honrad a la mujer como tal y ella se formará de acuerdo con ello, tornándose *aquello que veáis en ella*, y así elevaréis a todo vuestro pueblo! Antes de eso, todavía falta que las mujeres pasen por un gran proceso de transformación. ¡Tal y como son ellas actualmente, un restablecimiento solamente podrá

ocurrir por medio de una operación radical, con un corte implacable y violento, que retire a todas las excrescencias con cuchillos afilados, y las arroje al fuego! De lo contrario, ellas aún destruirían todas las partes sanas.

¡Para esa intervención, necesaria para la humanidad entera, acude el tiempo actual sin detención, de prisa, cada vez más de prisa, la deflagrando finalmente por sí misma! Será doloroso, terrible, pero al fin será la cura. Solamente entonces habrá llegado el momento para que uno hable de moralidad. Hoy en día, esto se perdería como palabras arrojadas a la tempestad. ¡Sin embargo, después de que pase la hora, en la que la Babel de los pecados sucumba, porque se haya desmoronado podrida, observad entonces al sexo femenino! Su conducta y su comportamiento os mostrarán a vosotros siempre *como sois*, porque la mujer, debido a su intuición más fina, vive aquello que las formas de pensamientos deseen.

Este hecho nos da también la certeza de que, con la pureza de los pensamientos y de las intuiciones, la feminidad se elevará más rápidamente en primer lugar hacia aquel ideal que consideramos como un ser humano noble. ¡Será entonces cuando la moralidad aparecerá con todo el brillo de su pureza!

24. ¡Vela y ora!

Cuántas veces este dictamen del Hijo de Dios es transmitido como un bienintencionado consejo y advertencia, sin que, sin embargo, ni el consejero ni aquél al que le es dado el consejo se tomen la molestia de reflexionar sobre lo que estas palabras realmente deban decir.

Lo que se comprende por orar cada criatura humana lo sabe, o dicho más acertadamente, *acredita* saberlo, aunque no obstante, en realidad lo *ignora*. También supone comprender exactamente el velar, pero sin embargo, está lejos de ello.

“¡Velad y orad” es la reproducción simbólica de la advertencia para la vivacidad de la facultad de intuición, es decir, para la actividad del espíritu! Espíritu en el *legítimo* sentido, y no comprendido como la actividad del cerebro; pues la manera del expresarse del espíritu vivo del ser humano es solamente y únicamente la *intuición*. *En nada más* actúa el espíritu del ser humano, es decir, su núcleo de origen, que se ha formado en el “yo” propiamente dicho, con la peregrinación a través de la Creación posterior.

“Vela y ora” no significa nada más que la exigencia para el refinamiento y el fortalecimiento de la facultad de intuición del ser humano terrenal, equivalente a la vivificación del espíritu, el cual es el único valor eterno del ser humano, el único que puede regresar al Paraíso, a la Creación primordial, desde donde se ha originado. *Tendrá* que regresar hacia allí, ya sea de forma madura y autoconsciente, o ya sea vuelto de nuevo inconciente, como un Yo vivo, de acuerdo con la voluntad de la Luz, convertido útil en la Creación, o como un yo dilacerado y muerto, si ha sido inútil en la Creación.

La exhortación del Hijo de Dios, “vela y ora”, es por lo tanto una de las más graves que ha legado a los seres humanos terrenales. Al mismo tiempo es una advertencia amenazadora para que se torne útil en la Creación, a fin de que no se caiga en la condena, debido a la actuación natural de las leyes divinas en la Creación.

¡Mirad a la mujer! Ella posee como el más elevado bien de la femineidad una delicadeza en la intuición, que ninguna otra criatura puede alcanzar. *Por eso*, se debería de poder hablar solamente de *noble* femineidad en esta Creación, porque femineidad trae en sí las más fuertes dádivas para la realización de todo lo que es bueno. Así, pues, recae sobre la mujer también la mayor de las responsabilidades. Por *ese* motivo Lucifer, con todas las huestes que dispone, ha establecido en la mujer su principal objetivo, a fin de someter con ello a toda la Creación bajo su poder.

Y lamentablemente Lucifer ha encontrado, en la mujer de la Creación posterior, un terreno demasiado liviano. Con los ojos bien abiertos ella voló hacia su encuentro envenenando así, debido a su especie, a toda la Creación posterior, con la inversión de conceptos puros en reflejos desfigurados, los cuales deberían de resultar una confusión para todos los espíritus humanos. La flor pura de la noble femineidad, como corona de esta Creación posterior, pronto se rebajó, por la influencia del tentador, a la altura de una planta venenosa que ostenta vivos colores y que con su perfume atractivo arrastra todo hacia el lugar donde ella medra, es decir, hacia el *pantano*, en cuyo lodazal viscoso y asfixiante ahondan los así arrastrados.

¡Ay de la mujer! Ya que le fueron conferidos los más elevados de todos los valores, los cuales no ha empleado correctamente, tiene que ser la primera sobre la que la espada de la justicia divina se abatirá si no se decide, con la rapidez de su intuición espiritual que le es propia, a ir por delante en la indispensable escalada de la humanidad terrena, saliendo de las ruinas de una estructuración errada de conceptos deteriorados, que se han originado exclusivamente por la insuflación de Lucifer. La mujer terrena puso, en lugar del anhelo

ejemplar por la joya de la blanca flor de su noble pureza, el coqueteo y la vanidad, que encontraron su campo de acción en el coqueteo de una vida social erradamente cultivada. Ella sentía, sí, que de ese modo perdería la verdadera joya de la femineidad y agarró el sucedáneo que le fue ofrecido por las tinieblas, al buscar exponer sus atractivos corporales, convirtiéndose en una desvergonzada esclava de la moda, con lo que solamente ha deslizado aún más hacia el abismo, arrastrando consigo a los hombres a través de la intensificación de sus deseos, lo que había de impedir el desarrollo de su espíritu.

Sin embargo, de ese modo, ellas mismas sembraron en su interior el germen que ahora en el Juicio indispensable llevará hacia la destrucción, por medio de la acción recíproca, a todas las que así faltaron y se convirtieron en frutos podridos de esta Creación, porque con ello se han tornado incapaces de resistir a los vendavales purificadores que se acercan vigorosamente. Que nadie se deje ensuciar las manos con los adoradores del ídolo de la vanidad y del coqueteo, cuando éstos quieran agarráros las, para salvarse de sus aflicciones. Dejados ahondar, rechazados, pues no hay en ellos valor alguno que pueda ser aprovechado para la nueva construcción que está prometida.

Ellos no perciben lo ridículo y lo vacío de su actuación. Sus risas y burlas, sin embargo, sobre las pocas que aún intentan sostener delante de sí mismas el decoro y la pureza de la verdadera femineidad, *no* dejando reprimir en sí lo más hermoso adorno de la joven y la mujer, es decir, el delicado sentimiento del pudor; ¡el escarnio de ellos pronto se transformará en gritos de dolor, silenciándose en ellos!

La mujer de la Creación posterior se encuentra puesta como sobre el filo de un cuchillo, a causa de los altos dones que ha recibido. Pues ahora tendrá que dar cuentas de cómo los ha utilizado hasta entonces. ¡Para ella no existe excusa alguna! La vuelta o el regreso son imposibles; pues el tiempo ha terminado. Todas ellas deberían haber pensado en ello antes y haber sabido que *su* opinión no puede oponerse a la voluntad inamovible de Dios, en la cual sólo reside la *pureza* límpida como el cristal. —

La mujer del futuro, sin embargo, la que haya podido salvarse con sus valores en medio de esta época de la vida degenerada de esta Sodoma y Gomorra de la actualidad, y aquella que nazca de nuevo llevará finalmente la femineidad hacia el florecimiento, ante la cual todo podrá acercarse solamente con sagrada timidez de la *más pura* reverencia. Ella será *aquella* mujer que vivirá de acuerdo con la voluntad divina, es decir, que se encontrará en la Creación *de tal manera* que corresponderá a la corona radiante que *puede y debe* ser, perfluyendo todo con las vibraciones que ella recibe desde las alturas luminosas, pudiendo transmitir las sin obscurecimiento, debido a su facultad que se encuentra en la delicadeza de la intuición femenina.

La sentencia del Hijo de Dios: “Velad y orad” quedará personificada en *cada* mujer del futuro, como ya debería estar personificada en cada mujer del presente; *¡pues en las vibraciones de la facultad de intuición femenina se encuentra, siempre que se empeñen hacia la pureza y hacia la Luz, el velar permanente y el orar más bello, que es del agrado de Dios!*

¡Tal vibrar trae la vivencia de una alegría llena de gratitud! ¡Y *eso* es la oración tal y como debe ser! ¡El vibrar, sin embargo, contiene al mismo tiempo una vigilancia constante, es decir, un *velar*! Pues todo lo que no es bonito y que intente acercarse, y cada mala intención, son captados y percibidos por tales vibraciones de sensibilidad delicada, ya mucho antes de puedan convertirse en pensamientos, y entonces le resultará algo fácil a la mujer de ahora y *siempre* protegerse en el momento correcto, si es que ella misma no lo *quiera diferentemente*.

Y, a pesar de la delicadeza de esas vibraciones, se encuentra ahí una fuerza que es capaz de transformarlo *todo* en la Creación. ¡No hay nada que pueda resistirse a ella; pues esa fuerza trae Luz y, por lo tanto, vida!

¡Eso lo sabía muy bien Lucifer! ¡Y por esa razón se dirigió también principalmente con todos sus ataques y tentaciones contra toda la femineidad! Sabía que lo conseguiría *todo*, si solamente conquistase a la mujer. ¡Y lamentablemente, lamentablemente lo ha conseguido, como puede ver hoy en día claramente cada uno quien quiera ver!

¡Por lo tanto, la llamada de la Luz, en primer lugar, se dirige nuevamente a la mujer! Ella *debería*, por fin, reconocer el bajo escalón que está ahora ocupando. Debería, si... la vanidad lo permitiese. ¡Pero *esa* trampa de Lucifer mantiene a toda la femineidad en la esfera de su poder, tan firmemente, que ni siquiera ella puede reconocer más la Luz, más aún, ya *tampoco lo quiere*! No lo quiere, porque la mujer moderna de la actualidad ya no puede separarse de sus livianas futilidades, a pesar de que vagamente ya intuya lo que ha perdido con ello. *¡Lo sabe incluso exactamente!* ¡Y para adormecer esa intuición exhortadora, equivalente al saber, ella corre desvariadamente, como si fuese a ciegas, golpeada, hacia el encuentro de nuevas ridiculeces, *masculinizándose tanto el su profesión como en todo su ser!*

¡En lugar de regresar a la legítima femineidad, que es lo más precioso de los bienes en toda la Creación! ¡Y con ello a la misión que le fue determinada por la Luz!

Es *ella* la que, con eso, roba al hombre todo cuanto es sublime, impidiendo también con ello el florecimiento de la noble hombría.

¡Allí, dónde el hombre no sea capaz de erguir su mirada hacia la mujer en su femineidad, ninguna nación, ni ningún pueblo consigue florecer rumbo a las alturas!

¡Solamente la legítima, la más pura femineidad puede llevar y despertar al hombre a realizar grandes hazañas! Nada más. ¡Y *esa* es la misión de la mujer en la Creación, según la voluntad divina! Pues así ella eleva al pueblo y a la humanidad, sí, a toda la Creación posterior; ¡pues únicamente en ella reside esa elevada fuerza de suave actuación! ¡Un poder irresistible y dominador, bendito por la fuerza divina allí, donde se da la voluntad purísima! Nada se le equivale; ¡pues ella trae la belleza en la forma más pura en todo lo que hace y en lo que de ella emana! ¡Por eso mismo su actuación debe traspasar a toda la Creación de modo refrescante, elevándola, favoreciéndola y vivificándola, como un soplo del anhelado Paraíso!

¡A esa perla, de entre todas las dádivas de vuestro Creador, fue a quien Lucifer extendió su mano en *primer lugar* con toda su astucia y malicia, sabiendo que con ello rompería vuestro apoyo y vuestro anhelo por la Luz! Pues en la mujer se halla el precioso secreto capaz de desencadenar en la Creación la pureza y la nobleza de todos los pensamientos, el impulso por la mayor actividad, para la más noble actuación... con la condición de que esa mujer sea tal y como el Creador lo quiso que fuese, al colmarla con tales dones.

¡Sin embargo, vosotros os dejasteis iludir demasiado fácilmente! Os entregasteis a las tentaciones por completo sin lucha alguna. ¡Como una esclava obediente de Lucifer, la mujer ahora dirige los efectos de las bellas dádivas de Dios inversamente y, con ello, somete a toda la Creación posterior bajo las tinieblas! ¡Hoy en día existen solamente caricaturas horrendas de todo aquello que Dios pretendía dejar surgir en esta Creación para la alegría y felicidad de todas las criaturas! ¡De hecho, todo surgió, pero, bajo la influencia de Lucifer, alterado, torcido y errado! ¡La mujer de la Creación posterior se prestó para tanto a servir de intermediaria! Sobre el terreno límpido de la pureza se ha formado un pantano sofocante. El entusiasmo radiante fue sustituido por la embriaguez de los sentidos. *¡Ahora queréis luchar, pero en contra de cualquier exigencia de la Luz!* ¡A fin de permanecer en el delirio de las vanidosas presunciones que os embriagan!

No son muchas aún, las que hoy en día son capaces de soportar una mirada clara. La mayoría de ellas se revelan como leprosas, cuya belleza, es decir, la verdadera femineidad, ya se encuentra carcomida, por lo que nunca más podrá ser reparada. Para muchas sobrevendrá la repugnancia de sí mismas si, a pesar de todo, aún pudiesen ser salvadas y, después de muchos

años, se acuerden de todo aquello que hasta hoy consideran como bello y bueno. ¡Será como un despertar y convalecer de los más pesados sueños febriles!

Sin embargo, así como la mujer fue capaz de degradar profundamente a toda la Creación posterior, ella también posee la fuerza para elevarla nuevamente y favorecerla, pues el hombre también la seguirá. Pronto vendrá el tiempo, después de la purificación, en el que se podrá exclamar, jubilosamente: He aquí la mujer tal como debe ser, la *legítima* mujer en toda su grandeza, en su más noble pureza y poder, y en ella vivenciaréis la sentencia de Cristo: “¡Vela y ora” con toda la naturalidad y la más bella forma!

25. El Matrimonio

¡Matrimonios son contraídos en el cielo! Esta frase es proferida mucha veces con enojo y amargura por los casados. Pero también es utilizada con hipocresía por los que se encuentran más lejos del cielo. La consecuencia natural es la de que al respecto de esta frase solamente se da de hombros, se sonríe, se burlan y incluso se escarnece.

Con vista a todos los matrimonios, que una persona alcanza conocer en el curso de los años en su ambiente más cercano o lejano, eso se torna comprensible. Los escarnecedores tienen razón. ¡Sin embargo sería mejor no escarnecer de esa expresión, pero de los propios matrimonios! Son *esos* que en su mayoría merecen no solamente burla y escarnio, pero incluso desprecio.

Los matrimonios, conforme se presentan actualmente, así como ya hace siglos, socavan la verdad de la frase, no permiten a nadie creerla. Representan, lamentablemente, con solamente rarísimas excepciones, un estado nítidamente inmoral, a lo cual no se puede dar un fin suficientemente rápido, para resguardar miles de esa vergüenza, a la cual, en acuerdo con las costumbres de la época actual, recurren ciegamente. Suponen que no puede ser de otra forma, porque así es usual. Se agrega incluso que exactamente en la época actual todo está tallado hasta la falta de pudor, a fin de turbar y sofocar cada intuición más pura. Ser humano algún piensa en tornar la personalidad, incluso a través del respeto por el cuerpo, en aquello que debía ser, puede ser y tiene que ser.

El cuerpo, así como el alma, tiene que ser algo precioso, por lo tanto, intangible, que no se pone a la vista como artificio. ¡Algo elevado, sagrado! Y por lo tanto, en la Tierra, también a ese respecto el cuerpo no es separable del alma. Ambos tienen que ser, concomitantemente, estimados y resguardados como santuario, si deban tener algún valor. Caso contrario, se transforman en trapos, en contacto con los cuales nos maculamos, que solamente merecen ser tirados en un rincón, a fin de pertenecer a precio bajo al primer traperero que aparezca. Si surgiese hoy en la Tierra un ejercito de tales traperos y rematadores, encontrarían una cantidad inimaginable de esos trapos. A cada paso, encontrarían nuevos montes ya a su espera. Y tales rematadores y traperos ya vaguean de hecho por ahí en densos bandos. Son los emisarios e instrumentos de las tinieblas que toman pose, vorazmente, de las presas fáciles a fin de, triunfando, arrastrarlas cada vez más y más hacia bajo, hacia su reino oscuro, hasta que todo los cubra con negror y no puedan hallar, nunca más, el camino de vuelta hacia la Luz. ¡No es de extrañarse que todos se ríen, apenas cuando alguien todavía hable seriamente que matrimonios son contraídos en el cielo!

El casamiento civil nada más es de lo que un simple acto comercial. Los que se unen por su intermedio no lo hacen a fin de dedicarse, en común, con seriedad a una obra, que eleve el valor intrínseco y extrínseco de las personas involucradas, que los deje aspirar conjuntamente a elevadas metas y con eso traiga bendiciones a ellas propias, a la humanidad, bien como a toda la Creación, pero si como un simple contrato, ante lo cual, recíprocamente, se garantizan económicamente, a fin de que la mutua entrega corporal pueda darse sin consideraciones calculistas. ¿Dónde queda, ahí, la santidad del cuerpo, que por ambos los lados debe ser traída para el matrimonio y en él también conservada? Ésta, ni siquiera es llevada en consideración.

La mujer ocupa en todo eso un lugar tan degradante, que sería necesario alejarse de ella. En ochenta por ciento de los casos, ella se contracta o se vende simplemente al servicio del hombre, que no busca en ella una compañera de igual valor, pero si, además de un objeto de contemplación, una gobernanta barata y obediente que le torne agradable el hogar y con la

cual él, bajo el manto de una falsa honestidad, también pueda conjuntamente y sin perturbaciones satisfacer los deseos.

Muchas veces, por los motivos más ínfimos, mozas abandonan la casa de los padres, a fin de contraer un matrimonio. A veces se han cansado de la casa de los padres, desean un ambiente de actuación en lo cual ellas mismas puedan disponer. A otras parece interesante representar el papel de una joven señora, o esperan una vida con más movimiento. Creen tal vez también llegar a condiciones económicas mejores. Idénticamente existen casos en que mozas contraen nupcias por mero capricho, para con eso irritar a otros. También impulsos puramente corporales proveen el motivo para el casamiento. Por lecturas impropias, conversas y juegos impropios, han sido ellos despiertos y artificialmente cultivados.

Raramente se trata de verdadero amor anímico que las induce a dar ese paso, que es lo más serio de todos en la vida terrena. Las mozas, bajo la cuidadosa asistencia de muchos padres, son supuestamente “demasiado astutas” para dejarse conducir solamente por intuiciones más puras, pero con eso corren justamente hacia el encuentro de la infelicidad. Ésas tienen su recompensa por esta superficialidad, en parte, ya en el propio matrimonio. ¡Pero solamente en parte! El amargo vivenciar de los efectos recíprocos, como consecuencia de tales matrimonios errados, viene mucho más tarde; pues el mal principal ahí se encuentra en la negligencia livianamente provocada de ese modo, en detrimento de posible progreso. Muchas vidas terrenas quedan así enteramente perdidas para la verdadera *finalidad* de la existencia personal. Eso resulta incluso un grave retroceso, que por su vez tendrá que ser recuperado penosamente.

¡Cuán diferente, cuando un matrimonio es contraído en bases ciertas y se desarrolla armoniosamente! Alegres, un a servicio espontáneo del otro, crecen lado a lado hacia el alto, para ennoblecimiento espiritual, encarando sonrientes, hombro a hombro, las dificultades terrenas. El matrimonio pasa entonces a ser un lucro para la existencia entera, debido a la felicidad. ¡Y en esa felicidad se encuentra un impulso hacia arriba, no solamente individual, pero para toda la humanidad! Ay, por lo tanto, de los padres que impelen sus hijos a matrimonios errados por medio de persuasión, astucia u obligación provenientes de motivos racionales. El peso de la responsabilidad, que en eso alcanza más lejos de lo que solamente el propio hijo, recae, tarde o temprano, tan fuertemente sobre ellos, que desearían nunca haber tenido “ideas tan brillantes”.

El matrimonio religioso es considerado por muchos solamente como una parte de una fiesta puramente terrena. Las propias iglesias o sus representantes emplean la sentencia: “¡Lo que Dios unió, la criatura humana no debe separar!” En los cultos religiosos predomina la idea básica de que ambos los novios, por la ceremonia de un casamiento, son unidos por Dios. Los “más avanzados” son, en lugar de eso, de opinión de que los dos que contraen matrimonio son así unidos *ante* Dios. La última interpretación por lo menos tiene mayor justificativa de lo que la primera.

¡Con estas palabras, sin embargo, no se desea tal interpretación! Ellas deben decir algo totalmente diferente. En ellas queda fundamentado el hecho de que matrimonios son realmente contraídos en el cielo.

Alejándose de esa frase todos los falsos conceptos e interpretaciones, pronto cesa cualquier razón para risas, burlas o sarcasmos, y el sentido yace ante nosotros en toda su seriedad y en su inalterable verdad. Pero la consecuencia natural es, entonces, también el reconocimiento de que los matrimonios son idealizados y deseados de modo completamente diferente de lo que los de hoy son, es decir, que un matrimonio solamente debe ser contraído bajo presuposiciones totalmente diferentes, con aspectos y convicciones enteramente diferentes y con propósitos totalmente puros.

“Los matrimonios son contraídos en el cielo”, demuestra, en primer lugar, que ya con el ingreso en la vida terrena cada persona trae consigo determinadas cualidades, cuyo desarrollo armonioso solamente puede ser alcanzado por personas de cualidades de acuerdo. Cualidades de acuerdo, sin embargo, no son las mismas, pero si aquellas *que completan* y que, ante esa complementación, las tornan de pleno valor. En ese pleno valor, sin embargo, resuenan todas las cuerdas en un acorde armonioso. Si, sin embargo, una parte se convierta de pleno valor a través de otra, también esa otra parte, que se aproxima, se torna, a través de la segunda, idénticamente de pleno valor y, en la unión de ambas, es decir, en la convivencia y en el actuar, sonará ese armonioso acorde. Así es el matrimonio que fue contraído en el cielo.

Así, sin embargo, no queda expreso que para una persona sería adecuada, para un matrimonio armonioso, solamente *una* otra cierta determinada persona en la Tierra, pero en general existen *varias* que traen en si el complemento de la otra parte. No es necesario, por lo tanto, que se peregrine por la Tierra durante décadas para encontrar esa segunda parte de acuerdo y complementar. Bastará solamente emplear para tanto la necesaria seriedad, estar con los ojos, oídos y el corazón abiertos y, principalmente, desistir de las actuales condiciones preliminares, consideradas exigencias para un matrimonio. Justamente aquello que hoy es válido *no* debe prevalecer. Un trabajo en común y metas elevadas condicionan un matrimonio *sano* tan indispensablemente cuanto un cuerpo sano, el movimiento y el aire fresco. Quién cuenta con comodidad y la mayor despreocupación posible, deseando en esa base construir la vida en común, habrá de cosechar en el fin solamente algo enfermo con todos sus efectos colaterales. Por eso buscad, finalmente, firmar matrimonios que sean contraídos en el cielo. ¡Entonces la felicidad os alcanzará!

Contraído en el cielo significa estar predestinados uno para el otro, ya antes o con el ingreso en la vida terrena. La predestinación consiste, sin embargo, solamente en las cualidades traídas, con las cuales las dos partes se completan mutua e integralmente. Estas son, de ese modo, destinadas una para la otra.

Ser destinadas puede también ser expreso “que combinan una con la otra”, completándose, por lo tanto, realmente. En eso reside la destinación.

“Lo que Dios unió, la creatura humana no debe separar”. La incompreensión de ese dictamen de Cristo ya ha provocado muchos males. Muchos hasta ahora suponían con: “Lo que Dios unió” el casamiento. Éste, hasta ahora, prácticamente nada tuvo que ver con el sentido de tales palabras. Aquello que Dios unió es una unión, en la cual son rellenas las condiciones que exigen una armonía plena, que, por lo tanto, es contraída en el cielo. Si, a ese respeto, fue dada o no una permisión del Estado o de la iglesia, en nada altera el caso.

Lógicamente es necesario encuadrarse también ahí en el orden civil. Si entonces, en una unión así firmada, un casamiento es incluso ratificado con la ceremonia de casamiento por el respectivo culto religioso, en correspondiente devoción, es muy natural que esa unión adquiera consagración mucho más elevada, por la disposición interior de los participantes, propiciando vigorosas y legítimas bendiciones espirituales a la pareja. Un tal matrimonio habrá sido entonces de hecho realizado *por* Dios y *ante* Dios y contraído en el cielo.

Viene a seguir la advertencia: “¡La criatura humana no debe separar!” Como ha sido amezquindado también el alto sentido *de esas* palabras. ¡Ahí, sin embargo, la verdad se evidencia tan claramente! Dondequiera que exista una unión que ha sido contraída en el cielo, es decir, donde dos se completan de tal modo, que surja un pleno acorde armonioso, allá ninguna tercera persona debe intentar provocar una separación. Aunque sea introduciendo una desarmonía, tornando imposible una unión o provocando una separación, no importa, tal procedimiento sería pecado. Un agravio que, en su efecto recíproco, hay que adherir pesadamente al autor, toda vez que con eso son alcanzadas, simultáneamente, dos personas y con éstas también las bendiciones que se habrían diseminado, a través de su felicidad, en el

mundo de materia gruesa y en lo de materia fina. Hay en esas palabras una verdad sencilla que se torna reconocible por todos los lados. La advertencia visa proteger solamente aquellas uniones que han sido contraídas en el cielo, debido a las condiciones previas ya antes mencionadas, para lo que tienen su actuación ante las propiedades anímicas traídas, que mutuamente se completan.

¡Entre tales, ninguna tercera persona debe entrometerse, tampoco los padres! Los dos interesados, ellos propios, nunca tendrán la idea de desear una separación. La armonía divina, que constituye la base, debido a sus mutuas propiedades anímicas, no dejará que surja tal pensamiento. Su felicidad y la estabilidad de su matrimonio están así de antemano aseguradas. Si haya solicitud de separación por parte de uno de los cónyuges, con eso dará este la mejor prueba de que *no* existe como base la necesaria armonía, el matrimonio, por lo tanto, no puede haber sido contraído en el cielo. En tal caso un matrimonio debería ser deshecho impreteriblemente; para elevación de la autoconciencia moral de ambos los cónyuges, que viven en tal ambiente insano. Tales matrimonios errados constituyen hoy la gran mayoría. Ese estado pernicioso proviene principalmente del retroceso moral de la humanidad, bien como de la adoración predominante del intelecto.

La separación de aquello que Dios ha unido, sin embargo, no se refiere solamente al matrimonio, pero también a la aproximación anterior de dos almas, que podrían, por sus propiedades complementares, desarrollar sólo armonía, por lo tanto, que están predestinadas una a otra. ¡Una vez concluida tal unión y una tercera persona busca entrometerse por medio de difamación o por semejantes medios conocidos, entonces tal intención ya es adulterio consumado!

El sentido de las palabras: “Lo que Dios unió, la criatura humana no debe separar” es tan simple y claro que es difícil comprender como pudo surgir a tal respecto una acepción errónea. Eso sólo fue posible ante la separación errada entre el mundo espiritual y el mundo terreno, con lo que el concepto estrecho del intelecto ha logrado imponerse, y la cual jamás ha resultado en valores reales.

¡Desde el espiritual han sido dadas esas palabras, por lo tanto, solamente en el espiritual ellas pueden encontrar su verdadero esclarecimiento!

26. El derecho del hijo respecto a los padres

Muchos hijos viven respecto a los padres en una suposición infeliz, que se les revierte en el mayor perjuicio. Creen poder lanzar sobre los padres el motivo de su propia existencia terrena. A menudo se escucha la observación: “Es lógico que mis padres tengan que cuidar de mí; pues ellos son los que me trajeron al mundo. No tengo la culpa de estar aquí.”

No hay nada más insensato que pueda decirse. ¡Cada persona está aquí en esta Tierra por su propio pedido o por su propia culpa! Los padres solamente ofrecen la posibilidad de la encarnación, nada más. ¡Y cada alma encarnada debe estar agradecida de que se le haya concedido tal posibilidad!

El *alma* de un niño no es nada más que un *huésped* de sus padres. ¡Ya sólo en esa evidencia yace el esclarecimiento suficiente como para que quede explícito que un hijo, de hecho, no puede querer imponer cualquier derecho respecto a los padres! Derechos espirituales relacionados a los padres, ¡él no los tiene! Los derechos terrenos, sin embargo, se han originado solamente del orden social, puramente terrenal, de lo que el Estado establece, para que él mismo no necesite asumir cualquier obligación.

¡El niño es, espiritualmente, una personalidad individual por sí solo! A excepción el cuerpo terreno, que es necesario como instrumento para actuar en esta Tierra de materia gruesa, nada ha recibido de los padres. Por consiguiente, solamente un alojamiento que el alma, previamente independiente, puede utilizar.

Sin embargo, con la procreación, asumen los padres la obligación de alimentar ese alojamiento así formado y de conservarlo, hasta que el alma, que de él ha tomado posesión, sea capaz de asumir por sí misma su manutención. La época para ello es mostrada por el propio desarrollo natural del cuerpo. Todo lo que se haga después de ahí es un regalo de los padres.

Los hijos deberían, por lo tanto, parar de contar de una vez con los padres, y preferir pensar en firmarse, lo antes posible, sobre sus propios pies. Evidentemente, es independiente si ejercen actividades en la casa paterna o fuera de ella. Pero actividad ha de existir, sin que consista en las diversiones y cumplimientos de los llamados compromisos sociales, sino en un determinado cumplimiento de un deber real y útil, en el sentido de que la respectiva actividad haya de ser ejecutada por otra persona especialmente contratada para ese fin, en caso de que el hijo no la realice más. ¡Solamente así se puede hablar de una existencia útil en la Tierra, lo que resulta en la madurez del espíritu! Si un hijo cumple en la casa paterna con tales tareas, sea cual fuere su sexo, masculino o femenino, debería recibir de los padres también *aquella* recompensa que le correspondería igualmente a una persona extraña, empleada para tal finalidad. En otras palabras: el hijo, que cumple con sus obligaciones, debe ser considerado y tratado como una persona realmente independiente. Si lazos especiales de amor, confianza y amistad unen a padres e hijos, entonces será un tanto más bello para ambos; ¡puesto que entonces es una unión voluntaria, resultado de la íntima convicción y, por consiguiente, mucho más valiosa! Es entonces legítima, y les mantiene unidos incluso en el más Allá para mutuo beneficio y alegría. Imposiciones y costumbres familiares, sin embargo, son insanas y condenables, en cuanto un determinado límite en la edad de los niños sea ultrapasado.

Naturalmente, tampoco existen los denominados derechos de parentesco, en los cuales principalmente tías, tíos, primas, primos y todos los demás que todavía tratan de presentarse como parientes, se apoyan tantas veces. Precisamente esos derechos de parentesco constituyen un abuso condenable, que siempre producirá repugnancia en aquellas personas en sí ya maduras.

Lamentablemente, debido a las tradiciones, eso ya se ha transformado en una costumbre, hasta el punto de que, generalmente, la persona tampoco intenta pensar de otra forma y se adapta a ello en silencio, aunque con aversión. Pero quién, sin embargo, ose dar el pequeño paso y reflexione sobre ello libremente, sentirá en el fondo de su alma todo tan ridículo, tan repugnante que, indignado, terminará alejándose de tales petulancias así establecidas.

¡Se debe terminar un día con este tipo de cosas tan antinaturales! Una vez que despierte en sí una nueva y sana especie humana, tales abusos no serán soportados más, por ser opuestos a todo y cualquier sentido sano. De tales distorsiones artificiales de la vida natural, no podría surgir nunca nada de realmente grandioso, porque con ello los seres humanos permanecen demasiado tullidos. En esas cosas aparentemente secundarias existe un gigantesco atamamiento. ¡Aquí tiene que ser establecida la libertad, al desprenderse cada individuo de sus costumbres indignas! ¡La verdadera libertad solamente existe en el correcto *reconocimiento* de las obligaciones, lo que permanece ligado al *cumplimiento* voluntario de los deberes! ¡Únicamente el cumplimiento del deber otorga *derechos*! Esto también concierne a los hijos, a los cuales, igualmente, solamente con el cumplimiento más fiel de los deberes, pueden resultar derechos. —

Pero existe toda una serie de deberes muy severos para todos los padres, que no están relacionados con los derechos de los hijos.

Cada adulto tiene que estar consciente de aquello que realmente se relaciona con la procreación. La imprudencia y la irreflexión de hasta ahora a ese respeto, tanto como los conceptos errados, se han vengado de manera muy nefasta.

Solamente tened claro para vosotros que en el más Allá más próximo existe un gran número de almas que ya se hallan listas y a la espera de una posibilidad para la reencarnación en la Tierra. Se trata, en su mayoría, de aquellas almas humanas que, presas de los hilos kármicos, buscan cualquier rescate en una nueva vida terrena.

En cuanto se les ofrezca una posibilidad para ello, se apegan a los lugares en donde se haya realizado un acto de procreación, a fin de acompañar, esperando, el desarrollo del nuevo cuerpo humano para alojamiento. Durante esa espera, se van tejiendo hilos de materia fina desde el cuerpo en formación hacia el alma, que se mantiene obstinadamente muy cerca de la futura madre, y en sentido contrario, hasta un cierto grado de madurez, tales hilos sirven así de puente facilitando el ingreso del alma extraña procedente del más Allá en el nuevo cuerpo, del cual toma posesión también inmediatamente. ¡Ingresa, por consiguiente, un huésped extraño que puede causar, debido a su karma, muchas aflicciones a los educadores! ¡Un huésped extraño! ¡Que incómodo pensamiento! Esto el ser humano debería tenerlo siempre ante los ojos y jamás olvidarse que puede *co*-decidir en la elección del alma que permanece a la espera, mientras no deje pasar livianamente el tiempo para ello. La encarnación se halla, sin duda, sujeta a la ley de la atracción de la igual especie. Sin embargo, no es absolutamente necesario que para ello la especie afín de uno de los progenitores le sirva de polo, sino que, a veces, de alguna persona que se encuentre frecuentemente en la proximidad de la futura madre. Cuánto infortunio puede entonces ser evitado, en cuanto el ser humano conozca correctamente todo el proceso y de él se ocupe conscientemente. Sin embargo, pasan el tiempo livianamente, frecuentan diversiones y bailes, ofrecen recepciones y no se preocupan mucho por lo que se está preparando de importante entretanto y que más tarde habrá de influir poderosamente durante toda su vida.

En la oración, la cual siempre tiene como base el ardiente deseo, deberían conscientemente dirigir muchos factores, debilitar el mal, fortalecer el bien. ¡El extraño huésped que entonces ingresa como un hijo en su hogar, se presentaría de tal modo, que sería *bien-venido* en *todos* los sentidos! Se dicen muchos disparates sobre la educación prenatal, en

la habitual semicomprensión o en la comprensión errada de los muchos efectos que resultan exteriormente perceptibles.

Pero, como frecuentemente, aquí también las conclusiones humanas de tales observaciones son erradas. ¡No existe ninguna posibilidad de educación prenatal, pero sí una absoluta posibilidad de *influir en la atracción*, cuando sucede durante el tiempo oportuno y con la debida seriedad! Esta una diferencia, en la que en las consecuencias alcanza más lejos de lo que la supuesta educación prenatal jamás lograría alcanzar.

Quienquiera que, por lo tanto, esté esclarecido a tal respecto y todavía realice de manera irreflexiva ligazones imprudentemente no merece nada más que ingrese en su círculo un espíritu humano que solamente le cause desasosiego y, tal vez, incluso desgracia.

La procreación debe ser para un ser humano, espiritualmente libre, nada más allá de lo que la prueba de su buena voluntad para acoger a un espíritu humano extraño como huésped permanente en la familia, ofreciéndole la oportunidad de redimirse en la Tierra y de madurar. Solamente cuando en ambas partes exista el íntimo deseo *hacia esa finalidad*, es que se debe realizar la oportunidad de procreación. Contemplad ahora una vez a los padres e hijos, desde esas realidades, entonces mucha cosa cambiará por si sola. El trato mutuo, la educación, todo recibirá otras bases, más serias de lo que hasta ahora ha sido usual en innumerables familias. Habrá más consideración y más respeto mutuo. Consciencia de independencia y esfuerzos de responsabilidad se harán sentir, lo que trae como consecuencia la natural ascensión social del pueblo. Los hijos, sin embargo, pronto se olvidarán de querer arrogarse derechos que nunca existieron. —

27. La oración

Si se quiere hablar de la oración, es evidente que las palabras valen solamente para aquellos que se ocupan de la oración. Quién no sienta en sí el impulso para una oración, puede abstenerse tranquilamente de ello pues sus palabras o pensamientos, finalmente, han de deshacerse en la nada. Si una oración no es intuita profundamente, entonces no tiene valor y, por lo tanto, tampoco ningún efecto. Tanto el momento de un sentimiento de gratitud transbordando en gran alegría, así como la intuición del más profundo dolor en el sufrimiento, forman la mejor base para una oración de la cual se pueda esperar efecto. En tales momentos la criatura humana está penetrada por una determinada intuición, que sobrepasa en ella todo lo demás. Así es posible que el deseo principal de la oración, ya sea un agradecimiento o un ruego, reciba una fuerza sin turbación.

Además, muchas veces los seres humanos se hacen una imagen errada de la sucesión y de la formación de una oración y su ulterior desarrollo. No todas las oraciones llegan al más elevado Dirigente de los mundos. Sino al contrario, se trata de una rarísima excepción cuando una oración realmente logra alcanzar hasta los escalones del trono. También aquí la fuerza de atracción de la misma especie, como ley básica, representa el papel más importante.

Una oración sinceramente intencionada y profundamente intuita, atrayendo por sí misma y siendo atraída por la misma especie, entra en contacto con un centro de fuerzas de aquella especie de la cual el contenido principal de la oración se halla impregnado. Los centros de fuerzas podrían también ser denominados departamentos de las esferas o tener cualquier otra designación, en el fondo, concluirá siempre en lo mismo. La reciprocidad trae entonces aquello que fue el deseo esencial de la oración. Ya sea tranquilidad, fuerza, restablecimiento, planes súbitamente surgidos en el íntimo, solución a difíciles preguntas u otras muchas cosas. Siempre advendrá desde ahí algo positivo, aunque sea solamente la propia tranquilidad y concentración fortalecida, que a su vez conducen hacia una salida, hacia una salvación.

También es posible que esas oraciones emitidas, profundizadas con su fuerza por el efecto recíproco de los centros de fuerza de la misma especie, encuentren un camino fino-material hacia las personas que, debido a eso, son estimuladas para traer el auxilio de alguna forma y, con ello, el cumplimiento de la oración. Todos estos acontecimientos son fácilmente comprensibles con la observación de la vida de la materia fina. Igualmente en esto, reside otra vez la justicia en el hecho de que el factor decisivo de una oración siempre será la disposición interior de la persona que ora, la cual, de acuerdo con su profundidad, determina la fuerza, es decir, la vitalidad y la eficiencia de la oración.

En el gran acontecimiento fino-material del Universo, cada clase de intuición encuentra a su determinada especie igual, ya que no solamente no podría ser atraída por otras, sino que incluso repelida. Solamente cuando surge una especie igual es cuando se da la ligazón y, con ello, el fortalecimiento. Una oración, que contenga varias intuiciones, las cuales, debido a la gran profundidad del que ora, aún poseen cierta fuerza, no obstante su desmembramiento, atraerá, por consiguiente, diversos efectos. Si con ello sucede o no una realización, dependerá completamente de la clase de las partes individuales, las cuales pueden tener efectos que se favorezcan o se obstaculicen mutuamente. En cualquier caso, sin embargo, será mejor emitir en una oración solamente *un* pensamiento, como intuición, para que no surja ninguna confusión.

Así, Cristo de ninguna manera tampoco quiso que el “Padre Nuestro” fuese orado necesariamente de modo integral, sino que solamente indicó con ello, de manera concentrada, todo *aquello* que el ser humano, con voluntad sincera, puede pedir en primer lugar con seguridad de obtener la realización.

En tales peticiones están contenidas las bases para *todo* cuanto la persona necesita para su bienestar corporal y su ascensión espiritual. ¡Pero ofrecen aún más! Las peticiones muestran al mismo tiempo las *pautas* hacia el esfuerzo que la persona debe seguir en su vida terrena. La composición de las peticiones es, por sí sola, una obra maestra. El “Padre Nuestro” únicamente puede serlo *todo* para la criatura humana que busque, cuando en él profundice y lo comprenda correctamente. Tampoco necesitaría más que el “Padre Nuestro”. Éste le muestra todo el Evangelio de la forma más concentrada. Es la llave hacia las alturas luminosas para aquél que sepa vivenciarlo de manera correcta. ¡Puede ser para cada persona, simultáneamente, *el bastón y la antorcha* para el proseguimiento y la ascensión! Tal es lo inconmensurable que trae en sí. *(Disertación Nro. 28: El Padre Nuestro)

Ya esa misma riqueza indica la verdadera finalidad del “Padre Nuestro”. ¡*Jesús* dio a la humanidad con el “Padre Nuestro” *la llave hacia el Reino de Dios! El núcleo de su mensaje.* Pero él no quiso decir con esto que debería ser recitado de esa manera.

La criatura humana solamente necesita prestar atención, después de orar, y por sí misma reconocerá cuánta distracción eso le trajo y cómo se ha debilitado la profundidad de su intuición, al seguir la secuencia de las peticiones individuales, aunque éstas le resulten demasiado familiares.

¡Le es imposible pasar sucesivamente de un pedido a otro con el fervor necesario de una verdadera oración! Jesús, sin embargo, según su manera, facilitó todo a la humanidad. La expresión correcta es “tan fácil como si fuera para niños”. Él indicó especialmente: “¡Volveos como niños!” Es decir, pensando con toda sencillez y buscando el mínimo de dificultades. Jamás habría esperado de la humanidad algo tan imposible, como lo que exige el orar profundizado realmente en el “Padre Nuestro”. Este hecho debe de llevar también a la humanidad hacia la convicción de que Jesús deseaba algo diferente, algo más grande. ¡Él dio la llave hacia el Reino de Dios, no una simple oración!

La pluralidad de una oración siempre la debilitará. Un niño tampoco se dirige a su padre con siete peticiones al mismo tiempo, sino simplemente con aquella que justamente más le oprime su corazón, sea un sufrimiento o un deseo.

Así es también como una persona en aflicción debe, suplicando, dirigirse a su Dios con aquello que le oprime. En la mayoría de los casos, de hecho, se tratará solamente de *un* asunto en particular y no de varios seguidos. Tampoco se debe de pedir algo que no oprima por el momento. Dado que tal petición tampoco puede ser intuida con suficiente vivacidad en su íntimo, se convierte en una forma vacía y naturalmente debilita a otro pedido tal vez realmente necesario.

Por lo tanto, ¡siempre se debe pedir solamente aquello que es realmente necesario! ¡Nada de fórmulas vacías que han de dispersarse y que, con el tiempo, cultivan la hipocresía!

La oración requiere la más profunda seriedad. Se ha de orar con calma y pureza, para que, a través de la calma, la fuerza de la intuición sea aumentada y que ésta, por la pureza, obtenga aquella ligereza luminosa, capaz de elevar a la oración hasta las alturas de todo cuanto es luminoso, de todo cuanto es puro. ¡Entonces le llegará al suplicante también aquella realización que será la más provechosa y que le llevará hacia adelante en toda su existencia!

No es la *fuerza* de la oración lo que consigue lanzarla hacia lo alto o impulsarla, sino *solamente la pureza* con su correspondiente ligereza. La pureza en la oración, sin embargo, la puede conseguir cualquier persona, aunque no en todas sus oraciones, en cuanto el impulso para rogar se torne vivo en ella. Para esto no es necesario que ya se halle con toda su vida en la pureza. Eso no logra impedirlo para que, en la oración, sea temporalmente aquí y allá, se eleve por lo menos temporalmente en la pureza de su intuición.

Para la fuerza de la oración, sin embargo, no solo contribuye la calma absoluta y la así posibilitada profunda concentración, sino también cada fuerte emoción como la angustia, la preocupación, la alegría.

Sin embargo, no quiere decirse con esto que la realización de una oración corresponda siempre, incondicionalmente, a las ideas y a los deseos *terrenalmente* concebidos, ni que esté en concordancia con ellos. ¡La realización se extiende benéficamente para mucho más allá de eso, y conduce *al todo* hacia lo mejor, no al instante terreno! Muchas veces, por lo tanto, un aparente incumplimiento debe ser reconocido, más tarde, como la única correcta y mejor realización, sintiéndose así feliz la persona por que no haya sucedido según sus deseos momentáneos.

¡Ahora la intercesión! El oyente muchas veces se pregunta como la acción recíproca en una intercesión, es decir, cómo el ruego de otro, puede hallar el camino hacia una persona que propiamente no haya orado, ya que el efecto retroactivo refluye, por el camino preparado, retornando hacia aquél que ha rogado.

Tampoco hay en este caso ningún desvío de las leyes establecidas. Un intercesor piensa durante su oración de un modo muy intenso en la persona por quien ruega, que a causa de ello su desear es primeramente *anclado* o firmemente amarrado en aquella persona y de ese modo, desde allí, toma su camino hacia lo alto, pudiendo, por lo tanto, incluso volver hacia esa persona, hacia la cual el fuerte deseo del intercesor, de cualquier modo, ya se tornó vivo, circulando a su alrededor. Es una suposición indispensable, sin embargo, que el terreno de aquella persona, en favor de quien se ora, esté en condiciones receptivas y con la misma especie capacitado para un anclaje, y no poniendo obstáculos a ello.

En caso de que el terreno no esté en condiciones receptivas, por lo tanto, sea indigno, hay en el deslizamiento de las intercesiones, otra vez de nuevo, la maravillosa justicia de las leyes divinas, las cuales no pueden permitir que a un terreno totalmente estéril le llegue desde afuera una ayuda a través de otros. Ese rechazo o desvío del intencionado anclaje de una intercesión de una persona, objeto de ese ruego, que sea indigna a causa de su estado interior, resulta en la imposibilidad de una acción de auxilio. ¡Existe también aquí, nuevamente, algo tan perfecto en esa actuación autónoma y lógica, que el ser humano se encuentra admirado delante de la distribución integral y justa, ligada a ello, de los frutos de todo cuanto fue deseado por uno mismo!

Si eso no se procesase tan inexorablemente, entonces el engranaje de la Creación provocaría una laguna, que permitiría posibilidades de injusticia contra aquellos indignos, que no pueden tener intercesores, a pesar de que los intercesores también surgen solamente por la reciprocidad de amistades anteriores o por algo semejante.

Las intercesiones de personas, que las practican sin el propio impulso interior y absoluto de verdaderas intuiciones, no tienen ningún valor ni resultado. Son solamente paja vacía.

Existe aún una otra clase de efecto de las intercesiones legítimas. ¡Se trata de indicar el rumbo! La oración asciende directamente y señala hacia la persona necesitada. Si es enviado un mensajero espiritual, por medio de ese camino indicado, para el apoyo, entonces la posibilidad de un auxilio está sujeta bajo a las mismas leyes del valor o desvalor, por lo tanto, por la facultad receptiva o el rechazo. Si el necesitado está interiormente inclinado hacia las tinieblas, el mensajero con deseo de ayudar, basado en la intercesión, no podrá obtener contacto alguno, no logrará influir habiendo de regresar sin lograr nada. Así la intercesión, por lo tanto, no pudo ser realizada, ya que las leyes, en su vivacidad, no se lo permitieron. ¡Pero si haya el terreno adecuado, entonces una legítima intercesión tendrá un valor incalculable! Llevará auxilio, aun cuando el necesitado nada sepa de ello, o bien se unirá al deseo u oración del necesitado, proveyéndole así de un gran fortalecimiento.

28. El Padre Nuestro

Son muy pocas las personas que buscan hacerse conscientes *de lo que* realmente quieren, cuando profieren la oración “Padre Nuestro”. Menos aún son las que realmente saben cuál es el *sentido* de las frases que están recitando. Recitar es probablemente la única expresión adecuada para el procedimiento que el ser humano, en este caso, define como orar.

Quienquiera que se examine rigurosamente en tal respecto *tiene* que admitir esto, o entonces atestiguará que pasa toda su vida de idéntica manera... superficialmente, no siendo, ni jamás habiendo sido capaz de concebir un solo pensamiento profundo. Existen muchos de ellos en esta Tierra quienes, sin duda, se toman en serio, pero, ni con la más buena voluntad, pueden ser tomados en serio por otros.

Precisamente el inicio de esta oración desde tiempos inmemoriales fue intuido erradamente, aunque de diferentes maneras. ¡Las personas que buscan proferir con seriedad esta oración, es decir, las que en ella se empeñan con una cierta buena voluntad, sienten surgir en sí mismas, en seguida o durante las primeras palabras, un cierto sentimiento de seguridad, de tranquilidad anímica! Y este sentimiento predomina en ellas unos pocos segundos después de orar.

¡Esto explica dos hechos: en primer lugar, que quien reza solamente puede mantener su seriedad durante las primeras palabras, a través de las cuales se deflagra tal sentimiento, y en segundo lugar, que precisamente la deflagración de este sentimiento prueba cuan lejos está de comprender lo que así profiere!

Muestra con ello, claramente, su incapacidad de mantener la profundidad de su pensar, o incluso su superficialidad; porque, de no ser así, con las palabras siguientes, inmediatamente debería de surgir algún *otro* sentimiento, correspondiente al contenido alterado de las palabras, en cuanto ellas se tornen realmente vivas en él.

Por lo tanto, en él permanece solamente aquello que las primeras palabras despertaron. Si entendiésemos, sin embargo, el sentido correcto y el verdadero significado de las palabras, éstas habrían de despertarle una intuición muy diferente de un agradable sentimiento de protección.

Personas más presuntuosas ven a su vez en la palabra “Padre” la confirmación de descender directamente de Dios, y por consiguiente, en un desarrollar correcto, de tornarse, finalmente, incluso divinas, llevando sin embargo, sin duda, algo divino dentro de sí mismas. Y así existen todavía muchos otros errores entre los seres humanos en cuanto a esta frase. ¡La mayoría, sin embargo, la considera simplemente como la *invocación* en la oración, la apelación! Así pueden pensar lo mínimo posible. Y correspondentemente es recitada sin reflexión alguna, cuando precisamente en la invocación a Dios debería residir todo el fervor del que un alma humana, finalmente, puede tornarse capaz de dar.

Pero todo eso esta primera frase no debe decir, ni tampoco ser, sin embargo, el Hijo de Dios insertó con la elección de las palabras simultáneamente la explicación o la indicación *de la manera que un alma humana* debe dirigirse hacia la oración, *la manera en la que* puede y debe presentarse ante su Dios, si su oración deba ser atendida. Dice exactamente cuál es la disposición que él debe adoptar en dicho momento, cómo ha de ser su estado de intuición purificada, si quiere depositar su pedido ante las gradas del trono de Dios.

Así, la oración completa se divide en tres partes. La primera parte es la entrega total, la rendición del alma ante su Dios. Metafóricamente, ella se abre por completo ante Él, antes de acercarse con una súplica, dando testimonio previamente de su propia fuerza de voluntad purificada. ¡El Hijo de Dios quiere con eso dejar claro cuál debe ser la intuición que únicamente puede servir de base para establecer un acercamiento a Dios! Por eso, se presenta

como un gran sacrosanto juramento, cuando en el comienzo se hallan las palabras: “*¡Padre nuestro, que estás en los cielos!*” ¡Considerad que la oración no es sinónimo de petición! De lo contrario, no habría oraciones de agradecimiento ya que no contienen ningún pedido. Orar no es pedir. Incluso hasta el “Padre Nuestro” ha sido siempre incomprendido hasta el momento, debido a la mala costumbre del ser humano de nunca dirigirse a Dios, si no es esperado algo al mismo tiempo o incluso hasta exigiéndolo; pues en la expectativa reside la exigencia. ¡Y así la criatura humana realmente *siempre* espera algo, esto no lo puede negar! Aunque solo, hablando en aspectos generales, exista en ella simplemente el sentimiento nebuloso de recibir algún día un lugar en el cielo. ¡El ser humano no conoce la jubilosa gratitud del alegre usufructo de su existencia consciente que le ha sido regalada, manifiesta en la cooperación deseada por Dios o por Dios con razón esperada en la gran Creación para el beneficio de su entorno! Tampoco presente que es justamente eso, y *solamente* eso, que contiene su propio y verdadero bienestar, su progreso y su ascensión.

Sobre tal base deseada por Dios, reposa en realidad la oración “¡Padre Nuestro!” ¡De otra forma el Hijo de Dios ni siquiera podría haberla dado, pues solamente deseaba el bien de los seres humanos, que reside únicamente en la correcta observación y cumplimiento de la voluntad de Dios!

La oración dada por él es, por lo tanto, de todo menos una oración de súplica, es un gran juramento del ser humano que todo lo alcanza, ¡el cual así se postra ante los pies de su Dios! ¡La dio Jesús a sus discípulos, que estaban dispuestos en aquel tiempo a vivir en la adoración pura de Dios, a servir a Dios con su vida en la Creación y con ese servicio, honrar Su sacrosanta voluntad!

¡La criatura humana debería pensar bien y profundamente si puede atreverse, finalmente, a servirse de esta oración y a proferirla; debería considerar seriamente si, al proferirla, trata o no de mentir a Dios!

¡Las frases introductorias advierten con claridad suficiente que cada uno debe comprobar si también es realmente tal y como en ellas se presenta! ¡Si con eso osa aproximarse sin falsedad ante el trono de Dios!

Si, todavía, vivenciáis en vosotros mismos las tres primeras frases de la oración, entonces ellas vos conducirán ante las gradas del trono de Dios. ¡Ellas son el camino a seguir, en cuanto un alma llega a un vivenciarlas! Ningún otro lleva hasta allí. ¡Pero éste, seguramente! Al no vivenciar tales frases, sin embargo, ninguna de vuestras peticiones podrá llegar hasta allí.

Debe ser una invocación humilde, y no obstante jubilosa, cuando oséis proferir: “¡Padre nuestro que estás en los cielos!”

En esa exclamación reposa vuestra sincera afirmación: “¡A ti, oh Dios, te doy todos los derechos de Padre sobre mí, a los cuales quiero someterme con obediencia infantil! ¡Y reconozco con ello también Tu omnisciencia, Dios, en todo lo que Tu determinación traiga, y te pido que dispongas de mí como un padre tiene que disponer de sus hijos! ¡Aquí estoy, Señor, para escucharte y obedecerte candorosamente!”

La segunda frase: “*¡Santificado sea Tu nombre!*” Esta es la afirmación del alma en estado de adoración, de cuán sincero es en ella todo cuanto osa decirle a Dios. ¡Estando presente con plena intuición en cada palabra y pensamiento, sin abusar con superficialidad del nombre de Dios! ¡Pues el nombre de Dios es demasiado sagrado para ello! ¡Considerad, vosotros los que oráis, lo que con ello prometéis! ¡Si queréis ser enteramente sinceros con vosotros mismos, tendréis que reconocer que vosotros, seres humanos, hasta el momento, precisamente con esto, habéis mentido ante el semblante de Dios; porque nunca fuisteis *tan*

sinceros en la oración conforme a lo que estableció el Hijo de Dios con tales palabras como *condición!*

¡La tercera frase: “*¡Venga a nosotros Tu reino!*” nuevamente no es ningún pedido, sino solamente una promesa más! ¡Es el compromiso de que a través del alma humana todo debe tornarse aquí en la Tierra *como* es en el Reino de Dios! Por eso la expresión: “*¡Venga a nosotros Tu reino!*” Esto quiere decir: ¡Nosotros seres humanos queremos hacer todo lo posible aquí en la Tierra para que Tu reino perfecto pueda extenderse hasta aquí! El suelo debe ser preparado por nosotros mismos de modo que todo viva solo según Tu santa voluntad, es decir, cumpliendo plenamente Tus leyes en la Creación, de manera que todo se realice *como* es en Tú reino, el reino espiritual donde se hallan los espíritus maduros y libres de todas las culpas y cargas, que solamente viven sirviendo a la voluntad de Dios, porque solamente mediante su cumplimiento incondicional surge lo bueno, por la perfección en ella latente. Es, por lo tanto, la afirmación de querer tornarse *así*, para que también en la Tierra, mediante el alma humana, ¡ sea un reino de cumplimiento de la voluntad de Dios!

Tal afirmación se ve también reforzada por la siguiente frase: “*¡Hágase Tu voluntad, como en el cielo, así también en la Tierra!*” Esta no es solamente una declaración de buena voluntad para encuadrarse enteramente bajo la voluntad divina, sino también está en ella incluida la promesa de interesarse por esa voluntad, esforzándose con toda la diligencia, después del reconocimiento de tal voluntad. ¡Dicho esfuerzo tiene, sí, de preceder a una adaptación a esa voluntad; pues mientras la criatura humana no la conozca bien, no será capaz de orientarse según ella con su intuir, su pensar, hablar y actuar! Qué enorme y condenable liviandad es, pues, la de cada ser humano que hace siempre promesas de nuevo a su Dios, cuando en realidad ni se interesa siquiera por cómo es la voluntad de Dios, la cual se halla firmemente anclada en la Creación. ¡El ser humano miente, sí, con cada palabra de la oración, cuando osa proferirla! ¡De ese modo, se presenta como un hipócrita finalmente hasta digno de lastima, cuando él, en su cuerpo de materia fina, haya de sucumbir en el más Allá bajo tal fardo. ¡Para reconocer correctamente la voluntad de Dios, le fue dada la ya la oportunidad por *tres veces!* Una vez a través de Moisés, quien para ello fue inspirado. *(Iluminado) La segunda vez, a través del propio Hijo de Dios, Jesús, quien trajo la Verdad dentro de sí mismo, y ahora, la tercera vez y, con eso, la *última vez* en el Mensaje del Grial que fue extraído directamente desde la Verdad. —

Solamente cuando esas frases hayan sido realmente cumplidas en un alma, como condición preliminar, será cuando podrá continuar diciendo: “*¡El pan nuestro de cada día dánosle hoy!*” Eso es como decir: “*¡Si yo cumplo con aquello que afirmé ser, permite entonces que Tu bendición repose sobre mi actuación terrena, a fin de que yo, en las actividades para la obtención de mis necesidades grueso-materiales, disponga siempre de tiempo para poder vivir según Tu voluntad!*”

“*¡Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores!*” Ahí yace el conocimiento sobre la interacción incorrupta, el equitativo efecto retroactivo de las leyes espirituales, que transmiten la voluntad de Dios. Simultáneamente también la expresión de la confirmación en plena confianza en ello; pues la petición de perdón, es decir, la remisión de la culpa, está *condicionalmente* basada en el cumplimiento *anterior*, por el alma humana, del mismo perdonar de todas las injusticias que los semejantes le hicieron. ¡Sin embargo, quién es capaz *de eso*, quién ya perdonó a su prójimo, éste también está *de tal forma* purificado interiormente, que él mismo *intencionalmente* nunca cometerá injusticias! Con ello, todavía, también quedará libre ante Dios de toda culpa, ya que solamente es considerado como injusticia lo que haya sido hecho *intencionalmente con mala voluntad*. Solamente así es como llega a ser una injusticia. Ahí reside una gran diferencia en relación con todas las leyes humanas y los conceptos terrenos actualmente vigentes.

Así pues, también en esa frase, como base, se encuentra nuevamente una promesa ante su Dios de cada alma que aspira a la Luz, la declaración de su verdadera voluntad, para cuya realización espera, a través de la profundización y comprensión de si misma, recibir fuerza en la oración, que en una sintonización correcta, también recibirá según la ley de la reciprocidad.

“*¡No nos dejes caer en tentación!*” Es un concepto errado cuando la criatura humana quiere leer en esas palabras que iba a ser tentada por Dios. ¡Dios no tienta a nadie! En este caso, se trata solamente de una transmisión incierta que escogió inhábilmente el término tentación. Su sentido correcto debe ser clasificado en términos como errar, perderse, es decir, caminar errado, buscar erradamente el camino al encuentro de la Luz. Equivale a decir: “¡No nos dejes tomar caminos errados, buscar erradamente, no nos dejes hacer mal uso del tiempo! ¡Desperdiciarlo, malbaratarlo! Antes bien reténganos *a la fuerza*, si necesario es, incluso si dicha necesidad nos haya de alcanzar con sufrimiento y dolor.” Ese sentido el ser humano también ha de identificarlo a través de la siguiente frase, y de acuerdo con el contenido que está directamente ligado a ella: “*¡Mas libranos del mal!*” Ese “mas” muestra muy claramente la unión de las frases. El significado equivale a decir: Haznos reconocer el mal, sea cual sea el precio que eso nos cueste, incluso a costa del sufrimiento. Capacítanos para ello a través de Tus efectos recíprocos en cada una de nuestras faltas. ¡En el reconocer se encuentra también la remisión para aquellos que tengan buena voluntad para ello!

Con eso termina la segunda parte, el diálogo con Dios. La tercera parte es la conclusión: “*¡Pues Tuyo es el reino, la fuerza y la magnificencia por toda la eternidad! ¡Amén!*”

¡Es una confesión jubilosa del sentimiento de ser acogido en la omnipotencia de Dios a través del cumplimento de todo lo que el alma, con la oración, Le deposita a sus pies como juramento! —

Así pues, la oración legada por el Hijo de Dios consta de dos partes. La introducción con la aproximación y el diálogo. Por último, sobrevino por Lutero la confesión jubilosa del conocimiento de la ayuda para todo aquello que el diálogo contiene, el recibimiento de la fuerza para el cumplimento de aquello que el alma prometió a su Dios. ¡Y el cumplimento *habrá* de llevar el alma hacia el Reino de Dios, el país de la felicidad eterna y de la Luz! ¡Por lo tanto, el Padre Nuestro, si es realmente vivenciado, se torna el apoyo y el bastón de la escalada hacia el reino espiritual!

¡El ser humano no debe olvidarse de que en la oración tiene que buscar, en realidad, la fuerza, para poder *realizar él mismo* lo que pide! ¡Así es como debe orar! ¡Y así también es constituida la oración que el Hijo de Dios entregó a sus discípulos!

29. Adoración a Dios

Se puede decir sin recelo que el ser humano todavía no ha comprendido la absoluta naturalidad para él de una adoración a Dios, menos aún la ha practicado. ¡Observad como ha sido hecha hasta hoy la adoración a Dios! ¡Se conoce solamente uno pedir o, mejor dicho, uno mendigar! Solamente aquí y allá también ocurre alguna vez, por fin, que se eleven oraciones de gratitud procedentes realmente desde el corazón. Eso, sin embargo, sólo ocurre, como gran excepción, siempre cuando y dondequiera una persona reciba *inesperadamente* una dádiva toda especial, o es salva *súbitamente* de un gran peligro. Para ella se torna necesario que haya ahí el inesperado y el súbito, cuando, en fin, decide hacer una oración de agradecimiento. De la misma forma, los hechos más extraordinarios pueden caerle en el regazo sin merecimiento, sin embargo, jamás o solamente muy raramente llegará a pensar en agradecimiento, apenas cuando todo pase de manera serena y normal. Mientras a ella, bien como a todos que ama, es siempre regalada salud de modo sorprendente, y mientras no tenga preocupaciones terrenas, entonces difícilmente decidirá hacer una sincera oración de agradecimiento. A fin de provocar en si un sentimiento más fuerte, el ser humano necesita siempre, lamentablemente, de un impulso todo *especial*. Cuando las cosas les resultan bien, nunca se da espontáneamente a ese trabajo. Él la tiene tal vez en la boca, aquí y allá, o también va a la iglesia a fin de, en esa oportunidad, murmurar una oración de agradecimiento, pero ni siquiera le ocurre a su mente estar presente con toda su alma, aunque sea solamente por un único minuto. Solamente cuando una verdadera aflicción a él se le depara es que *entonces* muy rápidamente se recuerda de que existe alguien capaz de *ayudarlo*. ¡El miedo lo impele, para finalmente una vez balbucear también una oración! Eso, sin embargo, será siempre solamente un pedir, pero ninguna adoración.

¡Así es el ser humano que todavía se considera *bueno*, que se tiene en cuenta de religioso! ¡Y éstos son pocos en la Tierra! ¡Excepciones dignas de alabanza!

¡Imaginad ahora una vez ante vuestros ojos el cuadro deplorable! ¡Como éste se presenta a vosotros, seres humanos, en una observación correcta! ¡Cuánto más miserable, sin embargo, se encuentra tal persona ante su Dios! ¡Pero así, lamentablemente, es la realidad! Podéis volveros y revolveros del modo que quisiereis, tales hechos permanecen, apenas cuando os esforcéis en investigar el tema profundamente, excluyendo cualquier disimulación. Habréis que quedar ahí un tanto aprensivos; pues ni el pedir tampoco el agradecimiento pertenecen a la adoración.

¡Adoración es *veneración*! ¡Y esa, sin embargo, realmente no encontráis por toda esta Tierra! Contemplad una vez las celebraciones o solemnidades que deben servir para alabanza a Dios, donde una vez, excepcionalmente, se deja de pedir y mendigar. ¡Ahí están los oratorios! *(Piezas musicales religiosas) ¡Buscad los cantantes que cantan en adoración a Dios! Fijaos cuando se preparan para tanto en el escenario o en la iglesia. Todos ellos quieren realizar algo, a fin de agradar a los *seres humanos*. Dios ahí les es bastante indiferente. ¡Justamente Él, a quién, sí, lo debería ser dedicado! ¡Mirad para el maestro de la orquesta! Él exige aplausos, quiere mostrar a los seres humanos de lo que es capaz.

Proseguid, todavía. Contemplad las majestosas edificaciones, iglesias, catedrales que en alabanza a Dios... debían existir. El artista, el arquitecto y el constructor luchan solamente por el reconocimiento terreno, cada ciudad *se vanagloria* con esas edificaciones... para honor de si misma. Han incluso que servir para atraer extranjeros. ¡Pero no acaso para adoración a Dios, al contrario, para que acuda a la ciudad dinero resultado del movimiento aumentado! ¡Solamente el impulso por las exterioridades terrenas, para donde mires! ¡Y todo eso bajo el pretexto de adoración a Dios!

Aún cuando exista, aquí y allá, una persona cuya alma suele abrirse en la floresta o en las montañas, que hasta se recuerde ahí, temporalmente, también de la grandeza del criador de toda la belleza a su alrededor, pero, de modo bien lejano y en segundo plan. En eso su alma se expande, pero no en un vuelo de júbilo hacia las alturas, pero... ella se expande literalmente en el placer del bien-estar. Eso no debe ser confundido con un vuelo hacia las alturas. No debe ser evaluado de manera diferente que de la satisfacción de un glotón ante una mesa ricamente surtida. Ese tipo de arrebatamiento del alma es tomado erróneamente como adoración; permanece sin contenido, exaltación, sensación de bien-estar *propio*, que aquél que así intuye considera como un agradecimiento al Criador. Es mero acontecimiento terrenal. También muchos de los entusiastas de la naturaleza consideran exactamente esa embriaguez como siendo adoración correcta a Dios, considerándose también ahí muy encima de cuantos no tienen las posibilidades de desfrutar de esas bellezas de formaciones terrenas. Es un tocoso fariseísmo, resultado únicamente de la sensación del propio bien-estar. Lentejuela, a la cual hace falta cualquier valor. Cuando esas personas un día hubieren que buscar sus tesoros de alma, a fin de utilizarlos para su ascensión, encontrarán el receptáculo dentro de sí enteramente vacío; pues el tesoro imaginado era solamente una embriaguez de belleza, nada más. Le hacía falta la verdadera veneración por el Criador. —

¡La verdadera adoración a Dios no se manifiesta en exaltación, tampoco en preces murmuradas o en suplicas, arrodillarse, contorsiones de manos, tampoco en estremecimiento bien-aventurado, pero en alegre *acción*! ¡En la jubilosa afirmación de esa existencia terrena! ¡Por el usufructo de cada momento! Disfrutar significa aprovechar. ¡Aprovechar, a su vez... vivenciar! ¡No, sin embargo, en juegos y danzas, tampoco en desperdicios de tiempo que perjudican el cuerpo y el alma, los cuales el intelecto busca y necesita como equilibrio y estímulo de su actividad, pero en el mirar vuelto hacia la Luz y para la voluntad de la *misma*, que estimula, eleva y ennoblece *todo* cuanto existe en la Creación!

Para tanto es indispensable, sin embargo, como condición básica, el conocimiento exacto de las leyes de Dios en la Creación. ¡Éstas le muestran de que manera él debe vivir, si quiera ser sano de cuerpo y de alma, muestran exactamente el camino que conduce hacia arriba, al reino espiritual, sin embargo, dejan también que él reconozca de modo claro cuales los horrores que han que sobrevenirle cuando se opone a esas leyes!

¡Considerando que las leyes de la Creación actúan de modo autónomo y vivo, inflexible, inabordable, con una fuerza, contra la cual los espíritus humanos son de todo impotentes, entonces, en el fondo, es solamente natural que la necesidad más urgente de cada ser humano tiene que ser *la* de reconocer irrestrictamente esas leyes, a cuyos efectos él, en cualquier caso, realmente permanece expuesto sin defensa!

¡Y, sin embargo, esa humanidad es tan restricta, que busca pasar inadvertidamente por sobre esa necesidad tan nítida y sencilla, a pesar de no haber algo más evidente! Es notorio que a la humanidad no se le ocurren jamás los pensamientos *más sencillos*. Ahí cualquier animal es extrañamente más astuto de lo que el ser humano. Se adapta a la Creación y en ella es favorecido, mientras el ser humano no busque impedirlo en eso. El ser humano, sin embargo, quiere dominar aquello, a cuya actuación autónoma está y siempre estará sujeto. ¡Presume, en su vanidad, ya *dominar* fuerzas, cuando solamente alcanza aprender a utilizarse, para sus fines, de pequeñas derivaciones de irradiaciones, o cuando se utiliza, en escala muy reducida, de los efectos del aire, del agua y del fuego! Ahí no pondera que para esas utilizaciones, relativamente aún muy pequeñas, necesita, *antes de nada más*, aprender y observar, a fin de utilizarse de las facultades o fuerzas ya existentes, exactamente *en acuerdo con sus propiedades específicas*. ¡Él tiene que buscar adaptarse ahí, caso deba haber éxito! ¡Él, totalmente sólo! Eso no es ningún dominar, tampoco subjugar, pero un sujetarse, un encuadrarse en las leyes vigentes.

¡El ser humano debería finalmente haber reconocido en eso que solamente un adaptarse aprendiendo le puede traer el provecho! En eso debería proseguir, gratamente. ¡Pero no! Se vanagloria y se comporta cada vez más presuntuosamente de lo que antes. ¡Exactamente ahí donde él se curve, sirviendo a la voluntad divina en la Creación, obteniendo a través de eso inmediatamente, provechos visibles, busca de modo pueril presentar eso de tal forma, como se fuese él un vencedor! ¡Un vencedor de la naturaleza! Esa mentalidad absurda alcanza el apogeo de toda su tontería en el hecho del él pasar, de esa forma, ciegamente por aquello que realmente es grande; pues con una mentalidad correcta seria realmente un vencedor... sobre sí mismo y su vanidad, porque él, en la observación lógica de todas las notables conquistas, aprendiendo antes, se ha curvado al ya existente. Solamente así le adviene éxito. Cada inventor, así como todo aquello que es realmente grande, ha adaptado su pensar y su querer a las leyes vigentes de la naturaleza. Lo que quiera oponerse o incluso actuar en sentido contrario será aplastado, triturado, desmenuzado. Es imposible que alguna vez pueda llegar realmente a la vida.

¡Así como las experiencias en escala pequeña, tampoco ocurre diferentemente con toda la existencia del ser humano, ni diferentemente consigo mismo!

¡Él, que tiene que peregrinar no solamente a través del corto período terreno, sino a través de toda la Creación, necesita para tanto, incondicionalmente, del conocimiento de las leyes a que se halla sometida la *Creación entera*, y no solamente el ambiente visible más cercano de cada ser humano terreno! Si no las conozca, quedará retenido e impedido, herido, dejado para atrás, o incluso triturado, porque en su ignorancia no pudo seguir *con* las corrientes de fuerza de las leyes, pero sí se ha colocado de manera tan errada, que ellas hubieran que empujarlo hacia bajo en vez de hacia arriba.

¡Un espíritu humano no se presenta grande, digno de admiración, pero que solamente ridículo, siempre cuando se esfuerce por negar ciega y obstinadamente los hechos que *tiene* que reconocer diariamente en sus efectos por toda parte, apenas cuando deba utilizarlos no solamente en su actividad y en toda la técnica, pero también fundamentalmente para sí y para toda su alma! Él tiene *siempre* la oportunidad de ver, en su existencia terrena y en su actuar, la absoluta perfección y uniformidad de todos los efectos básicos, apenas cuando no se cierre liviana o incluso malévolamente y duerma.

¡Ahí no hay excepción alguna en la Creación entera, tampoco para un alma humana! ¡*Tiene* que someterse a las leyes de la Creación, si sus efectos deban ser favorables para ella! Y esa simple evidencia la criatura humana ha ignorado totalmente hasta ahora, de la manera más liviana.

La ha considerado tan sencilla, que precisamente por eso hubo que tornarse lo más difícil que había para ella en el reconocimiento. Cumplir esa tarea difícil se le ha tornado con el tiempo totalmente imposible. ¡Se halla hoy así delante la ruina, del descalabro anímico, que debe destruir conjuntamente todo cuanto ha construido!

Solamente una cosa podrá salvarla: el conocimiento irrestricto de las leyes de Dios en la Creación. Solamente eso podrá impelerla de nuevo hacia delante, hacerla subir y, con ella, todo lo que buscar edificar en el futuro.

No decid que vosotros, como espíritus humanos, no podéis reconocer tan fácilmente las leyes de la Creación, que la Verdad difícilmente se deja diferenciar de las conclusiones engañosas. ¡Eso no es verdad! Quién hace tales declaraciones intenta con eso solamente encubrir nuevamente la pereza, que trae en sí, solamente no quiere dejar reconocible la indiferencia de su alma o busca disculparse ante sí mismo para su propia tranquilidad.

Nada, sin embargo, le sirve; ¡pues cada ser humano indiferente, cada indolente, será ahora condenado! Solamente aquél, que congrega todas sus fuerzas para utilizarlas

irrestringidamente en la obtención de aquello que es más necesario para su alma, puede aún tener la perspectiva de salvación. Hacer las cosas a medias vale tanto como nada. Igualmente cada hesitar, el prorrogar ya es una total negligencia. A la humanidad no es dejado más tiempo, porque ella ya ha esperado hasta el punto que constituye el último límite.

¡Evidentemente, en esta oportunidad no le será tan facilitado tampoco será tan fácil, considerando que ella misma, a causa de la más despreocupada tibieza de hasta ahora en esas cosas, se ha privado de cualquier facultad, incluso de creer en la profunda seriedad de una necesaria y *última* resolución! ¡Y *éste* punto constituye exactamente la mayor debilidad, se tornará la caída infalible de tantos!

¡Durante milenios mucho ha sido hecho a fin de vos tornar clara la voluntad de Dios o la uniformidad de las leyes en la Creación, por lo menos tanto cuanto necesitasteis, para que pudieseis ascender a la Creación primordial desde donde salisteis, para que hallaseis nuevamente el camino hacia allá! No por las así nombradas ciencias terrenas, tampoco por las iglesias, pero por los servos de Dios, los profetas de los tiempos antiguos, así como después por el mensaje del propio Hijo de Dios. ¡A pesar de ésta vos haber sido dada de modo tan sencillo, *hacéis* solamente *referencia* a ella, sin embargo, jamás os habéis esforzado seriamente para comprenderla correctamente, menos aún vivir de acuerdo! ¡Eso era, según vuestra concepción indolente, exigir por demasiado de vosotros, aunque fuera vuestra única salvación! ¡Queréis ser salvos, sin que os esforcéis de manera alguna para tanto! Si reflexionáis al respecto, habéis de llegar a ese triste reconocimiento.

¡Hicisteis de cada mensaje de Dios una religión! ¡Para vuestra comodidad! ¡*Y eso fue errado!* ¡Pues a una religión construisteis un escalón todo especial y elevado, separado de las actividades cotidianas! Y en eso se hallaba el más grande error que pudisteis cometer; ¡pues con eso pusisteis también la voluntad de Dios en separado de la vida cotidiana, o, lo que viene a dar en el mismo, vosotros *vos* pusisteis en separado de la voluntad de Dios, en vez de os unificareis con ella, de insertarla en el centro de la vida y de la actividad de vuestro día a día! ¡De vos tornar *una sólo cosa* con ella! ¡Debéis asimilar de forma absolutamente *natural* y practica cada mensaje de Dios, debéis incorporarla a vuestro trabajo, a vuestro pensar, a toda vuestra vida! ¡No debéis hacer de ella algo a ser mantenido a parte, conforme sucede en la actualidad, algo hacia que solamente os conducís para visitas en horas de ocio! Donde por corto espacio de tiempo os buscáis entregarse a la contrición, o al agradecimiento, al descanso. De esa forma, eso no se ha tornado para vosotros algo evidente, que os sea propio como el hambre o el sueño.

Comprended finalmente con acierto: ¡vosotros debéis *vivir* en esa voluntad de Dios, a fin de que os orientéis correctamente en todos los caminos, los cuales traen el bien para vosotros! ¡Los mensajes de Dios son indicaciones preciosas de las cuales *necesitáis*, sin cuyo conocimiento y observancia estáis perdidos! ¡Por lo tanto, no debéis colocarlas dentro de una vitrina para contemplarlas con bien-aventurado estremecimiento, como algo sagrado, solamente a los días domingos, o bien para, en la aflicción, en el miedo, ahí os refugiéis en búsqueda de fuerzas! ¡Desventurados, no debéis venerar el Mensaje, pero *utilizarla!* ¡Debéis tomarla con voluntad, no solamente con trajes de fiesta, pero con las manos callosas de la vida laboriosa, que jamás deshonoran o humillan, pero *honoran* a cualquiera! ¡La joya brilla en la mano callosa, sucia de sudor y de tierra, de modo mucho más puro, más intenso, de lo que en los dedos bien cuidados de un ocioso indolente, que pasa su tiempo terreno solamente en contemplaciones!

¡Cada mensaje de Dios debía tornarse algo propio en vosotros, es decir, *tonarse una parte de vosotros!* ¡Debéis buscar comprender el sentido correctamente!

No debíais considerarla como algo a parte, que queda lejano de vosotros, y al cual soléis acercarse con tímida reserva. ¡Asimilad la Palabra de Dios en vuestro *íntimo*, para que cada uno sepa *de que forma* tendrá que vivir y conducirse, a fin de alcanzar el Reino de Dios!

¡Por lo tanto, despertad por fin! Aprended a conocer las leyes de la Creación. ¡Para tanto no vos ayudará en nada cualquier inteligencia terrena tampoco el insignificante saber de observaciones técnicas, algo tan mínimo es insuficiente para el camino que vuestra alma debe tomar! *Tenéis* que elevar la mirada hacia mucho más *arriba* de la Tierra y reconocer para donde vos conduce el camino después de esta existencia terrena, a fin de que en eso vos llegue simultáneamente la conciencia del porque y para cual finalidad estáis en esta Tierra. Y, a su vez, exactamente *así* como os encontráis *en esta* vida, si pobre, si rico, sano o enfermo, en paz o en lucha, alegría o sufrimiento, aprenderéis a reconocer la causa y también la finalidad, y con eso quedaréis alegres y ligeros, agradecidos por el vivenciar que hasta ahora vos ha sido dado. ¡Aprenderéis a apreciar valerosamente cada segundo y, por encima de todo, a aprovecharlo! ¡Aprovecharlo para la escalada rumbo a la existencia llena de alegría, a la felicidad grandiosa y pura!

Y a causa de os hubisteis enmarañado y desorientado demasiado por vosotros propios, vino a vosotros antaño, por intermedio del Hijo de Dios, el mensaje de Dios como salvación, después de que las advertencias transmitidas por los profetas no habían encontrado oídos. ¡El mensaje de Dios a vosotros indicaba el camino, el único para vuestra salvación del pantano que ya a vosotros amenazaba asfixiar! ¡El Hijo de Dios ha buscado vos guiar por medio de parábolas en este camino! Los que querían creer y los examinadores las acogieran con sus *oídos*, más adelante, sin embargo, ellas no iban. Nunca buscaron vivir de acuerdo.

La religión y la vida cotidiana permanecieron siempre dos cosas distintas para vosotros. ¡Vosotros siempre quedasteis a su borde, en vez de por dentro! ¡Los efectos de las leyes en la Creación explicados en las parábolas permanecieron totalmente incomprendidos por vosotros, porque en ellas no han buscado!

¡Ahora viene en el Mensaje del Grial una vez más la misma interpretación de las leyes en la forma a vosotros más comprensible para la época actual! Son en la realidad exactamente las mismas que Cristo ya ha traído antaño, en la forma adecuada de *entonces*. ¡Él mostraba como los seres humanos deben pensar, hablar y actuar, a fin de, madurando espiritualmente, conseguir acender en la Creación! Más la humanidad ni necesitaba. Para tanto no hay ninguna laguna en el mensaje de antaño. El Mensaje del Grial trae ahora exactamente la misma cosa, solamente en la forma actual.

Todo aquél que por fin se orienta por ella en su pensar, hablar y actuar, *practica con eso la más pura adoración a Dios; ¡pues ésta reposa exclusivamente en la acción!*

¡Quién se sintoniza de buen agrado con las leyes actúa siempre con acierto! *Con eso* prueba su respecto por la sabiduría de Dios, se curva jubiloso a Su voluntad que reside en las leyes. ¡De esa forma viene a ser favorecido y protegido por sus efectos, libertado de todo sufrimiento y elevado hacia el reino del espíritu luminoso, donde, en jubiloso vivenciar, la omnisciencia de Dios se torna visible a cada uno, sin turbación, y donde la adoración a Dios consiste en la propia vida! Donde cada respiración, cada intuición, cada acción es apoyada por la más alegre gratitud y así permanece como un constante placer. ¡Nascido de la felicidad, sembrando felicidad y, por lo tanto, cosechando felicidad! La adoración a Dios en la vida y en el vivenciar reside únicamente en la observancia de las leyes divinas. Solamente así será asegurada la felicidad. ¡Así deberá ser en el reino venidero, el Milenio, que se denominará el Reino de Dios sobre la Tierra! De esa forma, todos los adeptos del Mensaje del Grial deberán tornarse faroleros y indicadores del camino en el medio a la humanidad.

Quién no lo pueda o no lo quiera, éste nuevamente no hay entendido el mensaje. El servicio del Grial debe ser verdadero, viva adoración a Dios. Adoración a Dios es el primer servicio a Dios que no consiste en cosas exteriores, que no se muestra solamente externamente, pero que vive también en cada ser humano en las horas de recogimiento más íntimo, y que se muestra en su pensar y en su actuar, como algo evidente.

¡Quién no quiera reconocer eso espontáneamente, éste no presenciara la época próxima del Reino de Dios, será destruido o aún obligado a incondicional sumisión con fuerza divina y poder terreno! ¡Para el bien de toda la humanidad, que está agraciada para finalmente encontrar en ese Reino la paz y la felicidad!

30. El ser humano y su libre arbitrio

¡Para que se pueda dar un cuadro completo al respecto, es necesario reunir muchos elementos de fuera que ejercen sus influencias mayores o menores sobre el factor principal!

¡El libre arbitrio! Es algo delante lo cual incluso seres humanos eminentes se detienen pensativamente, porque habiendo una responsabilidad, según las leyes de la justicia, también debe haber incondicionalmente una posibilidad de libre resolución.

Adondequiera que se ande, de todos los lados se oye la exclamación: ¿dónde es que existe una voluntad libre en el ser humano, cuando hay de hecho providencia, conducción, determinaciones, influencias astrales y karma? *(Destino) ¡Pues el ser humano es impelido, ajustado y conformado, quiera o no!

Con ahínco los investigadores sinceros se lanzan sobre todo aquello que dice sobre el libre arbitrio, en el reconocimiento muy acertado de que, justamente a ese respecto, se necesita imprescindiblemente de un aclaramiento. Mientras éste hace falta, el ser humano tampoco consigue encuadrarse bien, a fin de imponerse en la gran Creación como aquello que realmente es. Si, sin embargo, no esté sintonizado de manera cierta con referencia a la Creación, habrá que permanecer en ella como un extraño, vagará al acaso, habrá que dejarse empujar, ajustar y moldar, porque le hace falta la conciencia del albo. ¡Así resulta entonces una cosa de la otra, y, como consecuencia natural, el ser humano se ha tornado por fin aquel que él hoy es, pero que, en la verdad, no debe ser!

Su gran defecto es el hecho de que él no sabe dónde realmente se encuentra su libre-arbitrio y como actúa. Tal contingencia muestra también que ha perdido completamente el camino hacia su libre-arbitrio, no sabiendo más como encontrarlo.

El portal del camino para la comprensión no es más reconocible, debido a la arena movediza amontonada. Se disiparon los rastros. La criatura humana, indecisa, corre ahí en círculos, fatigándose, hasta que por fin un viento refrescante abra nuevamente los caminos. Es natural y evidente que anteriormente toda esa arena movediza será arremolinada violentamente y, al desaparecer, aún podrá turbar la vista de muchos que, ansiosos, continúan a buscar la apertura del camino. Por ese motivo, cada uno debe ejercitar el máximo cuidado para conservar la vista libre, hasta que el último granosito de esa arena movediza también se haya disipado. En lo contrario, puede resultar que esté viendo el camino, sin embargo, con la visión ligeramente turbada, pise en falso, tropiece y caiga, para, ya con el camino delante de sí, aún ahondar. —

La incompreensión siempre de nuevo manifestada obstinadamente por los seres humanos con relación a la verdadera existencia de un libre-arbitrio se basa principalmente en la no comprensión de lo que el libre-arbitrio realmente es.

La explicación, en la verdad, ya se encuentra en la propia definición, sin embargo, como por toda parte, aquí tampoco se ve la cosa realmente sencilla, a causa de tanta simplicidad, pero sí se busca en lugares errados, no llegando de esa manera a formar una noción del libre-arbitrio.

Por arbitrio, el mayor número de los seres humanos actualmente entiende aquella sintonización forzada del cerebro terreno, cuando el intelecto, atado a espacio y tiempo, indica y determina alguna determinada dirección para el pensar y el sentir.

¡Ese, sin embargo, no es el libre-arbitrio, pero el arbitrio atado por el *intelecto* terreno!

Tal equivoco hecho por tantas personas causa grandes errores, yergue las barreras que imposibilitan un reconocimiento y una comprensión. Se admira entonces el ser humano

cuando ahí encuentra lagunas, encuentra con contradicciones y no consigue introducir lógica ninguna.

El libre-arbitrio, que sólo actúa tan incisivamente en la verdadera vida, de modo que se extiende hasta lejos en el mundo del más Allá, que imprime su cuño a el alma, siendo capaz de moldarla, es de especie totalmente diferente. Mucho mayor para ser tan terrenal. Por eso no está en ninguna ligazón con el cuerpo terreno de materia gruesa, por lo tanto, tampoco con el cerebro. Se encuentra exclusivamente en el propio espíritu, en el alma del ser humano.

Si el ser humano no otorgase al intelecto, siempre de nuevo, la soberanía ilimitada, podría el libre-arbitrio, con la visión más amplia de su verdadero “yo” espiritual, indicar al cerebro del intelecto la dirección, originaria de la fina intuición. Por ese motivo, la voluntad atada, que es absolutamente necesaria para la realización de todas las finalidades terrenas, ligadas a espacio y tiempo, tendría entonces que encaminarse muchas veces por otro camino, diferente de lo que ocurre ahora. Que con eso también el destino toma otro rumbo es fácil de se explicar, porque el karma, debido a los diferentes caminos tomados, también ata otros hilos, trayendo otro efecto recíproco.

Esa explicación, naturalmente, aún no puede traer una comprensión correcta sobre el libre-arbitrio. Para que sea trazado un cuadro completo de eso, es necesario saber de que forma el libre-arbitrio ya ha actuado. Y de que manera ha ocurrido la trama tantas veces intrincada de un karma ya vigente, que es capaz de, en sus efectos, encubrir el libre-arbitrio de tal forma, que su existencia mal o de forma alguna pueda aún ser reconocida.

Tal explicación, sin embargo, solamente podrá ser dada, por su vez, si es recurrido al proceso evolutivo completo del ser humano espiritual, a fin de partir de aquel momento en que la semilla espiritual del ser humano inmerge por la primera vez en el envoltorio de materia fina, en el limite extremo de la materialidad. —

Vemos entonces que el ser humano no es en absoluto lo que cuida ser. Nunca tiene en el bolsillo el derecho absoluto a la bienaventuranza y a la continuación eterna de una vida personal. *(Disertación Nro. 20: El Juicio Final) ¡La expresión: “Somos todos hijos de Dios”, en el sentido interpretado o imaginado por los seres humanos, es errada! *No* todo ser humano es un hijo de Dios, sino que solamente cuando para tanto se haya desarrollado.

El ser humano es lanzado en la Creación como un germen espiritual. Ese germen contiene en si todo para poder transformarse en un hijo de Dios, personalmente consciente. Ahí, sin embargo, es presupuesto que para tanto él desenvuelva las correspondientes facultades y las cuide, sin dejar que se atrofien.

Grande y poderoso es el proceso, y, sin embargo, enteramente natural en cada etapa del fenómeno. Nada se encuentra ahí afuera de una evolución lógica; porque la lógica está en todo el actuar divino, por ser éste perfecto y todo cuanto es perfecto no puede dispensar la lógica. Cada uno de esos gérmenes espirituales contiene las mismas facultades en si, visto que emanan de un sólo espíritu, y cada una de esas facultades individuales encierra una promesa, cuyo cumplimiento se realiza incondicionalmente, apenas cuando la facultad es llevada al desenvolvimiento. ¡Pero solamente entonces! Esa es la perspectiva de *cada* germen en la siembra. ¡Sin embargo...!

Ha salido un sembrador a sembrar: allá donde el divinal, el eterno, paira sobre la Creación, y donde el más etéreo de la materia fina de la Creación toca la entealidad, es el campo para la siembra de los gérmenes espirituales humanos. Pequeñas chispas salen desde el enteal transponiendo el limite y ahondan en el suelo virgen de la parte fino-material de la Creación, tal como en las descargas eléctricas de un temporal. Es como si la mano creadora del espíritu Santo diseminase semillas en la materialidad.

Mientras el siembre se desenvuelve y lentamente madura para la cosecha, muchos granos se pierden. No resultan, es decir, no desarrollaron sus facultades más elevadas, pero pudrieron o secaron y deben perderse en la materia. Aquellos, sin embargo, que resultaron y sobresalen del suelo, serán examinados rigurosamente por ocasión de la cosecha, las espigas vacías separadas de las espigas llenas. Después de la cosecha, el joyo será una vez más separado cuidadosamente del trigo.

Así es la imagen del proceso en general. Y ahora, a fin de conocer el libre-arbitrio, tenemos que acompañar más detalladamente el proceso evolutivo propiamente dicho *del ser humano*:

Como lo más elevado, lo más puro, es, en su esplendor, el eterno, el divinal, el punto de partida de todo, el inicio y el fin, rodeado por el luminoso enteal.

Cuando entonces chispas desde el enteal saltan para el campo de la extremidad fino-material de la Creación material, se cierra instantáneamente al rededor de esa chispa un envoltorio gaseoso de idéntica especie de materia de esa más delicada región de la materialidad. Con eso, el germen espiritual del ser humano ha ingresado en la Creación, la cual, como todo lo que es materia, está sujeta a alteraciones y a la descomposición. Él aun está libre de karma y espera las cosas que habrán que venir.

Hasta esas más extremas ramificaciones llegan entonces las vibraciones de las fuertes vivencias que se procesan incesantemente en el medio de la Creación en todo el formar y decomponer.

Aún cuando se trate de los más delicados vislumbres que atraviesan esa materia fina gaseosa como un soplo, son, pues, suficientes para despertar la voluntad sensible en el germen espiritual y llamar su atención. Él quiere “probar” ésta o aquella vibración y seguirla o, caso se quiera expresar de otra forma, dejarse llevar por ella, lo que equivale a un dejarse atraer. Ahí, hay la primera decisión del germen espiritual múltiplemente dotado y que de ahora en adelante será, según su elección, atraído para aquí o allá. Ahí también ya se van atando los primeros hilos más delicados del tejido que más tarde constituirá su tapiz de vida.

Ahora, sin embargo, podrá ese germen, que se desenvuelve rápidamente, utilizarse de cada momento para entregarse a las vibraciones de otras especies que cruzan de modo permanente y múltiplo su camino. Apenas cuando lo realice, es decir, lo desee, modificará así su dirección, siguiendo la especie recién elegida o, expreso de otra forma, dejándose arrastrar por ella.

A través de su deseo él puede cambiar, como que por un timón, el curso en las corrientes, apenas cuando una de ellas no más le guste. Así alcanza “probar” aquí y allá.

En ese probar él madura más y más, recibe lentamente la facultad de discernir y por fin la capacidad de juzgar, hasta que finalmente, tornándose cada vez más conciente y seguro, sigue en una determinada dirección. Su elección de las vibraciones, las cuales está dispuesto a seguir, no queda ahí sin un efecto más profundo sobre él propio. Es solamente una consecuencia muy natural que esas vibraciones, en las cuales él, debido a su libre voluntad, por así decir, fluctúa, influencien en la reciprocidad el germen espiritual en acuerdo con su especie.

¡Pero el propio germen espiritual, sin embargo, posee en si *solamente* cualidades *nobles* y *puras*! Ese es el dote con que debe “crecer excesivamente” en la Creación. Si él entregarse a vibraciones nobles, éstas, en la ley de la reciprocidad, vivificarán, despertarán, fortalecerán y desenvolverán las propiedades latentes en el germen, de modo que éstas con el tiempo producen interés abundantes y distribuyen grandes bendiciones en la Creación. Un ser humano espiritual que de esa forma se desenvuelve se tornará con eso un buen administrador.

Pero, si él se decide predominantemente por vibraciones bajas, éstas pueden con el tiempo influenciarlo tan fuertemente que la especie de ellas queda adherida a él, cubriendo y sofocando las propias facultades puras del germen espiritual, no dejando que lleguen a un verdadero despertar y florecer. Éstas tienen, por fin, que ser consideradas como de hecho “enterradas”, por lo que el respectivo ser humano se tornará un malo administrador del dote a él confiado.

Un germen espiritual no consigue, por lo tanto, ser por si originariamente impuro, porque proviene desde aquello que es puro y trae solamente pureza en si. Puede, sin embargo, después de su inmersión en la materialidad, macular su envoltorio igualmente material por el “probar” de las vibraciones impuras de acuerdo con la propia voluntad, es decir, por medio de tentaciones, puede incluso con eso *adquirir* anímica y exteriormente cosas impuras, por fuertes sofocaciones de aquello que es noble, con lo que él entonces recibe características impuras, en contraste a las facultades inherentes y heredadas por el espíritu. El alma es solamente el envoltorio fino-material más etéreo, gaseoso, del espíritu, y *solamente* existente en la Creación material. Después de un eventual regreso para el puro espíritu-enteal, situado más arriba, el alma es dejada hacia tras y solamente existe todavía el espíritu, que de otra forma tampoco podría ultrapasar el límite de la Creación material para regresar al espiritual. Su regreso, su retorno, sin embargo, ocurre entonces de forma viva, conciente, mientras la chispa que ha partido todavía no lo era en el inicio.

¡Cada culpa y todo el karma es *solamente* de orden *material*! ¡Solamente dentro del ámbito de la Creación material, no diferentemente! Tampoco puede transferirse para el espíritu, pero solamente adherirse a él. Razón por la cual es posible un *lavarse* de toda la culpa.

Ese reconocimiento nada derrumba, pero solamente confirma todo lo que la religión y la Iglesia dicen figuradamente. Sobre todo, reconocemos siempre más y más la gran Verdad que Cristo trajo a la humanidad.

Es también evidente que un germen espiritual, que se ha sobrecargado de cosas impuras en la materialidad, no puede más regresar nuevamente con esa carga para el espiritual, pero deberá permanecer en la materia hasta que haya se soltado de ese fardo y podido librarse de él. Habrá así, naturalmente, que permanecer siempre en la región para la cual el peso de su carga lo obliga, siendo para eso factor determinante lo mayor o menor grado de impureza. Caso no alcance libertarse y echar fuera el fardo hasta el día del Juicio, no conseguirá acender, a pesar de la siempre permanente pureza del germen espiritual, que además, por la sobrepujanza de las cosas impuras, no pudo desenvolver correspondientemente sus reales capacidades. El impuro, por su peso, lo retiene y lo arrastra junto para la descomposición de todo cuanto es material.*(Disertación Nro. 20: El Juicio Final)

Cuanto más conciente se torna entonces un germen espiritual en su desenvolvimiento, tanto más el envoltorio exterior irá amoldándose a las características interiores. O aspirará a lo que es noble o a lo que es vil, es decir, al bello o al feo.

Cada mudanza de dirección que él haga, formará un nudo en los hilos, que él va arrastrando tras de si que, en muchos caminos errados, en muchas idas y venidas, pueden resultar formar numerosas meadas como en una red, en la cual él se enmaraña, por lo que o en ella ahonda, porque lo retiene, o habrá que libertarse violentamente. Las vibraciones a las cuales se ha entregado, probando o usufructuando durante sus trayectos, quedan atadas a él y se arrastran tras él como hilos, transmitiéndole, sin embargo, también de esta forma, incesantemente, su especie de vibraciones. Si él entonces mantuviere por largo tiempo la misma dirección, así los hilos anteriores que se encuentran más lejos, bien como los que están más cerca, podrán actuar con intensidad no disminuida. Caso, sin embargo, cambie el rumbo, las vibraciones anteriores poco a poco se irán debilitando en su influencia, a causa de ese

cruce, pues habrán que pasar primero por un nudo que actúe sobre ellas de modo embarazoso, porque el enlace en si ya constituye una ligazón y fusión con la nueva y diferente dirección. La nueva dirección de ahí resultante sigue actuando en su especie diferente sobre la anterior, desagregando y disolviendo, caso no pertenezca a una especie semejante a la primera. Y así sigue sucesivamente. Los hilos se van tornando más espesos y más fuertes con el crecimiento del germen espiritual, formando el karma, cuyo efecto ulterior puede, por fin, adquirir tanto poder, que asocia al espíritu éste o aquél “pendiente”, que finalmente es capaz de perjudicar sus libres decisiones, dándoles una dirección ya antes estimable. Con eso el libre-arbitrio está entonces obscurecido, no puede más actuar como tal.

Desde el inicio, por lo tanto, existe el libre-arbitrio, sólo que muchos arbitrios están más tarde de tal forma sobrecargados, que son fuertemente influenciados por la manera ya mencionada, no pudiendo más ser, por lo tanto, ningún libre-arbitrio.

El germen del espíritu, que de esa forma se va desenvolviendo más y más, debe, pues, ir aproximándose cada vez más de la Tierra, visto que desde ahí parten las vibraciones de modo más fuerte y él, direccionando de forma cada vez más conciente, las sigue, o mejor dicho, se deja “atraer” por ellas, a fin de poder probar cada vez más intensamente las especies elegidas según su inclinación. Quiere pasar del picar para el real “probar” y, luego, para el “desfrutar”.

Las vibraciones originarias desde la Tierra son por eso tan fuertes, porque aquí sobreviene algo de nuevo, muy energético: ¡la fuerza sexual corporal de la materia gruesa!
*(Disertación Nro. 62: La fuerza sexual en su significación para la ascensión espiritual)

Esa tiene la finalidad y la capacidad de “*hacer incandescente*” toda la intuición espiritual. El espíritu solamente así obtiene correcta ligazón con la Creación material y puede por lo tanto, solamente así, en ella tornarse activo con plena energía. Incluye entonces todo cuando es necesario para hacerse valer plenamente en la materialidad, a fin de firmarse en ella en todos los sentidos, pudiendo actuar de manera penetrante y dominadora, estando armado contra todo y también protegido de todo.

Desde ahí las colosales olas de fuerza que emanan del vivenciar que se procesa a través de los seres humanos en la Tierra. Alcanzan, sin embargo, siempre solamente tan lejos cuanto la Creación material, sin embargo, en ella vibrando hasta las ramificaciones más delicadas.

Una persona en la Tierra que fuese espiritualmente elevada y noble, y que por eso viniese con elevado amor espiritual a sus prójimos, les permanecería extraña, no pudiendo acercarse interiormente, apenas cuando fuese excluida su fuerza sexual. Así, haría falta un puente para el entendimiento y para el intuir anímico, existiría consecuentemente un abismo.

En el momento, sin embargo, en que tal amor espiritual ingresa en pura ligazón con la fuerza sexual, y se torna incandescente por ésta, el flujo para toda la materialidad recibe una vida muy diferente, se torna en eso terrenalmente más real y consigue así actuar sobre los seres humanos terrenos y sobre toda la materialidad de modo pleno y comprensible. Sólo así él es asimilado y comprendido por ésta y puede traer aquella bendición a la Creación, que el espíritu del ser humano deba traer.

Hay algo gigantesco en esa ligazón. ¡Ése es también el objetivo propiamente dicho, por lo menos la *finalidad principal*, de ese inmensurable impulso natural, para tantos enigmático, a fin de dejar el espiritual desenvolverse en la materialidad hasta la plena fuerza de actuación! Sin eso él permanecería demasiado extraño a la materialidad, para poder manifestarse bien. La finalidad procreadora sólo viene en *segundo* lugar. El hecho principal es el impulso hacia arriba que resulta de esa ligazón en el ser humano. Con eso el espíritu humano también recibe su fuerza plena, su calor y su vitalidad, queda, por así decir, listo con este proceso. ¡*Por eso principia aquí, pero también solamente ahora, su plena responsabilidad!*

La sabia justicia de Dios otorga al ser humano, sin embargo, en ese importante punto de transición, también simultáneamente, no solamente la posibilidad, pero si incluso el impulso natural para desembarazarse fácilmente de todo el karma con lo que hasta entonces ha sobrecargado su libre-arbitrio. De esa forma, el ser humano consigue otra vez libertar el arbitrio completamente, para entonces, estando concientemente de modo poderoso en la Creación, tornarse un hijo de Dios, actuar en Su sentido y subir hacia las alturas en puras y elevadas intuiciones, para donde más tarde será atraído, cuando haya dejado su cuerpo de materia gruesa.

Si el ser humano no hiciere eso, la culpa es suya; pues con el ingreso de la fuerza sexual se manifiesta en él, de modo preponderante, un impulso poderoso hacia arriba, para lo que es ideal, bello y puro. Eso siempre puede ser observado nítidamente en la juventud incorrupta de ambos los sexos. Por eso los entusiasmos de los años de la juventud, lamentablemente muchas veces ridiculizado por los adultos, y que no deben ser confundidos con los de los años de la infancia. Por eso también en esos años las intuiciones inexplicables, ligeramente melancólicas y con un aire de seriedad. No son infundadas las horas en que a un joven o a una joven les parece haber que cargar todo el dolor del mundo, cuando les vienen presentimientos de una profunda seriedad. También el no sentirse comprendido, que tan frecuentemente ocurre, contiene en si, en la realidad, mucho de verdadero. Es el reconocimiento temporal de la conformación errada del mundo alrededor, lo cual no quiere tampoco puede comprender el sagrado inicio de un vuelo puro hacia las alturas, y solamente queda satisfecho cuando esa tan fuerte intuición exhortada en las almas en madurez es arrastrada hacia bajo, para el “más real” y sensato, que le es más comprensible y que considera más adecuado a la humanidad, juzgando, en su sentido intelectual unilateral, como lo único normal.

A pesar de eso, existen innúmeros materialistas inveterados que, en idéntica época de su vida, intuyeron de la misma forma como una severa advertencia y que, aquí y allá, hablan con placer del tiempo áureo del primero amor con un ligero acceso de cierta sensibilidad, incluso de melancolía, que expresa inconcientemente un dolor por algo perdido, que no es posible describir más pormenorizadamente. ¡Y en eso todos ellos tienen razón! Lo más precioso les fue tomado, o ellos propios lo echaron livianamente, cuando, en el gris día a día del trabajo, o bajo el sarcasmo de los así nombrados “amigos” y “amigas”, o por medio de malos libros y ejemplos, enterraron tímidamente la joya, cuyo brillo, a pesar de eso, irrumpe nuevamente durante su vida posterior, una vez aquí y allá, dejando ahí en un instante latir más alto el corazón insatisfecho, en un inexplicable tremor de una enigmática tristeza y nostalgia.

Aun cuando tales intuiciones son siempre de nuevo recalçadas y ridiculizadas rápidamente en amargo auto-escarnio, comprueban aún así la existencia de ese tesoro, y afortunadamente pocos son aquellos que pueden afirmar nunca haber tenido tales intuiciones. Y éstos también solamente serian dignos de lastima; pues nunca vivieron.

Pero incluso tales corrompidos, o digamos dignos de lastima, sienten entonces una nostalgia, cuando se les da la oportunidad de encontrar una persona que utilice esa fuerza propulsora con disposición correcta, y que, por lo tanto, así se ha tornado pura y ya se encuentra en la Tierra interiormente elevada. El efecto de semejante nostalgia en tales personas es, sin embargo, en la mayoría de las veces, primeramente el reconocimiento involuntario de la propia bajeza y negligencia, que acaba transformándose entonces en odio, que puede llegar incluso a una cólera ciega. Tampoco es raro ocurrir que una persona perceptiblemente ya anímicamente elevada atraiga sobre si el odio de masas enteras, sin que ella propia realmente hubiese dado motivo reconocible externamente para tanto. Tales masas entonces no saben nada más sino gritar: “¡crucifícalo, crucifícalo!”. Desde ahí el gran numero de mártires que la historia de la humanidad hay registrado.

La causa es el dolor feroz de ver en otros algo precioso, que ellos propios han perdido. Un dolor que sólo reconocen como odio. En personas con mayor calor interior, que han sido detenidas o arrastradas para la mugre solamente debido a malos ejemplos, la nostalgia de aquello que propiamente no fue conseguido provoca, en un encuentro con una persona interiormente elevada, muchas veces también ilimitado amor y veneración. Dondequiera que se dirija tal persona, hay siempre solamente un pro o un contra en su alrededor. Indiferencia no consigue resistir.

¡La gracia misteriosamente irradiante de una joven incorrupta o de un joven incorrupto otra cosa no es sino el impulso puro de la fuerza sexual que despierta en unión con la fuerza espiritual para cosas más elevadas y más nobles, intuido conjuntamente por su ambiente debido a las fuertes vibraciones! Celosamente, ha cuidado el Creador de que eso sólo ocurre al ser humano en una edad en que pudiese tornarse plenamente conciente de su voluntad y de sus actos. Entonces es llegado el tiempo en lo cual él puede y debería desembarazarse, como que jugando, de todo cuanto pertenece al pasado, en ligazón con la fuerza plena en él ahora existente. Caería incluso por sí, caso el ser humano mantuviese su voluntad hacia el bien, al que en esa época se siente impulsado sin cesar. ¡Podría, entonces, como las intuiciones muy correctamente indican, escalar sin esfuerzo hacia aquel escalón al cual él, como ser humano, pertenece! ¡Ved la actitud soñadora de la mocedad incorrupta! Nada más es sino la intuición del impulso hacia arriba, la voluntad de libertarse de todo el mugre, el anhelo ardiente por lo que es ideal. La inquietud impulsionante, sin embargo, es la señal para no perder el tiempo, pero desembarazarse enérgicamente del karma y empezar la escalada del espíritu.

¡Por eso la gran importancia, el gran punto de transición que la Tierra es para la creatura humana!

¡Es algo de esplendido hallarse en esa fuerza concentrada, actuar en ella y con ella! Eso, mientras la dirección que el ser humano ha elegido es buena. Pero tampoco existe nada más miserable de lo que malbaratar esas energías unilateralmente en ciega embriaguez de los sentidos y así resultar en paralizar su espíritu, privándolo de una gran parte del impulso de que tanto necesita para llegar hacia las alturas.

Y, sin embargo, el ser humano, en la mayoría de los casos, pierde esa preciosa época transitoria, dejándose conducir por el ambiente “entendido” para caminos errados, los cuales lo retienen y, lamentablemente, con demasiada frecuencia incluso lo conducen hacia bajo. Debido a eso no consigue libertarse de las turbas vibraciones en él adherentes, las cuales, al contrario, reciben solamente nueva provisión de fuerzas y, así, envuelven más y más su libre-arbitrio, hasta que él no consigue más reconocerlo.

Así ocurre en la *primera* encarnación en la Tierra. En las consecutivas encarnaciones, que son necesarias, el ser humano llevará consigo un karma mucho más pesado. La posibilidad de desvencijarse, sin embargo, se presenta, a pesar de eso, siempre de nuevo, y ningún karma podría ser más fuerte de lo que el espíritu del ser humano al llegar en la plenitud de su vigor, apenas cuando reciba a través de la fuerza sexual la ligazón sin lagunas con la materialidad, a la cual, sí, el karma pertenece.

Si, sin embargo, el ser humano ha desperdiciado esas épocas para desvencijarse de su karma y para la recuperación a eso atada de su libre-arbitrio, habiendo se enmarañado más aún, habiendo tal vez hasta caído profundamente, a pesar de eso, aún se ofrece a él un poderoso aliado para el combate del karma y para la ascensión. El mayor vencedor que hay, capaz de todo sobrepujar. La sabiduría del Creador dispuso las cosas en la materialidad de tal manera, que los períodos mencionados no son los únicos en que el ser humano puede encontrar la posibilidad de auxilio rápido, en los cuales él consigue encontrar a si mismo, bien como su real valor, recibe incluso para tanto un impulso extraordinariamente fuerte, a fin de que ponga atención a eso.

¡Ese poder mágico, que está a la disposición de cada ser humano durante toda su existencia terrena, en constante prontitud de auxilio, pero que también se origina de la misma unión de la fuerza sexual con la fuerza espiritual, pudiendo provocar la eliminación del karma, es el *amor*! No el amor ambicioso de la materia gruesa, pero el elevado y puro amor que otra cosa no conoce tampoco desea sino el bien de la persona amada, que nunca piensa en sí propio. Él pertenece también a la Creación material y no exige renuncia tampoco penitencia, pero quiere siempre solamente lo mejor para el otro, se preocupa con él, sufre con él, pero divide también con él las alegrías.

Como base, tiene él las intuiciones semejantes de anhelo por el ideal de la juventud incorrupta en el romper de la fuerza sexual, pero también estimula el ser humano responsable, es decir, maduro, para la fuerza plena de toda su capacidad, hasta al heroísmo, de modo que la fuerza productiva y combativa sea concentrada a la máxima intensidad. ¡Aquí, en relación a la edad, no son colocados límites! Apenas cuando una persona provee guarida al amor puro, sea el lo de un hombre por una mujer o vice-versa, o por un amigo, o por una amiga, o por los padres, por los hijos, no importa, si este solamente es puro, traerá como primera dádiva la oportunidad para librarse de todo el karma, que entonces solamente es remido aún de forma puramente “simbólica”, *(Disertación Nro. 37: Simbolismo el destino humano) para el desabrochar del libre y conciente arbitrio, que *sólo* puede ser conducido hacia arriba. Como consecuencia natural, se inicia entonces la escalada, el rescate de las cadenas indignas que la retienen.

La primera intuición que se manifiesta cuando despierta el amor puro es la de juzgarse indigno ante el ser querido. En otras palabras, se puede describir ese fenómeno como el principio de la modestia y de la humildad, por lo tanto, el recibimiento de dos grandes virtudes. A seguir, se adjunta a eso el impulso de querer mantener la mano sobre el otro, de forma protectora, a fin de que no le ocurra mal algún de ningún lado, pero sí que su camino lo conduzca por veredas floridas y con mucho sol. El “querer llevar en las palmas de las manos” no es un dictado hueco, pero sí caracteriza muy acertadamente la intuición que brota. En eso, sin embargo, se encuentra una abdicación de la propia personalidad, una gran voluntad de servir, lo que, por sí sólo, podría bastar para eliminar en poco tiempo todo el karma, apenas cuando esa voluntad perdure y no de lugar a impulsos puramente sensuales. Por último, se manifiesta incluso, en el amor puro, el deseo ardiente de poder hacer algo muy grande para el otro ser querido, en el sentido noble, de no lo insultar o herir con ningún gesto, ningún pensamiento, ninguna palabra, mucho menos aún con alguna acción fea. Se torna viva la más delicada consideración.

Se trata, entonces, de agarrar esas puras intuiciones y ponerlas encima de todo lo demás. Nunca alguien, entonces, querrá o hará algo de mal. Simplemente no lo consigue, pero sí, al contrario, tiene en eso la mejor protección, la mayor fuerza, lo más bien-intencionado consejero y auxiliador.

¡Por ese motivo también Cristo, siempre de nuevo, indica para la omnipotencia del amor! Solamente él todo sobrepaja, todo consigue. Sin embargo, presuponiendo siempre que no se trate solamente del amor terreno y codicioso, que contiene en sí el celo y sus vicios análogos.

¡El Creador, en Su sabiduría, ha lanzado con eso un flotador de salvación en la Creación, que no solamente una vez en la vida terrena toca en *cada* criatura humana, a fin de que en ella se firme y por ella se alce!

Ese auxilio está a la disposición de todos. No hace ninguna diferencia, ni en la edad ni en el sexo, ni en el pobre ni en el rico, tampoco en el noble o humilde. ¡Por esa razón, el amor es también la mayor dádiva de Dios! ¡Quien comprende eso, ése está cierto de la salvación de todas las vicisitudes y de todas las profundidades! Se liberta, recupera así de modo más fácil y más rápido un límpido libre-arbitrio, que lo conduce hacia arriba.

Aun cuando se encuentre en una profundidad, que debe llevarlo al desespero, el amor es capaz de arrancarlo con el impetu de un huracán hacia arriba, hacia el encuentro de la Luz, de Dios, que es el propio amor. Apenas cuando en una persona despierte un amor puro ante cualquier impulso, tiene ella también la más directa ligazón con Dios, el fuente primordial de todo el amor, y con eso también el más fuerte auxilio. Pero si un ser humano poseyera todo y *no* tuviese el amor, sólo sería un metal sonante o un cascabel, es decir, sin calor, sin vida... ¡nada!

Si viene a sentir, sin embargo, amor verdadero por cualquiera de sus semejantes, lo cual sólo se esfuerza para dar a la persona amada luz y alegría, no a degradar delante codicias insensatas, pero sí erguirla protegiéndola, entonces él *sirve* a ella, sin tornarse conciente del servir, propiamente, visto que así se torna un desinteresado donador y regalador. ¡Y ése servir lo liberta!

Muchos dirán para sí mismos: ¡Es exactamente eso que hago, o por lo menos ya me esfuerzo! Busco por todos los medios tornar fácil la vida terrena de mi mujer o familia, proporcionarles placeres, empeñándome en conseguir tantos medios para que puedan tener una vida cómoda, agradable y libre de preocupaciones. Millares golpearán en el pecho, sintiéndose elevados y juzgándose por demasiado buenos y nobles. ¡Se engañan! ¡Ése *no* es el amor vivo! Éste no es tan unilateralmente terreno, pero impulsa al mismo tiempo mucho más fuertemente para lo que es más elevado, más noble e ideal. Claro es que nadie debe impunemente, es decir, sin consecuencias prejudiciales, descuidarse de las necesidades terrenas, no las debe descuidar, pero éstas no deben constituir la finalidad principal del pensar y del actuar. Encima de eso paira, de modo inmenso y fuerte, el desear, tan misterioso para muchos, de poder *ser*, realmente, ante sí mismos, *aquello* que valen delante aquellos por los cuales son amados. ¡Y ese desear es el camino cierto! Conduce siempre solamente hacia el alto.

El amor verdadero y puro no necesita ser esclarecido aún más detalladamente. Cada ser humano siente perfectamente cómo él es constituido. Busca solamente engañarse con frecuencia a tal respeto, cuando ve ahí sus errores e intuye de modo claro cuan lejos se encuentra todavía realmente de amar de modo verdadero y puro. Pero él debe entonces animarse, no puede parar con hesitación y llegar por fin a faltar; ¡pues para él no existe más un libre-arbitrio sin el verdadero amor!

Cuantas oportunidades son, por lo tanto, proporcionadas al ser humano, a fin de que se animen y se lancen rumbo al alto, sin que las aprovechen. ¡Por eso, en la mayoría, sus lamentos y búsquedas no son legítimos! Tampoco quieren, apenas cuando ellos propios tengan que contribuir con algo, aun que sea solamente una pequeña modificación de sus hábitos y opiniones. ¡En la mayor parte es mentira, auto-ilusión! Dios es que debe venir hasta ellos y soerguirlos hacia Sí, sin que necesiten renunciar a la tan querida comodidad y a su auto-adoración. Entonces, también, consentirían en acompañar, pero no sin esperar para tanto aún un agradecimiento todo especial de Dios.

¡Dejad que tales zánganos sigan su camino hacia la ruina! No merecen que alguien se esfuerce por ellos. Dejarán pasar siempre de nuevo, quejándose y rezando, las oportunidades que se les ofrecen. Si una tal persona, sin embargo, se aprovechase de ellas una vez, entonces seguramente las iría privar de su más distinto adorno, de la pureza y altruismo, para arrastrar ese preciosísimo bien hacia el lodo de las pasiones.

¡Investigadores y eruditos deben finalmente animarse y desviarse de esas personas! No deben pensar que están haciendo obra agradable a Dios, cuando ofrecen continuamente Su Palabra y Su voluntad sagrada como mercadería barata y por medio de tentativas de enseñanzas, dando así cuasi la apariencia de que el Creador necesitaría mendigar por intermedio de Sus fieles para ampliar el círculo de los adeptos. Es una maculación, si es

ofrecida a esos que con las manos mugrientas la agarran. No se debe olvidar la sentencia que prohíbe “tirar perlas a los cerdos”.

Y otra cosa no se da en tales casos. Desnecesario desperdicio de tiempo, que en tal medida no debe ser más derrochado, sin que, por fin, en la acción retroactiva, se convierta perjudicial. Solamente deben ser ayudados aquellos que buscan.

La inquietud que por toda parte surge en muchas personas, el investigar y el buscar por el paradero del libre-arbitrio son perfectamente justificados y constituyen una señal de que no hay tiempo a perder. Este hecho es reforzado con el presentimiento inconciente de un posible tarde demás para tal. Eso mantiene ahora el buscar constantemente vivo. Pero es en gran parte inútil. *¡Los seres humanos de la actualidad, en su mayor parte, no consiguen más activar el libre-arbitrio, porque se han demasiado enmarañado!*

Lo han vendido y lo han comercializado... ¡por nada!

Cuanto a eso no podrán responsabilizar Dios, como se intenta hacer siempre de nuevo tan frecuentemente, ante todo el tipo de interpretaciones, para eximirse del pensamiento de una responsabilidad propia que los espera, pero habrán que acusar a sí mismos. Y aun cuando tal auto-acusación fuera prepasada de la más acerba amargura y del más profundo dolor, aún así no sería suficientemente fuerte para dar una relativa compensación por el valor del bien perdido, que ha sido insensatamente calcado o desperdiciado.

A pesar de eso, el ser humano todavía puede encontrar el camino para conquistarlo nuevamente, apenas cuando se esfuerce seriamente en ese sentido. Sin embargo, siempre solamente cuando él lo desee del más fundo de su intimo. Si ese deseo realmente *vivir* en él y jamás debilitarse. Debe llevar el más ardiente anhelo para tanto. Y aun cuando debiese empeñar en eso toda su existencia terrena, solamente habría que ganar con eso; ¡pues extremadamente seria y necesaria para el ser humano es la recuperación del libre-arbitrio! Podemos en lugar de recuperación decir desenterramiento, o purificación libertadora. Resulta exactamente lo mismo.

Pero mientras el ser humano solamente *piense y cavile* a tal respecto, no conseguirá nada. El mayor esfuerzo y pertinacia han que faltar ahí, visto que a través de pensamientos y cavilaciones no conseguirá nunca ultrapasar los límites de tiempo y espacio, es decir, jamás llegará hasta dónde se encuentre la solución. Y como actualmente el pensar y el cavilar han sido considerados como el principal camino para todo el investigar, no existe, tampoco, ninguna perspectiva de que se pueda esperar un progreso además de las cosas puramente terrenas. A menos que los seres humanos se cambien en eso fundamentalmente.

¡Aprovechad el tiempo de la existencia terrena! ¡Pensad en el gran punto de transición que lleva consigo la plena responsabilidad!

Por ese motivo, un niño aún no se encuentra espiritualmente capacitado, porque la ligazón entre el espiritual y el material todavía no se ha realizado en ella a través de la fuerza sexual. Solamente en el momento del ingreso de tal fuerza es que sus intuiciones adquirirán aquella energía capaz de prepasar de modo incisivo la Creación material, transformándola y remodelándola, con lo que asumirá, de modo espontáneo, plena y entera responsabilidad. Antes, los efectos retroactivos tampoco son tan fuertes, porque la capacidad de intuición actúa de modo mucho más débil. Por eso, en la primera encarnación *(Ingreso del ser humano en la existencia terrena) en la Tierra, un karma no puede ser tan pesado, pero, cuando mucho, puede influir en la ocasión del nacimiento, determinando el ambiente en que el nacimiento ocurre, a fin de que ayude el espíritu, durante su vida terrena, a libertarse del karma ante el reconocimiento de sus propiedades específicas. Los puntos de atracción de las especies iguales representarían ahí un papel predominante. Todo, sin embargo, solamente en sentido *blando*. El karma, propiamente dicho, potente e incisivo, solamente se inicia cuando en el ser

humano la fuerza sexual se une a su fuerza espiritual, por lo que él se torna en la materia no solamente de pleno valor, pero puede, en todos los sentidos, sobrepujarla ampliamente, caso se sintonice correspondientemente.

Hasta ahí tampoco las tinieblas, el mal, alcanzan llegar directamente al ser humano. De eso un niño se encuentra protegido por la falta de ligazón con el material. Como que separado. Hace falta el puente.

Por eso, a muchos oyentes se tornará también más comprensible por que los niños disfrutan de una protección mucho mayor contra el mal, lo que ya es proverbial. Por el mismo camino, sin embargo, que forma el puente para la fuerza sexual se inicia, y sobre el cual el ser humano puede andar luchando en su pleno vigor, puede llegarle naturalmente también todo lo más, si no esté suficientemente vigilante. Pero en caso alguno eso puede ocurrir antes que posea también la necesaria fuerza defensiva. No existe en momento alguno una desigualdad que permita surgir una excusa.

¡Por esa razón, la responsabilidad de los padres asume proporciones gigantescas! Ay de aquellos que privan los propios hijos de la oportunidad de desembarazarse de su karma y de ascender, sea por burlas inoportunas, sea por educación errada, si no hasta por malos ejemplos, a los cuales pertenecen también las ambiciones exageradas en los más variados sectores. Las tentaciones de la vida terrena, ya por si sólo, atraen en este o en aquel sentido. Y por no ser explicada a los adolescentes su real posición de poder, ellos ni emplean su fuerza o la emplean de modo insuficiente, o la desperdician de la manera más irresponsable, cuando no hacen de ella hasta uso errado y malo.

Por lo tanto, en la ignorancia, se inicia, pues, el inevitable karma con ímpetu cada vez mayor, lanza adelante, influenciando, sus irradiaciones a través de algun pendiente para esto o aquello, y restringe con eso el libre-arbitrio propiamente dicho en las decisiones, de modo que él no es más libre. Ha decorrido de eso también el hecho de la *mayoría* de la humanidad, actualmente, no más poder activar libre-arbitrio alguno. Ella se ha atado, encadenado, esclavizado por propia culpa. ¡Cuan infantiles e indignos se presentan los seres humanos, cuando buscan repeler el pensamiento de una responsabilidad incondicional, prefiriendo en eso echar al Creador una censura de injusticia! Cuan ridículo suena el pretexto de que incluso ni tendrían ningún libre-arbitrio propio, pero serian conducidos, empujados, allanados y modelados, sin poder hacer algo en contra.

Si al menos por un momento quisiesen tomar conciencia del misero papel que representan realmente con tal comportamiento. Si, antes de todo lo demás, finalmente quisiesen examinarse de forma verdaderamente critica en relación a la posición de poder que les ha sido concedida, a fin de reconocer como ellos la desperdician, sin reflexión, en niñerías y futilidades transitorias, como en cambio, elevan bagatelas a una posición de importancia despreciable, se sienten grandes en cosas en las cuales, sin embargo, han que parecer tan pequeños en relación a su destino real como seres humanos en la Creación. ¡El ser humano actual es como un hombre al cual fue dado un reino y que prefiere perder su tiempo con los más simple juguetes infantiles!

Es solamente evidente, y no de esperarse diferentemente, que las fuerzas poderosas concedidas al ser humano deban aplastarlo, si no sepa conducir las.

¡Ha llegado el ultimo momento para finalmente despertar! Debía el ser humano aprovechar plenamente el tiempo y la gracia que le son regalados con cada vida terrena. Todavía no presiente cuan indispensable eso ya lo es. En el momento en que se liberte nuevamente el arbitrio, que actualmente se halla preso, le servirá todo lo que ahora parece muchas veces estar contra él. Incluso las irradiaciones de los astros, temidas por tantos, solamente existen para servirlo y ayudarlo. Poco importa de que naturaleza sean.

¡Y cada cual lo consigue, aun cuando el karma todavía pese pesadamente en él! Aun cuando las irradiaciones de los astros parezcan ser predominantemente desfavorables. Todo eso se realiza de modo pernicioso solamente en el caso de un arbitrio atado. Pero también ahí solamente aparentemente; porque, en la realidad, aún así será para su bien, si no sepa más ayudar a si mismo de otra manera. De ese modo será forzado a defenderse, a despertar y a estar alerta.

El miedo de las irradiaciones de los astros no es, sin embargo, apropiado, porque los fenómenos colaterales que ahí se efectúan son siempre solamente los hilos del karma, que está actuando para la respectiva persona. Las irradiaciones de los astros constituyen solamente canales, para los cuales es conducido todo el karma que, en la ocasión, se encuentra suspenso para una persona, hasta el punto en que éste, en su especie, corresponda a las respectivas irradiaciones de igual especie. Si, por lo tanto, las irradiaciones de los astros son desfavorables, entonces se añadirá en esos canales solamente karma suspenso desfavorable para el ser humano, aquello que corresponde exactamente a la especie de las irradiaciones, nada diferente. Igualmente en los casos de irradiaciones favorables. Conducido así más concentradamente, puede también efectuarse sobre el ser humano siempre de modo más sensible. Pero dónde no hay karma nocivo, las irradiaciones desfavorables de los astros tampoco podrán actuar de modo nocivo. Una cosa no es separable de la otra. También ahí se reconoce más una vez el grande amor del Creador. Los astros controlan o conducen los efectos del karma. ¡Consecuentemente, un karma nocivo no puede actuar sin interrupciones, pero también en este tiempo tiene que dejar al ser humano intervalos para tomar aliento, porque los astros irradian alternadamente y, así, en el periodo de irradiaciones benignas, el malo karma está imposibilitado de actuar! Ha, pues, que interrumpir y esperar hasta que recomienzen las irradiaciones desfavorables, no pudiendo, por consiguiente, oprimir enteramente una persona tan fácilmente. No habiendo, al lado del karma nocivo de la criatura humana, tampoco alguno karma benigno que se efectúe a través de las irradiaciones favorables de los astros, entonces, por las irradiaciones favorables, por lo menos se consigue que el sufrimiento tenga interrupciones durante las épocas de irradiaciones benignas.

Así se engranan también aquí, una el la otra, las ruedas de los acontecimientos. Una cosa resulta en otra, dentro de la más restricta lógica, y la controla simultáneamente, a fin de que no puedan ocurrir irregularidades. Y así prosigue, como en un gigantesco conjunto de engranajes. De todos los lados los dientes de los engranajes se encajan de forma precisa y exacta, moviendo y impulsando todo adelante, para el desenvolvimiento.

En el centro de todo, sin embargo, se encuentra el ser humano con el incalculable poder que le es confiado para dar, por medio de su voluntad, la dirección a ese gigantesco engranaje. *¡Sin embargo, siempre solamente para si propio!* Podrá llevarlo hacia arriba o hacia abajo. Únicamente la sintonización es la determinante para el fin.

Pero, el engranaje de la Creación no es constituido de material rígido, pero de formas y seres, todos vivos que, actuando conjuntamente, causan una impresión aún más gigantesca. Pero todo ese maravilloso tejer sirve solamente para ayudar el ser humano, para servirlo, mientras él no interfiera con el poder que a él le fue dado, de modo a embarazarlo por el derroche infantil y empleo errado. Es urgente, por fin, que se encuadre diferentemente para tornarse lo que deba ser. ¡Obedecer otra cosa no significa, en la realidad, sino comprender! Servir es auxiliar. Auxiliar, sin embargo, significa reinar. En poco tiempo cada uno puede libertar su arbitrio conforme debe ser. Y de esa forma todo cambia para él, pues él propio primeramente ha cambiado su intimo.

Pero para millares, centenares de millares, sí, para millones de seres humanos se tornará demasiado tarde, porque no lo quieren diferentemente. Es solamente natural que la fuerza

erradamente dirigida destruya la maquina, fuerza que, de otra forma, hubiera le servido para realizar un trabajo bendito.

Cuando sobrevengan los acontecimientos, todos los que hesitan se recordarán de nuevo repentinamente de rezar, pero no podrán encontrar más la manera adecuada, la cual, únicamente, podría proporcionar auxilio. Reconociendo entonces la falta, pasarán pronto, en su desespero, a blasfemar y a afirmar acusadoramente que no podría existir un Dios, si Él permite tales cosas. No quieren creer en la justicia férrea, tampoco que les haya sido dado el poder de cambiar todo aún en tiempo. Y que eso también les hubiera sido dicho con suficiente frecuencia.

Pero ellos exigen para sí, con obstinación infantil, según su modo, un Dios amoroso que todo perdona. ¡Solamente en eso quieren reconocer Su grandeza! ¿Cómo debería ese Dios, según sus ideas, proceder entonces con aquellos que siempre Lo buscaron sinceramente, pero que justamente a causa de ese buscar han sido pisados, escarnecidos y perseguidos por aquellos que esperan perdón?

Necios éstos que, en su ceguera y sordera siempre de nuevo deseadas, corren al encuentro de la ruina, ellos propios crean con fervor su destrucción. Que queden entregues a las tinieblas, al encuentro de las cuales se dirigen porfiadamente, debido a todo lo saber mejor. Solamente ante el propio vivenciar es que aún podrán llegar a la reflexión. Por eso también las tinieblas serán su mejor escuela. Pero llegará el día, la hora, en que ese camino también será demasiado tarde, porque el tiempo no será mas suficiente para, luego de un reconocimiento final por el vivenciar, aún libertarse de las tinieblas y acender. Por ese motivo, ya es tiempo de, finalmente, ocuparse seriamente con la Verdad.

31. Moderna ciencia del espíritu

¡Moderna ciencia del espíritu! ¡Cuánto se halla reunido bajo esa bandera! ¡Lo que se encuentra ahí, y lo que también se combate ahí! Se trata de una arena de serias investigaciones, de poca sabiduría, grandes planes, vanidad, estupidez y muchas veces también de una vacía fanfarronería y incluso además de intereses comerciales los más inescrupulosos. No raro florecen desde ese alboroto la envidia y el odio sin límite, redundando por fin en pérfidas venganzas de la más baja especie.

En tales circunstancias naturalmente no es de extrañar cuando muchas personas se esquivan de todo ese pandemio, con un recelo como si ellos fuesen envenenarse, caso entrasen en contacto con eso. Éstas no dejan de tener cierta razón; pues innumerables adeptos de la ciencia del espíritu no muestran en su conducta realmente nada que seduzca, mucho menos que atraiga, sino antes todo en ellos advierte cada ser humano para que tenga la máxima cautela.

Es curioso que todo el dominio de la nombrada ciencia del espíritu, confundida muchas veces, por los maléficos o por los ignorantes, con la ciencia de los *espíritus*, constituya aún hoy una especie de *terreno libre*, donde cualquiera pueda hacer lo que bien entiende desobstruida, sí, desenfrenada e impunemente.

Así se lo *admite*. ¡Sin embargo, las experiencias ya enseñaron muy frecuentemente que *no lo es así!*

Innumeros pioneros en ese terreno, que han sido lo suficiente irresponsables para osar avanzar algunos pasos solamente con conocimientos imaginarios, se tornaron víctimas indefensas de su imprudencia. ¡Solamente lamentable ahí es que todas esas víctimas hayan caído, sin que con eso pudiese ser proporcionado lo mínimo lucro para la humanidad!

Cada uno de esos casos, en la verdad, debería haber sido una prueba de que el camino tomado no es el cierto, una vez que solamente ocasiona maleficios e incluso destrucción, pero ninguna bendición. Sin embargo, con una porfía característica son mantenidos esos falsos caminos y hechas siempre nuevas víctimas; ante cada granosito de cualquiera evidencia reconocida en la gigantesca Creación, esalzada enorme gritería y son escritas innumerables disertaciones, que deben desestimular muchos investigadores sinceros, porque el palpar incierto ahí se convierte nítidamente perceptible.

Todo el investigar de hasta el momento, en la realidad, puede ser llamado de un juego peligroso con hondo de buena intención.

El campo de la ciencia del espíritu, considerado como campo libre, nunca podrá ser pisado impunemente, mientras *previamente* no se sepa tomar en cuenta las leyes *espirituales* en toda su amplitud. Toda y cualquier oposición conciente o inconciente, es decir, la “no-observancia” de las mismas, lo que equivale a una transgresión, habrá que alcanzar, por el inevitable efecto de retorno, el osado, el frívolo o el liviano que no las considera o no consigue observarlas de forma exacta.

Querer recorrer el extraterreno con medios y posibilidades terrenas, otra cosa no es, sino colocar y dejar un niño aún no desenvuelto, aún no familiarizado con los peligros terrenos, sólo en una mata virgen, donde solamente un adulto, con correspondiente equipos, en su fuerza plena y con toda la cautela, podrá tener probabilidades de transponerla incólume.

No es diferente con relación a los modernos científicos del espíritu en su actual modo de trabajar, aún que juzguen llevarlo extremadamente en serio y que realmente sólo osen muchas cosas debido al saber, a fin de, así, ayudar los seres humanos a avanzar para transponer un borde donde hace mucho esperan, golpeando en la puerta.

Como niños esos investigadores aún se quedan allí, desamparados, palpando, desconociendo los peligros que a cualquier momento les pueden sobrevenir o a través de ellos irrumpir sobre otras personas, apenas cuando con sus experiencias inciertas caven una brecha o abran una puerta en la muralla de natural protección que, para muchos, sería mejor si quedase cerrada.

Todo eso sólo puede tener la designación de liviandad, y no de osadía, mientras los que quieran avanzar así no sepan exactamente si son capaces de dominar inmediatamente, de modo total, todos los peligros que posiblemente se presenten, no solamente para ellos propios, pero también para otros.

De manera la más irresponsable actúan aquellos “investigadores” que se ocupan con experiencias. Sobre el crimen de la hipnosis *(Disertación Nro. 35: El crimen de la hipnosis) varias veces ya ha sido hecha referencia. Los investigadores que aún emprenden experiencias de otra especie cometen, en la mayoría de los casos, el lamentable error, que ellos, en nada sabiendo al respecto – pues del contrario seguramente no lo harían -, ponen otras personas muy sensibles o mediúnicas en sueño magnético o incluso hipnótico, a fin de con eso acercarlas de las influencias corpóreamente invisibles del mundo del “más Allá”, en la esperanza de poder así oír u observar algo, que en estado de completa conciencia diurna de las respectivas personas en experiencia no sería posible.

En lo mínimo, en noventa y cinco de cien casos exponen tales personas a grandes peligros, a los cuales aún no son capaces de contraponerse; pues *todo el tipo* de ayuda artificial para el profundizar constituye un atamiento del alma, debido al cual ella ingresa en un estado de sensibilidad que va más Allá de lo que lo permitiría su desenvolvimiento natural.

La consecuencia es que tal víctima de las experiencias se halle de súbito anímicamente en un campo donde esté privada de su protección natural debito a la ayuda artificial, o para lo cual no posee su protección natural, que solamente puede surgir por el *propio* y sano desenvolvimiento interior.

Se debe imaginar figuradamente tal persona, digna de lastima, como se fuese atada desnuda en un pilar e impelida como chamariz hacia una región peligrosa, a fin de atraer e incluso dejar actuar sobre si la vida y actuación aún desconocida, para poder proveer un relato, o para que diversos efectos se vuelvan visibles también a otros, ante su cooperación, poniendo disponibles ciertos elementos terrenos de su cuerpo.

Tal persona sometida a la experiencia consigue así, temporalmente, a través de la ligazón que su alma impelida necesita mantener con el cuerpo terreno, transmitir a los espectadores todo lo que ocurre, como que por medio de un teléfono.

Si con eso, sin embargo, el centinela, dispuesto así artificialmente en área avanzada, sufra cualquier ataque, no conseguirá defenderse por falta de protección natural, está expuesto de forma desamparada porque, a través de la cooperación de otro, ha sido impelido solamente artificialmente para un campo, a lo cual, según su propio desenvolvimiento, él aún no pertenece, o no pertenece en absoluto. Tampoco el así nombrado investigador que lo empujó hacia ahí, por avidez de conocimiento, podrá ayudarlo, una vez que él propio es extraño e inexperto Allá de donde viene el peligro, no pudiendo por lo tanto hacer nada en favor de cualquier protección.

Así ocurre que los investigadores involuntariamente se conviertan criminosos y sin que puedan ser llevados a la justicia terrena. Eso no excluye, sin embargo, que las leyes espirituales ejerzan sus efectos retroactivos con toda la severidad y encadenen el investigador a su víctima.

Varias personas sometidas a experiencias sufren agresiones de materia fina cuyo efecto, con el tiempo, muchas veces también rápida o inmediatamente, también se hace sentir

físicamente en la materia gruesa, evolucionando para una enfermedad terrena o la muerte, con lo que, sin embargo, el daño anímico aún no estará reparado.

Sin embargo, los observadores que se nombran investigadores, que empujan sus víctimas para regiones desconocidas, permanecen durante tales peligrosas experiencias, en la mayoría de los casos, muy abrigados terrenamente, bajo la protección de sus cuerpos y de la conciencia diurna.

Raro es el caso de que tomen parte simultáneamente en los peligros a que las personas son sometidas en las experiencias, y que tales peligros, por lo tanto, se extienden inmediatamente sobre ellos. Pero con su muerte terrena, con el traspase para el mundo de materia fina, debido al atamamiento a sus víctimas, *habrán* que seguir en todo el caso hacia ahí, para dondequiera que éstas hayan sido arrastradas, sólo pudiendo, en conjunto con ellas, elevarse lentamente de nuevo.

El empujar artificial de un alma hacia otro campo no debe ser entendido siempre como si tal alma abandonase el cuerpo y flotase hacia una otra región. En la *mayor parte* de los casos ella permanece tranquilamente en el cuerpo. Solamente es sensibilizada por el sueño magnético o hipnótico de manera anómala, de modo a captar corrientes e influencias muchísimos más finas de lo que sería posible en estado natural. Es evidente que en ese estado anormal no existe la fuerza plena de la cual, al contrario, dispondría si hubiese llegado hacia ese punto por sí propia, a través del desenvolvimiento interior, y así se mantendría firme y segura en ese terreno nuevo y mucho más sutil, contraponiendo a todas esas influencias la misma fuerza. Debido a esa falta de fuerza plena y sana, resulta por la artificialidad una desigualdad, que hay que causar perturbaciones. La consecuencia de eso es la absoluta turbación en todas las intuiciones, resultando deformaciones de la realidad.

La causa de los falsos relatos y de los innumerables errores es dada siempre de nuevo solamente por los propios investigadores a través de su ayuda perjudicial. Proviene desde ahí, también, que en los muchos asuntos ya “investigados” del campo oculto, ya existentes, mucha cosa no se deja armonizar con la lógica severa. Se hallan ahí innumerables errores que hasta hoy no pudieron ser reconocidos como tales.

Por esos caminos visiblemente errados, no será alcanzado ni siquiera lo mínimo que pudiera tener algo de útil o benéfico para los seres humanos.

De provecho para los seres humanos puede ser en la realidad solamente algo que los ayude *hacia arriba* o que, por lo menos, muestre un camino para tanto. ¡Pero todo eso es de antemano y para siempre totalmente imposible en esas experiencias! Ante ayuda artificial podrá, a veces, un investigador conseguir por fin empujar una persona de sensibilidad más apurada o mediúnicamente hacia fuera del cuerpo de materia gruesa terrena, hacia el mundo de materia fina que se halla más cerca de ella, *jamás*, sin embargo, *más alto* ni siquiera un milímetro de lo que el nivel al cual, de todas las maneras, ella pertenezca por su conformación interior. Al contrario, por medio de ayuda artificial tampoco conseguirá elevarla hacia allá, pero siempre solamente hacia el ambiente más próximo de todo cuanto es terrenal.

Ese ambiente más próximo del terrenal, sin embargo, solamente puede contener del más Allá todo aquello que aún se halla estrechamente ligado a la Tierra y que, debido a su mediocridad, vicios y pasiones, permanece encadenado a ella.

Naturalmente, también alguna cosa más adelantada estará, aquí y Allá, de modo transitorio en ese ambiente. Eso, sin embargo, no es de esperarse siempre. Algo elevado no puede encontrarse ahí, por motivos absolutamente de acuerdo con las leyes naturales. Sería más fácil el mundo salir de sus ejes o... ¡sería necesario que hubiese en una persona una base para anclaje de la Luz!

No es admisible, sin embargo, que eso se de en una persona que se somete a la experiencia o en un investigador que así palpa. Por lo tanto, permanecen el peligro y la inutilidad de todas esas experiencias.

Es cierto también que algo realmente más elevado *no* puede aproximarse de un medium sin la presencia de una persona más desenvuelta, purificando todo lo que es más grueso, menos aún hablar a través del medium. Materializaciones *(Corporificaciones en la materia gruesa) de círculos *más elevados* no entran en absoluto en consideración, y mucho menos aún los pasatiempos graciosos y populares de sonidos, movimiento de objetos y así por delante. El abismo para tanto es demasiado grande, para que pueda ser transpuesto sin más ni menos.

A pesar de la presencia de un medium, todas estas cosas solamente pueden ser efectuadas por aquellos del más Allá que aún estén muy estrechamente ligados a la materia. Si fuese posible de otro modo, es decir, que algo elevado pudiese colocarse tan fácilmente en contacto con la humanidad, entonces no habría habido necesidad de Cristo tornarse ser humano, al contrario, podría haber cumplido su misión sin ese sacrificio. *(Disertación Nro. 14: El Redentor) Los seres humanos de actualmente, sin embargo, seguramente no se hallan más desenvueltos anímicamente de lo que en la época terrena de Jesús, no siendo, por consiguiente, de suponer que una ligazón con la Luz sea más fácil de establecerse de lo que en aquella época.

Ahora los adeptos de la ciencia del espíritu, sin embargo, alegan que visan en primero lugar averiguar la vida en el más Allá, es decir, la continuación de la vida después de la muerte terrena, y que, a causa del escepticismo dominante actualmente de un modo general, es necesaria la utilización de armas fuertes y gruesas, es decir, pruebas *terrenas concretas*, a fin de abrir una brecha en la resistencia de los adversarios.

¡Tal argumentación no justifica, sin embargo, que almas humanas sean siempre y siempre de nuevo expuestas a riesgos, así tan irresponsablemente! ¡Además, no hay ninguna necesidad premente para que se quiera convencer a todo costo los adversarios malévolos! Es notorio, y también ya expreso en las palabras de Cristo, que éstos no estarían propensos a acreditar, aunque un ángel bajase directamente desde el cielo para les anunciar la Verdad. Apenas cuando el ángel se fuese, estarían listos para declarar que todo no pasara de una ilusión colectiva, pero no de un ángel, o entonces arreglarían otra excusa. Y si alguna cosa o persona fuese traída, que siga en la materia, es decir, no desapareciendo otra vez tampoco se volviendo invisible, entonces existen nuevamente otras excusas, justamente porque para los que no propenden a acreditar en un mundo del más Allá eso sería también demasiado terreno. No retrocederían en clasificar como fraude semejante prueba, de apuntar tal ser humano como lunático, un fantasista o incluso como un impostor. Sea demasiado terrenal o extraterrenal o las dos cosas juntas, siempre tendrán algo para criticar o dudar. Y no habiendo más al qué recurrir, lanzan entonces inmundicias, pasando también a ataques más fuertes, no recelando emplear actos de violencia.

¡Para convencer *esos tales*, pues, no es adecuado recurrir a sacrificios! Y aún menos para muchos de los así nombrados adeptos. Éstos juzgan, debido a una singular especie de arrogancia y a una creencia en la vida del más Allá, creencia en la mayoría de los casos algo confusa y fantástica, tener el derecho de presentar determinadas exigencias para, a su turno, “ver” o “vivenciar” algo. Esperan de sus guías señales del más Allá, como recompensa por su buen comportamiento. Se tornan, muchas veces, hasta ridículas las expectativas evidentes que viven exponiendo, así como la sonrisa de perdón benevolente con aires de sabiduría con que dejan trasparecer la propia ignorancia. Es veneno querer proveer también aún espectáculos a esas masas; pues, a causa de juzgarse muy sabios, tales experiencias son consideradas por ellos en lo máximo como horas de divertimento bien merecido, para lo que los del más Allá deben concurrir como artistas de circo.

Abandonemos, sin embargo, ahora una vez las experiencias de grande porte y examinemos las menores, como el movimiento de mesas. ¡Éstas no son en absoluto tan inofensivas conforme se piensa, al contrario, constituyen por la increíble facilidad de propagación un *peligro muy serio!*

¡De eso cada cual debería ser advertido! Los entendidos deben alejarse con horror, cuando ven con que irresponsabilidad se opera con tales cosas. Cuántos adeptos buscan mostrar su “sabiduría” en diversas ruedas, proponiendo experiencias ante movimiento de mesas, o entonces presentan en familias, sea sonriendo, sea bajo susurros misteriosos, las experiencias con letras y vasos u otros recursos, experiencias esas más parecidas con juegos, donde, ante el leve toque de mano por encima del vaso, éste se mueve o es atraído en dirección a diferentes letras, formando palabras. Con rapidez sinistra todo eso se desenvolvió a categoría de divertimientos sociales, donde son practicados bajo sonrisas, escarnio y a veces agradables escalofrios.

Diariamente se reúnen entonces, en familia, señoras mayores y jóvenes al rededor de una mesa, o incluso aisladamente, ante letras dibujadas en un cartón y que, siempre que posible, deben estar dispuestas de modo bien determinado, para que no le hagan falta ostentaciones místicas, incitando a la fantasía que, además, es ahí absolutamente dispensable; pues todo resultaría aún sin eso, cuando la respectiva persona posee alguna propensión para tanto. ¡Y de éstas hay innumerables!

Los modernos cientistas del espíritu y los dirigentes de los círculos de ocultismo se alegran ante el hecho de formarse ahí palabras y frases reales sin el influjo mental conciente o inconciente del practicante. Él debe, con eso, ser convencido, aumentando así el numero de adeptos del “oculto”.

¡Los escritos de orientación ocultista indican para eso, los oradores intervienen en favor, medios auxiliares son fabricados y vendidos, facilitando así todo ese abuso, y de esa forma cuasi todo el mundo del ocultismo se presenta como *servidero servo de las tinieblas*, en la sincera convicción de ser con eso sacerdotes de la Luz!

¡Esos acontecimientos por si sólo ya comprueban la completa ignorancia que reina en las tendencias ocultistas de este tipo! ¡Muestran que ningún de los que a eso pertenecen es *de hecho vidente!* No debe servir contraprueba, si alguno buen medium se ha desenvuelto aquí y allí de tales orígenes, o, al contrario, lo que es más cierto, si un buen medium, en el principio, fue atraído temporalmente para eso.

Las pocas personas que de antemano son predestinadas a eso tienen en su propio desenvolvimiento natural una protección vigilante y cuidadosa de especie enteramente diversa y que se extiende de escalón en escalón, protección ésta que los otros *no* disfrutan. ¡Dicha protección actúa, sin embargo, también sólo en un desenvolvimiento propio natural, sin ninguna ayuda artificial! Y eso exactamente porque solamente en todo cuando es natural es que reposa una protección como algo evidente.

Apenas cuando surja en eso la menor ayuda, sea por los ejercicios de la propia persona o advenga de otra parte por sueño magnético o por hipnosis, deja así de ser natural y de ese modo ya no más se ajusta totalmente a las leyes naturales, las únicas facultadas a ofrecer protección. Si a eso juntarse aún la ignorancia existente ahora por toda parte, entonces la fatalidad está ahí. El sólo *querer* jamás sustituirá la facultad cuando se trata de actuar. Nadie, sin embargo, debe ultrapasar la propia capacitación.

Evidentemente no está excluido que, entre los cientos de miles, que se dedican a esos juegos peligrosos, aquí y allí una persona escape impune y esté bien protegida. Del mismo modo, muchas otras solamente serán perjudicadas de una forma aún no perceptible terrenamente, de modo que solamente después de su desenlace habrán que reconocer,

repentinamente, qué tonterías de hecho cometieron. Sin embargo, también existen muchas que son alcanzadas por daños ya terrenamente visibles, aún que durante su existencia terrena tampoco nunca lleguen al reconocimiento de la verdadera causa.

Por esa razón, hay que ser explicado una vez el fenómeno de materia fina y espiritual durante estos juegos. Es del mismo modo sencillo, como todo en la Creación, y de forma alguna tan complejo, sin embargo, también mucho más grave de lo que muchos imaginan.

De la manera como la Tierra se presenta actualmente, las *tinieblas* ganaron supremacía sobre toda la materia, debido a la voluntad de la humanidad. Ellas se hallan, por lo tanto, en todas las cosas materiales, por así decir, como que en terreno propio y familiar a ellas, pudiendo, debido a eso, también actuar plenamente en la materia. Se hallan, por lo tanto, en su elemento, combaten en un terreno que bien conocen. Por ese motivo, en la actualidad, ellas se muestran superiores a la Luz en todo cuanto es material, es decir, de materia gruesa.

La consecuencia de eso es que en toda la materia la fuerza de las tinieblas es más fuerte de lo que la de la Luz. Sin embargo, en tales divertimientos, como el movimiento de mesas, etc., la Luz, es decir, algo elevado, no entra en absoluto en consideración. Podemos hablar en lo máximo de algo malo, por lo tanto, oscuro, y de algo mejor, por lo tanto, más claro.

Sirviéndose entonces una persona de una mesa o de un vaso, o, además, de cualquier objeto grueso-material, se coloca así en un terreno de lucha familiar a las tinieblas. Un terreno que todas las tinieblas consideran como suyo. Ella, así, les cede de antemano una fuerza, contra la cual no puede oponer ninguna protección eficiente.

Observemos, una vez, una actividad espírita o también cualquier divertimiento social con la mesa y sigamos ahí los fenómenos espirituales, mejor dicho, los de materia fina.

Cuando una o más personas se disponen al rededor de una mesa con la intención de entrar en contacto con los del más Allá, siendo que éstos se manifiesten a través de golpes, o a través de movimiento de la mesa, lo que es más común, a fin de a través de estos señales poder formar palabras, desde luego ese contacto material resulta atraer principalmente las tinieblas, que pasan a encargarse de los mensajes. Con gran habilidad se utilizan de palabras no raro pomposas, buscan contestar los pensamientos de las personas, fáciles de leer para ellos, en la forma deseada, sin embargo, las conducen siempre por veredas falsas en temas serios, y buscan, si eso ocurre frecuentemente, colocarlas poco a poco bajo su influencia siempre creciente, y así, lenta, mas, seguramente, arrastrarlas hacia bajo. Con eso, de forma muy astuta, dejan los desencaminados en la creencia de que están subiendo.

Caso, sin embargo, apenas de inicio o también en cualquier otra ocasión aparezca y se manifieste algún pariente fallecido o amigo, llegando a expresarse por intermedio de la mesa, hecho que ocurre frecuentemente, entonces el embuste aún se vuelve más fácilmente realizable. Las personas reconocen que debe ser realmente un determinado amigo que se manifiesta y por eso creen que es siempre él, cuando a través de la mesa lleguen cualquier comunicaciones, se mencionando como autor el nombre de aquél conocido.

¡Pero tal no es el caso! No solamente las tinieblas siempre atentas utilizan hábilmente el nombre, a fin de dar a los mensajes engañosos un aspecto lo más creíble posible, adquiriendo así la confianza de las personas indagadoras, pero va incluso hacia al punto de un elemento oscuro involucrarse en una frase iniciada por el amigo real, la terminando intencionalmente de modo falso. Ocurre entonces el hecho poco conocido de en la transmisión de una frase sencilla e ininterrumpida haber *dos* involucrados. Primero, el auténtico amigo, tal vez bien claro, por lo tanto, más puro, y después uno más oscuro, mal intencionado, sin que el indagador lo perciba algo de eso.

Las consecuencias de eso son fáciles de imaginar. El que confía es iludido y abalado en su fe. El adversario se utiliza del acontecimiento para el fortalecimiento de sus burlas y de sus

dudas, a veces para fuertes ataques contra la causa toda. En realidad, sin embargo, ambos están sin razón, debiendo todo ser atribuido a la ignorancia que predomina sobre todo ese campo.

El fenómeno, sin embargo, se desarrolla con toda su naturalidad: caso esté en la mesa un amigo más claro y verdadero, que se manifiesta a fin de satisfacer el deseo de aquél que formula las preguntas, y se entromete un espíritu oscuro, tendrá lo más claro que retroceder, pues lo más oscuro puede desenvolver una fuerza más fuerte, a través de la materia mediadora de la mesa, porque actualmente toda la materia es el campo de las tinieblas propiamente dicho.

Tal error comete el ser humano que elige cosas materiales, creando así de antemano un terreno desigual. Lo que es espeso, pesado, por lo tanto, oscuro, ya se encuentra en densidad más próximo de la materia gruesa de lo que aquél que es luminoso, puro y más liviano, y así, debido a la ligazón más estrecha, desenvuelve mayor fuerza.

Pero por su turno, lo que es más claro, y que aún puede manifestarse a través de la materia, dispone igualmente aún de una densidad hasta cierto grado contigua, pues del contrario tampoco sería más posible una ligazón con la materia para cualquier comunicación. Eso presupone una contigüidad con la materia, la cual lleva consigo, por su vez, la posibilidad de una macula, apenas cuando, a través de la materia, se realice la ligazón con las tinieblas. Para que no resulte en ese peligro, no resta otra cosa al más claro de lo que retirarse deprisa de la materia, es decir, de la mesa o de otros medios auxiliares, apenas cuando uno más oscuro se les apropie, para desconectar el aro intermediario, que constituiría un puente sobre el natural abismo separador y, con eso, protector.

No podrá ser evitado del lado del más Allá, entonces, que en tales casos la persona que se entrega a tales experiencias, se sirviendo de la mesa, haya que ser expuesta a las influencias bajas. Ha sido ella quien tampoco quiso otra cosa, por su propio modo de actuar; *pues el desconocimiento de las leyes tampoco consigue protegerla aquí.*

¡Con esos acontecimientos quedará aclarado para muchas personas mucho de lo que hasta ahora era inexplicable, innumerables contradicciones enigmáticas encuentran su solución, y ojala que ahora también muchas personas pongan de lado tales divertimientos tan peligrosos!

Del mismo modo minucioso, podrían entonces ser descritos también los peligros de todas las demás experiencias que son mucho mayores y más fuertes. Sin embargo, limitémonos mientras tanto a esos temas más usuales y diseminados.

Solamente un otro peligro debe aún ser mencionado. A causa de ese tipo de preguntas y de la exigencia de respuestas y consejos, las personas terminan se volviendo indecisas y dependientes. Lo contrario de aquello que la existencia terrena tiene por finalidad.

¡El camino es errado sea cual sea su dirección! Sólo resulta en daños, ninguna ventaja. Es un arrastrarse por el suelo, donde hay el peligro de encontrar siempre de nuevo gusanos repugnantes, de desperdiciar sus fuerzas y, por fin, quedar extenuado en el recorrido... ¡por nada!

¡Con esa “ansia de investigar”, sin embargo, resultan también grandes daños a los que se hallan en al más Allá!

A muchos oscuros es dada así la oportunidad, son con eso incluso directamente llevados a la tentación de practicar el mal, cargándose con nueva culpa, lo que, del contrario, no les sería tan fácil. Otros, sin embargo, debido al constante atamamiento a deseos y pensamientos, son impedidos en sus esfuerzos para acender. Por la observación clara de estos métodos de investigación se hacen patentes cuanto todo eso, muchas veces, es infantilmente porfiado, prepasado del más desconsiderado egoísmo sin consideración y al mismo tiempo tan tonto, que se llega a menear la cabeza y preguntar como es posible, a final, que haya quién quiera

abrir para la colectividad en general un territorio del cual él propio realmente no conoce siquiera un paso.

Es errado también que la investigación toda se desenrolle ante el público en general. Con eso se crea pista libre para los fantasistas y embusteros, *(Charlatanes, estafadores) y se hace difícil a la humanidad para adquirir confianza.

En ningún otro campo ya ha ocurrido eso. Y toda investigación, de la cual el pleno suceso hoy es reconocido, tuvo antes, en la fase de investigación, numerables malogros. ¡Pero no se permitía al público coparticipar tanto! Él se cansa de eso y, con el tiempo, pierde cualquier interés. La consecuencia es que, al encontrar finalmente la Verdad, la fuerza principal de un entusiasmo transformador y eficaz tuvo antes que perderse. La humanidad ya no consigue más cobrar ánimo para una alegría jubilosa que todo arrastra de forma convencedora.

¡Los reveses en el reconocimiento de caminos errados se tornan armas afiladas en las manos de muchos enemigos, los cuales pueden con el tiempo inculcar en cientos de miles de seres humanos una desconfianza tal, que esos dignos de lástima, por ocasión del surgimiento de la Verdad, no más desearán examinarla seriamente, por grande recelo de nueva ilusión! Tapan sus oídos, que de otra forma habrían abierto, perdiendo así el último lapso de tiempo que aún podía darles el deseo de escalar rumbo la Luz. ¡Con eso las tinieblas obtuvieron entonces una nueva victoria! ¡Pueden agradecer a los investigadores que les extendieron las manos para eso y que de prestimosos y orgullosos atribuyen a sí el título de dirigentes de las modernas ciencias del espíritu!

32. Caminos errados

¡Las criaturas humanas, con pocas excepciones, se hallan en un ilimitado engaño y, para ellas, funesto!

Dios no necesita correr tras ellas tampoco rogarles que crean en Su existencia. Tampoco Sus servos son enviados para advertir continuamente, para que no Le abandonen. Sería incluso ridículo. Es una depreciación y rebajamiento de la divinidad excelsa pensar y esperar tal cosa. Esta concepción errónea causa gran daño. Es alimentada por el procedimiento de muchos párrocos realmente serios, que en sincero amor a Dios y a los seres humanos buscan siempre de nuevo convertir criaturas humanas, orientadas solamente para lo que es terreno, convencerlas y conquistarlas para la iglesia. Todo eso solamente contribuye para aumentar desmedidamente ya la suficiente presunción existente del ser humano sobre su importancia, dando por fin a muchos la ilusión de que deben ser implorados para querer el bien. Eso también lleva consigo la extraña opinión de la mayoría de los “fieles”, que más bien representan ejemplos aterradores de lo que modelos. Millares y millares sienten en sí una cierta satisfacción, un sentimiento de elevación en la conciencia de que creen en Dios, que recitan sus oraciones con la seriedad que les es posible y que, intencionalmente, no causan daño al próximo.

En esa “sensación de elevación” interior ellos sienten una cierta compensación por el bien, un agradecimiento de Dios por su obediencia, perciben una especie de ligazón con Dios, en quien también a veces piensan con cierto estremecimiento sagrado, que causa o deja una sensación de bienestar, que disfrutan con felicidad.

Pero esas multitudes de fieles se engañan en el camino. Viven felices en una ilusión por ellas propias criada, que las deja inconcientemente sumarse a aquellos fariseos que llevaban sus pequeñas ofrendas con sentimiento de gratitud real, todavía, errado: “Te agradezco, Señor, porque yo no soy como aquellos”. Eso no es pronunciado, de hecho tampoco pensado, pero el “eufórico sentimiento” en el íntimo no significa más de lo que aquella inconciente oración de agradecimiento, que también Cristo ya ha declarado como falsa.

La “sensación de elevación” interior otra cosa no representa en tales casos sino la consecuencia de una auto-satisfacción provocada por la oración o por pensamientos intencionalmente buenos. ¡Los que se tienen como humildes se hallan, en general, muy lejos de ser realmente humildes! Muchas veces es preciso autodominio para hablar con tales fieles. ¡Jamás alcanzarán en tal estado el bienestar que ya suponen seguramente poseer! Que cuiden de no perderse de todo en su presunción espiritual, que consideran humildad. Muchos de los que hasta hoy todavía son incrédulos absolutos tendrán más facilidad para ingresar en el Reino de Dios de lo que todas las multitudes con su presuntuosa humildad que, en verdad, no se presentan ante Dios simplemente rogando, pero sí indirectamente exigiendo, para que Él las recompense por sus oraciones y palabras piadosas. Sus ruegos son exigencias, su manera de ser, hipocresía. Serán barridas de Su semblante como paja huera. Recibirán la recompensa, sí, pero solamente de modo diferente de lo que piensan. Se saciaron ya lo suficiente en la Tierra, en conciencia de su propio valor.

La sensación de bien-estar pronto desaparecerá en el traspase para el mundo de materia fina, donde se pone en evidencia la intuición íntima, aquí mal presentida, mientras el sentimiento hasta entonces predominantemente producido solamente por pensamientos se disipa en nada.

La expectativa íntima, silenciosa, denominada humilde, por algo mejor, nada más es en realidad de lo que una exigencia, incluso cuando expresada de manera diferente en palabras, por más bellas que sean. Cada exigencia es, sin embargo, una arrogancia. ¡Solamente Dios debe

exigir! Tampoco Cristo vino rogando hacia las criaturas humanas con su mensaje, sino advirtiendo y exigiendo. Dio, si, aclaraciones sobre la Verdad, pero no expuso atrayentes recompensas ante los ojos de sus oyentes para, de esa manera, estimularles a tornarse mejores. Él ordeno a los que buscaban con seriedad, serena y severamente: ¡Id y actuad de acuerdo!

Exigiendo se halla Dios ante la humanidad, no atrayendo ni suplicando, no quejándose ni lamentando. ¡Tranquilamente abandonará en las tinieblas todos los malos, incluso todos los indecisos, para no más exponer a los ataques aquellos que anhelan a las alturas, y para dejar que los otros vivencien profundamente todo cuanto consideran cierto, a fin de que puedan llegar al reconocimiento de su error!

33. Seres humanos ideales

Queremos, sin embargo, mejor decir: ¡seres humanos que quieren ser ideales! Pero también aquí deben ser excluidos, en primer lugar, muy cuidadosamente, todos aquellos que así se nombran, o que con placer permiten que así sean llamados, pero que tampoco pertenecen a los que quieren ser ideales. Se trata de la grande clase de personas de ambos los sexos, débiles y soñadoras, a las cuales aún se adjuntan las personas dotadas de fantasías, que nunca pudieron aprender a dominar su don y utilizarlo de manera útil. Deberán ser excluidas igualmente aquellas que siempre están insatisfechas con las condiciones existentes y atribuyen este descontentamiento al hecho de ser dotadas de forma más ideal de lo que todas las demás, no encajándose por lo tanto en su época. Entonces encontramos aún las masas de los así llamados “incomprendidos”, de ambos los sexos, constituidos en la mayor parte por mozas y señoras. Este tipo de seres humanos imagina ser incomprendido. Es decir, hablando muy claramente, viven permanentemente en la ilusión de llevar en sí un tesoro de valores que la otra parte, con la cual en el momento se relacionan, no es capaz de reconocer. En la realidad, sin embargo, en tales almas ni tampoco se encuentran tesoros ocultos, pero en lugar de éstos solamente una fuente inagotable de deseos desmedidos, jamás saciables.

Se puede tranquilamente denominar todos los así llamados seres humanos incomprendidos simplemente de “imprestables”, a causa de mostrarse imprestables para la autentica vida en el presente, tendiendo solamente para lo irreal y en parte incluso para la imprudencia. Siempre, sin embargo, hacia aquello que no condice con una vida terrena sana. El camino de tales mozas y señoras eternamente incomprendidas, sin embargo, conduce, lamentablemente, muchas veces a una vida que comúnmente se denomina de “imprudente”, inmoral, porque siempre solamente quieren dejarse “consolar” con mucho placer, mucha facilidad y también demasiada frecuencia, al que una cierta especie de hombres naturalmente sabe y hace provecho inescrupulosamente. Pero, justamente esas incomprendidas también serán y permanecerán siempre, en todos los sentidos, indignas de confianza. Se tienen en cuenta como ideales, sin embargo son totalmente sin valor, de modo que, para una persona sincera, que no nutre bajas intenciones, sería mejor que saliese de sus caminos. Sería inútil prestar auxilio. A ellas se les acercan también así siempre solamente “consoladores” con *malas* intenciones, con lo que la reciprocidad se deflagra ahí muy rápidamente; pues cerca del corazón o en los brazos de un así nombrado consolador una joven incomprendida, o una tal señora, ya después de pocos días o semanas, se sentirá nuevamente “incomprendida” y querrá un nuevo estado de ser comprendida, porque, además, tampoco sabe lo que realmente quiere. ¡A todos estos grupos imprestables se agrega, aún por fin, también el grupo de los soñadores inofensivos! Aparentemente, inofensivos como los niños. La ingenuidad de un tal soñador, sin embargo, sólo existe en relación al efecto contra él propio, sobre su propia personalidad, y no, sin embargo, sobre su ambiente y todas las personas con las cuales entra en contacto. Para *muchos*, un así inofensivo soñador ya obra, por la charla, directamente como un veneno de lenta acción, destruyendo, corroyendo, porque, con sus explicaciones de ideas, él es capaz de arrancarlos de la vida terrena normal y por lo tanto sana, para conducirlos hacia el reino de lo que es impropio, irreal para la época terrena. Sin embargo, bien notado: yo no digo que un tal soñador sea impuro o incluso malo, al contrario. Puede él querer lo *mejor*, pero siempre lo deseará de modo irreal para la Tierra, irrealizable en la practica, y por lo tanto no obra de modo benéfico para la existencia terrena, sino dificultando, destruyendo.

Sin embargo, también entre los seres humanos entonces restantes “que anhelan por ideales” debemos hacer una división más, observar con criterio. Encontramos entonces aún dos categorías más: personas que “buscan seguir” ideales y personas que anhelan por ideales. Las personas que buscan seguir ideales son, en su mayoría, débiles, que desean

constantemente por algo que, además, jamás puede ser alcanzado. Por lo menos no en la Tierra, y las cuales, por lo tanto, jamás podrán ser realmente felices o al menos alegres. Están muy cerca del grupo de los “incomprendidos” y terminan, con el tiempo, cayendo en un sentimentalismo mórbido que no conduce a nada de bueno. Si, entonces, hubiéramos separado de tal forma rigurosa, debemos, hablando figuradamente, buscar de hecho con la linterna durante el día los que aún restan por fin, tan pocos que son. Estos pocos, sin embargo, aún no pueden ser nombrados de “seres humanos ideales”, sino, conforme ya he dicho, personas que “anhelan por ideales”. Considerando anhelar por ideales como una facultad personal que obra en la Tierra. *Éstos* son, sólo entonces, los seres humanos que pueden ser plenamente valorizados, que tienen bajo su puntería, sí, un gran blanco, muchas veces grandioso, jamás ahí llegando, sin embargo a vacilar, pero que se firman solidamente en la vida terrena con ambos los pies, a fin de no perderse en aquello que es irreal para la Tierra. Se empeñan, escalón por escalón, con visión sana y mano habilidosa en dirección hacia el blanco ampliamente planificado, sin, sin embargo, perjudicar otras personas inmerecidamente. El provecho que tal especie de seres humanos proporciona raramente se extiende a solamente algunas personas. Una exploración de cualquier especie jamás entrará ahí en cuestión, considerando que entonces la denominación “anhelar por ideales” no se justificaría. Y cada persona puede y debe ser alguien que anhele por ideales, sea cual sea la actividad que desenvuelva aquí en la Tierra. Puede con eso ennoblecer cualquier especie de trabajo y darle finalidades amplias. Pero jamás debe olvidarse ahí de mantener todo en el ámbito de la *vida terrena*. Si lo ultrapasa, se tornará irreal para la Tierra y por lo tanto enfermo. La consecuencia es que jamás se conseguirá un *progreso*, lo que es condición básica y característica de todo cuanto anhela por ideales. En la Tierra, el ser humano tiene el deber de colocar como blanco lo que para él es lo más alto alcanzable y de empeñarse con todas las fuerzas para atingir este blanco. ¡Como *ser humano*! Eso excluye, de antemano, que se esfuerce tan solamente por la comida y bebida como los animales, conforme lo hacen lamentablemente tantas personas, o que se permita azotar por el intelecto, a fin de adquirir grandeza o celebridad puramente terrenas, sin visar ahí, como finalidad principal, el bien general y la elevación de la humanidad. Todos éstos valen para la Tierra menos de lo que los animales, porque un animal siempre es, sin artificios, *integralmente aquello* que debe ser, aunque su finalidad sirva solamente para conservar alertas las criaturas, a fin de que no se establezca un relajamiento que estorba, que podría tener como consecuencia la decadencia y la descomposición, considerando que el *movimiento* en la Creación permanece condición vital. ¡*Estar alerta*! ¡El ser humano que realmente anhela por ideales es reconocido, por lo tanto, por buscar *eleva* todo lo que existe en la Tierra, no acaso en el sentido intelectual de aumento de poder, pero sí en lo de *ennoblecimiento*! Todas sus ideas tendrán, sin embargo, incluso la posibilidad de realización terrena, resultando provecho, tanto para la persona individual como también para la colectividad, mientras que las personas que solamente quieren ser ideales se complacen en ideas, las cuales son imposibles de ser aprovechadas de modo práctico en una vida terrena sana, pero que solamente desvían de ella, conduciendo para un mundo de sueños, que resulta el perjuicio de dejar sin aprovechar el presente para la madurez de su espíritu, que cada ser humano, en su vida actual, debe formar y desenvolver.

Por lo tanto, tomado en serio, también las personas con pensamientos ideales comunistas son nocivas a la humanidad, porque la concretización de éstos sólo resultaría en algo de enfermo, a pesar de ellas, por sí propias, desear el bien. Se asemejan a constructores que montan cuidadosamente *en la oficina* una casa para un otro local. Ella parece vistosa y bella... en la oficina. Pero cuando transportada para el verdadero terreno, se halla desequilibrada y poco firme, de modo que no puede ser habitada por nadie, porque el suelo era desigual y no dejó nivelarse, a pesar de los mayores empeños y esfuerzos. Los constructores se olvidaron de tomarlo en cuenta. ¡No consideraron la evaluación correcta de lo existente que, para esta

construcción era esencial e inalterable! ¡Alguien que realmente anhele por ideales, así no lo hace!

¡Las ideas comunistas ideales no pueden, en su ejecución, crecer del suelo, tampoco en él ser ancladas, ni tampoco a él conectadas, considerando que a este suelo, los seres humanos ni tampoco se adaptan! Es demasiado desigual y así permanecerá siempre, porque no es posible conseguirse una madurez uniforme de todos los seres humanos en la Tierra. ¡Habrá siempre y siempre una gran diferencia en la respectiva madurez, porque los seres humanos individuales, espiritualmente, son y seguirán siendo personalidades totalmente *distintas*, que solamente podrán desenvolverse de manera diferente, visto que de estas personas espirituales jamás deberá ser quitado el libre arbitrio *sobre si propias*! ¡El libre arbitrio de hasta entonces, obrando *externamente*, ha sido quitado de la humanidad con la transición universal, causada por la encarnación de la Voluntad de Dios en la Tierra, la cual ahora, de modo totalmente natural, tiene que dominar la voluntad humana, porque se halla arriba de ésta y es más fuerte! ¡Solamente interiormente podrá cada uno, individualmente, decidir *una vez* aún sobre el camino de su espíritu, que lo conduce hacia la luz de la subsistencia o hacia la oscuridad de la desintegración! Buscad ahora reconocer en la Tierra los seres humanos que verdaderamente anhelan por ideales, a fin de apoyar sus obras, porque ellos, edificando, solamente proveerán beneficios. —

34. Lanzad sobre él toda la culpa

Esta frase, tan frecuentemente empleada, es uno de los principales tranquilizantes de todos cuantos se nombran cristianos fieles. Pero, el calmante es una toxina que produce embriaguez. Como muchas toxinas que son utilizadas en enfermedades solamente para entorpecer dolores físicas, resultando así una tranquilidad aparente, igual ocurre en relación espiritual con las palabras: “¡Lanzad sobre él toda la culpa; pues él nos ha libertado y a través de sus heridas estamos curados!”

Toda vez que esto es considerado por los fieles como una de las columnas básicas de las doctrinas eclesiásticas cristianas, actúa entre ellos aún más devastadoramente. Edifican sobre ella toda su sintonización interior. Por lo tanto, sin embargo, ingresan en un lío mortal de una creencia ciega, en lo cual consiguen ver todo lo más solamente aún muy turbado, hasta que por fin toda la imagen se disloca y sobre la Verdad baja un velo gris, de modo que sólo pueden encontrar aún un apoyo en la construcción artificial de teorías desfiguradoras, que habrá que caerse con ellas, en el día del reconocimiento.

“¡Lanzad sobre él toda la culpa...!” ¡Vana ilusión! ¡Como fuego pasará la Verdad por entre las legiones de doctrinadores falsos y de los fieles indolentes y, inflamando, quemará todo lo inverídico! Cómodamente, masas aún hoy se complacen en la creencia de que todo cuanto el Salvador hizo y sufrió ha sido a causa de ellas. En la indolencia de su pensar, lo denominan osado, ultrajante por parte de cada persona que presume que también tiene que contribuir personalmente con algo para poder entrar en el cielo. A tal respecto muchos disponen de una admirable modestia y humildad, que en otros aspectos en vano se puede procurar en ellos. Según su opinión, equivaldría a una blasfemia dar lugar, aunque muy atenuada y tímidamente, al pensamiento de que la bajada del Salvador a la Tierra y los sufrimientos y la muerte, que así ha tomado para sí, aun no pudiesen bastar para borrar los pecados de todos aquellos seres humanos que no más dudan de su existencia terrena de antaño.

“Lanzad sobre él toda la culpa...” piensan ellos con fervorosa devoción y no saben lo qué realmente hacen. ¡Duermen, pero su despertar un día será horrible! Su creencia aparentemente humilde nada más es sino vanidad e ilimitada soberbia, al suponer que un Hijo de Dios baje, a fin de prepararles servilmente el camino, en lo cual entonces podarán trotar como toscos, directamente hacia el reino del cielo. En la realidad, cualquiera debería reconocer inmediatamente y sin más tardanza tal vacuidad. ¡Ella solamente puede haber surgido del más indescriptible comodísimo e irresponsabilidad, si no fuese porque la astucia la haya criado como artificio para fines de ventajas terrenas!

La humanidad se ha perdido en millares de caminos errados, iludiéndose a sí misma con su creencia vana. Que degradación de Dios hay ahí. Qué es el ser humano para osar esperar que un Dios enviase Su Hijo Primogénito, es decir, una parte de Su propia vitalidad inenteal, para que los seres humanos pudiesen echarle el lastre de sus pecados, solamente para que ellos mismos no necesitasen esforzarse en lavar sus vestes sucias y redimir la situación oscura con que se sobrecargaron. ¡Ay de los que hubieren que prestar cuentas un día por tales pensamientos! ¡Es la más atrevida macula a la sublime divinidad! La misión de Cristo no fue así banal, pero sí elevada, apuntando de modo exigente hacia el Padre.

Ya una vez me referí a la grande obra de redención del Hijo de Dios. *(Disertación Nro. 14: El Redentor) Su grande obra de amor brotó en el Aquí y en el más Allá, y trajo frutos de toda especie. En ese intervalo, sin embargo, personas convocadas solamente por seres humanos buscaban muchas veces pasar por convocadas por Dios, tomaban con manos profanas las puras enseñanzas y, las obscureciendo, las arrastraban hacia su dirección, hacia bajo. La

humanidad, que en ellas confiaba sin examinar seriamente la palabra que enseñaban, cayó junto. El núcleo elevado de la Verdad divina fue envuelto con estrechezas terrenas, de modo que la forma tal vez haya se conservado, sin embargo, todo el fulgor ha sucumbido en el deseo por el poder y ventajas terrenas. Solamente un pálido crepúsculo reina allí donde podía existir el más claro resplandor de vida espiritual. De la humanidad suplicante ha sido robada la joya que Cristo Jesús trajo para *todos cuantos anhelan por eso*. Desfigurado por el envoltorio de deseos egoístas, a los que buscan es apuntado un camino errado, lo cual no solamente hace con que ellos pierdan tiempo precioso, sino incluso los impele muchas veces hacia los brazos de las tinieblas.

Rápidamente, doctrinas erradas tomaron vida. Sofocaron la sencillez, la Verdad, y la cubrieron con un manto centelleante de cuya pujanza de colores, sin embargo, emanan peligros como en las plantas venenosas, entorpeciendo todo lo que se les acerca, con lo que la vigilancia de los fieles sobre si mismos debilita, por fin, se apaga. ¡Con eso se pierde también toda la posibilidad de ascensión para la verdadera Luz! Una vez más resonará el grande llamado de la Verdad por todos los países. Entonces, sin embargo, vendrá el ajuste de cuentas para cada uno, por el destino que ha tejido para si mismo. Los seres humanos, finalmente, recibirán aquello que hasta ahí han defendido con persistencia. Habrán que vivenciar todos los errores que establecieron en sus deseos o pensamientos atrevidos, o a los cuales buscaron seguir. Para muchos, la consecuencia será un aullar salvaje, y empezará un chocar de dientes, causado por el miedo, por la rabia y por el desespero.

Los así pesadamente alcanzados por el mal y condenados en el Juicio intuirán entonces, de inmediato, como siendo injusticia y dureza, apenas cuando sean empujados hacia *aquella* realidad, la cual ellos, en su vida terrena, hasta entonces querían reconocer como siendo la única verdadera, con la cual también continuadamente proveyeron sus semejantes. ¡Entonces aquel Dios aún debe ayudar, a Quién ellos confrontaban con tan ilimitada arrogancia! A Él implorarán, llamarán por Él, también esperarán que Él, en Su divinidad, perdone fácilmente también las peores cosas a los homúnculos “ignorantes”. Él, súbitamente, será demasiado “grande”, según su suposición, para poder tener rencor de tal cosa. ¡Él, lo Cual ellos hasta ahora tanto vilipendiaron!

¡Sin embargo, Él *no* les dará oídos, *no* más les ayudará, porque antes no quisieron oír Su Palabra, que Él les ha enviado! Y ahí hay justicia, que nunca puede ser separada de Su gran amor.

Era deber de los seres humanos examinar *la propia Palabra*, que Él les dio. Aunque si no quisiesen reconocer Sus mensajeros como tales. A ellos resonará, por lo tanto, de forma retumbante: “¡Vosotros no lo quisisteis! ¡Por lo tanto, seáis ahora exterminados y borrados del Libro de la Vida!”

35. El crimen de la hipnosis

¡Extraño! Hace veinte años, todavía vociferaban contra la afirmación de que la hipnosis realmente existe, adelante de todos ahí estaban los médicos. No se intimidaron de llamar la hipnosis de trampa y fraude, conforme poco antes ya habían hecho con el magnetismo terapéutico, que hoy se ha convertido en una gran bendición para muchos. Los que lo practicaban eran atacados mordazmente, llamados de charlatanes y trapaceros.

Hoy, por su turno, son justamente los médicos que en gran parte se han apropiado de la hipnosis. Lo que hace veinte años todavía ha sido negado con las más severas expresiones, actualmente defienden.

Eso puede ser analizado por dos lados. Quien ha examinado de modo muy objetivo la lucha encarnizada de aquél tiempo no podrá hoy dejar de reprimir naturalmente una sonrisa, cuando nuevamente tiene que observar cómo los fervorosos adversarios de antaño buscan, ahora, aún con mayor fervor, emplear la hipnosis por ellos tan desdeñada. Por otra parte, tiene que ser reconocido, por su turno, que tal transformación casi grotesca aún así también merece aprecio. Necesario es cierto coraje para exponerse al peligro del ridículo, que justamente en este caso está muy cerca. Se debe reconocer ahí la sinceridad, que realmente desea ser útil a la humanidad y, por ese motivo, no retrocede incluso ante aceptar un tal peligro.

Lamentable es solamente que desde ahí no se haya sacado lecciones también para el futuro, tornándose más cauteloso en los juicios y – digamos tranquilamente – en las acciones hostiles, cuando se trata de cosas que pertenecen al mismo campo en que la hipnosis se encuentra. Lamentablemente nuevamente hoy, en muchos otros sectores de ese mismo dominio, se procede de modo idéntico y casi aún peor, a pesar de todas las experiencias. Sin embargo, el mismo espectáculo habrá por fin que repetirse, lo cual, sin transición, se defiende repentinamente con fervor, algo que hasta ahora se buscaba negar con tanta tenacidad. Aún más, que se busca inescrupulosamente por todos las formas tener tantas cosas solamente en las propias manos, para ejecución, cuyo investigar y descubrir ha sido dejado inicialmente, de modo cauteloso y bajo continuo combate, para los demás, en la mayoría de las veces para los así llamados “laicos”. Si esto, entonces, aún pueda ser designado como un mérito o una acción de coraje, resta saber. Al contrario, es mucho más probable que esas eternas repeticiones también puedan colocar bajo una otra luz las acciones ya mencionadas como mérito. Hasta ahí, lo resultado de una análisis *superficial*.

Mucho más grave, sin embargo, se torna cuando se conoce bien los *efectos del empleo* de la hipnosis. Que la *existencia* de la hipnosis, a final, haya encontrado reconocimiento y confirmación, cesando así los ataques llenos de locuacidades de la ciencia que, según la experiencia actual, revelan solamente ignorancia, es bueno. Pero que, con eso, bajo la protección favorecedora de los adversarios de hasta entonces, que se han tornado repentinamente concientes, también *el empleo* haya encontrado tan amplia propagación, prueba que los tales entendidos se hallan mucho más lejos del legítimo reconocimiento de lo que los tan difamados laicos, que inicialmente investigaban.

Es estremecedor saber qué desgracia así resulta del hecho de millares que se entregan hoy, llenos de confianza, a las manos llamadas convocadas, a fin de someterse a una hipnosis, voluntariamente, por ser persuadidos a eso o, lo que es lo más condenable, que sin su conocimiento sean de esa forma violentados. ¡Aunque todo ocurra con las mejores intenciones de con eso querer hacer algo de bueno, no altera en nada los inconmensurables daños que esa practica causa *en todo caso!* Manos convocadas *no* son las que utilizan la hipnosis. Convocado solamente puede ser aquel que es totalmente versado en el campo a que pertenece todo aquello que utiliza. ¡En el caso de la hipnosis sería el campo de materia fina! Y quién

conoce realmente ese campo, sin que presuntamente solamente lo imagine, *jamás utilizará la hipnosis*, en cuanto quiera lo mejor para su prójimo. Excepto que quiera perjudicarlo pesadamente con pleno conocimiento. ¡Consecuentemente, se peca por dondequiera que la hipnosis llegue a ser practicada, no importando tratarse de laicos o no! ¡En cuanto a eso, no existe una sola excepción!

Aunque se busque, con la mayor sencillez, pensar solamente dentro de la lógica, hay que llegarse a la conclusión de que, en la realidad, se trata de ilimitada irresponsabilidad lidiar con algo, cuyo alcance solamente puede ser comprendido en los más restringidos escalones, y cuyo efecto final es aún desconocido. Cuando tal irresponsabilidad en los temas del bien y del mal del prójimo no solamente resulta daños a la respectiva persona de la experiencia, sino la responsabilidad recae doblemente pesada también sobre el practicante, entonces eso no provee tranquilidad. Las personas, de preferencia, no deberían entregarse con tanta confianza a algo que ellas mismas tampoco conocen a fondo. Si eso se procesa sin su conocimiento y su voluntad, semejante procedimiento correspondería a un legítimo crimen, aunque ejecutado por manos denominadas convocadas.

Toda vez que no se supone que todos los que trabajan con la hipnosis tengan la intención de perjudicar el prójimo, resta solamente constatar el hecho de que ellos ignoran totalmente la naturaleza de la hipnosis, hallándose completamente sin comprensión ante las consecuencias de su propia actividad. Con relación a eso tampoco existe la menor duda; pues solamente una cosa u otra es considerada. Por lo tanto, resta solamente la incompreensión.

¡Si una persona utiliza la hipnosis en su prójimo, *ata así el espíritu de éste!* Ese atamiento en sí es un delito o un crimen espiritual. No elimina la culpa, si la hipnosis es utilizada con la finalidad de cura de una enfermedad del cuerpo o como medio para una mejora psíquica. Tampoco puede ser presentado como defensa el hecho de que, con las alteraciones anímicas conseguidas para el bien, también el querer del sometido haya mejorado, de modo que la persona tratada por la hipnosis haya conferido provechos con eso. Vivir y actuar en tal creencia es una auto-ilusión; porque solamente aquello que un espíritu emprende por voluntad enteramente *libre* y no influenciada puede traerle el provecho de que necesita para una real ascensión. Todo lo demás son exterioridades que solamente transitoriamente pueden traerle aparente provecho o daño. Cada atamiento del espíritu, para cualquier finalidad que ha ocurrido, constituye un embarazo absoluto en la posibilidad del progreso indispensable. Sin tomar en cuenta que un tal atamiento resulta mucho más peligros de lo que ventajas. Un espíritu así atado se halla no solamente accesible a la influencia del hipnotizador, sino, hasta cierto punto, a pesar de una eventual prohibición por parte del hipnotizador, queda también expuesto indefenso a otras influencias de la materia fina, por hacerle falta, a causa del atamiento, la protección tan necesaria, la cual, únicamente, puede ofrecerle la libertad absoluta de acción. El hecho de los seres humanos nada percibir de esas luchas continuas, de los ataques y de la propia defensa, eficaz o no, no excluye la vivacidad en el mundo de materia fina y su propio actuar en conjunto ahí.

Cada uno que es sometido a una hipnosis eficiente ha sido, por lo tanto, más o menos fuertemente impedido en el progreso real de su núcleo más profundo. Las circunstancias exteriores, hayan ellas se tornado con eso aún más desfavorables, o aparente y transitoriamente benéficas, sólo representan un papel secundario, por lo tanto, tampoco deben ser determinantes para una evaluación. ¡*En todo caso el espíritu tiene que permanecer libre*, porque a final se trata única y exclusivamente de él!

Supongamos que ocurra una mejoría exteriormente reconocible, en lo que los que trabajan con la hipnosis tanto les gustan firmarse, entonces la respectiva persona, en la realidad, no tiene lucro alguno con eso. Su espíritu atado no consigue obrar de inmediato en la materia fina de manera criadora, como un espíritu enteramente libre. Las creaciones de

materia fina, que se originan por su voluntad tullida o forzada, son desprovistas de fuerza, por haber sido formadas solamente por una segunda mano, y pronto secan en el mundo de materia fina. Por esa razón su voluntad tornada mejor no le puede traer aquel provecho en la reciprocidad, que infaliblemente se espera en los actos criadores del espíritu libre. De modo idéntico, naturalmente, también ocurre cuando un espíritu atado desea y ejecuta algo malo a mando de su hipnotizador. Por la falta de fuerza de las acciones creadoras de materia fina, éstas desaparecerán pronto, a pesar de las malas acciones de materia gruesa, o serán absorbidas por otras especies iguales, de manera que una reciprocidad de materia fina ni puede ocurrir, por lo que a las personas así forzadas puede resultar una responsabilidad terrena, no sin embargo una responsabilidad espiritual. *Idéntico es el proceso, en se tratando de locos.* A través de eso vemos, una vez más, la justicia sin lagunas del Criador, que se efectúa en el mundo de materia fina a través de las leyes vivas, inalcanzable en su perfección. Una persona así forzada, a pesar de las malas prácticas a causa del deseo ajeno, no podrá ser alcanzada por ninguna culpa, pero tampoco por alguna bendición, porque sus mejores actos han sido ejecutados bajo la voluntad de otro, en los cuales ella no ha tomado parte como “yo” autónomo.

En lugar de eso, ocurre sin embargo, algo diferente: el atamiento forzado del espíritu por medio de la hipnosis prende, concomitantemente, la persona que practica hipnosis a su víctima como si con cadenas muy fuertes. Y no la libera, mientras no haya ayudado a la persona, violentamente embargada en su propio libre desenvolvimiento, a progresar al punto que debiera haber alcanzado, si no tuviese realizado aquel atamiento. Tendrá de ir, después de su muerte terrena, hasta allá donde vaya el espíritu por ella atado, aunque sea hasta las mayores profundidades. Lo que, por lo tanto, espera tales seres humanos, que mucho se ocupan con la práctica de la hipnosis, es fácil de imaginar. Cuando, al despertar después de su muerte terrena, llegan de nuevo a la lucidez, verificarán aterrorizados cuántos atamientos los agarran a personas ya fallecidas anteriormente, así como a otras que aún peregrinan en la Tierra. A ninguno de ellos se les podrá perdonar. Aro por aro, él tendrá que deshacerlos, aunque con eso pierda milenios. Es probable, sin embargo, que con eso no más pueda llegar completamente hasta el fin, pero sí sea arrastrado a la descomposición, que destruye la personalidad de su propio “yo”;

¡pues él ha pecado gravemente contra el espíritu!

36. Astrología

De arte regia es llamada, y no sin acierto. No, sin embargo, por ser la soberana entre todas las artes, tampoco por ser reservada solamente a los reyes terrenos, pero quien la consiguiese practicar realmente estaría apto a asumir espiritualmente una categoría regia, porque con eso se tornaría dirigente de la realización y de la no realización de muchos acontecimientos.

Pero no existe un único ser humano terreno, al cual sean confiadas esas facultades. Por lo tanto, todos los trabajos en ese sentido deben permanecer tristes intentos, no confiables, en cuanto considerados serios por los que las practican, criminosos, en cuanto, en lugar de la profunda seriedad, cooperan ahí la presunción y la fantasía malsana.

El mero calculo astrológico, además, poco puede servir; porque a las irradiaciones de los astros pertenece, como verdadera fuerza del efecto, también incondicionalmente la materia fina viva, en toda su actividad, como, por ejemplo, el mundo de las formas de pensamientos, del karma, las corrientes de las tinieblas y de la Luz en la materialidad, y muchas cosas más. ¿Cuál ser humano puede vanagloriarse de abarcar todo eso de modo nítido y claro, incluso los abismos más profundos e incluso las alturas más elevadas de la materialidad?

Las irradiaciones de los astros forman solamente los caminos y los canales, a través de los cuales todo lo que es vivo en la materia fina puede llegar más concentradamente a un alma humana, a fin de allí realizarse. Hablando en forma figurada, se puede decir: los astros dan la señal para las épocas en que las acciones de efecto retroactivo a través de la conducción de sus irradiaciones pueden fluir más concentrada y cerradamente sobre el ser humano. A las irradiaciones desfavorables u hostiles de los astros se congregan en la materia fina acciones retroactivas malas pendientes destinadas al respectivo ser humano, a las irradiaciones favorables, a su vez, solamente las buenas, de acuerdo con la igual especie. Es por eso que los propios cálculos no son de todo destituidos de valor. Pero es condición indispensable que, en la ocasión de las irradiaciones desfavorables de un ser humano, haya también efectos retroactivos desfavorables o, por ocasión de las irradiaciones benéficas, efectos retroactivos benéficos. Al contrario, será imposible cualquier efecto. A su vez, sin embargo, también las irradiaciones de los astros no son por acaso fantasmagóricas, ineficaces por sí mismas sin ligazón con otras fuerzas, pero poseen también efectos naturales, dentro de una cierta *restricción*. Si para determinada persona solamente hubiera acciones de retorno maléficas en el mundo de materia fina, listas para actuar, tal actividad, sin embargo, quedará bloqueada, reprimida o por lo menos bastante represada en los días u horas de irradiaciones astrales benéficas, según la especie de las irradiaciones. De idéntico modo, evidentemente, también lo revés, de manera que, en los efectos retroactivos benéficos en actividad, lo favorable queda bloqueado por la irradiación desfavorable por el tiempo correspondiente a las irradiaciones.

Por consiguiente, aun que los *canales* de las irradiaciones siderales *corran vacíos* a causa de la falta de efectos de *igual especie*, sirven al menos como *bloqueo* temporario contra efectos recíprocos de especie diferentes eventualmente en actividad, de modo que nunca permanecen de todo sin influencia. Solamente no pueden, precisamente las irradiaciones de todo benéficas, traer siempre algo de bueno o las irradiaciones malas siempre algo de malo, si para la respectiva persona en los efectos recíprocos tal cosa no esté disponible.

A ese respecto los astrólogos no pueden decir: “Entonces, por lo tanto, tenemos de hecho razón”. Pues ese tener razón es solamente condicional y *muy* restricto. No justifica las afirmaciones muchas veces arrogantes y las promociones comerciales. Canales vacíos de las irradiaciones de los astros pueden de hecho resultar interrupciones, sin embargo, nada más ni de bueno ni de malo. Se debe admitir, a su vez, que en cierto sentido la interrupción temporaria de malos efectos también ya es propiamente algo de bueno. Pues provee, a quien

se halla fuertemente molesto por el mal, un tiempo para tomar aliento y con eso fuerzas para seguir soportando.

Los cálculos de los astrólogos, a pesar de todo, podrían ser bien recibidos, si no se diese atención a las innumerables fanfarrónicas y a la propaganda de tantos. Contribuyen, sin embargo, aún otras circunstancias importantes que tornan tales cálculos muy dudosos, de modo que ellos, en la realidad, en general producen más daños de lo que provechos.

En la verdad, no entran en cogitación solamente los pocos astros que hoy están a la disposición de los astrólogos para los cálculos. Innumerables otros astros, ni siquiera conocidos por los astrólogos, reduciendo los efectos, fortaleciendo, cruzando y dislocando, cumplen un papel tan grande, que el resultado final del cálculo muchas veces puede ser totalmente opuesto a lo que al mejor astrólogo es posible decir actualmente.

Por fin, un punto más es decisivo, lo mayor y lo más difícil: ¿éste es el *alma* de cada ser humano individual! ¡Solamente aquel que, a pesar de todas las otras exigencias, es capaz de pesar con exactitud cada una de esas almas, hasta el último grado, con todas sus facultades, características, complicaciones kármicas, y en todos sus empeños, por último, en su verdadera madurez o inmadurez en el más Allá, podría tal vez osar hacer cálculos! Aunque las irradiaciones astrales puedan ser benéficas para un ser humano, nada de luminoso podrá alcanzarlo, es decir, nada de bueno, si él tenga en su alrededor mucho de tinieblas, debido al estado de su alma. En el caso opuesto, sin embargo, la persona cuyo estado anímico solamente permite en su alrededor la limpidez y lo que es luminoso, la más desfavorable de todas las corrientes astrales no podrá oprimir tanto que ella sufra serios daños, por último, todo habrá que volverse siempre hacia el bien. La omnipotencia y la sabiduría de Dios no son tan unilaterales como tienen en sus cálculos los discípulos de la astrología. Él no sincroniza el destino de Sus seres humanos, es decir, su bien y su mal solamente a las irradiaciones de los astros. Éstas, sí, cooperan vigorosamente no solamente en relación a cada ser humano aisladamente, pero en relación a todos los fenómenos mundiales. Sin embargo, también ahí ellas son meros instrumentos, cuya actuación no solamente está en conexión con muchas otras, pero también con eso permanecen dependientes, en sus posibilidades, de todos los efectos. Aún cuando tantos astrólogos suponen trabajar por convicción interior, bajo sugerencia, inspiración, entonces eso no puede contribuir tanto para una profundidad, que se permita depositar mucho mayor confianza en la aproximación de una realidad de los cálculos.

Las intuiciones de éstos no pueden venir de un lugar elevado, permanece, desde Allá, un velo antepuesto, debido al inmensurable abismo que se halla entre el espíritu que todo abarca y la humanidad. Los cálculos permanecen fragmentos unilaterales, insuficientes, con lagunas, en resumen: imperfectos, por lo tanto errados. Llevan inquietud entre los seres humanos. La inquietud, sin embargo, es la enemiga más peligrosa del alma; pues estremece la muralla de protección natural, dejando justamente así entrar muchas veces lo que es del mal, que al contrario no habría encontrado cualquier entrada. Inquietos se tornan muchos seres humanos al decir para sí mismos que poseen en el momento irradiaciones maléficas, pero muchas veces con demasiada confianza y con eso imprudentes, cuando están convictos de estar justamente sujetos a irradiaciones benéficas. Por la insuficiencia de todos los cálculos, se sobrecargan ellos, con eso, solamente con preocupaciones desnecesarias, en lugar de poseer siempre un espíritu libre y alegre, que reúna más fuerzas para la defensa de lo que consiguen las más fuertes corrientes malas para oprimir. ¡Los astrólogos debían, si no consiguen diferentemente, seguir tranquilamente sus trabajos y buscar perfeccionarse en eso, pero solamente en silencio y para sí propios, *conforme hacen también los que entre ellos realmente deben ser tomados en serio!* Deberían incluso proteger los demás seres humanos de tales imperfecciones, ya que sólo actúan maléficamente, trayendo como fruto estremecimiento del auto confianza, atamamiento nocivo de espíritus libres que, incondicionalmente, tiene que ser evitado.

37. Simbolismo *(Rescate simbólico) en el destino humano

Si los seres humanos no se dedicasen completamente a las necesidades y a las muchas niñerías cotidianas, pero quisiesen poner también alguna atención a los pequeños y grandes acontecimientos a su alrededor, a ellos les debería pronto llegar un nuevo reconocimiento. Se sorprenderían con ellos mismos y mal creerían que hasta entonces pudiesen haber pasado impensadamente por cosas tan espectaculares. Existen, de hecho, muchas razones para que, llenos de compasión de ellos mismos, meneen las cabezas. Con un poco de observación solamente, a ellos se les descortinará, de repente, todo un mundo de acontecimientos vivos, severamente ordenados, dejando reconocer nítidamente una dirección firme de mano superior: ¡el mundo del simbolismo!

Éste se halla profundamente enraizado en la parte de materia fina de la Creación, y solamente sus últimas extremidades, como ramificaciones, entran en la parte terrena visible. Es como en un mar, que aparenta estar absolutamente calmo y cuyo movimiento continuo no se percibe, sólo pudiendo entonces ser notado en la playa, en sus últimos efectos. El ser humano no presiente que, ante muy reducido esfuerzo, con un poco de atención, es capaz de observar claramente la actividad del karma para él tan incisivo y por él tan temido. Posible le es tornarse más familiarizado con eso, con lo que, poco a poco, el miedo, muchas veces brotado en los seres humanos que piensan, se deshace con el tiempo, perdiendo el karma su terror. Para muchos eso puede tornarse un camino hacia la ascensión, cuando aprendan a sentir, a través de los fenómenos terrenalmente visibles, las ondulaciones más profundas de la vida de materia fina y puedan seguirlo, con lo que surge con el tiempo la convicción de la existencia de efectos recíprocos absolutamente lógicos. Apenas cuando un ser humano alcance tal punto, se adaptará entonces lentamente, paso a paso, hasta que por último reconozca la fuerza propulsora rigurosamente lógica y sin lagunas de la conciente voluntad divina en toda la Creación, por lo tanto, en el mundo de materia gruesa y de materia fina. A partir de ese momento contará con ella y se curvará voluntariamente a ella. Esto, sin embargo, significa para él un nadar en la fuerza, cuyos efectos, con eso, solamente le pueden ser provechosos. Ella le sirve porque la sabe utilizar, cuando se adapta, se ajusta, él propio, correctamente. De esa forma entonces, el efecto recíproco solamente puede deflagrarse como portador de felicidad para él. Sonriendo, verá entonces concretizada literalmente cada palabra bíblica que, debido a su sencillez infantil, a veces quería tornarse para él una piedra de tropiezo, cuyo cumplimiento, por lo tanto, muchas veces amenazaba se le tornar difícil, porque, según su opinión de hasta entonces, exigía una mentalidad de esclavo. La exigencia arbitraria de obedecer, intuida por él de modo desagradable, se convierte poco a poco, ante sus ojos tornados lúcidos, en la distinción más alta que una criatura puede experimentar; en una verdadera dádiva divina, que encierra la posibilidad de un desenvolvimiento enorme de fuerza espiritual, que permite una cooperación personal y conciente en la maravillosa Creación. Las expresiones: “Solamente aquél que se rebaja a si propio será elevado”, el ser humano debe “humildemente curvarse ante su Dios”, a fin de poder ingresar en Su reino, él debe “obedecer”, “servir”, y lo que aún más exista de consejos bíblicos, en principio, impactan un poco la persona moderna en su manera de expresión sencilla, infantil y, sin embargo, tan acertada, porque hieren su orgullo que reside en la conciencia del saber intelectual. No más quiere ser conducida tan a las ciegas, pero ella propia, reconociendo, quiere cooperar en todo concientemente, a fin de adquirir, *por convicción*, el impulso interior, indispensable para todo cuanto es grande. ¡Y éste *no es ningún error!*

El ser humano *debe*, en su desenvolvimiento continuo, estar de modo más conciente en la Creación de lo que antaño. Y cuando con alegría haya reconocido que las sencillas expresiones bíblicas, en su manera tan extraña a la época de hoy, aconsejan exactamente todo

aquello a lo que él, al conocer las poderosas leyes de la naturaleza, también se decide de modo voluntario y con plena convicción, entonces como que se le cae una venda de los ojos. Se encuentra estremecido ante el hecho de que hasta entonces solamente hubiera condenado las antiguas enseñanzas por los haber interpretado de modo errado, jamás buscando seriamente penetrar en ellos de modo cierto, armonizarlos con la actual facultad de concepción.

Cuando se dice entonces: “curvarse en humildad a la voluntad de Dios”, o “servirse de la manera y del actuar de las poderosas leyes de la naturaleza, después de reconocerlas acertadamente”, *es lo mismo*.

El ser humano solamente puede sacar provecho de las fuerzas portadoras de la voluntad de Dios si las estudie correctamente, es decir, si las reconozca y entonces se oriente por ellas. ¡Lo contar con ellas u orientarse por ellas es, sin embargo, en la realidad, nada más de lo que un adaptarse, por lo tanto, un curvarse! No colocarse *en contra* esas fuerzas, sino seguir *con ellas*. Solamente al adaptar su querer a las características de las fuerzas, es decir, al seguir en la misma dirección, el ser humano consigue utilizar el poder de las fuerzas. ¡Eso no significa un subyugar de las fuerzas, pero sí un curvarse humildemente a la voluntad divina! Aunque el ser humano denomine tanta cosa también de una perspicacia o de una conquista del saber, en nada altera el hecho de que todo solamente signifique un así nombrado “descubrir” de efectos de leyes naturales vigentes, es decir, de la voluntad divina, que con eso se “reconoció” y con el aprovechamiento o empleo se “sujeta” a esa voluntad. ¡Eso *es* incondicionalmente un curvarse lleno de humildad ante la voluntad de Dios, un “obedecer”!

¡Sin embargo, ahora al simbolismo! Todo acontecimiento en la Creación, es decir, en la materialidad, tiene que alcanzar en su curso circular un término cierto o, como también se puede decir: se debe cerrar en un círculo. Por eso, de acuerdo con las leyes de la Creación, todo también regresa incondicionalmente a su punto de partida, donde únicamente puede encontrar su conclusión, es decir, donde es disuelto, remido o extinto como algo actuante. Así pasa con la Creación toda, como cualquier fenómeno individual. De ahí se origina el efecto recíproco incondicional, que a su vez resulta el simbolismo.

Ya que todas las acciones deben terminar allá donde se originaron, entonces uno depende de ahí que toda acción debe terminar también en la misma especie de materia en que se ha originado. Por lo tanto, un comienzo en la materia fina tiene que tener un fin en la materia fina, un comienzo en la materia gruesa, sin embargo, un fin en la materia gruesa. El fino material, las criaturas humanas no consiguen ver, el final grueso-material de cada acontecimiento, sin embargo, ellas lo llaman de simbolismo. Les es visible, sí, pero a muchos hace falta la verdadera clave para tanto, es decir, el comienzo, que en la mayoría de los casos se encuentra en una existencia anterior de materia gruesa.

Aunque también en esto la mayor parte de todo el desenrollar del efecto recíproco pase solamente en el mundo de materia fina, el karma, que de ese modo actúa, jamás podría encontrar una remisión total, si el fin no se introduzca de alguna forma en el mundo de materia gruesa y se torne allí visible. Uno círculo en curso solamente puede ser cerrado con un procedimiento visible, correspondiente al sentido de la reciprocidad, con lo que se realiza entonces la completa remisión, poco importando si, de acuerdo con el comienzo, antaño, ella sea buena o mala, traiga felicidad o infelicidad, bendiciones o perdón por el remate. Este último efecto visible *tiene* que realizarse en el mismo lugar donde reside el origen, es decir, *en aquello* ser humano, que por cualquiera acción ha dado antaño el comienzo a eso. En ningún caso él puede ser evitado.

Si, entonces, en ese intervalo la respectiva criatura humana se haya cambiado interiormente, de tal modo que en ella se haya tornado vivo algo mejor de lo que ha sido el acto de antaño, entonces el efecto retroactivo en su especie no puede anclarse en ella. No más encuentra terreno de igual especie en el alma que se empeña en acender, la cual se ha tornado

más luminosa y por lo tanto más ligera, según la ley de la gravedad espiritual. *(Disertación Nro. 6: Destino) La consecuencia natural es que un efecto más turbio, al aproximarse, es impregnado por el ambiente más luminoso de la respectiva persona y con eso substancialmente debilitado. Aún así, sin embargo, la ley del curso circular y de la reciprocidad tiene que cumplirse plenamente, en su fuerza de actuación natural. Una revocación de cualquier ley natural es imposible.

Es porque una reciprocidad así debilitada en sus efectos de retorno tendrá, de acuerdo a las leyes inmutables, que manifestarse *visiblemente* también en la materia gruesa, a fin de realmente ser remida, es decir, extinta. El fin tiene que refluir al principio. Debido al ambiente tornado más claro, sin embargo, el karma obscuro no puede causar malos a la respectiva persona, y así ocurre que ese efecto recíproco debilitado pase a actuar solamente de tal modo sobre el *ambiente* más próximo, que el alcanzado se ve en la contingencia de voluntariamente hacer algo, cuya naturaleza solamente corresponda aún *al sentido* de la reciprocidad en retorno. La diferencia con relación a la intensidad originalmente integral del efecto del curso obscuro de retorno a él destinado es que no le causa ningún dolor o daño, sino talvez incluso provee alegría.

Esto es entonces un remate *puramente simbólico* de algun karma *pesado*, pero que corresponde perfectamente a las leyes de la Creación, debido al cambio del estado de alma, actuando de esa forma naturalmente. Por esa razón, para la mayoría de los seres humanos, eso muchas veces permanece también totalmente inconciente. Con eso, el karma ha sido remido y la justicia inquebrantable ha sido satisfecha incluso en sus más delicados cursos. En esos procesos naturales, según las leyes de la Creación, se encuentran grandes acciones de gracias como solamente la omnisciencia del Creador podría realizar en Su obra perfecta.

¡Existen muchos de esos remates de efectos recíprocos puramente simbólicos, que al contrario, alcanzarían pesadamente!

Tomemos un ejemplo: una persona de carácter antaño duro y despótico, que ha oprimido con el empleo de esas propiedades sus semejantes, acumuló sobre ella un karma pesado que, vivo en sus características, sigue su curso circular y entonces tiene que recaer sobre ella de modo idéntico, muchas veces aumentado. Al acercarse, ese curso de despotismo implacable, muchas veces enormemente aumentado por la ley de atracción de igual especie fino-material, impregnará de tal modo todo el ambiente de materia fina de la respectiva persona, que éste actúa de manera incisiva sobre el ambiente de materia gruesa conectado estrechamente a ella y crea así circunstancias que obligan al causador de antaño a sufrir de modo mucho mayor, bajo idéntico despotismo, de lo que sus semejantes, por él molestados en tiempos pasados.

Pero si, en ese intervalo, tal ser humano haya llegado a un mejor reconocimiento, obteniendo, a través de esfuerzos sinceros hacia la escalada, un ámbito luminoso y más ligero, así se cambia con eso lógicamente también la especie del último efecto. Las tinieblas más densas que vuelven serán prepasadas, de acuerdo con la fuerza luminosa del nuevo ambiente de la respectiva persona, con mayor o menor intensidad por esa Luz, por consiguiente, serán también más o menos neutralizadas. Si la persona antes tan despótica haya se elevado bastante, es decir, en la hipótesis de una regeneración extraordinaria del culpado, es posible incluso suceder que el efecto propiamente dicho sea como que anulado y que él solamente temporalmente haga algo que, de acuerdo con la apariencia eterna, se asemeje a una expiación. Supongamos que se trate de una mujer. Bastaría que ella una vez agarrase el escobón de las manos de la sirvienta para mostrarle, con toda la amabilidad, de que modo el piso debería ser fregado. Aunque sean solamente pocos movimientos en ese sentido, es lo suficiente para el simbolismo del más bajo servir. Esa breve acción resulta en un remate, que necesitaba ejecutarse *de modo visible* y que, a pesar de su ligereza, es capaz de poner fin a un pesado karma.

De idéntico modo puede la reordenación de una única habitación tornarse el símbolo para el remate y la extinción de una culpa, cuya penitencia o retorno, propiamente, hubiera requerido una transformación mayor, dolorosamente incisiva. Tales hechos resultan, de cualquier forma, de las influencias debilitadas de un efecto retroactivo, o también acciones ocasionales son hábilmente utilizadas por los guías espirituales para conducir hacia una absolución.

Naturalmente es presupuesto en todo eso que ya haya ocurrido una extraordinaria mejora, y también la transformación del estado anímico a eso atado. Circunstancias que un astrólogo naturalmente no consigue tomar en cuenta, razón por la cual muchas veces causa preocupaciones desnecesarias con sus cálculos, a veces incluso tanto miedo, que solamente su intensidad ya es capaz de causar o formar de nuevo algo desagradable, con lo que, además, solamente aparentemente un calculo entonces se concretiza, lo cual, no hubiera sido ese miedo, se hubiera patentado como errado. En tales casos, sin embargo, la respectiva persona, ella misma, abrió una puerta en el círculo luminoso que la ronda, debido a su miedo. Dondequiera tienda voluntariamente la mano hacia más allá del envoltorio protector, no le podrá venir auxilio de ninguna parte. Su propia voluntad rompe desde dentro hacia fuera *cada* protección, en cuanto que desde fuera, debido a la Luz, nada podrá alcanzarla sin su propia voluntad.

Así, pues, el mínimo favor prestado a sus semejantes, un verdadero sentimiento de dolor por el prójimo, una única palabra amistosa, pueden transformarse en remisiones simbólicas de un karma, toda vez que interiormente esté formada como base la voluntad sincera hacia al bien.

Eso evidentemente tiene que preceder; pues del contrario no se puede hablar de una remisión simbólica, porque todo lo que retorna se efectúa entonces plenamente en todos los sentidos. Pero, apenas cuando se inicie en la criatura humana realmente la voluntad sincera hacia la escalada, muy pronto puede observar cómo, poco a poco, se manifiesta más y más vida en su ambiente, como se le fuesen colocadas en el camino toda especie de cosas, las cuales, sin embargo, resultan siempre bien. Los ven incluso. Por último, del mismo modo sorprendente, resultará un período donde empieza más tranquilidad o cuando todos los acontecimientos, nítidamente reconocibles, sirven también para el progreso terreno. Entonces ha pasado la época de las remisiones. Con alegre reconocimiento puede entregarse a la idea de que mucha culpa se le ha desplegado, que de otro modo debería haber cumplido pesadamente. ¡Debe entonces estar vigilante, a fin de que todos los hilos del destino, que ata de nuevo por su voluntad y por su desear, sean solamente buenos, para que también solamente lo que es bueno pueda alcanzarlo!

38. Creencia

La creencia no es así, como la mayoría de los así llamados fieles la demuestra. La verdadera creencia solamente surge, cuando la persona se haya enterado totalmente del contenido de los Mensajes de Dios, y con eso los haya transformado en convicción viva y voluntaria.

Mensajes de Dios provienen a través de la Palabra de Dios, así como a través de Su Creación. Todo da testigo de Él y de Su voluntad. Apenas cuando una persona pueda *vivenciar*, concientemente, todo el evolucionar y el existir, su intuir, pensar y actuar serán una única y alegre afirmación de Dios. Silenciará entonces, no hablara mucho sobre eso, se ha tornado, sin embargo, una personalidad que, con esa adoración silenciosa a Dios, la cual también puede ser denominada de confianza en Dios, estará de modo firme y seguro en la Creación entera. No se entregará a devaneos fantasiosos, no caerá en éxtasis, tampoco vivirá en la Tierra solamente en lo espiritual, pero cumplirá con sentido común y sano coraje su obra terrena, empleando también ahí hábilmente el intelecto frío como arma afilada, en la necesaria defensa en casos de agresión, sin naturalmente tornarse injusta. No debe absolutamente tolerar, callada, cuando le ocurre una injusticia. De lo contrario sostendría y fortalecería el mal con eso.

¡Existen, sin embargo, muchísimas criaturas humanas que solamente se *imaginan* fieles! A pesar de toda la concordancia interior sobre la existencia de Dios y de Su actuación, temen la sonrisa de los escépticos. Les es desagradable y penoso, pasan en las conversaciones por encima de eso silenciosamente con expresión diplomática en la fisonomía, haciendo, a causa del embarazo, constantemente concesiones a los escépticos, ante su comportamiento. ¡Eso no es creencia, pero un mero *asentimiento* interior! Reniegan de esa forma, en la realidad, a su Dios, a Quién oran a las escondidas y de Quién esperan, por eso, todo lo que es bueno.

La falsa consideración en relación a los escépticos no puede ser disculpada con las palabras de que para los “fieles” el tema es “demasiado sagrado y serio”, para que ellos puedan querer exponerlo a eventual escarnio. ¡Eso tampoco aún puede ser denominado modestia, pero solamente baja cobardía! ¡Hablad por ultimo con toda franqueza, de cual Espíritu sois hijos! ¡Sin miedo delante de *cada* persona, con aquel orgullo que corresponde a la filiación de Dios! Sólo entonces también los escépticos, por fin, se verán obligados a refrenar su sarcasmo, que solamente denuncia inseguridad. Ahora, sin embargo, él sólo está siendo cultivado y nutrido por el medroso comportamiento de tantos “fieles”.

Esas personas se engañan a si mismas, porque dieron a la palabra “creencia” un sentido muy diferente de lo que esa palabra requiere. ¡La creencia precisa ser *viva*, es decir, debe tornarse más de lo que convicción, tornarse acción! Se tornará acción apenas haya traspasado todo, todo el intuir, el pensar y el actuar. Ella debe, partiendo desde dentro, en todo lo que hace parte del ser humano, tornarse discretamente palpable y visible, es decir, una evidencia. No se la debe usar ni como disfraz, ni como escudo; al contrario, todo lo que se torna exteriormente perceptible debe resultar exclusivamente de la irradiación natural del núcleo interior espiritual. Hablando popularmente, la verdadera creencia debe ser, por lo tanto, una fuerza que, irradiando del espíritu del ser humano, penetre su carne y su sangre, tornándose así una única evidencia natural. ¡Nada de artificial, nada de forzado, nada de aprendido, sino solamente vida!

Mirad para muchos fieles: éstos afirman que creen firmemente en la continuación de la vida después de la muerte, aparentemente sintonizan también sus pensamientos en eso. ¡Pero si alguna vez les fuera dada la oportunidad de obtener una prueba de vida del más Allá, afuera de la más sencilla observación cotidiana, se asustan o quedan profundamente abalados! Con eso muestran justamente que en el fondo no estaban así tan convictos de la vida del más Allá;

pues del contrario tal prueba ocasional les debería parecer absolutamente natural. No deberían, por lo tanto, ni asustarse, ni estremecerse de forma especial con eso. Al lado de eso existen aún innumerables fenómenos que muestran nítidamente cuán poco creyentes son, pues, los así llamados fieles. La creencia no está viva en ellos.

39. Bienes terrenos

Surge con mucha frecuencia la cuestión si el ser humano debe separarse de bienes terrenos o despreciarlos, en cuanto anhele por provecho espiritual. ¡Establecer tal principio sería tontería! Cuando se dice que la criatura humana no debe prenderse a bienes terrenos, apenas cuando se esfuerce en dirección hacia el reino celeste, no se dice con eso que ella deba dar de regalo o echar bienes terrenos, para vivir en la pobreza. El ser humano puede y debe usar alegremente aquel que Dios a él le torna accesible a través de Su Creación. El “no deber prenderse” a bienes terrenos significa solamente que uno ser humano no debe dejarse arrebatar a tal punto que considere la acumulación de bienes terrenos como finalidad máxima de su vida terrena, por lo tanto, de “prenderse” a través de eso predominantemente a ese pensamiento. Semejante actitud terminaría, evidentemente, por desviarlo de blancos más elevados. No tendría más tiempo disponible para tal y estaría dependiente con todas las fibras de su ser solamente hacia esta única finalidad de adquirir poses terrenas. Siendo, pues, a causa de los propios bienes, o a causa del placer que la pose posibilita, o también a causa de otras finalidades, no importa, en el fondo, permanecería siempre el mismo resultado. Con eso, el ser humano queda dependiente y se ata al puramente terrenal, por lo que pierde la visión hacia el alto y no consigue subir.

Esa concepción errada de que los bienes terrenos no hacen parte de un progreso espiritual ha provocado, en la mayoría de los seres humanos, el concepto absurdo de que todos los emprendimientos espirituales nada pueden tener en común con bienes terrenos, si es que deban ser tomados en serio. Del daño que la humanidad ha causado con eso para si misma ella, extrañamente, nunca ha se tornado conciente.

Con eso, devalúan para si mismos los dones espirituales, es decir, los más elevados que a ellos pueden ser concedidos; pues como, a causa de ese concepto extraño, todos los emprendimientos espirituales, hasta ahora, tendrían que depender de sacrificios y donaciones, semejante a los *mendigos*, se ha inmiscuido con eso, también de modo imperceptible, igualmente en relación a los emprendimientos espirituales, la misma actitud que se manifiesta en relación a los mendigos. Razón por qué éstos nunca pudieron obtener aquel respecto que, en la realidad, les es debido en primer lugar. Esos emprendimientos, sin embargo, hubieron, por la misma razón, que traer en si de antemano el germen de la muerte, porque nunca han podido firmarse en los propios pies, pero siempre permanecer dependientes de la buena voluntad de las criaturas humanas. ¡Es justamente para proteger y defender ante la humanidad aquello que de más sagrado posee, *lo espiritual*, que aquél que se esfuerza sinceramente no debe despreciar bienes terrenos! Deben servirle ahora predominantemente como escudo en el mundo de materia gruesa, a fin de poder rechazar el igual con el igual. ¡Sería provocada una situación insana si, en la época de los materialistas, los que se esfuerzan por progresar espiritualmente quisiesen desdeñar la arma más fuerte de los adversarios inescrupulosos! Eso sería una irresponsabilidad, que podría vengarse pesadamente.

¡Por lo tanto vosotros, fieles legítimos, no menospreciéis bienes terrenos, que también solamente pudieron ser criados por la voluntad de Dios, a Quién buscáis honrar! Sin embargo, no os dejéis quedar dormidos por el confort que la pose de bienes terrenos puede traer consigo, sino los usad de modo sano.

Lo mismo ocurre con los dones especiales de aquellas fuerzas que sirven para curar diversas enfermedades o con capacitaciones semejantes, ricas en bendiciones. De la manera más ingenua o, digamos más acertadamente, de la manera más inescrupulosa, presuponen las criaturas humanas que esas capacitaciones les son puestas gratuitamente a la disposición, toda vez que también han sido dadas por las esferas espirituales como dádiva especiales para ser

colocadas en practica. Llega incluso al punto que ciertas personas esperan una especial manifestación de alegría cuando “condescienden” en servirse de auxilio de este tipo por ocasión de gran aflicción. ¡Tales personas deben ser excluidas de todo auxilio, aunque también fuese lo único que aún les pudiese ayudar!

Las personas así dotadas, sin embargo, debían ellas mismas, antes de todo, aprender a dar aprecio más alto a esa su dádiva de Dios, para que las perlas no sean siempre de nuevo lanzadas a los cerdos. Para una asistencia eficiente necesitan de *mucho más* fuerzas físicas y fino-materiales, así como de tiempo, de lo que un abogado para su mejor discurso de defensa, o un medico por ocasión de muchas visitas a enfermos, o un pintor para la creación de un cuadro. A persona alguna jamás le pasaría la idea de exigir de un abogado, de un medico o de un pintor un trabajo gratuito, aunque una buena capacidad de comprensión sea también solamente una “dádiva de Dios”, como cualquier otro don, nada más. Echad, por ultimo, esas ropas de mendigos y os presentad con los trajes que merecéis.

40. La muerte

¡Algo en que todas las personas creen, sin excepción, es la muerte! Cada uno está convicto de su llegada. Ese es uno de los pocos hechos sobre lo cual no reina cualquier controversia y cualquier ignorancia. Aunque todos los seres humanos cuenten, desde la niñez, con el hecho de tener que morir un día, la mayoría, sin embargo, siempre busca alejar tal pensamiento. Muchos incluso se enojan, cuando alguna vez se habla de eso en su presencia. Otros, a su vez, evitan cuidadosamente visitar cementerios, se desvían de funerales y buscan lo más pronto posible deshacer nuevamente cualquier impresión, si por acaso una vez encuentran un féretro en la calle. En esa ocasión, los oprime siempre un miedo secreto de que un día podrían ser repentinamente sorprendidos por la muerte. Miedo indefinido los impide de acercarse con pensamientos serios de ese hecho inamovible.

Seguramente no existe ningún otro acontecimiento que, a pesar de su inevitabilidad, sea siempre de nuevo dejado de lado, en pensamiento, como la muerte. Pero también seguramente ningún acontecimiento tan importante existe en la vida terrena, sino el nacimiento. Es, sin embargo, notorio que el ser humano quiera ocuparse tan poco precisamente con el comienzo y el fin de su existencia terrena, mientras que a todos los otros acontecimientos, incluso a las cosas de importancia totalmente secundaria, busque prestar significación profunda. Investiga y preescruta todos los episodios intermediarios con más ahínco de lo que aquello que le daría aclaramiento de todo: el principio y el fin de su peregrinación terrena. Muerte y nacimiento son tan estrechamente conectados, porque uno es consecuencia del otro.

¡Cuán poca seriedad, sin embargo, es dedicada ya a la concepción! Tal vez en muy raros casos se encuentra a tal respecto algo digno del ser humano. Justamente en ese acto es que los seres humanos prefieren identificarse con los animales, y no consiguen, sin embargo, mantener la inocencia de éstos. Eso resulta en una actitud *inferior* a la del animal. Pues éste actúa conforme su escalón, que ocupa en la Creación. El ser humano, sin embargo, no consigue o no quiere respetar el escalón que a él le corresponde. Baja aún más profundo y entonces se admira cuando la humanidad entera en varios sentidos poco a poco va decayendo. Ya los hábitos de los matrimonios son todos orientados para considerar la unión conyugal solamente como un hecho puramente terreno. En muchos casos, llega incluso al punto de que personas de índole seria se alejan con asco delante de pormenores inequívocos que visan solamente relaciones terrenas. Las conmemoraciones de nupcias en clases sociales bajas, como también más altas, han degenerado en muchos casos solamente a fiestas de verdadera intriga, de cuya frecuencia todos los padres, concientes de su alta responsabilidad, deberían prohibir a los hijos con la mayor severidad. Jóvenes, sin embargo, que ante tales costumbres y alusiones durante una tal fiesta no sientan surgir en sí el asco y, por ese motivo, ante su propia responsabilidad por su conducta, no permanezcan alejados, ya pueden de cualquier forma tener en cuenta de pertenecer al mismo bajo nivel, por lo tanto, no pueden más ser llevados en consideración por ocasión de una evaluación. Es como si también en esa contingencia las criaturas humanas buscasen, en una envenenada embriagues, engañarse a sí mismas sobre algo en que no quieran pensar.

Si la vida terrena es, entonces, construida en bases tan irresponsables, conforme ya se ha tornado hábito y costumbre, se puede comprender que los seres humanos también busquen iludirse en relación a la muerte, se esforzando obstinadamente para no pensar en ella. Ese irse para lejos de todos los pensamientos serios está en íntima ligazón con la propia posición decadente en el acto de la procreación. El miedo indefinido, que como una sombra acompaña el ser humano durante toda la vida terrena, resulta en gran parte de la plena noción de todo el mal de los actos irresponsables que degradan las criaturas humanas. Y cuando ellas no pueden de modo alguno adquirir tranquilidad de otra forma, se agarran por último de manera

obstinada y artificial a la auto-ilusión de que todo termina con la muerte, al que testifican completamente la conciencia de su mediocridad y su cobardía ante una eventual responsabilidad, o se agarran a la esperanza de que tampoco son muy peores de lo que otras personas.

Pero todas esas imaginaciones no cambian siquiera un mínimo grano del hecho de que la muerte terrena se les acerca. ¡A cada día, a cada hora llega más cerca! Es lastimoso ver, muchas veces, cuando, en las últimas horas de la mayoría de aquellos que buscaban con porfía negar una responsabilidad en una continuación de la vida, empieza el gran y angustiante preguntar, que prueba como llegan a dudar repentinamente de la propia convicción. Pero eso entonces no les puede valer mucho; pues nuevamente es solamente cobardía que poco antes del gran paso hacia afuera de la existencia terrena los hace ver ante si, de repente, la posibilidad de una continuación de la vida y, justamente con esa, una responsabilidad. Sin embargo, el miedo, la angustia y la cobardía permiten tan poco la reducción o el rescate de la incondicional reciprocidad de todas las acciones cuanto la porfía. Un comprender, es decir, un llegar al reconocimiento, igualmente no se procesa de esa manera. A causa del miedo, la astucia de su intelecto, tantas veces puesta a la prueba en la vida terrena, incluso en las ultimas horas, emplea un golpe dañoso en los moribundos, buscando repentinamente, en su habitual precaución, dejar la criatura humana tornarse aún, rápidamente, beata en el sentido intelectual, apenas cuando la separación del ser humano de materia fina, que sigue viviendo, del cuerpo de materia gruesa ya haya alcanzado un grado tan adelantado, que la vida intuitiva en ese desenlace se iguale al vigor del intelecto, bajo lo cual hasta ahí estuvo subordinado a fuerza.

¡De esa forma nada lucran! Cosecharán lo que durante su vida terrena sembraron por medio de pensamientos y acciones. ¡Ni lo mínimo es con eso mejorado o siquiera modificado! Irresistiblemente serán arrastrados hacia los engranajes de las leyes de la reciprocidad en severa actuación, a fin de en ellas vivenciar en el mundo de materia fina todo aquello que erraron, es decir, pensaron e hicieron por convicción errada. Tienen toda la razón para temer la hora del desenlace del cuerpo terreno de materia gruesa, que por algun tiempo les ha servido de resguardo protector contra muchos acontecimientos de materia fina. Esa pared protectora les ha sido dada como escudo y abrigo por un tiempo, para que tras ella pudiesen modificar, en sosegada tranquilidad, mucha cosa para mejor, e incluso redimir totalmente aquello que, sin esa protección, pesadamente debería haberlos alcanzado.

Doblemente triste, si, diez veces triste es para aquél que, en irresponsable auto-ilusión, pasa tambaleando, como que en estado de embriaguez, por esa época de gracias a una existencia terrena. La angustia y el pavor son, por lo tanto, justificados en muchos de ellos.

Muy diferente con los que no desperdiciaron su existencia terrena, que aún en tiempo cierto, aunque en hora tardía, pero no por miedo y pavor, han tomado el camino de la ascensión espiritual. Llevan consigo su búsqueda sincera como bastón y apoyo para el mundo de materia fina. Pueden sin recelo y aprensión emprender el paso de la materia gruesa hacia la materia fina, lo cual es inevitable para cada uno, considerando que todo lo que es efímero, como el cuerpo de materia gruesa, también una vez tiene que perecer. Pueden saludar la hora de esta desconexión, pues constituye para ellos un progreso absoluto, no importando lo qué habrán que vivenciar en la vida de materia fina. Entonces lo que es bueno los hará felices, lo pesado les será sorprendentemente facilitado; pues ahí la buena voluntad ayuda más vigorosamente de lo que jamás suponían.

El propio proceso de la muerte nada más es de lo que el nacimiento para el mundo de materia fina. Semejante al proceso del nacimiento para el mundo de materia gruesa. Durante algun tiempo, después del desenlace, el cuerpo de materia fina permanece ligado al cuerpo de materia gruesa, como por un cordón umbilical, que es tanto más flojo cuanto más elevado el

así nacido para el mundo de materia fina ya haya desarrollado su alma en la existencia terrena en dirección hacia el mundo de materia fina, como transición hacia el Reino de Dios. Cuanto más, por su voluntad, él propio se ha atado a la Tierra, por lo tanto, a la materia gruesa, y así nada ha querido saber de la continuación de la vida en el mundo de materia fina, tanto más firmemente constituido, por consiguiente, debido a su propia voluntad, será ahora este cordón, que lo ate al cuerpo de materia gruesa y, con eso, también a su cuerpo de materia fina, del cual él necesita como vestuario del espíritu en el mundo de materia fina. Pero cuanto más espeso sea su cuerpo de materia fina, tanto más pesado será según las leyes vigentes, y tanto más oscuro también tendrá que parecer. En virtud de esa gran semejanza y parentesco próximo con todo lo que es de materia gruesa, le será también muy difícil separarse del cuerpo de materia gruesa, ocurriendo, pues, que tal persona haya también que sentir aún los últimos dolores corporales de la materia gruesa, así como toda la desintegración durante la descomposición. En la cremación, tampoco queda insensible. Después de la separación definitiva de este cordón de ligazón, sin embargo, baja hacia el mundo de materia fina hasta el punto en que su ambiente tenga idéntica densidad y peso. Allá encuentra entonces, en la misma gravedad, también solamente los de índole idéntica. Es comprensible que ahí sea peor de lo que en el cuerpo de materia gruesa en la Tierra, porque en el mundo de materia fina todas las intuiciones son vividas de modo *total* y sin obstrucciones.

Diferente es con los seres humanos que ya en la vida terrena iniciaron la ascensión hacia todo cuanto es más noble. Debido al hecho de que ellos llevan vivamente en sí la convicción del paso hacia el mundo de materia fina, la separación también es mucho más fácil. El cuerpo de materia fina y con él el cordón de ligazón no es denso, y esa diferencia, en su heterogeneidad recíproca con el cuerpo de materia gruesa, deja también la desconexión efectuarse muy rápidamente, de modo que el cuerpo de materia fina, durante toda la llamada agonía o últimas contracciones musculares del cuerpo de materia gruesa, ya hace mucho se encuentra *al lado* de él, si además se pueda referirse como agonía en un fallecimiento normal de una tal persona. El estado débil, poco denso del cordón de ligazón no permite que el ser humano de materia fina, que se encuentra al lado, sufra el mínimo dolor, porque ese tenue cordón de ligazón no puede, en su estado poco denso, constituir cualquier transmisor de dolor de la materia gruesa a la materia fina. Ese cordón, en consecuencia de su mayor delicadeza, rompe también la ligazón de modo más rápido, de manera que el cuerpo de materia fina se liberta totalmente en un plazo mucho más corto, ascendiendo entonces hacia aquella región constituida de idéntica especie, más fina y más ligera. Ahí, él también solamente podrá encontrar los de índole idéntica, recibiendo paz y felicidad en la vida intuitiva más elevada y buena. Un tal cuerpo de materia fina, ligero y menos denso, se mostrará naturalmente también más luminoso y más claro, hasta alcanzar por fin tal refinamiento, que lo puro espiritual en él existente comience a irrumpir de modo fulgurante, antes de ingresar en el puro espíritu-enteal de modo totalmente luminoso-radiante.

Que sean, sin embargo, advertidas las personas que rodean un moribundo, para que no irruman el altas lamentaciones. Por el dolor de la separación exageradamente manifiesta puede la criatura humana de materia fina, que se encuentra en vías de desconexión o tal vez ya se encuentre al lado, ser alcanzada, es decir, oírlo o sentirlo. Si en ella despierte, de ese modo, la compasión o el deseo de decir aún palabras de consuelo, ese deseo la conectará de nuevo, más fuertemente, con la necesidad de manifestarse de modo *comprensible* a los que lamentan llenos de dolor. Solamente puede hacerse entender terrenamente al utilizarse del cerebro. El deseo, sin embargo, resulta la estrecha ligazón con el cuerpo de materia gruesa, la condiciona, resultando por eso, como consecuencia, que no solamente un cuerpo de materia fina que aún se halla en vías de desconexión se ate de nuevo más estrechamente al cuerpo de materia gruesa, pero que también una criatura humana de materia fina que ya se encuentre desconectada y al lado, sea una vez más atraída de vuelta al cuerpo de materia gruesa. El

resultado final es el retorno a todos los dolores, de los cuales ya estaba libre. El nuevo desenlace ocurre entonces de modo mucho más difícil, pudiendo incluso durar algunos días. Ocurre entonces la así nombrada agonía prolongada, que se torna realmente dolorosa y difícil para quien quiera desconectarse. Culpados son todos aquellos, que con sus lamentaciones egoístas, la hicieron retroceder de su desenvolvimiento natural. A causa de esa interrupción del curso normal, se ha dado una nueva ligazón forzada, aunque solamente a través del débil intento de una concentración para hacerse entender. Disolver nuevamente esa ligazón antinatural no es tan fácil para aquello que en eso aún es totalmente inexperto. Auxilios, ahí, no le pueden ser dados, visto que él propio quiso la nueva ligazón. Esa ligazón puede establecerse fácilmente, mientras el cuerpo de materia gruesa aún no haya se enfriado de todo y el cordón de ligazón exista, lo cual muchas veces solamente se rompe después de muchas semanas. Por lo tanto, un martirio desnecesario para aquel que pasa hacia el otro lado, una falta de consideración y crueldad de los que se encuentran al rededor. ¡Por lo tanto, en un recinto de muerte, debe imperar absoluta calma, una seriedad condigna, que corresponda a la hora tan significativa! Las personas que no puedan dominarse deberían ser alejadas a fuerza, aunque sean los parientes más próximos.

41. Fallecido

Solitaria y sin comprender nada se encuentra un alma en el recinto de muerte. Sin comprender nada, porque el ser humano que yace en el lecho se ha recusado, en su vida terrena, a creer en la continuación de la vida después de dejar el cuerpo de materia gruesa, lo cual, por eso, jamás se ha ocupado seriamente con el pensamiento, burlando de todos los que hablaban sobre eso. Confuso, mira a su alrededor. Ve a sí mismo en su lecho de muerte, ve al rededor personas conocidas que lloran, oye las palabras que dicen, y probablemente siente también el dolor que ellos intuyen en sus lamentaciones por él haber muerto. ¡Tiene ganas de reírse y gritar que aún vive! ¡Llama! Y tiene que notar, admirado, que no lo oyen. Repetidamente llama alto y cada vez más alto. Las personas no escuchan, siguen lamentando. Miedo comienza a brotar en él. Pues oye, bien alto, su propia voz y siente también distintamente su cuerpo. Una vez más grita angustiadamente. Nadie le da atención. Miran, llorando, para el cuerpo inerte que él reconoce como siendo suyo, y lo cual, sin embargo, considera de repente como siendo algo extraño, que no más le pertenece; pues se encuentra con su cuerpo al lado, libre de todo el dolor que hasta entonces sentía.

Con amor llama entonces el nombre de su esposa, en rodillas allí cerca al que hasta ahora era su lecho. Pero el llanto no cesa, ninguna palabra, ningún movimiento denota que ella lo ha oído. Desesperado, se acerca de ella, la sacude con rudeza por su hombro. Ella no percibe. Él no lo sabe, pues, que ha tocado en el cuerpo de materia fina de la esposa, lo sacudiendo, y no en lo de la materia gruesa, y que su esposa, que como él nunca ha pensado existir algo más de lo que el cuerpo terreno, tampoco puede sentir el toque en su cuerpo de materia fina.

Un indecible sentimiento de miedo lo hace estremecer. La debilidad del desamparo lo oprime hasta el piso, su conciencia desvanece.

A través de una voz a que él conocía, despierta de nuevo lentamente. Ve el cuerpo que usaba en la Tierra, acostado, rodeado de flores. Quiere irse, pero le es imposible desvincularse de aquel cuerpo frío e inmóvil. Percibe nítidamente que aún se halla atado a él. Y entonces torna a oír la voz que lo había despertado del dormir. Se trata de su amigo que habla con otra persona. Ambos han traído una corona funeraria y, mientras la depositan, charlan. Nadie más está junto a él. ¡El amigo! ¡Quiere hacerse notar por él y por el otro, que con el amigo muchas veces ha sido su querido huésped! Tiene que decirles que en él la vida, extrañamente, aún sigue, que aún puede oír lo que las personas hablan. ¡Llama! Sin embargo, calmamente su amigo se vuelve para el acompañante y sigue hablando. Pero lo *qué* habla le prepassa como un susto a través de sus miembros. ¡Es *ése* su amigo! Así habla de él ahora. Escucha, aterrado, las palabras de esas personas, con las cuales tantas veces ha bebido y reído, que sólo le decían cosas buenas mientras comían en su mesa y frecuentaban su casa hospitalera.

Se han ido, llegaron nuevamente otros. ¡Como podía ahora reconocer a las personas! Tantas, a quienes tenía en alta consideración, ahora, sólo le despertaban asco y rabia, en cuanto otras, a quienes nunca ha dado atención, de buen agrado hubiera apretado la mano con gratitud. ¡Pero ellas no lo oían, no lo sentían, a pesar de exaltarse, gritar, a fin de probar que estaba vivo!—

Con enorme acompañamiento condujeron entonces el cuerpo a la sepultura. Estaba sentado, como que cabalgando, en el propio ataúd. ¡Amargueado y desesperado, ahora solamente aún conseguía reírse, reírse! La sonrisa, sin embargo, pronto ha dado lugar a lo más profundo desaliento, e inmensa soledad le sobrevino. Se cansó, durmió. — — —

Al despertar, oscuro estaba a su alrededor. No sabía cuánto tiempo hubiera dormido. Sentía, sin embargo, que ya no más podía estar conectado como hasta entonces a su cuerpo terreno; pues estaba libre. Libre en la oscuridad que le pesaba de modo extrañamente opresor.

Llamaba. Ningún sonido. No oía su propia voz. Gimiendo, cayó hacia tras. Sin embargo, golpeó fuertemente con la cabeza en una piedra puntiaguda. Cuando, después de largo tiempo, ha vuelto a despertar, había aún la misma oscuridad, lo mismo silencio lúgubre. Quería levantarse rápido, pero los miembros estaban pesados y se recusaban a servirle. Con toda la fuerza, proveniente de lo más angustiado desespero, se levanto tambaleando, palpando para allá y para acá. Muchas veces caía en el suelo, se hería, se golpeaba también a la derecha y a la izquierda, en puntas y rincones, pero algo no le daba tranquilidad para esperar; pues un fuerte impulso lo forzaba continuamente a avanzar palpando y a buscar. ¡Buscar! ¿Pero lo qué? Su pensar estaba confuso, cansado y sin esperanzas. Buscaba algo que no podía comprender. ¡Buscaba!

¡Lo impulsaba hacia delante, siempre hacia delante! Hasta nuevamente caerse, para de nuevo levantarse y retomar las caminatas. Se han pasado años así, decenios, hasta que finalmente le sobrevinieron lagrimas, sollozos temblaron su pecho y... un pensamiento se ha desplegado, una suplica, cual grito de un alma exhausta, que desea un fin para el sombrío desespero. El grito de lo más desmedido desespero y del dolor sin esperanza ha traído, sin embargo, el nacimiento del primer pensar en el deseo de salir de aquel estado. Buscó reconocer lo que lo ha conducido a ese estado tan pavoroso, lo que lo ha obligado tan cruelmente a vagar por la oscuridad. Palpó a su alrededor: ¡rocas ásperas! Sería la Tierra o tal vez, si el otro mundo en lo cual jamás pudo creer? ¡El otro mundo! Entonces estaba muerto terrenamente y, sin embargo, vivía, si es que quisiese llamar de vivir a este estado. El pensar se ha tornado inmensamente difícil. Así tambaleaba adelante, buscando. Años han decorrido nuevamente. ¡Hacia afuera, afuera de esa oscuridad! Ese deseo se ha tornado un impulso impetuoso, de lo cual se ha formado nostalgia. Nostalgia, sin embargo, es el intuir más puro que se despliega del impulso grosero, y de la nostalgia brotó tímidamente una oración. Esa oración de nostalgia irrumpió por fin de él, semejante a un fuente, y silenciosa y benéfica paz, humildad y sumisión han entrado con eso en su alma. Pero cuando él se levantó para seguir sus caminatas, una corriente de intenso vivenciar ha recorrido su cuerpo; ¡pues crepúsculo lo rodeaba ahora, de repente podía ver! Lejos, muy lejos percibió una luz, igual a un antorcha, que lo saludaba. ¡Jubilosamente extendió los brazos hacia aquella dirección, tomado de profunda felicidad se arrodillo nuevamente y dio gracias, dio gracias con el corazón a transbordar, a Aquél que le concedió la luz! Con nueva fuerza caminaba entonces hacia esa luz, que no se le acercaba, pero que así mismo esperaba alcanzar, después de lo que vivenciara, aunque levase siglos. Lo que ahora le sucedió podía repetirse y conducirlo finalmente hacia afuera del amontonamiento de piedras, para un país más cálido y rayado de luz, si humildemente implorase por eso.

“Dios mío..., ¡ayúdeme para eso!” brotó aflicto del pecho lleno de esperanzas. ¡Y que placer, nuevamente ha oído su voz! ¡Aunque inicialmente solamente débil, sin embargo oía! La felicidad que sintió le dio nuevas fuerzas y, con esperanza, volvió a seguir adelante. — —

Así el inicio de la historia de un alma en el mundo de materia fina. El alma no podría ser denominada mala. En la Tierra incluso era considerada muy buena. Un gran industrial, muy ocupado, esforzado en cumplir fielmente todas las leyes terrenas.—

Sobre ese proceso, un aclaramiento todavía: el ser humano que durante su existencia terrena nada quiere saber de que después de la muerte aún hay vida y que será obligado a responsabilizarse por todas sus acciones, en su especie, la cual no esta de acuerdo con el punto de vista terreno actual, es ciego y sordo en la materia fina, cuando haya que pasar hacia el otro lado. Solamente mientras permanezca conectado, por días o semanas, a su cuerpo de materia gruesa que ha dejado, consigue temporalmente también percibir lo que ocurre a su alrededor.

Apenas cuando, sin embargo, esté libre del cuerpo de materia gruesa en descomposición, pierde tal posibilidad. No oye ni ve nada mas. No se trata de un castigo, sino de algo absolutamente natural, porque no *quiso* ver ni oír nada del mundo de materia fina. Su propia voluntad, capaz de rápidamente formar la materia fina correspondientemente, es que impide que su cuerpo de materia fina pueda ver y también oír. Hasta que se manifieste, lentamente, una alteración en esa alma. Si eso, entonces, tarde años, decenios, tal vez siglos, es asunto particular de cada persona. Su voluntad le es dejada integralmente. También el auxilio llega para ella solamente cuando ella propia lo desee. No antes. Nunca será forzada a eso.

La luz que esa alma, que ha adquirido visión, saludó con gran alegría, siempre ha estado ahí. Sólo que antes aún no podía verla. Ella también es más clara y más fuerte de lo que el alma, hasta ahora ciega, inicialmente la ve. El *modo* por lo cual la ve, si fuerte, si débil, depende de ella exclusivamente. ¡Ella no da ningún paso a su encuentro, sino que está allá! Podrá disfrutarla a cualquier momento, bastando desearlo de manera humilde y sincera.

Pero eso que aquí aclaro sólo se refiere a *esa tal especie* de almas humanas. No, sin embargo, a otras. En las propias tinieblas y en sus planicies no se encuentra luz. Allá no es válido que aquél, que progresa en si, pueda de repente ver la luz, pero si, para eso, en primer lugar tiene que ser conducido hacia afuera del ambiente que lo retiene.

Seguramente la situación de esa alma, aquí apreciada, ya es de ser calificada de angustiada, principalmente porque está tomada de gran pavor y no tiene en si cualquier esperanza, sin embargo, ella misma no había deseado de otra forma. Recibe solamente aquello que ha forzado para si. No quiso saber nada de la vida conciente después del fallecimiento terreno. La propia continuación de la vida, el alma no puede con eso eliminar para si; pues sobre eso ella no puede disponer, sin embargo, construye para si misma una esfera estéril de materia fina, paraliza los órganos sensoriales del cuerpo de materia fina, de modo que, en la materia fina, no pueda ver ni oír, hasta que... por fin *ella* cambie su opinión.

Son esas las almas que hoy son vistas a los millares sobre la Tierra, aún calificadas de decentes, a pesar de nada querer saber de la eternidad o de Dios. Las de mala voluntad, naturalmente, pasan peor, sin embargo, de ellas no hablaremos aquí pero solamente de las así llamadas criaturas humanas *decentes*.—

Cuando, pues, se dice que Dios extiende Su mano en *auxilio*, eso se pasa *en la Palabra* que Él envía a las criaturas humanas, en la cual les indica de que modo pueden libertarse de la culpa en que se enmarañaron. Y Su gracia se encuentra previamente en todas las grandes posibilidades concedidas a los espíritus humanos en la Creación para utilización. Eso es tan inmenso, como no puede el ser humano de hoy imaginar, porque jamás se ha ocupado con eso, no de manera lo suficiente seria; ¡pues Allá, donde tal ha ocurrido, fue solamente de modo pueril o para fines de vanidosa auto-elevación!

¡Sin embargo, apenas cuando los espíritus humanos reconozcan en la Palabra de Dios el verdadero valor, su profunda seriedad, realizarán grandes hechos en toda la Creación! Hasta ahora hubieran preferido siempre solamente su propio saber y, por lo tanto, todo ha quedado como obra incompleta del más bajo grado en relación al contenido de la Palabra de Dios, que incluso hoy, nuevamente no reconocido, lo quieren colocar al lado; pues ningún ser humano sabe del *verdadero* valor del Mensaje del Grial. Ni siquiera un único en la Tierra. Aun cuando juzgue conocer el sentido, aun cuando ya intuye espiritualmente las ventajas que ha conquistado para si en el reconocimiento parcial... ¡él *no* lo conoce, el real valor, no lo ha asimilado todavía ni en su centésima parte! Eso lo digo yo, que traigo este Mensaje. ¡Vosotros *no* sabéis lo que tenéis con eso en las manos!

¡Él es el camino, el portal y también la clave, que os conduce *hacia la vida*. Para la vida, que no puede ser evaluada ni adquirida con todos los tesoros de esta Tierra, todos los tesoros

de todo el Universo! *Agotad*, pues, del Mensaje. *Tomad* del tesoro, de lo más precioso que podéis encontrar. Agarradlo, como lo es, pero no buscad en él y no uséis de sofismas a su *respeto*. Buscar e interpretar *en él* no trae ningún valor. No es este *Mensaje* que debéis tornar a vosotros comprensible, pero vuestro trabajo es de simplemente crear para él un *lugar* en el centro de vuestra alma. ¡*Allá* debéis buscar, debéis interpretar, para encontrar lo que no ayuda a adornar el recinto, cuando este Mensaje entre en vosotros! Vosotros debéis descubrir lo que aún embaraza en ese recinto que dentro de vosotros tiene que tornarse un templo. ¡Criad ese templo dentro de vosotros, sin en eso tocar en mi Mensaje y todos que así actúen también serán auxiliados!— — — —

42. Milagros

La explicación para eso reside en la propia palabra. Milagro es un acontecimiento sobre lo cual el ser humano queda admirado. Es algo que no juzga posible. Pero también solamente *juzga*, pues, que es posible, la propia efectuación del milagro ya lo ha comprobado.

¡Milagros, según las concepciones de muchas personas que creen en Dios, *no* existen! Éstas consideran un milagro como algo que ocurre afuera de las leyes de la naturaleza, incluso aún como algo que es contrario a todas las leyes de la naturaleza. ¡Exactamente ahí ven el divinal! Para ellas un milagro es algo posible solamente a su Dios, que con eso muestra Su gracia especial, y emplea Su omnipotencia para tal.

Las pobres criaturas humanas imaginan bajo omnipotencia erróneamente la posibilidad de actos arbitrarios, y los milagros como tales actos arbitrarios. No reflexionan lo cuanto, con eso, disminuyen a Dios; pues esa especie de milagros sería todo excepto divina.

En el actuar divino reside en primer lugar una perfección incondicional, sin faltas, sin laguna. Y perfección condiciona la más severa lógica, absoluta consecuencia en todos los sentidos. Un milagro, por consiguiente, tiene que efectuarse solamente en consecuencia lógica, sin lagunas, en el acontecimiento. La diferencia consiste solamente en el hecho de que en un milagro el camino de desenvolvimiento, que según conceptos terrenos llevaría más tiempo, de hecho se desenrolla de manera normal, sin embargo, con grande rapidez, sea ante la fuerza especialmente concedida a una persona, sea por otros caminos, de modo a poder ser denominado milagroso por los seres humanos, debido a todo el desenrollar extraordinariamente rápido, en resumen, como milagro.

Puede, igualmente, tratarse de algo encima del desenvolvimiento actual, que es cumplido a causa de fuerza concentrada. Pero nunca, en tiempo algun, se colocará afuera de las leyes naturales existentes, o incluso en oposición a las mismas. En tal momento, que en si es de cualquier forma imposible, tal acontecimiento perdería todo lo divino y se tornaría un acto de arbitrariedad. Por lo tanto, precisamente lo contrario de aquello que suponen muchos de los que creen en Dios. Todo que depienda de una severa consecuencia lógica no es divino. Cada milagro es un proceso absolutamente natural, solamente en una extraordinaria rapidez y fuerza concentrada; jamás podrá suceder algo antinatural. Eso está totalmente excluido.

Cuando se realizan curas de enfermedades hasta entonces consideradas incurables, no hay ahí ninguna alteración de las leyes de la naturaleza, pero eso muestra solamente las grandes lagunas en el saber humano. Tanto más ahí debe ser reconocido como una gracia del Criador, que, aquí y Allá, capacita algunos seres humanos con fuerza especial, que éstos pueden utilizar en beneficio de la humanidad sufrida. Serán siempre, sin embargo, solamente aquellos que se conservan apartados de toda la presunción de una ciencia, visto que el conocimiento atado a la Tierra sofoca, de forma totalmente natural, la posibilidad de recibir dádivas más elevadas.

La ciencia atada a la Tierra quiere conquistar, jamás, sin embargo, consigue recibir de modo puro, es decir, infantilmente. ¡Sin embargo, fuerzas que vienen de aquello que es sin espacio y tiempo solamente pueden ser recibidas de modo sencillo, nunca conquistadas! ¡Esa circunstancia, por si sólo, muestra lo que es lo más valioso, lo más fuerte y, por consiguiente, también lo más acertado!

43. El bautismo

Si el bautismo de un niño sea ministrado por un sacerdote que lo considere como mero deber del oficio, quedará absolutamente sin significado, no produciendo beneficios tampoco daños. En el bautismo de una persona adulta, al contrario, su receptividad interior contribuye, de acuerdo con su fuerza y pureza, para que de hecho sea recibido algo espiritual, o no.

En un niño, solamente la fe del bautizante puede ser llevada en consideración, como medio para el fin. Conforme la fuerza y la pureza de él, el niño recibe a través del acto un cierto fortalecimiento espiritual, bien como una pared protectora contra malas corrientes.

El bautismo es un acto que no puede ser realizado, de modo eficaz, por cualquier persona investida por dirigentes eclesiásticos terrenos. Para tanto, se hace necesario una persona que esté en ligazón con la Luz. Solamente una tal persona consigue transmitir Luz. Esa capacidad, sin embargo, no se logra ante estudios terrenos tampoco por la consagración eclesiástica o investidura en el cargo. De modo algún está en conexión con costumbres terrenas, sino es exclusivamente una dádiva del propio Altísimo.

Uno así agraciado se torna con eso un convocado! Ésos no existen en gran numero; pues tal dádiva condiciona, como requisito previo, un terreno correspondiente en la propia persona. No existiendo en ella tal condición preliminar, entonces la ligazón proveniente desde la Luz no puede ser establecida. La Luz no puede bajar en suelo no preparado o que de ella se aleje, considerando que también ese proceso está sometido severamente, como todo lo demás, a las leyes primordiales que todo perfluyen.

Un tal convocado puede, sin embargo, por el acto del bautismo, transmitir realmente espíritu y fuerza, de modo que el bautismo reciba *aquél* valor que simbólicamente exprime. A pesar de eso, será siempre aún preferible proporcionar el bautismo solamente a personas que estén plenamente concientes de los efectos de ese acto y que intuyan el nostálgico deseo para tanto. El bautismo exige, por consiguiente, cierta madurez y el deseo voluntario del bautizando, bien como un convocado quien lo bautize, para que, de hecho, pueda tener valor completo.

Juan, el Bautista, que todavía hoy es considerado y reconocido por todas las iglesias cristianas como verdadero convocado, tuvo sus mayores adversarios justamente entre los escribas y fariseos, que en aquél tiempo se tenían en cuenta de los más credenciados para juzgar al respecto. El propio pueblo de Israel de antaño *era* el pueblo convocado. Cuanto a eso, no hay duda. En su medio debía el Hijo de Dios realizar su obra terrena. Con ese cumplimiento, sin embargo, la convocación de todo el pueblo estaba extinta. Una nueva Israel surgirá para nuevo cumplimiento. En el tiempo de Juan, sin embargo, la antigua Israel todavía era el pueblo convocado. Consecuentemente, también los sacerdotes de ese pueblo, en aquél tiempo, debían haber sido los más credenciados para el bautismo. A pesar de eso, hubo que venir Juan, el Bautista, para, como único convocado, bautizar el Hijo de Dios en su envoltorio terreno, en el inicio de su actividad terrena propiamente dicha. Ese acontecimiento comprueba igualmente que investiduras terrenas en un cargo nada tienen que ver con las convocaciones divinas. La ejecución de actos en nombre de Dios, es decir, a Su orden, como debe ser en un bautismo, por su vez, solamente convocados por Dios lo pueden realizar de modo eficiente. El convocado por Dios, Juan, el Bautista, que no fue reconocido por el entonces sumo-sacerdote del pueblo convocado, nombraba a esos sus adversarios de “banda de víboras”. Se les negó el derecho a venir hacia él.

Esos mismos sacerdotes del pueblo antaño convocado tampoco reconocieron el propio Hijo de Dios, lo persiguieron continuamente y trabajaron por su destrucción terrena, por ser superior a ellos y, por lo tanto, incómodo. Si Cristo, en la actualidad, apareciese bajo nueva

forma entre los seres humanos, vendría sin duda a confrontarse con la misma recusa y hostilidad como se pasó antaño. Idénticamente le pasaría a uno, su emisario. Además por la humanidad considerarse hoy “más adelantada”.

No solamente de ese caso aislado de Juan, el Bautista, pero de innumerables casos análogos, queda comprobado claramente que consagraciones eclesiástico-terrenas y investiduras en los cargos que, además, pertenecen como tales siempre solamente a las “organizaciones de las iglesias”, jamás podrán proporcionar una capacitación más amplia para actos espirituales, si la propia persona ya no sea convocada para eso.

Observado correctamente, también el bautismo de los representantes eclesiásticos nada más es, por lo tanto, de lo que un acto de admisión provisoria en la comunidad de una congregación religiosa. No una admisión junto a Dios, pero una admisión en la correspondiente comunidad *eclesiástico-terrena*. La confirmación y la comunión que más tarde siguen pueden ser consideradas solamente como una ratificación y una más amplia admisión en la participación de los rituales de esas comunidades. El sacerdote actúa como “siervo instituido por la iglesia”, es decir, puramente terreno, ya que Dios y iglesia no son una sola cosa.

44. El Santo Grial

Innumerables son las interpretaciones de las composiciones poéticas que existen sobre el Santo Grial. Los más serios eruditos e investigadores se han ocupado con ese misterio. Mucho de eso tiene elevado valor ético, sin embargo, todo trae en sí el gran error de solamente mostrar una construcción que parte del plano terreno hacia arriba, mientras hace falta lo principal, la antorcha de luz desde arriba hacia abajo, la única que podría traer la vivificación y el aclaramiento. Todo cuanto se esfuerza desde abajo hacia arriba tiene que detenerse en el umbral de la materia, aunque le haya sido concedido lo que de más elevado pueda obtener. En la mayoría de los casos, sin embargo, aunque con condiciones preliminares favorables, mal puede ser recorrida la mitad de ese camino. ¡Cuán largo, sin embargo, todavía queda el camino hacia el verdadero reconocimiento del Santo Grial!

Esa intuición de la inaccesibilidad se torna, por fin, perceptible en los investigadores. El resultado de eso es que ahora buscan considerar el Grial como siendo una designación puramente simbólica de un concepto, a fin de así darle aquella altitud, cuya necesidad para tal designación intuyen muy correctamente. Con eso, sin embargo, en la realidad, van hacia tras, no hacia adelante. Hacia abajo, en lugar de hacia arriba. Se desvían del camino cierto ya contenido en parte en las composiciones poéticas. Solamente éstas dejan presentir la verdad. Pero también solamente presentir, porque las elevadas inspiraciones y las imágenes en sueños de los poetas han sido demasiado terrenalizadas en la transmisión, por la participación activa del intelecto. Dieron a la retransmisión de lo espiritualmente recibido el imagen de su ambiente terrenal contemporáneo, a fin de tornar el sentido de sus obras poéticas más comprensible a las criaturas humanas, lo que, pese a eso, no han conseguido, porque ellos propios no pudieron acercarse del núcleo propiamente dicho de la verdad.

Así ha sido dada, de antemano, una base incierta para las ulteriores investigaciones y búsquedas; colocado con eso un restricto límite a cada éxito. No es, por lo tanto, de sorprenderse que por último solamente se pudiera pensar en un mero simbolismo, transfiriendo la redención por el Grial para el íntimo de cada ser humano.

Las interpretaciones existentes no son destituidas de grande valor ético, pero no pueden tener ninguna pretensión de constituir un aclaramiento de las obras poéticas, y mucho menos aún de acercarse de la verdad del Santo Grial.

Tampoco se entiende por Santo Grial el cáliz del cual el Hijo de Dios se sirvió en el fin de su trayectoria terrena por ocasión de la última cena junto a sus discípulos, y en lo cual ha sido recogida, después, su sangre en la cruz. Ese cáliz es un recuerdo sagrado de la sublime obra redentora del Hijo de Dios, pero no es el Santo Grial, para cuyo alabanza los poetas de las leyendas han sido agraciados. Esas obras poéticas han sido erradamente interpretadas por la humanidad.

¡Debían ser promesas provenientes de elevadísimas alturas, cuyas realizaciones las criaturas humanas tienen que esperar! Hubiesen sido interpretadas como tales, entonces, seguramente, ya hace mucho, otro camino hubiera sido también encontrado, que podría conducir las investigaciones aún un poco más adelante de lo que hasta ahora. Pero así tubo que presentarse, por último, un punto muerto en todas las interpretaciones, porque jamás pudo ser alcanzada una solución total, sin lagunas, toda vez que el punto de partida de cada investigación se encontraba de antemano en base errada, debido a la concepción errada de hasta entonces. — —

¡Jamás un espíritu humano conseguirá, esté él también por fin en su mayor perfección e inmortalidad, poder estar delante del Santo Grial! Por tal motivo, tampoco jamás puede bajar desde allá hasta la materia, a la Tierra, una noticia satisfactoria sobre eso, que no sea a través

de un mensajero que haya sido enviado desde *allá*. Para el espíritu humano, por lo tanto, el Santo Grial tendrá que permanecer siempre y eternamente un misterio.

Que siga el ser humano en aquello que pueda comprender espiritualmente y busque, antes de nada más, cumplir todo aquello que esté en sus fuerzas, y llevarlo hacia la más noble florescencia. Lamentablemente, sin embargo, en su anhelo siempre extiende de buen agrado la mano para mucho más allá, sin desenvolver su real capacidad, con lo que comete así una negligencia, que no lo deja alcanzar ni siquiera aquello de que sería capaz, en cuanto que lo deseado, de cualquier forma, jamás podrá alcanzar. Se priva con eso de lo que hay de más bello y más elevado en su verdadera existencia, obtiene solamente un completo faltar del cumplimiento de su finalidad existencial. — — —

El Parsival es una gran promesa. Las faltas y errores que los poetas de las leyendas añadieron, a causa de su pensar demasiado terreno, desfiguran la verdadera esencia de esa figura. Parsival es uno con el Hijo del Hombre, cuya venida el propio Hijo de Dios ha anunciado. *(Disertación Nro. 10: Hijo de Dios y Hijo del Hombre) Un Enviado de Dios, habrá él que pasar por las más difíciles penurias terrenas con una venda ante los ojos espirituales, como ser humano entre los seres humanos. Liberto de esa venda después de determinado tiempo, debe reconocer nuevamente su punto de partida y, con eso, a sí propio, así como ver delante de sí nítidamente también su misión. Esa misión igualmente traerá una redención de la humanidad que busca sinceramente, atada a un riguroso Juicio. Para tanto, no puede ser supuesta una persona cualquier, mucho menos aún se deba reconocer en eso la posible experiencia vivencial de muchos o incluso de todos los seres humanos; pero solamente un muy determinado, elegido, especialmente enviado traerá esa posibilidad en sí.

En las leyes inamovibles de toda la voluntad divina no es posible ocurrir diferentemente, si no que cada cosa, después del recorrido del desenvolvimiento en su más alta perfección, pueda regresar nuevamente al punto de partida de su ser original, nunca, sin embargo, más allá de éste. Así también el espíritu humano. Él tiene origen como semilla espiritual en el espíritu-enteal, para donde pueda regresar, como espíritu conciente en forma enteal, después de su recorrido a través de la materialidad, habiendo alcanzado la más alta perfección y adquirido pureza viva. Su camino consigue conducirlo, en la mejor de las hipótesis, hasta la *antesala* del Burgo del Grial, que se halla como el más elevado en el espíritu-enteal y en él constituye el portal para los escalones del trono, en lo cual el origen de todo el ser, Dios-Padre, en su inentealidad divina, se envuelve temporalmente en el manto del divino-enteal, por lo tanto, toma forma. Ningun espíritu-enteal, por más elevado, puro y radiante que sea, consigue ultrapasar el límite del divino. El límite y la imposibilidad de ultrapasarlo reside aquí también, como en las esferas o planos de la Creación material, simplemente en la naturaleza de la cosa, en la heterogeneidad de la especie.

Como supremo y más elevado está el propio Dios en Su inentealidad divina. En la secuencia, como lo más cerca, un poco más abajo, viene el espíritu-enteal. Ambos son eternos. A éste solamente entonces se ata, bajando más y más hacia abajo, la obra de la Creación material, iniciando con la materia fina gaseosa, tornándose, en planos o esferas descendentes, cada vez más densa, hasta por fin a la materia gruesa, visible a los seres humanos. La materia fina de la Creación material es lo que los seres humanos nombran de más Allá. Por lo tanto, aquello que se encuentre más allá de su capacidad de visión terrenal y grueso-material. Ambas, sin embargo, son parte de la obra de la Creación, no siendo eternas en su forma, pero sujetas a la modificación para fines de renovación y de la reanimación.

En el punto de partida más alto del eterno espíritu-enteal se encuentra entonces el Burgo del Grial, espiritualmente visible y palpable, porque aún es de la misma especie espíritu-enteal. Ese Burgo del Grial contiene un recinto que, a su vez, se halla en el límite más extremos en dirección al divino, siendo, por lo tanto, aún más etéreo de lo que todo lo más del

espíritu-enteal. En ese recinto se encuentra, como garantía de la bondad eterna de Dios_Padre y como símbolo de Su más puro amor divino, e igualmente como punto de partida directamente de la fuerza divina: *¡el Santo Grial!*

Es una copa donde algo como sangre rubro burbuja y ondula ininterrumpidamente, sin jamás transbordar. Radiantemente envuelta por la más clara luz, solamente a los más puros de todos los espíritus-enteales es concedido poder mirar hacia esa luz. ¡Y éstos son los guardianes del Santo Grial! Cuando se dice en las obras poéticas que los más puros de los seres humanos son destinados a tornarse guardianes del Grial, ese es un punto que el poeta agraciado ha transportado demasiado para el plano terreno, porque no ha conseguido expresarse de otra manera. Ningún espíritu humano puede ingresar en ese recinto sagrado. Aunque en su mayor perfección de entealidad espiritual, después de su regreso del recurrido a través de la materialidad, aún no está suficiente eterizado para poder transponer el umbral, es decir, el límite para ese recinto. Aunque en su perfeccionamiento máximo en la entealidad, es demasiado denso para tanto. Una eterización mayor para él, sin embargo, equivaldría a una completa desintegración o combustión, toda vez que su especie, ya en el origen, no es apta para tornarse aún más radiante y luminosa, es decir, aún más etérea. Ella no lo soportaría.

Los guardianes del Grial son eternos, puro-espirituales, que jamás han sido seres humanos, los ápices de todo el espíritu-enteal. Necesitan, sin embargo, de la fuerza divino-enteal, dependen de ella como todo lo más depende del divino-enteal, el origen de toda la fuerza, Dios-Padre.

De tiempos en tiempos, entonces, en el día de la Paloma Sagrada, surge la Paloma sobre el cáliz, como señal renovado del inmutable amor divino del Padre. Es la hora de la unión, que trae la renovación de la fuerza. Los guardianes del Grial la reciben con humilde devoción, y pueden entonces retransmitir esa fuerza milagrosa recibida.

¡De eso depende la existencia de la Creación entera!

Es el momento en que en el Templo del Santo Grial, el amor del Criador se derrama radiantemente para un nuevo existir, para nuevo impulso criador que, bajando, se distribuye por el Universo entero en forma de pulsaciones. Un estremecer traspasa ahí todas las esferas, un temblor sagrado de alegría presentida, de inmensa felicidad. Solamente el espíritu de las criaturas humanas terrenas permanece de lado, sin intuir lo que está aconteciendo justamente a él, cuán inmensa dádiva toscamente recibe, porque su auto-restricción en el intelecto no más permite la comprensión de tal grandiosidad.

¡Es el momento del aprovisionamiento de vida para la Creación entera!

Es la continua e indispensable repetición de una confirmación del pacto, que el Criador mantiene en relación a Su obra. Se un día tal aflujo fuese interrumpido, estuviese suspenso, todo cuanto existe tendría que secar poco a poco, envejecer y decomponerse. ¡Resultaría entonces el fin de todos los días y solamente restaría el propio Dios, como era en el principio! Porque únicamente Él es la vida.

Ese fenómeno está transmitido en la leyenda. Es incluso hecha alusión, como todo tiene que envejecer y perecer, si el día de la Paloma Sagrada, es decir, el “desvelar” del Grial, no vuelva, en el envejecimiento de los caballeros del Grial, durante el tiempo en que Amfortas no más desvela el Grial, hasta la hora en que Parsival surge como Rey del Grial.

¡El ser humano debería alejarse de la idea de considerar el Santo Grial solamente como algo inconcebible; pues existe realmente! Sin embargo, es negado al espíritu humano, por su naturaleza, poder contemplarlo una vez siquiera. Pero las bendiciones, que desde él fluyen y que pueden ser retransmitidas por los guardianes del Grial y que también son retransmitidas, éstas los espíritus humanos las pueden recibir y usufructuar. En ese sentido, algunas interpretaciones no pueden ser tomadas en cuenta de totalmente erradas, bajo la condición que

no intenten incluir en sus explicaciones el propio Santo Grial. Son ciertas y, sin embargo, tampoco lo son.

El aparecimiento de la Paloma en el día determinado de la Paloma Sagrada indica la misión periódica del Espíritu Santo; pues esa Paloma se halla en íntima relación con él. Pero es algo que el espíritu humano solamente es capaz de comprender por imágenes, porque conforme la naturaleza de la cosa, aunque tenga lo más alto desenvolvimiento, en la realidad solamente puede pensar, saber e intuir hasta allá de donde él propio vino, es decir, hasta aquella especie que es *una* con su más pura condición de origen. Éste es el eterno puro espíritu-enteal. Ese límite él jamás podrá ultrapasar, ni siquiera en el pensar. Algo diferente tampoco nunca podrá comprender. Eso es tan evidente, lógico y sencillo, que toda persona puede acompañar ese curso de pensamientos.

¡Lo que, sin embargo, exista encima de eso, será y deberá ser y permanecer, por esa razón, siempre un misterio para la humanidad!

Cada ser humano vive por eso en una ilusión errada, se imagina tener Dios en sí, o ser él propio divino, o poder tornarse divino. Tiene en sí *puro-espiritual*, pero *no* divinal. Y hay en eso una diferencia intransponible. Él es una criatura, y no una parte del Criador, conforme tantos buscan persuadirse. El ser humano es y sigue sendo una *obra*, jamás podrá tornarse mestre.

Por consiguiente, también es errado cuando se declara que el espíritu humano viene del propio Dios-Padre y a Él regresa. El origen del ser humano es el *espíritu-enteal*, no el divino-inenteal. Solamente podrá, por lo tanto, en el caso de alcanzar la perfección, regresar al espíritu-enteal. Correctamente hablando, el espíritu humano se origina del *Reino de Dios* y por eso también, cuando haya se tornado perfecto, podrá regresar nuevamente para el *Reino de Dios*, no, sin embargo, para Él propio. El *Reino de Dios* es el puro espíritu-enteal.

El Hijo de Dios se ha tornado el mediador entre el divino-inenteal y el puro espíritu-enteal. Él parte del divino-inenteal hacia el espíritu-enteal, como él antaño también vino para la materia. La venida del Hijo del Hombre trae la conclusión de la elevada misión divina del Hijo de Dios. Después del cumplimiento, el Hijo de Dios volverá nuevamente para el divino-inenteal, en cuanto que el Hijo del Hombre asume en su lugar la función del mediador, tornándose así el guía de los guardianes del Santo Grial, el Rey del Grial, que vela el cáliz sagrado.

El Hijo del Hombre se tornará para el espíritu humano entonces el A y el O, porque él dará el inicio y el fin para la capacidad de comprensión del espíritu humano; pues él consigue atravesar el límite para el divino-inenteal y, de esa forma, comprender todo con la vista.

45. El misterio Lucifer

Un velo grisáceo paira sobre todo lo que se relaciona con Lucifer. Es como si todo tuviese miedo de erguir la punta de ese velo. El retroceder asustado es en la realidad solamente la incapacidad de penetrar en el reino de las tinieblas. La incapacidad yace, a su vez, en la naturaleza de la cosa, porque también en ese caso el espíritu humano no consigue penetrar tan lejos, por serle puesta una limitación, debido a su constitución. Igual como no consigue ir hasta la altura máxima, de la misma forma tampoco puede penetrar hasta la profundidad más baja, además, jamás lo conseguirá.

Así, la fantasía ha criado substitutivos para lo que hacía falta, es decir, seres de varias formas. Se habla del diablo bajo las más extravagantes formas, del arcángel decaído y expulsado, de la corporificación del malo principio, *(Conducta, ley básica) y lo que aún más exista. De la verdadera naturaleza de Lucifer nada se comprende, a pesar de el espíritu humano ser alcanzado por él y, por lo tanto, muchas veces lanzado en el medio de una enorme discordia, que puede ser denominada de lucha.

Aquellos que hablan de un arcángel decaído, y también los que se refieren a la corporificación del malo principio son los que más se acercan del hecho. Solamente que también aquí hay una concepción errónea que confiere a todo una imagen errada. Una corporificación del malo principio lleva a pensar en el punto culminante, en la meta final, la encarnación viva de todo el mal, por lo tanto, la coronación, el final absoluto. Lucifer, sin embargo, al contrario, constituye el *origen* del principio errado, el *punto de partida* y la fuerza propulsora. Aquello que él provoca, tampoco se debería denominar de *malo* principio, pero sí de principio *errado*. Errado, entendido como el concepto de incorrecto, y no de injusto. El ámbito de acción de ese principio erróneo es la Creación material. Únicamente en la materialidad es que se encuentran los efectos de lo que es luminoso y los efectos de lo que es de las tinieblas, es decir, los dos principios opuestos, y en ella actúan constantemente sobre el alma humana, mientras ésta recorre la materialidad para su desenvolvimiento. Ahora bien, a cual principio el alma humana más se entrega, según su propio deseo, es decisivo para su ascensión hacia la Luz o bajada hacia las tinieblas.

Enorme es el abismo que existe entre la Luz y las tinieblas. Él es rellenado por la obra de la Creación de la materialidad, que se encuentra sujeta a la transitoriedad de las formas, es decir, a la descomposición de las respectivas formas existentes y a un nuevo formar.

Visto que un circuito, en acuerdo con las leyes que la voluntad de Dios-Padre coloca en la Creación, solamente puede ser considerado concluido y cumplido cuando su final vuelva al origen, así también el curso de un espíritu humano solamente puede ser tomado como cumplido cuando regresa al espíritu-enteal, que se encuentra más cerca de la Luz primordial, porque su semilla ha salido de ese espíritu-enteal. Dejándose desviar en dirección a las tinieblas, él resultará en el peligro de ser arrastrado hacia allá del círculo más externo de su curso normal, hacia las profundidades, de donde entonces no más podrá reencontrar la escalada. Él, sin embargo, tampoco consigue, a partir de las tinieblas fino-materiales más densas y profundas, ir aún más fondo, allá del límite extremo de las mismas, hacia afuera de la materialidad, como podría hacerlo hacia arriba, en dirección al reino espíritu-enteal, por ser éste su punto de partida, y, por ese motivo, será continuamente arrastrado junto en el poderoso circular de la Creación material, hasta, por último, hacia la descomposición, porque su oscura vestimenta de materia fina, por lo tanto, densa y pesada, denominada también cuerpo del más Allá, lo retiene. La descomposición deshace entonces su personalidad espiritual como tal, adquirida durante la peregrinación por la Creación, de modo que sufre la muerte espiritual y será pulverizado a la semilla espiritual original.

El propio Lucifer se encuentra *afuera* de la Creación material, por lo tanto, *no* será arrastrado juntamente hacia la descomposición, como se da con las víctimas de su principio; pues Lucifer es eterno. Se origina de una parte del divino-enteal. La discordia empezó después del comienzo de la formación de todo lo que es materia. Enviado para amparar el espíritu-enteal en la materia y favorecerlo en el desenvolvimiento, no cumplió esa su incumbencia en el sentido de la voluntad criadora de Dios-Padre, al contrario, eligió otros caminos de los que le fueran indicados por esa voluntad criadora, debido a un querer saber mejor, que le vino durante su actuación en la materialidad.

Haciendo malo uso de la fuerza que le fue concedida, ha introducido el principio de las tentaciones, en el lugar del principio del auxilio amparador, que equivale al amor servidor. Amor servidor en la acepción divina, que nada tiene en común con el servir esclavo, pero solamente visa la ascensión espiritual y con eso la felicidad eterna del próximo, actuando como corresponda.

El principio de la tentación, sin embargo, equivale a la colocación de trampas, en las cuales las criaturas humanas no suficientemente firmes pronto tropiezan, caen y se pierden, mientras otras, al contrario, se fortalecen con eso en vigilancia y vigor, para entonces florecer poderosamente en dirección a las alturas espirituales. Todo lo que es débil, sin embargo, es de antemano entregado irremediablemente a la destrucción. El principio no conoce ni bondad, ni misericordia; le hace falta el amor de Dios-Padre, con eso, sin embargo, también la más poderosa fuerza propulsora y el más fuerte apoyo que existe.

La tentación en el Paraíso, narrada en la Biblia, muestra el efecto de la introducción del principio de Lucifer, al describir figuradamente como éste, ante tentación, busca probar la fuerza y la perseverancia de la pareja humana, a fin de, ante la menor vacilación, pronto lanzarla sin piedad en el camino de la destrucción.

La perseverancia hubiera sido equivalente a un someterse jubilosamente a la voluntad divina, que se encuentra en las leyes sencillas de la naturaleza o de la Creación. Y esa voluntad, el mandamiento divino, era de pleno conocimiento de la pareja humana. No vacilar sería al mismo tiempo un reconocimiento y un cumplimiento de esas leyes, con lo que el ser humano puede beneficiarse de ellas, de modo cierto e irrestricto, y así tornarse el verdadero “señor de la Creación”, porque “sigue con ellas”. Entonces todas las fuerzas se encontrarán a su servicio, si no se oponga, y trabajarán naturalmente a su favor. Ahí consiste, entonces, el cumplimiento de los mandamientos del Criador, que nada más visan de lo que la manutención y el cultivo puro y libre de todas las posibilidades de desenvolvimiento que residen en Su obra maravillosa. Esa simple observancia es, alcanzando más lejos, a su vez, un conciente co-actuar en el sano desenvolvimiento ulterior de la Creación o del mundo material.

Quién no hace eso es un estorbo que, o tiene que dejarse lapidar para alcanzar la forma correcta, o será aplastado por las engranajes del mecanismo universal, es decir, por las leyes de la Creación. Quien no quiera curvarse tendrá que quebrar, porque no puede haber paralización.

Lucifer no quiere aguardar con bondad la madurez y el fortalecimiento graduales, no quiere ser, como debería, un jardinero amoroso que apara, protege y cuida de las plantas a él confiadas, al contrario, con él, literalmente, “el chivo se ha tornado jardinero”. Visa la destrucción de todo cuanto es débil y, en ese sentido, trabaja sin piedad.

En la verdad, él desprecia las víctimas que se rinden a sus tentaciones y trampas, y quiere que perezcan en su debilidad.

Él también tiene asco de la bajeza y de la vileza que éstas víctimas decaídas ponen en los efectos de su principio; pues solamente los seres humanos los transforman en la depravación

repugnante en que se presentan, instigando Lucifer con eso más aún a ver en ellos criaturas que únicamente merecen destrucción, no amor y amparo.

Y para la realización de esa destrucción contribuye, no poco, el principio del vivir hasta agotarse, que se asocia al principio de la tentación, como consecuencia natural. El vivir hasta agotarse se procesa en las regiones inferiores de las tinieblas y ya es empleado terrenamente en la nombrada psicoanálisis *(Investigación del alma) por diversos practicantes, en la suposición de que también en la Tierra el vivir hasta agotarse madura y liberta.

¡Sin embargo, qué terrible miseria no debe resultar la practica de ese principio en la Tierra! Que desgracia debe causar, toda vez que en la Tierra, al contrario de las regiones de las tinieblas, donde solamente se junta aquello que es de igual especie, aún vive junto y lado a lado lo que es más oscuro como lo que es más luminoso. Basta que se piense solamente en la vida sexual y cosas análogas. Si un tal principio, en su practica, esté suelto sobre la humanidad, debe haber por fin solamente una Sodoma y Gomorra, de la cual no hay escapatoria, pero donde solamente el pavor de la peor especie puede traer un fin.

Pero, sin tomarlo en consideración, ya son vistas hoy innumerables víctimas de doctrinas análogas, vagando por ahí inseguras, cuya diminuta autoconciencia, además, todo el pensar personal, terminó siendo deshojado totalmente y aniquilado allá, donde ellas, llenas de confianza, esperaban ayuda. Se encuentran ahí como personas, de cuyos cuerpos fueran arrancadas sistemáticamente todas las ropas, para que sean obligadas entonces a vestirse con nuevas ropas a ellas ofrecidas. Las así desnudas, sin embargo, en la mayoría de los casos, lamentablemente, no más pueden comprender porque todavía deben vestirse con nuevos trajes. Por la sistemática intromisión en sus asuntos y derechos, los más personales, han perdido con el tiempo también la intuición del pudor, conservador de la autoconciencia personal, sin lo cual no puede existir nada de personal y lo cual constituye propiamente una parte de lo que es personal.

En terreno así revuelto, pues, no se puede erigir ninguna nueva y firme construcción. Esas personas, con raras excepciones, permanecen dependientes, llegando incluso al desamparo temporario, visto que también les fue tomado lo poco apoyo que antes aún tenían.

Ambos los principios, lo de vivir hasta agotarse y lo de la tentación, están tan estrechamente atados uno al otro, que la tentación debe preceder incondicionalmente el vivir hasta agotarse. Es, por lo tanto, el efectivo cumplimiento y la diseminación del principio de Lucifer.

Para el verdadero medico de alma no hay necesidad de destruir. Éste cura primero y, entonces, continua edificando. ¡El verdadero principio proporciona una modificación de deseos errados a través de reconocimiento espiritual!

La practica de ese principio destituido de amor, sin embargo, tenia que, evidentemente, separar Lucifer, por la naturaleza de la cosa, cada vez más de la voluntad llena de amor del Criador omnipotente, lo que resulto la propia separación o expulsión de la Luz y, con eso, la caída cada vez más profunda de Lucifer. Lucifer es uno “que se ha separado por si propio de la Luz”, que equivale a un expulsado.

La expulsión tenia que procesarse también de acuerdo con las leyes primordiales vigentes, la inamovible sagrada voluntad de Dios-Padre, porque un otro fenómeno no es posible.

Como, sin embargo, únicamente la voluntad de Dios-Padre, del Criador de todas las cosas, es omnipotente, la cual también está firmemente arraigada en la Creación material y en su desenvolvimiento, Lucifer consigue, sí, introducir su principio en la materialidad, pero sus efectos podrán siempre moverse solamente dentro de las leyes primordiales instituidas por Dios-Padre y tendrán que formarse en la dirección de ellas.

Así Lucifer incluso puede, con el prosequimiento de su principio erróneo, dar un impulso a caminos peligrosos para la humanidad, sin embargo, no consigue forzar los seres humanos para cualquier cosa, en cuanto éstos voluntariamente no se decidan a eso.

De hecho, Lucifer solamente puede intentar. La criatura humana, como tal, se encuentra, sin embargo, más firme de lo que él en la Creación material y, por consiguiente, mucho más segura y más vigorosa, de lo que la influencia de Lucifer jamás podrá alcanzarla. Así, cada persona se halla de tal modo protegida, que es para ella una vergüenza diez veces mayor cuando se permite atraerse por una fuerza comparativamente más débil de lo que la de la suya. Debe considerar que el propio Lucifer se encuentra *afuera* de la materialidad, mientras ella se encuentre enraizada con los pies firmes en un terreno y en un suelo que le es totalmente familiar. Lucifer se ve obligado, para aplicar su principio, a servirse de sus tropas auxiliares, constituidas de espíritus humanos decaídos por las tentaciones.

A éstos, sin embargo, a su vez, cada espíritu humano que se esfuerza hacia el alto, no solamente está plenamente igualado, sino las supera ampliamente en fuerza. Un único y sincero acto de voluntad es suficiente para hacer desaparecer un ejército de ellos, sin dejar vestigio. Entendido que éstos, con sus tentaciones, no encuentren ningún eco o resonancia donde puedan agarrarse.

Además, Lucifer sería impotente, si la humanidad se esforzase por reconocer y seguir las leyes primordiales introducidas por el Criador. Lamentablemente, sin embargo, las criaturas humanas cada vez más apoyan su principio ante su actual manera de ser y por lo tanto también tendrán que sucumbir en la mayor parte.

Imposible es que alguno espíritu humano pueda trabar una lucha con el propio Lucifer, por la simple razón de no poder llegar hasta él, debido a constitución diferente. El espíritu humano solamente puede entrar en contacto con los que sucumbieron al principio errado, que en el fondo tienen la misma especie que él.

El origen de Lucifer condiciona que solamente puede acercarse de él y enfrentarlo personalmente quien tenga origen idéntica; pues solamente éste es capaz de llegar hasta él. Tendrá que ser un emisario de Dios, venido y relleno del divino-enteal, proveído de la sacrosanta seriedad de su misión y confiando en el origen de todas las fuerzas, en el propio Dios-Padre.

Esa misión está reservada al anunciado Hijo del Hombre.

La lucha es personal, frente a frente, y no solamente simbólica de modo general, conforme muchos investigadores quieren deducir de profecías. Es la realización de la promesa en Parsival. Lucifer empleo mal la “Lanza sagrada”, el poder, y , a través de su principio, ha abierto una herida dolorosa en el espíritu-enteal y, con eso, en la humanidad, como chispa y extremidad de éste. Pero en esa lucha ella le será tomada. Después, ya en la “mano cierta”, es decir, en la realización del legítimo principio del Grial del amor puro y severo, curará la herida que ha abierto antes por la mano impropia, es decir, por la utilización errada.

¡A causa del principio de Lucifer, es decir, a causa de la utilización errada del poder divino, equivalente a la “Lanza sagrada” en mano impropia, es conferida una herida en el espíritu-enteal, *que no puede cerrarse!* Es reproducido figuradamente con ese pensamiento de modo acertado en la leyenda; pues ese fenómeno se asemeja realmente a una herida abierta que no se cierra.

Reflexiona que los espíritus humanos, como semillas espirituales inconcientes o chispas, fluyen o saltan de la extremidad más baja del espíritu-enteal hacia la Creación de la materialidad, en la esperanza de que esas partículas emanadas, después de su recorrido a través de la materialidad, despiertas y desenvueltas para la conciencia personal, vuelvan nuevamente, en la conclusión del ciclo, hacia el espíritu-enteal. ¡Semejante a la circulación de

la sangre en el cuerpo de materia gruesa! Sin embargo, el principio de Lucifer desvía una gran parte de esa corriente circulatoria espiritual, con lo que mucho del espíritu-enteal se pierde. Por ese motivo el necesario ciclo no puede ser cerrado y efectuarse como el constante *sangrar* debilitador de una herida abierta.

Sin embargo, si pasar ahora la “Lanza sagrada”, es decir, el poder divino, para la mano *cierta*, que se encuentra en la voluntad del Criador, indicando el camino cierto al espíritu-enteal que recorre la materialidad como un factor vivificante, camino éste que lo conduce hacia arriba, a su punto de partida, al luminoso Reino de Dios-Padre, entonces él no más se perderá, pero fluye de vuelta a su origen, como la sangre al corazón, con lo que será *cerrada* la herida que hasta ahora vertía debilitadoramente en el espíritu-enteal. La cura, pues, solamente puede ocurrir por intermedio de la misma Lanza que ha causado la herida.

¡Para tanto, sin embargo, antes, la Lanza tiene que ser arrancada de Lucifer, pasando para la mano cierta, lo que se realiza en la lucha *personal* del Hijo del Hombre con Lucifer!

Las luchas siguientes, que se traban aún en la materia fina y en la materia gruesa, son solamente repercusiones de esa grande lucha, que debe traer el prometido encadenamiento de Lucifer, que anuncia el comienzo del Reino del Milenio. Significan la extirpación de las consecuencias del principio de Lucifer.

Éste se opone al actuar del amor divino, cuyas bendiciones son concedidas a las criaturas humanas en su recorrido por la materialidad. Si, por lo tanto, la humanidad se esfuerce simplemente en el sentido de ese amor divino, estaría pronto protegida completamente contra cualquiera tentación de Lucifer, y éste sería despojado de todos los horrores que el espíritu humano teje en su alrededor.

También resultan de la fantasía variada del cerebro humano esas formas horrendas y feas que erróneamente se busca atribuir a Lucifer. En la realidad, tampoco ningún ojo de criatura humana ha alcanzado verlo todavía, por el simple motivo de la diferente naturaleza de especie, ni siquiera el ojo espiritual que, muchas veces ya durante la vida terrena, es capaz de reconocer la materia fina del más Allá.

Al contrario de todas las concepciones, Lucifer puede ser llamado de altivo y bello, de una belleza sobrenatural, de majestad sombría, con ojos claros, grandes, azules, pero que dan testigo de la gélida expresión de la falta de amor. Él no es solamente un concepto, como generalmente se intenta presentarlo después de otras frustradas interpretaciones, sino que es personal.

La humanidad debe aprender a comprender que también para ella son trazados límites, debido a su propia especie, los cuales jamás podrá transponer, evidentemente ni siquiera en el pensar y que, además de esos límites, mensajes solamente podrán advenir por el camino de la gracia. Todavía, no a través de médiums, que tampoco pueden alterar su especie a través de condiciones extraterrenas, tampoco a través de la ciencia. Justamente ésta tiene, sí, a través de la química, la oportunidad de verificar que la heterogeneidad de las especies puede establecer barreras intransponibles. Esas leyes, sin embargo, parten del origen y no son encontradas solamente en la obra de la Creación.

46. Las regiones de las tinieblas y la condenación

Cuando se ven cuadros que deban reproducir la vida en el así nombrado infierno, se pasa adelante dando de hombros con una sonrisa un tanto irónica, con un tanto de compasión, y con el pensamiento de que sólo una fantasía insana o una creencia ciega fanática podría concebir escenas de tal genero. Raramente habrá alguien que busque en eso siquiera el menor grano de verdad. Y, sin embargo, tampoco la fantasía más lúgubre consigue esbozar de forma aproximada un cuadro que, de acuerdo con la expresión, se acerque de los tormentos de la vida en las regiones de tiniebla. ¡Pobres ciegos los que suponen poder pasar por encima de eso irresponsablemente, con un dar de hombros escarnecedor! El momento vendrá en que la irresponsabilidad se vengará amargamente con el surgimiento estremecedor de la Verdad. Entonces no servirá cualquier resistencia, ningún alejamiento, serán arrastrados hacia dentro del remolino que los espera, si no se deshacen a tiempo de esa convicción de una ignorancia, que siempre caracteriza solamente el vacío y la estrechez de un tal ser humano.

Apenas se dio el despliegue del cuerpo de materia fina del cuerpo de materia gruesa, *(Disertación Nro. 40: La muerte) ellos ya encuentran entonces la primera grande sorpresa en la vivencia de que la existencia y la vida concientes con eso aún no están terminadas. ¡La primera consecuencia es la perplejidad, a la cual se sigue un temor inconcebible, que se transforma muchas veces en resignación tosca o en lo más angustiante desespero! Es inútil oponerse entonces, inútil todo el lamentar, inútil, sin embargo, también el pedir; pues habrán que cosechar lo que sembraron en la vida terrena.

Si han burlado de la Palabra, que les ha sido traída de Dios, que indica para la vida después de la muerte terrena y para la responsabilidad a eso atada de cada pensar y actuar profundo, entonces lo mínimo que los espera es aquello que querían: *¡profunda oscuridad!* Sus ojos, oídos y bocas de materia fina se hallan cerrados por la propia voluntad. Están sordos, ciegos y mudos en su nuevo ambiente. Eso es lo que de más favorable les puede suceder. Un guía o auxiliador desde más Allá a ellos no se les puede tornar comprensible, porque ellos propios se mantienen cerrados a eso. Una triste situación, a la cual solamente el lento madurar interior de la respectiva persona, lo que se da por el desespero creciente, puede traer una gradual modificación. Con el creciente anhelo por la Luz que, cual grito incesante por socorro, sube de tales almas oprimidas y martirizadas, finalmente, poco a poco, se tornará más claro a su alrededor, hasta aprender a ver también otras que, igual que ella, necesitan de auxilio. Teniendo ella, ahora, la intención de auxiliar aquellos que esperan en la oscuridad aún más profunda, para que también se pueda tornar más claro su ambiente, entonces ella se robustece cada vez más en el desempeño de ese intento de auxiliar, a través del indispensable esfuerzo para tanto, hasta que alguno otro, ya más adelantado, pueda llegar hasta ella a fin de también ayudarla rumbo a las regiones más luminosas.

Así se hallan agachados, desconsolados, toda vez que, debido a el no querer, sus cuerpos de materia fina también están demasiado débiles para caminar. Permanece por eso un penoso, inseguro rastrear en el suelo, caso llegue una vez a algun movimiento. Otros, a su vez, caminan palpando en esa oscuridad, tropiezan, caen, se levantan siempre de nuevo, para pronto chocar aquí y allá, con lo que no tardan heridas doloridas; pues, visto que un alma humana, siempre solamente debido a la especie de su propia oscuridad, la cual camina de manos dadas con la mayor o menor densidad, y la cual, a su vez, resulta un peso correspondiente, ahonda hacia aquella región que le corresponda exactamente su peso fino-material, por lo tanto, de idéntica especie de materia fina, así su nuevo ambiente se le torna para ella del mismo modo palpable, sensible y impenetrable, como ocurre con un cuerpo grueso-material en ambiente de materia gruesa. Por lo tanto, cada golpe, cada caída o cada

herida lo siente allá de forma tan dolorosa como su cuerpo de materia gruesa ha sentido durante la existencia terrena, en la Tierra de materia gruesa.

Así es en cada región, sea cual sea la profundidad o altura a la que pertenezca. Idéntica materialidad, idéntica sensibilidad, idéntica impenetrabilidad recíproca. Sin embargo, cada región más elevada o cada especie diferente de materia puede atravesar sin impedimento las especies de materias más bajas y más densas, así como todo lo que es de materia fina atraviesa la materia gruesa, que es de otra especie.

Diferentemente, sin embargo, es con aquellas almas que, a pesar de todo lo demás, tienen que redimir alguna injusticia cometida. El hecho en si es algo a parte. Puede ser redimido en el momento en que el autor consigue pleno y sincero perdón de la parte alcanzada. Pero aquello que más *pesadamente* ata un alma humana es el *impulso* o el *péndulo*, que forma la fuerza motora para una o más acciones. Ese péndulo perdura en el alma humana, incluso después del traspase, después de la desconexión del cuerpo de materia gruesa. Llegará incluso a evidenciarse aún más fuerte en el cuerpo de materia fina, apenas cuando anulada la limitación de todo cuanto sea de materia gruesa, visto que, entonces, las intuiciones actúan mucho más vivas y más libres. Es un tal péndulo también, a su vez, que se torna decisivo para la densidad, es decir, el peso del cuerpo de materia fina. Consecuencia de eso es que el cuerpo de materia fina, después de liberto del cuerpo de materia gruesa, ahonda inmediatamente hacia aquella región que corresponda exactamente a su peso y, por consiguiente, a la idéntica densidad. Por esa razón, encontrará ahí también todos aquellos que se entregan al mismo péndulo. Por las irradiaciones de estos, el suyo aún será nutrido, aumentado, y entonces él se entregará desenfadadamente a la práctica de ese péndulo. De la misma forma, evidentemente, también los demás, que allí se encuentran junto con él. Que semejantes excesos desenfadados deban constituir un suplicio para los que están en contacto con él, no es difícil comprender. Como eso, sin embargo, en tales regiones siempre es recíproco, cada cual habrá que sufrir amargamente con los otros todo aquello que, a su vez, busca causar constantemente a los demás. Así, la vida allí se le torna un infierno, hasta que una tal alma humana, poco a poco, llegue a fatigarse, sintiendo asco de eso. Entonces, finalmente, después de larga duración, despertará gradualmente el anhelo de salir de semejante especie. El anhelo y el asco constituyen el comienzo de una mejora. Se intensificarán, hasta tornarse un grito de socorro, y, por fin, una oración. Solamente entonces es que le puede ser extendida la mano para la escalada, lo que muchas veces tarda décadas y siglos, a veces también más tiempo aún. El péndulo en un alma humana es, por lo tanto, aquello que ata de modo más fuerte.

¡Desde ahí se depiende que un acto irreflexionado puede ser redimido mucho más fácilmente y mucho más deprisa, de lo que un péndulo que se encuentra en una persona, no importando si éste tenga o no se transformado en acción!

Una persona que lleva en si un péndulo poco limpio, sin nunca dejar que éste se torne acción, porque las condiciones terrenas le son favorables, habrá por eso que expiar más pesadamente de lo que una persona que ha cometido una o más faltas irreflexionadamente, sin haber tenido ahí una mala intención. El acto irreflexionado puede ser perdonado inmediatamente a esta última, sin desenvolver un karma malo, el péndulo, sin embargo, solamente cuando haya sido completamente extinto en la criatura humana. Y de éstos existen muchas especies. Sea, pues, la codicia y la avaricia de ella pariente, sea el sensualismo inmundo, el impulso para el robo o asesinato, para atizar fuego o también solamente para el logro y para descuidos irresponsables, no importa, un tal péndulo siempre hará con que la respectiva persona ahonde o sea atraída hacia allá donde se encuentran sus iguales. No saca nada con reproducir cuadros vivos de esto. Son frecuentemente de tamaño horror, que a un espíritu humano aún aquí en la Tierra le costará creer en tales realidades, sin verlas. Y aún así juzgaría tratarse solamente de configuraciones de fantasías provocadas por una fiebre

altísima. Debe bastarle, por consiguiente, que sienta recelo moral de todo eso, recelo que le liberte de los vínculos de todo cuanto es bajo, para que más ningún impedimento se encuentre en el camino de ascensión hacia la Luz.

Así son las regiones sombrías, como efectos del principio que Lucifer busca introducir. El eterno circular de la Creación prosigue y llega al punto en que empieza la descomposición, en que todo lo que es materia pierde la forma, a fin de desintegrarse en semilla primordial y, con eso, en el desenrollar progresivo, traer nueva mistura, nuevas formas con energía renovada y suelo virgen. Lo que hasta entonces no ha podido desconectarse de las materias gruesas y finas, para, al transponer el límite más elevado, más fino y más ligero, dejando hacia tras todo cuanto es material, penetrar en el espíritu-enteal, será impreteriblemente arrastrado junto hacia la descomposición, con lo que también su forma y lo que es personal en él será destruido. ¡Solamente ésta es entonces la condenación eterna, el extinguir de todo lo cuanto es personal conciente!

47. Las regiones de la Luz y el Paraíso

¡Luz irradiante! ¡Limpidez ofusadora! ¡Bien-aventurada ligereza! Todo eso ya dice tanto por sí sólo, que es cuasi desnecesario aún mencionar detalles. Cuanto menos el cuerpo de materia fina, es decir, el manto del espíritu humano en el más Allá, se halla cargado con cualquier péndulo para cosas inferiores, con cualquiera codicia para cosas de materia gruesa y placeres, tanto menos se sentirá atraído a eso, tanto menos denso y así también tanto menos pesado será su cuerpo de materia fina, lo cual se forma de acuerdo con su voluntad, y tanto más deprisa será elevado, debido a su ligereza, hacia las regiones más luminosas, que corresponden a la menor densidad de su cuerpo de materia fina.

Cuanto menos denso, por lo tanto, menos concentrado y más fino tornarse ese cuerpo de materia fina, debido a su estado interior purificado de deseos inferiores, tanto más claro y más luminoso también deberá parecer, porque entonces el núcleo del espíritu-enteal en el alma humana, por su naturaleza ya irradiante, translucirá cada vez más desde adentro hacia afuera el cuerpo de materia fina que se torna menos denso, en cuanto que en las regiones inferiores ese núcleo irradiante acaba quedando encubierto y oscurecido por la mayor densidad y peso del cuerpo de materia fina.

También en las regiones de la Luz cada alma humana encontrará la igual especie, es decir, de ideas análogas, de acuerdo con la constitución de su cuerpo de materia fina. Una vez que solamente lo realmente noble, lo que quiere el bien, es capaz de esforzarse hacia arriba, libre de codicias inferiores, así él encontrará, como siendo su igual especie, también solamente lo que es noble. Es, también, fácil de comprender que el habitante de una tal región no tenga que sufrir ningún tormento, pero usufructúa solamente la bendición de la misma especie noble que él irradia, sintiéndose bien-aventurado con eso y, a su turno, él propio también despierte alegría en los demás con su propia actuación, compartiéndola. Puede decir que camina en los paramos de los bien-aventurados, es decir, de los que se sienten bien-aventurados. Estimulado con eso, su alegría por lo que es puro y elevado se tornará cada vez más intensa y lo elevará cada vez más alto. Su cuerpo de materia fina se tornará, prepasado por ese intuir, cada vez más fino y menos denso, de modo que el fulgor del núcleo espíritu-enteal irrumpe de forma cada vez más irradiante y, por fin, también las últimas partículas de ese cuerpo de materia fina se deshacen como que consumidas por las llamas, con lo que entonces el espíritu humano así perfecto y conciente, tornado personal, puede transponer, en su especie totalmente puro espíritu-enteal, los límites hacia el espíritu-enteal. *Solamente con eso él entra en el reino eterno de Dios-Padre, en el Paraíso eterno.*

Así como un pintor, en un cuadro, no podría reproducir los tormentos de la vida real en las regiones de las tinieblas, tampoco él consigue describir el encantamiento que reside en la vida de las regiones de la Luz, también cuando esas regiones aún pertenecen a la transitoria materia fina y el límite para el reino eterno de Dios-Padre todavía no ha sido transpuesto.

Cada descripción y cada intento de reproducir la vida en imágenes significaría infaliblemente una disminución, que hubiera que traer al alma humana, por lo tanto, solamente daño en lugar de provecho.

48. Fenómenos universales

No hay peligro mayor para una cosa de lo que dejar una laguna, cuya necesidad de relleno es intuita muchas veces. De nada sirve, entonces, querer pasar por sobre eso; porque una tal laguna impide cada progreso y, apenas cuando por sobre ella sea erigida una construcción, dejará derruirla algún día, aunque sea ejecutada con la mayor habilidad y con material realmente bueno.

Así se presentan hoy las diversas comunidades religiosas cristianas. Con tenaz energía cierran los ojos y oídos ante muchos trechos de sus doctrinas que dejan percibir una falta de lógica. Con palabras huecas buscan pasar por sobre eso, en lugar de realmente hacer una vez una seria reflexión en su interior. Lo intuyen el peligro de que los puentes, transitoriamente extendidos sobre tales abismos, debido a una doctrina de fe ciega, podrán un día no ser más suficientes, y temen el momento que debe dejar reconocer, por elucidación, esa construcción frágil. Saben también que entonces nadie más será inducido a tomar un camino tan engañoso, con lo que, evidentemente, la sólida construcción progresiva y el camino, que entonces siguen nuevamente, deberán igual quedar vacíos. De la misma forma, es de su conocimiento, que una única ráfaga de verdad refrescante debe alejar tales configuraciones artificiales. Sin embargo, en la falta de algo mejor, buscan, a pesar de todos los peligros, asegurar la tabla oscilante. Antes, están incluso decididos a defenderla por todos los medios y a destruir quien osar traer, por la propia Verdad, un pasaje más sólido. Sin hesitar intentarían repetir el mismo acontecimiento, que se desenrolló hace cuasi dos mil años en esta Tierra, que aún lanza su sombra hasta los días de hoy, y lo cual, sin embargo, ellos mismos, como grande acusación contra la ceguera y la porfía pernicioso de los seres humanos, han transformado en el foco principal de sus doctrinas y de su creencia. Fueron los *representantes de religiones* y los eruditos de aquellos tiempos que, en su estrechez dogmática y en su presunción que demuestra debilidad, no pudieron reconocer la Verdad ni el Hijo de Dios, también se cerraron ante eso y odiaron y persiguieron a él y a sus adeptos por miedo y envidia, mientras que otras personas se abrieron con más facilidad al reconocimiento e intuían más deprisa la Verdad de la Palabra. A pesar de los actuales representantes de las comunidades religiosas cristianas acentuar especialmente el camino de sufrimiento del Hijo de Dios, ellos propios nada aprendieron con ese hecho y no sacaron provecho de eso. Justamente los actuales dirigentes de esas comunidades fundamentadas en las enseñanzas de Cristo, así como los de los movimientos más recientes, también hoy intentarían nuevamente neutralizar cada uno que a través de la propia Verdad pudiese poner en peligro los pasajes oscilantes extendidos sobre lagunas o abismos peligrosos en sus enseñanzas e interpretaciones. Lo perseguirían con su odio nacido del miedo y mucho más aún oriundo de la vanidad, tal cual ya ocurrió una vez.

Les faltaría la grandeza de aceptar que su saber no sería suficiente para reconocer la propia Verdad y llenar las lagunas, a fin de, con eso, allanar el camino a los seres humanos, para más fácil comprensión y pleno entendimiento.

¡Y, sin embargo, para la humanidad sólo es posible una ascensión a través de la comprensión plena, jamás por la creencia ciega e ignorante!

Una tal laguna debido a la transmisión errada es el concepto relativo al “Hijo del Hombre”. Se agarran enfermizamente a eso, semejante a los fariseos que no quisieron abrirse a la Verdad a través del Hijo de Dios, colocada adelante de sus tradicionales y rígidas doctrinas. Cristo se ha referido a si *solamente* como el Hijo de Dios. La falta de lógica, de denominarse al mismo tiempo de Hijo del Hombre, estaba lejos de él. Aunque, debido a las propias dudas, haya se intentado, con la mayor destreza y habilidad en todas las direcciones, aclarar esa contradicción patente entre Hijo de Dios y Hijo del Hombre, intuita por toda

persona que reflexionaba sensatamente, entonces no puede ser afirmado, a pesar de todos los esfuerzos, que haya sido encontrada una *unificación*. La más conveniente de todas las interpretaciones había que mostrar siempre y siempre de nuevo una naturaleza dupla que permanecía *lado a lado*, pero que nunca podía parecer como *uno sólo*.

Eso también se encuentra enteramente en la naturaleza de la cuestión. El Hijo de Dios no puede tornarse el Hijo del Hombre solamente porque tuvo que nacer desde un cuerpo humano para poder caminar por la Tierra.

A cada cristiano es sabido que el Hijo de Dios vino solamente en misión *espiritual* y que todas sus palabras se referían al *reino espiritual*, es decir, eran intencionadas de forma *espiritual*. ¡Por consiguiente, tampoco su repetida indicación al Hijo del Hombre debe, de antemano, ser entendida de modo diferente! ¿Por que debe haber aquí una excepción? ¡Espiritualmente, sin embargo Cristo ha sido y ha siempre permanecido el *Hijo de Dios*! Cuando entonces hablaba del Hijo del Hombre, no podía referirse con eso a si mismo. Hay en todo eso algo mucho más grandioso, de lo que transmiten las actuales interpretaciones de las religiones cristianas. La contradicción declarada ya debería, desde hace mucho, haber estimulado más seriamente a un reflexionar, si la restricción dogmática no oscureciese todo. En lugar de eso, se partió, sin la más seria análisis, absolutamente indispensable en temas tan incisivos, para un obstinado agarrarse a la Palabra transmitida y se colocó, de ese modo, anteojeras, que impidieron la visión libre. La consecuencia natural es que tales interpretes y mestres a pesar de que se hallen en la Creación de su Dios, ni son capaces de reconocerla bien, a través de lo que, únicamente, existe la posibilidad de llegarse también más cerca del propio Criador, el punto de partida de la obra.

Cristo enseñó, en primer lugar, la completa naturalidad, es decir, adaptarse a las leyes de la naturaleza, por lo tanto, de la Creación. Sin embargo, adaptarse solamente puede aquél que conoce las leyes de la naturaleza. Las leyes de la naturaleza, a su vez, traen en si la voluntad del Criador y pueden, así, abrir también el camino hacia el reconocimiento del propio Criador. Quien entonces conoce las leyes de la naturaleza, también toma conocimiento de que modo inamovible ellas se engranan unas en las otras actuando; sabe por lo tanto que ese actuar es inmutable en su lógica constante y que impulsa, así como también la voluntad del Criador, de Dios-Padre.

Cualquier desvío significaría una alteración de la voluntad divina. Una alteración, sin embargo, denotaría imperfección. Como, sin embargo, la fuente primordial de todo el existir, Dios-Padre, sólo es uniforme y perfecta, así también el menor desvío dentro de las leyes de la naturaleza, por lo tanto, de las leyes del desenvolvimiento, debe ser simplemente imposible y estar de antemano excluido. Ese hecho condiciona que también la ciencia de la religión y la ciencia de la naturaleza tienen que ser una cosa sólo bajo todos los aspectos, en una clareza y lógica sin lagunas, si es que deban transmitir la *Verdad*.

No se niega que la ciencia de la naturaleza aún hoy tiene un límite de conocimiento muy bajo en relación a la Creación toda, pues se ha restringido solamente a la materia gruesa debido al hecho de que el intelecto, en la acepción actual, solamente ser capaz de ocuparse con aquello que está conectado a espacio y tiempo. El único error, además, también imperdonable en eso es que los discípulos de esa ciencia intentan negar irónicamente, como siendo inexistente, todo lo que va más allá de eso, con excepción de pocos eruditos que se irguieron por sobre la mediocridad y adquirieron visión más amplia, y que despreciaron encubrir la ignorancia con presunción.

La ciencia de la religión, sin embargo, va mucho más allá, pero queda, a pesar de eso, dependiendo igualmente de las leyes de la naturaleza que ultrapasan aquello que está atado a espacio y tiempo, las cuales, originarias de la fuente primordial, entran para lo terrenalmente visible sin interrupción y sin alteración de su especie. Por ese motivo, tampoco las doctrinas

religiosas pueden poseer faltas ni contradicciones, si deban corresponder realmente a la Verdad, es decir, a las leyes de la naturaleza o a la voluntad divina, si, por lo tanto, deban encerrar la *Verdad*. ¡Doctrinas de grande responsabilidad y que sirven como guías no pueden permitirse libertades de fe ciega!

Gravemente pesa, por lo tanto, el error al respecto del concepto del Hijo del Hombre sobre los adeptos de las verdaderas enseñanzas de Cristo, porque calmamente aceptan y propagan tradiciones erróneas, a pesar de que, a veces, en muchas personas una intuición contraria amonesta ligeramente.

Es exactamente la inmutabilidad de la voluntad divina, en su perfección, que excluye una intervención arbitraria de Dios en la Creación. Pero es también ella que, después de la separación de Lucifer, a causa de su actuar erróneo, *(Disertación Nro. 45: El misterio Lucifer) no puede excluirlo simplemente, y del mismo modo tiene que permitir un abuso de las leyes naturales, de la voluntad divina, por parte de los seres humanos, visto que al espíritu humano es reservada una libre decisión debido a su origen del eterno espíritu-enteal. *(Disertación Nro. 5: Responsabilidad) *¡En los fenómenos de la Creación de materia fina y gruesa debe justamente patentarse la inamovible perfección de la voluntad del Criador, como una especie de obligación!* Sin embargo, solamente mediocres y ínfimos espíritus humanos pueden ver en ese reconocimiento una restricción de poder y grandeza. Tal concepción sería únicamente el producto de su propia estrechez.

La inmensurabilidad del todo los perturba, porque de hecho solamente les es posible imaginar un cuadro de eso, si éste – correspondiente a su comprensión – tenga una delimitación más restricta.

Quien, sin embargo, se esfuerce realmente por reconocer su Criador en Su actuación, recibirá en el camino seguro de las leyes naturales una noción convincente de los acontecimientos de amplio alcance, cuya orígenes residen en la fuente primordial, es decir, en el punto de partida de todos los acontecimientos, para desde ahí prepasar la Creación, como que inamovibles vías férreas, en las cuales toda la vida ulterior deberá entonces se desarrollar, según la dirección dada por el posicionamiento de la llave de desvío. El posicionamiento de la llave, sin embargo, ejecuta el *espíritu humano automáticamente* en su peregrinación a través de la materialidad. *(Disertación Nro. 30: El ser humano y su libre-arbitrio) Y, lamentablemente, a causa del principio de Lucifer, la mayoría se deja persuadir a un posicionamiento errado de la llave, y así entonces se desarrolla su vida según las inmutables leyes de evolución, las cuales, semejante a las vías férreas, prepasan la materia, bajando cada vez más y más en la dirección de una muy determinada meta final, de acuerdo con el posicionamiento ejecutado.

El posicionamiento de la llave por la libre resolución puede entonces ser exactamente observado o intuido desde el origen, después de lo que el trayecto ulterior queda claramente reconocible, visto que, después de una resolución tomada, tendrá que recurrir, en la evolución, solamente por las correspondientes vías férreas de las leyes ancladas en la Creación. *Esa circunstancia posibilita la previsión* de varios acontecimientos, porque las leyes de la naturaleza o de la Creación jamás se desvían en su impulso de desenvolvimiento. Milenios ahí no representan cualquier papel. En esos previstos puntos finales absolutos se originan entonces las grandes revelaciones, mostradas espiritualmente a agraciados en imágenes, llegando por retransmisión al conocimiento de la humanidad. Solamente una cosa, sin embargo, no puede ser predicha con seguridad: ¡el tiempo terreno en que tales revelaciones y promesas se cumplirán!

Eso se dará en la hora en que un tal trayecto de vida, rodando por los carriles elegidos, llegar a una estación intermediaria predeterminada o en la meta final. El destino del ser humano, así como lo del pueblo y, finalmente, de toda la humanidad, es comparable a un tren que se halla parado, esperando en una línea férrea de una sólo vía, delante un entroncamiento

de carriles para todas las direcciones. El ser humano posiciona una de las llaves de mudanza de vía según su preferencia, sube y suelta el vapor, es decir, lo vivifica. Al entrar en el carril por él elegido, solamente es posible mencionarse las estaciones intermediarias y la estación final, no, sin embargo, la hora exacta de las respectivas llegadas, pues eso depende de la velocidad de la marcha, que puede variar según la especie de la persona, pues el *ser humano vivifica* la maquina y la impelerá de acuerdo con su propia especie a una marcha uniforme y serena, o con impetuosidad desenfrenada, o con ambas, alternadamente. Cuanto más un tal tren, sea de una sólo persona, de pueblos o de la humanidad, se acerca de una estación, de la dirección de sus carriles o de su destino, tanto más exacto podrá entonces ser vista y indicada la llegada inminente. La red ferroviaria, sin embargo, posee también líneas de interconexión, las cuales pueden ser utilizadas *durante el viaje*, ante correspondientes cambios en el posicionamiento de la llave de desvío, a fin de obtener hacia abajo dirección y de ese modo llegar, también, a hacia abajo punto final de lo que aquél inicialmente visado. Eso entonces exige, evidentemente, la disminución de la marcha al acercarse de uno de esos desvíos, una parada y un cambio en el posicionamiento de la clave de desvío. El disminuir de la marcha es el raciocinar; el parar, la resolución del ser humano, la cual, hasta un último punto de decisión, siempre le es posible, y el cambio de dirección de la acción que se sigue a esa resolución.

La voluntad divina, que, en las leyes de la naturaleza firmemente establecidas, prepassa la materia como que vías férreas, puede ser llamada también de nervios en la obra de la Creación, que hacen sentir o anuncian al punto de partida, a la fuente primordial criadora, cualquier desigualdad en el poderoso cuerpo de la obra.

¡Esa visión firme, que incluye hasta todos los puntos finales, con base en las leyes inamovibles, hace con que el Criador acrescente a Sus revelaciones *también promesas*, que anuncian, a tiempo, auxiliares venidos de Él para la época en que se acercan las más peligrosas curvas, estaciones intermediarias o finales! Esos auxiliares están equipados por Él para, poco antes de ocurrir catástrofes inevitables o que lleguen a las curvas peligrosas, abrir los ojos de los espíritus humanos que enveredaron por estos carriles errados, al anunciarles la Verdad, para que les sea posible aún a tiempo maniobrar otra llave de desvío, a fin de evitar los lugares que se tornan cada vez más peligrosos y, a través de la nueva dirección, escapar también de la funesta estación final. ¡Ay del ser humano, en el Aquí y en el más Allá, que no percibe o que negligencia la ultima de todas las llaves de desvío y con eso la posibilidad de una dirección mejor! Él está irremediabilmente perdido.

Como el Criador no puede alterar la perfección de Su voluntad, así también cumplirá en ese auxiliar exactamente otra vez las mejores leyes. Con otras palabras: Su voluntad es perfecta desde los primordios. Cada uno de Sus nuevos actos de voluntad, evidentemente, también serán perfectos. Eso condiciona que cada nuevo acto de voluntad proveniente de Él también tiene que traer en sí exactamente las mismas leyes, como las ya precedentes. La consecuencia de eso es nuevamente la adaptación exacta al fenómeno de desenvolvimiento del mundo de materia fina y gruesa. Hacia abajo posibilidad queda excluida de una vez para siempre, justamente debido a la perfección de Dios. Se originó de esa previsión ya aclarada la promesa de la encarnación del Hijo de Dios, a fin de, con la anunciación de la Verdad, inducir la humanidad a la mudanza de la llave de desvío. El acto de esa mudanza queda reservado al propio espíritu humano, de acuerdo con las leyes. Así, sin embargo, está afuera de una previsión reconocer la especie de la resolución; pues solamente pueden ser incluidas con la visión con exactitud, en todas sus estaciones y curvas hasta el punto final, aquellas líneas *ya elegidas* por los espíritus humanos, para las cuales ellos habían cambiado la llave de desvío, según su libre resolución. De ahí están excluidos, por evidencia lógica, los puntos de transición donde es decisiva una libre resolución de la humanidad; pues también ese derecho

es idénticamente inamovible como todo lo demás, debido a la natural regularidad de las leyes de creación y de desenvolvimiento provenientes de la perfección de Dios, y como el Criador otorgó ese derecho a los espíritus humanos, por su origen del espíritu-enteal, Él tampoco exige saber de antemano como será su decisión. Solamente *la consecuencia* de una tal decisión Él puede reconocer con exactitud, hasta su final, porque ésta se procesará entonces dentro de esa voluntad que se encuentra en las leyes de la Creación de materia fina y gruesa. Si fuese diferente, entonces la causa de eso, por ese motivo, solamente podría significar una falta de perfección, lo que está absolutamente excluido.

El ser humano, por lo tanto, debe tener siempre plena conciencia de esa su enorme responsabilidad, de que es realmente independiente en sus decisiones básicas. Lamentablemente, sin embargo, él imagina ser o un servo totalmente dependiente o se superestima como siendo una parte del divinal. Probablemente la causa de eso se encuentra en el hecho de que, en ambos los casos, se juzga dispensado de la responsabilidad. En un caso, como criatura demasiado inferior y dependiente, en otro caso, como siendo muy superior. ¡Ambos, sin embargo, son errados! Puede considerarse como administrador, al cual, en ciertas cosas, corresponda una libre resolución, sin embargo, también la plena responsabilidad, lo cual, por consiguiente, goza de grande confianza, de la cual no debe abusar ante una mala administración.

Justamente esa perfección torna necesario que el Criador en la realización de auxilios inmediatos para la humanidad, que toma un rumbo errado, también tenga que contar con un fallar de la humanidad en su tomada de decisión. En Su sabiduría y amor que, como Le siendo propios son igualmente de acuerdo con la ley y naturales, reserva para tales casos nuevos caminos de auxilio, que entonces se atan como continuación al primer camino eventualmente cortado por el fallar de la humanidad.

Así, ya antes del tiempo de la encarnación del Hijo de Dios, ha sido preparado en el reino eterno del Padre hacia abajo enviado para una misión, para el caso de que la humanidad venga a fallar, a pesar del grande sacrificio de amor del Padre. Si el Hijo de Dios, con su sintonización puramente divina, no fuese oído de tal modo, que la humanidad, a su advertencia, maniobrase la llave del desvío de sus carriles para la dirección que les indicaba, pero permaneciese ciegamente en sus carriles de hasta entonces rumbo a la ruina, debería salir entonces uno emisario más, que pudiese estar más prójimo de la esencia más intrínseca de la humanidad de lo que el Hijo de Dios, a fin de, en la última hora, servir una vez más como advertidor y guía si – – – ella quisiese escuchar a su llamado de la Verdad. *Ése es el Hijo del Hombre.*

Cristo, como Hijo de Dios, sabía de eso. Cuando reconoció, durante su actuar, el suelo sufocado y reseca de las almas de la humanidad, se le torno claro, que su peregrinación en la Tierra no traería aquellos frutos que, con la buena voluntad de la humanidad, tendrían que madurar. Él se entristeció profundamente con eso, pues a causa de las leyes de la Creación, por él tan bien conocidas, las cuales llevan la voluntad de su Padre, él abarcaba con la visión el incondicional proseguimiento hacia el fin inevitable, que la índole y voluntad de los seres humanos tenían que causar. Y ahí empezó a hablar del Hijo del Hombre, de su venida que estaba se tornando necesaria debido a los hechos que iban surgiendo. Cuanto más iba dando cumplimiento a su gran misión que, conforme la decisión de la humanidad, dejó abiertos dos caminos, o una grande obediencia a sus enseñanzas con la consecuente ascensión, evitando todo lo que trae la ruina, o un malogro y desabalada corrida en la autopista en declive que hubiera que llevar a la destrucción, tanto más claramente veía que la decisión de la mayor parte de la humanidad se inclinaba para el fallar y con eso a la queda. Debido e eso, sus alusiones al Hijo del Hombre se han transformado en promesas y anunciaciones directas, al hablar: “Pero cuando venga el Hijo del Hombre...” etc.

Con eso, él designaba la época poco antes del peligro de la queda que, según las leyes divinas, debía cumplirse en el mundo material, debido al fallar de la humanidad ante su misión, como meta final del rumbo obstinadamente proseguido. Profundamente ha sufrido él antaño con ese reconocimiento.

Errado es cada legado que afirma que Jesús, el Hijo de Dios, hubiera se designado como siendo simultáneamente también el Hijo del Hombre. Tal falta de lógica no se encuentra en las leyes divinas, tampoco puede ser atribuida al Hijo de Dios, como concedor y portador de esas leyes. Los *discípulos* no tenían conocimiento de eso, conforme se aprehende de sus propias preguntas. Únicamente de ellos surgió el error, que hasta hoy ha perdurado. Suponían que el Hijo de Dios designaba a si mismo con la expresión Hijo del Hombre, y en esa suposición transmitieron este error también a la posteridad, la cual, de la misma forma que los propios discípulos, no se ha ocupado más seriamente con la falta de lógica ahí inherente, sino simplemente ha pasado por sobre eso, en parte por temor, en parte por comodidad, a pesar de que, en la rectificación, el amor universal del Criador aún sobresale más nítido y más poderoso. Siguiendo en las huellas del Hijo de Dios, es decir, tomando y prosiguiendo su misión, el Hijo del Hombre, como *segundo* enviado de Dios-Padre, ira confrontar la humanidad en la Tierra, a fin de arrancarla de vuelta del trayecto de hasta entonces, por la anunciación de la Verdad, y llevarla a la decisión voluntaria de hacia abajo sintonización, que desvíe de los focos de destrucción que ahora la aguardan.

¡Hijo de Dios – Hijo del Hombre! Que ahí deba haber una diferencia, seguramente no es tan difícil de concluir. Cada una de esas palabras tiene su sentido nítidamente delimitado y exactamente expreso, que debe tachar de indolencia del pensar una mezcla y fusión en una sólo cosa. Oyentes y lectores de las disertaciones estarán concientes del desenvolvimiento natural que, partiendo desde la Luz primordial, Dios-Padre, se extiende hacia abajo, hasta el cuerpo sidereal de materia gruesa. El Hijo de Dios vino del divino-inenteal, atravesando rápidamente el espíritu-enteal y la materia fina, para la encarnación en el mundo de materia gruesa. Por lo tanto debe, con todo el derecho, ser nombrado la parte de Dios hecha hombre o Hijo de Dios. El pasaje rápido por el espíritu-enteal, solamente en lo cual el espíritu humano tiene su punto de partida, no dejó que él asegurase el pie allá, como tampoco en la subsecuente parte de materia fina de la Creación, de tal modo que su espíritu divino-inenteal pudiese llevar consigo fuertes envoltorios protectores de esas diferentes especies, pero sí estos envoltorios, normalmente sirviendo de coraza, permanecieron tenues. Eso trajo la ventaja de que la esencia divina irradiase más fácil y más fuertemente, por lo tanto, irrumpiese, pero también la desventaja de que en los planos inferiores de la Tierra, hostiles a la Luz, pudiese ser tanto más rápidamente combatida y furiosamente agredida, por llamar la atención. El poderoso divinal, solamente tenuemente cubierto en el envoltorio de materia grueso-terrenal, tuvo que quedar extraño entre las criaturas humanas por estar demasiado distante. Expreso figuradamente, se podría decir, por lo tanto, que su espíritu divino no se hallaba lo suficiente preparado y armado para lo terrenal inferior de materia gruesa, debido a la carencia de agregación originaria del espíritu-enteal y de la materia fina. El abismo entre el divinal y el terrenal quedo solamente débilmente transpuesto.

Una vez que los seres humanos no dieron aprecio tampoco preservaron esa dádiva del amor divino, pero sí, debido al impulso natural de todo cuanto es de las tinieblas, enfrentaron el luminoso Hijo de Dios con hostilidades y odio, así había que venir un segundo emisario en el Hijo del Hombre, más fuertemente armado para el mundo de materia gruesa.

También el Hijo del Hombre es un enviado de Dios, proveniente del divino-inenteal. ¡Sin embargo, antes de su envío al mundo de materia gruesa, él fue encarnado en el eterno puro espíritu-enteal, es decir, estrechamente atado con la esencia espiritual, de lo cual promana la semilla del espíritu humano! Con eso el núcleo divino-inenteal de este segundo enviado se

acerca más del espíritu humano en su origen por lo que él gana también mayor protección y fuerza directa contra éste.

En las alturas más elevadas de igual especie del espíritu humano vive, pues, para todo lo que existe, un ideal perfecto de aquello que la evolución a partir del espíritu-enteal puede traer dentro de sí. Así también el eterno ideal puro espíritu-enteal de toda la femineidad, por así decir, como reina de la femineidad con todas las virtudes vivas. Cada germen espiritual femenino carga dentro de sí el anhelo inconciente de buscar seguir el ejemplo de este ideal puro, vivo, en la forma más noble. Lamentablemente, muchas veces durante el pasaje a través de la materialidad, ese anhelo inconciente degenera para la vanidad que, simulando y en auto-ilusión, debe sustituir mucha cosa no tornada viva, pero todavía anhelada. Sin embargo, ese anhelo se torna más conciente al acender hacia la Luz, aún en el mundo de materia fina. Apenas cuando las bajas codicias empiezan a desplegarse, él irrumpe cada vez más fuerte para, por último, avivar y fortalecer las virtudes. El imán y foco de esa nostalgia noble por las virtudes femeninas es la Reina de la femineidad en el reino eterno del Padre, el puro espíritu-enteal. El núcleo divino inenteal del segundo enviado de Dios fue entonces introducido en este ideal espíritu-enteal de la femineidad y por ella, como madre espíritu-enteal, educado en el eterno reino de Dios-Padre, con el Burgo del Grial como patria de su juventud espiritual. Solamente a partir de ahí se dio entonces su envío al mundo de materia gruesa, en una época, para que él, en la hora cierta, pueda entrar en el campo de lucha, a fin de poder indicar para los que buscan Dios con sinceridad, pidiendo por conducción espiritual, el camino cierto al reino del Padre y, al mismo tiempo, conceder protección contra los ataques de los que propenden hacia abajo y les son hostiles.

¡Como él, diferentemente del Hijo de Dios, pasó su juventud espiritual en el espíritu-enteal, por lo tanto, en el origen y punto de partida del espíritu humano, está enraizado simultáneamente, además de en lo divino-inenteal, también firmemente en el espíritu-enteal, con eso, en su especie, se acerca más de la humanidad y es en la dualidad del origen y juventud verdaderamente un *ser humano divino*! Procediendo desde el divino-inenteal y también desde el puro espíritu-enteal, del origen de la humanidad. ¡Por *ese* motivo él es llamado, al contrario del puro Hijo de Dios, el Hijo del Hombre, al cual, debido a su origen, está abierto el camino hacia el divino-inenteal! Por lo tanto, él trae en sí fuerza y poder divino y se encuentra con eso muy preparado para la lucha delante toda la humanidad como también delante Lucifer.

¡Velad, por lo tanto, para que lo reconocéis, apenas haya llegado la hora para él; pues él trae también la hora para vosotros!

49. La diferencia en el origen entre el ser humano y el animal

Para aclarar la diferencia del origen entre el ser humano y el animal, se hace indispensable una división más pormenorizada de la Creación de lo que hasta ahora. Con las expresiones usuales como “alma colectiva” del animal, ante el “yo” personal del ser humano, no es hecho lo suficiente para eso, a pesar de ser, en sí, pensadas ya muy acertadamente. Pero se delinea ahí, muy ampliamente, solamente lo general y lo que se halla más prójimo al terrenal, sin embargo, no se menciona la *propia* diferencia.

Necesario se hace aquí conocer el desenvolvimiento de la Creación que está explicado en la disertación “Desenvolvimiento de la Creación”. *(Disertación Nro. 52)

Para una visión general más fácil, sean una vez más reproducidos los principales escalones hasta ahora mencionados, desde arriba hacia abajo:

1. Divino: Divino-inenteal
 Divino-enteal
2. *Espíritu*-enteal: Espíritu-enteal conciente
 Espíritu-enteal inconciente
3. Enteal: Enteal conciente
 Enteal inconciente
4. Materia: Materia fina
 Materia gruesa

El ser humano tiene su origen espiritual en el espíritu-enteal inconciente. El animal, por su parte, tiene su origen enteal en el enteal inconciente. Entre estos dos escalones hay una diferencia gigantesca. El núcleo vivificador del ser humano es *espíritu*. El núcleo vivificador del animal, sin embargo, es solamente *enteal*.

Un espíritu se encuentra muy arriba del enteal; el origen interior del ser humano, por consiguiente, también mucho más elevada de lo que lo del animal, mientras ambos tienen en común solamente el origen del cuerpo de materia gruesa. Sin embargo, el espíritu del ser humano, con el tiempo, ha perfeccionado su cuerpo de origen meramente animal más de lo que fue posible a la esencia del animal.

La doctrina del desenvolvimiento natural del cuerpo de materia gruesa, empezando desde el cuerpo animal más inferior hasta el cuerpo del ser humano, es, por esa razón, correcta. Muestra bajo todos los aspectos el trabajo progresivo y sin lagunas de la voluntad criadora en la naturaleza. Una señal de la perfección.

En esa doctrina fue cometido solamente un error, además, también grande, de no haber ido más allá de la materia gruesa. Cuando se dice que el cuerpo humano, es decir, el manto de materia gruesa del ser humano, desciende del cuerpo animal, que ya existía antes del cuerpo humano, entonces eso está cierto. Esos cuerpos, sin embargo, no constituyen ni el ser humano ni el animal, pero solamente pertenecen a ellos como algo necesario en la materia gruesa. Querer concluir desde ahí, sin embargo, que también la vitalidad interior del ser humano desciende de la del animal es un error imperdonable y desencaminador, que tiene que despertar discordancia. Debido a esa discordancia surge también, en tantas personas, la saludable intuición *contra* semejante acepción errónea. Por un lado, ellas se sienten atraídas por la justeza de la acepción en la parte referente a los cuerpos, por otro lado, sin embargo,

repelidas a causa de la grosera negligencia que quiere, sin más ni menos, entretrejer conjuntamente el origen interior.

La ciencia, de hecho, hasta ahora mal era capaz de otra cosa sino afirmar que el ser humano, en el desenvolvimiento natural, por fin tiene que decender del animal y, en primer lugar, de un animal semejante al macaco que, en su forma, más se acercaba del cuerpo humano, porque ella hasta ahora solamente consiguió ocuparse con aquello que es material. Preponderantemente hasta solamente con la materia gruesa, que constituye una parte muy pequeña de la Creación. Y de ésta, ella también solamente conoce las exterioridades más gruesas. En la realidad, por lo tanto, infinitamente poco, tanto cuanto nada. Hoy ella incluso consigue utilizar, finalmente, diversos elementos de más valía, pero aún no los conoce en su esencia real, habiendo forzosamente que se contentar con algunas palabras extranjeras que coloca en el lugar del saber. Esas palabras designan exclusivamente la clasificación interina de algo existente y ya utilizable, pero cuya naturaleza esencial no se conoce, y mucho menos aún el origen.

El enteal, sin embargo, y mucho más aun el espiritual se encuentran por *sobre* de todo cuanto es material, son, de la Tierra en dirección al alto, la continuación hasta el origen de todo cuanto existe, o, lo que es más natural, desde arriba hacia abajo, lo que precedió el material en el desenvolvimiento.

Se debe llevar en consideración que todo el espiritual, como también todo el enteal, necesita evidentemente, y condicionado de modo natural por el desenvolvimiento, del manto de un cuerpo de materia gruesa, apenas cuando, en obediencia a las leyes de evolución, penetra, como factor formador y núcleo vivo, hasta la materia gruesa. Cada discordia se deshacerá pronto, cuando finalmente o se progresa más hacia arriba en todo el investigar, es decir, para allá de todo lo que es material, o cuando se consiga seguir el camino natural de desenvolvimiento desde arriba hacia abajo. Es llegado el tiempo en que se debe dar el paso para tanto. Sin embargo, la mayor cautela es requerida ahí, a fin de que el saber espiritual, que trae de modo evidente la lógica en sí, se no le pase desapercibido rebajado para ignorante fantasía. Se debe poner atención que el enteal y el espiritual también solamente pueden ser abordados con espíritu *claro, libre*, no como en el material, con balanzas, bisturís y tubos ensayo.

Sin embargo, tampoco con espíritu *limitado* o con prejuicio, conforme se intenta tantas veces. Eso se prohíbe por sí sólo de manera intraspasable, según las leyes vigentes de la Creación. En eso, una pequeña criatura humana, aunque con la mayor arrogancia, nada podrá torcer en la férrea voluntad de su Criador en Su perfección.

La verdadera diferencia entre el ser humano y el animal se encuentra, por lo tanto, exclusivamente en su íntimo. El animal, después de desnudar el cuerpo de materia gruesa, también solamente puede regresar al enteal, mientras el ser humano vuelve al espiritual, que se halla mucho más arriba.

El ser humano consigue, en cierto sentido, bajar muchas veces al nivel del animal, sin embargo, siempre tiene que permanecer ser humano, ya que le es imposible esquivarse a la responsabilidad que su germen posee en su origen espiritual; el animal, sin embargo, con su origen solamente enteal, nunca puede elevarse a la condición de ser humano. La diferencia entre los cuerpos reside, sin embargo, solamente en la forma y en el desenvolvimiento más noble en la criatura humana, provocado por el espíritu después que penetró en el cuerpo de materia gruesa. *(Disertación Nro. 7: La creación del ser humano)

50. La separación entre la humanidad y la ciencia

Esa separación no necesitaba existir; pues la humanidad entera tiene pleno derecho a la ciencia. Ésta solamente busca tornar más comprensible la dádiva de Dios, la Creación. La verdadera actividad de cada ramo de la ciencia se encuentra en el intento de examinar más de cerca las leyes del Criador, a fin de que esas, por su conocimiento más apurado, puedan ser mejor utilizadas para el bien y el provecho de la humanidad.

Todo eso no es nada más de lo que un querer someterse a la voluntad divina.

Visto que la Creación y las leyes de la naturaleza o de Dios, las cuales la sostienen, son tan extremadamente nítidas y sencillas en su perfección, debía ser dada, por la consecuencia lógica, también una explicación simple y sencilla por aquél que realmente las haya reconocido.

Se establece aquí, sin embargo, una diferencia sensible que, por su naturaleza malsana, abre un abismo cada vez más ancho entre la humanidad y los que se denominan discípulos de la ciencia, por lo tanto, discípulos del saber o de la Verdad.

Éstos no se expresan de modo tan sencillo y natural como correspondería a la Verdad, por lo tanto, al verdadero saber, sí, como la Verdad, además, requiere como consecuencia natural.

Tiene eso dos causas, en la verdad tres. Por el esfuerzo del estudio, según su opinión, especial, ellos esperan una posición de destaque. Prefieren no querer reconocer que tal estudio constituye también solamente un préstamo tomado junto a la Creación lista, semejante a lo que hace un simple campesino con la serena observación de la naturaleza, para él necesaria, o como otras personas lo deben hacer en sus trabajos prácticos.

Además de eso, en cuanto un discípulo de la ciencia, en su saber, no se aproxime realmente de la Verdad, habrá, por la naturaleza de la cosa, siempre que expresarse sin clareza. Solamente cuando hubiera comprendido realmente la propia Verdad, se tornará, también por la naturaleza de la cosa, necesariamente sencillo y natural en sus descripciones. No es, pues, secreto alguno que exactamente a los que nada saben, en sus fases transitorias para el saber, les gustan hablar más de los que los propios entendidos y habrán ahí de servirse siempre de la falta de clareza, porque de otra manera no son capaces, si aún no tuvieren delante de sí la Verdad, es decir, el real saber.

En tercer lugar, existe realmente el peligro de que la mayoría de las criaturas humanas daría poco aprecio a la ciencia, si ésta quisiese mostrarse con el manto natural de la Verdad. Los seres humanos la encontrarían entonces “demasiado natural” para poder darle mucho valor.

No racionan que exactamente *eso* es lo único cierto, proporcionando incluso el padrón para todo cuanto es legítimo y verdadero. Tan solamente en la evidencia natural reside la garantía de la Verdad.

Pero para tanto los seres humanos no pueden ser convencidos tan fácilmente, pues tampoco quisieron reconocer en Jesús el Hijo de Dios, porque él les vino “demasiado sencillo”.

Los discípulos de la ciencia desde siempre conocían ese peligro muy bien. Por lo tanto, se cerraron, por prudencia, cada vez más a la sencillez natural de la Verdad. A fin de dar más prestigio a sí mismos y a su ciencia, crearon, en sus reflexiones cismadoras, obstáculos cada vez más difíciles.

El cientista, que se fue destacando de la masa, despreciaba por último expresarse de modo sencillo y comprensible a todos. Muchas veces solamente por el motivo, por él propio mal

conocido, de que seguramente no le restaría mucho de destaque, si no formase un modo de expresión que hubiera que ser aprendido especialmente en largos años de estudio.

El hecho de no tornarse comprensible a todos le proporcionó con el tiempo una primacía artificial, que fue conservada a cualquier precio por los alumnos y sucesores, porque si no, para muchos, el estudio de años y los sacrificios monetarios a eso atados realmente habrían sido en vano.

Se llegó así hoy a tal punto que a muchos científicos ni es más posible expresarse ante personas sencillas de modo claro y comprensible, es decir, de manera sencilla *Tal* empeño, ahora, exigiría seguramente lo *más difícil estudio* y llevaría más tiempo de lo que una generación entera. Antes de todo, sin embargo, produciría el resultado, para muchos desagradable, de que entonces solamente sobresaldrían aún aquellas personas que con real *capacidad* tendrían algo a dar a la humanidad, estando con eso dispuestas a servirla.

Actualmente, la mistificación por incomprensibilidad es, para el público en general, una característica especialmente marcante del mundo de los científicos, como semejantemente ya se tornó hábito en asuntos eclesiásticos, donde servidores de Dios nombrados terrenalmente como guías y conductores solamente hablaban en latín a todos cuantos buscaban devoción y elevación, lo que éstos no entendían y, por lo tanto, tampoco podían abarcar ni asimilar, de lo que únicamente conseguirían obtener algún provecho. Los servidores de Dios, en la ocasión, podrían haber hablado igualmente en siamés, con el mismo malogro.

El verdadero saber no debe necesitar tornarse incomprensible; pues encierra en sí al mismo tiempo la facultad, sí, la necesidad de expresarse con palabras simples. La Verdad es, sin excepción, para *todas* las criaturas humanas; pues éstas se originan de ella, porque la Verdad es viva en el espíritu-enteal, el punto de partida del espíritu humano. Eso permite concluir que la Verdad, en su simplicidad natural, también puede ser comprendida por todas las criaturas humanas. Apenas cuando, sin embargo, al ser transmitida, se torna complicada e incomprensible, no más permanece pura y verdadera, o entonces las descripciones se pierden en cosas secundarias que no tienen aquél sentido como el núcleo. Ese núcleo, el auténtico saber, tiene que ser comprensible a todos. Algo artificialmente arquetado, por su distancia de la naturalidad, puede contener en sí solamente poca sabiduría. Quién no es capaz de transmitir el verdadero saber de modo sencillo y natural *no* lo comprendió, o entonces busca involuntariamente encubrir algo, o se presenta como un muñeco adornado y sin vida.

Quien en la consecuencia lógica aún deje lagunas y exija creencia ciega, reduce el Dios perfecto a un ídolo defectuoso y prueba que él propio no está en el camino cierto, no pudiendo, por lo tanto, guiar con seguridad. ¡Esto sea una advertencia a cada investigador sincero!

51. Espíritu

Se usa tan frecuentemente la expresión “espíritu”, sin que aquel que sobre eso hable esté conciente de lo que realmente sea espíritu. Sin hesitar, uno denomina de espíritu la vida interior del ser humano, otro confunde alma y espíritu, muchas veces se habla también en seres humanos espirituosos, pensando ahí en nada más de lo que en el simple trabajo cerebral. Se habla de relámpagos del espíritu y de muchas otras cosas. Pero nadie se pone una vez a aclarar bien lo que es espíritu. Lo más elevado que hasta ahora se ha comprendido yace en la expresión: ¡“Dios es espíritu”! De eso, entonces, todo es derivado. Se intentó, a través de esa afirmación, poder comprender también el propio Dios, y en eso encontrar un aclaramiento sobre Él.

Justamente eso, sin embargo, tuvo que desviar nuevamente de la realidad y, por eso, también resultar errores; pues es *errado* decir simplemente: Dios es espíritu.

¡Dios es *divino* y no espiritual! En eso ya consiste la explicación. No se debe nunca designar de espíritu lo que es divino. Solamente lo que es espiritual es espíritu. El error de concepción de hasta ahora es explicable por el hecho del ser humano provenir del espiritual, no consiguiendo por eso pensar más allá del espiritual, siendo, por consiguiente, todo el espiritual lo más elevado para él. Es, pues, admisible que él quiera entonces ver lo más límpido y lo más perfecto de eso como origen de toda la Creación, por lo tanto, como Dios. Así se puede suponer que esa concepción errada no se ha originado solamente de la necesidad de imaginar su Dios según la propia especie, aunque perfecto en todos los sentidos, a fin de sentirse más íntimamente conectado a Él, pero la razón se encuentra principalmente en la incapacidad de comprender la verdadera excelsitud de Dios.

Dios es divino, solamente *Su voluntad* es espíritu. Y desde esa voluntad viva se originó el ambiente espiritual que Le está más cercano, el Paraíso con sus habitantes. Sin embargo de ese Paraíso, por lo tanto, de la *voluntad divina tornada forma*, advino la criatura humana como semilla espiritual, a fin de proseguir su trayecto por la Creación ulterior, como un corpúsculo de la voluntad divina. El ser humano es, en la verdad, portador de la voluntad divina, por consiguiente, portador *del espíritu* en toda la Creación material. Por este motivo, también en sus acciones, se encuentra atado a la pura voluntad primordial de Dios, habiendo que asumir toda la responsabilidad, si dejar que ella, debido a influencias externas de la materia, resulte cubierta de impurezas y, bajo ciertas circunstancias, soterrada temporalmente de modo total.

Éste es el tesoro o el talento que en su mano debía dar interés y interés sobre interés. De la falsa acepción de que el propio Dios sea espíritu, por lo tanto, de idéntica especie como la del origen del propio ser humano, resulta nítidamente que el ser humano jamás pudo hacer una idea exacta de la divinidad. Él no debe solamente imaginar en eso lo más perfecto de sí propio, sino habrá que ir mucho más allá, hasta una especie que siempre le permanecerá incomprensible, porque para la comprensión de ella jamás estará apto por su propia especie espiritual.

El espíritu es, por consiguiente, la *voluntad* de Dios, el elixir de vida de toda la Creación, que por él necesita estar prepasada a fin de permanecer conservada. El ser humano es, en parte, el portador de ese espíritu que, al tornarse autoconsciente, debe contribuir para el *sobre erguimiento* y el desenvolvimiento continuo de toda la Creación. Para eso es necesario, sin embargo, que aprenda a utilizar bien las fuerzas de la naturaleza y que las aproveche para el progreso coordinado.

52. Desarrollo de la Creación

Ya he señalado una vez que las historias escritas sobre la Creación no deben ser interpretadas en sentido terreno. Tampoco la historia de la Creación en la Biblia se refiere a la Tierra. La creación de la Tierra fue meramente una consecuencia natural que advino de la *primera* Creación, efectuada por el propio Criador, en su desarrollo continuo. Es cuasi incomprensible que investigadores de las escrituras pudiesen haber dado un salto tan grande, tan ilógico y lagunoso, con la suposición de que Dios, inmediatamente después de Su perfección, habría criado, sin transición, la Tierra de materia gruesa.

No es necesario alterarse la “Palabra” en las escrituras para nos acercar de la verdad de los fenómenos. Al contrario, la Palabra de la historia de la Creación reproduce con mucho mayor claridad esa verdad de lo que todas las suposiciones lagunosas y erradas. Solamente las interpretaciones erróneas es que provocaron la incapacidad de comprensión de tantas criaturas humanas.

Éstas intuyen muy acertadamente el error que con eso se comete, queriendo colocar el Paraíso mencionado en la Biblia, incondicionalmente en la Tierra de materia gruesa, tan alejada del divinal. No es, por fin, tan así desconocido que la Biblia es antes de todo un libro espiritual. Ella da aclaramiento sobre fenómenos *espirituales*, donde seres humanos solamente son mencionados allá, donde se encuentran en conexión directa para la elucidación de esas cosas espirituales, para ilustrarlas.

Por ultimo es comprensible también al intelecto humano, por ser natural, si la descripción de la Creación hecha en la Biblia *no* se refiera a la Tierra tan alejada del Criador. Difícilmente habrá alguien que tenga la osadía de negar el hecho de que esa Creación directa de Dios, designada como *primera*, también solamente pueda ser buscada en Su proximidad inmediata, ya que ha salido como *primera* del propio Creador y por lo tanto *tiene* que estar en conexión más íntima con Él. Nadie, pensando serena y claramente, esperará que esa primera y *verdadera* Creación haya se procesado exactamente aquí en la Tierra, que más se encuentra alejada del divinal, y que solamente se formó en el trayecto progresivo de la evolución.

De un Paraíso *en la Tierra*, por lo tanto, no podía tratarse. Lo que Dios crió personalmente, conforme está claramente expreso en la historia de la Creación, permaneció evidentemente también atado *directamente* a Él, debiendo se hallar solamente en Su ambiente más prójimo. De la misma forma, fácilmente explicable y natural es la conclusión, que todo cuanto ha sido criado o emanado en tan gran proximidad también conserve la mayor semejanza con la propia perfección del Criador. ¡Y *esto* es única y exclusivamente también el Paraíso, el Reino eterno de Dios!

Pero imaginar eso en la Tierra de materia gruesa, debe criar escépticos. La idea de una “expulsión” del Paraíso *terreno*, donde los expulsados en todo caso deben permanecer sobre la misma Tierra, demuestra tanto de enfermizo, es tan visible y groseramente trasladada para el terrenal, que casi puede ser llamada de grotesca. Una imagen muerta que trae el sello de un dogma forzosamente introducido, con lo cual ningún ser humano sensato sabe lo qué hacer.

Mientras menos perfecto, tanto más lejanamente apartado de la perfección. Tampoco los seres espirituales criados de la perfección pueden ser los seres humanos de la Tierra, pero deben encontrarse en la mayor proximidad de esa perfección y constituir, por lo tanto, los modelos más ideales para los seres humanos. Son los espíritus eternos, que nunca vienen a la materialidad, y que, por lo tanto, tampoco se tornan seres humanos terrenos. Son figuras ideales irradiantes, que actúan atrayendo igual que imanes, pero también fortaleciendo sobre todas las facultades de los gérmenes espirituales humanos y sobre los espíritus que más tarde se tornaron concientes.

El Paraíso, que en la Biblia es mencionado como tal, *no* debe, por consiguiente, ser confundido con la Tierra.

Para aclaración más detallada, se torna necesario presentar una vez más un cuadro completo de todo lo que existe, a fin de tornar más fácil a la persona investigadora hallar el camino hacia el reino eterno de Dios, el Paraíso, de donde desciende en sus orígenes espirituales.

El ser humano imagine el divinal como lo que hay de superior y más elevado. El propio Dios, como punto de partida de todo lo existente, como fuente primordial de toda la vida, es, en Su perfección absoluta, *inenteal*. Él se envuelve temporalmente, tomando forma, en el manto de la intentealidad divina entonces adyacente. Después del propio Dios, en Su inentealidad intrínseca, se sigue ese círculo del divino-*enteal*. De este se originan los primeros seres que necesariamente tomaron forma. A estos pertenecen en primera línea los cuatro arcángeles, en segunda y tercera línea un pequeño número de ancianos. Éstos últimos no consiguen entrar en el divino-*inenteal*, son, sin embargo, de gran importancia para el desarrollo continuo rumbo al espíritu-*enteal*, de la misma forma como más tarde los seres enteales concientes tienen gran importancia para el desarrollo de la materia. Lucifer ha sido enviado desde el divino-*enteal*, a fin de ser un apoyo directo a la Creación en el natural desarrollo continuo de ésta.

El Hijo de Dios, sin embargo, vino desde el divino-*inenteal*, como una parte que después de su misión de auxilio tiene que regresar al divino-*inenteal*, a fin de reunificarse con el Padre. El Hijo del Hombre desciende igualmente del divino-*inenteal*, directamente de Dios. Su apartación se tornó imperativa para permanecer separado debido a la ligazón con el espíritu-*enteal* conciente y, sin embargo, también por su parte para estar directamente atado con el divino-*inenteal*, a fin de que pueda seguir eternamente como mediador entre Dios y Su obra. Después que Lucifer, originario del divino-*enteal*, faltó en su actuación, tuvo que ser enviado en su lugar uno más fuerte, que lo engrillase y que ayudase la Creación. Por eso, el Hijo del Hombre, a eso destinado, desciende del divino-*inenteal*.

Al divino-*enteal* se ata, en seguida, *el Paraíso*, el eterno Reino de Dios. Está en primer lugar, como lo más prójimo, el *espíritu-enteal conciente*, que consiste de los eternos seres espirituales criados, también nombrados espíritus. Éstos son las figuras ideales perfectas para todo aquello a que los espíritus humanos, en su más perfecto desarrollo, puedan y deban anhelar. Ellos atraen magnéticamente hacia arriba los que se esfuerzan por acender. Esa ligazón espontánea se hace sentir a los que buscan y se empeñan en acender, como una nostalgia muchas veces inexplicable, que los hace sentir el impulso para buscar y esforzarse en acender.

Son los espíritus que jamás fueran encarnados en la materialidad y que el propio Dios, fuente primordial de todo el ser y de toda la vida, ha criado como los primeros seres puro espirituales, que, por lo tanto, también más se acercan de Su propia perfección. ¡Son *ellos*, igualmente, los que son realmente *según Su imagen*! No se debe omitir que en la historia de la Creación está expresamente dicho: según Su *imagen*. Esa indicación tampoco aquí está sin significación; pues sólo según Su *imagen* pueden ellos ser, no según Él *propio*, por consiguiente, solamente como Él se *muestra*, porque el propio puro divinal es, como único, *inenteal*.

Para mostrarse, conforme ya mencionado, Dios tiene que cubrirse antes con el divino-*enteal*. Pero tampoco entonces puede ser visto por espíritu-enteales, pero solamente por divino-enteales, y eso también solamente por una pequeña parte; pues todo el puro divinal tiene que ofuscar, en su pureza y claridad perfectas, lo que no es divino. ¡Incluso los divino-enteales no consiguen contemplar el semblante de Dios! La diferencia entre el divino-*inenteal* y el divino-*enteal* aún es demasiado grande para eso.

En ese Paraíso de los espíritu-enteales concientes vive simultáneamente también el *espíritu-enteal inconciente*. Él contiene las mismas bases de las cuales se compone el espíritu-enteal conciente, es decir, los gérmenes para eso. En estos gérmenes, sin embargo, reside vida, y la vida en toda la Creación impulsa hacia el desarrollo, según la voluntad divina. Hacia el desarrollo hasta la concientización. Ese es un proceso totalmente natural y sano. El tornarse conciente, sin embargo, solamente puede emerger del inconciente a través de experiencias, y ese impulso hacia el desarrollo continuo a través de la experiencia acaba expeliendo por fin naturalmente tales gérmenes del espíritu-enteal inconciente, que así van madurando o presionando, o, como si quiera decir, expulsándolos hacia afuera de los límites del espíritu-enteal. Una vez que ese expeler o expulsar de un germen no puede darse hacia arriba, él tiene que tomar el camino hacia abajo, que le es libre.

¡Y ésta es la expulsión natural del Paraíso, del espíritu-enteal, necesaria a los gérmenes espirituales que se esfuerzan por tornarse conscientes!

Ésta también es en la realidad la expulsión del Paraíso, mencionada en la Biblia. De modo figurado es eso muy acertadamente transmitido, cuando es dicho: Con el sudor de tu rostro deberás comer tu pan. Quiere decir, en la dificultad de las experiencias, con la necesidad que ahí surge de defenderse y de luchar, frente a las influencias oriundas del ambiente inferior, en lo cual penetra como extraño.

Ese expelimiento, exclusión o expulsión del Paraíso no es de forma alguna un castigo, sino una necesidad absoluta, natural y espontánea, al manifestarse una determinada madurez en cada germen espiritual, por el impulso hacia el desarrollo rumbo a la concientización. Es el nacimiento proveniente del espíritu-enteal inconciente hacia el enteal y después hacia el material, con la finalidad de desarrollo. ¡Por consiguiente, un *progreso*, no acaso un retroceso!

Es, también, una descripción muy cierta en la historia de la Creación, cuando en ella es dicho que el ser humano ha sentido necesidad de “tapar su desnudez”, después que despertó en él la noción del bien y del mal, el lento iniciar de la concientización.

Con el impulso cada vez más fuerte para tornarse conciente, ocurre naturalmente el expelimiento o expulsión de la Creación primordial, del Paraíso, a fin de entrar en la materia, a través del enteal. Apenas cuando la semilla espiritual sale de la esfera del espíritu-enteal, estaría como tal “desnuda” en el ambiente más inferior, de otra especie y más denso. Dicho de otra forma, estaría “destapada”. Con eso se acerca a ella no solamente la necesidad, sino la absoluta exigencia de taparse de modo protector con la especie enteal y material de su ambiente, vestir una especie de manto, tomando el envoltorio enteal, el cuerpo de materia fina y entonces, por fin, también el cuerpo de materia gruesa.

Solamente al envolverse con el manto de materia gruesa o cuerpo es que despierta entonces el instinto sexual absoluto y con eso también el pudor físico.

Cuanto mayor, por lo tanto, sea ese pudor, tanto *más noble* es el impulso y tanto más elevado también se encuentra el ser humano espiritual. ¡La manifestación mayor o menor del pudor físico del ser humano terreno es la *medida directa de su valor espiritual interior*! Esa medida es infalible y fácilmente reconocible a cada persona. Con el estrangulamiento o alejamiento del sentimiento del pudor exterior, siempre es sofocado al mismo tiempo también el sentimiento del pudor anímico, mucho más sutil y de especie totalmente diversa, y con eso es tornado sin valor el ser humano interior.

¡Una señal infalible de queda profunda y de decadencia cierta es cuando la humanidad empieza, bajo la mentira del progreso, a querer “erguirse” arriba de la joya del sentimiento de pudor, tan favorecedora bajo todos los aspectos! Sea eso, pues, bajo el manto del deporte, de la higiene, de la moda, de la educación infantil o bajo muchos otros pretextos para eso bienvenidos. La decadencia y queda, entonces, no pueden ser impedidas, y solamente un susto de

la peor especie podrá llevar aún algunos a la reflexión, entre todos aquellos que se dejaron arrastrar irreflexionadamente para ese camino.

Desde el instante del expelimiento natural se suceden, con el peregrinar de tal germen espiritual a través de la entealidad y de las materialidades de la Creación posterior, no solamente una, pero siempre más y más necesidades urgentes de una nueva existencia en estos planos inferiores de la Creación para su desarrollo continuo y elevación, que, por su parte, actúan retroactivamente, de modo a fortalecer e asegurar ese germen, no solamente contribuyendo para el desarrollo de él propio, con vistas a la concientización, pero, antes de nada más, posibilitando eso.

Es un colosal actuar y tejer, millares de veces entrelazado, pero, a pesar de toda su espontaneidad viva, se engrana de modo tan obligatoriamente lógico con sus efectos recíprocos, que un único trayecto de un tal germen espiritual hasta su conclusión se presenta como parte de un tapiz multicolor, hecho por hábil mano de artista, sea ascendente con la concientización, sea descendente con la descomposición que se sigue para la protección de los demás.

En la obra admirable de la Creación se encuentran tantas leyes actuando serena y seguramente, que sería posible escribir la disertación sobre cada uno de los millares de fenómenos en la existencia de los seres humanos, los cuales, sin embargo, siempre de nuevo regresarían para la única grande característica fundamental: para la *perfección del Creador como punto de partida*, cuya *voluntad* es espíritu creador vivo. ¡El espíritu Santo! ¡*Todo lo espiritual*, sin embargo, es *obra* de él!

Como el ser humano desciende de esa obra espíritu-enteal, trae dentro de sí una partícula de ese espíritu, que sin duda contiene en sí la fuerza de la decisión libre, y con eso la responsabilidad, sin embargo, no es idéntico al propio divinal, como muchas veces es erróneamente supuesto y explicado.

Todos los efectos de la voluntad divina que actúan en la Creación como leyes naturales, auxiliando y beneficiando, tienen que formarse entonces para los contempladores aclarados en un cántico de júbilo maravillosamente armónico. En un único sentimiento de alegría y gratitud, convergiendo por millones de canales hacia ese punto de partida.

El proceso de desarrollo que se repite eternamente en la Creación, lo cual resulta en la respectiva expulsión del germen espiritual hacia afuera del Paraíso, en un determinado estado de madurez, se presenta también visible a los ojos terrenos en todas las cosas del acontecimiento en la Tierra, visto que por toda la parte se encuentra la copia del mismo acontecimiento.

Se puede denominar esa expulsión, que se desarrolla en un proceso evolutivo natural, también de fenómeno de desconexión espontánea. Exactamente como una manzana madura o cualquier fruta madura cae del árbol para, según la voluntad criadora, al decomponerse, libentar la semilla, *que sólo entonces*, debido a las influencias externas que así actúan directamente sobre ella, *rompe* el envoltorio, a fin de tornarse germen y delicada planta. Ésta, por su parte, solamente se torna resistente bajo lluvias, tempestades y sol, pudiendo también solamente así fortalecerse y tornarse un árbol. Con eso, la expulsión de los gérmenes espirituales maduros del Paraíso es una consecuencia necesaria de la evolución, así como también la Creación enteal, material, y por fin terrena, en sus características básicas, es solamente una secuencia de la Creación espíritu-enteal, donde, sin duda, las características básicas de la verdadera Creación se repiten constantemente, pero siempre con la necesaria diferencia de que el efecto se presenta diferentemente, de acuerdo con la especie enteal y material. También en la materia gruesa terrenal ocurre, al recorrer todo lo que es espíritu-enteal, nuevamente la expulsión del alma, apenas cuando llegue el tiempo de madurez para

eso. Es la muerte terrena, que significa la expulsión espontánea o el expelimiento hacia afuera de la materia gruesa y, con eso, el nacimiento en la materia fina. También en eso caen los frutos, como de un árbol. En tiempo calmo, solamente los maduros, pero, durante vendavales y tormentas, también los inmaduros. Frutos maduros son aquellos cuyo traspase hacia el más Allá de materia fina ocurre en hora cierta, con semilla interior madura. Éstos están espiritualmente “listos” para el más Allá, se enraízan, por lo tanto, de modo rápido y consiguen crecer con seguridad.

Frutos inmaduros, sin embargo, son aquellos, cuya queda o muerte, con la consecuente descomposición del cuerpo de materia gruesa hasta entonces protector, pone a descubierto la semilla *aún inmadura* en el más Allá, exponiéndola así prematuramente a todas las influencias, por lo que habrá que fenecer o será obligada a una madurez posterior, antes que pueda enraizarse (familiarizarse) en el suelo del más Allá (contingencias) y con eso poder desarrollarse.

Así prosigue siempre. De escalón de desarrollo a escalón de desarrollo, si, en ese intervalo de tiempo, no ocurra putrefacción, que destruye la semilla aún insuficiente madurada, la cual así se pierde como tal, con ella naturalmente también el vivo crecimiento, en ella latente, para un árbol fructífero independiente, que, cooperando, puede continuar el desarrollo.

La persona que mirar con atención al su alrededor, podrá muchas veces observar exactamente el imagen básica de todos los fenómenos de la Creación en su ambiente más próximo, ya que en las cosas menores siempre también se reflexionan las mayores.— — —

Siguiendo ahora hacia abajo, se encuentra, como lo más próximo de ese Paraíso espiritual, el reino de todo el enteal. El propio enteal se divide, por su parte, en dos partes. En primer lugar está el *enteal conciente*. Éste se compone de los seres elementares y de la naturaleza, a los cuales también pertenecen los elfos, gnomos, ondinas, etc. Éstos seres elementares y de la naturaleza han sido el preparo indispensable para el desarrollo continuo en el camino para la creación de la materialidad; pues solamente en ligazón con el enteal pudo surgir el material.

Los seres elementares y de la naturaleza tuvieron que cooperar trabajando en la materialidad en formación, conforme aún hoy ocurre.

En segundo lugar, en el reino del enteal, está el enteal *inconciente*. De ese enteal inconciente adviene la vida del alma animal. *(Disertación Nro. 49: La diferencia en el origen entre el ser humano y el animal) aquí se debe prestar atención para la diferencia entre el reino del espíritu-enteal y el reino enteal. Solamente todo cuanto es *espiritual* trae en si desde los primordios la fuerza de la libre deliberación que, como consecuencia, resulta también en la responsabilidad. Eso no ocurre con el enteal que se encuentra más abajo.

Otra consecuencia de la evolución ha sido entonces el surgimiento de la materialidad. ¡Ésta se subdivide en *materia fina*, que consiste de muchas subdivisiones, y en *materia gruesa*, que, empezando con la más tenue niebla, se torna visible a los ojos terrenos! Pero en un Paraíso en la Tierra, como ramificación extrema de la materia gruesa, no se puede pensar. *Debe* un día surgir en la Tierra un *reflejo* del verdadero Paraíso, bajo la mano del Hijo del Hombre, en el inicio del Reino del Milenio, como también surgirá con eso, al mismo tiempo, una copia terrena del Burgo del Grial, cuyo original se encuentra en la parte más excelsa del verdadero Paraíso, como el único verdadero Templo de Dios hasta ahora.

53. ¡Yo soy el Señor, tu Dios!

¿Dónde están los seres humanos que realmente colocan en práctica este más alto de todos los mandamientos? ¿Dónde está el sacerdote que lo enseña de modo puro y verdadero?

“¡Yo soy el Señor, tu Dios, tu no deberás tener otros dioses a Mi lado! ¡Esas palabras son dadas de modo tan claro, tan *absoluto*, que ni debería ser posible un desvío! También Cristo señaló reiteradamente para eso, con gran claridad y severidad. Tanto más lastimoso es, pues, que millones de personas pasen por eso sin atención, adhiriendo a cultos que se hallan en brusca oposición a ese más alto de todos los mandamientos. ¡Lo peor en todo eso es que no respetan ese mandamiento de su Dios y Señor con crédulo hervor, en la ilusión de honrar a Dios y de Le ser agradable en esa manifiesta violación de Su mandamiento!

Este gran error sólo puede persistir dentro de una creencia *ciega*, donde cualquier examen es excluido; pues creencia ciega nada más es de lo que falta de reflexión y pereza espiritual de tales personas, que, tal como los perezosos y dormidos, buscan evitar, lo cuanto posible, el despertar y el levantar, pues resulta en obligaciones, cuyo cumplimiento temen. Cualquier esfuerzo les parece un horror. Es, pues, mucho más cómodo que otros trabajen y piensen en su lugar.

Sin embargo, quien deja que los demás piensen en su lugar les da poder sobre sí, se rebaja él propio a lacayo y se torna así dependiente. ¡Dios, sin embargo, dio al ser humano una fuerza de libre resolución, le dio la facultad de raciocinar, de intuir y, para tanto, tendrá que recibir, evidentemente, como prestación de cuentas, todo aquello que esa facultad de libre resolución resulta! ¡Con eso, Él quería criaturas humanas *libres*, no lacayos!

Es triste cuando un ser humano, por pereza, se torna *terrenalmente* esclavo, pero terribles son las consecuencias cuando él *espiritualmente* se devalúa de tal manera, que se torna un adepto tosco de doctrinas que contradicen los mandamientos precisos de su Dios. De nada les sirve se buscan sofocar los escrúpulos, que aquí y allá despiertan, con la excusa de que, por último, habrán que asumir con la mayor responsabilidad aquellas personas que introdujeron engaños en las doctrinas. Eso en sí ya está cierto, pero, además de eso, cada uno, individualmente, aún es especialmente responsable por todo aquello, que él propio piensa y hace. Integralmente, nada de eso le puede ser perdonado.

¡Aquél que no pone en práctica las facultades del intuir y del raciocinar a él regaladas, en toda la amplitud que le es posible, se torna culpable!

No es pecado, sino deber, que cada uno, con el despertar de la madurez, cuando asume plena responsabilidad por sí mismo, también comience a reflexionar sobre aquello que hasta ahí le fue enseñado. No pudiendo colocar sus intuiciones en consonancia con algo de eso, entonces tampoco debe aceptarlo ciegamente como cierto. Con eso solamente perjudica a sí propio, como en una compra mal hecha. Lo que no le es posible mantener por convicción, debe dejar; pues en el contrario su pensar y su actuar se tornarían hipocresía.

Aquél que omite esto o aquello de realmente bueno, porque no puede comprenderlo, de lejos aún no es tan abyecto como aquellos que, sin convicción, adhieren a un culto que no comprenden totalmente. Todo el actuar y pensar proveniente de tal incompreensión es vacío, y de tal vacuidad no puede resultar, por sí solo, ningún efecto recíproco bueno, porque en la vacuidad no se encuentra ninguna base *viva* para algo de bueno. Así se torna una hipocresía, que equivale a una blasfemia, porque con eso se busca engañar a Dios con algo que no existe. ¡Ausencia de intuiciones vivas! ¡Eso torna aquel que actúa de esa manera despreciable, un expulsado!

Los millones de seres humanos, pues, que impensadamente dan aprecio a cosas que contrarían manifiestamente los mandamientos divinos, a pesar de algun eventual hervor, se encuentran incondicionalmente maniatados y totalmente excluidos de una escalada espiritual.

¡Solamente la convicción libre es viva, y, por consiguiente, puede también crear algo vivo! Una tal convicción, sin embargo, sólo puede despertar ante análisis rigurosa y profundo intuir. Donde haya la menor incomprensión, sin hablar en duda, nunca puede surgir convicción.

¡Solamente el comprender pleno y sin lagunas equivale a la convicción, la cual únicamente posee valor espiritual!

Francamente es doloroso presenciar, cuando en las iglesias multitudes se persignan, se curvan y se arrodillan irreflexionadamente. Tales robots no deben ser contados entre las personas que raciocinan. ¡La señal de la cruz es el signo de la Verdad, y con eso el signo de Dios! Se carga de culpa aquél, que se utiliza de ese signo de la Verdad, en cuanto al mismo tiempo su intimo, en el momento de la practica, no es verdadero en todos los sentidos, si todas sus intuiciones no están totalmente sintonizadas con la absoluta Verdad. Para tales personas seria cien veces mejor que dejasen esa persignación, la reservando para momentos que tengan toda su alma sintonizada con la Verdad, por lo tanto, con eso también con el propio Dios y Su voluntad; pues Dios, su Señor, es la Verdad.

¡Sin embargo, es *idolatría y transgresión abierta de lo más sagrado de todos los mandamientos de su Dios*, cuando prestan honras a un símbolo, las cuales caben solamente a Dios!

“¡Yo soy el Señor, tu Dios, tu no deberás tener otros dioses a Mi lado!”, está dicho expresamente. Conciso, nítido y claro, sin permitir siquiera el mínimo desvío. También Cristo señaló de forma muy especial para esa observancia necesaria. Intencionalmente y de manera significativa la nombró, justamente ante los fariseos, de ley *suprema*, es decir, aquella ley que en circunstancia alguna debe ser quebrada o de alguna forma alterada. ¡Esa designación dice, al mismo tiempo, que todas las demás cosas buenas y todas las demás creencias no pueden ganar valor total, si esa ley *suprema* no sea cumplida de modo integral! ¡Que *todo* incluso depende de eso!

¡Contemplemos entonces, por ejemplo, totalmente libres de prejuicios, la veneración de la custodia! Se encuentra en eso, en muchas personas, una contradicción al mandamiento claro y supremo.

¿Espera el ser humano que Dios baje hacia esta hostia transmutable, como explicación para el hecho de que él presta a ella honrarías divinas? ¿O que Dios, con la consagración de tal hostia, sea forzado a bajar? Una cosa es tan inimaginable cuanto la otra. Tampoco, sin embargo, puede ser criada una ligazón directa con Dios ante una tal consagración; pues el camino hacia Allá no es tan simple tampoco tan fácil. Por seres humanos y por espíritus humanos él, sin embargo, ni puede ser recorrido hasta el fin.

¡Si, pues, una persona se prostra delante una figura esculpida en madera, una otra delante del Sol y una tercera delante de la custodia, entonces cada una peca contra la suprema ley de Dios, *bajo la condición que vea en eso algo divino*, por lo tanto, el propio Dios vivo y, por lo tanto, espere de eso inmediata gracia y bendición divinas! ¡En tal errada presuposición, esperanza e intuición se encontraría la *verdadera* transgresión, idolatría abierta!

Y tal idolatría es practicada muchas veces con hervor por los adeptos de muchas religiones, aunque de maneras diversas.

Cada persona que ejercita su deber de raciocinar sincero, oriundo de sus facultades, *tendrá* que ahí quedar en duda, la cual sólo conseguirá sofocar temporalmente y de modo forzado ante el error de una creencia ciega, igual que un desocupado negligencia sus deberes

cotidianos por el sueño de la indolencia. ¡La persona sincera, sin embargo, intuirá impreteriblemente que tendrá que buscar en primer lugar *clareza* en todo cuanto se le deba tornar sagrado!

Cuantas veces Cristo explico que los seres humanos debían *vivir conforme* sus enseñanzas, a fin de obtener lucro de eso, es decir, por lo tanto, a fin de poder llegar a la escalada espiritual y a la vida eterna. En la expresión “vida eterna” ya se patenta la *vivacidad* espiritual, pero no la indolencia espiritual. Con la indicación hacia el *vivir conforme* sus enseñanzas, él advirtió, expresa y nítidamente, al respeto de una aceptación tosca de esas enseñanzas, por ser errada e inútil.

Un vivenciar, naturalmente, puede darse siempre solamente a través de la convicción, jamás de modo diferente. Convicción, sin embargo, condiciona plena comprensión. Comprensión, por su parte, un reflexionar intenso y un examinar propio. Se debe evaluar las enseñanzas con las propias intuiciones. Desde ahí se desprende, por si sólo, que una creencia ciega es totalmente errada. Todo cuanto es errado, sin embargo, fácilmente puede llevar a la ruina, a la decadencia, jamás, sin embargo, hacia la escalada. Escalada equivale a la liberación de toda la presión. En cuanto exista aún dondequiera una presión, no se puede hablar de una liberación o redención. El incomprendido, sin embargo, *es* una presión que no se deshace antes que el lugar de la presión o laguna sea alijado por la comprensión plena.

¡Creencia ciega equivale siempre a la incomprensión, por lo tanto, jamás podrá ser convicción y, consecuentemente, no puede traer ninguna liberación, ninguna redención! Personas que se restringieron en la creencia ciega no pueden ser vivas espiritualmente. Se igualan a los muertos y no tienen ningún valor.

¡Si una persona empieza a raciocinar correctamente, a acompañar serenamente y con atención todos los acontecimientos, los coordinando de modo lógico, entonces llegará por si a la convicción de que Dios, en Su pureza perfecta y de acuerdo con Su propia voluntad criadora, *no puede llegar a la Tierra!*

La absoluta pureza y perfección, por lo tanto, justamente lo divinal, excluye una bajada a la materia. La diferencia es demasiado grande para que, a propósito, sea posible una ligazón directa, sin que se lleve exactamente en cuenta las necesarias transiciones, que condicionan las especies enteales y materiales, que se encuentran en intermedio. ¡El tomar en cuenta de esas transiciones, sin embargo, solamente puede efectuarse por la encarnación, como se pasó con el Hijo de Dios!

Pero como este ahora “ha regresado al Padre”, por lo tanto, de vuelta a su origen, así también él se encuentra otra vez en el divinal, estando por eso de idéntico modo separado del terrenal.

Una excepción en eso significaría una torsión de la divina voluntad criadora y eso, por su parte, manifestaría una falta de perfección.

Como, sin embargo, la perfección es inseparable de la divinidad, no resta ninguna otra posibilidad pero que también Su voluntad criadora sea perfecta, lo que tiene que ser considerado equivalente a inmutable. Si los seres humanos fuesen igualmente perfectos, cada uno debía y podía, por la naturaleza de la cosa, andar siempre exactamente en el mismo camino del otro.

¡Solamente imperfección puede permitir diversidades!

Exactamente en cumplimiento a las perfectas leyes divinas es que es sacada del Hijo de Dios, después del “regreso al Padre”, igual como a Éste mismo, la posibilidad de estar personalmente en la materialidad, por lo tanto, de bajar a la Tierra. ¡No sin encarnación, de acuerdo con las leyes de la Creación!

Por esas razones, toda la adoración divina de cualquier objeto *material* en la Tierra tiene que equivaler a la transgresión de la ley suprema de Dios; porque únicamente al Dios vivo pueden ser prestadas honras divinas, y Éste no puede estar presente en la Tierra, justamente debido a Su divinidad.

Por su parte, sin embargo, el cuerpo de materia gruesa del Hijo de Dios, debido a la perfección de Dios en Su voluntad criadora, hubo que ser igualmente *puramente terreno*, no debiendo, por eso, ser denominado o considerado como divino. *(Disertación Nro. 58: Resurrección del cuerpo terreno de Cristo)

¡Todo lo que está en contradicción a eso demuestra lógicamente dudas en la absoluta *perfección de Dios*, y debe, por consiguiente, ser también errado! Eso es incontestablemente una medida infalible para la verdadera Fe en Dios.

Algo diferente es con el puro simbolismo. Cada símbolo cumple su finalidad buena de modo estimulante, en cuanto sea seriamente considerado como *tal*; pues su contemplación ayuda muchas personas a una meditación mayor y más concentrada. Para muchos será más fácil, al contemplar los símbolos de su religión, dirigir sus pensamientos hacia el Criador sin turbación, no importando con cual nombre Él les es comprensible. Sería, por lo tanto, errado dudar del elevado valor de las practicas religiosas y del simbolismo, es indispensable, solamente, que ahí nada llegue al punto de adoración y veneración de *objetos materiales*.

Una vez que el propio Dios no puede llegar a la Tierra, a la materia gruesa, cabe únicamente al espíritu humano subir el camino hasta el espíritu-enteal, de lo cual se origina. Y a fin de *mostrar ese camino*, ha bajado algo desde el divino ante encarnación, porque solamente en el divinal se encuentra la fuerza primordial, de la cual puede fluir la Palabra Viva. Pero el ser humano no debe suponer que algo de divino ha permanecido en la Tierra, a fin de que cada persona, apenas cuando le surja el deseo, pueda inmediatamente ser absuelta de modo muy especial. ¡Para la obtención de la absolución *se encuentran las leyes férreas de Dios* en la Creación, y *solamente el incondicional cumplimiento de las mismas puede traer absolución!* ¡Que se oriente según ellas, quien quiera llegar a las alturas luminosas!

Nadie debe comparar el Dios perfecto con un soberano terreno, que en su criterio imperfecto y humano puede efectuar actos arbitrarios de amnistía, a través de sentencias proferidas por sus jueces de igual especie. ¡*Algo así no es posible en la perfección del Criador y de Su voluntad, una con Él!*

El espíritu humano necesita por ultimo acostumbrarse al pensamiento de que *él mismo* tiene que moverse y de modo muy enérgico, a fin de obtener absolución y perdón, y en eso finalmente cumplir su deber que indolentemente ha negligenciado. ¡Él debe animarse y trabajar en si propio, si no quiera caer en la tinieblas de los condenados! Deber confiar en su Salvador significa confiar en las palabras de él. ¡Tornar vivo por la acción lo que él dijo! ¡*Nada de diferente consigue ayudar!* De nada le sirve la creencia vacía. ¡Creer en él no significa otra cosa sino darle crédito. Irremediamente perdido está todo aquel que no trabaja con diligencia para alzarse por aquella cuerda que le fue colocada en la mano por la Palabra del Hijo de Dios!

Si la criatura humana quiera realmente tener su Salvador, tiene que finalmente cobrar animo para la vivacidad y actividad espiritual, las cuales no visan exclusivamente ventajas y placeres terrenos, y tiene que empeñarse hacia arriba, al encuentro de él. No puede arrogantemente esperar que éste baje hacia ella. La Palabra le ofrece el camino hacia allá. Dios no corre tras de la humanidad, mendigando, cuando ella forma un imagen errada de Él, alejándose por eso y siguiendo caminos errados. Tan cómodo no es. Pero como tan absurda concepción se instalo en muchas personas, debido a la comprensión errónea, la humanidad, antes de todo, tendrá que aprender nuevamente a *temer* su Dios, al reconocer en la reciprocidad inevitable de una creencia cómoda o muerta que la voluntad de Él se encuentra

firme en la perfección y no se deja torcer. ¡Quién no adaptarse a las leyes divinas será herido o aún triturado, conforme tendrá que suceder por fin a los que se entregan a tales idolatrías, prestando honras divinas al que no es divino! El ser humano tiene que llegar al reconocimiento: *¡el Salvador lo aguarda, pero no lo busca!*

¡La creencia, o, más acertadamente dicho, la ilusión, que la mayor parte de la humanidad trae hoy en si, *tenia que faltar*, conduciendo incluso a la miseria y a la ruina, *por ser muerta*, y no contener en si verdadera vida!

¡Igual como Cristo, antaño, purifico el templo de los vendedores, *del mismo modo*, antes de todo, los seres humanos deben ser fustigados, a fin de salir de toda la indolencia de su pensar e intuir en relación a su Dios! Que siga, pues, durmiendo tranquilamente, quien otra cosa no quiera, y se deleite cómodamente en el almohadón blando de la auto-ilusión de que sea acertado pensar muy poco y de que cismar finalmente sea pecado. Horroroso será su despertar que se encuentra más prójimo a él de lo que presume. ¡De acuerdo con su pereza le será entonces medido el quiñón!

Como puede una persona que cree en Dios, que ha reflexionado sobre Su esencia y Su grandeza, que sabe, por sobre todo, como la voluntad perfecta de Dios se encuentra en la Creación en la forma de leyes de la naturaleza actuantes, esperar que le puedan ser perdonados sus pecados ante cualquier penitencia, impuesta de modo absolutamente contrario a esas leyes divinas de imprescindible reciprocidad. Incluso al Criador eso no sería posible, porque las leyes de la Creación y de la evolución emanadas de Su *perfección* traen en sus efectos, por si sólo y actuando de modo totalmente natural, recompensa o castigo por el madurar y cosechar de buena o mala sembradura del espíritu humano con inamovible justicia.

Sea lo que sea que Dios quiera, cada uno de Sus nuevos actos de voluntad tienen que contener en si, siempre de nuevo, la perfección, no puede, por lo tanto, presentar lo mínimo desvío con relación a los actos de voluntad anteriores, al contrario, debe estar en conformidad con éstos en todos sus sentidos. Todo, pero todo mismo, tiene que seguir, siempre de nuevo, los mismos caminos, debido a la perfección de Dios. Un perdón diferente de aquel obtenido por el cumplimiento de las leyes divinas, que residen en la Creación y por las cuales cada espíritu humano tendrá que pasar obligatoriamente en su trayecto, si quiera llegar al Reino de Dios, es, pues, cosa imposible, por lo tanto, tampoco cualquier perdón directo.

¿Cómo puede una persona, racionando un poco, esperar cualquier variaciones? ¡Seria, si, una disminución expresa de su Dios perfecto! Cuando Cristo, en su existencia terrena, dijo a uno o otro: “Tus pecados te están perdonados”, eso estaba absolutamente cierto; pues en el rogar sincero y en la Fe firme se encuentra la garantía de que la respectiva persona pasaría a vivir en el futuro de acuerdo con las enseñanzas de Cristo, y de esa forma *tendría* que encontrar el perdón de los pecados, porque se colocaría si de acuerdo con las leyes divinas de la Creación, no más procediendo en contra las mismas.

¡Cuando, pues, una persona impone penitencia a otro, según criterio propio, a fin de entonces declarar sus pecados como quitados, está iludiendo de esa forma a si y a los que de ella solicitan auxilio, no importando si conciente o inconcientemente, y se pone, sin escrúpulos, mucho arriba de la propia divinidad!

¡Si los seres humanos, pues, por ultimo quisiesen considerar su Dios *de modo más natural!* Él, cuyos actos de voluntad crearon la naturaleza viva. De esa manera, sin embargo, en su creencia ciega e ilusoria, hacen de Él solamente una imagen ilusoria, de Él, que es todo, excepto eso. Justamente en la perfección natural o naturalidad perfecta, como fuente primordial de todo el existir, como punto de partida de todo cuanto es vivo, la magnitud de Dios es tan colosal e inconcebible para un espíritu humano. Pero en las enseñanzas de muchas doctrinas se encuentran frecuentemente torsiones y complicaciones forzadas, por lo que

cualquier Fe pura es dificultada sin necesidad al ser humano y a veces se torna de todo imposible, porque en eso tiene que hacerle falta cualquier naturalidad. ¡Y cuantas contradicciones increíbles están contenidas en varias doctrinas!

¡Traen, por ejemplo, frecuentemente, como pensamiento fundamental, la omnisciencia y perfección de la voluntad y de la Palabra de Dios de ella originada! En eso, sin embargo, naturalmente, se debe encontrar también una *inmutabilidad* indesviable, ni siquiera por un hilo de cabello, porque perfección no se puede imaginarse diferentemente. ¡Sin embargo, las actuaciones de muchos representantes de religiones demuestran *dudas* sobre la propia doctrina, visto encontrarse en directa contradicción con la misma, negando sus bases fundamentales evidentemente por los actos! Confesiones auriculares con subsecuentes penitencias, por ejemplo, el comercio de indulgencias por dinero o oraciones que deben resultar en inmediato perdón de pecados, y otras costumbres similares a éstas, constituyen, pues, analizándose serenamente, una negación de la voluntad de Dios, que reposa en las leyes de la Creación. Quién no conduce los pensamientos, de modo saltador, para cosas fluctuantes inconsistentes, otra cosa no encontrará ahí sino una absoluta disminución de la perfección de Dios.

Es totalmente natural que la errónea presuposición humana de poder ofrecer perdón a los pecados, y otras investidas semejantes contra la perfección de la voluntad divina, hubiera que llevar a groseros excesos. ¡Cuanto tiempo perdurará aún la tontería de suponer que se pueda hacer negocios tan sucios con el Dios justo y Su inmutable voluntad!

Si Jesús, como Hijo de Dios, dijo antaño a sus discípulos: “*A quién perdonáis los pecados, a éstos ellos serán perdonados*”, entonces eso no se refería a un derecho de actuación general y arbitraria.

Eso incluso hubiera sido equivalente a un desmantelamiento de la voluntad divina en la inamovible fuerza de los efectos recíprocos que, actuando vivamente, encierran en sí recompensa y castigo con justicia incorruptible, es decir, divina y, por lo tanto, perfecta. Una interrupción consentida.

¡Eso Jesús jamás podría y tampoco hubiera hecho, él que vino para “cumplir” las leyes, no para tumbarlas!

¡Con esas palabras se refería él al hecho inherente a la voluntad del Criador y de acuerdo con las leyes de que una persona puede perdonar la otra persona *aquello que de mal le ha sido hecho por ésta personalmente*! Ella, como siendo la alcanzada, tiene el derecho y el poder de perdonar aquello; porque con el perdón sincero será quebrada, desde ya, la punta del karma que, al contrario, infaliblemente hubiera se formado para la otra en la reciprocidad, sacándole desde pronto la fuerza, siendo que en ese proceso vivo se encuentra también, simultáneamente, real perdón.

Eso, sin embargo, también *solamente* puede partir de la propia persona alcanzada en relación al causador o autor, no de otra forma. Por lo tanto reside tanta bendición y liberación en el perdón personal, bajo la condición que éste sea intencionado e intuido de modo sincero.

Una persona no directamente participante queda excluida de los hilos de la reciprocidad, por la naturaleza de la cosa, y tampoco puede interferir de modo vivo, es decir, eficiente, por no estar conectada. Solamente *intercesión* le es posible en tales casos, cuyo efecto, sin embargo, permanece dependiente del estado anímico de las personas directamente involucradas en los respectivos casos. Ella propia tendrá que permanecer de afuera, tampoco puede, por eso, proporcionar perdón. *Eso reposa exclusivamente en la voluntad de Dios*, que se manifiesta en las leyes de justas reciprocidades, contra las cuales Él propio jamás actuaría, porque, provenientes de Su voluntad, son perfectas desde el principio.

Reside en la justicia de Dios que, sea lo que ocurra o que haya ocurrido, *solamente el perjudicado puede perdonar*, en la Tierra o más tarde en el mundo de materia fina, si no el ímpetu de la reciprocidad habrá que alcanzar el causador, con cuya efectuación la culpa habrá sido, entonces, de hecho saldada. Pero esa efectuación proporcionará, concomitantemente, el perdón del alcanzado, de alguna manera, que está entrelazada en la efectuación, o el alcanzado con ésta. No es posible de otra forma, toda vez que los hilos de ligazón permanecen insolubles hasta ahí. Eso no es ventaja solamente para el causador, pero también para el alcanzado, visto que éste, sin la concesión del perdón, tampoco podría llegarse de todo a la Luz. La inflexibilidad habría que impedirlo de eso.

Así, ser humano alguno consigue perdonar pecados ajenos, por los cuales no sea él, personalmente, el alcanzado. La ley de la reciprocidad quedaría sin ser influenciada por todo aquello que no esté entrelazado en eso por un hilo vivo, lo cual solamente puede ser generado por aquel que es directamente alcanzado. ¡Únicamente la corrección es el camino hacia el perdón *(Disertación Nro. 6: Destino)!

“¡Yo soy el Señor, tu Dios, tu no deberás tener otros dioses a Mi lado!” ¡debía permanecer señalado como que con letras de fuego en el espíritu de cada ser humano, como protección natural contra toda y cualquiera idolatría!

Quien realmente reconoce Dios en Su sublimidad debe intuir como blasfemia todas las actuaciones divergentes.

Una persona puede y debe visitar un sacerdote, a fin de buscar *enseñanzas*, bajo la condición que esté de hecho capaz de darselas. Si, sin embargo, alguien exigir disminuir la perfección de Dios por medio de cualquier acción o modo erróneo de pensar, entonces ella debe alejarse de él; pues un *siervo* de Dios no es simultáneamente un *plenipotenciario* de Dios, que pudiese tener el derecho de, en Su nombre, exigir y conceder.

También ahí existe un aclaramiento muy natural y sencillo que, sin circunloquios, indica el camino cierto.

¡Un plenipotenciario de Dios, por la naturaleza de la cosa, tampoco puede ser un ser humano, a menos que haya venido directamente del divinal, por lo tanto, que traiga en si propio algo divino! Únicamente ahí puede haber pleno poder.

Como, sin embargo, el ser humano no es divino, entonces también es imposible que puede ser un plenipotenciario o representante de Dios. ¡El poder de Dios no puede ser transferido a ningún ser humano, *porque el poder divino reside exclusivamente en el propio divinal!*

Ese hecho lógico, en su sencillez absoluta y también de modo natural, excluye totalmente cualquier elección humana de un sustituto terreno de Dios o la proclamación de un Cristo. Cualquier intento en ese sentido habrá que recibir impreso el cuño de la imposibilidad.

¡Por consiguiente, en tales temas, ni puede tomar en consideración una elección o aclamación por criaturas humanas, sino solamente un *envío directo* del propio Dios!

Las opiniones humanas a ese respecto no son decisivas. Éstas, al contrario, conforme *todo* lo ocurrido hasta ahora, estuvieron *siempre lejos de la realidad*, no armonizándose con la voluntad de Dios. Para los que piensan es inconcebible, con qué aumento enfermizo los seres humanos buscan siempre de nuevo ultrapasar su real valor. ¡Ellos que, en su más elevada perfección espiritual, solamente consiguen alcanzar el escalón *más bajo* del conciente en el eterno espíritu-enteal! Sin embargo, justamente hoy, un gran número de seres humanos terrenos, en sus intuiciones, pensamientos y esfuerzos, ni siquiera se diferencia mucho de los animales desenvolvimos al máximo, excepto por un grande intelecto.

Tal cuales insectos, revolotean y hormigan en confusión, como si valiese, en su hirviente ajeteo, bullicio y correría, alcanzar el albo máximo. Apenas cuando, sin embargo, sus albos sean examinados más de cerca y con mayor atención, pronto se muestra lo vacío y la nulidad de ese febril esfuerzo, que realmente no es digno de tal dedicación. Y del caos de ese alboroto se eleva la presunción de poder elegir, reconocer o rechazar un enviado de Dios. Ahí habría una evaluación de aquello que ellos jamás serían capaces de comprender, si Aquél, que se halla más arriba, no inclinarse hacia ellos, se les tornando comprensible. Se hace alarde ahora por toda parte de la ciencia, del intelecto y de la lógica, y se acepta en eso las más toscas paradojas, que se encuentran en tantas corrientes contemporáneas.

Para miles no sirve desperdiciar palabras a ese respeto. Se hallan de tal manera imbuidos de su saber, que acabaron perdiendo toda la capacidad para raciocinar sobre algo con simplicidad y de modo sencillo. Se destinan solamente a los que aún consiguieron conservar suficiente naturalidad para desarrollar una sana capacidad de discernimiento propia, apenas cuando les sea dada la línea direccional para tanto. A los que no se juntan ciegamente una vez a ésta, otra vez hacia aquella corriente de la moda, para en seguida y de idéntica manera abandonarla rápidamente ante la primera duda manifiesta por ignorantes.

No es necesario mucho para, en una reflexión serena, llegar al reconocimiento de que desde una especie no puede originarse una otra, la cual no tenga nada en común con la primera. Para verificarse eso, bastan los conocimientos más elementares de las ciencias naturales. Una vez, sin embargo, que las ramificaciones de las leyes de la naturaleza en el mundo de materia gruesa vienen de la fuente primordial viva de Dios, claro se torna que ellas deban ser encontradas con idéntica e inhallable lógica y inflexibilidad también en el camino ulterior en dirección hacia Él, incluso aún más puras y más claras, mientras más próximas se encuentren del punto de partida.

Tampoco el espíritu humano puede ser transplantado para un animal en la Tierra, para que, con eso, un animal vivo deba tornarse un ser humano, tampoco puede algo divino ser implantado en un ser humano. Jamás podrá desarrollarse algo diferente de lo que aquello que el *origen* trajo consigo. El origen hasta permite, en el desarrollo, diferentes tipos y formas de composición, como se puede conseguir por medio de injerto de árboles o por cruzamiento en las procreaciones, pero incluso los resultados más extraordinarios tendrán que permanecer dentro de las materias básicas constituidas por el origen.

Una mezcla entre ser humano y animal puede mantenerse solamente dentro de los límites de los cuerpos *grueso-materiales*, a causa de que éstos tengan su origen en la misma materialidad. No puede ser establecido un puente entre el origen interior del ser humano y del animal. *(Disertación Nro. 49: La diferencia en el origen entre el ser humano y el animal)

Es imposible introducir o sacar algo que esté *arriba* del propio origen, lo que en él, por lo tanto, no estaba contenido, como ocurre con la diferencia entre el origen *espiritual* del ser humano y el del divinal. *(Disertación Nro. 51: Espíritu)

Cristo, como Hijo de Dios, vino del divino-inenteal; él traía lo divinal en sí de su origen. A él le hubiera sido imposible, sin embargo, transferir ese divinal vivo a uno otro ser humano, que solamente puede promanar del espíritu-enteal. Consecuentemente, tampoco podía *dar plenos poderes* a nadie para acciones que corresponden únicamente al divinal, como por ejemplo el perdón de los pecados. Esto *solamente* puede ocurrir como consecuencia de los efectos recíprocos que se equilibran exactamente en los fundamentos de la voluntad *divina* que se encuentra en la Creación, en la cual la justicia inmutable del Criador vive por sí en la perfección, inaprensible al espíritu humano.

¡Un poder de plenos poderes del Hijo de Dios ante los seres humanos podía referirse, por lo tanto, solamente aquellas cosas que, de acuerdo con el origen del espíritu humano, fuesen humanas, jamás al divinal!

Evidentemente, también el origen del ser humano puede, por último, ser reconducida de modo lógico hasta Dios, pero él *no* está en el propio Dios, pero sí *afuera* del divinal, por lo tanto el ser humano desciende solamente *indirectamente* de Dios. *En eso está la gran diferencia.*

Plenos poderes, como, por ejemplo, los que corresponden al oficio de un administrador, podrían existir *solamente*, por *si*, en el mismo origen *inmediato*. Eso puede ser fácilmente comprensible a cada uno, porque un plenipotenciario debe poseer todas las facultades del otorgante de esos poderes, a fin de poder actuar en el lugar de él en una actividad o en un oficio. Uno plenipotenciario, por lo tanto, debía venir directamente desde el divino-inenteal, como lo ha sido Cristo.

Si, a pesar de eso, una persona emprenderlo, aunque de buena fe, resulte, nuevamente, por la naturaleza de la cosa, que su destinación no puede tener ningún valor de gran alcance y ninguna vida, que no sea *puramente terrenal*. Aquellos, sin embargo, que ven en ella más de lo que eso incurren en un error, que solamente después del fallecimiento se les tornará claro como tal y que los hace perder todo su tiempo terreno para una ascensión. Ovejas perdidas, que siguen un falso pastor.

Como esta ley suprema: “Yo soy el Señor, tu Dios, tu no debes tener otros dioses a Mi lado”, así también las otras leyes son muy frecuentemente violadas y no observadas debido a la incompreensión.

Y, sin embargo, los mandamientos en la realidad otra cosa no son de lo que la explicación de la voluntad divina, que se encuentra en la Creación desde los primordios, y de la cual no se puede desviar ni por la espesura de un hilo de cabello.

¡Como se torna desatinado, bajo esa consideración, el principio de tantos seres humanos, contrario a cada pensamiento divino y a cualquier perfección, de que “*un fin justifica los medios*”! Que confusión absurda eso no habría que causar en las leyes de la voluntad divina, si pudiesen ser así alteradas. Quien pueda formar por lo menos una pequeña noción de perfección, a él no restará otra cosa que no sea rechazar de antemano tales imposibilidades. ¡Apenas cuando una persona busque formar una imagen *cierta* de la *perfección* de Dios, entonces eso podrá servirle como guía indicador y para mejor comprensión de todas las cosas en la Creación! El saber de la *perfección* de Dios y el hecho de tenerla siempre en mente son la llave para la comprensión de la *obra* de Dios, a la cual también pertenece el propio ser humano.

Entonces reconoce la fuerza imperiosa y la severa advertencia de la sentencia: “¡Dios no se deja escarnecer!”. En otras palabras: Sus leyes se cumplen o se efectúan inmutablemente. Él deja funcionar las engranajes, conforme las ajustó por ocasión de la creación. Uno homúnculo nada alterará ahí. Si intenta, lo máximo que puede conseguir es que todos aquellos que lo sigan ciegamente sean dilacerados juntamente con él. De nada le sirve, si *acredita* de modo diferente.

Obtener bendiciones solamente podrá aquél que se ajuste por completo en la voluntad de Dios, que sostiene la Creación en Sus leyes de la naturaleza. Pero eso solo consigue quien las conozca acertadamente.

¡Las doctrinas, que exigen creencia *ciega*, deben ser condenadas como muertas y, por lo tanto, perjudiciales; solamente aquellas que, como Cristo, instan *para el tornarse vivo*, es decir, para el raciocinar y analizar, a fin de que pueda surgir la convicción de la verdadera comprensión, proporcionan liberación y redención!

Solamente la más condenable irreflexión puede suponer que la finalidad de la existencia del ser humano consista, principalmente, en la correría visando la obtención de las necesidades y de los placeres corpóreos, para, por último, ante alguna forma exterior y palabras bonitas, dejarse libertar tranquilamente de toda la culpa y de las consecuencias de sus negligencias indolentes en la vida terrena. El trayecto por la vida terrena y el paso hacia el más Allá, por ocasión de la muerte, no son como un viaje cotidiano, para lo cual se necesite comprar el pasaje solamente en el último momento.

¡Con tal creencia el ser humano *duplica* su culpa! ¡Pues cualquier duda en la justicia incorruptible del Dios perfecto es *blasfemia*! ¡La creencia en el perdón arbitrario y fácil de los pecados, sin embargo, *es* un testigo evidente de la *duda* en la justicia incorruptible de Dios y de Sus leyes, más aún, confirma directamente la creencia en la arbitrariedad de Dios, lo que equivaldría a la imperfección y a la deficiencia!

¡Pobres crédulos, dignos de lastima!

A ellos les sería mejor permanecer aún ateos, entonces podrían encontrar sin impedimentos y más fácilmente el camino que suponen ya tener.

¡Salvación reside solamente en no reprimir con miedo los pensamientos que nacen y la duda que con eso despierta en tantas cosas; pues en eso se manifiesta el sano impulso por la Verdad!

Luchar con la duda, sin embargo, es el analizar, al cual tiene que seguirse, indiscutiblemente, la condenación del lastre dogmático. ¡Solamente uno espíritu enteramente liberto de toda la incompreensión consigue elevarse, alegremente, convicto, hacia las alturas luminosas, al Paraíso!

54. La inmaculada concepción y el nacimiento del Hijo de Dios

La inmaculada concepción no debe ser tomada solamente en sentido corpóreo, pero sobre todo, como tanta cosa en la Biblia, en sentido puramente espiritual. Solamente quien reconoce e intuye el mundo espiritual, como existiendo realmente y actuando de modo vivo, consigue encontrar la llave para la comprensión de la Biblia, lo que, únicamente, es capaz de tornar viva la Palabra. Para todos los demás ella permanecerá un libro con siete sellos.

Inmaculada concepción, en sentido corpóreo, es toda concepción oriunda de un amor *puro*, en profundo erguir de la mirada hacia el Criador, donde los impulsos sensuales no constituyen la base, pero si permanecen solamente como fuerzas co-participantes.

Ese fenómeno es en la realidad tan raro, que fue justificado su realce especial. La garantía de postergación de los impulsos sensuales fue conseguida ante la anunciación, que por ese motivo es mencionada especialmente, pues en el contrario faltaría una argolla en la cadena de los fenómenos naturales y de la firme colaboración con el mundo espiritual. La virgen María, en todo caso ya proveída con todos los dones para poder cumplir su alta misión, ingresó en tiempo cierto, a través de la conducción espiritual, en contacto con personas profundamente compenetradas de las revelaciones y profecías referentes al Mesías por llegar. Fue ese el primer preparativo en la Tierra que impulsó María en el rumbo de su verdadera finalidad, la dejando al corriente de todo aquello, en lo que ella propia entonces debería representar un papel tan importante, sin que en aquella época ya lo supiese.

De los elegidos, la venda es aflojada siempre de modo cauteloso y poco a poco, para no anticiparse al desarrollo indispensable; pues todas las fases intermediarias deben ser vivenciadas seriamente para, por ultimo, posibilitar una realización, Conocimiento demasiado prematuro de la propia misión dejaría lagunas en el desarrollo, que dificultan una realización posterior. En el constante mirar hacia la meta final, surge el peligro de un avanzar demasiado rápido, por lo que mucha cosa pasa sin ser percibida o es aprendida solamente superficialmente, lo que, para el rellenar de la verdadera destinación, tiene que ser vivenciado necesariamente de modo serio. Vivenciar seriamente, sin embargo, puede el ser humano siempre solamente aquello que en el momento considere como la verdadera misión de su vida. Así también con María.

Cuando entonces llegó el día en que se encontraba interna y externamente preparada, ella se torno, en un momento de completo reposo y equilibrio anímico, clarividente y clariaudiente, es decir, su intimo se abrió al mundo de otra materia y ella vivencio la anunciación descrita en la Biblia. Con eso, la venda cayó, ella ingresó concientemente en su misión.

La anunciación fue para María una vivencia espiritual tan poderosa y estremecedora que, de esa hora en adelante, llenó por completo toda su vida anímica. Desde entonces quedó sintonizada únicamente en una dirección, la de poder esperar una elevada gracia divina. Ese estado de alma era *deseado* por la Luz a través de la anunciación, a fin de así postergar, de antemano y para lejos, manifestaciones de impulsos inferiores y preparar el suelo, donde un puro receptáculo terreno (el cuerpo infantil) pudiese surgir para la inmaculada concepción espiritual. Con esa extraordinariamente fuerte sintonización anímica de María, se torno "inmaculada" la concepción corpórea posterior, correspondiente a las leyes naturales.

Que María ya ha traído todos los dones para su misión, por lo tanto, que era prenatalmente destinada para tornarse la madre terrena del venidero portador de la Verdad, Jesús, no es difícil de ser comprendido con algun conocimiento del mundo espiritual y de su

respectiva actividad ampliamente ramificada que, preparando todos los grandes acontecimientos, pasa como que jugando por encima de los milenios.

Con ese cuerpo de niño en formación, que bajo tales contingencias se tornó el receptáculo más puro, fueron dadas las condiciones terrenas para una “inmaculada concepción *espiritual*”, la encarnación que se realiza en la mitad del embarazo.

En ese caso entonces no se trata de una de las almas o chispas espirituales, que frecuentemente aguardan encarnación, y que quieren o tienen que recorrer una vida terrena para el desarrollo, cuyo cuerpo de materia fina (o envoltorio) está más o menos turbado, es decir, maculado, con lo que la ligazón directa con la Luz queda oscurecida y, por momentos, completamente cortada. Fue tomada en consideración una parte completa de la pura esencia divina, que por amor fue dada a la humanidad perdida en la oscuridad, suficientemente fuerte para no dejar que se interrumpiese jamás la ligazón directa con la Luz primordial. De ahí resultó una íntima ligazón entre la divinidad y la humanidad en ese uno, que se asemejó a una columna luminosa de fuerza y pureza jamás agotable, de la cual todo cuanto es inferior tenía que resbalar. Así surgió también la posibilidad para la transmisión sin turbación de la Verdad, agotada de la Luz, también como la fuerza para las acciones que parecían milagros.

La narrativa de las tentaciones en el desierto muestra como los esfuerzos de corrientes oscuras para la mancha resbalaron en la pureza de la intuición, sin poder causar daños.

Después de la inmaculada concepción corpórea de María, pudo advenir la encarnación proveniente directamente de la Luz, lo que ocurre en la mitad del embarazo, con tal vigor, que no permitió cualquier turbación en las fases intermedias entre la Luz y el cuerpo materno, resultando así también “una inmaculada concepción *espiritual*”.

Por lo tanto, es perfectamente correcto hablar de una inmaculada concepción, la cual, en la concepción de Jesús, ocurrió corporal y espiritualmente, sin que cualquier ley de la Creación tuviese sido contornada, alterada o necesariamente criada para ese caso especial.

El ser humano no debe pensar ahora que haya ahí una contradicción, porque ha sido prometido que el Salvador hubiera que ser concebido por una virgen.

La contradicción adviene solamente de la interpretación de la palabra “virgen” en la profecía. Si ella dice de una virgen, no se refiere a un concepto más restricto, mucho menos aún a la opinión de un Estado, pero puede tratarse tan solamente de un amplio concepto de la humanidad.

Una opinión más restricta habría que constatar el hecho de que un embarazo y el parto en sí, sin pensar ahí en la concepción, ya excluyen la virginidad en sentido común. La profecía, sin embargo, no se refiere a tales cosas. Se dice con eso que Cristo vendría a nacer imprescindiblemente como el *primer* hijo de una virgen, es decir, de una mujer que aún no tuviese sido madre. En ella todos los órganos necesarios al desarrollo del cuerpo humano *están* vírgenes, es decir, aún no funcionaron en ese sentido, desde ese cuerpo aún no salió ningún hijo. Con relación a *cada* primer hijo, los órganos en el cuerpo materno tienen, pues, que ser aún vírgenes. ¡Solamente eso podía entrar en consideración en una profecía tan amplia, porque cada promesa solamente se cumple en la absoluta lógica de las actantes leyes de la Creación y también es dada dentro de esa previsión confiable! *(Disertación Nro. 48: Fenómenos universales)

La promesa se refiere, por lo tanto, “al primer hijo”, por eso es que ha sido hecha la distinción entre *virgen* y *madre*. Otra diferencia no entra en consideración, visto que los conceptos de virgen y de mujer se originaron solamente de las instituciones puramente estatales o sociales del matrimonio, que de modo alguno han sido consideradas en tal promesa.

En la perfección de la Creación, como obra de Dios, el acto de la generación es absolutamente necesario; pues la omnisciencia del Criador desde los primordios ordenó todo de tal manera en la Creación, que nada es demasiado o superfluo. Quien nutre tal pensamiento está diciendo concomitantemente que la obra del Criador no es perfecta. El mismo sirve a lo que afirma que el nacimiento de Cristo ha ocurrido *sin* la generación normal prescrita por el Criador a la humanidad. ¡Hay que haber ocurrido una generación normal por una persona de carne y sangre! Incluso en este caso.

Cada criatura humana que está conciente de eso de modo cierto, alaba más el Criador y Señor con eso, de lo que aquellas que quieran admitir otras posibilidades. Las primeras dan prueba de confianza tan inalterable en la perfección de su Dios que, según su convicción, una excepción o alteración en las leyes por Él condicionada es de todo imposible. ¡Y *ésa* es la *mayor* fe! Además, todos los demás acontecimientos dicen impreteriblemente en favor de eso. Cristo se tornó *ser humano terreno*. Con esa decisión, hubo que someterse también a las leyes determinadas por Su Padre referentes a la reproducción en la materia gruesa, ya que la perfección de Dios condiciona eso.

Si a ese respeto se deba decir que “junto a Dios cosa alguna es imposible”, tal declaración así velada no satisface; pues en esa expresión reside, por su parte, un sentido muy diferente de lo que muchas personas en su comodísimo imaginan. Bastará que se diga ser imposible haber en Dios imperfección, falta de lógica, injusticia, arbitrariedad y otras tantas, para contradecir el *contenido de las palabras* de esa frase según el concepto común. ¡Se podría afirmar también que, si *en ese* sentido junto a Dios cosa alguna es imposible, Él igualmente podría, por un único acto de voluntad, tornar creyentes todos los seres humanos de la Tierra! Así no necesitaría, con la encarnación, exponer Su Hijo a las vicisitudes terrenas y a la muerte en la cruz. Ese inmenso sacrificio hubiera sido evitado. Pero el hecho de que *así* ocurrió constituye un testimonio de la inflexibilidad de las leyes divinas actuantes desde los primordios en la Creación, en las cuales una violación forzada para cualquier alteración no es posible debido a su perfección.

En relación a eso, por su parte, podría ser replicado por aquellos, que disputan tenaz y ciegamente, que así como aconteció era de la voluntad de Dios. Eso es dicho de modo cierto, pero no es en absoluto una contraprueba, al contrario, en la realidad un *concordar* de la afirmativa anterior, cuando se abandona la concepción más ingenua y se sigue un aclaramiento más profundo, lo cual, impreteriblemente, *exige* todos los dichos de naturaleza espiritual.

¡Era de la voluntad de Dios! Eso, sin embargo, nada tiene que ver con una arbitrariedad, pero, al contrario, nada más significa de lo que la confirmación de las leyes inseridas por Dios en la Creación, portadoras de Su voluntad, y el incondicional encuadramiento en ellas a eso conectado, las cuales no admiten una excepción o contorno. *Exactamente en la necesidad de cumplir se efectúa y se comprueba, si, la voluntad de Dios.*

Por eso Cristo, para el desempeño de su misión, hubo que someterse, inevitablemente, también a todas las leyes de la naturaleza, es decir, a la voluntad de su Padre. Que Cristo haya hecho todo eso, comprueba toda su vida. El nacimiento normal, el crecimiento, el hambre que en él también se manifestaba y el cansancio, los sufrimientos y por último la muerte en la cruz. Bajo a todo cuanto un cuerpo humano terreno está sujeto, también él estaba sujeto. Por que, entonces, única y exclusivamente la concepción debería ser de otra manera, para lo que no había necesidad. ¡Justamente en la naturalidad se torna la misión del Salvador aún mayor, de modo alguno disminuida! Igualmente María, por ese motivo, no ha sido menos agraciada en su elevada convocación.

55. La muerte del Hijo de Dios en la cruz y la Cena

Por ocasión de la muerte de Cristo se rasgó en el Templo la cortina que separaba el Santísimo de la humanidad. Tal acontecimiento es tomado en cuenta como símbolo de que, con la muerte por sacrificio del Salvador, cesaba en el mismo instante la separación existente entre la humanidad y la divinidad, es decir, fue criada una ligazón directa.

Tal interpretación, sin embargo, es *errada*. ¡Con la crucifixión rechazaron las criaturas humanas el Hijo de Dios como el Mesías esperado, con lo que la separación se ha tornado *mayor*! Se rasgó la cortina porque, consecuentemente, no había más necesidad del Santísimo. Quedó expuesto a la vista y a las corrientes impuras, una vez que, simbólicamente expreso, el divinal después de ese hecho no puso más su pie sobre la Tierra, con lo que se tornó superfluo el Santísimo. Por lo tanto, exactamente el contrario de las interpretaciones de hasta ahora, en las cuales, nuevamente, como tantas veces, solamente se evidencia la gran presunción del espíritu humano.

La muerte en la cruz tampoco fue un sacrificio *necesario*, sino uno asesinato, uno verdadero crimen. Cualquier otra explicación constituye una evasiva, que debe valer como excusa o que surgió por ignorancia. Cristo no bajó a la Tierra absolutamente con la intención de dejarse crucificar. *¡En eso tampoco reside la redención!* Cristo fue crucificado, sin embargo, como un incomodo portador de la Verdad, a causa de sus enseñanzas.

¡No fue su muerte en la cruz que podía y debía traer la redención, sino *la Verdad*, que dio a la humanidad *en sus palabras*!

La Verdad, sin embargo, era incomoda a los entonces dirigentes de religiones y de templos, una molestia, visto temblarles fuertemente su influencia. *Exactamente conforme también hoy, nuevamente, pasaría en tantos lugares*. Con relación a eso, la humanidad no ha cambiado. Los dirigentes de antaño se apoyaban, así como los de hoy, en antiguas y buenas tradiciones, pero éstas se habían tornado, a causa de los practicantes y aclaradores, mera forma rígida, vacía, sin más ser viva en si. Idéntico cuadro al que hoy nuevamente se presenta de modo frecuente.

Pero aquél que quería traer esa vida necesaria hacia dentro de la Palabra existente, trajo con eso naturalmente una *revolución* en la practica y en la explicación, no en la propia Palabra. Él libertó el pueblo de la rigidez y vacuidad opresoras, lo salvó de eso, y eso fue naturalmente una grande molestia para aquellos, que pudieron reconocer pronto cuan enérgicamente ha sido interferido así en las riendas de su errada conducción.

Por eso el portador de la Verdad y libertador del fardo de las interpretaciones erróneas hubo que sufrir sospecha y persecución. Cuando no se logró, a pesar de todos los esfuerzos, hacerlo ridículo, se trató de presentarlo como inverosímil. ¡Para tanto, debía servir el “pasado terreno”, como hijo de carpintero, para tacharlo de “inculto y por eso incapaz para una elucidación!” De un “laico”. Tal como pasa también hoy en relación a cada uno que enfrenta dogmas rígidos, los cuales sofocan ya en el germen todo el esfuerzo ascendente, libre y vivo. Por precaución, ninguno de los adversarios se profundizó en sus aclaraciones, pues muy acertadamente sentían que ante una replica puramente *objetiva* deberían ser derrotados. Se atuvieron, pues, en la difamación vil, ante sus instrumentos venales, a punto de no temer, por último, en momento para ellos propicio, acusarlo publica y falsamente y llevarlo a la cruz, a fin de alejar junto a él la amenaza a su poderío y prestigio.

Esa muerte violenta, antaño comúnmente practicada por los romanos, no constituyó en si la redención y tampoco la trajo. *¡No redimió ninguna culpa de la humanidad, no la libertó de*

cosa alguna, sino solamente *sobrecargó* aún más la *humanidad*, por ser *un asesinato de la más baja especie!*

Si de eso entonces, hasta los días actuales, aquí y allá se desarrolló un culto, de ver en ese asesinato un hecho esencial necesario de la obra de redención del Hijo de Dios, entonces el ser humano queda con eso alejado justamente de lo que es más precioso, de aquello que única y exclusivamente puede traer la redención. Lo desvía de la *verdadera* misión del Salvador, de aquello que tornó necesaria su venida del divinal hacia la Tierra. ¡Sin embargo, eso no pasó para sufrir la muerte en la cruz, *pero si, para anunciar la Verdad en el amontonado de la rigidez dogmática y de la vacuidad*, que arrastran el espíritu humano hacia bajo! Fue para describir las cosas entre Dios, la Creación y el ser humano de tal forma como realmente son. De esa forma, todo cuanto el limitado espíritu humano había engendrado a tal respeto, y que encubría la realidad, tenía que caer por sí sin fuerza. Solamente entonces el ser humano pudo ver claramente ante sí el camino que lo conduce hacia arriba.

¡Solamente en el traer esa Verdad y en la liberación de errores conectada a eso *reside única y exclusivamente la redención!*

Es la redención de la visión turbia, de la creencia ciega. La palabra “ciega” ya caracteriza suficientemente la condición errada.

La Cena antes de su muerte fue una Cena de despedida. Cuando Cristo dijo: “Tomad, comed, este es mi cuerpo. Bebed todos de esto, esta es mi sangre del nuevo testamento, que será derramada para muchos, para el perdón de los pecados”, declaraba con eso que estaba dispuesto incluso a aceptar esa muerte en la cruz, solamente para tener la oportunidad de transmitir a la humanidad perdida la Verdad en sus aclaramientos, que indica, única y exclusivamente, el camino para el perdón de los pecados.

¡Él dice también, textualmente: “para el perdón de *muchos*”, y no acaso “para el perdón de *todos*”! Por consiguiente, solamente para aquellos que se interesasen por sus explicaciones y de ellas sacasen lecciones vivas.

Su cuerpo destruido por la muerte en la cruz y su sangre derramada deben contribuir para que se reconozca la necesidad y la seriedad de los aclaramientos traídos por él. ¡Esa urgencia solamente debe ser subrayada *por la repetición* de la Cena y en la Cena!

Que el Hijo de Dios no haya retrocedido ni mismo delante de una tal hostilidad de la humanidad, cuya *probabilidad* ya hubiera sido reconocida de antemano, antes de su venida, *(Disertación Nro. 48: Fenómeno universales) debía indicar especialmente para la situación desesperada del espíritu humano, que solamente podría ser arrancado de la ruina por el agarrarse a la cuerda de salvación de la Verdad sin disfraz.

¡La referencia del Hijo de Dios, durante la Cena, a su muerte en la cruz es solamente una última y expresa indicación sobre la necesidad urgente de sus enseñanzas, las cuales él ha venido traer!

¡Al tomar la Cena, pues, cada persona debe darse cuenta siempre de nuevo de que el propio Hijo de Dios no temió la presuposición de una muerte en la cruz, causada por la humanidad, y que dio cuerpo y sangre a fin de posibilitar a la humanidad el recibimiento de la descripción del real fenómeno en el Universo, que muestra nítidamente los efectos de las leyes inmutables de la Creación que traen en sí la voluntad divina! Con ese reconocimiento de la severidad amarga, que acentúa la necesidad urgente del mensaje para la salvación, debe renacer constantemente en las criaturas humanas nueva fuerza, nuevo impulso para *realmente* vivir según las claras enseñanzas de Cristo, a fin de no solo comprenderlas bien, sino también actuar en todo en acuerdo con ellas. ¡*Con eso* obtendrán también perdón de sus pecados y redención! No diferentemente. Tampoco directamente. Pero los encontrarán impreteriblemente en el camino que Cristo muestra en su mensaje.

Por esa razón debe la Cena siempre de nuevo vivificar el acontecimiento, a fin de que no se debilite el único esmero salvador para el cumplimiento de las enseñanzas traídas con tamaño sacrificio; pues por la indiferencia que se inicia o por las formas meramente externas, las criaturas humanas pierden esa cuerda de salvación y vuelven a caer en los tentáculos de los errores y de la destrucción.

Es un gran error las criaturas humanas creer que por la muerte en la cruz esté garantizado el perdón de sus pecados. Ese pensamiento resulta el terrible daño de que todos aquellos que en eso creen serán por eso *retenidos* del verdadero camino hacia la redención, que reside, *única y exclusivamente*, en el hecho de *vivir de acuerdo con las palabras* del Salvador, de acuerdo con las explicaciones que él dio, como conocedor y por abarcar todo con la visión. Y esas explicaciones muestran, en cuadros prácticos, el necesario cumplimiento y observancia de la voluntad divina, que se encuentra en las leyes de la Creación, así como sus efectos, en la observancia y en la inobservancia.

Su obra redentora consistió en traer esa explicación, que debía mostrar las faltas y los daños de la práctica religiosa, pues ella trajo en sí la Verdad, a fin de iluminar la oscuridad creciente del espíritu humano. No consistió en la muerte en la cruz, tampoco que la Cena o la hostia consagrada pueden ofrecer perdón de los pecados. ¡Ese pensamiento es contra cada ley divina! Con eso cae también el poder de los seres humanos de perdonar pecados. Una persona solamente tiene el derecho y también el poder de perdonar lo que le ha sido hecho por otra personalmente, e incluso entonces sólo cuando su corazón, sin ser influenciado, a eso impele.

¡Quién reflexione seriamente reconocerá también la Verdad y, así, el camino verdadero! Los que tienen pereza de pensar y los indolentes que no conserven continuamente preparada, con todo cuidado y atención, la lamparilla a ellos confiada por el Criador, es decir, la facultad de examinar y dilucidar, pueden perder fácilmente la hora, cuando la “Palabra de la Verdad” llegar a ellos, como las tolas vírgenes de la parábola. Una vez que se dejaron dormir en cansado comodísimo y creencia ciega, no serán capaces de reconocer, por su indolencia, el portador de la Verdad o novio. Tienen que quedar hacia tras, cuando los vigilantes entren en el reino de la alegría.

56. “Bájate de la cruz”

“¡Si es Hijo de Dios, entonces bájate de la cruz! ¡Ayuda a ti mismo y a nosotros!” De modo escarnecedor, resonaron esas frases en dirección al Hijo de Dios, cuando sufría en la cruz bajo los rayos abrasadores del Sol. Las criaturas humanas, que así vociferaban, se tenían en cuenta de extraordinariamente sagaces. Escarnecían, triunfaban, se reían llenas de odio, sin tener siquiera un motivo propio para tanto; pues el sufrimiento de Cristo seguramente no era razón para sarcasmo y burla, y mucho menos para risas. Se les desvanecería, si solamente por un instante hubiesen podido “ver” los fenómenos concomitantes en los reinos de materia fina y espiritual; pues sus almas fueran ahí pesadamente atadas por milenios. Aunque el castigo no haya podido tornarse tan rápidamente visible en la materia grosera, vino, sin embargo, en *todas* las vidas terrenas posteriores, para las cuales por eso las almas pecaminosas fueron forzadas.

Los escarnecedores se tenían antaño como astutos. Sin embargo, no pudieron dar una expresión más acertada como prueba de su estrechez de lo que esas palabras; pues ahí reside la concepción más pueril que se puede imaginar. Los que así hablan, lejos se encuentran de cualquier comprensión de la Creación y de la voluntad de Dios en la Creación. Como es deprimente, por lo tanto, el triste saber de que también aún hoy gran parte de aquellos, que por último aún creen en Dios y en la misión de antaño de Su Hijo, piensan firmemente que Jesús de Nazareno podría haber bajado de la cruz si solamente lo hubiese deseado.

¡Después de dos mil años, aún la misma soñolienta estrechez, sin modificación para el progreso! Según las opiniones ingenuas de muchos que creen en Dios, Cristo, por haber venido de Dios, debía ser ilimitado en sus actuaciones en esta Tierra.

Es una expectativa oriunda de la más mórbida ingenuidad, una creencia resultante de la pereza de raciocinar.

Con una encarnación, el Hijo de Dios también fue “puesto bajo la ley”, es decir, se sometió con eso a las leyes de la Creación, a la voluntad inamovible de Dios en la Creación. Ahí no hay cualquier alteraciones en lo que se refiera al cuerpo terrenal atado a la Tierra. Obedeciendo a la voluntad de Dios, Cristo se sometió voluntariamente a esa ley, pues no vino para derrumbarla, sino para cumplirla con la encarnación en esta Tierra.

Por eso él estaba atado a todo aquello a lo que el ser humano terreno se halla atado y también como Hijo de Dios no podía bajarse de la cruz, a pesar de su poder y de su fuerza de Dios, en cuanto se encontrase en carne y sangre en la materia gruesa. ¡Eso equivaldría al derrumbamiento de la voluntad divina en la Creación!

Esa voluntad, sin embargo, es perfecta desde el principio. Por toda la parte, no solamente en la materia gruesa terrenal, sino también en la materia fina, así como en el enteal y en el espiritual, con todas sus gradaciones y transiciones. No diferentemente en el divinal y tampoco en el propio Dios.

La actuación divina, la fuerza y el poder divinos se presentan de modo muy diferente de lo que en presentaciones exhibicionistas. Justamente el divinal vivirá solamente en el cumplimiento absoluto de la voluntad divina, jamás queriendo algo diferente. De modo idéntico, la criatura humana que tiene elevada madurez espiritual. Mientras más desarrollada esté, tanto más incondicionalmente se curvará bajo las leyes divinas en la Creación, de modo voluntario, alegre. Jamás esperará actos arbitrarios que se encuentran afuera de las leyes corrientes de la Creación, porque acredita en la perfección de la voluntad divina.

Si un cuerpo de materia gruesa se encuentra clavado en la cruz, realmente firme, no conseguirá liberarse sin ayuda ajena, sin auxilio de materia gruesa. Eso es ley, según la divina

voluntad criadora, que no se deja transponer. Quién piensa de modo diferente y espera otra cosa, no cree en la perfección de Dios o en la inmutabilidad de Su voluntad.

Que los seres humanos ahora, además su supuesto progreso en el saber y en la capacidad, aún no se tornaron diferentes, que aún se encuentran allá donde se encontraban antaño, muestran al vociferar nuevamente hoy:

“Si él es el Hijo del Hombre, entonces, así que quiera, puede desencadenar las catástrofes que están anunciadas.” Lo presuponen como algo evidente. Eso significa, sin embargo, con otras palabras: “No consiguiendo tal, entonces no es el Hijo del Hombre.”

Sin embargo, es del conocimiento de los seres humanos que el propio Cristo, como Hijo de Dios, ya ha señalado, a tal propósito, que nadie, que no sea Dios exclusivamente, conoce la hora en que se iniciará el Juicio. Es, por lo tanto, dupla duda cuando las criaturas humanas hablan de esa manera. Duda cuanto al Hijo del Hombre y duda cuanto a la Palabra del Hijo de Dios. Además, tal aserción por su parte solamente da testigo de la falta de comprensión en relación a toda la Creación. La total ignorancia exactamente en todo aquello que para cada ser humano es más urgentemente necesario saber.

Si el Hijo de Dios tuvo que someterse a la voluntad de Dios en la Creación, por ocasión de su encarnación, no pudo evidentemente el Hijo del Hombre encontrarse por sobre esas leyes. Un estar por sobre las leyes es totalmente imposible en la Creación. Quien ingresa en la Creación se encuentra con eso también bajo la ley de la voluntad divina, que jamás se altera. Así también el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre. Una gran laguna en la posibilidad de comprensión de todo eso adviene solamente de la circunstancia de que los seres humanos todavía no hayan buscado esas leyes de Dios en la Creación, por consiguiente, hasta hoy aún tampoco las conocen, teniendo solamente encontrado de vez en cuando pequeños fragmentos de ellas allá, donde por acaso sobre ellos tropezaron.

Si Cristo realiza milagros, que están muy allá de las posibilidades de los seres humanos terrenos, eso no justifica el pensamiento de que él no necesitaba preocuparse con las leyes de la voluntad de Dios que residen en la Creación, de que pasaba por sobre ellas. Eso es imposible. Incluso en los milagros, actuaba en plena concordancia con las leyes de Dios, y no arbitrariamente. Con eso solamente comprobó que trabajaba dentro de la fuerza *divina*, y no de la espiritual, siendo evidente, por consiguiente, que en los efectos ultrapasase de lejos las capacidades humanas. Los milagros, sin embargo, no estaban afuera de las leyes de la Creación, sino se encuadraban completamente en las mismas.

Tan retrasado quedó el ser humano en su desarrollo espiritual, que ni siquiera consigue llevar al pleno desabrochar las fuerzas espirituales a él disponibles, del contrario también realizaría hechos que, en los conceptos de hoy, llegarían al milagroso.

Con fuerza divina, sin embargo, naturalmente pueden ser criadas obras aún muy diferentes, que jamás podrán ser alcanzadas con fuerza espiritual, y que, ya en su especie, se diferencian de las más elevadas actuaciones espirituales. Sin embargo, todos los acontecimientos permanecen dentro de los límites de la regularidad de las leyes divinas. Nada va allá de eso. Los únicos, que cometen actos arbitrarios dentro de los límites de su libre voluntad a ellos concedidos, son los seres humanos; pues éstos jamás se encuadraron realmente en la voluntad de Dios, allá, donde como seres humanos tienen cierta libertad de actuar según el propio querer. Siempre antepusieron en eso su propia voluntad. Y con eso se tulleron a sí mismos, no pudiendo jamás elevarse más alto de lo que su propia voluntad intelectual, atada a la Tierra, lo ha permitido.

Por lo tanto, los seres humanos no conocen siquiera las leyes de la Creación, las cuales desencadenan o liberan su poder espiritual, dentro de las cuales consiguen desarrollar su poder espiritual.

Tanto más admirados se encuentran entonces delante del desenrollar de la fuerza divina. Pero por la misma razón tampoco consiguen reconocer la fuerza divina como tal, o de ella aguardan cosas que se hallan afuera de las leyes divinas dentro de la Creación. A él, sin embargo, haría parte el bajar de un cuerpo de materia gruesa de la cruz de materia gruesa.

Resucitaciones de muertos ante la fuerza divina *no* están afuera de las leyes divinas, bajo la condición que eso se pase dentro de un cierto tiempo, que para cada persona es diferente. Mientras más espiritualmente madurada es un alma que se despliega del cuerpo de materia gruesa, tanto más rápidamente está libre de él, y tanto menor es el tiempo de la posibilidad, de acuerdo con las leyes, de ser llamada de vuelta, toda vez que eso solamente puede suceder mientras aún haya ligazón del alma con el cuerpo.

El alma vivificada por el espíritu tiene que obedecer a la voluntad divina, es decir, a la fuerza divina y, ante su llamado, volver por el puente de materia fina al cuerpo de materia gruesa ya abandonado, mientras el puente aún no esté roto.

Cuando aquí se habla en fuerza divina y en fuerza espiritual, entonces eso no contesta el hecho de que en la verdad hay solamente *una* fuerza, que emanó de Dios y que penetra en la Creación entera. Pero existe una diferencia entre la fuerza divina y la espiritual. La fuerza espiritual es dominada por la divina, de la cual se ha originado. No es acaso una fuerza divina debilitada, pero una fuerza *modificada*, que por su modificación se tornó de especie diversa, recibiendo así límites más restrictos en su capacidad de acción. Son, por lo tanto, dos especies actuando diferentemente y, en la realidad, solamente una fuerza. Se adjunta a eso aún la fuerza enteal, que es una fuerza espiritual modificada. Por lo tanto, tres fuerzas fundamentales, de las cuales la espiritual y la enteal son alimentadas y regidas por la divina. Todas las tres deben ser denominadas como una sólo. Otras fuerzas no existen, sino solamente muchas variaciones que se originaron de la especie fundamental espiritual y enteal, y que, entonces, también tienen heterogeneidad en sus efectos. Cada variación trae, por su parte, por la modificación, también leyes correspondientemente modificadas, las cuales, sin embargo, se agregan siempre lógicamente a la especie fundamental, aunque exteriormente parezcan diferentes, correspondiendo a la modificación de la fuerza. Pero todas las especies, incluso las fundamentales, están subordinadas a la ley de la fuerza divina suprema, pudiendo, en sus propias leyes modificadas, ser diferentes solamente en las formas externas. A causa de eso parecen diferentes, porque cada especie y variación, excepto la voluntad divina, sólo constituyen especies parciales, que por eso son obras parciales, las cuales, por su parte, sólo pueden tener también leyes parciales. Éstas se esfuerzan hacia lo todo, a lo que es perfecto, de donde han sido derivadas, a la pura fuerza divina, que equivale a la voluntad divina, la cual se efectiva como ley inmutable y férrea.

Cada una de las fuerzas actúa ahora con sus variaciones en la materia fina y gruesa existente conforme la respectiva especie y forma en ella, debido a su heterogeneidad propia, también mundos o planos *heterogéneos* que, considerados aisladamente, constituyen para toda la Creación, cada vez, solamente una parte de ella, porque la fuerza, que la formó, constituye también siempre solamente una parte modificada de la fuerza divina perfecta, no con leyes plenas, sino solamente parciales. *Solamente todas las leyes* de los planos universales aislados, *reunidas*, resultan entonces otra vez en leyes plenas, que fueron colocadas por la voluntad divina en la Creación primordial, en el reino puro espiritual.

Por eso, también un germen del espíritu humano tiene que recurrir todos los planos del Universo, de manera a vivenciar sus leyes peculiares y tornarlas vivas dentro de sí. Habiendo cosechado ahí todos los buenos frutos, entonces realmente estará conciente de esas leyes y podrá, consecuentemente, si las haya utilizado bien y de acuerdo con la voluntad de Dios, entrar en el Paraíso, será llevado hacia allá por las leyes en sus efectuaciones, a fin de, a partir de allá, intervenir entonces concientemente, auxiliando y beneficiando, en los planos parciales

que se encuentran abajo de él, como misión suprema de cada espíritu humano desarrollado. Sobre ocupación jamás podrá ocurrir, visto que los planos universales ahora existentes pueden ser extendidos ilimitadamente; pues pairan en el infinito.

Así el Reino de Dios se va tornando cada vez mayor y mayor, edificado y ampliado cada vez más por la fuerza de los espíritus humanos puros, campo de actuación de los cuales habrá que tornarse la Creación posterior, la cual ellos podrán dirigir del Paraíso, visto que ellos mismos ya recurrieron antes todas las partes y así alcanzaron conocerlas plenamente.

Estas explicaciones están aquí solamente para que no surjan equívocos debido a las referencias a la fuerza divina y a la fuerza espiritual, ya que de hecho sólo existe una fuerza única proveniente de Dios, de la cual se forman las variaciones.

Quien tiene conocimiento de todos esos fenómenos jamás manifestará esperanza pueril sobre cosas, que jamás podrán ocurrir, por hallarse afuera de cada una de las leyes de la Creación. Así también el Hijo del Hombre no puede con el extender de su mano desencadenar catástrofes, las cuales deben realizarse *directamente*. Eso sería contrario a las existentes y inalterables leyes de la naturaleza. El Hijo del Hombre, como servio de Dios, envía la voluntad divina, la Fuerza divina, para las diversas fuerzas básicas y éstas siguen entonces la nueva dirección que les ha sido dada con eso por la voluntad divina reinante. Ahí actúan en esa dirección ordenada, correspondiendo, sin embargo, exactamente a sus leyes parciales, las cuales no pueden contornar. Seguramente ocurre la gran aceleración, pero también ésa permanecerá siempre sujeta a la posibilidad.

Así el espiritual es, en eso, mucho más móvil y mas ligero, por lo tanto, también más rápido de lo que el enteal. Por lo tanto, el enteal necesita de más tiempo en la efectuación de lo que el espiritual. Por esa razón, naturalmente, el enteal, es decir, el acontecimiento elemental, habrá que concretizarse también más tarde de lo que el espiritual. De la misma forma, a través de esas fuerzas, la materia fina puede ser movida más deprisa de lo que la materia gruesa. Todas son leyes, que deben ser cumplidas, no pueden ser contornadas tampoco rotas.

Todas esas leyes son conocidas en la Luz, y el envío de los emisarios realizadores o de ordenes especiales es dispuesto *de tal modo* que los efectos finales ocurran como por Dios es deseado.

Un dispendio, de grandeza incomprensible a los seres humanos, se tornó necesario para el actual Juicio. Sin embargo, trabaja de modo preciso, de modo que en la verdad no ocurran retardos... con excepción de los puntos donde la voluntad humana debe colaborar. Solamente los seres humanos buscan, siempre, con vanidosa obstinación, mantenerse afuera de cada realización o incluso colocarse en el camino, impidiendo perturbadora y hostilmente... con presunción que prende a la Tierra.

Afortunadamente, después de la grande falta de las criaturas humanas durante la existencia terrena del Hijo de Dios, eso ahora fue tomado en cuenta. Los seres humanos con su faltar solamente pueden dificultar el camino terreno del Hijo del Hombre hasta cierto tiempo, de modo que él tendrá que caminar por atajos, dar vueltas, pero no consiguen detener los acontecimientos deseados por Dios, o incluso alterar de algun modo el resultado predeterminado; pues ya les fue sacado el apoyo de las tinieblas en la retaguardia, suministradora de fuerzas para sus tonterías, en cuanto las murallas de su actuar intelectual, por tras de las cuales, ocultados, aún tiran flechas venenosas, desmoronarán rápidamente bajo la presión de la Luz en avance. Entonces ella se precipita sobre ellos, y ningún perdón les deberá ser concedido, después del mal que su pensar siempre de nuevo creó funestamente. Así, el día, ardientemente anhelado por aquellos que se esfuerzan hacia la Luz, no llegará ni una hora más tarde de lo que debe.

57. ¡Esta es mi carne! ¡Esta es mi sangre!

“Quién acepta mi Palabra, acepta a mí”, dijo el Hijo de Dios a sus discípulos, “¡en verdad come de mi carne y bebe de mi sangre!”

Ése es el sentido de las palabras que el Hijo de Dios pronunció cuando instituyó la Cena, y las cuales él simbolizó con la Cena en memoria de su peregrinación por la Tierra. Cómo podía ocurrir que a tal respeto se desencadenasen violentas disputas entre los eruditos y las iglesias. El sentido es tan sencillo y tan claro, si la criatura humana colocar como base que el Hijo de Dios, Jesús Cristo, era la Palabra de Dios *encarnada*.

Cómo podría él hablar a ese respeto más nítidamente de lo que con las sencillas palabras: “¡Quién acepta mi Palabra, come de mi cuerpo y bebe de mi sangre!” También cuando dijo: “¡La Palabra es verdaderamente mi cuerpo y mi sangre!” Había, pues, que hablar así, porque él propio era la Palabra Viva en carne y sangre. En todas las transmisiones solamente ha sido omitido siempre de nuevo el principal: ¡la indicación *a la Palabra* que *peregrinó* por la Tierra! Por ella no haber sido entendida, la juzgaban de poca importancia. Con eso, sin embargo, toda la misión de Cristo fue mal comprendida y mutilada, desfigurada.

También a los discípulos del Hijo de Dios no ha sido dada en aquél tiempo, a pesar de su fe, la posibilidad de comprender acertadamente las palabras de su Maestro, así como tantas cosas, dichas por él, nunca las comprendieron bien. A ese respecto el propio Cristo manifestó su tristeza con bastante frecuencia. Formaron simplemente el sentido de la Cena a la manera como habían comprendido en su sencillez infantil. Es evidente ahí que repropusiesen también las palabras, poco claras para ellos, de manera correspondiente a su propia comprensión, no, sin embargo, como el Hijo de Dios las tenía en mente. —

¡Jesús era la Palabra de Dios encarnada! Por lo tanto, quién acogió bien su Palabra dentro de sí, éste acogió con eso a él propio.

¡Y si una persona deja tornarse viva dentro de sí la Palabra de Dios a ella ofrecida para que, así, se le torne una evidencia en el pensar y en el actuar, entonces, ella, con la Palabra dentro de sí, también torna vivo el espíritu de Cristo, porque el Hijo de Dios fue la Palabra Viva de Dios encarnada!

La criatura humana tiene solamente que esforzarse para penetrar finalmente en ese curso de pensamientos *de modo cierto*. No debe solamente leer y charlar a respeto, pero también necesita buscar vivificar con imágenes ese curso de pensamientos, es decir, vivenciar serenamente el sentido en imágenes vivas. Entonces también vivenciará *realmente* la Cena, presuponiendo que reconozca ahí el recibimiento de la Palabra Viva de Dios, cuyo sentido y querer ella naturalmente debe conocer antes en el fondo.

No es tan cómodo así, conforme piensan tantos fieles. Aceptación tosca de la Cena no les puede traer ningún provecho; pues aquello que es vivo, como la Palabra de Dios, quiere y también debe ser *tomado* de modo vivo. La Iglesia no consigue insuflar vida a la Cena para otro, en cuanto ese participante de la Cena no haya antes preparado en sí propio el lugar para recibirla *correctamente*.

Se ven igualmente cuadros que visan reproducir la bella expresión: “¡Yo golpeo la puerta!” Los cuadros son ciertos. El Hijo de Dios está parado delante de la puerta de la cabaña y golpea, queriendo entrar. Sin embargo, el ser humano ahí ya añadió nuevamente algo de su propio pensar, al dejar ver por la puerta entreabierta la mesa puesta en la cabaña. Surge así el pensamiento de que no debe ser repelido nadie que pida para comer y para beber. El pensamiento es bello y también corresponde a la Palabra de Cristo, pero interpretado de modo

demasiado restricto en eso. ¡El “Yo golpeo la puerta” significa más! La caridad es solamente una pequeña parte del contenido de la Palabra de Dios.

¡Cuando Cristo dice: “Yo golpeo la puerta”, quiere él decir con eso que la Palabra de Dios, por él corporificada, está golpeando la puerta del alma humana, no para *pedir* admisión, pero sí *exigiendo* entrada! La *Palabra* dada a las criaturas humanas en toda su plenitud debe ser aceptada por éstas. ¡El *alma* debe abrir su puerta para la entrada de la Palabra! Si obedezca a esa exigencia, entonces, los actos de materia gruesa de la criatura humana terrena serán como evidencia de tal modo, como lo exige la “Palabra”.

La criatura humana siempre busca solamente una comprensión intelectual, lo que significa desmembramiento y con eso también disminución, un establecimiento de límites más restrictos. Por eso, incurre siempre de nuevo en el peligro de reconocer solamente fragmentos de todo lo que es grande, conforme también aquí ha pasado nuevamente.

La encarnación, por lo tanto, corporificación, de la Palabra Viva de Dios deberá permanecer siempre un misterio a los seres humanos terrenos, porque el inicio de ese fenómeno se desarrolló en el divinal. Incluso en el divinal, sin embargo, la capacidad de comprensión del espíritu humano no consigue penetrar, quedando así vedada a la comprensión de la criatura humana la primera fase para la futura encarnación. Por lo tanto, no es sorprendente que exactamente *ésa* acción simbólica del Hijo de Dios, que consistió en la distribución del pan y del vino, aún no pudiese ser comprendida hasta hoy por la humanidad. Pero quien después de ese aclaramiento, que a él le permite imaginar un cuadro, aún quiera vociferar contra tal propósito prueba solamente que el límite de su comprensión termina en el espiritual. Su defensa en favor de la explicación literalmente antinatural de hasta ahora de esas palabras de Cristo daría testigo solamente a una obstinación inescrupulosa.

58. Resurrección del cuerpo terreno de Cristo

¡Perfecto es Dios, el Señor! Perfecta Su voluntad, que está en Él y desde Él exhala para generar y mantener la obra de la Creación. Perfectas son, por lo tanto, también las leyes que en Su voluntad prepan la Creación.

Perfección, sin embargo, excluye de antemano cualquier desvío. ¡Es ésta la base que *justifica* incondicionalmente la duda sobre tantas afirmaciones! Varias doctrinas se contradicen, porque, al mismo tiempo en que enseñan acertadamente la perfección de Dios, establecen aserciones absolutamente opuestas, y exigen creencia en cosas que excluyen una perfección de Dios y de Su voluntad, que se encuentra en las leyes de la Creación.

Con eso, sin embargo, se diseminó en muchas doctrinas el germen de la enfermedad. Un verme destructivo que un día deberá hacer desmoronar toda la estructura. ¡El desmoronamiento es tanto más inevitable, dondequiera desde tales contradicciones han sido hechas *columnas maestras*, que no solamente ponen en duda la perfección de Dios, sino incluso la niegan severamente! Esa negación de la perfección de Dios incluso hace parte de las exigencias de credos dogmáticos, las cuales sólo entonces posibilitan la admisión en las comunidades.

Tenemos ahí la cuestión sobre la *resurrección de la carne*, con referencia a la resurrección del cuerpo terreno del Hijo de Dios, que es acepta sin reflexión por la mayoría de las personas, sin dejar lo mínimo vestigio de comprensión. Otros, por su parte, se apropian de tal aserción, con desconocimiento totalmente conciente, pues a ellos les hacia falta el preceptor, que pudiese dar una explicación correcta sobre eso.

Qué cuadro triste se ofrece ahí a un observador sereno y sincero. Cuán lamentable se encuentra ante él un tal grupo de personas, las cuales muchas veces aún se consideran orgullosamente como entusiastas fervorosos de su religión, como fieles ortodoxos, cuando ahí demuestran el fervor al mirar, precipitadamente con ignorante arrogancia, del alto para cuantos piensen de modo diverso, sin pensar que exactamente eso tiene que ser considerado como señal infalible de absoluta incompreensión.

Quién, *sin cuestionar*, acepta y confiesa como su convicción temas importantes muestra con eso ilimitada indiferencia, pero ninguna verdadera fe.

En esta luz se encuentra un tal ser humano delante de aquél que él suele llamar de Altísimo y de Santísimo, lo Cual debe significar para él el contenido y el apoyo para toda la existencia.

Con eso él no es una argolla viva de su religión, a quien pueda advenir ascensión y redención, sino un metal resonante, solamente un cencerro vacío y tintineante, que no comprende las leyes de su Creador y ni se empeña en reconocerlas.

Para todos los que así actúan, eso significa una parada y un retroceso en el camino que debe conducirlos a través de la materialidad para fines de evolución y progreso, rumbo a la Luz de la Verdad.

También la conceptualización errada de la resurrección de la carne es, como cualquier otra conceptualización errónea, un estorbo producido artificialmente, que ellos llevan consigo para el más Allá, delante de lo cual también allá tienen que quedar retenidos, no pudiendo proseguir, porque no pueden liberarse solos de eso; pues la creencia errada pende firmemente en ellos, y los ata de tal modo, que cualquier libre visión hacia la Verdad luminosa les es cortada.

No se atreven a pensar diferentemente, y por eso no pueden progresar. Con eso adviene el peligro de que las almas, que se mantengan así atadas por si propias, pierdan aún el ultimo

plazo para liberarse y no asciendan hacia la Luz a tiempo, por lo que habrán que resbalar junto hacia la descomposición y encontrar como meta final la condenación eterna.

Condenación eterna es el estar permanentemente desconectado de la Luz. Uno quedarse separado *de ella* para siempre, por sí propio, por la naturaleza del fenómeno lógico, de no poder volver hacia la Luz como personalidad desarrollada, plenamente conciente. Esa circunstancia resulta del arrastramiento a la descomposición, que pulveriza y disuelve junto con el cuerpo de materia fina también todo lo que haya conquistado espiritualmente de personal-conciente. *(Disertación Nro. 20: El Juicio Final) Esta es entonces la así nombrada “muerte espiritual”, de la cual no más puede haber ninguna ascensión hacia la Luz para el “yo” conciente que hasta ahí había se desarrollado, mientras que éste, en una ascensión, no solamente permanece, sino sigue evolucionando hasta la perfección espiritual.

La persona que pasa hacia el más Allá con una creencia errada o irreflexionadamente acepta como siendo propia permanece atada e impedida hasta tornarse viva y libre *en sí misma* ante otra convicción, rompiendo así el obstáculo que, debido a su propia creencia, la impide de tomar el camino cierto y verdadero, y de ahí proseguir.

Pero esa superación y el desenvolvimiento de fuerzas, necesarios para liberarse a sí misma de tal ilusión, son inmensos. Ya el paso para acercarse de tal pensamiento exige, espiritualmente, un enorme impulso. Así, millones se mantienen presos, y no más pueden, por lo tanto, reunir fuerzas, ni mismo para levantar el pie, en la ilusión pernicioso de con eso cometer algo errado. Están como que paralizados y también perdidos, si la propia fuerza viva de Dios no busque el camino hacia ellos. Ésta, sin embargo, solamente puede, por su parte, intervenir ayudando, cuando haya en el alma humana una chispa de voluntad para tanto, yendo a su encuentro.

En ese fenómeno, tan sencillo y natural en sí, hay una paralización, como más terrible y fatal no puede existir. Es que, con eso, la bendición de la fuerza de la libre decisión concedida al ser humano se convierte en maldición, debido a la aplicación errada. Cada uno, individualmente, tiene siempre en manos excluirse o unirse. ¡Y precisamente en eso se venga terriblemente, cuando una persona se entrega ciegamente a una doctrina, sin el más cuidadoso y severo examen! ¡La indolencia en eso a él le podrá costar todo su ser!

El peor enemigo del ser humano, bajo el punto de vista puramente terreno, es el comodísimo. ¡Comodísimo en la fe, sin embargo, se torna su muerte espiritual!

¡Ay de aquellos que no despierten pronto y se animan para el examen más riguroso de todo lo cuanto llaman creencia! ¡Destrucción, sin embargo, espera aquellos que causan tan grande miseria! Aquellos que, como falsos pastores, conducen sus ovejas a la selva desoladora. Nada consigue ayudarlos, excepto reconducir las ovejas perdidas hacia el camino cierto. La grande pregunta ahí, sin embargo, es si aún les resta suficiente tiempo para tanto. Que se examine, pues, cada uno a sí propio, cuidadosamente, antes de buscar doctrinar el próximo.

¡Creencia errada es herejía! Y ésa, tanto aquí como en el más Allá, mantiene el espíritu humano preso, segura y firmemente, con tal intensidad, que solamente la fuerza viva de la verdadera Palabra de Dios puede romper. Por eso, cada uno que oiga atentamente su llamado, que a él le alcanza. ¡Solamente aquél que intuye el llamado, para este él es destinado! ¡Él que entonces examine y pondere, y se liberte!

No debe olvidarse ahí que *solamente su resolución individual* es capaz de romper las esposas con las cuales él propio se prendió anteriormente debido a la creencia errónea. ¡Igual como antaño, por comodísimo o pereza, decidió seguir a las ciegas cualquier doctrina, la cual no haya examinado seriamente en *todas las partes*, o como talvez haya buscado negar Dios, solamente por no haber podido encontrar hasta entonces, él propio, un camino hacia Él, que

correspondiese a la necesidad justificada de una secuencia lógica, sin lagunas, así también ahora nuevamente habrá que partir *de él propio la primera voluntad* para un examen irrestricto en el buscar! *Solamente entonces* consigue erguir el pie, hasta entonces atado a causa de su propia voluntad, y dar el primer paso que lo conduce a la Verdad y, con eso, a la libertad en la Luz.

Él *propio*, y siempre solamente él propio, *puede, debe y tiene* que ponderar, pues trae en sí el don para eso. Tiene también que tomar únicamente sobre sí toda la responsabilidad, de una o de otra forma, poco importando lo que quiera y lo que haga.

Ya la conciencia debía obligarlo al más severo examen.

¡Precisamente esa responsabilidad da a cada ser humano no solamente el derecho irrestricto a un tal examen, sino incluso lo convierte a la más urgente necesidad! ¡Considere él eso tranquilamente como un sano instinto de autoconservación, lo que absolutamente no es errado! Pues él tampoco asina cualquier contrato terreno que le imponga una responsabilidad, sin antes examinar rigurosamente palabra por palabra y reflexionar si puede cumplir todo. ¡No es diferente, sin embargo, mucho más serio en las relaciones espirituales con la decisión de entregarse a cualquier creencia! ¡Si a tal propósito los seres humanos pusiesen en practica un instinto de autoconservación tanto más sano, eso no sería pecado, sino bendición!

¡Resurrección de la carne! ¡Cómo puede la carne de materia gruesa acender hasta el reino puro espiritual de Dios-Padre! Materia gruesa, que ni siquiera consigue pasar para la materia fina del más Allá. Todo cuanto es de materia gruesa, incluso aún de materia fina, está sujeto a la descomposición, según las leyes eternas de la naturaleza. Ahí no hay excepciones ni desvíos, pues las leyes son perfectas. ¡Por consiguiente, lo que es de materia gruesa tampoco puede, después de ocurrida la muerte, ascender al reino del Padre y ni tampoco hacia el más Allá de materia fina, igualmente sujeto a la descomposición! ¡Debido a la perfección de las leyes divinas de la naturaleza, tales desvíos son simplemente imposibles!

En escala pequeña, todo eso también es nítidamente observable en las leyes de la Física, las cuales igualmente nada más demuestran de lo que las inamovibles leyes del Criador, que prepasan también ese campo, así como todo en la existencia entera.

Todo cuanto existe se encuentra, pues, sometido bajo las leyes uniformes del origen, las cuales traen en sí, de manera clara y nítida, la voluntad divina simple, sin embargo, indesviable. Nada puede ser separado de eso.

¡Tanto más lamentable es, por lo tanto, cuando algunas doctrinas no quieren reconocer precisamente esa poderosa grandeza de Dios que ahí se manifiesta, con la cual Él, visiblemente, tanto se acerca de la comprensión de la humanidad!

Cada doctrina indica de modo absolutamente cierto para la perfección de Dios. Si, por lo tanto, el origen o la fuente primordial, como tal, es perfecta, entonces solamente lo que es perfecto puede provenir de ella. Por consiguiente, deben ser perfectas también, necesariamente, las leyes de la Creación oriundas de los actos de la voluntad. De modo absolutamente natural, una cosa no se deja separar de la otra. Esas leyes perfectas de la Creación, como leyes de la naturaleza, prepasan y sostienen todo cuanto se ha formado. La perfección equivale, sin embargo, a la inalterabilidad. De ahí resulta que es completamente imposible un desvío en esas leyes físicas o de la naturaleza. Con otras palabras: en circunstancia alguna puede ocurrir excepciones que contradigan a todos los demás fenómenos en su naturalidad.

¡Por lo tanto, no puede ocurrir ninguna resurrección de la carne que, por ser grueso-material, permanezca incondicionalmente atada a la materia gruesa!

Una vez que todas las leyes primordiales se originaron de la perfección divina, un nuevo acto de voluntad de Dios jamás podrá desarrollarse de forma diferente de lo que la dada desde los primordios de la Creación.

Si algunas doctrinas se cierran a esa evidencia, que resulta incondicionalmente de la perfección de Dios, prueban entonces que sus fundamentos están *errados*, que están edificados sobre el intelecto humano restringido a espacio y tiempo y, consecuentemente, no pueden tener cualquier pretensión al mensaje de Dios, el cual no mostraría cualquier lagunas, toda vez que un tal mensaje sólo puede advenir desde la perfección, desde la propia Verdad, que no posee lagunas y también es comprensible en su grandeza simple. En primer lugar es *natural*, porque la naturaleza, así denominada por las criaturas humanas, se originó de la perfección de la voluntad divina y conserva aún hoy su vitalidad de manera inalterada, pero tampoco pudiendo, con eso, estar sujeta a excepción alguna.

Cuando Cristo vino a la Tierra, a fin de anunciar el mensaje de Dios, de la Verdad, tuvo para tanto, como cualquier ser humano, también que servirse de un cuerpo de materia gruesa, es decir, de la carne. En eso, cada persona que reflexiona ya debía, por último, reconocer la inalterabilidad de las leyes de la naturaleza, igual como también en la muerte corpórea ocurrida con la crucifixión.

¡Esa carne de materia gruesa, sin embargo, tampoco podía, después de esa muerte, constituir ninguna excepción, pero si debería permanecer en el mundo de materia gruesa! ¡No podía resucitar, a fin de entrar en un otro mundo! Las leyes divinas o naturales firmemente establecidas no consienten eso, a causa de su perfección exhalada de la voluntad divina. Tampoco pueden, al contrario no serian perfectas, y eso, por su parte, resultaría con que también la voluntad de Dios, Su fuerza y Él propio no fuesen perfectos.

Una vez que eso quede excluido, como cada ciencia puede verificar en la propia Creación, es errado y constituye una duda en relación a la perfección de Dios, cuando debe ser afirmado que esta carne de materia gruesa haya resucitado y después de cuarenta días ingresado en un otro mundo.

Si la carne realmente debe resucitar, entonces eso sólo puede ocurrir cuando el alma, aún atada por un cordón de materia fina al cuerpo de materia gruesa durante algún tiempo, es llamada de vuelta a ese cuerpo. *(Disertación Nro. 20: El Juicio Final) De acuerdo con las leyes naturales, eso solamente es posible en cuanto subsista ese cordón. Una vez desligado tal cordón, un resucitar, es decir, una llamada de vuelta del alma al cuerpo de materia gruesa de hasta entonces, sería imposible! Eso igualmente está sujeto estrictamente a las leyes de la naturaleza sin lagunas, y ni el propio Dios lo conseguiría, pues sería contra Sus propias leyes perfectas, contra Su voluntad perfecta que actúa de modo espontáneo en la naturaleza. Exactamente debido a esa perfección, a Él nunca podría ocurrirle idea tan imperfecta, que solamente constituiría un acto de arbitrariedad. Aquí se muestra, otra vez, una aparente subordinación de Dios a la obra de la Creación, debido a Su irrestricta perfección, que tiene que ser cumplida de cualquier forma y no admite alteración alguna, la cual, sin embargo, ni es intencionada tampoco necesaria. No es absolutamente ninguna autentica subordinación de Dios, sino solamente *parece* como tal al ser humano en algunas cosas, porque no consigue tener una visión sobre *todos* los fenómenos. Ese no poder abarcar con la visión lo *todo* es que lo lleva, además, con intenciones bastante buenas y respetuosas, a esperar de su Dios actos de arbitrariedad que, reflexionando bien, sólo tiene que disminuir la perfección divina. Lo que los seres humanos ahí con toda la humildad consideran como bueno no se torna en ese caso un respetuoso erguir de los ojos, pero un rebajar hacia la limitación enteramente natural del espíritu humano.

El cumplimiento incondicional de las leyes de la voluntad divina o de la naturaleza se verifico también en el resucitar de Lázaro, igual que como en el joven de Naum. Éstos

podieron ser resucitados porque el cordón de ligazón con el alma aún subsistía. Ante el llamado del Maestro, pudo el alma tornarse nuevamente una con el cuerpo. Éste, sin embargo, quedó entonces obligado, debido a las leyes de la naturaleza, a permanecer en el mundo de la materia gruesa, hasta que ocurriese un nuevo desenlace entre el cuerpo de materia gruesa y lo de materia fina, posibilitando a este último ingresar en el más Allá de materia fina, es decir, se siguiendo una nueva muerte grueso-material.

El pasaje del cuerpo de materia gruesa para un otro mudo es, sin embargo, una cosa imposible. Si el espíritu de Cristo tuviese reingresado en el cuerpo de materia gruesa o si, tal vez, ni lo tuviese abandonado, hubiera sido obligado a permanecer en la materia gruesa, hasta que sobreviniese una nueva muerte, no diferentemente.

¡Una resurrección en carne para un otro mundo es enteramente imposible, para los seres humanos, así como también antaño para el Cristo encarnado!

El cuerpo terreno del Redentor siguió el mismo camino que tiene que seguir cualquier otro cuerpo de materia gruesa, según las leyes naturales del Criador.

¡Por consiguiente, Jesús de Nazareno, el Hijo de Dios, no resucitó carnalmente!

Y, sin embargo, a pesar de toda la lógica y la mucho mayor veneración a Dios justamente ahí contenida, aún habrá muchos que, en la ceguera y en la indolencia de su creencia errada, no querrán seguir los caminos tan sencillos de la Verdad. Seguramente también muchos que no podrán seguir debido a su propia limitación. Otros, por su parte, que intentarán luchar rabiosamente contra eso con la intención plena, pero recelo bien fundado de que con eso toda su estructura de creencia cómoda penosamente erguida habrá que colapsar.

De nada les puede servir si ellos, como base, se apoyen solamente en tradiciones verbales; pues los discípulos también eran seres humanos. Es, pues, puramente humano, si en aquél tiempo los discípulos, fuertemente abalados a causa de todo aquel horrible acontecimiento, hayan entretejido, al recordarse, varios pensamientos propios en sus narraciones, y transmitido mucha cosa de modo diferente de lo que en la realidad había ocurrido, debido al anterior presenciar de milagros a ellos propios aún inexplicables.

Sus escritos y narrativas se basaron, igual como en la errónea fusión del Hijo de Dios y del Hijo del Hombre, muchas veces muy fuertemente en las *propias* presuposiciones humanas, las cuales entonces colocaron la base para muchos errores más tarde.

Aunque ellos hayan tenido a su lado, como auxilio, la más fuerte inspiración espiritual, a pesar de eso, en la retransmisión, opiniones propias preconcebidas interfieren intensamente, y turban muchas veces la más bien-intencionada y la más clara imagen.

El propio Jesús, sin embargo, no dejó cualquier escritos, en los cuales, únicamente sería posible basarse de modo incondicional y categórico.

Nunca hubiera dicho o escrito algo que no concordase de modo pleno e integral con las leyes de su Padre, las leyes divinas de la naturaleza o la voluntad criadora. Él propio dijo, pues expresamente:

“¡Vine para cumplir las leyes de Dios!”

Las leyes de Dios, sin embargo, reposan nítidas en la naturaleza, la cual, además, se extiende para más lejos de lo que solamente a la materia gruesa, permaneciendo, sin embargo, “natural” por toda la parte, también en el mundo de materia fina, así como en el enteal y el espiritual. ¡Una persona que reflexiona acertadamente conseguirá encontrar en esas significativas palabras del Redentor algo que va allá de las confusas doctrinas religiosas y que muestra un camino a los que realmente buscan con seriedad!

Además de eso, sin embargo, cada persona también puede encontrar al respecto puntos de referencia en la Biblia; pues Jesús apareció a muchos. ¿Pero qué pasó? En principio, María no

lo reconoció, Magdalena tampoco lo reconoció de inmediato, los dos discípulos a camino de Emaus no lo reconocieron durante horas, a pesar de haber andado con ellos y les hablado... ¿Qué se debe concluir de eso? *¡Que debía ser un otro cuerpo* lo que ellos vieron, si no todos lo hubieron reconocido *inmediatamente!* —

¡Pues que siga sordo, quién no quiera oír, y ciego, quién es demasiado indolente para abrir sus ojos!

El concepto general de “resurrección de la carne” encuentra su justificativa en los nacimientos terrenos, que no cesarán mientras hayan criaturas humanas terrenas. Es una gran promesa de concesión de repetidas vidas terrenas, de renovadas encarnaciones con el objetivo de un progreso más rápido y un indispensable rescate de efectos recíprocos de especies inferiores, equivalente a un perdón de los pecados. Una prueba del inconmensurable amor del Criador, cuya gracia se encuentra en el hecho de que para almas desencarnadas, que malbaratan total o parcialmente su tiempo terreno y, por eso, llegaron en el más Allá inmaduras para la escalada, es dada una vez mas oportunidad de involucrarse con un nuevo cuerpo o manto de materia gruesa, por lo que su carne dejada celebra una nueva resurrección en la nueva carne. *¡Con eso, el alma desencarnada vivencia una nueva resurrección en la carne!*

¡La bendición, que reside en esa realización continuamente repetido de una tan sublime gracia, el espíritu humano, que no consigue abarcar todo con la vista, solamente más tarde podrá comprender!

59. Concepto humano y voluntad de Dios en la ley de la reciprocidad

Cuando se deba hablar en concepto humano y en concepción humana, la que también se encuentra conectada a la justicia terrena, no debe esperarse que eso corresponda a la justicia divina o que siquiera se le acerque. En el contrario, uno debe lamentablemente decir que en la mayor parte de los casos existe incluso una distancia tan grande como el cielo. En esa comparación, la expresión popular “tan grande como el cielo” es apropiada en el más verdadero sentido. Esa diferencia podría ser explicada, muchas veces, con el intelecto de la humanidad, limitado a espacio y tiempo, lo cual en su estrechez no consigue reconocer lo errado *propriamente* y separarlo del cierto, una vez que eso raramente es reconocible de modo claro por exterioridades, pero reside exclusivamente en lo más íntimo de cada persona, para cuya análisis párrafos rígidos de ley y sabiduría teórica no bastan. Es entristecedor, sin embargo, que por ese motivo tantos juicios de las cortes terrenas hayan que estar en oposición brusca a la justicia divina.

No es el caso de hablarse de los tiempos de la Edad Media, tampoco de las épocas tristes de torturas crueles, ni de las nombradas incineraciones de brujas y de otros crímenes de la justicia. Tampoco deben ser mencionadas las innumerables incineraciones, las torturas y asesinatos que deben ser llevados en la cuenta de culpas de las comunidades *religiosas* y que en sus efectos recíprocos deben alcanzar los practicantes de modo doblemente pavoroso, porque abusaron ahí del nombre del Dios perfecto, cometiendo en Su nombre todos aquellos crímenes, como supuestamente agradables a Él y, con eso, Lo acuñando ante los seres humanos como responsable por aquello. Abusos y barbaridades, que no deberían ser olvidados tan rápidamente, sino que debía hacerse volver a la memoria como advertencia, siempre de nuevo, también en los juicios de hoy, principalmente porque los que antaño así hacían cometían diligentemente tales transgresiones con la apariencia de lo más pleno derecho y de la mejor buena fe.

Mucho ha cambiado. Y, sin embargo, evidentemente vendrá el tiempo en que se volverá a mirar con semejante horror para la justicia actual, como nosotros, hoy, encaramos los tiempos aquí referenciados, los cuales, según nuestro actual reconocimiento, encierran tanta injusticia. Ese es el curso del mundo y un cierto progreso.

Mirándose más profundamente, sin embargo, el aparentemente grande progreso entre el tiempo de antaño y lo de hoy se encuentra *solamente en las formas externas*. El poder absoluto de uno sólo, sin responsabilidad personal para éste en la Tierra, profundamente incisivo en la existencia entera de tantas personas, continua frecuentemente aún lo mismo. Tampoco han cambiado mucho los seres humanos, ni los muelles propulsoras de sus acciones. Y dondequiera la *vida interior* aún sea la misma, son iguales también los efectos recíprocos que traen en sí el Juicio *divino*.

Si la humanidad súbitamente se convirtiese *vidente a tal respecto*, la consecuencia solamente podría ser un único grito de desespero. Un horror que se extendería sobre todos los pueblos. Nadie levantaría la mano contra su semejante con recriminaciones, toda vez que *cada uno, individualmente*, sentiría sobre sí de alguno modo el peso de idéntica culpa. Él no tiene ningún derecho de enfrentar al otro de modo reprehensible en eso, toda vez que hasta entonces *cada cual* ha juzgado erróneamente solamente según las apariencias externas, *no dando importancia a toda la verdadera vida*.

Muchos se desesperarían consigo mismos en la primera antorcha de luz, si ésta pudiese penetrar en ellos sin estar preparados, mientras otros, que hasta ahora jamás se han dado

tiempo para reflexionar, deberían intuir inconmensurable exasperación por haber dormido durante tanto tiempo.

¡Por eso es, pues, oportuno el estímulo para la reflexión serena y para el desenvolvimiento de la *justa capacidad de juicio propio*, la cual rechaza cualquier inclinación ciega a opiniones ajenas y solamente *asimila, piensa, habla y actúa* de acuerdo con su *propio* intuir!

¡Jamás el ser humano debe olvidarse de que él, *completamente sólo*, tiene que responsabilizarse por todo aquello que él intuye, piensa y hace, aunque lo haya acepto de otro de modo incondicional!

Feliz aquél que alcanza ese nivel elevado, yendo al encuentro de cada parecer de modo criterioso, para entonces actuar según sus *propias* intuiciones. Así no co-participa de la culpa, como millares que muchas veces se sobrecargan con karmas pesados, solamente por falta de reflexión y sensacionalismo, por prejuicios y difamación, que los llevan a regiones cuyos sufrimientos y dolores jamás necesitarían conocer. Con eso, frecuentemente, ya en la Tierra dejan retenerse de mucho de lo que es realmente bueno, perdiendo con eso no solamente mucho en beneficio propio, pero ponen en juego así tal vez todo, su existencia entera.

Así fue con el odio inflamado e insensato contra Jesús de Nazaret, cuyo verdadero motivo solamente pocos de los malévolos vociferadores conocían, mientras que los demás se entregaban simplemente a una furia totalmente ignorante y ciega, gritando en conjunto, sin que jamás tuviesen, personalmente, estado en contacto con Jesús. No menos perdidos están también todos aquellos que, basados en opiniones erróneas de otros, se alejan de él y ni siquiera oyeron sus palabras, y mucho menos aún se han dado al trabajo de un examen criterioso, con lo que, por ultimo, aún podrían haber reconocido el valor.

¡Solamente así pudo madurar la desvariada tragedia que puso bajo acusación de *blasfemia* exactamente el *Hijo de Dios*, lo llevando hacia la cruz! ¡Él, el único que venía directamente de Dios y les anunciaba la Verdad acerca de Dios y Su voluntad!

El hecho es tan grotesco, que en él se patenta con ofuscadora claridad toda la estrechez de las criaturas humanas.

Y desde ahí hasta hoy la humanidad no progresó interiormente, al contrario, solamente retrocedió aún más, a pesar de todos los otros descubrimientos e invenciones.

Solamente lo que progresó, y eso a causa de los éxitos exteriores, fue la presunción de siempre querer saber más, la cual genera y cultiva exactamente la estrechez, la cual, en la verdad, es la característica específica de la estrechez.

Y desde ese suelo, que durante dos milenios se fue convirtiendo cada vez más fértil, es que brotaron las concepciones humanas actuales, que actúan de modo decisivo y *devastador*, en cuanto las criaturas humanas, sin presentir, se enredan a si mismas en eso, cada vez más, para su propia horrible fatalidad.

Quién en todo eso, a través de falsas concepciones, atrae hacia si, muchas veces de buena fe, efectos malos de una corriente recíproca, actuando, por lo tanto, contra las leyes divinas, eso hasta ahora raras veces se ha tornado claro a alguien. El numero es grande, y muchos, en su vanidad, sin presentirlo, están incluso orgullosos sobre eso, hasta que un día habrán que ver la Verdad con angustioso pavor, la cual es tan diferente de aquello que su convicción los dejó imaginar.

Pero entonces será demasiado tarde. La culpa con que se sobrecargan habrá que ser redimida en lucha penosa consigo mismos, muchas veces por decenios.

Largo y difícil es el camino hasta el reconocimiento, cuando una persona perdió la oportunidad favorable de la existencia terrena y se sobrecargó, incluso intencionalmente, o por ignorancia, aún con nueva culpa.

Excusas, ahí, jamás son tomadas en cuenta. ¡*Cada* uno puede saberlo, si lo *quiera*!

Quién sentir el anhelo de reconocer una vez la justicia divina en el decurso de los efectos recíprocos, en contraste con concepciones terrenas, éste que se esfuerce en observar por sobre algun ejemplo de la vida terrena, examinando ahí de que lado se halla realmente lo cierto y lo errado. Muchos a él se le presentarán, diariamente.

A la brevedad su propia capacidad de intuir se desarrollará de forma más acentuada y más viva, para botar afuera, por ultimo, todos los prejuicios aprendidos de concepciones fallas. Surge así una intuición de justicia, que puede confiar en si misma, porque, en el reconocer de todos los efectos recíprocos, acoge la voluntad de Dios, está y actúa en ella.

60. El Hijo del Hombre

Desde el crimen contra el Hijo de Dios, el portador de la Verdad, Jesús de Nazaret, pesa como que una maldición por sobre la humanidad, por ésta no haber reconocido justamente la profecía, la más importante para los seres humanos, de ese mayor de todos los profetas, se encontrando aún hoy ignorante ante ella, como si tuviese una espesa venda ante los ojos. La consecuencia terrible de eso será que gran parte de las criaturas humanas pasará tambaleando por la única posibilidad de su salvación de la condenación, hacia el encuentro de la destrucción.

Se trata de la profecía de la venida del Hijo del Hombre, dada por el Hijo de Dios como estrella de esperanza y, sin embargo, también como severa advertencia, bajo los constantes ataques de las masas que, a causa que se hallan en las tinieblas, lógicamente tenían que odiar el portador de la Verdad. La misma hola de sentimientos y pensamientos erróneos, que en aquél tiempo no dejaba reconocer el Hijo de Dios como tal, perturbaba la comprensión de la importancia de esa anunciación, ya en la época de su origen. El espíritu humano estaba demasiado obscurecido, demasiado convencido de sí, para poder aún recibir, de modo puro, Mensajes de Dios tan elevadas. Mensajes, que venían desde una altura encima de su propio círculo de origen, resbalaban por los oídos, sin efecto. Para una comprensión, hubiera sido necesaria fe proveniente de convicción consciente, de que antaño ni los propios adeptos eran capaces. El suelo, donde las palabras del Redentor caían, aún estaba demasiado cubierto por un enredo de lianas. Además, las colosales vivencias y temblores anímicos de los que se hallaban cerca del Salvador se comprimían en el espacio de solamente pocos años, con lo que todo había que concentrarse sentimentalmente de tal modo en la persona de él, que su hablar sobre una otra persona en un futuro remoto no fue considerado en ese sentido, y sí relacionado nuevamente con él propio.

Así el error perduró hasta los días de hoy en la concepción de los seres humanos, toda vez que los incrédulos no se preocuparon con las palabras del Salvador, mientras los fieles suprimieron, a la fuerza, exactamente a causa de su fe, cualquier análisis serio y crítica de las tradiciones, por temor sagrado de no deber acercarse de las palabras del Salvador. En eso, ellos no se dieron cuenta, sin embargo, que no se trataba de las verdaderas palabras originales y propias de él, pero tan solamente de retransmisiones que fueron escritas mucho tiempo después de su pasaje por la Tierra. A causa de eso, sin embargo, estaban susceptibles naturalmente a las alteraciones inconscientes del intelecto humano y de la concepción personal humana. Hay, sin duda, también una grandeza en esa respetuosa conservación de tradición puramente humana y, por lo tanto, tampoco se debe hacer cualquier censura sobre eso.

Sin embargo, nada de eso impide consecuencias estorbadoras de una concepción errónea resultado de tradición errada, porque las leyes de la reciprocidad ni siquiera en ese caso pueden ser derrumbadas. Aunque sí, en el rescate para el espíritu humano ellas se efectúen solamente como redes, estorbando la ascensión progresiva, eso significa, sin embargo, un estacionar fatal y un no progresar, en cuanto la palabra libertadora de la elucidación no pueda tornarse viva en él.

Aquél que acredita en el Hijo de Dios y en sus palabras, las habiendo tornado vivas dentro de sí, es decir, las trayendo dentro de sí en la *correcta* interpretación y actuando de acuerdo, evidentemente no necesita esperar por el prometido Hijo del Hombre, pues éste no le puede traer otra cosa sino lo mismo que el Hijo de Dios ya le trajo. Pre-requisito ahí es que haya *comprendido realmente* las palabras del Hijo de Dios y que no quede obstinadamente preso a tradiciones erróneas. Caso haya se atado a errores en cualquier parte, no podrá

concluir su escalada, hasta obtener aclaración, que quedo reservado al Hijo del Hombre, porque el limitado espíritu humano, por sí, no es capaz de liberarse del enredo de lianas que ahora envuelve cerradamente la Verdad.

Jesús designó la venida del Hijo del Hombre como la última posibilidad de salvación, y señaló también que con él se deflagrará el Juicio, que, por lo tanto, aquellos que incluso entonces no quieran, o dicho de otro modo, no estén dispuestos a recibir aclaración alguna, debido a su propia obstinación o indolencia, habrán que ser definitivamente condenados. Desde eso se debe concluir que en secuencia ulterior no habrá más otra posibilidad de reflexión y de decisión. En eso reside también, inconfundiblemente, la anunciación de una acción severa, la cual trae el fin de una paciente espera. Eso, por su parte, atesta lucha futura de la Luz contra todas las tinieblas, que habrá que concluir con destrucción violenta de todas las tinieblas.

No es de suponerse que eso se desenrolle según las expectativas, deseos y conceptos humanos; pues *todos* los acontecimientos de hasta ahora hablan en contra eso. Nunca, en los acontecimientos precedentes, el concepto humano se mostró uno con los efectos de la voluntad divina. La realidad siempre fue diferente de la imaginación de los seres humanos y solamente mucho después surgía, a veces, lentamente el reconocimiento del ocurrido. Tampoco de esta vez deberá ser esperada modificación alguna, porque el concepto de los seres humanos y sus concepciones nada ganaron en relación a antiguamente, al contrario, se han convertido aún mucho más “reales”.

¡El Hijo del Hombre! Un velo aún paira por encima de él y de su tiempo. Aunque en muchos espíritus despierte un presentimiento vago, un anhelo por el día de su venida, es probable también que muchos de los que anhelan pasen por él sin sospechar, no queriendo conocerlo, porque el aguardar a ellos les hizo creer en otra realización. El ser humano, pues, solamente muy difícilmente puede familiarizarse con la idea de que el divinal, en la Tierra, no puede ser diferente, exteriormente, de las propias criaturas humanas, en obediencia a la ley de Dios. Él absolutamente quiere ver el divinal solamente de modo sobrenatural y, sin embargo, lamentablemente, ya se maniató de tal modo que ni siquiera sería capaz de divisar aún *acertadamente* lo que es sobrenatural, mucho menos aún de soportarlo. ¡Eso, además, tampoco ni es necesario!

La persona que busca la voluntad de su Dios en las leyes naturales de toda la Creación, en la brevedad también la reconocerá ahí, sabiendo por fin que el divinal solamente le puede venir por los caminos de esas leyes inmutables, no de otro modo. En consecuencia de eso, se tornará vigilante, examinando cuidadosamente todo lo que ahí se le deparar, sino solamente con vistas a las leyes *divinas* y no según la opinión de las criaturas humanas. Así, pues, también reconocerá en la hora cierta aquél que a ella le traerá la libertad en la Palabra. A través de propia análisis de aquello que ha sido traído, y no por el vociferar de las masas.

¡Todo aquél que reflexiona ya hay que haber llegado sólo a la conclusión de que el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre no pueden ser uno sólo! La diferencia está expresa nítidamente en las propias palabras.

La pura divinidad del Hijo de Dios traía en sí, durante su misión y encarnación, conforme es natural, exactamente a causa del puro divinal, también la *condición de la reunificación* con la divinidad. Tampoco es posible diferentemente, por la naturaleza de la cosa. Eso confirma también las alusiones del propio Hijo de Dios por sobre su “reunificación con el Padre”, la expresión de su “regreso al Padre”. Por eso la misión del Hijo de Dios, como mediador entre la divinidad y la Creación, hubo que tener una *duración limitada*. El Hijo de Dios que, como puro divinal, debido a la fuerza de atracción de la igual especie más fuerte, tenía que ser recogido incondicionalmente hacia el origen divinal, siendo obligado también a permanecer ahí, luego de haber dejado todo lo que era extra-divinal en él adherido, no podía, por lo tanto,

seguir a ser el mediador *eterno* entre la divinidad y la Creación con la humanidad. Así, con el regreso del Hijo de Dios hacia el Padre, hubiera abierto un nuevo abismo, y el mediador entre la pura divinidad y la Creación haría falta nuevamente. El propio Hijo de Dios anunció entonces a la humanidad la venida del Hijo del Hombre, que permanecerá entonces como *eterno* mediador entre el divinal y la Creación. Reside en eso el grandioso amor del Criador por Su Creación.

La diferencia entre el Hijo del Hombre y el Hijo de Dios consiste en el hecho de que el Hijo del Hombre se originó, sí, desde el puro divinal, pero al mismo tiempo fue conectado al espiritual consciente, de manera a estar como que con un pie en el divinal y, simultáneamente, con el otro en lo más elevado espiritual consciente. Él es una parte de *cada*, y forma así el puente eterno entre el divinal y el ápice de la Creación. Esa ligazón, sin embargo, resulta en la ley de haber que permanecer separado del puro divinal, permitiendo, sin embargo, el ingreso en el divinal, lo condicionando incluso.

El aditivo espiritual al divino solamente evita una reunificación, que del contrario sería inevitable. Que eso constituya un nuevo sacrificio de amor del Criador y el cumplimiento de una promesa de tamaña grandeza, como solamente Dios puede ofrecer y realizar, la humanidad jamás comprenderá. *Esa* es la diferencia entre el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre. Eso también justifica la denominación Hijo del Hombre; pues en él ocurrió un nacimiento doble, una vez como Hijo del divino, y por otra parte como Hijo del espiritual consciente, de cuyas extremidades inconscientes se origina el germen del espíritu humano.

La misión del Hijo del Hombre es la continuación y la complementación de la misión del Hijo de Dios, porque la misión del Hijo de Dios solamente podía ser transitoria. Ella es, por lo tanto, con la continuación en la complementación, concomitantemente, una *consolidación* de la misma.

En cuanto el Hijo de Dios nació directamente para su misión terrena, la trayectoria del Hijo del Hombre, antes de su misión, hubo que pasar por un círculo mucho mayor, antes de poder iniciar su verdadera misión. Como condición para poder cumplir su misión también más terrena, en relación a la del Hijo de Dios, él tuvo que, venido desde las alturas máximas, también recorrer las profundidades más bajas. No solamente en el más Allá, sino también terrenalmente, a fin de poder “vivenciar” en sí mismo todo el dolor y todo el sufrimiento de los seres humanos. Solamente de esa manera se encuentra en condiciones para, cuando llegue su hora, interferir en las faltas de modo eficiente y, auxiliando, traer alteración. Por ese motivo no pudo quedar al margen del vivenciar de la humanidad, pero sí tuvo que estar en el medio de eso todo a través de la propia vivencia, incluso de las cosas amargas, y también sufrir con eso. Nuevamente, solamente a causa de las criaturas humanas, ese su tiempo de aprendizaje tuvo que ocurrir de ese modo. Pero precisamente eso buscarán censurar en él, por, en su estrechez, quedar incomprensible una tal conducción superior al espíritu humano, y por solamente ser capaz de formar un juicio según las apariencias externas, a fin de también a él dificultar la misión, igual como a Cristo en su época. Exactamente aquello que tuvo que sufrir a causa de las criaturas humanas, a fin de reconocer los puntos más débiles de los errores, aquello que, por lo tanto, sufrió o a través de vivencia aprendió a conocer a favor del futuro bien-estar de las criaturas humanas, querrán utilizar como piedra, a fin de alcanzarlo con eso en un odio creciente, provocadas a eso por las tinieblas trémulas del miedo de la destrucción.

¡Que algo tan increíble pueda suceder otra vez, a pesar de las experiencias con el pasaje del Hijo de Dios por la Tierra, no es inexplicable, porque en la realidad más de la mitad de los seres humanos, que hoy se encuentran en la Tierra, de modo alguno pertenezcan a ella, pero deberían madurar en regiones mucho más bajas y más oscuras! Solamente debido al continuo retroceso anímico, con el aumento de los esclavos de su propio instrumento, del intelecto limitado, fue colocada la base para tanto. El intelecto limitado, como absoluto soberano, por

ser puramente terreno, solamente favorecerá siempre solamente todo aquello que es material y luego cultivará también los subsecuentes malos efectos colaterales. El consecuente declive de la comprensión más elevada formó una apertura y extendió la mano hacia abajo, por la cual pudieron subir almas hacia la encarnación, las cuales, de otro modo, con su peso espiritual debido a la oscuridad más densa, jamás podrían haber subido hacia la superficie de la Tierra. Sobre todo son también las intuiciones puramente animales en las generaciones, así como otras tendencias por los placeres terrenos, que en la época desmoralizada ya desde siglos han contribuyendo para que almas inferiores puedan subir. Éstas rondan entonces permanentemente las futuras madres y, cuando se ofrece una oportunidad, llegan a la encarnación, porque todo lo que es luminoso hasta ahora ha recogido voluntariamente ante las tinieblas, a fin de no ser maculado.

Así, poco a poco, pudo ocurrir que el ambiente de materia fina de la Tierra se convirtiese cada vez más denso y más oscuro y, con eso, también más pesado, de tal peso, que incluso llega a mantener la propia Tierra de materia gruesa alijada de una órbita que sería más accesible a influencias espirituales más elevadas. Y como la mayoría de todos los encarnados pertenece de hecho a regiones que se hallan situadas mucho más abajo de lo que la propia Tierra, habrá, por lo tanto, también en eso, solamente justicia divina, si tales almas son barridas, para regresar hacia el lugar a lo cual en la verdad pertenezcan, donde, junto a su absoluta igual especie, no más dispongan de oportunidad para que se sobrecarguen aún con nuevas culpas y, con eso, madurar más fácilmente en el sufrimiento en su esfera, rumbo hacia una modificación ascendente.

No es la voluntad humana que podrá un día elegir el Hijo del Hombre enviado por Dios, sino la fuerza de Dios lo eruirá en la hora en que la humanidad desamparada implorar llorando por redención. Entonces, se callarán las injurias, porque el pavor sellará tales bocas, y de buen agrado serán aceptas todas las dadas que el Criador ofrecer a las criaturas a través de él. Pero quién no quiera recibirlas será banido por toda la eternidad.

61. Errores

Buscando, muchos seres humanos yerguen la mirada hacia la Luz y hacia la Verdad. Su deseo es grande, sin embargo, les hace falta muchas veces la voluntad seria! Más de la mitad de todos los que buscan no son verdaderos. Traen su propia opinión, ya formada. Si hubieren que modificar solamente una fracción de ella, entonces prefieren mucho más rechazar todo cuanto les sea nuevo, aunque ahí se encuentre la Verdad.

Millares de personas tienen que ahondar por haber impedido la libertad de movimiento en el enredamiento de convicción errónea, libertad esa de que necesitan para la salvación ante el impulso hacia arriba.

Existe siempre una parte de ellas, que piensa ya haber comprendido todo lo que es cierto. No cogitan, después de lo que leyeron y oyeron, hacer también un examen severo *en relación a sí mismas*.

¡Naturalmente, *no* hablo para esas personas!

Tampoco no hablo a iglesias y partidos, ni a ordenes, sectas y sociedades, pero exclusivamente y con toda la sencillez al propio *ser humano*. Lejos de mí, querer tumbar algo existente; pues yo construyo, complemento cuestiones hasta ahora insolubles, que cada uno debe traer dentro de sí, bastando que reflexione un poco.

Solamente una condición básica es indispensable para cada oyente: la búsqueda sincera de la Verdad. Debe examinar *las palabras* dentro de sí y dejar que se tornen vivas, pero no poner atención en la persona del orador. Al contrario no habrá provecho. Para todos aquellos que *no* anhelan a eso, cualquier sacrificio de tiempo es de antemano inútil.

¡Es increíble con qué ingenuidad la gran mayoría de todos los seres humanos quiere persistir rígidamente en ignorar de donde ellos vienen, quiénes son y para dónde van!

El nacimiento y la muerte, los polos inseparables de toda la existencia en la Tierra, no debían constituir ningún misterio para las criaturas humanas.

Reside divergencia en las concepciones que buscan aclarar el núcleo esencial del ser humano. ¡Eso es la consecuencia de la presunción malsana de los habitantes de la Tierra, que se vanaglorian atrevidamente de que su núcleo esencial sea *divino*!

¡Observad los seres humanos! ¿Acaso podéis encontrar en ellos algo de divino? Tal aserción desatinada debía ser considerada como blasfemia, pues significa una degradación de la divinidad.

¡La criatura humano no trae en sí siquiera uno granosito de polvo del divino!

Esa concepción es meramente una presunción malsana que tiene como origen solamente la conciencia de una incapacidad de comprensión. ¿Dónde está la criatura humana que puede decir sinceramente que tal creencia también se le ha tornado convicción? Aquél que haga un examen de conciencia con seriedad habrá que negar eso. ¡Siente perfectamente que es solamente un anhelo, un deseo de traer en sí algo de divino, pero no una certeza! Se habla acertadamente de una chispa de Dios, que la criatura humana lleva en sí. ¡Esa *chispa* de Dios, sin embargo, es *espíritu*! No es una parte de la divinidad.

La expresión chispa es una designación muy acertada. Una chispa se desenvuelve y se despliega, sin llevar o portar en sí algo de la constitución del generador. Lo mismo se da en este caso. Una *chispa* de Dios, por sí, no es divina.

¡Donde tales errores ya pueden ser encontrados con relación al *origen* de una existencia, ahí *hay* que advenir un fallar en todo el desenvolvimiento! Si yo haya construido sobre cimientos falsos, un día el edificio entero habrá que venir a oscilar y a colapsar.

¡El origen constituye, pues, *apoyo* para toda existencia y todo desenvolvimiento de cada uno! Quién ahora, como de costumbre, busca ir mucho más allá del origen, extiende las manos para cosas a él inalcanzables y así, en acontecimiento totalmente natural, pierde todo el apoyo.

Si yo, por ejemplo, me agarro a una rama de un árbol que tiene igual especie, debido a su constitución material con mi cuerpo terreno, gano con esa rama un punto de apoyo y yo puedo, entonces, impulsarme hacia arriba.

Si yo, sin embargo, extendiendo las manos hacia más allá de la rama, no puedo encontrar ningún punto de apoyo en la diferente constitución del aire y... ¡por consecuencia, tampoco puedo subir! Eso es claro.

Lo mismo se pasa con la constitución *interior* del ser humano, que nombramos de alma, y su núcleo, de espíritu.

Si ese espíritu quiera tener el necesario apoyo de su origen, de que necesita, no deberá lógicamente buscarlo en el divino. Eso entonces se torna antinatural; ¡pues el divino se encuentra muchísimo más alto, es de constitución muy diversa!

Y sin embargo, en su presunción, él busca ligazón con tal punto, lo cual jamás conseguirá alcanzar, e interrumpe con eso los acontecimientos naturales. Como una *presa*, impidiendo, su deseo errado se interpone entre él y su necesaria afluencia de fuerza, proveniente del origen. Él propio se separa de eso.

¡Por lo tanto, afuera con tales errores! ¡Solamente entonces puede el espíritu humano desenvolver su fuerza plena, que hoy aún desdeña descuidadamente, llegando entonces a ser lo que puede y debe ser, *señor en la Creación*! Pero, muy comprendido, solamente en la Creación, no *arriba* de ella.

Solamente el *divino* se encuentra por sobre toda la Creación. —

¡El propio Dios, el origen de todo ser y de la vida, es, conforme la palabra ya dice, divino! ¡El ser humano, sin embargo, como tampoco es desconocido, fue criado por *Su espíritu*!

¡El ser humano, por lo tanto, no adviene directamente de Dios, pero de *Su espíritu*! Divino y espiritual no es la misma cosa, espíritu es la *voluntad* de Dios. ¡Desde esa *voluntad*, solamente, se originó la *primera* Creación, no, sin embargo del divinal! Atengamonos, por lo tanto, a esta simple realidad, ella da la posibilidad para una mejor comprensión.

Imaginarse, para comparación, la voluntad propia. Ella es un acto y no una parte del ser humano, pues del contrario cada criatura humana habría que deshacerse con el tiempo en sus múltiples actos de voluntad. Nada acabaría restando de ella.

¡No es diferente en relación a Dios! ¡Su voluntad creó el Paraíso! Su voluntad, sin embargo, es el espíritu, que se designa por “Espíritu Santo”. El Paraíso, por su parte, fue solamente *obra* del espíritu, y no una parte de él propio. En eso se constituye una nueva gradación hacia *bajo*. El espíritu Santo criador, es decir, la voluntad viva de Dios, no ha sido absorbido por su Creación. Tampoco le ha cedido una parte de si mismo, al contrario, permaneció por entero *afuera* de la Creación. Eso la Biblia ya aclara de forma muy clara y nítida con las palabras: ¡“El *espíritu* de Dios pairaba por *sobre* las aguas”, no el propio Dios en persona! Esto, finalmente, es diferente. Por consiguiente, el ser humano tampoco contiene dentro de sí nada del propio espíritu Santo, pero sí solamente del *espíritu*, que es una obra del espíritu Santo, un acto.

¡En vez de ocuparse ahora con este hecho, ya aquí quiere formarse con toda la fuerza una laguna! ¡Basta que penséis vosotros en la noción conocida a propósito de la *primera* Creación, el Paraíso! Hubiera haber sido imprescindible aquí en la Tierra. El insignificante

intelecto humano ha tirado con eso hacia dentro de su círculo limitado, restringido a espacio y tiempo, los acontecimientos de millones de años necesarios y se presentó como punto central y eje de todos los fenómenos universales. La consecuencia fue que él, de esta manera, perdió pronto el camino hacia el verdadero punto de partida de la vida. En el lugar de ese camino nítido, que él ya no podía más abarcar con la vista, hubo que ser encontrado un sustitutivo en sus concepciones religiosas, si él propio no quisiese designarse como el autor de todo el ser y de la vida y, así, *como Dios*. ¡La expresión “creencia” le ha dado hasta ahora ese sustitutivo! ¡Y de esa palabra “creencia” pasó a padecer desde entonces la humanidad entera! ¡Sí, además, la palabra desconocida que debía completar todo lo que se hubiera perdido, se le tornó un obstáculo que trajo el completo malogro!

Con creencia se conforma solamente cada *indolente*. Es también la creencia, en que pueden apegarse los *escarnecedores*. Y la palabra “creencia”, interpretada *erradamente*, es la barrera que, obstruyendo, se coloca hoy ante el camino hacia el progresar de la humanidad.

¡Creencia no debe ser el manto, que oculta magnánimamente la indolencia de todo el pensar, que, como una enfermedad del sueño, baja cómodamente paralizando sobre el espíritu del ser humano! En la realidad, la creencia tiene que tornarse *convicción*. ¡Convicción, sin embargo, exige vida, el más aguzado examinar!

Sin embargo, dondequiera que permanezca *una laguna, un problema no-resuelto*, ahí será imposible la convicción. Ningún ser humano puede, por lo tanto, tener una verdadera creencia, en cuanto en él haya aún alguna pregunta no aclarada.

¡Ya la expresión “creencia ciega” da a reconocer lo que hay en eso de malsano!

La creencia tiene que ser *viva*, conforme Cristo ya exigió antaño, del contrario, no tiene finalidad. ¡Vivacidad, sin embargo, significa moverse, ponderar y también analizar! No aceptación bronca de pensamientos ajenos. Creer a las ciegas, quiere decir, explícitamente, no comprender. Aquello, sin embargo, que el ser humano no comprende, tampoco le puede traer provecho espiritual, pues en la incompreensión no puede tornarse vivo dentro de él.

¡Pero, lo que él no vivencie completamente dentro de sí, nunca se le tornará algo propio! Y solamente lo que le es propio lo eleva.

Nadie puede, por último, recorrer un camino, ir adelante, si en ese camino se presenten grandes fisuras. El ser humano tiene que detenerse espiritualmente Allá, donde no pueda proseguir concientemente. Tal hecho es indiscutible y por eso mismo fácil de ser comprendido. ¡Quién, por lo tanto, quiera progresar espiritualmente, que despierte!

¡En el sueño nunca podrá tomar el camino rumbo a la Luz de la Verdad! Tampoco con una venda o un velo delante los ojos.

El Criador quiere tener Sus criaturas humanas de ojos abiertos en la Creación. ¡Estar viendo, sin embargo, significa sabiendo! Y al saber no se encaja ninguna creencia ciega. ¡En una tal creencia sólo hay indolencia y pereza de pensar, ninguna grandeza!

¡La prerrogativa de la facultad de pensar conduce el ser humano también al deber de *analizar*!

Visando hurtarse a todo eso, por comodidad, se disminuyó simplemente el gran Criador de tal modo, que a Él se Le atribuye actos arbitrarios como prueba de omnipotencia.

Quien quiera pensar solamente un poco tiene que encontrar en eso otra vez un gran error. Un acto arbitrario implica la posibilidad de la alteración de leyes vigentes de la naturaleza. Donde, sin embargo, sea posible tal cosa, ahí falta perfección. Pues donde hay perfección, no puede haber alteración. Así, erróneamente, la omnipotencia de Dios está siendo presentada por una gran parte de la humanidad de tal manera, que para aquellos que piensan más

profundamente hubiera que valer como una prueba de imperfección. Y en eso reside la raíz de muchos males.

¡Dad vosotros a Dios el honor de la perfección! En eso encontraréis, entonces, la llave para los problemas no-resueltos de toda la existencia. —

Llevar hasta allá los sinceros investigadores hay que ser mi empeño. Un nuevo aliento debe perpasar los círculos de todos los que buscan la Verdad. Por último, terminarán reconociendo con júbilo que en todos los acontecimientos universales no hay ningún secreto, ninguna laguna. Y entonces... ven ante si, claramente, el camino hacia la escalada. Necesitan solamente seguir por él. —

¡El misticismo *(Doctrina oculta) no tiene ninguna justificativa en toda la Creación! En ella no hay lugar para él; pues todo debe presentarse claro y sin lagunas delante el espíritu humano, hasta su origen. Y este campo abarca toda la Creación. Solamente aquello que entonces esté *arriba* de esta Creación, únicamente el divinal, deberá permanecer para cada espíritu humano lo más sacrosanto misterio, por encontrarse *arriba* de su origen, lo cual se encuentra en la *Creación*. Por eso, lo que es divino, nunca será comprendido por él. Ni siquiera con la mejor buena voluntad y el mayor saber. En esa imposibilidad de comprender todo lo que es divino, reside para el ser humano, sin embargo, el acontecimiento *más natural* que se pueda pensar; pues, como se sabe, nada consigue ultrapasar la composición de su propio origen. ¡Ni siquiera el espíritu de la criatura humana! En la composición diferente reside siempre un límite. Y el divino es de constitución totalmente diversa del espiritual, de lo cual emana el ser humano.

El animal, por ejemplo, aunque en el más pleno desenvolvimiento anímico, jamás podrá tornarse criatura humana. De su entealidad, en hipótesis alguna, podrá florecer el espiritual, que genera el espíritu humano. En la composición de todo cuanto es enteal, falta la especie básica espiritual. Por su parte, sin embargo, el ser humano, que emanó de la parte espiritual de la Creación, tampoco jamás podrá tornarse divino, porque el espiritual nada tiene de la especie del divino. El espíritu humano puede, sí, desenvolverse hasta la perfección, en lo más alto grado, pero a pesar de eso tendrá que permanecer siempre *espiritual*. No puede alcanzar el divino, por sobre él. La constitución diferente forma también aquí, naturalmente, el límite jamás transponible hacia arriba. La materialidad no desempeña aquí ningún papel, por no tener vida propia y servir solamente de envoltorio, impulsado y moldado por el espiritual y por en enteal.

El enorme dominio del espíritu se extiende por toda la Creación. ¡El ser humano puede, debe y tiene, por consiguiente, que comprenderla y reconocerla plenamente! Y a través de su saber en ella dominará. ¡Sin embargo, dominar, incluso el dominar más severo, significa, reconocido correctamente, solamente servir! —

¡En ninguna parte de toda la Creación, hasta en lo más elevado espiritual, nada se desvía de los acontecimientos naturales! Esa condición, por si sólo, ya torna todo más familiar para cualquier persona. El miedo malsano y velado, el querer esconderse ante tantas cosas aún desconocidas hasta el momento, colapsará ahí por si mismo. Con la *naturalidad* pasa una corriente de aire fresco por el pesado ambiente sombrío de fantasías mentales, de aquellos que a ellos les gustan de ponerse en evidencia. Sus configuraciones fantásticas y malsanas, que atemorizan los débiles y provocan el sarcasmo de los fuertes, se vuelven ridículas y pueriles ante la mirada cada vez más nítida, que por fin abarca de modo refrescante y jubiloso la admirable naturalidad de todos los acontecimientos, que siempre se procesan solamente en líneas rectas y sencillas, que son claramente reconocibles.

Uniformemente se va procesando todo, en la más severa orden y regularidad. ¡Y esto facilita, a cada uno que busca, la visión amplia y libre, hasta el punto de su verdadero origen!

Para eso, él no necesitará emprender investigaciones laboriosas y ninguna fantasía. Lo principal es conservarse apartado de todos aquellos que, en la confusa manía de secretos, quieren hacer aparentar más los escasos conocimientos parciales.

Todo se presenta *tan* sencillo ante los seres humanos, que éstos, muchas veces, no llegan al reconocimiento sólo a causa de esa sencillez, porque suponen de antemano que la obra grandiosa de la Creación debía ser mucho más difícil y complicada.

En eso es que tropiezan millares con la mejor buena voluntad, levantan la mirada hacia arriba, buscando, y no presienten que basta que miren simplemente *a su frente* y al rededor, sin esfuerzo. ¡Verán así que, debido a su existencia terrena, ya se encuentran en el verdadero camino, necesitando solamente que caminen con calma hacia adelante! ¡Sin prisa y sin esfuerzo, pero con los ojos *abiertos* y los sentidos libres y sin enredos! El ser humano necesita finalmente aprender que la verdadera grandeza sólo se encuentra en los acontecimientos más sencillos y naturales. Que la grandeza condiciona esa sencillez.

¡Así es en la Creación, así es en él propio, que pertenece a la Creación como una parte!

¡Únicamente el pensar y el intuir *sencillo* pueden darle claridad! ¡Y tan simple como los niños aún los poseen! ¡Una reflexión calma lo hará reconocer que, en la facultad de comprensión, la simplicidad corresponde a la claridad y también a la naturalidad! Ni se puede imaginar una sin las otras. ¡Es un tritono, expresando *uno sólo* concepto! Todo aquél que lo tome como piedra fundamental de sus búsquedas, romperá rápidamente la confusión nebulosa. Todo cuanto es articulado artificialmente tiene que deshacerse en nada.

¡El ser humano reconoce que en parte alguna los fenómenos naturales pueden ser excluidos y que en ninguna parte se hallan interrumpidos! ¡Y en eso se revela también la grandiosidad de *Dios*! ¡La inmutable vitalidad de la voluntad criadora autónoma! ¡Pues las leyes de la naturaleza son las leyes férreas de Dios, permanentemente visibles a los ojos de todos los seres humanos, les hablando con insistencia, dando testigo de la grandiosidad del Criador, de una regularidad inmutable, sin excepción! ¡Sin excepción! Pues la semilla de avena sólo puede producir avena, la del trigo, igualmente, solamente trigo, y así por delante.

Así es también en aquella primera Creación que, como la propia obra del Criador, se encuentra más próxima de Su perfección. En ella las leyes básicas se encuentran ancladas de tal manera que, impulsadas por la vitalidad de la voluntad, tuvieron que resultar, por procesos naturalísimos, la formación de la Creación siguiente, por fin hasta abajo, hasta estos cuerpos siderales. Solamente se tornando más gruesos, a medida que la Creación, en la evolución, se distancia de la perfección del origen. —

Vamos, primeramente, contemplar una vez la Creación.

Imaginad que toda la vida en ella consiste solamente de dos especies, poco importando en qué parte ella se encuentra. Una especie es el conciente y la otra, el inconciente. ¡Es de máximo valor prestar atención a estas dos diferencias! Esto está relacionado al “origen del ser humano”. Las diferencias dan también el estímulo para el desenvolvimiento, para la lucha aparente. El inconciente constituye el cimiento de todo el conciente, sin embargo, en la composición, es de especie totalmente idéntica. Tornarse conciente es progreso y desenvolvimiento para el inconciente. Lo cual, debido a coexistencia con el conciente, recibe continuamente el estímulo, para tornarse igualmente conciente.

La primera Creación trajo, al desenvolverse gradualmente hacia abajo, tres grandes divisiones fundamentales: como el supremo y el más elevado, el *espiritual*, la Creación primordial, al cual se ata el enteal, que se torna más denso y por eso también más pesado. ¡Finalmente aún viene, como lo más bajo, el grande reino de la materialidad que, por su mayor densidad, es lo más pesado, y que, se apartando de la Creación primordial, ha bajado poco a poco! Por ese motivo, ha quedado como el supremo, solamente el puro espiritual, por

corporificar, en su especie pura, lo que hay de más ligero y más luminoso. Es lo tan citado Paraíso, la corona de la Creación entera.

Con el bajar de lo que se ha tornado gradualmente más espeso, tocamos ya en la ley de la gravedad, que no está anclada solamente en la materialidad, pero tiene efecto también en toda la Creación, comenzando en el así nombrado Paraíso hasta abajo, hasta nosotros.

La ley de la gravedad es de una importancia tan relevante, que cada persona debía fijarla sobremanera en la mente; pues es la palanca principal en toda la evolución y todo el proceso de desenvolvimiento del espíritu humano.

Ya mencioné que esa gravedad se relaciona no solamente a las condiciones terrenas, como también actúa uniformemente en aquellas partes de la Creación, en que los seres humanos terrenos no más pueden ver y que, por eso, nombran simplemente de más Allá.

Para mejor comprensión, debo dividir aún la *materialidad* en dos secciones. En *materia fina* y en *materia gruesa*. Materia fina es aquella materialidad que no se torna visible a los ojos terrenos, debido a su especie diferente. Y, sin embargo, aún es materialidad.

No se debe confundir el así nombrado “más Allá” con el anhelado Paraíso, que es sólo puro espiritual. Espiritual no debe acaso ser comprendido como “mental”, pero el espiritual es una *constitución*, como también lo es la entealidad y la materialidad. Se da, pues, así simplemente el nombre de más Allá a esa materia fina, por hallarse más allá de la capacidad visual terrena. Ya la materia gruesa es el Aquí, todo cuanto es terreno, que a nuestros ojos de materia gruesa se torna visible debido a igual especie.

El ser humano debía perder la costumbre de considerar las cosas invisibles a él como siendo también incomprensibles y antinaturales. *Todo* es natural, incluso el así nombrado más Allá y el Paraíso, que de él aún se encuentra mucho distante.

Así como aquí nuestro cuerpo de materia gruesa es sensible al ambiente de *igual* especie, que por eso él puede ver, oír y sentir, lo mismo se pasa en las partes de la Creación, cuyas constituciones no son semejantes a las nuestras. La criatura humana de materia fina en el así nombrado más Allá siente, oye y ve solamente su ambiente de igual especie de *materia fina*, y la criatura humana espiritual, más elevada, sólo puede, por su parte, sentir su ambiente *espiritual*.

Así ocurre, pues, que algunos habitantes de la Tierra aquí y allá ya pueden, con su cuerpo de materia fina, que traen en sí, ver y oír la materia fina, incluso antes que se de la separación del cuerpo terreno de materia gruesa por ocasión del fallecimiento. En eso no se trata absolutamente de algo antinatural.

Al lado de la ley de la gravedad se encuentra, cooperando, aún la no menos valiosa ley de la igual especie.

Ya hice referencia a ella de paso, al decir que una especie sólo puede reconocer siempre otra igual. Los dichos: “los iguales se atraen” y “los que se parecen no se dejan”, parecen extraídos de la ley primordial. Vibra a través de toda la Creación, al lado de la ley de la gravedad.

Una tercera ley primordial se encuentra al lado de estas dos, ya mencionadas, en la Creación: la ley de la reciprocidad. Actúa de tal manera, que el ser humano tiene que cosechar lo que antaño sembró, infaliblemente. No puede cosechar trigo, donde siembre centeno, tampoco trébol, si disemina cardos. Lo mismo se da en el mundo de materia fina. ¡No podrá cosechar bondad si ha intuido odio, tampoco alegría donde ha alimentado envidia dentro de sí!

¡Estas tres leyes básicas constituyen marcos de la voluntad divina! ¡Son ellas únicamente que, de forma natural, proporcionan recompensa o castigo a un espíritu humano, con

inexorable justicia! De tal modo incorruptible, en las más maravillosas, finísimas gradaciones, que en los acontecimientos gigantescos del Universo el pensamiento de una mínima injusticia se torna imposible.

El efecto de esas leyes sencillas lleva cada ser humano exactamente al lugar a que pertenece por su disposición íntima. ¡Un error ahí es imposible, porque la efectuación de esas leyes sólo puede ser puesta en movimiento por el estado *más íntimo* del ser humano, pero, en todo el caso, también infaliblemente será movida! ¡La efectuación condiciona, por lo tanto, como palanca para la actuación, la fuerza puro-espiritual de sus *intuiciones* que se encuentran *en las* criaturas humanas! Todo lo demás permanece para eso sin efecto. Por ese motivo, únicamente determinante es solamente la *voluntad* verdadera, la *intuición* del ser humano, la cual se desenvuelve para él en el mundo a él invisible, donde deberá ingresar después de su muerte terrena.

Ahí de nada sirve simulación, tampoco auto-engaño. ¡Tendrá entonces que cosechar impreteriblemente aquello haya sembrado con su *voluntad*! Incluso exactamente de acuerdo con la mayor o menor intensidad de su querer, ella coloca en movimiento, también más o menos, las corrientes de igual especie de los otros mundos, no importando si de odio, envidia, o amor. ¡Un fenómeno enteramente natural, en la mayor sencillez y, sin embargo, de efecto férreo, de la más absoluta justicia!

Quién busque seriamente profundizar el pensamiento en esos fenómenos del más Allá reconocerá cuán inexorable justicia reside en ese efecto natural, ve ya en eso la incomprendible grandiosidad de Dios. Él no necesita interferir, después que coloco Su voluntad como leyes, por lo tanto, perfectas, en la Creación.

Quién, en su escalada, alcance de nuevo el reino del espíritu, éste estará purificado; pues tuvo antes que pasar por las muelas automáticas de la voluntad de Dios. No hay otro camino que lleve a la proximidad de Dios. Y *cómo* esas muelas actúan en el espíritu humano, depende de su vida interior anterior, de su propia *voluntad*. Pueden elevarlo benéficamente hacia alturas luminosas o también lanzarlo dolorosamente hacia bajo, para la noche del horror, sí, hasta mismo arrastrarlo hasta la aniquilación total. —

Imagine que, por ocasión del nacimiento terreno, el espíritu humano, que se tornó madurado para la encarnación, ya trae un envoltorio de materia fina o cuerpo, de que ya necesitará en su paso por la materia fina. Queda con él también durante la permanencia en la Tierra, como aro con el cuerpo terreno. La ley de la gravedad ejerce entonces su actuación principal siempre en la parte más densa y más gruesa. En la vida terrena, por lo tanto, en el cuerpo físico. Sin embargo, quedando éste hacia tras al fallecer, entonces el cuerpo de materia fina quedará libre otra vez y está sujeto en ese momento sin protección a esa ley de la gravedad, desde ahí hacia delante como la parte más gruesa.

Cuando se dice que el espíritu da forma a su cuerpo, eso es verdad en relación al cuerpo de materia fina. La constitución interior del ser humano, sus deseos y su verdadero querer Forman la base para eso. El querer encierra la fuerza para moldear la materia fina. Debido al anhelo por las cosas inferiores, o solamente por los placeres terrenos, el cuerpo de materia fina se torna espeso y, por consiguiente, pesado y oscuro, porque la satisfacción de esos deseos se encuentra en la materia gruesa. La criatura humana se ata, ella propia, con eso, al que es grueso, al terreno. Sus deseos arrastran consigo el cuerpo de materia fina, es decir, éste se va tornando tan denso, que se acerca lo más posible de la constitución terrena, donde se encuentra exclusivamente la perspectiva de poder tomar parte en los placeres o en las pasiones terrenas, apenas cuando el cuerpo terreno de materia gruesa haya quedado hacia tras. Quién se empeña en ese sentido tiene que ahondarse, debido a la ley de la gravedad.

Diferente, sin embargo, se da con las personas, cuyo interior se encuentre vuelto principalmente hacia las cosas más elevadas y más nobles. ¡Aquí la voluntad teje naturalmente el cuerpo de materia fina de manera más ligera y, con eso, también más luminosa, para que pueda acercarse de todo aquello que constituye la finalidad del querer sincero de esas personas! Por lo tanto, de la pureza de las alturas luminosas.

Empleando otras palabras: el cuerpo de materia fina en el ser humano terreno, debido al respectivo albo del espíritu humano, será concomitantemente equipado de tal manera que, después de la muerte del cuerpo terreno, pueda ir hacia el encuentro de ese albo, sea él lo que sea. Aquí realmente el espíritu moldea el cuerpo; pues su voluntad, siendo espiritual, también lleva en sí la fuerza para utilizarse de la materia fina. Jamás podrá esquivarse de ese fenómeno natural. Ocurre con cada voluntad, no importa si le es agradable o desagradable. Y tales formas le permanecen adheridas, en cuanto las alimenta con su voluntad e intuición. Lo benefician o lo retienen, conforme la especie, que está sujeta a la ley de la gravedad. Sin embargo, si él cambie su querer y su intuir, surgen con eso de inmediato nuevas formas, mientras las de hasta entonces, a causa del cambio de la voluntad, ya no recibiendo más nutrición, tienen que debilitar y desintegran. Con eso el ser humano modifica también su destino.

Apenas cuando se deshace el anclaje en la Tierra por la muerte del cuerpo terreno, el cuerpo de materia fina, así suelto, ahondará o flotará como corteza en la materia fina que es nombrada de más Allá. Será retenido por la ley de la gravedad exactamente en aquél lugar, que posee la misma gravedad que él; pues ya entonces no podrá proseguir, ni hacia arriba tampoco hacia abajo. Ahí encontrará, naturalmente, toda la igual especie o todos de la misma índole; pues igual especie condiciona la misma gravedad y, lógicamente, la misma gravedad condiciona la especie igual. Por lo tanto, conforme él propio fue, tendrá que sufrir o podrá alegrarse con los de índole igual, hasta modificarse de nuevo interiormente y, con él, su cuerpo de materia fina que, por la acción del peso modificado, tiene que conducirlo más hacia arriba o hacia abajo.

En siendo así, el ser humano ni podrá lastimarse, tampoco necesitará agradecer; pues si venga a ser elevado en dirección hacia la Luz, debe eso a su propia constitución, que resulta el erguimiento obligatorio, y se venga a caer en las tinieblas, ha sido nuevamente su estado que lo ha forzado a eso.

Sin embargo, cada ser humano tiene motivo para glorificar el Criador a causa de la perfección que reside en los efectos de esas tres leyes. ¡Con eso, el espíritu humano se torna incondicionalmente señor absoluto de su propio destino! Ya que su real voluntad, es decir, su verdadero estado interior, tiene que elevarlo o hundirlo.

Si buscáis formar una noción acertada del efecto, aisladamente y entrelazándose, constataréis que en eso se encuentran, medidas con absoluta precisión, recompensa y castigo, gracia o también condenación para cada uno, de acuerdo con él mismo. Es el acontecimiento más sencillo, y muestra la cuerda de salvación resultado de la seria voluntad de una persona, que nunca puede reventar ni fallar. ¡Es la grandeza de una tal sencillez que obliga quien la reconoce a postrarse vehementemente de rodillas ante la inconmensurable sublimidad del Criador!

En todos los acontecimientos y en todas mis explicaciones, deparamos repetidamente, siempre de forma clara y nítida, con el efecto de esas leyes sencillas, cuyo maravilloso entrelazamiento aún debo describir más particularmente.

Apenas cuando el ser humano conozca ese entrelazamiento, quedará de pose de la escalera hacia el reino luminoso del espíritu, hacia el Paraíso. ¡Pero, entonces, distinguirá también el camino que baja hacia las tinieblas!

No necesitará ni siquiera desplazarse, pues será elevado por las engranajes automáticas hacia las alturas, o arrastrado hacia las profundidades, conforme él ajuste el engranaje para sí ante su vida *interior*.

Dependerá siempre de *su* decisión, por cual camino quiere dejarse llevar.

El ser humano no debe dejarse desorientar en eso por los mofadores.

Dudas y mofas, considerando bien, no son otra cosa sino deseos explícitos. Todo escéptico exprime, de modo enteramente inconciente, aquello que desea, exteriorizando así su íntimo a la mirada *escrutadora*. Pues hasta mismo en la negación, en la defensa, yacen fácilmente reconocibles deseos profundamente escondidos. Qué negligencia y qué pobreza a veces se manifiestan ahí, es triste o también revoltoso, porque justamente a través de eso un ser humano se rebaja en su íntimo, no raro más de lo que cualquier animal bronco. Se debería tener compasión de esa gente, sin, sin embargo, ser indulgente; pues indulgencia significaría cultivar la pereza para una analices seria. Quien busca seriamente debe tornarse económico con la indulgencia, o terminará perjudicando a sí mismo, sin con eso ayudar a un tercero.

¡Jubilando, sin embargo, con el creciente reconocimiento, se encontrará ante el milagro de una tal Creación, para dejarse elevar concientemente hasta las alturas luminosas, las cuales puede llamar de patria!

62. La fuerza sexual en su significación hacia la ascensión espiritual

Yo llamo una vez más la atención para el hecho de que toda la *vida* en la Creación consiste de dos especies. Del conciente y del inconciente. El conciente es el progreso de todo el inconciente. Solamente al tornarse conciente, uno moldea también el imagen del Criador, que comprendemos como la forma humana. El molde se procesa uniforme y concomitantemente con la concientización.

En la *primera* Creación verdadera, entonces, que, por estar más próxima del Espíritu criador, también sólo puede ser espiritual, se encuentra al lado del ser humano espiritual conciente, criado por primero, también el espiritual todavía *inconciente*. En ese inconciente, con las mismas propiedades del conciente, reside naturalmente el impulso para el desenvolvimiento continuo. Éste sólo se puede dar, sin embargo, con el aumento progresivo de la concientización.

Cuando, por lo tanto, en ese espíritu inconciente el impulso para la concientización haya aumentado hasta cierto grado, se da, en el desenvolvimiento más natural, un fenómeno que corresponde a un nacimiento terreno. Necesitamos solamente prestar atención al nuestro ambiente. Aquí, el cuerpo de materia gruesa expele naturalmente cada fruto madurado. En el animal y en la criatura humana. También cada árbol expele sus frutos. El fenómeno es la repetición de un desenvolvimiento continuo, cuyo fundamento se encuentra en la *primera* Creación, en el así denominado Paraíso.

De igual modo sucede también *allá*, en una determinada madurez del inconciente que anhela por la concientización, una repulsión, una separación del inconciente o también denominada expulsión. *¡Esas partículas espirituales inconcientes, así expelidas, forman entonces los gérmenes espirituales de futuros seres humanos!*

Este es el acontecimiento de la expulsión del Paraíso, que también fue reproducido en imagen en la Biblia.

Ese fenómeno *tiene* que ocurrir, porque en el inconciente reside irresponsabilidad, mientras con la concientización madura concomitantemente la responsabilidad.

La separación del inconciente en maduración es, por lo tanto, necesaria para el espiritual, que por impulso natural quiere desenvolverse hacia el conciente. ¡Es un progreso, no un retroceso!

Una vez que esos gérmenes vivos no pueden ser expelidos hacia arriba, hacia la perfección, les resta entonces el único camino hacia bajo. Ahí, sin embargo, penetran en el reino del enteal de más peso, lo cual nada contiene de espiritual.

Así, el germen espiritual que anhela por la concientización se encuentra de súbito en un ambiente de especie diferente de la de él, por lo tanto, *extraño*, y con eso como si estuviese *descubierto*. Como siendo espiritual, él se siente descubierto y desnudo en la entealidad más densa. Si quiera permanecer ahí, o proseguir, se le torna una necesidad natural cubrirse con un *envoltorio* enteal, que tenga la misma especie de su ambiente. De otra manera, no consigue actuar ahí, tampoco mantenerse. Por lo tanto, no siente solamente la necesidad de tapar su desnudez en el camino hacia el reconocimiento, conforme figuradamente la Biblia describe, pero también aquí se trata de un proceso evolutivo necesario.

El germen del espíritu humano en desenvolvimiento es entonces conducido a la materialidad, por caminos naturales.

Aquí lo envuelve una vez más un envoltorio necesario, de la misma constitución de su nuevo ámbito material.

Se encuentra él ahora en el borde más extremo de la materia fina.

La Tierra, sin embargo, es *aquel* punto de materia gruesa, donde se reúne *todo* cuanto existe en la Creación. Confluye para aquí desde *todos* los sectores, los cuales de otro modo se hallan rigurosamente separados, debido a sus características específicas. Todos los hilos, todos los caminos convergen hacia la Tierra, como que hacia un punto de encuentro común. ¡Se atando aquí y también generando nuevos efectos, son lanzados hacia el Universo corrientes de energía en poderoso mar de llamas! De tal modo, como de ninguna otra parte de la materialidad.

Por sobre esta Tierra se procesa el más intenso vivenciar a través de la conglomeración de *todas* las especies de la Creación, para lo que la materialidad contribuye. Sin embargo, siempre otra vez, puede darse solamente por la conglomeración de todas las especies *de la Creación*, no de algo del divinal y nada del espíritu Santo, que para *arriba* y afuera de la Creación. —

Las últimas manifestaciones de ese vivenciar en la Tierra afluyen, pues, hacia el encuentro del germen espiritual, apenas cuando él entra en la materia fina. Es envuelto por esos efectos. Son ellos que lo atraen, lo ayudando, sin embargo, a despertar con eso su concientización, y llevarlo hacia el desenvolvimiento.

Sin ligazón todavía, por lo tanto, sin culpa, en ese umbral de toda la materialidad, él intuye las manifestaciones de las vibraciones de fuertes experiencias vivenciales, que se desenrollan en la evolución y en la descomposición de todo cuanto es material. Ahí le adviene entonces el anhelo de un *mejor* conocimiento. Pero apenas cuando forme en eso un deseo, se sintoniza voluntariamente, al formular ese deseo, con cualquier vibración, sea ella buena o mala. Y, inmediatamente, debido a la actuante ley de la fuerza de atracción de la igual especie, será atraído entonces por una especie igual, que es más fuerte de lo que la suya. Es impelido hacia un punto donde la especie anhelada es venerada de modo más vehemente de lo que era su propio deseo.

Con tal anhelo íntimo, su envoltorio de materia fina se condensa pronto de modo correspondiente a ese anhelo, y la ley de la gravedad lo deja ahondar aún más.

¡El verdadero *vivenciar*, sin embargo, del anhelo en él latente, *sólo* le ofrece por fin la Tierra de materia gruesa! — —

Se siente, por eso, impelido a proseguir hasta el nacimiento terreno, porque quiere pasar del picar también al probar y degustar. Cuanto más intensos se tornan los deseos por placeres *terrenos* del espíritu que despierta en el picar, tanto más espeso se forma también el envoltorio de materia fina que lleva consigo. Con eso adquiere también más peso y ahonda vagarosamente en dirección al plano terreno, donde únicamente se encuentra la oportunidad para la realización de los deseos. Habiendo, sin embargo, llegado hasta ese plano terreno, se tornó con eso también madurado para el nacimiento terreno.

En eso, la ley de la fuerza de atracción de la igual especie también se manifiesta *más nítidamente*. Cada uno de los espíritus inmaturos, exactamente de acuerdo con el deseo o pendiente que lleva en sí, es atraído como que magnéticamente por un punto, donde el contenido de su deseo llega a la realización a través de seres humanos terrenos. Si tenga, por ejemplo, un deseo de dominar, no nacerá acaso en un ambiente donde él propio entonces pueda vivir en la realización de su deseo, al contrario, será atraído por una persona con acentuada tendencia para dominar, que, por lo tanto, intuye del mismo modo como él, y así por delante. Expía de esa forma, en parte, también ya lo errado, o encuentra la felicidad en lo cierto. Por lo menos tiene oportunidad para tanto.

¡Debido a ese fenómeno se supone, pues, erróneamente, transmisión hereditaria de propiedades o de facultades espirituales! *¡Eso es errado!* Externamente, sin embargo, puede aparentar así. En la realidad, sin embargo, una criatura humana no puede transmitir a los hijos *nada* de su espíritu vivo.

¡No existe ninguna hereditariadad espiritual!

¡Persona alguna se encuentra en condiciones de ceder siquiera una reducidísima partícula de su espíritu vivo!

¡En ese punto se ha cultivado un error que lanza sus sombras estorbadoras y perturbadores sobre mucha cosa. Ningún hijo puede ser grato a los padres por cualquier facultad espiritual, tampoco, sin embargo, censurarlos por defectos! ¡Sería erróneo y una injusticia condenable!

¡Nunca esta maravillosa obra de la Creación es tan falla y imperfecta, a punto de permitir actos arbitrarios o casuales de hereditariadad espiritual!

Esa fuerza de atracción de todas las especies iguales, tan importante en el nacimiento, puede partir del padre, también como de la madre, así como de cada uno que este en la proximidad de la futura madre. *Por eso una futura madre debía ser cautelosa en relación aquellos que ella permite quedar en su proximidad.* Cumple ponderar ahí que la fuerza interior reside predominantemente en las *debilidades*, y no acaso en el carácter exterior. Las debilidades traen períodos importantes de vivenciar interior, que resultan en vigorosa fuerza de atracción.

La venida terrena del ser humano se compone, pues, de generación, encarnación y nacimiento. La encarnación, es decir, la entrada del alma, ocurre *en el medio del período del embarazo*. El creciente estado mutuo de maduración, tanto de la futura madre, como del alma a punto de encarnación, lleva también aún a una ligazón especial *más terrena*. Es esa una irradiación que es provocada por el mutuo estado de maduración, y por fenómeno natural se buscan recíprocamente de modo irresistible. Tal irradiación se va tornando cada vez más intensa, atando el alma y la futura madre, una a otra, cada vez más fuerte y de manera exigente, hasta que por ultimo, en determinada madurez del cuerpo en desenvolvimiento en el vientre materno, el alma es literalmente absorbido por lo mismo.

Ese momento de ingreso o de absorción causa también, naturalmente, los primeros temblores del pequeño cuerpo, lo que se manifiesta por contracciones, que son denominados de los primeros movimientos del niño. Con eso se procesa en la futura madre, muchas veces, una transformación de sus intuiciones. De modo bien-aventurado u opresor, conforme la especie del alma humana que ingresó. —

Con el pequeño cuerpo, el alma humana desenvuelta hasta tal punto veste entonces el mando de la materia gruesa, que es necesario para, en la materia gruesa terrena, poder vivenciar, oír, ver y sentir todo, de modo pleno, lo que sólo se torna posible a través de un envoltorio o de un instrumento de la misma materia, *de la misma especie*. Sólo entonces podrá pasar del picar para el degustar propiamente y, con eso, *para el discernimiento*. Es comprensible que el alma haya que aprender primero a servirse de ese nuevo cuerpo como instrumento, y a dominarlo.

Ahí resumidamente el proceso evolutivo del ser humano hasta su primer nacimiento terreno.

Pues ya desde mucho tiempo, por fenómeno natural, alma ninguna puede venir más a la Tierra para la *primera* encarnación, al contrario, los nacimientos trajeron almas que ya habían pasado, *en lo mínimo*, por una vida terrena. Por eso, ya en el nacimiento se encuentran estrechamente enlazadas por varios karmas. *La fuerza sexual propicia la posibilidad de que se liberten de eso.*

Debido al envolvimiento por el cuerpo de materia gruesa, el alma de un ser humano queda aislada, durante todos los años de la infancia, de los influjos que desde del lado de *fuera* buscan alcanzar el ama. Todas las tinieblas, todo el mal, que vivifican el plano terreno, encuentran su camino hacia el alma impedido por el cuerpo térreo de materia gruesa. Por eso, tampoco pueden obtener ninguna influencia sobre el niño, no pueden causarle daño. El mal, sin embargo, que el alma nuevamente encarnada trajo consigo del vivenciar anterior, le permanece mantenida naturalmente de idéntico modo durante la infancia.

El cuerpo constituye esa pared divisoria, en cuanto se encuentre aún incompleto e inmaduro. Es como si el alma tuviese se retirado hacia un castillo, estando el puente levadizo erguido. Así, durante esos años, hay un abismo infranqueable entre el alma infantil y la Creación de materia fina, donde viven las vibraciones de materia fina de culpa y expiación. Queda así el alma acogida en el envoltorio terreno, madurando para la responsabilidad y aguardando el momento que lleva la bajada del puente levadizo erguido, hacia la verdadera vida en la materialidad.

El Criador inculcó a través de leyes naturales el *instinto imitativo* en *cada* criatura, en lugar de un libre arbitrio allá, donde todavía ningún libre arbitrio actúa. Se lo denomina en general de “receptibilidad infantil-juvenil”. ¡El instinto de imitación debe preparar el desenvolvimiento para la vida terrena, hasta que, en los animales, él sea enriquecido y amparado por experiencias, en los seres humanos, sin embargo, elevado por el espíritu en el libre arbitrio para el actuar autoconsciente!

Hace falta, pues, al espíritu encarnado en el cuerpo del niño, un puente de irradiación que sólo podrá formarse en la época de la maduración corpórea, con la fuerza sexual. Al espíritu falta ese puente para la actuación plenamente efectiva y realmente laboriosa en la Creación, actuación que solamente puede ser efectuada por la posibilidad de irradiación sin lagunas a través de todas las especies de la Creación. Pues solamente en las irradiaciones se encuentra la vida, y solamente de ellas y a través de ellas surge movimiento.

Durante ese tiempo el niño, que sólo puede actuar de modo pleno sobre su ambiente a partir de su parte *enteal*, no, sin embargo, a partir del núcleo espiritual, tiene, ante las leyes de la Creación, un poco más de responsabilidad de lo que un animal en desenvolvimiento máximo.

En ese intervalo va madurando el cuerpo joven y, poco a poco, en él despierta la *fuerza sexual*, que se encuentra solamente en la *materia gruesa*. Ella es la *más fina* y la *más noble flor de toda la materia gruesa*, lo más elevado que la Creación de materia gruesa puede ofrecer. En su *delicadeza* ella constituye el *ápice de todo cuanto es de materia gruesa*, es decir, terrenal, que más se aproxima de la entealidad, como ramificación viva más extrema de la materialidad. La fuerza sexual es la vida pulsátil de la materialidad, y sólo ella puede constituir el *punte* para la entealidad que, por su parte, proporciona la continuación para el espiritual.

Por ese motivo, el despertar de la fuerza sexual en el cuerpo de materia gruesa es como el proceso del bajar del puente levadizo de un castillo hasta entonces cerrado. Con eso podrá, entonces, el habitante de ese castillo, es decir, el alma humana, salir plenamente preparada para la lucha, en la misma medida, sin embargo, podrán llegar a ella también los amigos o enemigos que cercan ese castillo. Tales amigos o enemigos son, antes de todo, las corrientes de materia fina de especie buena o mala, pero también los del más Allá que aguardan solamente que se les extienda la mano ante alguno deseo, con lo que tienen condiciones de agarrarse firmemente y ejercer influencia de igual especie.

Las leyes del Criador, sin embargo, en intensificación la más natural, permiten entrar, desde afuera hacia dentro, siempre sólo la misma fuerza que desde dentro pueda ser

contrapuesta, de manera a quedar totalmente excluida una lucha desigual. – En cuanto ahí no se peque. Pues todo y cualquier impulso sexual antinatural, que sea despierto por estímulo artificial, abre prematuramente ese fuerte castillo, por lo que el alma todavía no fortalecida uniformemente queda desamparada. Tendrá que sucumbir a las corrientes malas de materia fina, que vienen se precipitando, las cuales de otro modo estaría absolutamente en condiciones de enfrentar.

En una maduración normal puede haber, debido a fenómeno natural, siempre solamente la misma fuerza en ambos los lados. La decisión ahí, sin embargo, es dada por la voluntad del habitante del castillo y no por la de los sitiadores. Así, con buena voluntad, él siempre vencerá en la materia fina. Es decir, en los acontecimientos del mundo del más Allá, lo cual el ser humano mediano no puede ver mientras se encuentre en la Tierra, y lo cual, sin embargo, está estrechamente atado a él y de modo mucho más vivo de lo que su ambiente de materia gruesa a él visible.

Si el habitante del castillo, sin embargo, *espontáneamente*, es decir, por deseo propio o libre resolución, extienda la mano a uno amigo o enemigo de materia fina que se encuentra al lado de afuera, o también a corrientes, entonces evidentemente es algo completamente diferente. Visto que, a través de eso, él se sintoniza con una determinada especie de los sitiadores que esperan del lado de fuera, éstos pueden así, fácilmente, desenvolver contra él una fuerza diez y hasta cien veces mayor. Siendo ella buena, recibirá auxilio, bendiciones. Siendo, sin embargo, mala, cosechará destrucción. En esa libre elección se encuentra la actuación de su propio libre arbitrio. Una vez que se decidió a eso, entonces queda sujeto a las consecuencias, incondicionalmente. Para esas consecuencias su libre arbitrio queda entonces excluido. Según la propia elección, se ata a él karma bueno o malo, al cual evidentemente está sujeto, en cuanto no se modifique interiormente. —

La fuerza sexual tiene la tarea y también la capacidad de “*encandecer*” terrenalmente toda la intuición *espiritual* de un alma. Sólo así puede el espíritu recibir una ligazón cierta con la materialidad toda, sólo así también se torna de pleno valor, terrenalmente. Solamente entonces consigue abarcar todo lo que es necesario para hacerse valer plenamente en esta materialidad, a fin de estar seguro en ella, influenciar de modo incisivo, tener protección y, equipado de todo, ejercer victoriosa resistencia.

Hay algo grandioso en la ligazón. ¡*Esa es la finalidad principal* de ese enigmático y inmensurable impulso natural! ¡Debe ayudar el espiritual a desenvolverse en esta materialidad a plena fuerza de actuación! Sin esa fuerza sexual eso sería imposible, por falta de una transición para la vivificación y el dominio de toda la materialidad. El espíritu permanecería demasiado extraño a la materialidad, para en ella poder manifestarse bien.

Con eso , sin embargo, el espíritu humano recibe entonces también la fuerza plena, su calor y su vitalidad. Solamente con ese proceso se torna terrenalmente preparado para la lucha.

¡*Por eso principia aquí, pues, la responsabilidad!* Un serio punto de transición en la existencia de cada ser humano.

¡La sabia justicia del Criador otorga al ser humano, sin embargo, en ese importante momento, también simultáneamente, no solamente la posibilidad, pero sí incluso el impulso natural para desenredarse *con facilidad y sin esfuerzo* de todo el karma con que hasta entonces sobrecargó su libre arbitrio!

Cuando el ser humano negligencia el tiempo, entonces la culpa es *de él*. Reflexionad una vez sobre eso: ¡con la entrada de la fuerza sexual se manifiesta de modo preponderante un impulso poderoso hacia arriba, hacia todo lo que es ideal, bello y puro! Eso pude ser observado nítidamente en la juventud incorrupta de ambos los sexos. Ahí el entusiasmo de los

años de la mocedad, lamentablemente muchas veces ridicularizado por los adultos. Por eso también en esos años las intuiciones inexplicables y ligeramente melancólicas.

No son infundadas las horas en que parece que un joven o una joven tendría que cargar todo el dolor del mundo, cuando les surgen presentimientos de una profunda seriedad. También el no sentirse comprendido, que tan frecuentemente ocurre, contiene en sí, en la realidad, mucho de verdadero. ¡Es el reconocimiento temporal de la conformación errada del mundo alrededor, lo cual no quiere tampoco puede comprender el sagrado inicio de un vuelo puro hacia las alturas, y sólo está satisfecho cuando esa tan fuerte intuición exhortadora en las almas en madurez es arrastrada hacia abajo, hacia lo “más real” y sensato, que le es más comprensible y que considera más adecuado a la humanidad, juzgando, en su sentido intelectual unilateral, como lo único sano!

¡La gracia misteriosamente irradiante de una joven o de un joven incorruptos no es otra cosa sino el *puro* impulso ascendente, intuido conjuntamente por su ambiente, de la fuerza sexual que despierta, visando lo que es más elevado, más noble, en unión con la fuerza espiritual!

Cuidadosamente, el Criador dispuso que eso ocurra en el ser humano solamente en una edad en que pueda tener plena conciencia de su voluntad y de su acción. Entonces, es llegado el momento en que él puede y debía libertarse como que jugando de todo el pasado, en ligazón con la fuerza plena en él ahora existente. Caería hasta por sí, si la persona mantuviese la voluntad hacia el bien, a que ella es impulsada continuamente en ese período. ¡Podría, entonces, como indican muy acertadamente las intuiciones, escalar sin esfuerzo aquel escalón al cual ella pertenece como criatura humana! ¡Contemplad el estado soñador de la juventud incorrupta! No es otra cosa sino la intuición del impulso ascendente, del querer libertarse de toda la impureza, el anhelo ardiente por lo que es ideal. La inquietud impulsadora es, sin embargo, la señal para no negligenciar el tiempo, y sí para libertarse enérgicamente del karma y *principiar* con la escalada del espíritu.

¡Es algo maravilloso estar en esa fuerza concentrada, actuar *dentro de ella y con ella*! Sin embargo, solamente en cuanto la dirección que la persona elija sea buena. Además, nada hay de más miserable de lo que malbaratar esas fuerzas unilateralmente en ciego delirio sensual, paralizando con eso su espíritu.

Pero, lamentablemente, lamentablemente el ser humano negligencia en la mayoría de los casos ese tan precioso período de transición, se deja conducir por el ambiente “aclarado” para caminos falsos que lo retienen y, en seguida, lo llevan hacia abajo. Así *no* consigue libertarse de las vibraciones turbadores que desde él penden, al contrario, éstas solamente reciben nueva provisión de fuerzas de su especie igual y con eso el libre arbitrio del ser humano es enredado más y más, hasta que no consigue más reconocerlo, a causa de tantos sofocamientos desnecesarios. Así como en las hiedras, a las cuales un tronco sano ofrece en el inicio apoyo auxiliador, y que por fin lo quitan la vida, tapándolo enteramente y lo estrangulando.

Si el ser humano diese más atención a sí propio y a los fenómenos en toda la Creación, karma alguno podría ser más fuerte de lo que su espíritu que llega a la plenitud de su fuerza, apenas cuando reciba, a través de la fuerza sexual, ligazón sin lagunas con la materialidad, a la cual, pues, pertenece el karma.

Aún cuando el ser humano pierde el período, cuando se enreda más, tal vez hasta cae profundamente, a pesar de eso aún se le ofrece oportunidad hacia la ascensión: ¡a través del amor!

No el amor codicioso de la materia gruesa, pero el elevado y puro amor, que nada más conoce y visa sino el bien de la persona amada. Él también pertenece a la materialidad y no exige ninguna renuncia, ninguna penitencia, pero solamente quiere siempre lo mejor para el

otro. Y ese querer, que *jamás piensa en si propio*, constituye también la mejor protección contra cualquier acto abusivo.

Incluso en la edad más avanzada del ser humano, tiene el amor como fundamento siempre de nuevo las intuiciones que anhelan por ideales de la juventud incorrupta, que ésta siente en el irrumpir de la fuerza sexual. Sin embargo, se manifiesta de otra forma: instila la persona madurada hasta el vigor de su capacidad total, sí, hasta el heroísmo. Sobre tal aspecto no hay límite alguno debido a la edad. La fuerza sexual persiste, aún cuando el impulso sexual inferior se encuentre excluido; pues la fuerza sexual y el impulso sexual no son una sólo cosa.

Apenas cuando una persona de guarida al amor puro, sea el del hombre por la mujer o viceversa, por un amigo, por una amiga, por los padres, por el hijo, no importa, bajo la condición que sea puro, lleva también como primera dádiva la oportunidad para la remisión del karma, que puede disolverse muy rápidamente “de modo simbólico”. “Seca”, por no encontrar más ninguna resonancia análoga, ninguna nutrición en la criatura humana. ¡Con eso ella se torna libre! Y así empieza la escalada, la redención de las corrientes indignas que la prenden abajo.

La primera intuición que ahí despierta es el juzgarse indigno ante el ser amado. Se puede denominar ese fenómeno de principio de la modestia y de la humildad, por lo tanto, el recibimiento de dos grandes virtudes. A eso se adjunta el impulso de mantener la mano sobre el otro, protectora, a fin de que no le pase algún mal de ninguna parte. El “querer llevar en las palmas de las manos” no es un dicho hueco, pero sí caracteriza muy acertadamente la intuición que brota. En eso, sin embargo, se encuentra una abdicación de la propia personalidad, una gran voluntad de servir, lo que, por sí sólo, podría bastar para eliminar en poco tiempo todo el karma, apenas cuando esa voluntad perdure y no de lugar a impulsos puramente sensuales. Por último, se manifiesta aún, en el amor puro, el deseo ardiente de poder hacer algo muy grande para el otro ser amado, en el sentido noble, de no ofenderlo o herirlo con ningún gesto, ningún pensamiento, ninguna palabra, mucho menos aún con una acción fea. Se torna viva la más delicada consideración.

Debe, entonces, buscar asegurar esa pureza de la intuición y colocarla frente todo lo demás. Nunca alguien, en ese estado, aún querrá o hará algo de mal. Simplemente no consigue, pero sí, al contrario, él tiene en esas intuiciones la mejor protección, la mayor fuerza, lo más bien-intencionado consejero y auxiliador.

¡El Criador, en Su sabiduría, dio con eso un flotador de salvación, que no solamente una vez en la existencia terrena toca en *cada* criatura humana, a fin de que en ella se asegure y por ella se alce!

El auxilio está a la disposición de *todos*. Nunca hace una distinción, ni a la edad ni a sexo, ni al pobre ni al rico, tampoco al noble o al humilde. ¡Por esa razón el amor es también la mayor dádiva de Dios! ¡Quién comprende eso está cierto de la salvación de *toda* la aflicción y de *toda* la profundidad!

El amor es capaz de lanzarlo hacia arriba, con el ímpetu de la tempestad, hacia la Luz, hacia Dios, que es el propio amor. —

Apenas cuando en un ser humano se manifieste amor, que se esfuerza por proporcionar al otro luz y alegría, no degradarlo ante codicias impuras, pero sí elevarlo con protección muy alto, entonces él lo *sirve*, sin tornarse conciente del verdadero servir; pues así se torna antes un donador desinteresado, un alegre regalador. ¡Y ese servir lo liberta!

A fin de encontrar en eso el camino cierto, ponga atención el ser humano siempre solamente en una cosa. Páira sobre todos los seres humanos terrenos, de modo inmenso y fuerte, un deseo: poder *ser*, realmente, ante sí mismos, *aquello* que valen ante *de aquellos* por

los cuales son amados. ¡Y ese desear es el camino cierto! Conduce directamente hacia las alturas.

Muchas oportunidades son ofrecidas al ser humano para tomar impulso y acender, sin que de ellas se utilice.

El ser humano de hoy es solamente como un hombre, al cual fue dado un reino, y que prefiere desperdiciar su tiempo con juguetes infantiles.

Es solamente evidente y ni se puede esperar de otro modo, que las fuerzas poderosas, que son dadas al ser humano, tendrán que *destrozarlo*, si no sepa *dirigirlas*.

¡También la fuerza sexual tendrá que destruir el ser humano individual, pueblos enteros, allá, donde se abuse de su *finalidad principal*! La finalidad de la generación sólo viene en *segundo* lugar.

¡Y que medios de auxilio ofrece la fuerza sexual a cada persona, a fin de que también reconozca la finalidad principal y la *vivencie*!

¡Pensarse en el pudor corpóreo! Éste despierta simultáneamente con la fuerza sexual, es dado para *protección*.

Como en toda la Creación, hay también aquí un trítono, y, al bajar, puede ser reconocido siempre también un tornarse más grueso. El pudor, como la primera consecuencia de la fuerza sexual, debe constituir como transición para el impulso sexual el *obstáculo*, a fin de que el ser humano en su alto nivel no se entregue a la practica sexual de forma animal.

¡Ay el pueblo que no pone atención a eso!

¡Un fuerte pudor cuida para que el ser humano jamás pueda sucumbir a una embriaguez de los sentidos! Protege contra pasión; pues, debido a fenómeno completamente natural, jamás permitirá oportunidades para la pérdida del auto control, ni siquiera por la fracción de un momento.

¡Solamente *con mucha fuerza* consigue el ser humano alejar, ante su voluntad, esa maravillosa dádiva, para entonces comportarse *de forma animal*! Tal violenta intromisión en el orden universal del Criador *tendrá*, sin embargo, que tornarse maldición para él; pues la fuerza del impulso sexual corpóreo así liberta no es más natural para él en su desencadenamiento.

Si hace falta el pudor, el ser humano se transforma de señor en servo, es arrancado de su escalón humano y colocado aún abajo del animal.

Reflexione el ser humano, solamente acentuado pudor impide la oportunidad de caída. Con eso le es dada la más vigorosa defensa.

Mientras mayor el pudor, tanto *más noble* será el impulso, y tanto más alto espiritualmente estará el ser humano. ¡Es esa la mejor *medida de su valor espiritual interior*! Esa medida es infalible y fácilmente reconocible por cualquier persona. Con el estrangulamiento o alejamiento del sentimiento exterior del pudor, quedan también, concomitantemente, siempre asfixiadas las propiedades anímicas más finas y más valiosas y, con eso, devaluado el ser humano interior.

¡Una señal infalible de caída profunda y de decadencia cierta es cuando la humanidad comienza, bajo la mentira del progreso, a querer “erguirse” arriba de la joya del pudor, tan favorecedora bajo todos los aspectos! Sea eso, pues, bajo el manto del deporte, de la higiene, de la moda, de la educación infantil o bajo muchos otros pretextos para eso bien-venidos. La decadencia y la caída entonces no pueden ser impedidas, y solamente un horror de la peor especie podrá llevar aún algunos a la reflexión.

Y, sin embargo, es facilitado al ser humano terreno enveredar por el camino que lleva hacia las alturas.

¡Él necesita solamente tornarse “más natural”. Ser natural, sin embargo, no significa caminar semidesnudo por ahí, o vagar descalzo, con trajes extravagantes! ¡Ser natural significa poner atención cuidadosamente a las íntimas intuiciones, y no eximirse vehementemente de las amonestaciones de las mismas! Solamente para no parecer anticuado.

Más de la mitad de todas las criaturas humanas, sin embargo, ya llegaron hoy lamentablemente a tal punto, que se tornaron demasiado toscas para aún comprender las intuiciones naturales. Para tanto ya se restringieron excesivamente. ¡Un grito de pavor y de horror será el fin de eso!

¡Feliz de aquél que entonces pueda vivificar nuevamente el pudor! Se le tornará escudo y apoyo, cuando todo lo demás se destruce.

63. “¡Yo soy la resurrección y la vida; nadie llega al Padre, sino por mí!”

Jesús, venido del divinal, usó con derecho esas palabras, porque podía abarcar todo con la vista y era el único que podía aclarar realmente. Su mensaje, que no se deja separar de él propio, muestra, en medio a la confusión de las falsas concepciones, el camino *claro* hacia arriba, hacia la Luz. Eso significa para todos los espíritus humanos la posibilidad de que se eleven, o la *resurrección de la materia* en que ellos están hundidos para el propio desenvolvimiento continuo. ¡Tal resurrección es, para cada uno, *vida*!

Oigan, por favor, con atención: ¡toda la bajeza y todo el mal, por lo tanto, todo cuanto denominamos de tinieblas, se encuentra *solamente* en la materialidad, tanto en la gruesa como en la fina! Quién comprende eso acertadamente, éste ya lucró mucho con eso.

Apenas cuando el ser humano piense de modo malo o bajo, él se perjudica a sí propio enormemente. La fuerza principal de su voluntad fluye entonces en dirección a lo que es bajo, como un rayo magnético, enviado, y atrae, en virtud del propio peso, la materia fina más densa, por su parte también más oscura debido a la densidad, por lo que el *espíritu* humano, de quien se origina la voluntad, es envuelto con esa especie densa de la materialidad. También cuando la índole humana es preponderantemente dirigida solamente para las cosas terrenas como en el encanto de alguna pasión, que no necesita ser solamente inmoralidad, juego o borrachera, pero también puede ser una acentuada predilección por cualquier cosa terrenal, entonces un envoltorio de materia fina, más o menos denso, se cerrará al rededor de su espíritu, por el fenómeno que ya he mencionado.

Ese envoltorio denso, y por eso también oscuro, retiene el espíritu de cualquier posibilidad de escalada y *permanece*, en cuanto ese espíritu no altere el modo de su querer.

Sólo el querer sincero y un serio esfuerzo por el *espiritual elevado* pueden aflojar semejante envoltorio y por ultimo soltarlo totalmente, porque entonces no más recibe provisiones de fuerzas de igual especie, pierde a los pocos el apoyo y cae por fin disuelto para, con eso, libertar el espíritu para la escalada.

Por materia fina no debe ser entendido acaso un refinamiento de esa materia gruesa visible, pero es una especie totalmente extraña a esa materia gruesa, de *otra* constitución, pero que, sin embargo, puede ser llamada de materialidad. Es una transición para la entealidad, de la cual se origina el alma del animal.

Si, sin embargo, los seres humanos permanecen en la materialidad, entonces, de acuerdo con la naturaleza de la cosa, ellos tienen que ser arrastrados un día hacia la descomposición de todo cuanto es material, que a ella está sujeto, porque ellos, debido a su envoltorio, no más consiguen desligarse de la materialidad en tiempo.

¡Ellos que, por deseo propio, hundieron en la materialidad para su desenvolvimiento, en ella permanecen atados, *caso no mantengan el camino cierto*! No consiguen realizar una re-emersión desde la misma, que significa una resurrección hacia el encuentro de la Luz. — —

Que a ellos les sirva de explicación más detallada, que *todo* el desenvolvimiento de un germen espiritual que anhela por la autoconciencia personal *condiciona* el hundir en la materialidad. *Sólo por el vivenciar en la materialidad él puede desenvolverse en ese sentido*. Ningún otro camino le queda abierto para tanto. Pero no será acaso forzado a eso, en el contrario, ocurrirá solamente cuando en él despierte el *anhelo propio* para eso. Su *deseo* lo impulsa entonces hacia el encuentro del necesario proceso evolutivo. Hacia afuera del así llamado Paraíso del inconciente y, con eso, también hacia fuera del irresponsable.

Si las criaturas humanas en la materialidad, a causa de deseos erróneos, pierdan el camino cierto que conduce nuevamente hacia arriba, de vuelta hacia la Luz, permanecerán vagueando en la materialidad.

Ahora intenten una vez mirar para los fenómenos en la *materia gruesa*. Para el formar y el decomponer en su ambiente más próximo y visible.

Pueden observar en el germinar, crecer, madurar y decomponer el formarse, por lo tanto, la ligazón de los elementos básicos, el madurar y el regresar nuevamente para los elementos básicos ante desagregación, es decir, por la desintegración de lo que es formado en la descomposición. Pueden verlo nítidamente en el agua, también en las piedras por la así llamada erosión, en las plantas y en los cuerpos animales y humanos. Sin embargo, como aquí en las cosas pequeñas, así también ocurre exactamente en las cosas grandes y, por último, de modo igual, en todo fenómeno universal. No solamente en la materia gruesa, que es *visible* al ser humano terreno, pero también en la materia fina, en el así llamado más Allá, que, sin embargo, aún nada tiene que ver con el Paraíso. — —

Toda la materialidad pende, cual enorme guirnalda, como la parte más baja de la Creación, y se mueve en un círculo enorme, cuyo trayecto abarca muchos millones de años. Por lo tanto, en el fenómeno de la grande Creación, todo gira no sólo al rededor de si mismo, pero, además de eso, el todo se mueve irresistiblemente y de forma especial aún en un circular gigantesco. Así como ese gran trayecto *resultó* de la primera ligazón hasta la perfección actual, *de la misma forma* sigue adelante, sin interrupción, hasta comenzar y a efectuarse la descomposición, regresando a la materia original. El circular, entonces, prosigue aún así tranquilamente también con esa materia original para, en la nueva ligazón que entonces se sigue, formar otra vez nuevas partes del Universo, las cuales traen en si energías virginales intactas.

Así es el grande proceso que se repite eternamente, tanto en las cosas mínimas como también en las máximas. Y *arriba* de ese circular está, firme, la primera Creación puramente espiritual, el así llamado Paraíso. Éste, al contrario de la materialidad formada, *no* está sujeto a la descomposición.

En ese puro espiritual eterno, que se encuentra resplandeciente arriba del circular, se encuentra el punto de partida del germen espiritual inconciente del ser humano. Es también el espiritual que constituye nuevamente la *meta final* para el espíritu humano, que en la materialidad se tornó conciente de si y con eso también *personal*. Sale como germen inconciente e irresponsable. Regresa como personalidad propia y conciente, y con eso también responsable, si... no si pierda en su camino necesario a través de la materialidad y por eso quede atado en ella, pero sí celebre la resurrección de ella como espíritu humano tornado plenamente conciente. Es el alegre re-emerger desde la materialidad, hacia el encuentro de esa parte luminosa y eterna de la Creación.

En cuanto el espíritu humano se encuentra, pues, en la materia, participa con ella de una parte del eterno grande circular, evidentemente, sin que él propio lo perciba. Y así él también llega finalmente un día hacia aquel límite en que la parte del Universo, donde él se hallaba, va lentamente hacia el encuentro de la descomposición. Entonces, sin embargo, será el último momento para todos los espíritus humanos que aún se encuentren *en la* materialidad, para que se apuren en tornarse *de tal modo*, que puedan escalar el puerto seguro y luminoso del reino eterno, es decir, encontrar el camino cierto y sobre todo también lo *más corto*, a fin de salir del alcance de los peligros que se inician en la materialidad, antes que éstos los puedan agarrar.

¡Si no lo consiga, se tornará para él cada vez más difícil y por último demasiado tarde!

Él será entonces arrastrado, con todo lo demás, hacia la descomposición lenta, siendo ahí destruido su “yo” *personal* por él adquirido. Bajo miles tormentas se transformará con eso nuevamente en la semilla espiritual inconciente. Lo más horrible que puede suceder a un espíritu que haya se tornado personalmente conciente.

Son todos aquellos que desarrollaron su personalidad en un rumbo errado. Ellos tienen que perderla por eso de nuevo, por ser inútil y nociva. Fijarse bien, descomposición no significa acaso destrucción. Nada puede ser destruido. Es solamente una retrogradación hacia el estado primitivo. Destruído será, en los así perdidos, el “yo” personal hasta ahora adquirido, lo que ocurre bajo los mayores tormentos.

Tales perdidos o condenados dejan de ser con eso espíritus humanos listos, mientras que otros pudieron entrar como espíritus autoconscientes en el reino eterno de la alegría y de la Luz, usufructuando concientemente todo aquel esplendor. —

Así como una labranza de trigo, luego de una serie de años, produce espigas cada vez peores, y solamente recibe nuevas fuerzas por la mudanza de las sembraduras, diferente no es en toda la materialidad. También ésta queda gastada un día y debe recibir fuerza nueva a través de la descomposición y nueva ligazón. Tal proceso, sin embargo, requiere millones de años, llega una vez *un determinado año* como limitación decisiva para una separación necesaria de todo cuanto es útil de lo que es inútil.

Y esa época es ahora alcanzada por nosotros en el grande movimiento circular. El espíritu humano que se encuentra en la materialidad *tiene* que decidirse finalmente por la ascensión, o la materialidad lo mantiene agarrado para la descomposición venidera... que es la condenación eterna, de donde nunca más será posible una resurrección espiritual de modo personal y autoconsciente y una ascensión para la luminosa y eterna parte de la Creación, que para arriba de tal descomposición. —

En el desenvolvimiento natural de lo todo, desde hace mucho ya fue quitada cualquier posibilidad de que los gérmenes espirituales que anhelan por la concientización puedan encarnarse en este plano terreno súper madurado, pues llevarían demasiado tiempo para salir aún a tiempo de esta materialidad como espíritus concientes de sí propios. En fenómeno natural, el curso de los gérmenes espirituales sólo encuentra *aquellas partes del Universo* que *en eso* tienen una especie igual, donde las necesidades de desenvolvimiento requieran exactamente el mismo tiempo que un germen espiritual necesita para el pleno desenvolvimiento, incluso en los casos más demorados. Solamente especie igual del escalón del desenvolvimiento provee camino libre al germen espiritual, mientras una maduración más adelantada de una parte del Universo establece barreras totalmente inaccesibles a los gérmenes espirituales inmaduros. También en eso queda de todo imposible la censura de una injusticia y de una falla. *Cada* espíritu humano puede, por consiguiente, con la maduración máxima del ambiente material, en lo cual se mueve, estar concomitantemente madurado en aquel límite donde se encuentra ahora aquella parte de la materialidad que en el presente habitamos.

¡No hay siquiera *uno*, que no pudiese estar maduro! La desigualdad entre los seres humanos es solamente la consecuencia necesaria de su propia voluntad libre. Entra ahora la materialidad, debido a la súper maduración, en descomposición, yendo con eso, concomitantemente, hacia el encuentro de su renacimiento.

Para el campo de los espíritus humanos llega, sin embargo, la siega, la cosecha, y con ella la separación. Lo que esté madurado será elevado hacia la Luz por los efectos de leyes naturales que permiten que sea quitado poco a poco el envoltorio de materia fina, a fin de que el espíritu liberto de eso se eleve concientemente hacia el reino de la igual especie, de todo cuanto es eterno-espiritual. Lo que no sirva, sin embargo, será retenido en la materialidad,

debido a la densidad de su cuerpo de materia fina, por él propio deseada. El destino de éstos es entonces tal que su cuerpo de materia fina queda sujeto a las alteraciones que se inician en la materialidad, debiendo en ella sufrir dolorosísima descomposición por milenios. La amplitud de tal tormento se extiende por ultimo al espíritu humano de tal modo, que éste pierde la autoconciencia. Se desintegra con eso, por su parte también, la forma del imagen de Dios, la forma humana, adquirida a través de la conciencia. Luego de la desintegración total de lo que es material, regresando a la materia original, se torna otra vez libre la partícula espiritual ahora *inconciente* y se eleva de acuerdo con su especie. Sin embargo, no regresa como espíritu humano conciente, pero como semilla inconciente, que un día reiniciará todo su trayecto en una nueva parte del Universo, debido a un nuevo anhelo que despierte.

Mirando desde ese alto mirador, por lo tanto, desde *arriba* hacia abajo, Cristo, *como siempre*, eligió sus palabras de tal modo y, con eso, describió un proceso absolutamente natural en el resurgir de la materialidad, en la cual la semilla espiritual hundi6.

Imaginen solamente una vez se encontrando *arriba* de la materialidad.

Abajo de vosotros yace extendida, cual un campo de cultivo, la materialidad general en sus muchas especies. Venidas desde arriba, los g6rmenes espirituales bajan ahora a la materialidad. Poco a poco, despu6s de largo tiempo, emergen desde ah6, con muchos intervalos, esp6ritus humanos completos, que se tornaron autoconscientes en el vivenciar en la materia y con el impulso para que se esfuercen hacia arriba, pueden dejar hacia tras todo cuanto es material. ¡Éstos celebran con eso resurrecci6n de la materialidad!

Pero ni todos los g6rmenes reaparecen madurados en la superficie. Varios de estos quedan atr6s, debiendo parecer in6tiles en ella. —

Todo es exactamente as6 como en una labranza de trigo.

Como en el grano de trigo todo el misterioso *verdadero* desenvolvimiento se procesa *dentro de la* tierra para eso necesaria, as6 en un germen espiritual el principal desenvolvimiento se procesa dentro de la materialidad en general. —

Cristo, por medio de *cada una* de sus frases, aclara siempre *figuradamente* algun fen6meno natural en la Creaci6n. — —

Si, pues, dijo: Nadie llega al Padre sino a trav6s de mi mensaje, o a trav6s de mi palabra, o a trav6s de mi, es lo mismo. Quiere decir tanto, como: “Nadie encuentra el camino, sino a trav6s de aquello que digo”. Uno significa lo mismo que el otro. De la misma forma, cuando dice: “Yo traigo a vosotros en mi mensaje la posibilidad de resurrecci6n de la materialidad y, con eso, tambi6n la vida” o “Yo, con mi palabra, soy para vosotros la resurrecci6n y la vida”.

Los seres humanos deben comprender el *sentido*, pero no confundirse siempre de nuevo con palabrer6a in6til. — — —

64. ¿Qué separa hoy tantos seres humanos de la Luz?

¡Como una noche profunda, paira por sobre esta Tierra la oscuridad de materia fina! Ya hace mucho tiempo. Mantiene la Tierra en un cerco sofocante, tan denso y compacto, que cada intuición luminosa que intenta subir se asemeja a una llama que, por falta de oxígeno, pierde la fuerza y pronto, menguando, se extingue en si misma. Terrible es ese estado de la materia fina que actualmente se manifiesta con sus peores efectos. ¡Quién pudiese contemplar solamente por cinco segundos tales acontecimientos, a él el pavor robaría toda la esperanza de salvación! —

Y todo eso fue ocasionado por culpa de la propia humanidad. Por culpa de la propensión hacia lo que es bajo. Así la humanidad se tornó, por si propia, su mayor enemiga. Incluso los pocos, que de nuevo anhelan con sinceridad hacia las alturas, corren ahora el peligro de que sean arrastrados *juntos* hacia las honduras, hacia el encuentro de las cuales los demás maduran ahora con siniestra rapidez.

Se da como que un enlazamiento a que se sigue necesariamente la absorción mortal. Absorción para el pantano viscoso y sofocante, donde todo sumerge silenciosamente. No es más un luchar, y sí solamente aún un silencioso, mudo y siniestro estrangular.

Y el ser humano no reconoce eso. La pereza espiritual lo torna ciego ante el fenómeno funesto.

El pantano, sin embargo, envía continuamente sus emanaciones venenosas que acaban fatigando lentamente los aún fuertes y despiertos, a fin de que también ellos, adormeciendo, sumerjan juntos, sin fuerzas.

Así es como es actualmente en esta Tierra. ¡No es un cuadro que con eso estoy presentando, pero sí *vida*! Como todo cuanto es materia fina tiene formas criadas y vivificadas por las intuiciones de las criaturas humanas, tal proceso se desenrolla de hecho, continuamente. Y éste es el ambiente que aguarda las personas cuando ellas tienen que salir de esta Tierra, y no pueden ser conducidas para los paramos más luminosos y más bellos.

Sin embargo, las tinieblas se concentran cada vez *más*.

Se acerca, por lo tanto, la época en que esta Tierra, por un espacio de tiempo, deba permanecer entregue al dominio de las tinieblas, sin auxilio directo de la Luz, porque la humanidad ha forzado eso con su voluntad. Las consecuencias de su voluntad, en la mayoría, *hubieron* que provocar ese fin. — Se trata del tiempo que a Juan le fue permitido ver, antaño, en que Dios encubre Su semblante. —

La noche se extiende alrededor. ¡Sin embargo, en el auge de las aflicciones, cuando todo, hasta mismo lo que es mejor, esté amenazado de sumergir, irrumpe entonces simultáneamente también el alba! Pero el alba trae primeramente los dolores de una gran purificación, que es inevitable, antes que pueda comenzar la salvación de todos los que buscan con sinceridad; ¡pues *no* podrá ser extendida la mano en auxilio a los que anhelan a cosas bajas! Deben caer hasta los abismos aterrorizantes, donde únicamente aún podrán tener la esperanza de despertar a través de tormentos, los cuales deberán provocar asco de si propios. Los que hasta ahora, mofando, aparentemente impunes, podían criar obstáculos para aquellos que se esfuerzan rumbo a las alturas se tornarán callados y más pensativos, hasta que finalmente, con lamentos y ruegos, suplicarán por la Verdad.

Entonces no les será así tan fácil, serán conducidos incesantemente por las muelas de las férreas leyes de la justicia divina, hasta que, a través de la *vivencia*, lleguen al reconocimiento de sus errores. —

¡Durante mis viajes pudo reconocer que con mi Palabra ha sido lanzada una antorcha prendida entre los apáticos espíritus humanos, la cual aclara que persona alguna puede decir que trae consigo algo de divino, mientras que, exactamente ahora, en muchos trabajos se visa descubrir Dios *adentro* de sí, para con eso finalmente también tornarse Dios!

¡Por eso, inquietud fue despierta muchas veces con mi Palabra, la humanidad, se rebelando, quiere reaccionar a eso, porque sólo quiere oír palabras soporíferas y tranquilizadoras, que le parezcan *agradables*!

Los que se rebelan de esa manera son solamente cobardes, que prefieren esconderse de sí mismos, solamente para que queden en la penumbra, donde puedan soñar, tan bella y tranquilamente, conforme sus propios deseos.

No es cualquiera que soporta ser expuesto a la Luz de la Verdad, la cual muestra de modo nítido y sin compasión los defectos y las manchas de las vestes.

Con sonrisas, mofarías o ante hostilidad, quieren tales impedir el día venidero, que deja reconocer claramente los pies de barro de la construcción insostenible del ídolo “yo”. Tales insensatos juegan solamente de bailes de mascarar consigo mismos, a los cuales se seguirá implacablemente el sombrío miércoles de cenizas. Con sus falsas opiniones quieren solamente colocarse como dioses a sí propios y de esa manera se sienten terrenamente bien y sosegados. ¡Consideran por eso de antemano como enemigo *aqué*l que les perturba ese sosiego perezoso!

¡Toda esa rebelión, sin embargo, de nada les sirve *de esta vez*!

¡El auto-endiosamiento, que se encuentra en la afirmativa de que existe algo de divino en el ser humano, es un palpar sucio en dirección a la sublimidad y a la pureza de vuestro Dios, que *con eso macula* lo que para vosotros hay de más sacrosanto, para lo que levantáis los ojos en la más bien-aventurada confianza! —

En vuestro íntimo se halla un altar que debe servir para la adoración de vuestro Dios. Ese altar es vuestra facultad intuitiva. ¡Si ella es pura, tiene ligazón directa con el espiritual y, con eso, con el Paraíso! ¡Hay entonces momentos en que también vosotros podéis intuir plenamente la proximidad de vuestro Dios, conforme muchas veces se pasa en el más profundo dolor y en la mayor alegría!

Entonces intuiréis Su proximidad, de idéntico modo como la vivencian permanentemente en el Paraíso los eternos puro-espirituales, con los cuales sois íntimamente atados en tales momentos. ¡La vibración fuerte proveniente del alboroto de la alegría intensa, así como la del dolor profundo, aleja momentáneamente para lejos todo cuanto es terreno e inferior, y con eso queda libre la pureza de la intuición, formando inmediatamente el puente con la pureza de igual especie que vivifica el Paraíso!

Es ésta la mayor felicidad del espíritu humano, de esa corona de toda la Creación. Los eternos en el Paraíso viven en ella permanentemente. Ella trae la maravillosa certeza de encontrarse abrigado. Ellos están entonces plenamente concientes de la proximidad de su grandioso Dios, en cuya fuerza se encuentran, pero también reconocen como evidente que se encuentran en su altitud máxima, y que nunca podrán ser capaces de contemplar Dios.

Eso no los oprime, pues en el reconocimiento de Su inaccesible grandeza sienten jubilosa gratitud por Su gracia indescriptible, que Él siempre dejó actuar en relación a la pretenciosa criatura.

Y esa felicidad el ser humano terreno ya puede usufructuar. Está totalmente correcto, cuando se dice que el ser humano aquí en la Tierra siente, en momentos solemnes, la proximidad de su Dios. Pero pasará a ser blasfemia, si, con base en ese maravilloso puente del tornarse conciente de la proximidad de Dios, quieran afirmar que poseen, ellos propios, una chispa de la divinidad en su íntimo.

De manos dadas con esa afirmación sigue también la degradación del amor divino. ¿Cómo uno puede medir el amor de Dios con la medida de un amor humano? ¿Más aún, colocarlo incluso en el valor *abajo* de ese amor humano? ¡Fijad en los seres humanos que imaginan el amor divino como el ideal más sublime, sufriendo silenciosamente y, además, perdonando todo! Quieren reconocer algo de divino *en eso*, en el hecho de tolerar todas las impertinencias de las *criaturas* muy inferiores, como solamente ocurre con el peor débil, así como con lo más cobarde ser humano, que por eso es despreciado. ¡Reflexionad, pues, sobre el ultraje monstruoso que en eso está anclado!

¡Los seres humanos quieren pecar sin recibir punición, para finalmente con eso proporcionar una alegría a su Dios, permitiendo que Él les perdone las culpas sin cualquier penitencia propia! Suponer tal cosa implica una desmedida estrechez, pereza condenable o el reconocimiento de la propia debilidad sin esperanza en relación a la buena voluntad para la ascensión: una cosa es tan condenable cuanto la otra.

¡Imaginad el amor divino! ¡Límpido como cristal, radiante, puro e inmenso! ¿Podéis imaginar entonces que él pueda ser tan sentimentalmente débil, degradantemente complaciente, como los seres humanos tanto lo quieren? Quieren construir una grandeza errónea allá, donde *desean* debilidad, presentan un cuadro falso, solamente para engañar aún un poco a si mismos, para que se tranquilicen por sobre la propia imperfección, que los deja diligentemente a servicio de las tinieblas. ¿Dónde se encuentran ahí la limpidez y la fuerza que incondicionalmente hacen parte de la pureza cristalina del amor divino? El amor divino es inseparable de la máxima severidad de la justicia divina. Es ella misma incluso. Justicia es amor y amor, además, solamente reside en la *justicia*. En ella solamente es que reside también el perdón divino.

¡Está cierto cuando las iglesias dicen que Dios perdona *todo*! ¡Y realmente perdona! Al contrario de los seres humanos que, aún cuando alguien haya expiado una insignificante culpa, lo consideran continuamente indigno y, con tal especie de pensamiento, se sobrecargan doblemente, porque no actúan en eso según la voluntad de Dios. Aquí hace falta justicia al amor de los seres humanos.

El efecto de la voluntad criadora divina purifica cada espíritu humano de su culpa, en el propio vivenciar o por medio de voluntaria corrección, apenas cuando él se esfuerce hacia arriba.

¡Saliendo de esas muelas en la materialidad, de vuelta a lo espiritual, se encuentra entonces puro en el reino de su Criador, no importa *qué* haya errado anteriormente! Se encuentra tan puro como aquél que nunca erró. ¡Sin embargo, debido al efecto de las leyes divinas, tiene que recorrer *antes* su camino, y *en ese* hecho se encuentra la garantía del perdón divino de Su gracia!

No se oye hoy tantas veces la pregunta atónita: ¿Cómo pudieron ocurrir estos años de tanta aflicción con la voluntad de Dios? ¿Dónde está en eso el amor, dónde la justicia? ¡Indaga la *humanidad*, indagan las *naciones*, muchas veces las familias e hasta mismo el ser humano individual! ¿No sería eso antes la prueba de que el amor de Dios sea tal vez *diferente* de lo que a tantos les gustaría pensar? ¡Intentad, pues, considerar una vez el amor de Dios que todo perdona, *así*, hasta el *fin*, conforme se esfuerzan obstinadamente por presentarlo! Sin penitencia propia, todo consintiendo y por ultimo aún perdonando generosamente. ¡Deberá ser un deplorable resultado! ¿Se considera el ser humano tan valioso, que su Dios deba sufrir con eso? ¿Más valioso, por consiguiente, de lo que Dios? Cuánto reside en esa arrogancia de los seres humanos. —

Al reflexionar serenamente, tendréis que tropezar en millares de impedimentos y sólo podréis *entonces* llegar a una conclusión, si disminuiréis Dios y Lo tornareis imperfecto.

Sin embargo, Él fue, y es y será perfecto, independiente del modo como los seres humanos aceptan ese hecho.

Su perdón reposa en la *justicia*. No de otra forma. ¡Y es en esa justicia inexorable que reposa también únicamente el grande y hasta ahora tan mal comprendido amor!

Deshabituad vosotros de medir conforme criterios terrenos. La justicia de Dios y el amor de Dios se destinan al espíritu humano. La materia nada tiene que ver con eso. Ella es solamente *moldeada* por el propio espíritu humano, y sin espíritu ella no tiene vida.

Como os atormentáis vosotros tantas veces con niñerías puramente terrenas, que consideraréis como pecado y que no lo son en absoluto.

Solamente aquello que el *espíritu quiera*, en una actuación, es determinante para las leyes divinas en la Creación. Pero esa voluntad espiritual no es actividad de pensamientos, pero si el intuir más íntimo, la voluntad propiamente dicha en el ser humano la cual únicamente puede poner en movimiento las leyes del más Allá y que también las coloca naturalmente en movimiento.

El amor divino no se deja rebajar por los seres humanos; pues en él reposan en la Creación también las leyes férreas de Su voluntad, la cual es conducida por el amor. Y esas leyes actúan de tal modo, conforme el ser humano en ellas se comporta. Pueden atarlo hasta la proximidad de su Dios o constituir una pared divisoria, que nunca podrá ser destruida, que no sea, finalmente, por la adaptación de la criatura humana, lo que corresponde a obedecer, en lo que únicamente él puede encontrar su salvación, su felicidad. Es *una* pieza homogénea, la grande obra no presenta faltas, ninguna fisura. Cualquier tonto, cualquier insensato, que quiera diferentemente, reventará la cabeza con eso. —

El amor divino sólo proporciona en eso lo que es de *provecho* a cada espíritu humano, y no lo que le cause alegría en la Tierra y parezca agradable. Su actuación va mucho *más allá*, porque domina toda la existencia. —

Muchos seres humanos frecuentemente piensan ahora: Si realmente deben ser esperados amarguras, catástrofes, para provocar una grande purificación, entonces Dios debe ser tan justo y enviar antes predicadores de penitencias. El ser humano tiene, pues, que ser advertido con antecendencia ¿Dónde está Juan para anunciar lo que está por venir?

¡Son desdichados en irreflexión, que debe parecer grande! Solamente la arrogancia de un vacío ilimitado se esconde tras tales clamores. ¡Pues lo fustigarían y lo lanzarían en la cárcel!

¡Abrid, por lo tanto, los ojos y los oídos! ¿Los fenómenos naturales y catástrofes, que están aumentando, no son advertencias suficientemente severas? ¿Las situaciones en la Rusia y en la China no hablan un lenguaje serio? ¡Incluso los alemanes de las regiones de frontera envían muchas veces sus lamentaciones bajo el flagelo de sus, *de nuestros* enemigos! ¡Sin embargo, uno pasa *bailando* por sobre toda aflicción y calamidades de su semejante, livianamente! ¡No se *quiere* ver ni oír! —

También ya hace dos mil años precedió un predicador de penitencias, el Verbo hecho carne lo siguió pronto después. Pero las criaturas humanas se empeñaron diligentemente en borrar nuevamente el brillo límpido del Verbo, en oscurecerlo, para que la fuerza de atracción de su fulgor se fuese extinguiendo poco a poco. —

¡Y todos aquellos que quieran libertar el Verbo del enmarañado de obligaciones, pronto habrán que sentir como los mensajeros de las tinieblas se esfuerzan obstinadamente para impedir cualquier despertar jubiloso!

¡Hoy, sin embargo, no más se repite ningún acontecimiento como en el tiempo de Cristo! ¡Ahí vino el Verbo! ¡La humanidad tenía su libre arbitrio y se decidió en aquél tiempo principalmente por le rechazo, por la condenación! De esa época en delante las personas

quedaron entonces sometidas a las leyes que naturalmente se incorporaron al libre arbitrio así ejercido antaño. Los seres humanos encontraron después en el camino por ellos escogido todos los frutos de su propia voluntad.

En la brevedad, se cerrará entonces el círculo. Se acumula cada vez más y se represa como un dique, que pronto colapsará por sobre la humanidad, que en embotamiento espiritual vive ahí de modo ignorante. ¡En el final, en la época de la realización, los seres humanos naturalmente no más dispondrán de la libre elección!

Ellos tendrán entonces que cosechar lo que sembraron antaño en los ulteriores caminos falsos.

Todos están encarnados hoy nuevamente en esta Tierra para el ajuste de cuentas, los cuales en el tiempo de Cristo rechazaron la Palabra. Hoy no tienen más el derecho a advertencias previas y a la nueva decisión. ¡En estos dos mil años dispusieron de tiempo suficiente, para cambiar de opinión! También todo aquél que acepta una falsa interpretación de Dios y de Su Creación y no se empeña por asimilarla con más pureza, éste *no* la acogió. Es incluso mucho peor, una vez que una creencia errada impide de assimilar la Verdad.

Ay, sin embargo, de aquél que *falsea* o *altera* la Verdad, para así obtener prestigio porque en forma más cómoda es también más agradable a los seres humanos. Se sobrecarga no solamente con la culpa de la falsificación y de conducir erróneamente, como también asume toda la responsabilidad por aquellos que ha conseguido atraer hacia sí, al proporcionar mayor comodidad y facilidades. *Ningún* auxilio entonces le será proveído, cuando suene la hora de la retribución. ¡Caerá hacia abismos que nunca podrán devolverlo, y con razón!– También esto Juan pudo ver y de él advertir en su revelación.

Y cuando comience la gran purificación, no restará de esa vez al ser humano tiempo de revolucionarse y mucho menos de oponerse a los acontecimientos. Las leyes divinas, de las cuales al ser humano tanto le gusta hacer una idea falsa, actuarán entonces inexorablemente.

Será exactamente en el momento en que se pasen los hechos más terribles que la Tierra ya presencié, que la humanidad irá aprender finalmente que el amor divino está muy lejos de la flacidez y de la debilidad que ella osó atribuirle.

¡Más de la mitad de todos los seres humanos de la actualidad siquiera pertenece a esta Tierra!

Ya desde milenios esa humanidad ha caído de tal modo, vive *tan* fondo en la oscuridad que, en su querer impuro, extendió muchos puentes hacia esferas oscuras, situadas muy *abajo* de este plano terreno. Allá viven profundamente decaídos, cuyo peso de materia fina nunca permitió la posibilidad de subir hacia este plano terreno.

En eso residió *protección* para todos los que viven sobre la Tierra, bien como para aquellos de la tiniebla. Se encuentran separados por la ley natural de gravedad de la materia fina. Los que se hallan abajo pueden exacerbar sus pasiones, todas las bajezas, sin con eso provocar daños. Al contrario. Su desenfrenado modo de vivir alcanza allá solamente los de igual especie, idénticamente como el modo de vivir de éstos también los ataca. Con eso sufren mutuamente, lo que lleva a la maduración y no al aumento de la culpa. Pues, por el sufrimiento puede pasar que despierte un día el asco de sí propio, y con el asco también el deseo de salir de ese reino. Tal deseo hace nacer con el tiempo el más doloroso desespeo, que puede causar, por fin, las más vehementes suplicas y con eso la voluntad sincera de mejorar.

Así debía suceder. ¡Sin embargo, por la voluntad errónea de los seres humanos, sucedió diferentemente!

Las criaturas humanas lanzaron, por medio de su voluntad de tinieblas, un puente hacia la región de las tinieblas. Con eso extendieron las manos a los que Allá viven, posibilitando así,

por medio de la fuerza de atracción de la igual especie, que subiesen hacia la Tierra. Aquí encontraron naturalmente también oportunidad para la nueva encarnación, hecho ese que para ellos aún no estaba previsto, según el curso normal de los acontecimientos universales.

Pues, en el plano terreno, donde por intermedio de la materia gruesa pueden *convivir* con seres humanos más luminosos y mejores, ellos sólo consiguen causar daños y se sobrecargan de esta forma con *nuevas* culpas. No pueden hacerlo en sus dominios inferiores; pues su vileza sólo puede ser útil a sus semejantes, porque en eso por fin solamente se reconocen a sí propios y aprenden a sentir asco de eso, lo que contribuye para una mejora.

Ese camino normal de toda la evolución fue así *perturbado* por la criatura humana, debido a la baja utilización de su libre arbitrio, con lo que ha formado puentes de materia fina hasta los dominios de las tinieblas, de modo que los que hasta allá hundieron pudieron ser lanzados cual un bando hacia el plano terreno, los cuales, triunfando, ocupan ahora su mayor parte.

Como las almas luminosas tienen que ceder lugar a las tinieblas, allá dondequiera éstas se instalen con firmeza, fue fácil, por lo tanto, para aquellas almas más oscuras, que de modo indebido alcanzaron el plano terreno, encarnar a veces, también, allá donde de otro modo solamente hubiera entrado un alma luminosa. El alma oscura encontró, así, a través de alguien del ambiente de la futura madre, un apoyo que le permitió mantenerse y alejar el luminoso, aunque la madre o el padre pertenezcan a los más luminosos.

Se explica, así, también el enigma de poder llegar muchas veces ovejas negras para padres buenos. Si, sin embargo, una futura madre esté más vigilante con relación a sí propia, como también a su ambiente más próximo y sus relaciones sociales, entonces él *no* puede ocurrir.

Por lo tanto, en eso hay que se reconocer solamente *amor*, cuando los efectos finales de las leyes, con plena justicia, finalmente barran los que *no* pertenezcan al plano terreno, de modo que ellos se precipiten hacia aquél reino de las tinieblas a que pertenecen por su especie. De esa forma no más podrán estorbar la escalada de los más luminosos y acumular nuevas culpas sobre sí propios, al contrario, tal vez aún madurar en el asco de su propio vivenciar. — —

Tiempo vendrá, sin duda, en que los corazones de *todos* los seres humanos serán tocados con puños de hierro, cuando con terrible inexorabilidad será extirpada la arrogancia espiritual de cada criatura humana. Entonces caerá también toda la duda, que impide ahora el espíritu humano en el reconocimiento de que el divino no existe *dentro* de él, y sí mucho *arriba* de él. Y que sólo puede estar como el *imagen* más pura en el altar de su vida íntima, para la cual levanta la mirada en humilde oración. —

No es error, pero sí culpa, siempre que un espíritu humano declara también querer ser divino. Una tal presunción deberá causar su caída; pues corresponde a un intento de arrancar el cetro de la mano de su Dios y de rebajarLo al mismo escalón en que se encuentra el ser humano, y cuyo escalón él ni siquiera logró llenar hasta ahora, por querer venir a ser *más*, volviendo su mirada para altitudes que nunca podrá alcanzar, ni siquiera reconocer. ¡Con eso, sin atención, no ha visto toda la realidad, no ha se tornado solamente inútil en la Creación, pero mucho peor, se ha tornado *nocivo*!

Por último le será demostrado con siniestra nitidez, causado por su propia disposición falsa, que él, en su actual constitución tan profundamente decaída, no significa siquiera la sombra de una divinidad. Todo el tesoro del saber terreno, que él acumuló penosamente en milenios, se reducirá entonces a *nada* ante la mirada aterrorizada de sus ojos, vivenciará en sí, desamparado, cómo los frutos de sus anhelos terrenos unilaterales se tornan inútiles, a veces

incluso una maldición para él. *¡Entonces, podrá recordarse de su propia divinidad, si consiga!* — —

De modo grave retumbará en sus oídos: ¡De rodillas, criatura, ante tu Dios y Señor! ¡No intente de forma injuriosa arbolarte a tu mismo a Dios! — —

La excentricidad del perezoso espíritu humano no proseguirá. — —

Sólo entonces podrá esa humanidad pensar también en una ascensión. Y éste será entonces también el tiempo en que colapsará todo lo que no esté en suelo firme. ¡Las existencias ficticias, los falsos profetas y asociaciones que se forman al rededor de éstos, se dismantelarán por si mismas! Con eso también se tornarán evidentes los falsos caminos de hasta ahora. ¡Y, satisfechos consigo mismos, muchos reconocerán, atónitos, que se encuentran al margen de un abismo y, conducidos erróneamente, resbalan rápidamente hacia bajo, en cuanto suponían con orgullo que ya estuviesen se elevando y se aproximando de la Luz! Que abriesen puertas de protección, sin disponer de fuerza suficiente para la defensa. Que atrajesen peligros hacia sí, que en un curso normal hubiesen sido transpuestos por ellos. ¡Feliz aquél que entonces encuentre el camino cierto hacia el regreso!

65. El clamor por el líder

Observemos una vez, más de cerca, todos los seres humanos que hoy buscan, de forma especialmente vivaz, por un líder espiritual y que lo esperan con elevación interior. ¡Se juzgan ya perfectamente preparados espiritualmente para reconocerlo y para oír su palabra!

Lo que observamos en una contemplación serena son muchísimas cisiones. La misión de Cristo, por ejemplo, actuó de manera extraña por sobre tantas personas. Crearon para sí una imagen falso de eso. Como de costumbre, la causa para tanto fue auto-evaluación incorrecta, presunción.

En lugar del temor de antaño y de la conservación de una distancia natural y delimitación nítida con relación a su Dios, surgió de un lado un suplicar lamentoso, que siempre sólo quiere recibir, pero de modo alguno hacer algo propio. El “Ora” ellos aceptaron, pero que ahí aún existe el “y trabaja”, “trabaja en ti mismo”, eso ellos no querían saber.

De otro lado, nuevamente, se acredita ser tan autónomo, tan independiente, que se puede hacer todo por sí mismo y, con algún esfuerzo, incluso tornarse divino.

Hay también muchos seres humanos que sólo exigen y esperan que Dios corra tras ellos. ¡Pues, como Él ya una vez les había mandado Su Hijo, dio con eso la prueba de lo cuánto Él se interesa que la humanidad se aproxime de Él, sí, que Él, probablemente, incluso necesite de ella!

Adónde uno mira, sólo se puede encontrar en todo solamente todavía arrogancia, ninguna humildad. Hace falta la auto-evaluación correcta. —

En primer lugar, es necesario que el ser humano bajé de su altitud artificial, a fin de poder tornarse *verdaderamente ser humano*, para, como *tal*, iniciar su ascensión.

Se encuentra hoy sentado en las faldas de la montaña, encima de un árbol, todo arrogante espiritualmente, en lugar de estar con ambos los pies seguro y firme en el suelo. Así también nunca podrá escalar la montaña, sino que baje antes del árbol o desde allá despeñe.

Mientras tanto, sin embargo, probablemente todos cuantos trillaron calma y sensatamente su camino en el suelo bajo su árbol y para los cuales él miraba con arrogancia, ya llegaron a la cumbre.

Pero en eso los acontecimientos vendrán en su auxilio; pues el árbol *caerá* en muy poco tiempo. Tal vez entonces el ser humano una vez más reconsidere mejor, cuando allá desde la altura vacilante caiga rudamente en el piso. Entonces, sin embargo, estará más de lo que en tiempo, ninguna hora siquiera le resta para desperdiciar ahí.

Ahora muchos juzgan que todo puede continuar en esa rutina, como ha sido por milenios.

Acomodados y confortables, están sentados en sus sillones y esperan por un líder fuerte.

¡Pero *qué* idea hacen de ese líder! Es realmente de causar pena.

¡En primer lugar, esperan de él, o, digamos mejor, *exigen* de él, que *él* prepare el camino para cada uno rumbo la Luz! ¡Tiene *él* que esforzarse para construir puentes para el camino de la Verdad a los adeptos de *todas* las religiones! Tiene *él* que tornar todo tan fácil y comprensible, que cada cual pueda comprenderlo sin esfuerzo. Sus palabras tienen que ser elegidas de tal modo, que su exactitud convenza, sin más ni menos, los grandes y los pequeños de todas las camadas sociales.

Apenas cuando la propia criatura humana necesite esforzarse y reflexionar por sí propia, entonces no es un líder cierto. Pues si fue convocado para, conduciendo a través de su palabra, mostrar el camino cierto, él habrá naturalmente que esforzarse también en favor de las criaturas humanas. ¡Su tarea es convencerlas, despertarlas! Cristo también Dio su vida.

¡Los que hoy así piensan, y éstos son muchos, ni necesitan esforzarse, pues se asemejan a las vírgenes tontas, van al encuentro del “demasiado tarde”!

El líder seguramente *no* los despertará, al contrario, dejará que sigan durmiendo tranquilamente, hasta que el portal esté cerrado y ellos no puedan encontrar entrada para la Luz, visto que no pueden libertarse en tiempo cierto del ámbito de la materialidad, para lo que la palabra del líder les indicó el camino.

Pues el ser humano no es tan precioso cuanto imaginaba. ¡Dios no necesita de él, él, sin embargo, de su Dios!

¡Ya que la humanidad con su así llamado progreso hoy no sabe más lo que realmente *quiere*, se verá por último obligada a saber lo que *debe*!

Esa especie de gente pasará buscando y también criticando con superioridad, de la misma forma que tantos antaño pasaron por *aquél*, para cuya venida todo ya estaba preparado por las revelaciones.

¡Cómo se puede imaginar un líder espiritual *de tal manera*!

¡Él no hará cualquier concesiones a la humanidad, *ni del ancho de un pie* y exigirá en toda parte, donde se espera que él dé!

¡*Aquél* ser humano, sin embargo, que puede raciocinar de modo serio, éste pronto reconocerá que *exactamente en el exigir severo, sin consideración*, de un atento pensar reposa lo mejor que la humanidad, ya tan profundamente enmarañada en su indolencia espiritual, necesita para la salvación! Exactamente por el hecho de que un líder, para comprensión de sus palabras, exija desde pronto vivacidad espiritual, voluntad *seria*, auto-esfuerzo, él separa jugando, ya en el inicio, el joto del trigo. Reside en eso una actuación espontánea, como se da en las leyes divinas. Sucederá a los seres humanos, también en eso, exactamente de acuerdo con aquello que ellos realmente quieren. — —

¡Hay, sin embargo, también aún una otra especie de criaturas humanas que se tienen en cuenta de especialmente ágiles!

Éstas formaron una idea muy diferente de un líder, conforme se puede leer en relatos. Eso, sin embargo, no es menos grotesco; ¡pues esperan en él un... acróbata espiritual!

En todo el caso, ya es supuesto por millares de que la clarividencia, la clariaudición, la clari-intuición, etc., constituirían grande progreso, cuando en la realidad *no* es así. Tales cosas aprendidas, ejercitadas, incluso las traídas como dote, nunca pueden elevarse por sobre el pesadumbre terreno, se mueven, por lo tanto, solamente en límites inferiores, que jamás podrán pretender niveles elevados, siendo, por esa razón, bastante desproveídos de valor.

¿Se pretende *con eso* por ventura ayudar la humanidad a subir, le mostrando cosas de materia fina del mismo nivel, o le enseñando a verlas y oír las?

Eso nada tiene que ver con la real ascensión del espíritu. ¡Tampoco tiene utilidad para fenómenos terrenos! ¡Son acrobacias espirituales, nada más, interesantes para las personas individualmente, *pero sin ningún valor* para la humanidad toda!

Que todos estos deseen también un líder de igual especie, que de hecho lo sepa mejor de lo que ellos, es, pues, fácilmente comprensible. —

Sin embargo, existe un grande numero de personas que entonces van aún mucho más lejos, hasta el ridículo. Y que, a pesar de eso, lo toman mucho en serio.

¡Para ellas vale como comprobación del liderazgo, por ejemplo, también como condición básica, que un líder... no pueda resfriarse! Quién puede resfriarse, ya está destituido; pues eso no corresponde, según la opinión de ellos, a un líder ideal. Uno fuerte tiene que estar con su espíritu, en todos los casos y en primera línea, por encima de todas estas niñerías.

Eso tal vez suene un poco forzado y ridículo, pero fue sacado de hechos y significa una débil repetición de la exclamación de antaño: “Si es Hijo de Dios, entonces ayúdame a ti mismo y baja de la cruz”. – ¡Eso lo vociferan hasta hoy, antes mismo de aparecer tal líder!

¡Pobres ignorantes seres humanos! Aquél que disciplina su cuerpo de forma tan *unilateral*, que éste se le torne insensible temporalmente bajo la fuerza del espíritu, éste, de modo alguno es un bulto eminente. Los que lo admiran se parecen con los niños de siglos pasados que acompañaban de boca abierta y ojos arregazados las contorciones de los malabaristas ambulantes, con lo que les despertaba el deseo ardiente de también poder hacer tales cosas.

¡Y tal cual los niños antaño, en ese campo totalmente terreno, no son más avanzados en el campo *espiritual* muchos de los así llamados buscadores del espíritu o de Dios del tiempo actual!

Prosigamos, pues, considerando: los saltimbancos de los viejos tiempos, de quien recién hablé, se desarrollaron cada vez más, se tornando acróbatas en los circos, en teatros de variedades. Su talento llegó a proporciones extraordinarias y diariamente millares de espectadores exigentes asisten aún hoy a tales presentaciones con siempre nuevo pasmo, y muchas veces con calofríos interiores.

¿Acaso *ganaron para sí* alguna cosa con eso? ¿Qué lucro les adviene de tales horas? Aunque muchos acróbatas también arriesgan sus vidas en esas exhibiciones. Ni el mínimo provecho; porque aunque teniendo alcanzado la más alta perfección, todas esas cosas deberán permanecer *siempre* solamente en el contexto de los teatros de variedades y circos. Ellos siempre servirán solamente para entretenimiento, pero nunca traerán cualquier ventaja para la humanidad.

¡Una acrobacia *de ese tipo*, en el plan *espiritual*, es lo que se busca ahora como padrón para el grande líder!

¡Dejad tales criaturas humanas con esos bromistas espirituales! ¡Muy pronto vivenciarán para donde eso conduce! Ellas también no saben *lo qué* realmente anhelan con eso. Ellas imaginan: ¡Grande es solamente aquél, cuyo espíritu domina el cuerpo de tal forma, que éste no más conozca enfermedad!

¡Todo ese tipo de aprendizaje es unilateral, y la unilateralidad produce solamente algo insalubre, enfermizo! ¡Con tales cosas el *espíritu* no es *fortalecido*, pero si *solamente* el *cuerpo* queda *debilitado*! Todo el equilibrio necesario para una armonía sana entre el cuerpo y el espíritu queda desplazado, y el fin es que un tal espíritu se desliga mucho más prematuramente del cuerpo así maltratado, que a él no más puede proporcionar la necesaria resonancia sana y vigorosa para el vivenciar terreno. Pero al espíritu, eso le hace *falta* y llega entonces *inmaturo* hacia el más Allá. Él será obligado a vivir *una vez más* su existencia terrena. Se trata san solamente de pequeños artificios espirituales que se procesan a las expensas del cuerpo terreno, lo cual, en la realidad, debe auxiliar el espíritu. El cuerpo *pertenece* a una fase del desenvolvimiento del espíritu. Caso sea debilitado y oprimido, tampoco puede ser útil al espíritu; pues sus irradiaciones son demasiado débiles, para que produzcan en la materialidad la fuerza total de que éste necesita.

Si un ser humano quiera reprimir una enfermedad, tiene que provocar espiritualmente la presión de un éxtasis sobre el cuerpo, de la misma forma como ocurre en escala menor cuando el miedo del dentista puede alijar los dolores. Un cuerpo soporta tales elevados estados de agitación sin peligro seguramente una vez, tal vez más veces, pero no por períodos prolongados, sin sufrir serios daños.

Y cuando un líder hace o propone *esto*, entonces no merece ser tomado en cuenta de líder; pues con su actuación viola las leyes naturales de la Creación. El ser humano terreno

tiene que preservar su cuerpo, como un bien que le fue confiado, y buscar mantener la armonía sana entre el espíritu y el cuerpo. Caso ésta sea perturbada ante opresión unilateral, entonces eso no es ningún progreso, ninguna ascensión, pero si, será un absoluto estorbo incisivo para la realización de su misión en la Tierra, bien como, además, *en la materialidad*. ¡La fuerza plena del espíritu en relación a su efecto *en la materialidad* en eso se pierde, porque él necesita para eso, de cualquier modo, de la fuerza de un cuerpo terreno no subjuzgado, pero si en armonía con el espíritu! ¡Aquél que, se basando en tales cosas, es llamado de maestro, vale menos de lo que un aprendiz que ni conoce las incumbencias del espíritu humano tampoco las necesidades de su evolución! Es incluso perjudicial al espíritu.

No tardarán a reconocer dolorosamente su tontería.

¡Cada falso líder, sin embargo, tendrá que pasar por experiencias *amargas*! Su ascensión en el más Allá *sólo* podrá principiar, cuando el *último* de todos aquellos, que él distrajo o detuvo con sus juegos espirituales, ya haya alcanzado el reconocimiento. En cuanto sus libros, sus escritos, continúen a tener efecto aquí en la Tierra, él permanecerá detenido en más Allá, aunque en ese intervalo haya llegado allí a nociones mejores.

¡Quién aconseje practicas ocultas, éste da a los seres humanos piedras en lugar de pan y muestra con eso que él ni siquiera posee una idea de los *verdaderos* fenómenos en el más Allá, y menos aún de todo el engranaje universal! — —

66. Materia gruesa, materia fina, irradiaciones, espacio y tiempo

Recibimos muchas preguntas sobre el concepto de mis expresiones materia gruesa y materia fina. La materia gruesa es todo aquello que el ser humano puede ver con sus ojos *terrenos*, lo que *terrenalmente* siente y oye. A eso pertenece también aquello que ve por intermedio de recursos terrenos y que aún verá por medio de futuras invenciones. Como, por ejemplo, todo cuanto es visto por el microscopio. La materia gruesa es solamente una *determinada* especie de la materialidad. El grande dominio de *toda* la materialidad, sin embargo, abarca *varias* especies, que desde la base son totalmente diferentes entre si, razón por que *jamás se mezclan entre si*.

Las diferentes especies de la materialidad se encuentran, una por sobre la otra, muy abajo, en el fondo o fin de la Creación. Nuevamente, como en toda la Creación, comenzando desde arriba con la especie más ligera y terminando en dirección hacia abajo, con la más pesada y más densa. Todas esas especies de la materialidad sirven, únicamente, como medios auxiliares para el desenvolvimiento de todo el espiritual que ahí bucea como semilla en fértil campo de cultivo. Exactamente así como un grano de semilla necesita de la tierra para la germinación y el crecimiento.

La propia materialidad, en las diversas capas, es por si sólo inactiva, sin fuerzas. Solamente cuando es traspasada y atada por el enteal, que se encuentra por sobre ella, recibe calor y vida, sirve de envoltorios o cuerpos de las más diversas formas y especies.

Conforme ya dije, las diferentes especies de la materialidad *no se dejan mezclar*, pero sí atar y entretrejer múltiplemente a través del enteal. En ese atar y entretrejer se originan, pues, calores e irradiaciones. Cada una de las especies de la materialidad produce con eso su propia y determinada irradiación, que se mezcla con las irradiaciones de las otras especies a las cuales está atada y, conjuntamente, forman un aro de irradiaciones que ya hoy se conoce y se denomina sucintamente de aureola o también de irradiación. Así, cada piedra, cada planta, cada animal tiene su irradiación, que puede ser observada y que, de acuerdo con el *estado* del cuerpo, es decir, del envoltorio o forma, es completamente diferente. Por eso también pueden ser observadas perturbaciones en el aro de irradiaciones y reconocidos así focos de enfermedad del envoltorio.

El aro de irradiaciones provee, por consiguiente, a cada forma un ámbito especial, que constituye una protección en la defensa y, al mismo tiempo, sin embargo, un puente para el ambiente a su alrededor. Además, también alcanza aún la parte interna, a fin de co-participar del desenvolvimiento del núcleo enteal, en el sentido *más grueso*; pues en la realidad se juntan aún muchas cosas para la verdadera actuación en la Creación, las cuales debo desenrollar solamente muy lentamente, paso a paso, para facilitar a los que buscan seriamente la penetración en las leyes de la Creación.

Sin ser prepasada por el enteal, la materialidad nada es. Lo que ahora observamos, sin embargo, fue solamente la ligazón del enteal con las diversas especies de la materialidad. ¡Y eso, por su parte, proporciona entonces el *campo de cultivo* para el *espíritu*! El enteal ata, liga y vivifica lo que es material, el espíritu, sin embargo, domina la materia *con* el enteal. Luego que el espíritu, por lo tanto, lo que es espiritual, bucea en la ligazón vivificada por el enteal para su desenvolvimiento, esa le queda subordinada sin más ni menos, conforme la naturaleza de la cosa, por lo tanto, incluso el enteal.

El dominio es así entregue al espiritual, de la manera más natural. ¡Triste, si él lo utiliza mal o erradamente! El *verdadero aparato del espíritu*, para su desenvolvimiento en la

materialidad, es, pues, *proporcionado por las irradiaciones* de que recién hablamos. El suelo para el desenvolvimiento del espíritu ya es, antes de su inmersión, preparado cuidadosamente por el enteal. Los envoltorios lo envuelven automáticamente de forma protectora y su incumbencia es utilizar correctamente el aparato así proporcionado, para su bien y ascensión, no, sin embargo, para su perjuicio y caída.

No es difícil comprender que *aquella* especie de materialidad del envoltorio del espíritu, que está representada del modo más vigoroso, tiene que ser también decisiva para la especie de la mezcla de irradiaciones; pues en ella dominará naturalmente siempre la irradiación de la especie de la materialidad más fuerte existente. Sin embargo, lo predominante ahí es, por su parte, lo que tiene mayor influencia intrínseca y extrínseca.

La mezcla de irradiaciones tiene, sin embargo, una importancia mucho mayor de lo que la humanidad hasta ahora pudo investigar. ¡De su verdadero objetivo no fue presentida ni la décima parte!

La constitución del aro de irradiaciones es decisiva para la intensidad de las olas, las cuales tienen que absorber vibraciones del sistema de irradiaciones del Universo entero. El oyente y lector no pase aquí superficialmente por sobre eso, al contrario, se profundice en ese pensamiento y así verá ante sí, muy súbitamente, todos los cordones de nervios en la Creación, los cuales debe aprender a tocar y utilizar.

¡Debe imaginar la fuerza primordial irradiante derramada por sobre la obra de la Creación! Ella la prepassa, atraviesa cada parte y cada especie. Y cada parte y cada especie la transmitirá modificada de modo irradiante. La constitución diversa de las partes de la Creación produce así modificación en la irradiación primordial, que modifica igualmente el color de esa irradiación. Así, la Creación toda muestra un cuadro maravilloso de admirables irradiaciones coloridas, que pintor alguno sería capaz de reproducir. Y cada parte de la Creación en sí, cada astro, incluso cada cuerpo individualmente, por pequeño e ínfimo que sea, se asemeja a un prisma muy bien pulido, que retransmite cada irradiación, que recibe, múltiples veces irradiando en diferentes colores. Los colores, por su parte, arrastran tras sí un retumbar sonoro que resuena semejante a un acorde rugiente. No son los sonidos que poseen colores, pero los colores poseen sonidos. Es decir, los colores de las irradiaciones, no son los colores muertos empleados por manos humanas. Muertos, en relación a los colores de las irradiaciones.

Y el espíritu del ser humano, equipado con su aparato de irradiaciones de los envoltorios a él concedidos, se enfrenta con ese reino gigantesco de irradiaciones. Hasta el despertar de la fuerza sexual, el fenómeno es como en un lactante. Los envoltorios materiales succionan, ante sus irradiaciones, solamente aquello de lo que necesitan para la maduración. Con el sobrevenir de la fuerza sexual, sin embargo, el espíritu se encuentra completamente equipado, los portales en dirección hacia él se encuentran con eso abiertos, la ligazón directa esta establecida. ¡Recibe entonces, reforzado de varios lados, contacto con las poderosas fuerzas de las irradiaciones en el grande Universo!

Como ahora el ser humano, es decir, el espíritu, desenvuelve y rige los colores de sus propias irradiaciones, igualmente él también sintoniza, como en una radio, sus olas en los colores correspondientes y las capta entonces del Universo. Del mismo modo, el recibimiento también puede ser denominado de atracción o fuerza de atracción de la igual especie. No importa como sea denominado, el proceso en sí permanece lo mismo. Los colores designan solamente la especie, y la especie provee el color. En eso se encuentra también la llave perdida para la *verdadera* arte regia de la astrología, así como la llave para la medicina profundizada en las hierbas y, igualmente, para la tan discutida arte del magnetismo terapéutico físico y espiritual, la llave para la arte de la vida, así como para la escalera de la ascensión espiritual. Pues con esa escalera, la así nombrada escalera hacia el cielo, no se

comprende nada más de lo que un simple *instrumento*, de lo cual debemos nos servir. Las mallas de esa red de irradiaciones en la Creación son los escalones de esa escalera. En eso se encuentra *todo*, todo el saber y el ultimo secreto de la Creación.

¡Vosotros que buscáis, agarrad en las mallas de esa red de irradiaciones! Concientemente, pero con *buena* voluntad y con humilde reconocimiento de vuestro Dios, que dio esa maravillosa Creación, la cual podéis dominar como que jugando infantilmente, si por fin, por lo menos una vez, lo queráis *sinceramente*, y os despojéis de toda la presunción de sabiduría. Antes de todo, el falso lastre tiene que caer de vuestros hombros, de vuestro espíritu, si no, no podéis os levantar vigorosos y libertos.

También en la mezcla de irradiaciones del cuerpo humano debe reinar absoluta armonía, a fin de proporcionar al espíritu los medios integrales para la protección, para el desenvolvimiento y para la ascensión, los cuales le están destinados en el desenvolvimiento normal de la Creación. Exactamente por la elección de la alimentación, de la actividad física, como además, de todas las situaciones de la vida, en muchas cosas esas irradiaciones han sido desviadas unilateralmente, lo que requiere un equilibrio, si una ascensión deba tornarse posible. *Hoy, todo ahí es malsano*. Nada puede ser llamado de sano. —

La criatura humana puede entonces imaginar qué efectos solamente la elección de alimentos ya ejerce por sobre ese sistema de irradiaciones. Ante la elección de alimentos para la nutrición del cuerpo, ella consigue ayudar equilibrando, fortaleciendo, debilitando algunas cosas, y también alterando lo que predomina, cuando él actúe de modo favorable o inhibitorio, de manera que *aquella* irradiación, que para ella es *favorable*, se torne dominante y, con eso, también normal; pues solamente el favorable es un estado normal.

Todo eso, sin embargo, no puede acaso condicionar tampoco causar la propia ascensión, pero tan solamente ofrece suelo sano para la actividad integral del espíritu, *a la cuya voluntad* queda reservado determinar el camino hacia arriba, hacia el lado, o también hacia abajo.

El cuerpo, sin embargo, debe ser fortalecido como el espíritu, apenas cuando se tenga la capacidad de poner atención en eso. Actualmente, sin embargo, se peca en eso gravemente casi por toda la parte, por ignorancia. —

Cuando hablo en materia gruesa y en materia fina, entonces no se debe suponer que la materia fina deba significar un refinamiento de la materia gruesa. La materia fina es una especie totalmente *diferente*, de otra constitución. Nunca podrá transformarse en materia gruesa, pero sí forma un escalón de transición hacia arriba. Tal como al respecto la materia gruesa, se debe entender por materia fina solamente un *envoltorio* que tiene que ser atado por el enteal, a fin de poder ser vivificado por él.

Pasando ahora a esas leyes, debo mencionar que las divisiones de modo alguno quedan, con eso, agotadas. Por consiguiente, ya hoy quiero dar a conocer que más allá del espiritual conciente e inconciente, y del enteal para la vivificación de las especies de la materialidad, también aún *corrientes de energía* de las diversas especies atraviesan la Creación y contribuyen, según sus especies, de modo igualmente diverso, para el desenvolvimiento y progreso. Las corrientes de energía son, por su parte, también solamente lo más próximo, aquello que se ata a la actividad del espiritual y del enteal, o mejor dicho, aquello que, los precediendo, prepara el campo para su actividad. Cuanto más desmembramos y entramos en detalles, tanto más aún vendrá, mucho más.

Una cosa se enfila progresivamente a la otra, a fin de, en ligazón con lo ya antes existente, produzca también siempre nuevas gradaciones. Todo, sin embargo, se deja explicar coherentemente; pues después de la primera Creación sólo podía surgir lo que era coherente. Otra cosa no existe. Y ese hecho también da, absolutamente, la garantía de una solución sin

lagunas, de una visión clara. ¡En mis disertaciones ofrezco, pues, la *llave*! Cada oyente puede abrir entonces para si propio toda la Creación.

Todo de una sola vez, sin embargo, resultaría en una obra, cuya multiplicidad podría confundir las personas. Si, sin embargo, como hasta ahora, yo deje evolucionar calmamente una cosa de la otra en el transcurrir de los decenios venideros, será fácil acompañar y por fin también abarcar con la vista, calma y concientemente, todo muy nítido. Fácil para aquél que quiera seguirme hasta allá. En el principio, quiero primeramente aclarar los más fuertes fundamentos de la Creación, antes de tocar en todos los pormenores.

Al oyente y al lector seguramente pasará así como a una criatura a quién yo muestro, primeramente, el esqueleto de un ser humano y, en seguida, coloco a su lado un ser humano vivo, en la plenitud de su fuerza y actividad. Si ella no tuviese aún cualquier idea del ser humano, no reconocería en la persona viva el esqueleto, tal vez incluso dijese que uno ni tiene conexión con el otro, o aún, que no es la misma cosa. Idénticamente sucederá con aquellos que en mis explanaciones no me sigan calmamente hasta el fin. Quién no busque, desde el principio, entender con sincero ahínco no podrá *entonces* comprender la Creación toda, cuando yo haya llegado a las ultimas aclaraciones. *Tiene* que buscar seguir en eso solamente paso a paso. —

Como tuve que hablar en largos trazos, paso ahora *lentamente* para las cosas *nuevas*. Si no, seria demasiado incoherente. Además, ya me ha sido dicho muchas veces que en todo doy solamente el esencial, que a una grande parte del publico no se torna tan fácilmente comprensible. Sin embargo, no puedo actuar de otro modo, si yo quiera traer todo aquello que aún tengo por hablar. Si no, hubiéramos que parar en la cuarta parte, visto que, para un aclaramiento más amplio, una existencia terrena por cierto no sería suficiente. Vendrán otros, que podrán escribir uno o mismo más libros de cada una de mis disertaciones. Yo no puedo detenerme en eso ahora. —

Una vez que la materia fina, como yo dije, es de especie *diferente* de la materia gruesa, resulta de eso algo a que hasta aquí no hice mención. Para no confundir, me serví hasta ahora de expresiones populares al respecto de muchas cosas, las cuales debo ahora ampliar. A eso pertenece, por ejemplo, también la expresión: “*¡Estar por sobre tiempo y espacio!*”

Eso se refería siempre al extraterrenal. Con vistas a un proseguimiento, necesitamos decir de hoy en delante: la vida en la materia fina “se encuentra por sobre el concepto de espacio y tiempo”; pues también en la materia fina existe un concepto de espacio y tiempo, sin embargo, de *especie diferente*, en conformidad con la materia fina. ¡El concepto de espacio y tiempo se encuentra incluso en toda la Creación, pero él está siempre atado a la especie determinada! La propia Creación tiene sus limites, con eso, un concepto de espacio también es valido para ella.

¡También todas las leyes básicas que prepan uniformemente la Creación entera son en sus *efectos* siempre influenciadas por la respectiva especie de la Creación y subordinadas a sus particularidades! Por eso, las consecuencias *de una determinada* ley también deben presentarse *diferentemente* en los diversos sectores de la Creación, lo que llevó a grandes equívocos, contradicciones, dudas cuanto a la uniformidad de las leyes de la Creación o de la voluntad divina, y también a la creencia en actos arbitrarios del Criador. En el fondo, sin embargo, todo residía y reside solamente en la ignorancia de los seres humanos a respecto de la propia Creación.

Sobre esas cosas hablaré más minuciosamente solamente mucho más tarde, pues hoy ellas habrían que desviar y turbar la atención del oyente y del lector. Hablaré, apenas cuando se torne necesario para una comprensión progresiva. No permanecerá ninguna laguna. —

67. El error de la clarividencia

¡Clarividencia! Cuánto esplendor se edifica al rededor de eso, y también cuánta mofa se oye de un lado, mientras que de otro se presenta una curiosidad temerosa; el resto es respetuoso silencio. Los propios videntes caminan orgullosos por ahí, como pavos reales por el gallinero. Se creen agraciados por Dios y, en presuntuosa humildad, se sienten con eso elevados mucho arriba de los demás. Se permiten de buen agrado admirar por algo que en la realidad les es tan extraño, como a su ambiente que mucho pregunta. Envuelven su ignorancia real en sonrisa inexpresiva, que debe aparentar sabiduría. Es, sin embargo, mucho antes la expresión, que se tornó hábito, de su desorientación ante preguntas que exigen su conocimiento propio sobre el fenómeno.

En la realidad, no saben más de lo que el martillo y el cincel, con los cuales la mano del artista moldea cualquier obra. Sin embargo, aquí también son nuevamente solamente los propios seres humanos que quieren transformar sus semejantes, dotados de capacidades clarividentes, en algo diferente de lo que realmente son, perjudicándolos así gravemente. Esa es la situación malsana que se encuentra hoy por toda la parte. En la mayoría de los casos, ese “ver” es, sí, *real*, pero de modo alguno algo de extraordinario que fuese digno de admiración y mucho menos aún de un calofrío, una vez que en la realidad debería ser algo muy natural. Natural, sin embargo, permanece solamente cuando surge por sí sólo y, también, es dejado calmamente al verdadero desenvolvimiento, sin ayuda ajena o propia. Una *ayuda* a tal propósito es tan condenable cuanto sería una ayuda por ocasión del fallecimiento corpóreo.

La videncia, sin embargo, sólo gana valor por el auténtico *saber*. Sólo el saber, exclusivamente, consigue dar seguridad a esa facultad natural y, concomitantemente, también la sintonización *cierta* con el rumbo cierto. Sin embargo, que eso falte en la gran mayoría de todas las personas clarividentes, se puede desde pronto verificar por el ambicioso exceso de celo, que trae consigo la arrogancia, bien como por el hecho, abiertamente expuesto y también expreso con placer, de que se consideren sabidas.

Y esa imaginación de saber es exactamente aquello que impide a tales personas no solamente de progresar más, pero que incluso les trae la perdición, las levando, en sus esfuerzos, a desvíos que conducen *hacia abajo*, en lugar de hacia arriba, sin que aquél que se considere más sabido perciba algo de eso. Para tales, como mayor auxilio, solamente puede sobrevenir, aquí y allá, que su clarividencia o clari-audición poco a poco se debilite y se pierda. ¡Eso es salvación! A través de cualquier circunstancia favorable que suceda para ellos, de las cuales hay múltiples.

Observemos ahora las personas videntes y su convicción errónea, la cual transmiten a otras personas. Exclusivamente a ellas cabe la culpa de que hasta ahora todo ese terreno pudiese haber sido lanzado al lodo como errado y no confiable.

Lo que tales personas ven es, en lo mejor y más avanzado caso, el segundo escalón del así llamado más Allá, caso se quiera dividirlo en escalones (no entendidos por planos) y en los cuales lo de la Luz sería, mas o menos, el vigésimo, solamente para que se obtenga un imagen aproximada de la diferencia. Los seres humanos, sin embargo, que realmente consiguen ver hasta un segundo escalón, piensan realizar con eso algo colosal. Aquellos, sin embargo, que solamente pueden ver hasta el primer escalón, se arrojan, en la mayoría de los casos, aún mucho más.

Se debe, pues, considerar que un ser humano, con su don máximo, en la realidad puede observar siempre sólo hasta donde le permita su propia madurez interior. *¡Está atado ahí a su propio estado íntimo!* Por la naturaleza de la cosa, le es simplemente imposible ver algo diferente, ver realmente, que no sea su propia igual especie. Por lo tanto, dentro del ámbito en

que podría moverse sin impedimento después de su fallecimiento terreno. No más adelante; pues, en el momento en que él iría transponer aquél límite del más Allá, que le prescribe el estado de su propia maduración, tendría que perder inmediatamente cualquier conciencia de su ambiente. Por si sólo, de modo alguno conseguiría transponer ese límite.

Si, sin embargo, su alma, al salir, fuese llevada por alguien del más Allá, perteneciente al próximo escalón más alto, pronto estaría inconciente en los brazos de éste, al transponer el límite para el escalón más alto, es decir, adormecería. Traído de vuelta, podría, a pesar de sus dones clarividentes, recordarse siempre solamente hasta el punto en que su propia maduración le permitió mirar despierto al rededor. Por lo tanto, no le sobrevendría ventaja alguna, pero si perjudicaría su cuerpo de materia fina.

Todo cuanto supone ver más Allá, sean paisajes o personas, jamás fue vivenciado por él de modo realmente vivo, o visto personalmente, pero se trata ahí solamente de *imágenes* a él mostradas y cuya lenguaje también supone oír. Jamás es la realidad. Tales imágenes son aparentemente tan vivas, que él mismo no consigue distinguir entre lo que solamente le es mostrado y lo que realmente vivencia, porque el acto de voluntad de un espíritu más fuerte puede criar tales imágenes vivas. Ocurre así que muchos clarividentes y clari-oyentes suponen encontrarse mucho más alto, en sus excursiones en el más Allá, de lo que realmente están. Y desde ahí se originan tan numerosos errores.

Igualmente constituye un gran engaño cuando algunos suponen ver u oír Cristo; ¡pues eso sería cosa imposible, debido al enorme abismo que proviene de la ausencia de especie igual, según las leyes de la Creación de la voluntad divina! El Hijo de Dios no puede venir a una sesión espírita, como quien va a una reunión de té, a fin de allí, con distinción, tornar felices a los visitantes, tampoco grandes profetas o espíritus más elevados.

Sin embargo, a ningún espíritu humano, aún atado a la carne y a la sangre, es permitido moverse tan segura y firmemente en el más Allá, durante la vida terrena, para poder ver u oír todo desveladamente, y tal vez, sin más ni menos, incluso correr los escalones hacia arriba. Tan simple no es, a pesar de toda la naturalidad. Ella permanece atada a las leyes inevitables.

Y cuando un clarioyente o un clarividente negligencia sus tareas terrenas, por solamente querer penetrar en el más Allá, pierde más de lo que con eso gana. Cuando le venga entonces la hora para el madurar en el más Allá, llevará consigo una laguna que *solamente en la Tierra* puede rellenar. Por lo tanto no puede subir más, queda atado hasta cierto punto y tiene que volver a fin de recuperar lo que perdió, antes de poder pensar en una continuación seria de la escalada. También aquí todo es simple y natural, solamente siempre una consecuencia indispensable de lo que quedó hacia tras, que jamás se deja desviar.

Cada escalón de una existencia humana requiere ser vivido realmente con toda la seriedad, con plena capacidad de recepción de la respectiva época actual. Insuficiencia ahí causa un aflojamiento que, en el camino siguiente, tiene que hacerse sentir cada vez más, produciendo por ultimo una ruptura con la consecuente ruina, caso uno no vuelva a tiempo, reparando el local defectuoso ante renovado vivenciar, para que éste se torne firme y seguro. Así es en todos los fenómenos. Lamentablemente, sin embargo, el ser humano adquirió el hábito malsano de extender la mano siempre hacia más allá de si mismo, porque se considera ser más de lo que realmente es.

68. Especies de clarividencia

Por mucho tiempo he hesitado en contestar las diversas preguntas sobre clarividencia, porque cada ser humano, que haya leído *bien* mi Mensaje del Grial, tiene que estar perfectamente informado a tal respeto. Bajo la condición, naturalmente, que no haya leído el Mensaje como mera lectura, como pasatiempo o con prejuicio, pero en él haya se profundizado seriamente y haya considerado importante cada frase, cuyo profundo sentido en sí, así como el hecho de que ella pertenece incondicionalmente a todo el Mensaje, él al menos tiene que *esforzarse* en examinar; pues así lo es deseado de antemano.

En eso, el espíritu tiene que estar despierto. Personas superficiales deben, de esa manera, ser automáticamente excluidas.

He repetido varias veces que una *especie* sólo puede ser reconocida siempre por la *misma especie*. Por esas especies se entiende naturalmente especies de la Creación.

Visto desde abajo hacia arriba, existe la especie de *materia gruesa*, la especie de *materia fina*, la especie del *enteal* y, como más elevada, la especie del *espiritual*. Cada una de esas especies se subdivide, por su parte, en muchos escalones, de modo a existir fácilmente el peligro de confundir los escalones finos de la materia gruesa con los escalones gruesos de la materia fina. Prácticamente imperceptibles son las transiciones, las cuales en los efectos y fenómenos no son acaso firmemente unidas, al contrario, solamente se engranan unas en las otras.

En cada uno de esos escalones se manifiesta vida de especie diversa. El ser humano dispone de un envoltorio de cada especie de la Creación que se encuentra *abajo* del espiritual. El núcleo en sí es espiritual. Cada envoltorio corresponde a un cuerpo. El ser humano es, por lo tanto, un núcleo espiritual, que en desenvolvimiento de la autoconciencia adquiere forma humana, la cual, con el desenvolvimiento continuo rumbo a la Luz, se torna cada vez más ideal hasta la más perfecta belleza, con un desenvolvimiento hacia abajo, sin embargo, adquiere cada vez más el contrario de eso, hasta las deformaciones más grotescas. A fin de excluir aquí cualquier equivoco, quiero mencionar especialmente que el envoltorio de materia gruesa o cuerpo no pasa por ese desenvolvimiento. Solamente tiene que cooperar durante corto período y, en el plan terreno de materia gruesa, puede estar sujeto solamente a muy reducidas variaciones.

El ser humano por sobre la Tierra, es decir, en la materia gruesa, lleva consigo los envoltorios de *todas* las especies de la Creación *al mismo tiempo*. Cada envoltorio, por lo tanto, cada cuerpo de las diversas especies, tiene también sus propios órganos sensoriales. Los órganos de materia gruesa, por ejemplo, *sólo* pueden actuar *en la misma especie*, es decir, en la especie de materia gruesa. Uno desenvolvimiento más refinado ahí provee, en el caso más favorable, la posibilidad de conseguir ver hasta un cierto grado de materia gruesa más fina.

Esa materia gruesa más fina es denominada “astral” por las personas que con ella se ocupan, un concepto, además, que en la verdad tampoco es conocido bien por aquellos que han criado esa expresión, mucho menos aún por los que la repiten. Empleo esa terminología conceptual por ya ser conocida. Además, esa denominación vale, como es usual en investigaciones ocultistas, solamente como una especie concepto colectivo de todo aquello que se conoce, sí, y que se lo presiente como existente, pero que todavía no se puede comprender bien, y menos aún fundamentar. Todo el querer saber de los ocultistas, hasta ahora formulado, nada más es de lo que un grande laberinto de ignorancia criado por ellos propios, un montón de escombros de arrogancias del raciocinar intelectual, insuficiente para tales cosas. Sin embargo, quiero quedar con la designación “astral”, tan utilizada. Sin

embargo, lo que los seres humanos ven y entienden como “astral” no pertenece siquiera a la materia fina, pero tan solamente a la fina materia gruesa.

¡Los investigadores imbuidos de ilusiones humanas todavía tampoco salieron de los parajes de la materia gruesa, pero sí permanecieron en la *especie más inferior* de la Creación posterior, y hacen por eso tanto alarde con extranjerismos los más “sonantes” posibles! Ni siquiera divisan con los ojos de materia fina, pero tan solamente con la *intuición de transición* de los ojos de materia gruesa para los de materia fina. Uno podría llamar eso de una visión adquirida ante ejercicio o semi visión.

Cuando una persona se deshace del cuerpo de materia gruesa por la muerte terrena, son abandonados con eso, naturalmente, también los órganos sensoriales de la materia gruesa, porque ellos pertenecen exclusivamente al respectivo envoltorio. La muerte terrena nada más es sino, por lo tanto, el abandono del envoltorio más externo o cáscara, que le hacía posible ver y actuar en la materia gruesa. Pronto después de ese desnudar, se encuentra ella en el así nombrado otro mundo o, mejor dicho, en las planicies de la materia fina. Aquí podrá, nuevamente, solamente actuar con los órganos sensoriales del cuerpo de materia fina, que ahora le quedó como cáscara más externa. Ve, por consiguiente, con los ojos del cuerpo de materia fina, oye con los oídos de éste, etc.

Es natural que el espíritu humano, al entrar en la materia fina, necesite aprender a servirse adecuadamente de los órganos sensoriales del envoltorio de materia fina, que son así de repente obligados a entrar en funcionamiento, como antes los órganos del cuerpo grueso-material en la materia gruesa. Correspondiendo a la materialidad de especie diferente, no tan pesada, el aprendizaje de utilización correcta de los órganos ocurre también de modo más rápido, más ligero. Y así es con cada especie siguiente.

A fin de facilitar ese aclimatarse en las diferentes especies, es proveída la visión de transición o semi visión de los planos intermediarios. Los ojos de materia gruesa consiguen, con ciertos esfuerzos, a través de estados extraordinarios del cuerpo, ver, presintiendo, el plano de interligazón entre la materia gruesa y la materia fina, mientras el ojo de materia fina, en el inicio de sus actividades, alcanza retrospectivamente también el mismo plano de modo semivisual, donde la parte fina de la materia gruesa toca la parte gruesa de la materia fina. Esa semivisión provee al espíritu humano un cierto apoyo durante su transitar, de modo que nunca necesita sentirse completamente perdido. Así ocurre en *cada* límite entre dos especies diferentes. Para que las dos especies diferentes de materia puedan mantenerse interconectadas y no formen acaso un abismo, por jamás poder mezclarse, se encargan olas de fuerzas *enteales* que, con su capacidad de atracción magnética, actúan atando y uniendo.

Después de pasar por los diversos sectores de la materia fina, dejando también el cuerpo fino-material, el ser humano entra en la *entealidad*. Le resto entonces el cuerpo *enteal* como envoltorio más externo, a través de cuyos ojos tiene ahora que mirar y a través de cuyos oídos tiene que oír, hasta que le sea posible también dejar los envoltorios enteales e ingresar en el reino del espíritu. Solamente aquí él es *únicamente él mismo*, sin envoltorios, y tiene que ver, oír, hablar, etc., con sus órganos *espirituales*.

Estas mis explicaciones deben ser analizadas rigurosamente por los lectores, a fin de que puedan hacer para sí un imagen correcta de eso. Materializaciones de personas terrenalmente fallecidas no son más de lo que fenómenos donde, a través de la utilización de un medium, los fallecidos terrenalmente, que portan el cuerpo de materia fina, se cubren aún con un envoltorio de la fina materia gruesa. Esa sería, probablemente, la única excepción donde las criaturas humanas terrenas de hoy serían capaces de ver una vez *nítidamente* la fina materia gruesa con sus ojos de materia gruesa y también abarcarla con sus otros sentidos de materia gruesa. Ellos lo pueden, porque, a pesar de toda la sutileza, se trata siempre aún de la misma especie de sus órganos sensoriales, por lo tanto, aún de materia gruesa.

Por lo tanto, el ser humano debe poner atención que la materia gruesa sólo puede ser “percibida” por la materia gruesa, la materia fina sólo por la materia fina, lo que es enteal sólo por lo que es enteal y lo que es espiritual sólo por lo que es espiritual. En eso no hay mezclas.

Hay, sin embargo, algo: una criatura humana terrena puede ver, aquí y allá, con los ojos de materia gruesa y durante su existencia terrena también ya abrir sus ojos de materia fina, por lo menos temporalmente. Es decir, no acaso al mismo tiempo, pero consecutivamente. Cuando ve con los ojos de materia fina, los ojos de materia gruesa permanecen fuera de acción, totalmente o en parte, y viceversa. Jamás estará apto a ver bien con los ojos de materia gruesa aquello que es realmente de materia fina, tampoco con los ojos de materia fina lo que sea de materia gruesa. Esto es imposible. Afirmaciones contrarias se basarían solamente en errores resultantes del desconocimiento de las leyes de la Creación. Son ilusiones, bajo las cuales tales personas se someten, cuando afirman poder reconocer con los ojos de materia gruesa lo que es de materia fina, o con los ojos de materia fina lo que es espiritual.

Quién considera bien todo eso busca tener una noción clara, reconocerá qué confusión indescriptible tiene que existir ahora en el juicio sobre la clarividencia, hasta que quede imposible conseguirse informaciones seguras al respecto, en cuanto no sean dadas a conocer las leyes sobre eso, lo que *no* puede ocurrir a través de inspiraciones o manifestaciones en círculos espiritas, una vez que los que se hallan en el más Allá, inspirando y también se manifestando, no poseen, ellos mismos, una visión general, pero sí, cada uno tiene que moverse siempre en los límites a los cuales pertenece su respectivo estado de madurez.

Una auténtica orden en las aclaraciones de la maravillosa tela de la Creación posterior sólo puede ser dada cuando un *saber* abarcar todo. Del contrario es imposible. Las criaturas humanas, sin embargo, en su conocido y malsano querer ser sabias, jamás reconocen tal, pero desde pronto se oponen hostilmente a las aclaraciones.

Prefieren proseguir arrogadas en sus mediocres investigaciones y, justamente por eso, jamás pueden llegar a una concordancia, jamás a un resultado real. Si solamente *una vez* muestreasen una grandiosidad tal y, al vencer su presunción, tomaran *realmente en serio* el Mensaje del Grial como aclaración universal, sin prejuicios, excluyendo de los estudios todo el querer saber propio, se les abrirían pronto perspectivas que, en consecuencia lógica, aclaran todos los fenómenos incomprensidos y nivelan con grande ímpetu los caminos hacia el hasta entonces desconocido.

Sin embargo, ya es conocido que justamente la porfía es *solamente una* de las más infalibles señales de verdadera estupidez y estrechez. Todas esas personas ni suponen que precisamente con eso imprimen en sí la señal de su absoluta inutilidad, la cual ya en tiempo próximo las quemará de manera vergüenzaza y excluyente, porque entonces no podrá más ser escondida o negada.

Para el juicio de una clarividencia debía ser conocido, como base, con qué ojos el clarividente ve de cada vez, a qué región, por lo tanto, pertenece su videncia y hasta que punto él está desarrollado en este sentido. Sólo entonces otras conclusiones pueden ser tomadas. En eso, quién conduce tales investigaciones debía, personalmente, de modo absoluto, estar muy claramente informado al respecto de cada escalón de las diferentes especies, bien como al respecto del efecto variado y de la actuación que ahí se desencadenan. Y de eso sufre la época de hoy, donde exactamente aquellas personas se consideran instruidas, que en general nada entienden.

Es lamentable leer la avalancha de publicaciones en folletos y libros sobre toda la suerte de observaciones y experimentos ocultistas, con intentos de aclaración más o menos ilógicas e insostenibles, que, en la mayoría de los casos, aún reciben arrogantemente impreso el sello de cierto saber, en cuanto ellos, sin excepción, no solamente quedan lejos de los hechos, pero

incluso traen *el contrario*. Y como el bando de tales inteligencias se encoleriza hostilmente, cuando, en sencilla secuencia, les es presentada la estructuración de la Creación posterior, sin cuyo conocimiento exacto, en general, nada podrán comprender. De la Creación primordial aquí tampoco queremos hablar.

¡Quién quiera juzgar o aún condenar clarividentes tiene que conocer la Creación toda, conocer realmente! En cuanto ese no es el caso, también se debe calar a tal respeto. Tampoco, sin embargo, también como defensores fervorosos de los hechos de la clarividencia, hacer afirmaciones que, sin el conocimiento exacto de la Creación, no puedan ser comprobadas. Tan nefastos errores son propagados al respecto de todos los fenómenos fuera de la materia gruesa, que urge, finalmente, introducir orden y conformidad con la ley. Felizmente ya no está más lejos el tiempo en que una barredura sana será hecha entre las innumerables figuras, ridículas incluso, en los campos ocultistas en sí tan serios, las cuales, sí, como se sabe, más gritan y son las más importunas con sus teorías. Lástima es que precisamente esos parlanchines, a través de su conducta, ya hayan extraviado muchos entre los que buscan. La responsabilidad de eso, sin embargo, no tardará y recaerá con terrible fuerza sobre todos aquellos que buscan tratar de estos más serios dominios tan livianamente, pero los descaminados y engañados de esa forma poco lucrarán con eso, pero ellos propios tendrán igualmente que sufrir el perjuicio por haber dejado conducirse tan fácilmente a acepciones erradas. En general, se puede calmamente afirmar que exactamente en el campo ocultista, mientras tanto, el charlar aún es designado con la bella expresión “investigar”, siendo, por consiguiente, la mayoría de los investigadores solamente parlanchines.

Entre los clarividentes existe, por lo tanto, una visión de la fina materia gruesa, una visión de la materia fina y una visión de la entealidad. Todo eso con los respectivos ojos de igual especie. Una visión espiritual permaneció, sin embargo, vedada a los seres humanos, pues para eso debía ser un especialmente convocado, que es agraciado para una determinada finalidad, para que pueda abrir sus ojos espirituales ya en la existencia terrena.

Entre estos, sin embargo, *no* se encuentran los innumerables clarividentes actuales. La mayoría, además, consigue solamente reconocer la materia fina en *uno* de sus varios escalones y, con el tiempo, tal vez abarcar también más escalones. Les son abiertos, por lo tanto, los ojos de materia fina. Raras veces solamente, ocurre que los ojos del cuerpo enteal también vean.

Si, pues, en ocurrencias terrenas especiales, como, por ejemplo, en casos de crímenes u otros, deba ser utilizada una persona clarividente para fines de aclaración, entonces la parte interesada en eso necesita saber del siguiente: el clarividente ve con sus ojos de materia fina, *no* pudiendo, por lo tanto, ver el propio acontecimiento de *materia gruesa* que ocurrió. Cada acontecimiento de materia gruesa, sin embargo, tiene al mismo tiempo sus fenómenos concomitantes de materia fina, que son muchas veces idénticos a las ocurrencias de materia gruesa o, por lo menos, semejantes. Por lo tanto, el clarividente verá, en la práctica de un asesinato, el fenómeno *de materia fina* que ocurrió al mismo tiempo, no lo real de materia gruesa, que es únicamente decisivo para la justicia, según las leyes terrenas hoy vigentes. Ese acontecimiento de materia fina, sin embargo, puede en algunos pormenores desviarse más o menos del acontecimiento de materia gruesa. Es, por consiguiente, errado hablar prematuramente del malogro de la clarividencia o de una visión errónea.

Sigamos, pues, con un asesinato o robo. El clarividente, llamado para la aclaración, verá en parte de modo astral, en parte de modo fino-material. De modo astral, por lo tanto, en la fina materia gruesa, el local de la ocurrencia, de modo fino-material, sin embargo, la propia acción. Sobreviene aún que puede ser ahí también diversas formas de pensamiento originadas en el curso de los pensamientos del asesinato bien como del asesinato o del ladrón. ¡Distinguirlo debe hacer parte de la capacidad de quién conduce las investigaciones! Sólo

entonces el resultado será cierto. Pero, mientras tanto, todavía no existe un dirigente de investigaciones así instruido. Por más grotesco que pueda sonar, en virtud de no poseer en la realidad la mínima analogía, quiero citar, sin embargo, un ejemplo secundario referente a la actividad de un perro policial, que también es utilizado, sí, en la elucidación de crímenes. Con referencia a esos perros policiales, evidentemente, quién los conduce debe conocer de manera exacta el modo de actuación del perro y con él trabajar de modo directo, cooperando incluso muy activamente, como es del conocimiento de los iniciados. Se necesita imaginar, pues, esa manera y trabajar solamente de forma mucho más ennoblecida, tenemos entonces la actividad del trabajo conjunto de un dirigente de investigaciones y de un clarividente para la aclaración de crímenes. También aquí el dirigente de investigaciones debe ser quien trabaja activamente y quien calcula observando y quien asume la mayor parte de la actividad, mientras el clarividente continuará solamente como auxiliar, trabajando pasivamente. Para cada juez debe preceder un largo estudio de tal actividad, antes que pueda a eso dedicarse. Es un estudio mucho más difícil de lo que la jurisprudencia.

69. En el reino de los demonios y de los fantasmas

Para tal aclaración es necesario antes el saber de que el ser humano terreno no se halla en la Creación primordial, pero en una Creación posterior. La Creación primordial es, única y exclusivamente, el *reino espiritual* realmente existente por si, conocido por las criaturas humanas como el Paraíso, cuyo ápice constituye el Burgo del Grial con el portal hacia el divinal, que se halla fuera de la Creación. La Creación posterior, sin embargo, es el así nombrado “mundo” en su eterno circular orbital, *abajo* de la Creación primordial, y cuyos universos solares aislados están sujetos a la formación y a la desintegración, por lo tanto, al madurar, envejecer y decomponer, porque no han sido criados directamente por el divinal, como la eterna Creación primordial, el Paraíso. La Creación posterior se originó de la voluntad de los primordialmente criados y está sujeta a la influencia de los espíritus humanos en desenvolvimiento, cuyo camino evolutivo pasa a través de esa Creación posterior. Por esa razón también la imperfección en ella, no encontrada en la Creación primordial, que está sujeta a la influencia directa del divino Espíritu Santo.

Para consuelo de los primordialmente criados, totalmente desesperados debido a la imperfección cada vez mayor de la Creación posterior, la cual se hacía sentir cada vez más, fue clamado desde el divinal: “Aguardad aquél que Yo elegí... ¡para vuestro auxilio!”, así como fue interpretado en la leyenda del Grial, razonablemente nítido, como retransmisión proveniente de la Creación primordial. —

Ahora, al propio tema: *cada* acción terrena puede ser considerada solamente como expresión exterior de un proceso interior. Por “proceso interior” se entiende una voluntad de la intuición espiritual. Cada voluntad de la intuición es *acción* espiritual que se torna incisiva para la existencia de un ser humano, pues provoca ascensión o bajada. En caso alguno puede ser colocada en el mismo escalón que la voluntad de los pensamientos. La voluntad de la intuición se refiere al núcleo del propio ser humano, la voluntad de los pensamientos, sin embargo, solamente a un círculo exterior, más débil. Sin embargo, ni siempre ambas necesitan tornarse también terrenalmente visibles, a pesar de su efecto incondicional. La acción terrena, grueso-material, no es necesaria para acumular un karma. Por otro lado, no existe ninguna actividad terrena grueso-material a la cual no debiese preceder una voluntad de los pensamientos o una voluntad de la intuición. La actividad terrenalmente visible, por lo tanto, es dependiente de la voluntad de los pensamientos o de la voluntad de la intuición, pero no lo reverso.

Aquello que es realmente incisivo para la existencia de un espíritu humano, para su ascensión o bajada, está, sin embargo, anclado de modo *más fuerte* en la *voluntad de la intuición*, a la cual la criatura humana casi ni siquiera pone atención, pero para cuyo efecto incondicional, que jamás falla, no hay ningún escape, tampoco cualquier paliativo o adulteración. Solamente en eso reside el verdadero “vivenciar” del espíritu humano; pues la *voluntad de la intuición es la única palanca para el desencadenamiento de las olas de fuerza espiritual*, que se encuentran en la obra del Criador y que esperan solamente el estímulo de la voluntad de la intuición de los espíritus humanos, para llevarlas entonces inmediatamente a la efectividad, de modo múltiplemente aumentado. Exactamente a ese tan importante fenómeno, lo más importante incluso, la humanidad ha puesto poca atención hasta ahora.

Por tal motivo quiero señalar siempre de nuevo hacia un punto principal, aparentemente sencillo, pero que encierra *todo* en si: ¡la *fuerza* espiritual, que prepa la obra de la Creación, *sólo* puede obtener ligazón con la *voluntad de la intuición* de los espíritus humanos, todo lo demás queda excluido de una ligazón!

Ya la voluntad de los pensamientos no puede obtener más ninguna ligazón, mucho menos cualquier *productos* de la voluntad de los pensamientos. ¡Ese hecho excluye *toda* la esperanza de que la *verdadera* fuerza principal en la Creación alguna vez pudiese ser puesta en correlación con cualquiera “invención”! En contra eso es pasado un cerrojo inamovible. El ser humano no conoce la fuerza principal, tampoco sus efectos, pese encontrarse dentro de ella. ¡Lo que éste o aquél pensador o inventor imagine como fuerza primordial, no lo es! Se trata entonces siempre solamente de una energía muy secundaria, de la cual podrán ser descubiertas muchas aún con efectos sorprendentes, sin con eso acercarse siquiera un paso de la fuerza propiamente, de la cual el espíritu humano se sirve diariamente de modo inconciente. ¡Lamentablemente como que jugando, sin poner atención a las horribles consecuencias de esa desmesurada liviandad! En su irrestricta ignorancia, intenta siempre desviar criminosamente la responsabilidad de las consecuencias para Dios, lo que, sin embargo, no lo liberta de la grande culpa con la cual se sobrecarga por su... no querer saber.

Quiero intentar presentar aquí un imagen claro. Una persona, por ejemplo, *intuye* envidia. Se dice comúnmente: “¡La envidia brota desde ella!” Al principio se trata de una intuición genérica, muchas veces ni claramente conciente al espíritu humano. Esa intuición, sin embargo, aún ni siquiera moldeada en determinados pensamientos, por lo tanto, sin tener aún “llegado” al cerebro, ya es aquello que trae en sí la *llave*, que *únicamente* es capaz de establecer ligazón con la “*fuerza viva*”, de formar el puente hacia allá. Inmediatamente fluye entonces tanto de esa “*fuerza viva*”, existente en la Creación para la referida intuición cuanto sea su capacidad de asimilación, que es condicionada por la respectiva fuerza de la intuición. Solamente *con* eso la intuición *humana*, es decir, “*espiritualizada*”, se torna viva en sí y recibe la enorme capacidad generadora (y no fuerza generadora) en el mundo de materia fina, que torna el ser humano señor entre todas las criaturas, la criatura suprema en la Creación. Ese fenómeno, sin embargo, lo deja ejercer también inmensa influencia sobre toda la *Creación posterior*, causando con eso... responsabilidad personal, que criatura alguna además de él en la Creación posterior puede tener, una vez que solamente el ser humano posee la facultad determinante para tanto, la cual reside en la constitución del *espíritu*.

Y solamente *él*, en toda la Creación posterior, contiene espíritu en su amago más íntimo y obtiene por eso, *como tal*, también exclusivamente ligazón con la *fuerza viva superior* que reside en la Creación posterior. Por su parte, los primordialmente criados en el Paraíso son de espíritu *diferente* de lo que los que peregrinan por los mundos, los así llamados seres humanos terrenos, razón por la cual su facultad de ligazón se destine también a una ola de fuerza diferente, más elevada y aún mucho más fuerte, de la cual se utilizan concientemente, pudiendo criar así de modo natural también cosas muy diferentes de lo que los peregrinos de los mundos, a los cuales pertenecen los seres humanos terrenos, cuya ola de fuerza superior es solamente una gradación de la energía latente en la Creación primordial, así como los propios seres humanos terrenos son solamente una gradación de los primordialmente criados.

Lo que hasta hoy ha hecho falta principalmente al saber humano es el conocimiento de las muchas gradaciones de todo aquello que se encuentra en la Creación primordial, que se tornan cada vez más débiles en dirección descendiente, y el reconocimiento de que ellos propios pertenecen solamente a esas *gradaciones*. Si esta comprensión haya una vez penetrado correctamente, entonces cae la presunción de hasta ahora y así el camino hacia la escalada queda libre.

Colapsará entonces por sí, miserablemente, la tonta ilusión de que son los supremos, de que llevan dentro de sí incluso aún algo de divinal y, por fin, restará solamente vergüenza libertadora. Los primordialmente criados, tan más superiores y más valiosos, no poseen tal presunción. Solamente sonríen complacientemente de los perdidos vermes terrenos, tal cual sonríen muchos padres de los parlanchines imaginativos de sus hijos.

Pero volvamos a la intuición. ¡La intuición así fortalecida de una persona, en gradación posterior, genera entonces inmediatamente, de modo natural, una configuración que corporifica muy exactamente *la especie* de la intuición! En ese caso, pues, la envidia. De inicio, la configuración se halla adentro, luego, al lado de su generador, atada a éste por un cordón que nutre. Concomitantemente, sin embargo, bajo el efecto de la ley de atracción de la igual especie, entra ella pronto y naturalmente en contacto con el lugar de concentración de las configuraciones de especies iguales y recibe desde allá vigoroso refuerzo que, juntamente con la nueva configuración, constituye ahora el ambiente de materia fina de la respectiva persona.

En ese intervalo, la intuición sube hasta el cerebro, y aquí despierta *pensamientos* de igual especie, que delinean nítidamente el albo. Así, los pensamientos se tornan canales o vías por donde las configuraciones siguen en dirección hacia un muy determinado albo, a fin de allí causar daños, si encuentren suelo para tanto. La persona visada como albo, teniendo en si solamente suelo puro, por lo tanto, voluntad pura, no ofrece a esas configuraciones ninguna área de agresión, ninguna base de anclaje. Tampoco por eso ellas se tornan acaso nuevamente inofensivas, pero si siguen a vagar aisladamente o se juntan con las especies iguales en sus locales de aglomeración que pueden ser llamados de “planos”, visto estar sujetas a la ley de su gravedad espiritual y, por eso, tienen que formar *determinados* planos, los cuales siempre solamente pueden admitir y prender especies iguales. De esa manera, sin embargo, siguen absolutamente peligrosas para todos aquellos espíritus humanos que no traen en si suficiente pureza en la fuerte voluntad hacia el bien, y llevan por fin también destrucción a sus generadores, una vez que siempre permanecen en ligazón con los mismos, y seguidamente dejan refluir por el cordón que nutre nuevas energías de envidias por sobre ellos, que las propias configuraciones reciben de la aglomeración de las centrales. Por eso no es tan fácil a tal generador entregarse nuevamente a intuiciones más puras, porque queda fuertemente tullida debido al reflujo de las energías de envidia. Es continuamente arrancado de eso. Es forzado a emplear mucho más esfuerzos para la escalada, de lo que un espíritu humano que no esté de tal modo tullido. Y solamente ante una constante voluntad pura, fenece, poco a poco, un cordón que nutre del mal, hasta que por fin, secando, caiga sin fuerzas. Esto es la liberación del generador de tal mal, bajo la condición que su configuración no haya hasta ahí causado daño; pues entonces *entrarán* pronto *nuevas* ligazones en vigor, las cuales también deben ser rescatadas.

Para una disolución de tales hilos, se hace necesario, entonces, un nuevo encuentro, en el Aquí o en el más Allá, con las personas perjudicadas por ese mal, hasta que ahí surjan el reconocimiento y el perdón. La consecuencia de eso es que una escalada del generador de tales configuraciones no podrá preceder la escalada de aquellos que fueron así alcanzados. Los hilos de ligazón o del destino lo retienen, en cuanto no ocurra una disolución por la reparación y por el perdón.

¡Pero eso todavía no es todo! ¡Esa voluntad de la intuición tiene, bajo el refuerzo de la “fuerza” viva, un efecto aún mucho mayor; pues no solamente puebla el mundo de materia fina, pero también conduce los destinos de toda la Creación posterior, a la cual pertenece la Tierra y todos los astros circunvecinos! Interfiere, por lo tanto, también en la materia gruesa. ¡De modo constructivo o destructivo! A tal respeto debía el ser humano finalmente reconocer cuantos disparates ya cometió, en lugar de cumplir sus deberes oriundos de las facultades de su espíritu, para la bendición de esta Creación posterior y de todas las criaturas. Muchas veces el ser humano pregunta por qué la lucha se manifiesta en la naturaleza y, sin embargo, el enteal en la Creación posterior se orienta... ¡según la índole de las criaturas humanas! A excepción de los enteales primordialmente criados. – Pero prosigamos:

¡Los productos de la voluntad de la intuición del espíritu humano, las configuraciones antes mencionadas, no dejan de existir después que se desprenden de su generador, pero siguen existiendo de manera *autónoma*, en cuanto estén recibiendo nutrición de los espíritus humanos que tienen la misma especie que ellas! No es necesario que sea su propio generador. Buscan oportunidad para agarrarse a éste o a aquél ser humano dispuesto a tanto o también a seres humanos débiles para una defensa. Son ellas, en el malo sentido, *los demonios*, oriundos de la envidia, del odio y de todo cuando es similar. En el buen sentido, sin embargo, son entes bienhechores, que establecen la paz con amor y favorecen la ascensión.

En todos esos fenómenos no es absolutamente necesaria una acción terrenalmente visible de las personas, ella añade solamente nuevas cadenas o hilos que habrán que ser rescatados en el plan de la materia gruesa, tornando necesaria una reencarnación, si la remisión no pueda realizarse en una vida terrena.

Esas configuraciones de la voluntad de la intuición del ser humano contienen *en si* fuerza, porque se originan de la voluntad *espiritual* en ligazón con la “fuerza principal neutra” y, lo que es el más importante, porque *con eso*, cuando son formadas, reciben en si algo del *enteal*, es decir, *aquella* especie desde donde se desenvuelven los gnomos, etc. La voluntad de un animal no puede realizar eso, porque el alma del animal nada tiene de espiritual en si, pero solamente del enteal. Es, por lo tanto, un fenómeno que *solamente* se realiza en las configuraciones de la voluntad de la intuición humana, que por eso tiene que traer grande bendición en el caso de voluntad *buena*, pero incalculable desgracia en el caso de voluntad mala, porque un núcleo enteal de tales configuraciones posee *fuerza impulsadora propia*, atada a la capacidad que influencia sobre todo lo que es de materia gruesa. Y, con eso, la responsabilidad del espíritu humano aumenta enormemente. Su voluntad de la intuición cría, de acuerdo con su especie, los *entes de voluntad buena*, así como también los *demonios* vivos.

Ambos son exclusivamente productos de la capacidad del espíritu humano en la Creación posterior. Sin embargo, su núcleo naturalmente impulsador, y con eso imprevisible en su acción, *no* se origina de la *entealidad con capacidad de voluntad*, desde donde provienen las almas de los animales, pero *de una gradación inferior a eso, que no posee capacidad de voluntad propia*. Existen también en la entealidad, así como en la región del espíritu situada por sobre ella, muchas gradaciones y determinadas especies, sobre la cual todavía debo hablar en especial. *(Disertación Nro. 49: La diferencia en el origen entre el ser humano y el animal)

Para aclaración adicional, sirva todavía que el enteal *también* encuentra contacto con una fuerza viva, latente en la Creación, que, sin embargo, no es la misma a la cual la voluntad del espíritu humano tiene ligazón, pero solamente una gradación de eso.

Precisamente las variadas posibilidades e imposibilidades de ligazón son los más severos guardianes del orden en la Creación posterior, resultando en firme e inamovible estructura en todo el formar y decomponer.

Tan lejos, por lo tanto, alcanza la actuación del espíritu humano. Sobre eso mirad hoy a los seres humanos, los observando correctamente, y podréis imaginar cuánta desgracia ya causaron. ¡Principalmente cuando ahí sean consideradas las ulteriores consecuencias de la actividad de esas configuraciones vivas, que son lanzadas, si, por sobre todas las criaturas! Es, pues, como la piedra que, una vez lanzada por la mano, queda afuera del control y de la voluntad de quién la lanzó.

Al lado de esas configuraciones, para las cuales la descripción de su extensa actividad e influencia sería necesario un libro entero, existe una otra especie que está en íntima ligazón con las mismas, pero que constituye una sección *más débil*. A pesar de eso, es aún bastante peligrosa para molestar muchas personas, obstarlas y incluso llevarlas al desasosiego. Son las configuraciones de los pensamientos. Por lo tanto, las formas de pensamientos, los fantasmas.

La voluntad de los pensamientos, por lo tanto, el producto del cerebro terreno, al contrario de la voluntad de la intuición, no posee la capacidad de entrar en ligazón directa con la fuerza principal neutra existente en la Creación. Debido a eso hace falta a tales formas también el núcleo autónomo de las configuraciones de la intuición, las cuales, en comparación con las almas de los animales, podemos llamar solamente de “*sombras* anímicas enteales”. Las formas de pensamientos permanecen incondicionalmente dependientes de su generador, con lo cual están atadas de manera semejante a las configuraciones de la voluntad de la intuición. Por lo tanto, ante un cordón que nutre, que forma simultáneamente la vía para los efectos de retorno de la reciprocidad. Sobre esa especie, sin embargo, ya anteriormente hablé una vez de forma pormenorizada en la disertación “Formas de Pensamientos”. *(Disertación Nro. 22) Por eso, puedo ahorrar una repetición en ese punto.

Las formas de pensamientos son, en relación a la ley de la reciprocidad, el escalón más débil. A pesar de eso, aún actúan de forma bastante desastrosa, pudiendo causar no solamente la ruina de espíritus humanos aislados, pero incluso de grandes masas, bien como contribuir para la devastación de partes enteras del Universo, apenas cuando sean excesivamente nutridas y cultivadas por las criaturas humanas, recibiendo así un poder no imaginado, conforme ocurrió en los últimos milenios.

Así, todo el mal se originó *solamente* a través de los propios seres humanos. ¡A través de su incontrolada y errada voluntad de la intuición y de los pensamientos, bien como a través de su imprudencia en eso! —

Estos dos dominios, el reino de las configuraciones de la voluntad de la intuición y el reino de las formas de la voluntad de los pensamientos humanos, donde, naturalmente, también espíritus humanos reales son obligados a vivir, constituían exclusivamente el campo de trabajo y de visión de los mayores “magos” y “maestros” de todos los tiempos, que ahí se enredan y por ultimo, por ocasión del traspase, también ahí quedan detenidos. ¿Y hoy?

Los “grandes maestros en el ocultismo”, los “iluminados” de tantas sectas y tiendas masónicas... ¡no están en situación mejor! Maestros son ellos solamente *en esos* reinos. Viven entre sus propias configuraciones. ¡Solamente *allí* pueden ser “maestros”, no, sin embargo, en la *verdadera vida del más Allá!* Tan lejos nunca va el poder y la maestría de ellos.

Criaturas humanas dignas de lastima, no importando si profesan la magia negra o la blanca, conforme la especie de la voluntad, mala o buena... se tenían y se tienen poderosas en la fuerza del espíritu, cuando, en la verdad, son menos de lo que una persona *ignorante* a tal respecto. Ésta, con su sencillez infantil, se encuentra muy *encima* de los campos de actuación, ya por si inferiores, de tales ignorantes “príncipes del espíritu”, por lo tanto, *más elevada* en el espíritu de lo que éstos.

Todo sería, sí, muy bello y bueno, si los efectos de la actuación de tales sumidades pudiesen recaer retroactivamente *solamente* sobre ellos propios, pero tales “maestros”, con sus esfuerzos y actividades, dejan más movidas las camadas inferiores, por si propias insignificantes y, sin necesidad, las agitan, las fortalecen, así, a punto de tornarlas peligrosas para todos los débiles en la defensa. Para otros, quedan felizmente inocuas; pues un espíritu humano ingenuo, que se alegra con su existencia de manera infantil, se eleva sin más ni menos *hacia allá* de esas camadas inferiores, en las cuales los sabelotodos revuelcan, terminando por quedar allí presos por las formas y configuraciones fortalecidas por ellos propios. Por más serio que eso deba ser considerado, al ser visto desde encima, se presenta indeciblemente ridículo y triste, indigno del espíritu humano. Pues, inflados por falsa presunción y adornados de bisuterías, rastrean y hormigean activamente al rededor, a fin de insuflar vida a un tal reino. Un reino de sombras en el más verdadero sentido, un mundo entero de *apariencias*, que se torna capaz de simular todo lo posible y lo imposible. ¡Y aquél, que lo evocó primero, por fin no es capaz de expulsarlo nuevamente, tiene que sucumbir!

Muchos, pues, examinan con ahínco, para allá y para acá en esas capas inferiores, suponiendo con orgullo qué altura colosal alcanzaron de esa manera. Un espíritu humano, claro y sencillo, sin embargo, puede pasar descuidadamente, sin más ni menos, por esas capas inferiores, sin tener que ahí detenerse de algún modo.

¿Qué debo aún decir sobre tales “sumidades”? Ni uno siquiera daría oídos a eso, una vez que en su reino de apariencia pueden por cierto lapso de tiempo aparentar lo que en la verdadera existencia *del espíritu vivo* jamás conseguirán ser; pues allá está determinado para ellos: “servir”. Entonces el querer ser maestro cesa rápidamente. ¡Por ese motivo luchan contra eso, visto que mucho les es tomado por la verdad! Hace falta el coraje para soportar eso. ¿Quién dejaría caer de buen agrado toda la estructuración de su imaginación y de sus vanidades? ¡Hubiera que ser de hecho una *persona correcta* y realmente *grande*! Y una tal no hubiera caído en tales trampas de la vanidad.

Sólo una cosa ahí es entristecedora: cuántas, o mejor dicho, cuán pocas personas son tan aclaradas y firmes en sí; cuán pocas aún disponen de tan infantil y alegre ingenuidad, a fin de poder transponer *ilesas* esos planos, livianamente criados y continuamente fortalecidos por la voluntad de los seres humanos. Para todas las demás, sin embargo, será conjurado con eso un peligro que sólo aumenta constantemente.

¡Si los seres humanos, finalmente, pudiesen tornarse *realmente videntes* en eso! Cuánta desgracias podría ser evitada. A través de una intuición más pura, del pensar puro de cada ser humano, todos los planes sombríos y oscuros del más Allá habrían que quedar pronto tan debilitados, que incluso a los espíritus humanos allí retenidos y en lucha llegaría una redención más rápida, porque conseguirían librarse más fácilmente del ambiente tornado más débil. —

Exactamente como tantos grandes “maestros” aquí en la Tierra, también en el más Allá espíritus humanos vivencian todo como siendo enteramente *legítimo* en los diversos ambientes, en las formas y en las configuraciones, sea en las regiones sombrías e inferiores, o en las de materia fina ya más elevadas, más agradables... el miedo como también la alegría, el desespero como la redención libertadora... ¡y, sin embargo, ni se encuentran ahí en el reino de la verdadera vida, *pero la única cosa realmente viva ahí son solamente ellos propios*! Todo lo demás, su muy variado y mutable ambiente, sólo puede existir a través de ellos mismos y de sus semejantes aquí en la Tierra.

Incluso el propio infierno es solamente producto de los espíritus humanos, existiendo, con efecto, y trayendo en sí también serio peligro, desencadenando sufrimientos horribles, y, sin embargo, dependiente totalmente de la voluntad de todos aquellos seres humanos cuyas intuiciones suplen el infierno con fuerza para la existencia, a partir de la fuerza neutra de Dios, a la cual se encuentra en la Creación para utilización de los espíritus humanos. ¡El infierno, por lo tanto, no es institución alguna de Dios, pero una obra de las criaturas humanas!

Quién reconoce *eso* bien, aprovechando entonces conscientemente ese reconocimiento, ayudará a muchos, también él propio escalará más fácilmente hacia la Luz, *donde únicamente se encuentra toda la verdadera vida*.

¡Si los seres humanos por lo menos una vez aún se abriesen *al punto* de tornarse aptos a presentir qué tesoro está a su disposición en esta Creación! Un tesoro que debe ser encontrado y erguido por cada espíritu humano individualmente, es decir, *que debe ser utilizado conscientemente*: la fuerza neutra principal, tantas veces por mí mencionada. Ella no conoce la diferencia entre el bien y el mal, pero si se encuentra afuera de tales conceptos, es simplemente “*fuerza viva*”.

Cada voluntad de la intuición de una persona actúa *como llave* de ese tesoro, establece contacto con esa fuerza sublime. Tanto la voluntad buena como la voluntad mala. Ambas son reforzadas y vivificadas por la “fuerza”, porque ésta reacciona inmediatamente a la voluntad de la intuición del espíritu humano. Y *solamente* a ésta, nada más allá de eso. La especie de la voluntad es determinada por el ser humano, está exclusivamente en sus manos. La fuerza no conduce ni lo que es bueno, tampoco lo que es malo, pero ella es simplemente “fuerza” y vivifica lo que el ser humano quiso.

Importante es saber aquí, sin embargo, que el ser humano no lleva en si mismo esa fuerza vivificadora, *pero posee solamente la llave para eso, en la capacidad de sus intuiciones*. Es, por lo tanto, administrador de esa fuerza criadora y formadora, que actúa en acuerdo con su voluntad. Por ese motivo, tiene que prestar cuentas de la actividad administrativa que ejerce a cada hora. Inconscientemente, sin embargo, juega así con fuego, cual niño ignorante y, por eso, como tal, causa grandes daños. ¡No tiene necesidad, sin embargo, de ser ignorante! ¡Ése es *su* error! ¡Todos los profetas y por ultimo el Hijo de Dios se empeñaron en proveer claridad al respecto de ese punto ante parábolas y enseñanzas, en mostrar el camino que las criaturas humanas deben seguir, *de qué manera* deben intuir, pensar y actuar, a fin de proceder de *modo cierto!*

Fue, sin embargo, en vano. Con ese poder inconmensurable, confiado a ellos, los seres humanos seguirán jugando solamente según su *propio* parecer, sin oír las advertencias y consejos de la Luz, y llevan así por fin el colapso y la destrucción de sus obras y también de si propios; pues esa fuerza actúa de modo enteramente neutro, fortalece tanto la buena como la mala voluntad de un espíritu humano, pero debido a eso destruye, de modo frío y sin hesitar, también el vehiculo y el conductor, como ocurre con automóviles conducidos erradamente. El imagen es seguramente bastante clara en fin. Ante la voluntad y los pensamientos, los seres humanos conducen los destinos de toda la Creación posterior, bien como también los de ellos mismos, y nada saben de eso. ¡Favorecen el florecer o el fenecer, pueden alcanzar elevación en la mayor armonía o también aquella confusión caótica que *actualmente* se pasa! En lugar de construir sensatamente, solamente malbaratan sin necesidad el tiempo y la energía con tantas vanidosas futilidades. Sensatos llaman a eso ahora de castigo y juicio, lo que en cierto sentido está correcto, y, sin embargo, han sido los *propios* seres humanos que forzaron todo cuanto ahora ocurre.

Hubo ya muchas veces pensadores y observadores que presintieron todo eso, pero se equivocaron en la errónea suposición de que ese poder del espíritu humano se manifestase como una señal de la propia divinidad. Eso es un engaño, resultado solamente de observación externa y unilateral. El espíritu humano no es ni Dios, tampoco divino. Esos tales, que pretenden ser sabios, sólo ven el aspecto externo de los fenómenos, pero no el núcleo. En los efectos, confunden la causa. Y, lamentablemente, se originaron de esa insuficiencia muchas doctrinas erróneas y presunciones. Por eso, una vez mas acentúo: la fuerza de Dios que perfluye permanentemente la Creación, y que en ella reside, es *solamente prestada* a todos los espíritus humanos. ¡Ellos pueden *dirigirla, cuando se utilizan* de ella, pero no la contienen en si, *ella no les pertenece!* Tal fuerza pertenece solamente al divinal. Éste la emplea, sin embargo solamente hacia el bien, porque el divinal tampoco conoce las tinieblas. ¡Los espíritus humanos, sin embargo, a los cuales ella es prestada, criaron con eso para si un antro de asesinos!

Por eso más una vez clamo insistentemente a todos: ¡conservad puro el foco de la voluntad y de vuestros pensamientos, con eso estableceréis la paz y seréis felices! De ese modo la Creación posterior, finalmente, aún se asemejará a la Creación primordial, en la cual reinan solamente Luz y alegría. ¡Todo eso está en las manos de los seres humanos, en la

capacidad de cada espíritu humano autoconsciente, que no más permanece un extranjero en esta Creación posterior! — —

Muchos de mis oyentes y lectores, íntimamente, desearán que yo aún adjunte a las aclaraciones algun imagen que condice con tal fenómeno, proporcionando un panorama vivo para mejor comprensión. A otros, por su parte, esto estorbará. Puede haber también los que digan a si mismos que yo con eso debilito la seriedad de lo que fue dicho, porque la reproducción de un fenómeno vivo en esos planos fácilmente puede ser considerada como fantasía o videncia. Algo semejante incluso ya tuve que oír, cuando he publicado mis disertaciones: “El Santo Grial” y “Lucifer”. Sin embargo, las personas que investigan a fondo, y que no tienen los oídos espirituales cerrados, intuirán también aquello, para lo que eso es dicho por mí. A éstas, únicamente, se destina también el imagen que quiero dar al respecto; pues sabrán que no es fantasía tampoco videncia, pero si mucho más.

Tomemos, pues, un ejemplo: una madre puso fin a su vida por ahogamiento, arrastrando consigo a la muerte terrena su hijo de dos años. Al despertar en el más Allá, ella se encuentra entonces ahondando en aguas lóbregas, lodosas; pues el ultimo y terrible momento del alma se tornó vivo en la materia fina. Es el lugar donde todas las especies iguales sufren la misma cosa junto con ella, en continuado tormento. Conserva en los brazos su hijo, que a ella se agarra con angustia mortal, aunque en el acto terrenal ella lo haya lanzado *antes* a las aguas. Esos terribles momentos ella tendrá que vivenciar durante un período menor o mayor, de acuerdo con su constitución anímica, deberá quedar, por lo tanto, se ahogando permanentemente, sin que ahí llegue a un fin, sin perder la conciencia. Puede durar decenios o aún más, hasta que despierte en su alma el legitimo grito de socorro, basado en pura humildad. Eso no ocurre con facilidad; pues en su alrededor solamente existe especie igual, pero ninguna Luz. Oye solamente maldiciones horribles e imprecaciones, palabras crudas, ve solamente brutal falta de consideración.

Con el tiempo, entonces, tal vez le irrumpa en primer lugar el impulso de por lo menos proteger el hijo de aquello, o de sacarlo de aquel ambiente horrible y del peligro y tormento continuos. Angustiada, en el propio tener que ahondarse, ella lo mantiene, por eso, encima de la superficie fétida y viscosa, en cuanto muchas otras figuras a su alrededor, agarrandose a ella, buscan arrastrarla consigo hacia las profundidades.

Esas aguas pesadas como plomo son los pensamientos vivificados en la materia fina, pero aún sin contornos nítidos, de los suicidas por ahogamiento, bien como de todos aquellos que aún se encuentran en la Tierra y se ocupan con pensamientos semejantes. Éstos tienen ligazón entre si y, se atrayendo de modo recíproco, conducen mutuamente siempre nuevos refuerzos, con lo que los tormentos se renovan infinitamente. Tales aguas habrían que secar, si en lugar de esos aflujos de igual especie afluyesen de la Tierra olas de pensamientos refrescantes, alegres, llenos de vida.

La preocupación, pues, por el niño, el cual el instinto natural materno puede con el tiempo aumentar hasta un amor dedicado y cuidados, recibe fuerza bastante a fin de formar el primer escalón de escalera de salvación para la madre, que la conduce hacia afuera de ese tormento que ella misma creó para si, ante tal fin prematuro de su existencia terrena. Al desear ahora resguardar el niño del tormento para lo cual ella propia lo arrastró, ella nutre algo de más noble en si, lo que por fin consigue elevarla hacia el próximo ambiente, no tan lúgubre.

El niño en sus brazos no es, en la realidad, el alma viva del hijo que ella arrastró consigo hacia las aguas, lo matando. Tal injusticia no puede ocurrir. En la mayoría de los casos, el alma viva del niño juega en parajes soleadas, mientras el niño en los brazos de la madre en lucha es solamente... un fantasma, una configuración viva de la intuición de la asesina y también... ¡del niño! Puede ser entonces una configuración de culpa, originada, por lo tanto,

bajo la presión de la conciencia de culpabilidad, o una configuración del desespero, del odio, del amor, no importa, la madre supone que sea el propio hijo vivo, porque la configuración se asemeja perfectamente al niño y así también se mueve, llora, etc. No quiero entrar en tales pormenores tampoco en las muchas variaciones.

Innumerables fenómenos podrían ser descritos, cuyas especies siempre se encuentran atadas precisamente a las acciones precedentes.

Una cosa, sin embargo, aún quiero mencionar como ejemplo, de que modo ocurre la transición del Aquí hacia el más Allá.

Admitamos que una señora o una joven haya llegado en la situación no deseada de ser madre y que, conforme lamentablemente ocurre muy frecuentemente, haya hecho algo en contra eso. Aunque todo haya ocurrido, en casos especialmente favorables, sin perjuicios *corpóreos*, sin embargo, con eso el acto no está concomitantemente remido. El mundo de materia fina, como ambiente después de la muerte terrena, registra de modo exacto y no influenciado. Desde el momento en que eso ocurrió, se agarró al cuello de materia fina de la madre irresponsable el cuerpo de materia fina del niño en formación, para no salir de ese lugar hasta que el acto sea remido. Evidentemente, esto la respectiva joven o señora no notará en cuanto vivir en la Tierra, en el cuerpo de materia gruesa. En el máximo sentirá, como efecto, vez u otra, cierta sensación ligeramente angustiante, porque el pequeño cuerpo de materia fina del niño en relación al cuerpo de materia gruesa tiene la ligereza de una pluma, y la mayoría de las jóvenes, hoy, es demasiado embotada para sentir ese pequeño fardo. Ese embotamiento, sin embargo, no constituye ningún progreso, tampoco una señal de salud robusta, al contrario, significa retroceso, la señal de estar enterrada anímicamente.

En el momento de la muerte terrena, sin embargo, el peso y la densidad del pequeño cuerpo infantil en ella adherido se tornan *iguales* a los del cuerpo de materia fina de la madre al salir del cuerpo terreno, y con eso un auténtico fardo. Causará al cuerpo de materia fina de la madre, inmediatamente, los mismos incómodos como en la Tierra el agarrarse de un cuerpo infantil de materia gruesa a su cuello. Conforme la naturaleza de los hechos anteriores, eso puede crecer hasta un tormento asfixiante. Tendrá la madre que cargar en al más Allá ese cuerpo infantil y de él no estará libre hasta que en ella despierte el amor materno, buscando entonces, de modo cuidadoso, proporcionar al cuerpo infantil todas las facilidades y cuidados, penosamente y con sacrificio de la propia comodidad. ¡Hasta ahí, sin embargo, muchas veces hay un camino largo, lleno de espinos!

Esos acontecimientos no dejan de tener naturalmente también una cierta alegría triste. Basta solamente imaginar que una persona cualquiera, de la cual haya sido retirada la pared separadora entre el Aquí y el más Allá, entre en una familia o reunión social. Ahí tal vez se encuentren señoras sentadas en animada charla. Una de las señoras o “doncellas” emite con revuelta moral durante la charla juicios reprobadores sobre sus semejantes, en cuanto que la visita ve, colgado justamente en el cuello de aquella tan revuelta o orgullosa, uno o hasta varios pequeños cuerpos infantiles. Y no solamente eso, pero en *cada una* de las demás personas cuelgan las obras de su verdadera voluntad, nítidamente visibles, que frecuentemente se encuentran en la más grotesca oposición con sus palabras y con aquello que a ella le gustaría aparentar y que también busca representar ante el mundo.

Cuántas veces un juez se encuentra mucho más sobrecargado de culpa delante un reo por él propio condenado de lo que éste lo es. Cuán veloces pasarán los pocos años terrenos, y entonces él estará delante de su juez, ante lo cual valen otras leyes. ¿Y qué, entonces?

Lamentablemente, en la mayoría de los casos, el ser humano consigue engañar el mundo de materia gruesa de modo fácil, en el mundo de materia fina, al contrario, eso es imposible. Allá, felizmente, el ser humano *tendrá* que cosechar realmente aquello que sembró. Por eso

nadie necesita desesperarse si aquí en la Tierra, temporalmente, la injusticia mantenga el predominio. Ni siquiera un único mal pensamiento permanecerá inexplorado, aunque no se haya concretizado en una acción de materia gruesa.

70. Aprendizaje del ocultismo, alimentación de carne o alimentación vegetal

Las tendencias, tanto del aprendizaje del ocultismo como de la así llamada reforma de la vida, eligieron un elevado albo, alcanzarlo significa una nueva etapa en el desenvolvimiento de la humanidad. El tiempo de la concretización de esos valiosos *albos* también vendrá. Los esfuerzos que ahora surgen para ese fin solamente hacen parte del proceso de fermentación de esa nueva era.

¡Sin embargo, mientras los líderes de las tendencias ocultistas, imbuidos de la mejor intención, tomaron un camino totalmente errado en el terreno a ellos mismos desconocido, que no consigue nada más sino abrir libre pasaje hacia las tinieblas y exponer la humanidad a peligros aumentados en el más Allá, los así nombrados reformadores de la vida, para conseguir su albo digno de alabanza, van mucho más allá del mismo, en relación a la *época actual!* Las actividades de ambas las partes deben ser emprendidas diferentemente. Los ejercicios espirituales exigen, desde la base, una manera *más elevada* de lo que hasta ahora practicados. Debe ser tomado ahí un camino totalmente diferente, a fin de poder llegar hacia las alturas. El actual camino lleva únicamente al pajonal inferior del más Allá, donde la mayor parte de los seguidores es enteramente enlazada por las tinieblas y arrastrada hacia bajo.

El camino *cierto* tiene que conducir *hacia el alto ya desde el inicio*, y no debe perderse primero en ambientes inferiores y, en lo máximo, de nivel idéntico. Los dos caminos no tienen ninguna semejanza, ya son completamente diferentes en su especie básica. El camino cierto pronto eleva interiormente, sigue, por lo tanto, ya desde el inicio hacia arriba, sin tocar antes en el ambiente de materia fina equivalente, mucho menos aún en lo más inferior; pues eso es desnecesario, una vez que en el sentido normal sólo debe haber un anhelar desde la Tierra hacia arriba. Por eso, sea una vez más advertido con relación a toda la acrobacia del espíritu.

Durante su existencia terrena, el espíritu necesita para el *pleno* cumplimiento de su finalidad de existir, imprescindiblemente, de un cuerpo sano y robusto, terrenalmente en estado normal. En alterarse ese estado del cuerpo, tal alteración perturba la armonía urgentemente necesaria entre el cuerpo y el espíritu. *Solamente ésa* provee un desenvolvimiento sano y fuerte del espíritu, que no admite excrecencias malsanas.

El cuerpo sano y no oprimido, debido a su estado normal, armonizará siempre con el espíritu de modo absolutamente natural, brindándole así una base firme en la materialidad, en la cual el espíritu no se encuentra sin finalidad, y proveyéndole, con eso, el mejor auxilio para cumplir de modo integral esa su finalidad de auto desenvolvimiento y concomitante beneficio de la Creación.

Cada cuerpo genera determinadas irradiaciones que el espíritu necesita impreteriblemente para su actividad en la materialidad. Es esa, antes de todo, la tan misteriosa fuerza sexual, que permanece independiente del impulso sexual. En el caso de una alteración de la armonía entre el cuerpo y el espíritu, esa fuerza que actúa traspasando e irradiando es tirada hacia otra dirección y, con eso, debilitada en su finalidad real. Eso causa un estorbo o una paralización del cumplimiento en la existencia del espíritu en la materialidad. La consecuencia de eso es que también el espíritu no puede llegar a un desenvolvimiento normal y, por esa razón, incondicionalmente, tendrá que regresar extenuado en algún punto ulterior de su anhelada escalada, a fin de, por la naturaleza de la cosa, una vez más recuperar una gran parte de su curso evolutivo. Pues lo que él negligencia en la materia gruesa no lo puede recuperar en la materia fina, porque allá le hacen falta para tanto las irradiaciones del cuerpo de materia gruesa. Tendrá que volver, para llenar esa laguna.

También en esos acontecimientos se encuentra una tan nítida objetividad, un fenómeno tan natural y sencillo, que ni puede ser diferente. Cualquier niño no tendrá dudas sobre eso, y lo encontrará lógico, una vez que haya comprendido acertadamente las leyes básicas. Exige a mi aún toda una serie de disertaciones, para traer la Creación grandiosa tan cerca de la humanidad, para que ella pueda abarcar con la vista, aunque regresiva y progresivamente, todos los fenómenos en sus consecuencias más naturales en la incomparable y maravillosa conformidad de leyes.

Ese desvío de la fuerza sexual, necesaria al espíritu en la materialidad, puede ocurrir de diversas maneras. Por exceso de las prácticas sexuales o solamente por su excitamiento. También como por el aprendizaje del ocultismo o por los falsos ejercicios espirituales, cuando el espíritu se apodera violentamente de esa fuerza del cuerpo madurado para desperdiciarla en esa especie de actividad errada e inútil. En ambos los casos una utilización errada que, con el tiempo, deberá resultar también la debilidad del cuerpo. El cuerpo debilitado, por su vez, no puede producir más irradiaciones tan fuertes como el espíritu realmente de ellas necesita, y así uno enferma debido al otro, más y más. Se llega de ese modo a una unilateralidad que *siempre* se procesa en detrimento de la finalidad correcta, produciendo por eso daños. No quiero entrar aquí en pormenores sobre otros desvíos, donde el espíritu, idénticamente, necesita demasiado de la fuerza sexual para finalidades erradas, no disponiendo por eso del suficiente para la finalidad principal, como en la absurda lectura de libros que dejan surgir en la fantasía un falso mundo y otras cosas más.

En todos esos casos el espíritu llega *inmaturo* al mundo de materia fina y lleva consigo también un cuerpo de materia fina *débil*. Las consecuencias de tales pecados terrenos intervienen en todo el ser de materia tan incisiva, que cada ser humano tendrá que pagar por eso con peso múltiplo. Tal negligencia, tal actuación errada durante el tiempo terreno, se adhiere entonces a él de modo inhibitorio, y se torna para él cada vez más pesada, hasta que él, como ya fue dicho, en un cierto punto de su escalada, no puede más proseguir, y entonces tiene que regresar hacia allá, donde su actuación errada se inició. Es hasta el límite, donde aún poseía su armonía.

La fuerza de un espíritu desarrolló por el aprendizaje del ocultismo, con perjuicio del cuerpo, es también solamente *aparente*. El espíritu entonces *no es fuerte*, pero si como una planta de invernadero, que mal puede resistir al viento, mucho menos aún a las tempestades. Un tal espíritu es *malsano*, y no evolucionado. El estado corresponde a una fiebre producida artificialmente. También el enfermo febril puede disponer temporalmente de energías extraordinarias, para entonces recaer aún más en la debilidad. Pero lo que para el enfermo febril representa solamente segundos y minutos, para el espíritu corresponde a decenios y siglos. Llegará el momento en que todo eso se vengará amargamente. ¡Por eso, advierto una vez más! —

Por toda la parte la armonía es la única cosa cierta. Y únicamente el *camino del medio* proporciona armonía en todo. La belleza y la fuerza de la armonía son, pues, tan frecuentemente cantadas. ¿Por qué no se quiere dejarla valer aquí, pero destruirla absolutamente?

Todos los aprendizajes del ocultismo en el modo de ser de hasta ahora son errados, aunque el alba sea elevado y necesario. —

Totalmente diferente es con los guías y los adeptos de las así nombradas reformas de la vida. El camino aquí es cierto, si, pero se quiera hacer ya *hoy aquello* que *solamente* será adecuado para desde aquí a *generaciones*, y por esa razón es hoy, en el efecto final, no menos peligroso para la mayoría de los seres humanos. *Hace falta la transición necesaria*. ¡La época para el inicio está ahí! ¡Sin embargo, no se debe sin más ni menos saltar hacia adentro de ella con los dos pies, al contrario, se debe conducir la humanidad *lentamente* a través de ella. Para

eso decenios no bastan! Conforme se practica actualmente, ocurre, en la realidad, aunque con aparente bien-estar del cuerpo, una debilidad debido a la velocidad de la transición. ¡Y el cuerpo así debilitado jamás conseguirá fortalecerse de nuevo!

¡Alimentación vegetal! Produce, muy acertadamente, el refinamiento del cuerpo humano, un ennoblecimiento, también el fortalecimiento y grande saneamiento. Con eso también el espíritu es aún más elevado. *Sin embargo, todo eso no es ya para la humanidad de hoy.* Se siente la falta de una dirección ponderada en esas tendencias y luchas. Para el cuerpo de hoy no basta, en circunstancia alguna, una alimentación vegetal así de inmediato, como se intenta tan frecuentemente. Es muy bueno, cuando empleada temporalmente, y tal vez durante años en enfermos, indispensable incluso, para curar algo o, fortaleciendo unilateralmente, ayudar en alguna parte, esto, sin embargo, no es para durar mucho tiempo. Deberá entonces ser reiniciada lentamente la alimentación a que hoy los seres humanos están tan acostumbrados, acaso si el cuerpo deba mantener su plena fuerza. La apariencia de bien-estar engaña. Seguramente es muy bueno cuando también los sanos una vez se utilizan durante algún tiempo exclusivamente de la alimentación vegetal. Sin duda se sentirán bien con eso y, igualmente, sentirán un libre impulso de su espíritu. Pero eso es causado por el *cambio*, como cualquier cambio refresca, también espiritualmente.

Si, sin embargo, mantengan la alimentación unilateral repentinamente para siempre, no notarán entonces que, en la realidad, también se tornan más débiles y para muchas cosas más sensibles. La serenidad y el estado de equilibrio, en la mayoría de los casos, no constituyen fuerza alguna, pero antes una debilidad de bien determinada especie. Se presenta de manera agradable y no opresiva, por no tener su origen en una enfermedad.

El equilibrio es semejante al equilibrio de la *vejez* aún sana, con excepción del cuerpo quedando más débil. Está, por lo menos, mucho más próximo de esa especie de debilidad, de lo que de la debilidad de una enfermedad. El cuerpo no puede ahí, por la falta repentina de aquello a que está acostumbrado desde milenios, reunir aquella fuerza sexual de la cual el espíritu necesita para el pleno cumplimiento de su finalidad en la materialidad. —

Muchos fervorosos vegetarianos lo perciben por la leve moderación del impulso sexual, lo que saludan alegremente como progreso. Eso, sin embargo, no es de modo alguno la señal del ennoblecimiento de su espíritu a través de la alimentación vegetal, pero si la *disminución* de la fuerza sexual, que debe causar igualmente la disminución de su elevación espiritual en la materialidad.

Existen ahí errores por sobre errores, porque el ser humano casi siempre sólo ve ante sí el más próximo. Seguramente es de saludarse y constituye un progreso cuando, por el ennoblecimiento del espíritu, el impulso sexual inferior se torna mucho más moderado de lo que es hoy. Ciertamente también es que ingerir carne aumenta el impulso sexual inferior, pero no debemos medir ahí por la humanidad de hoy; pues en ella el impulso sexual ha sido *cultivado de modo unilateral y malsano*, siendo hoy de todo antinatural. Eso, sin embargo, no se debe coeditar exclusivamente al uso de la carne.

La moderación del impulso sexual tampoco depende en absoluto de la disminución de la fuerza sexual. Al contrario, ésta es capaz de amparar, *favoreciendo*, el espíritu humano, *lo liberando* de la dependencia hoy pronunciada del impulso grueso. La fuerza sexual es incluso el *mejor medio* para eso. —

Los líderes de las actuales reformas de vida ya deben ser vistos, en sus esfuerzos, como pioneros de la grande época venidera de desenvolvimiento de la humanidad, que pasará bajo todas las circunstancias e impele hacia delante de modo incesante, victorioso, aunque si todo el antiguo oprimido haya de oponerse, luchando desesperadamente. *¡Sin embargo, esos pioneros deben antes tornarse líderes!* Un líder no puede ignorar sin cuidados algo existente

de la época actual. Él debe simultáneamente mirar hacia adelante hacia el futuro, también aún más Allá de todo lo que es grueso-material. Y entonces él reconocerá que, de la manera actualmente adoptada, debería quedar constantemente una laguna, que siempre será perceptible y, en el final, aunque con la mejor construcción, forzará un desmoronamiento. ¡Hace falta el puente! Para que los cuerpos de la humanidad de hoy también puedan acompañar, sin perjuicio para la actividad del espíritu.

La transición, como primero escalón, es la limitación exclusiva a la *carne blanca*. Es decir: aves, vitela, cordero y otras, al lado de la alimentación vegetal aumentada. Solamente así puede venir de a poco un paso tras el otro. Hasta que en el final, en calma transición, el cuerpo sea de tal modo preparado que pueda conservar la fuerza plena con la alimentación vegetal.

“¡No descuidad vosotros de vuestro cuerpo”, quiero clamar, advirtiendo, para un grupo! Para otro grupo, el contrario: “¡Pensad en el espíritu!” Entonces, lo que este cierto aún madurará de las confusiones de la época actual.

Sobre opiniones, que ningún animal deba ser muerto, ni entraré en pormenores ahora; pues también la planta posee un alma. Muestra solamente retraso, cuando se piensa de esa manera, y un no profundamiento en los secretos de hasta ahora de la Creación. —

71. Magnetismo terapéutico

El magnetismo terapéutico ocupa una de las posiciones de liderazgo en el desenvolvimiento continuo del género humano.

Cuando hablo de magnetoterapeutas, se entienda, con eso, únicamente personas serias y capacitadas que, con voluntad sincera, están dispuestas a ayudar la humanidad. No acaso el grupo de aquellos que, con insignificante irradiación media, muchas palabras y gestos misteriosos, suponen realizar algo de grande.

Sin duda, pasa hoy en día una inquietud nerviosa por las hileras de aquellos bravos que, ya hace años, en tantos casos ofrecieron a sus semejantes la mejor dádiva terrena que podían ofrecer: la cura de varios sufrimientos por medio del así nombrado magnetismo de su cuerpo, o ante la transmisión de corrientes semejantes provenientes de la materia fina, del más Allá.

Lamentablemente uno busca, siempre de nuevo, denominar la clase de los magnetoterapeutas como de poco valor, sino incluso de algo peor, a fin de enredarlos y de oprimirlos. Con mucho alarde, se exagera demasiado las excepciones aisladas, donde la vil ganancia creó caracteres deshonestos, o donde de antemano ya había intenciones fraudulentas como motivación, visto ni siquiera haber existido esa bella dádiva en los practicantes.

Mirad, pues, al rededor: ¿dónde es que *no* existen engañadores y charlatanes? ¡Se hallan ellos por toda la parte! En otras profesiones, incluso mucho más aún. Por ese motivo cada uno ve ahí, en esas hostilidades, inmediatamente y de modo claro, el mal muchas veces *intencionado*.

Pero la envidia, más aún el miedo, hace crecer ahora el número de los adversarios y de los enemigos. En ruedas de cerveza y vino, evidentemente, *ésa* arte terapéutica *no* puede ser adquirida.

¡Ella exige personas serias y, por sobre todo, vigorosas y sanas!

La mayor raíz de toda la envidia, seguramente, reside *en eso*, lo que produce entonces las principales hostilidades; pues condiciones de tal especie actualmente no son fáciles de rellenar. Y lo que ahí una vez ha sido perdido, no es posible recuperar.

Además, *legítima* y vigorosa fuerza curativa tampoco puede ser aprendida. Es un don, que designa de convocado aquél así agraciado.

Quién quiera oprimir tales personas prueba con eso que *no* tiene delante de los ojos el bien de la humanidad, mucho menos aún en el corazón. Se sobrecarga a sí mismo también con una culpa que le tendría resultar fatal.

El pequeño grupo de esos bravos no necesita temer. También ellos son precursores de la nueva era. Los obstáculos son solamente aparentes, insignificantes, pasajeros. En la realidad, constituyen una señal de una breve, alegre y altiva ascensión.

72. ¡Vivid el presente!

Cuando uno observa los seres humanos, se verifican diversas categorías. Una parte vive exclusivamente en el pasado. Es decir, empiezan a comprender algo, solamente cuando ya lo ha pasado. Así pasa que ni pueden alegrarse de hecho con algo que ocurre, tampoco intuir toda la gravedad de una cosa. Solamente después es que empiezan a hablar de él, a entusiasmarse o a entristecerse con él. Y con ese constante hablar solamente sobre aquello que pertenece al pasado, y sentirse bien en eso o lastimarse, descuidan siempre de nuevo del acontecimiento presente. Sólo cuando se tornó viejo, pasado, es que empiezan a apreciarlo.

Un otro grupo, por su parte, vive en el futuro. Siempre desean y esperan solamente del futuro y olvidan, así, que el presente tanto les tiene a ofrecer, olvidan, igualmente, de moverse de tal modo que muchos de sus sueños, referentes al futuro, podrían tornarse realidad.

En la realidad parece que ambos los grupos, a los cuales pertenece la gran mayoría de los seres humanos, siquiera han vivido en la Tierra. Malbaratan su tiempo terreno.

Habrán también personas que comprenderán algo completamente errado con la aclamación: “Vivid el presente”; tal vez que yo quiera incentivar el gozar y el desfrutar de cada momento, habiendo encorajado para una determinada vida imprudente. De éstas hay, pues, tantas que, de ese modo afirmando, tambalean sin sentido por la vida.

Con esa aclamación yo exijo, sí, un aprovechar total de cada minuto, pero *interiormente*, y no de modo superficial, solamente exterior. ¡Cada hora del presente tiene que tornarse un verdadero vivenciar para el ser humano! Tanto el sufrimiento, como también la alegría. Él, con todo su meditar y pensar, con el intuir, debe estar abierto para cada acontecimiento del presente y, así, *alerta*. Solamente *así* él saca provecho de la existencia terrena, lo cual en ella está previsto para él. Ni en los pensamientos en el pasado tampoco en los sueños para el futuro puede encontrar un verdadero vivenciar tan fuerte que estampe un sello en su espíritu, lo cual, como provecho, lleva consigo hacia el más Allá.

Si no *vive*, tampoco puede *madurar*, la maduración depende, exclusivamente, del vivenciar.

Si, pues, no haya siempre vivenciado el *presente* en si en la existencia terrena, volverá vacío y tendrá que recorrer una vez más el tiempo así perdido, porque no estuvo ahí alerta, no se habiendo apropiado de nada a través del vivenciar.

La vida terrena es como un escalón en la existencia entera del ser humano, tan grande, que él no puede saltarlo. Si no coloque, pues, su pie de modo firme y seguro sobre el escalón, no puede, de todas las maneras, subir al siguiente; pues necesita del anterior como base para tanto. Si la criatura humana imagine su existencia entera, desde esta Tierra de vuelta hacia la Luz, ascendiendo en escalones, tendrá entonces que estar conciente de que sólo puede alcanzar el próximo escalón si haya cumplido correctamente el anterior, estando firmemente sobre él. Puede ser expreso incluso de forma más fuerte aún: solamente del cumplimiento completo e incondicional del respectivo escalón a ser vivenciado puede desenvolverse lo inmediatamente superior. Si una criatura humana no cumple por el vivenciar, que únicamente le puede servir para la maduración, aquél escalón en que se encuentra, entonces el nuevo escalón no se le tornará visible, porque ella necesita para éste de la vivencia del escalón anterior. Solamente con la preparación de esta vivencia, recibe la fuerza para reconocer y escalar el próximo y más elevado escalón.

Así, prosigue desde un escalón hacia el otro. Si quiera mirar *solamente* hacia el albo elevado, sin dar la debida atención a cada escalón que la conduce hacia Allá, jamás alcanzará el albo. Los escalones, que ella misma tiene que construir hacia la escalada, serian entonces

demasiado precarios y también demasiado frágiles, terminando por colapsar en el intento de escalada.

Ese peligro, sin embargo, es evitado por el fenómeno natural de que un escalón siguiente siempre sólo puede desenvolverse por el total cumplimiento del escalón presente. Quién, pues, no quiera permanecer durante la mitad de su existencia en un escalón, y siempre de nuevo volver hacia lo mismo, ése que se obligue a pertenecer siempre enteramente al presente, a comprenderlo dentro de sí acertadamente, a vivenciarlo, para que saque provecho espiritual de eso.

En eso tampoco le hará falta el provecho terrenal; ¡pues su primer ventaja de eso es que él no espera otra cosa de los seres humanos y de la época, sino aquello que *realmente* le pueden dar! Así, jamás se decepcionará y, del mismo modo, estará en armonía con el ambiente.

Si, sin embargo, lleve en si solamente el pasado y los sueños del futuro, muy fácilmente irá más allá del ámbito de su presente en sus expectativas, y debe entrar así en desarmonía con el presente, con lo que *no solamente él sufre, sino también su ambiente más próximo*. ¡Se debe, sí, pensar también en el pasado, a fin de extraer de él enseñanzas, así como soñar con el futuro, a fin de recibir estímulo, pero *vivir* plenamente conciente se debe solamente en el presente!

73. El grande cometa

Ya hace años están los entendidos hablando de la venida de esa estrella especialmente significativa. El numero de los que la esperan está aumentando constantemente, y más y más se van haciendo densas las alusiones sobre eso, de manera que ella, en la realidad, también pueda ser esperada a la brevedad. Sin embargo, *qué* ella significa, qué trae, dónde viene, aún no ha sido aclarado bien.

Creen que causará transformaciones de carácter incisivo. Sin embargo, esa estrella significa mucho más.

Estrella de Belén *puede* ella ser nombrada, porque es de la mismísima especie como ésta lo ha sido. Su fuerza aspira las aguas para grandes alturas, trae catástrofes climáticas y aún más. La Tierra tiembla cuando sus rayos la envuelven.

Desde el acontecimiento en Belén, algo semejante no ha pasado. Tal como la estrella de Belén, también ésta se desconectó del eterno reino del puro espiritual en una determinada época, a fin de que llegase a actuar en esta Tierra en el momento exacto en que deban pasar por toda la humanidad los años de iluminación espiritual.

La estrella tiene su recorrido en línea *recta* desde el reino eterno hasta esta parte del Universo. Su núcleo está repleto de elevada fuerza espiritual; se envolverá con la materialidad y de esta forma será visible también a los seres humanos terrenos. Seguro e imperturbable, prosigue el cometa su recorrido y en la hora cierta estará presente, según ya hace milenios hubo sido determinado.

Los primeros e inmediatos efectos ya comenzaron en los últimos años. Quién no quiera verlo y oírlo, quién no intuya el ridículo de pretender considerar todo cuanto ya viene aconteciendo de *extraordinario* como hechos comunes, a él naturalmente no puede ser dada ayuda. O quiera hacerse de avestruz, por miedo, o está sobrecargado con la peor restricción. A ambas las especies se debe dejar seguir sus caminos tranquilamente, siendo posible solamente dar una sonrisa ante sus afirmaciones de fácil contestación. A los que saben, sin embargo, podría ser dicho también donde irán tocar los primeros rayos *fuertes*. Pero como los rayos envolverán poco a poco también la Tierra toda, no hay motivo para entrar en mayores explicaciones sobre él. Transcurrirán años hasta que llegue a este punto, y pasarán años hasta que él libere nuevamente la Tierra de la influencia. Y *luego* ella estará *purificada y renovada* en *todos los sentidos*, para bendición y alegría de sus habitantes. Nunca ella fue más bella como entonces habrá de estar, por eso debe cada fiel mirar hacia el futuro con serena confianza, sin atemorizarse con lo que pueda ocurrir en los próximos años. Si pueda volver los ojos hacia Dios, con confianza, a él no le sobrevendrá ningún sufrimiento. — —

74. ¿Qué tiene el ser humano que hacer para poder entrar en el Reino de Dios?

Sería errado contestar a esa pregunta, que se presenta frecuentemente, con una muy determinada regla, diciendo: ¡haga eso y haga aquello! *¡Con eso todavía no se ha indicado ningún camino!* No habría en eso nada de vivo y, por ese motivo, tampoco nada de vivo podría originarse desde ahí, que es absolutamente indispensable para un impulso ascendiente; pues únicamente *vida* posee la necesaria llave hacia la ascensión.

Si yo, sin embargo, digo: “Haga eso y aquello, déjalo”, entonces doy con eso solamente muletas débiles y exteriores, con las cuales nadie puede moverse de modo cierto e independiente, porque esas muletas no le sirven concomitantemente para “ver”. Y, sin embargo, él debe *ver* el “camino” ante sí, nítidamente, del contrario de nada le sirven las muletas. Tal persona cojea errante como un ciego en un camino a él desconocido. No, eso no es lo cierto, una vez más conduciría solamente a un nuevo dogma que, obstando, impide cualquiera escalada.

Que reflexione el ser humano: si quiera entrar en el reino del espíritu, habrá evidentemente que ir hacia allá. *Él* habrá que ir, el reino no viene a él. Sin embargo, éste se encuentra en la cumbre de la Creación, *es* la propia cumbre.

El espíritu humano, sin embargo, se encuentra aún en las bajadas de la materia gruesa. Por eso, seguramente será comprensible a cada uno que antes habrá que recorrer el camino de esas bajadas hacia las alturas anheladas, a fin de alcanzar el albo.

Para que no que se pierda, es indispensable también que *conozca exactamente* todo el trayecto que tendrá que recorrer. Y no solamente este trayecto en sí, pero también todo cuanto durante lo mismo le pueda venir hacia su dirección, cuales los peligros que ahí lo amenacen y cuales las ayudas que allá encuentre. Toda vez que todo ese trayecto se encuentre *en la Creación, es* la Creación, se torna indispensable que un peregrino, que se dirige hacia el reino del espíritu, *reconozca* antes, por lo tanto, de modo absolutamente exacto, la Creación que lo conduce hacia allá. Pues él quiere atravesarla, o no llegará hacia el albo.

Hasta el momento no hubo, pues, ser humano alguno que pudiese describir la Creación de tal forma como es necesario conocerla para la escalada. Dicho de otro modo, no hubo nadie que pudiese señalar de modo visible y nítido *el camino hacia el Burgo del Grial*, hacia el punto más alto de la Creación. El camino para aquello Burgo, que se encuentra en el reino del espíritu como el Templo del Altísimo, donde únicamente existe el puro culto a Dios. No solamente imaginado figuradamente, pero existiendo en toda la realidad.

El mensaje del Hijo de Dios ya indicó una vez ese camino. Sin embargo, a causa de el querer ser inteligente de los seres humanos, ella múltiples veces ha sido *empleada erróneamente*, con lo que ella, conduciendo al azar, no deja ascender espíritu humano alguno.

Sin embargo, llegada es la hora en que *cada* espíritu humano *tendrá* que decidirse por sí propio por el sí o por el no, por el día o por la noche, si deba haber para él una ascensión hacia las alturas luminosas o una bajada, de modo definitivo y irrevocable, sin posibilidad más tarde de una nueva alteración. Por eso, viene nuevamente un mensaje desde el luminoso Burgo. El mensaje ahora *corrige* otra vez los indicadores del camino, erradamente colocados, a fin de que el camino cierto se torne reconocible a los que buscan *sinceramente*. ¡Es el Mensaje del Grial, el Evangelio del Grial!

¡Felices todos aquellos que se orienten por ella, con los sentidos lúcidos y el corazón abierto! En ella irán conocer entonces *aquello* en la Creación, ver *los* escalones, los cuales su

espíritu tiene que utilizar para la escalada, a fin de ingresar en el reino del espíritu, en el Paraíso.

Cada uno individualmente encontrará en él lo que *él* necesita para, con las facultades que *él* posea, escalar hacia la Luz.

Sólo eso da *vida*, libertad para la escalada, desenvolvimiento de las facultades para eso necesarias de cada uno individualmente, y no solamente un yugo tan uniforme en dogma fijo, que los torne esclavos sin voluntad propia, que oprima desenvolvimientos autónomos y, con eso, no solamente estorba la ascensión, pero, para muchos, la destruye totalmente. —

El ser humano, que conoce la Creación en su actuación de acuerdo con las leyes, en ella comprende pronto también la grande voluntad de Dios. Si él se sintoniza bien con eso, luego la Creación le sirve, por lo tanto, también el camino, *solamente* para la alegre ascensión; pues de ese modo se encuentra también de manera cierta en la voluntad de Dios. ¡Su camino y su vida, por eso, deben ser agradables a Dios! —

No es un beato levantar de la mirada, no es contorsionarse por remordimientos, arrodillarse, rezar, pero es la oración *concretizada*, ejecutada vivamente con actividad sana, alegre y pura. No es suplicar lloriqueando por un camino, pero *verlo* con agradecido erguir de la mirada y *seguirlo* alegremente.

Completamente diferente de lo que se pensó hasta ahora, por lo tanto, se presenta toda la vida que puede ser llamada de agradable a Dios. ¡Mucho más bella, más libre! ¡Es el estar *cierto en la Creación*, así como quiere vuestro Criador a través de la Creación! En la cual, hablando figuradamente, se asegura la mano de Dios, que Él así ofrece a la humanidad.

Insto, por eso, aún una vez: ¡tomad, finalmente, todo *de modo concreto, real*, no más figuradamente, y vosotros mismos seréis reales, en lugar de las actuales sombras muertas! ¡Aprended a conocer bien la Creación, *en sus leyes*!

¡En eso se encuentra el camino hacia el alto, en dirección a la Luz!

75. Tu ves la paja en el ojo de tu hermano, pero no te fijas en la viga en tu ojo

Cada uno considera haber entendido plenamente esas palabras sencillas, y, sin embargo, habrá pocos que han reconocido su verdadero sentido. Es unilateral y errado, si esa palabra sea interpretada como si tuviese sido expresa solamente para que el ser humano aprenda a tener indulgencia para con su próximo. Indulgencia para con su próximo viene espontáneamente con el vivenciar de esta expresión, como algo evidente, pero solamente en segundo lugar. Quién examina así las palabras de Cristo, éste no ha examinado suficientemente a fondo y muestra con eso que se halla muy distante de poder tornar vivas las palabras del Hijo de Dios, o que subestima de antemano la sabiduría contenida en sus palabras. También esas palabras, en las interpretaciones de muchos predicadores, como todo lo demás, son encuadradas en la flacidez y en la flojera de *aquél* amor, que la Iglesia de tan buen agrado busca presentar como amor cristiano.

El ser humano, sin embargo, puede y *debe* emplear esta expresión del Hijo de Dios solamente como criterio de sus propios errores. Si mire a su alrededor con ojos abiertos y si, simultáneamente, observe ahí a si propio, reconocerá pronto que exactamente aquellos errores que más le molestan en el próximo son los que se hallan pronunciados en él mismo, en grado mucho más acentuado, y molestos para otros.

A fin de aprender ahora la correcta observación, será mejor que prestéis cuidadosamente atención primero solamente en vuestros semejantes. Difícilmente habrá entre éstos uno que no tenga a reclamar eso o aquello de otro y que también abierta o veladamente se pronuncie al respecto. Apenas cuando eso ocurra, mantened una vez esa persona, que se queja de los defectos de los demás o incluso se irrite, entonces bajo vuestra rigurosa observación. ¡No tardará mucho hasta que descubra, para vuestro espanto, que exactamente aquellos defectos, que la referida persona tan encarnizadamente censura en los demás, existen en ella misma en grado mucho mayor!

Eso es un hecho que en el principio os dejará perplejos, pero que se presenta *siempre*, sin excepción. Cuando evaluéis las personas, podéis en el futuro considerar eso serenamente como cierto, sin necesitar temer que estáis errando. Permanece el hecho de que una persona, que se irrita con éstos o aquellos defectos de otros, seguramente posee exactamente los mismos defectos en escala mucho mayor.

Tomad una vez con calma tales exámenes. Vosotros lo conseguiréis, y pronto reconoceréis la verdad, porque vosotros mismos no estáis ahí implicados y, por lo tanto, no buscáis atenuar cosa alguna en ambas las partes.

Tomad una vez una persona que ha cultivado en si la mala costumbre de ser predominantemente mal-humorada y ruda, de raras veces mostrar una fisonomía afable, a quién, por lo tanto, uno prefiera evitar. Precisamente ésas son las que a si se otorgan el derecho de querer ser tratadas de modo especialmente afable y se exasperan, jóvenes y mayores señoras, incluso a punto de llorar, cuando una vez enfrentan, justificadamente, solamente una mirada de reproche. A un observador sereno eso actúa de modo tan indeciblemente ridículo y triste, que uno se olvida indignarse con él.

Y así es de mil y una maneras distintas. Fácil se tornará para vosotros el aprender y el reconocer. Pero cuando entonces llegares a tanto, debéis también tener el coraje de suponer que en eso vosotros mismos no formáis excepción alguna, una vez que encontrasteis la prueba en todos los demás. Y con eso, finalmente, os serán abiertos los ojos al respecto de vosotros mismos. ¡Eso corresponde a un gran paso, tal vez lo mayor para vuestro desenvolvimiento!

¡Cortaréis con eso un nudo que hoy mantiene la humanidad entera presa! Os libertad vosotros y auxiliad entonces, alegremente, también a los demás de igual manera.

Es eso lo que quiso decir el Hijo de Dios con esas simples palabras. Tales valores educativos él dio con sus frases sencillas. Los seres humanos, sin embargo, no *buscaron* en ellas de modo sincero. Quisieron, como siempre, se elevando por sobre eso, aprender solamente a mirar sobre los demás de modo indulgente. Eso lisonjeaba su orgullo repugnante. La completa miserabilidad de su falso pensar, el farisaísmo desvelado e hipócrita, llega a manifestarse por toda parte en las interpretaciones de hasta ahora. Se ha transplantado inalterablemente para el cristianismo. Pues, incluso los que se denominan examinadores, aceptaron y siguen aceptando todo con demasiada imprudencia en su habitual ilusión de que con la lectura también deban haber comprendido realmente el sentido, porque así lo hacen creer a si mismos, muy de acuerdo con *su* respectivo parecer. Eso no es ningún buscar sincero. Por eso no consiguen encontrar el verdadero tesoro. Por eso también no pudo haber cualquier progreso. El Verbo ha permanecido muerto para aquellos que debían tornarlo *vivo* dentro de si, a fin de obtener desde ahí valores para si que conduzcan hacia las alturas.

¡Y cada frase que el Hijo de Dios dio a la humanidad encierra tales valores, que sólo no fueron encontrados porque en ellas nunca han sido buscados correctamente!

76. La lucha en la naturaleza

Necios, vosotros que siempre de nuevo preguntáis si es cierta la lucha en la Creación, vosotros que la consideráis solamente como crueldad, ¿no sabéis vosotros que con eso os designáis como débiles, como nocivos para cualquier posibilidad *actual* de ascensión?

¡Despertad finalmente de esa flojedad inaudita, la cual sólo deja el cuerpo y el espíritu *hundir* lentamente, jamás, sin embargo, elevarse!

¡Mirad a vuestro alrededor, observando, reconociendo, y tendréis que *bendecir* la gran fuerza impulsiva que impele hacia la lucha y, con eso, hacia la defensa, hacia la cautela, hacia el *estar alerta* y para la *vida*! ¡Ella protege la criatura del envolvimiento por la indolencia mortífera!

¿Acaso podrá un artista alcanzar un punto culminante y mantenerlo, si no se ejercite constantemente, y luche por eso? No importa con qué se ocupe, cuan fuertes sean las capacitaciones que posea. La voz de un cantor pronto se debilitaría, perdería su firmeza, si no pudiese obligarse a ejercitar y aprender siempre de nuevo.

Un brazo sólo puede fortalecerse cuando se esfuerce continuamente. ¡En el desanimar ahí, tiene que debilitar. Y así también cada cuerpo, cada espíritu! Voluntariamente, sin embargo, persona alguna se deja llevar hacia eso. ¡Alguna presión debe existir!

Si tu quieras ser sano, entonces *cuida* de tu cuerpo y de tu espíritu. ¡Es decir, lo mantenga en rigurosa actividad!

Lo que el ser humano hoy y desde siempre tiene en la cuenta de “cuidar” no es lo cierto. O entiende bajo “cuidar” un dulce ocio, en lo cual, ya por sí sólo, se encuentra lo que es debilitador, paralizante, o practica el “cuidar” solamente de modo unilateral, como en cada deporte, es decir, el cuidar se convierte en “deporte”, exceso unilateral, y con eso se transforma en abusos imprudentes, ambiciosos, que son indignos de un humanismo serio. Verdadero humanismo debe, pues, tener delante de los ojos el *último albo*, que con salto en altura, natación, corridas, equitación, manejar insensatamente no se puede alcanzar. ¡La humanidad y la Creación entera no lucran cosa alguna con semejantes hazañas individuales, para las cuales tantas personas sacrifican muy frecuentemente, la mayor parte de sus pensamientos, de su tiempo y de su vida terrena!

Que tales abusos pudiesen formarse muestra como es falso el camino que la humanidad sigue, y como ella nuevamente también ha direccionado esa grande fuerza impulsora en la Creación solamente hacia carriles errados y con eso la malbarata en juego fútil sino incluso en un perjuicio debido a la obstrucción del progreso sano, para lo cual todos los medios reposan en la Creación.

El curso de las fuertes corrientes del espíritu, las cuales deben favorecer el impulso ascendente, ellos tuercen en su presunción humana de tal modo que, en lugar del beneficio deseado, surgen estagnaciones que actúan como obstáculos, los cuales, retro-actuando, aumentan el impulso hacia la lucha y, por ultimo, reventando, arrastran todo consigo hacia las profundidades.

Es *eso* con que el ser humano se ocupa hoy predominantemente en sus vacíos juegos y fútiles ambiciones consideradas por ellos científicas. ¡Como *perturbador de la paz* en toda la armonía de la Creación!

¡Ya hace mucho él habría caído en el sueño indolente de la ociosidad, al cual debe seguir la podredumbre, si no existiese en la Creación felizmente aún el impulso para la lucha, que lo *obliga, sin embargo*, a moverse! Por en contrario, ya hace mucho tiempo tendría llegado a la arrogancia de que Dios debe cuidar de él a través de Su Creación, como en los sueños del país

de las delicias. ¡Y si, para tanto, expresa su agradecimiento en una oración, sin participación del espíritu, entonces su Dios está con eso altamente recompensado, pues existen muchos que ni Le agradecen por eso!

¡Así es el ser humano, y de hecho nada diferente!

¡Él habla de crueldad en la naturaleza! No le ocurre la idea de, antes de todo, examinarse una vez a si mismo. Sólo quiere siempre solamente criticar.

También en la lucha entre los animales sólo existe bendición, ninguna crueldad.

Basta que se observe bien cualquier animal. Tomemos, por ejemplo, el perro. Cuanto más cuidadosamente es tratado tal perro, tanto más comodista se tornará, más perezoso. Si un perro vive en la sala de trabajo de su dueño y éste pone atención, diligentemente, para que el animal jamás sea pisado, o solamente empujado, aunque se acueste en lugares donde constantemente esté en peligro de poder ser machucado sin intención, como junto a la puerta, etc., eso redundante solamente en *perjuicio* del animal.

En muy poco tiempo el perro perderá su propia vigilancia. ¡Personas “de buen corazón” dicen, atenuando “afectuosamente”, tal vez hasta conmovidas, que con eso él muestra una “confianza” indecible! ¡Sabe que nadie lo machucará! En la realidad, sin embargo, nada más es de lo que una grave disminución de la capacidad de “*vigilancia*”, un acentuado retroceso de la actividad anímica.

Si, sin embargo, un animal haya que estar constantemente alerta y en prontitud de defensa, él no solamente se torna y permanece anímicamente vigilante, pero progresará continuamente en inteligencia, *lucra* de toda manera. Permanecerá vivo en todos los sentidos. ¡Y eso es progreso! ¡Así se da en relación a cada criatura! O entonces sucumbe; pues en eso también el cuerpo debilita poco a poco, se torna más fácilmente accesible a las enfermedades, no tiene más resistencia alguna.

Que el ser humano, también en eso, tiene y ejerce en relación al animal una actitud totalmente errada, en varios sentidos, no sorprenderá un observador atento, una vez que el ser humano, sí, se ha sintonizado contra *todo*, también contra si mismo y contra toda la Creación, de modo totalmente erróneo, causando espiritualmente solamente perjuicio en toda parte, en lugar de traer beneficio.

Si hoy no más existiese el impulso hacia la lucha en la Creación, lo cual tantos indolentes denominan como cruel, hace mucho tiempo la materialidad ya se encontraría en putrefacción y en descomposición. Actúa aún como algo anímico y físicamente *conservador*, jamás como algo destructor, conforme superficialmente solamente aparenta. ¡De otra manera, nada más mantendría esa inerte materia gruesa en movimiento y, con eso, en el saneamiento y en el vigor, después que el ser humano, debido a su desvío, ha torcido de modo tan ignominioso el efecto reparador, a eso específicamente destinado, de la *fuerza espiritual* que todo prepassa, de modo que ella no puede actuar *así* como realmente debía! (Compare disertaciones anteriores.)

¡Si el ser humano no hubiese malogrado tanto en su destinación, mucha cosa, *todo mismo*, se presentaría hoy de modo diferente! Incluso la así llamada “lucha” no se encontraría *en esta* forma en que se presenta *ahora*.

El impulso hacia la lucha sería ennoblecido, espiritualizado por la voluntad ascendente de las criaturas humanas. El efecto, primitivamente bruto, en lugar de aumentar como se da ahora, se hubiera modificado con el tiempo debido a la influencia espiritual y *correcta*, para un impulso común y alegre del desenvolvimiento mutuo, que requiere la misma intensidad de energía que la más violenta lucha. Solamente con la diferencia de que de la lucha sobreviene cansancio, del desenvolvimiento, sin embargo, en efecto retroactivo, mayor intensificación aún. ¡Por fin, se hubiera establecido a través de eso, también en la copia de la Creación, donde la voluntad espiritual del ser humano constituye la influencia más fuerte, el estado paradisíaco

de la verdadera Creación, para *todas* las criaturas, donde no más es necesaria lucha alguna y ninguna aparente crueldad! ¡El estado paradisíaco, sin embargo, no es acaso ociosidad, pero, al contrario, corresponde a la más energética *actividad*, a la vida real, personal y plenamente conciente!

¡Que eso no pudo ocurrir es culpa del espíritu humano! En eso, vuelvo siempre de nuevo al incisivo pecado original, que describo detalladamente en la disertación “¡Era una vez...!”*(Disertación Nro 80)

¡Solamente el total fallar del espíritu humano en la Creación, con el empleo abusivo de la fuerza espiritual a él concedida, a través del desvío de los efectos *hacia bajo*, en lugar de en dirección a las alturas luminosas, ha conducido a los abusos errados de hoy!

Incluso aún la capacidad de reconocer el error, el ser humano ya ha desperdiciado, la perdió. Así, yo solamente *predicaría a oídos sordos*, si quisiese hablar aún más a tal respecto. ¡Quién realmente *quiera* “oír” y *pueda* buscar con sinceridad, encuentra en mi Mensaje *todo* cuanto necesita! Por toda la parte ha sido dada también aclaración sobre el grande fallar, que causó tan indecible desgracia en tan múltipla configuración. Quién, sin embargo, es *espiritualmente sordo*, como tantos, tiene, pues, solamente el riesgo inexpressivo de la incompreensión, que debe *aparentar saber*, pero preconiza, en la realidad, solamente imprudente superficialidad, correspondiente a la máxima estrechez mental. A quién hoy el riesgo idiota de los que son espiritualmente restrictos aún causa alguna impresión, éste, él mismo, nada vale. *En este puesto* cabe la palabra de Cristo: “¡Dejad, pues, que los muertos entierren a sus muertos!” ¡Pues quien es *espiritualmente* sordo y ciego, corresponde a espiritualmente muerto!

¡El espíritu humano podía, con su capacidad, transformar el mundo terreno como copia de la Creación, en un Paraíso! No lo hizo y por lo tanto ve ahora el mundo ante sí *así* como él lo deforma, debido a su influencia errada. *¡En eso se encuentra todo!* ¡Por consiguiente, no insultéis por falsa *blandura* un fenómeno tan importante como la lucha en la naturaleza, que necesariamente aún equilibra algo que el ser humano negligencia! ¡No oséis designar vuestra blandura dulce-sofocadora aún con la expresión “amor”, en la cual criatura humana busca, de tan buen agrado, enfilear sus debilidades! ¡La falsedad y la hipocresía habrán que vengarse amargamente!

¡Por eso ay de ti, criatura humana, como obra corroída de tu arrogancia! ¡Caricatura de lo que *deberías ser!*

¡Fijad vosotros una vez con calma lo que soléis llamar de naturaleza: las montañas, lagunas, bosques, prados! En todas las estaciones del año. Los ojos pueden saciarse con la belleza de todo aquello que fijan. Y luego reflexionad: ¡lo que tanto os consigue alegrar y proveer reestablecimiento son los frutos de un actuar de todo cuanto es *enteal*, que se encuentra en la Creación *abajo* del espiritual, cuya fuerza os ha sido proporcionada!

Después buscad los frutos de *vuestro* actuar, vosotros que sois espirituales y en eso denomináis como siendo vuestras mucho más aptitudes, pero, por eso, también habríais que efectuar algo más elevado de lo que el enteal que os antecede.

¿Qué veis ahí? ¡Solamente una imitación sin vida de todo aquello, que el enteal ya hizo, pero ningún desenvolvimiento continuo en dirección hacia la altura ideal en lo que es vivo y, con eso, en la Creación! ¡Con instintos criadores simplemente atrofiados, busca la humanidad imitar formas sin vida, en la manera más baja, en cuanto, de espíritu libre y conciente, con la mirada vuelta hacia el divinal, sería capaz de formar algo absolutamente diferente mucho más grandioso!

De la grandiosidad, que sólo proviene del *espíritu libre*, los seres humanos se privaron crimosamente, y por eso, más allá de imitaciones infantiles, consiguen solamente hacer

aún... maquinas, construcciones, técnica. Todo, como ellos mismos: ¡preso a la Tierra, inferior, vacío y muerto!

Ésos son los frutos que los seres humanos ahora, como siendo espirituales, pueden contraponer a la actuación del enteal. ¡Así cumplieron la misión espiritual en la Creación posterior regalada a ellos para tanto!

¿Cómo quieren ahora subsistir en la prestación de cuentas? ¿Puede ahí entonces causar espanto, que el elevado Paraíso *haya* que permanecer cerrado para las criaturas humanas con el péndulo por lo que es inferior? ¿Debe aún causar sorpresa, si ahora, en el fin, el enteal, reaccionando, destruye completamente la obra tan erradamente conducida por el espíritu humano? —

¡Cuando todo venga a colapsar sobre vosotros, en consecuencia de vuestra incapacidad manifiesta, entonces cubrid vuestro rostro, reconoced envergonzados la inmensa culpa, con que os sobrecargasteis! ¡No intentad, a causa de eso, acusar nuevamente vuestro Criador o llamarLo de cruel, de injusto!

¡Tu, sin embargo, examinador, examina a ti con sinceridad, sin piedad, y entonces busca sintonizar todo tu pensar e intuir, sí, todo su ser, de modo *nuevo* sobre base *espiritual*, la cual no más vacilará como la base hasta ahora intelectual y por eso muy restricta! ¡Quién de eso no sea capaz, éste estará condenado por toda la eternidad! —

77. Efusión del Espíritu Santo

El acontecimiento descrito en la Biblia, de la efusión del Espíritu Santo sobre los discípulos del Hijo de Dios, es para muchas personas un fenómeno aún inexplicable, considerado frecuentemente como extraordinario, como sólo habiendo ocurrido en aquella única vez y, consecuentemente, como sucedido de modo arbitrario.

En esa consideración errónea reside, sin embargo, también precisamente la causa de lo aparente “inexplicable”.

¡El acontecimiento no fue aislado, no fue llevado al efecto especialmente para los discípulos, pero ha sido desde el existir de la Creación un fenómeno que se repite *regularmente*! Con *ese* reconocimiento él también perderá pronto lo inexplicable y se torna comprensible a los lectores del Mensaje del Grial que examinan seriamente, sin con eso perder en grandeza, pero, al contrario, mucho antes tornarse aún más grandioso.

Quien haya estudiado con atención mi Mensaje del Grial ya pudo también haber encontrado en ella la solución para eso; pues ha leído también la aclaración “El Santo Grial”. Ahí he mencionado la renovación de la fuerza, que se *repite regularmente* todos los años para la Creación entera. ¡Es el momento en que nueva fuerza divina se derrama en el Santo Grial para la conservación de la Creación!

Con eso surge por momentos sobre el Grial la “Paloma Sagrada”, que es la forma espiritual visible de la presencia del Espíritu Santo, que pertenece directamente a la “forma” del Espíritu Santo, que, por lo tanto, constituye una parte de su “forma”.

Como la Cruz es la forma espiritual visible de la Verdad divina, así la “Paloma” es la forma visible del Espíritu Santo. ¡Ella *es* la forma, de hecho, y no imaginada solamente como forma! Como ya dije detalladamente al respecto, indico la disertación. *(Disertación Nro 44: El Santo Grial)

Esa renovación de fuerzas por el Espíritu Santo, es decir, por la voluntad viva de Dios, que es la fuerza, ocurre cada año en un tiempo muy determinado en el santuario del supremo Burgo o del Templo, que abriga el Santo Grial, el único punto de ligazón de la Creación con el Criador, y por eso también llamado de *Burgo del Grial*.

La renovación puede ser designada también de efusión de fuerzas, es decir, efusión del Espíritu Santo o, más nítidamente aún, efusión de fuerzas *por el* Espíritu Santo, pues el Espíritu Santo no es acaso derramado; ¡por el contrario, él derrama fuerza!

¡Una vez que los discípulos en aquél día se encontraban reunidos, en memoria de su Señor, que había ascendido, que les había prometido enviar el Espíritu, es decir, la fuerza viva, entonces, en esa recordación ha sido proveída una base de anclaje *para que*, en el acontecimiento que se realizaba en la misma hora en el puro espiritual, éste se efectuase en determinado y correspondiente grado, directamente sobre los discípulos reunidos en la Tierra, sintonizados en devoción! Principalmente porque el camino para esos discípulos había sido posibilitado y allanado más fácilmente por la existencia terrena del Hijo de Dios.

Y por *ese* motivo aconteció lo milagroso, que de otra forma no hubiera sido posible en la Tierra, cuyo vivenciar es transmitido en la Biblia. El *vivenciar* pudieron los evangelistas describir, pero no el verdadero acontecimiento, que ellos mismos no conocían.

¡El Pentecostés vale, pues, para los cristianos como recordación de ese acontecimiento, sin que tengan un presentimiento de que efectivamente, más o menos en esa época, sea siempre el día de la Paloma Sagrada en el Burgo del Grial, es decir, el día de la renovación de fuerza para la Creación por el Espíritu Santo! Evidentemente ni siempre exactamente en el día de Pentecostés calculado en la Tierra, pero si en su aproximada época.

¡En aquél tiempo, la reunión de los discípulos coincidió *exactamente* con el hecho real!
¡Más tarde será conmemorado también aquí en la Tierra, regularmente y en la época *cierta*, como la suprema y más sagrada solemnidad de la humanidad, en que el Criador regala, siempre de nuevo, Su fuerza conservadora a la Creación, como el “día de la Paloma Sagrada”, es decir, el día del Espíritu Santo, como grande oración de gratitud a Dios-Padre!

Será celebrado por *aquellas* personas que finalmente estén *concientemente* en esta Creación, que alcanzaron a conocerla entonces de modo cierto en todos sus efectos. Debido a su sintonización devocional en la época exacta, será también posible que, cuando se abran, llegue, recíprocamente, de nuevo la bendición viva hasta abajo, hasta la Tierra, y se derrame en las almas sedientas, como antaño en los discípulos.

Paz y júbilo traerá entonces esa época, que ya no más está tan lejos, si las criaturas humanas no fallen y no quieran estar perdidas por toda la eternidad.

78. Sexo

Gran parte de los seres humanos terrenos se deja oprimir sobremanera por los pensamientos que se refieren a las relaciones entre los dos sexos, el masculino y el femenino. Excluidos de ahí están tal vez solamente los irresponsables, que en general no se dejan oprimir por nada. Todos los demás, por más diferentes que puedan ser, buscan alguna solución, abiertamente o retraídos silenciosamente en si mismos. Existen, afortunadamente, muchas personas que precisamente a tal propósito anhelan por un indicador del camino cierto. Si, luego, se orientarían de acuerdo, es, además, una cuestión abierta. El hecho es, sin embargo, que se ocupan mucho con eso y que también en gran parte se dejan oprimir por la conciencia de que se encuentran ante esa cuestión de modo ignorante.

¡Se buscó resolverla o conectarla a cuestiones matrimoniales, pero todavía no se acercó ahí de una idea fundamental satisfactoria, toda vez que también aquí, como por toda la parte, el objetivo principal es solamente que el ser humano sepa con qué tiene que lidiar! Por el contrario, jamás llegará a una solución. Le permanece la inquietud.

Muchos confunden ahí, muy frecuentemente, ya de antemano, el concepto cierto de la palabra “sexo”. La toman de modo genérico, cuando el verdadero sentido para eso reside mucho más en el fondo.

Si queremos tener una imagen cierta a tal respecto, no debemos ser tan unilaterales a punto de comprimirla en preceptos que solamente pueden servir a un orden social puramente terrena, y muchas veces totalmente opuesta a las leyes de la Creación. En temas tan importantes, es necesario profundizarse en la Creación, a fin de comprender *la idea fundamental*.

Denominamos el concepto, femenino y masculino, simplemente de dos sexos diferentes. La palabra sexo, sin embargo, hace con que la mayoría de las personas erre de modo incisivo desde el principio, porque involuntariamente en muchos pensamientos surge la ligazón con la procreación. Y eso es errado. La separación entre femenino y masculino *en ese* sentido, dentro de la grande acepción de la Creación, solamente tiene algo que ver con la más externa y densa materia gruesa. En el fenómeno *principal*, no.

¿Qué es el sexo? El germen espiritual, en su salida del reino espiritual, no tiene sexo. Tampoco ocurre una división, conforme es admitido muchas veces. Divisiones son excepciones especiales, sobre las cuales volveré a hablar en el fin de esta reflexión. En el fondo, un germen espiritual permanece siempre algo completo en si. Con la concientización del germen espiritual en su peregrinación a través de la Creación posterior, por lo tanto, de la copia natural de la verdadera Creación, adquiere, como ya dije diversas veces, las formas humanas que conocemos, de acuerdo con el grado de su concientización, las cuales son copias de las imágenes de Dios, de los primordialmente criados.

Decisivo ahí es, pues, el *modo de actividad* de un germen espiritual. Es decir, en qué dirección tal germen espiritual, durante la concientización, busca desenvolver de modo predominante las facultades en él latentes, si de modo positivo, vigorosamente empujador, o de modo negativo, serenamente conservador. Hacia dónde su voluntad principal lo empuja.

Debido a su origen, él puede realizar *ambos los modos*, porque uno germen espiritual lleva *todas* las facultades integralmente dentro de si, tanto un modo como el otro. Él es en si totalmente completo. Depende solamente de *qué* él desenvuelve a partir de ahí. Y en la actividad por él ahora realizada, aunque en el inicio esa actividad consista solamente en fuerte desear, que se intensifica para fuerte anhelo, *se moldea la forma*. El positivo constituye la forma masculina, el negativo, la forma femenina. Aquí ya el masculino y el femenino se

muestran reconocibles exteriormente por su forma. Ambos son, por sus formas, la expresión definida de la *especie* de su actividad, que escogen o desean.

El femenino y el masculino nada tienen que ver, por lo tanto, con el concepto habitual de un sexo, pero señalan solamente *el modo de actividad en la Creación*. Solamente en la materia gruesa, tan conocida de los seres humanos, se desenvuelven, oriundos de la forma, los órganos de reproducción que comprendemos por masculino y femenino. Solamente el cuerpo de materia gruesa, es decir, el cuerpo terreno, necesita de esos órganos para su reproducción.

El modo de actividad en la Creación moldea, pues, la forma del cuerpo propiamente, la masculina o la femenina, de la cual el cuerpo terreno de materia gruesa es, por su parte, solamente una reproducción toscamente estructurada.

Con eso, se coloca también la práctica sexual en aquél escalón a que pertenece, es decir, en el más bajo escalón existente en la Creación, en lo del puramente grueso-material, que se encuentra muy distante del espiritual.

¡Tanto más triste es, pues, cuando un espíritu humano se somete de tal modo bajo el yugo de esa práctica, perteneciente meramente al involucro más externo, a punto de tornarse un esclavo de eso! Y eso lamentablemente se tornó hoy tan generalizado, resultando en un cuadro, que muestra como el inestimable y elevado espiritual, bajo la camada de la materialidad más gruesa, voluntariamente, se deja pisar y detener abajo.

Es evidente que tal procedimiento antinatural haya que resultar en un fin nefasto. Antinatural porque, por naturaleza, el espiritual es lo más elevado en la Creación toda, y solamente puede reinar armonía en ella, mientras el espiritual domine como supremo, todo lo demás, sin embargo, permanecer *abajo* de él, incluso en la ligazón con la materia gruesa terrena.

No necesito aquí llamar la atención especialmente para el triste papel que representa una persona que curva su espíritu bajo el dominio del manto de materia más gruesa. De un manto, que solamente a través de él adquiere su sensibilidad, debiendo perderla de nuevo por el desnudar, una herramienta en la mano del espíritu, que necesita sí, de cuidados, a fin de que sea conservada útil, pero que solamente puede seguir siempre una herramienta dominada; ¡pues en el orden de la Creación no hay comunismo! *Donde éste* amenace infiltrarse, resulta el colapsar como consecuencia incondicional, porque una tal parte tiene que ser alejada como enfermiza, para que la desarmonía no más encuentre acceso. Con un tal colapso, el efecto retroactivo en la Creación repara los puntos dañados.

La forma espiritual, ental y fino-material del cuerpo se modifica, apenas cuando un germen espiritual modifique su actividad. Si él pasa predominantemente del negativo hacia el positivo, entonces la forma femenina habrá que transformarse en masculina y viceversa; pues la especie *predominante* en la actividad moldea la forma. Sin embargo, el involucro de materia gruesa terrena no puede acompañar así rápidamente la modificación. Ése no es de tal modo mutable, por eso también es destinado solamente para uno período muy corto. Aquí se muestra entonces un cambio en las *reencarnaciones*, las cuales en la mayoría de los casos son numerosas.

Así ocurre que un espíritu humano peregrine a través de sus vidas terrenas muchas veces *alternadamente* en cuerpos masculinos y femeninos, de acuerdo con su sintonización interior en mutación. Y eso es *necesario*, para que *todas* las facultades de un germen espiritual lleguen poco a poco hacia el desenvolvimiento.

Yo ya dije que lo *predominante* en la actividad deseada es determinante para el surgimiento de la forma, porque un germen espiritual no actuará absolutamente de modo totalmente positivo y tampoco absolutamente de modo totalmente negativo.

Las facultades ahí no activadas permanecen entonces dormitando, sin embargo, pueden ser despiertas a cualquier momento.

Si, sin embargo, ocurra que un germen espiritual llegue a desenvolver *todas* as partes *positivas*, luego eso tendrá efecto tan fuerte por sobre las facultades negativas, no desenvueltas, que puede ocurrir un alejamiento, y luego también una exclusión, con lo que se procesa una *división*. Las partes de otra especie, así excluidas, son entonces obligadas a despertar por si, y tomarán naturalmente, en su cohesión, la forma opuesta, por lo tanto, la femenina. *Éstos* son entonces gérmenes divididos, que deben reencontrarse, para regresar como un todo. En general, sin embargo, un acontecimiento tal no debe ser supuesto.

La acepción de los seres humanos de que para cada persona exista un alma complementar, es correcta en si, pero no en el sentido de una división precedente. El alma dual es algo muy diferente. Ésta, ya acentué en mi disertación “El matrimonio” *(Disertación Nro 25) Un alma dual es solamente aquella *adecuada* a una otra alma. Es decir, un alma que desarrolló precisamente aquellas facultades que la otra alma dejó dormir en si. Desde ahí viene luego una complementación total, resulta en un trabajar en común de todas las facultades del espíritu, de todas las positivas y de todas las negativas. Pero tales complementaciones no se dan solamente una vez, por el contrario, muchas veces, de manera que una persona, al desear una complementación, no dependa acaso exclusivamente de una otra muy determinada persona. De esas podrá encontrar muchas en su existencia terrena, bajo la condición que conserve pura y vigilante su facultad intuitiva.

Las condiciones de la vida para la felicidad no son, por lo tanto, de ninguna manera tan difíciles de cumplir, como parece a la primera vista a los semiconocedores. La felicidad es mucho más fácil de ser obtenida de lo que tantos imaginan. La humanidad sólo tiene que conocer primeramente las leyes que residen en la Creación. ¡Si vivir en acuerdo con ellas, *habrá* que tornarse feliz! Hoy, sin embargo, ella aún se halla muy distante de eso y, por esa razón, aquellos que se aproximan de la Verdad en la Creación deberán sentirse, mientras tanto, solitarios en la mayor parte de las veces, lo que, sin embargo, de modo alguno lleva infelicidad, pero lleva en si una grande paz.

79. ¿Puede la vejez constituir un obstáculo hacia la ascensión espiritual?

¡De acuerdo con los conceptos terrenos, querer lo cierto, o querer lo que es bueno es, muchas veces, una gran diferencia! ¡Lo que es cierto terrenalmente ni siempre también es lo *bueno*!

¡*Hoy no* es más suficiente para el ser humano, simplemente haber querido lo cierto! Algo así lo él pudo hacer en su *primera* encarnación. ¡Ahora es exigido *más* de él! Si él no cobre animo con toda la fuerza para, espiritualmente, poder finalmente ascender en el saber, luego él estará incondicionalmente perdido. ¡La vejez no constituye ningún obstáculo, pero sí *estimulo*, toda vez que en la vejez su hora del traspase se acerca visiblemente! Se trata solamente de pereza y comodidad, ya frecuentemente mencionados por mi como los peores enemigos, con los cuales tales hesitantes se sobrecargan y con eso sucumben.

El tiempo del vagabundeo espiritual ha terminado, bien como el tiempo de la comodidad y de la espera placentera. Con implacabilidad y horror siniestro él se abatirá pronto por sobre los dormilones y perezosos, de modo que entonces lo más sordo despertará.

¡El estudio de mis disertaciones, sin embargo, condiciona de antemano un esfuerzo propio, una concentración enérgica de todos los sentidos y, luego, una vivacidad espiritual y vigilancia *integral*! Sólo *entonces* es posible profundizarse en mis palabras, assimilarlas también realmente.

¡*Y él lo es deseado así!* Rechazo cada indolente espiritual.

Si, sin embargo, las criaturas humanas *dejaron* de soterrar dentro de si por lo menos un granosito de la Verdad oriunda de la patria del reino espiritual, entonces la Palabra *habrá* que alcanzarlas como un llamado, bajo la condición que también se esfuercen en leerla una vez sin influencias y con toda la sinceridad. Y si *luego* nada intuyan, que en ellas despierte un eco, entonces tampoco en el más Allá será posible aún despertarlas, porque allá tampoco pueden recibir *nada de diferente*. Quedan paradas, donde ellas mismas se colocan, por su voluntad propia. Nadie las forzará a desistir de eso, pero ellas tampoco saldrán de esa materialidad a tiempo, a fin de salvarse de la descomposición, por lo tanto, de la condenación eterna.

El “no querer oír”, naturalmente, llevan consigo de esta Tierra hacia la materia fina, y allá no se comportarán diferentemente de como aquí ocurrió. ¡Cómo puede entonces la vejez representar un obstáculo! Es un llamado de la eternidad que las alcanza, proveniente de la Palabra que, sin embargo, no quieren oír, por así les ser más cómodo. Pero la comodidad por ultimo las destruirá, si no quieran tornarse vivas en tiempo. La pregunta, sin embargo, muestra muy nítidamente esa comodidad. Es la misma especie de tantas personas, que permanentemente quieren iludirse a si mismas, bajo cualquier pretexto más o menos aceptable. Pertenecen al joto que no será fortalecido por los venideros vendavales purificadores, al contrario, barrido, a causa de ser imprestable para la seriedad de la verdadera existencia.

Exigieron siempre nuevos plazos del Creador para reflexionar, sin jamás llegar a una escalada, hacia la cual deben animarse espiritualmente. Por tal motivo, no vale la pena ocuparse con eso largamente. Son los que eternamente quieren y los que jamás realizan algo en si. Y con eso también los perdidos. — — — —

80. ¡Era una vez...!

Son solamente tres palabras, sin embargo, son como una fórmula mágica; pues llevan en sí la propiedad de despertar en cada ser humano inmediatamente alguna intuición fuera del común. Raramente esa intuición es siempre igual. Es semejante al efecto de la música. Tal como la música, estas tres palabras también encuentran su camino directamente hasta el espíritu del ser humano, su verdadero “yo”. Naturalmente, solamente en aquellos, quienes no mantienen el espíritu enteramente cerrado y, que con eso, ya perdieron la verdadera naturaleza humana aquí en la Tierra.

Cada *persona*, sin embargo, ante estas palabras, involuntariamente pronto se recordará de alguna vivencia del pasado. Ésta se levanta viva delante ella y, con la imagen, también una intuición correspondiente.

Ternura nostálgica para unos, felicidad melancólica, también deseos silenciosos irrealizables. Para otros, sin embargo, orgullo, cólera, horror u odio. El ser humano siempre piensa en algo que antaño vivenció, que le ha producido una impresión fuera del común, pero que él presumía desde hace mucho ya extinta dentro de sí.

Sin embargo, en él nada se ha borrado, nada ha quedado perdido de lo que él realmente *ha vivenciado* antaño. Todo eso puede nombrar aún de algo suyo, como realmente adquirido y, por consiguiente, que no perece. ¡Pero también solamente aquello que ha sido vivenciado! Otra cosa no podrá surgir con tales palabras.

El ser humano debe prestar mucha atención en eso, con cuidado y con el sentido alerta, entonces pronto reconocerá lo qué está realmente vivo dentro de él y lo que puede ser denominado muerto, como involucro sin alma de recordaciones inútiles.

Finalidad y provecho para el ser humano, donde no debemos considerar el cuerpo, solamente tiene lo que durante su existencia terrena haya actuado de modo suficientemente profundo, para imprimir en el *alma* una marca, que no desvanece, que no se deja borrar nuevamente. Solamente tales marcas tienen influencia sobre la formación del alma humana y, así, prosiguiendo, también sobre la evolución del espíritu en su constante desenvolvimiento.

En la realidad, por lo tanto, solamente es vivenciado y con eso tornado propiedad, lo que deja una impresión de tal manera profunda. Todo lo demás pasa sin efecto o, en el máximo, contribuye como medio auxiliador para preparar acontecimientos, que son aptos a causar impresiones tan grandes.

Feliz aquél que puede denominar tantas y tan fuertes vivencias como siendo suyas, hayan ellas sido provocadas por alegría o dolor; pues ésas impresiones serán un día lo que de más valioso un alma llevará consigo en su camino hacia el más Allá. —

La actuación puramente terrena del intelecto, conforme es usual hoy, sirve, *cuando bien empleada*, solamente para facilitar la existencia *corporal* terrena. ¡Esto es, raciocinando con nitidez, el verdadero alba de *cada* actuación del intelecto! En última análisis, no hay nunca otro resultado. En *toda* la sabiduría teórica, no importa cual sea el campo, así como en toda la actuación, tanto en la esfera del Estado o en la familia, cada persona individual o en las naciones, bien como, por último, en toda la humanidad. Lamentablemente, todo terminó por someterse incondicionalmente solamente al intelecto y, por consiguiente, se encuentra con eso atado a pesadas corrientes de la restricción terrena de la capacidad de comprensión, lo que lógicamente hubo que causar y causará aún consecuencias funestas en todo el actuar y en todos los acontecimientos.

En relación a eso, existe solamente *una* excepción en toda la Tierra. ¡Sin embargo, la excepción a nosotros no es ofrecida por acaso por la Iglesia, como tantos han de pensar y

como también hubiera que ser, pero sí por el *arte*! En ella el intelecto ejerce función estrictamente *secundaria*. Sin embargo, dondequiera que el intelecto alcance supremacía, el arte pronto es degradada a *oficio*; baja directamente y también de modo totalmente incontestable muy hacia abajo. Se trata de una consecuencia que, en su sencilla naturalidad, ni puede ser diferente. Ni una excepción puede ser ahí comprobada.

¡La misma conclusión también debe ser sacada de todo lo demás! ¿Y éso, entonces, no da en lo qué pensar a los seres humanos? Hay que ser como se les cayese una venda de los ojos. ¡Para aquél que piensa y compara, queda muy claro que, en todo lo demás que es dominado por el intelecto, él sólo puede recibir un sucedáneo, cosa de poco valor! ¡Ante esa constatación, el ser humano debía reconocer a que lugar, por naturaleza, pertenece el intelecto, si deba surgir algo cierto y valioso!

Solamente el arte ha nacido, hasta ahora, aún de la actuación del espíritu vivo, de la intuición. Solamente ella tuvo un origen y un desenvolvimiento natural, es decir, normal y sano. El espíritu, sin embargo, no se *manifiesta* en el intelecto, pero sí en las *intuiciones*, y *se muestra* solamente en aquello que de un modo general se denomina "*alma*". Precisamente aquello, de lo que al actual ser humano de intelecto, desmedidamente orgulloso de si mismo, le gusta escarnecer y hacer ridículo. ¡Mofa así de lo que hay de más valioso en el ser humano, sí, exactamente de aquello que hace del ser humano realmente un ser humano!

Es espíritu nada tiene que ver con el intelecto. Si el ser humano finalmente quiera mejora en todo, tiene que observar las palabras de Cristo: *¡Por sus obras los reconoceréis!* Es llegado el tiempo en que eso acontecerá.

Solamente obras del *espíritu* traen en si, por su origen, la *vida* y, con eso, duración y constancia. Todo lo demás, una vez pasado su tiempo de floescencia, habrá que colapsar por si mismo. ¡Apenas cuando los frutos deban llegar para eso, quedará patente el vacío!

¡Mirad, pues, la historia! Solamente la obra del espíritu, es decir, el arte, sobrevivió a los pueblos, que ya colapsaron por la actuación de su intelecto frío y sin vida. Su alto y tan pregonado saber no pudo ofrecerles salvación de eso. Egipcios, judíos, griegos, romanos siguieron este camino, más tarde también los españoles, franceses y ahora los alemanes, – *¡sin embargo las obras de la verdadera arte sobrevivieron a todos ellos!* Tampoco nunca podrán venir a perecer. Sin embargo, nadie ha fijado la regularidad severa en la ocurrencia de esas repeticiones. Criatura humana alguna ha pensado en investigar la verdadera raíz de ese grave mal.

En lugar de buscarlas y poner fin de una vez a esa decadencia, que se repite siempre de nuevo, el ser humano se ha rendido ciegamente, se sometiendo con lamentaciones y rencor a esa grande "fatalidad".

¡Ahora, sin embargo, alcanza por ultimo la humanidad toda! Mucha miseria ya quedó tras nosotros, miseria mayor aún está por venir. Y un profundo sufrimiento prepa las densas hileras de los que en parte ya son alcanzados por eso.

Pensad en los pueblos todos, que ya tuvieron que naufragar, apenas cuando alcanzaron su floescencia, el punto más alto de su intelecto. ¡Los frutos resultado de esa floescencia fueron *por toda la parte los mismos!* Inmoralidad, indecencia y gula en múltiples aspectos, a lo que se siguió inevitablemente la decadencia y la ruina.

¡La absoluta igual especie es de llamar la atención de cualquier persona! Y también cada uno que piense ha que encontrar en tales fenómenos una muy determinada especie y lógica de leyes las más severas.

Esos pueblos, uno tras otro, hubieron que reconocer por ultimo que su grandeza, su poder y magnificencia han sido solamente aparentes, mantenidos solamente por la violencia y por la presión, no fortalecidos en si mismos por salud.

¡Abrid, pues, vuestros ojos en lugar de desanimar! Mirad alrededor de vosotros, aprended con lo que pasó, comparadlo con los mensajes que ya hace milenios os han llegado desde la esfera divina, y *habréis* que descubrir la raíz del mal que corroe, que constituye exclusivamente el estorbo para la ascensión de la humanidad entera.

Solamente después que el mal hubiera sido extirpado de todo, es que estará abierto el camino hacia general ascensión, no antes. Y ese camino entonces será estable, porque puede llevar en si algo de vivo del espíritu, lo que hasta ahora estuvo excluido. —

Antes de que entremos en pormenores, quiero aclarar lo que es espíritu, como siendo el único realmente vivo dentro del ser humano. ¡Espíritu no es destreza tampoco intelecto! Tampoco es sabiduría aprendida. Por eso se llama erradamente de “espiritiosa” a una persona, que ha estudiado mucho, leído, observado y sabe platicar bien sobre este tema. O cuando luce por buenas ideas y por perspicacia del intelecto.

El espíritu es algo muy diferente. Se trata de una *constitución* autónoma, oriunda del mundo de su especie igual, que es diferente de la parte a que pertenece la Tierra y, por lo tanto, el cuerpo. El mundo espiritual se encuentra más alto, constituye la parte superior y más ligera de la Creación. Esa parte espiritual en el ser humano, debido a su constitución, lleva en si la incumbencia de volver hacia el puro espiritual, apenas cuando se hayan desconectado de ella todos los envoltorios materiales. El impulso para eso está liberado en un muy determinado grado de maduración, y lo conduce entonces hacia arriba, hacia su igual especie, por cuya fuerza de atracción es elevado. *(Disertación Nro 63: Yo soy la resurrección y la vida, etc.!)

El espíritu nada tiene que ver con el intelecto terreno, y si solamente con la propiedad que denominamos como “corazón”. Espirituoso tiene, pues, la misma significación que “dotado de corazón”, y no que dotado de intelecto.

A fin de más fácilmente descubrir tal diferencia, que el ser humano se sirva entonces de la frase: “¡Era una vez!” Muchos de los que buscan ya encontrarán una explicación a través de ella. Si observen con atención a si mismos, podrán reconocer todo lo que fue útil a su *alma* en la vida terrena de hasta ahora, o lo que ha servido solamente para hacerles fácil el pasaje y su trabajo en el ámbito terreno. Por lo tanto, lo que no solamente posea valores terrenos, pero también lo del más Allá, y lo que sirva únicamente para finalidades terrenas, permaneciendo, sin embargo, sin valor para el más Allá. El primero, él puede llevar consigo hacia el más Allá, el otro, sin embargo, deja hacia tras, en el desenlace, como algo valido solamente aquí, ya que más adelante de nada le puede servir. Lo que deja hacia tras, se convierte en solamente el instrumento para los acontecimientos terrenos, medio auxiliar para la *época terrena*, nada más.

Si un instrumento no es utilizado solamente como tal, y si ajustado mucho encima de su capacidad, lógico es que no es adecuado para esa altitud, se encuentra en lugar errado, resultando con eso también faltas de varias especies que, con el decurso del tiempo, traerán consecuencias muy nefastas.

A esos instrumentos pertenece, como lo más elevado, el *intelecto terreno* que, como producto del cerebro humano, tiene que llevar la restricción en si, bajo a la cual todo cuanto es de materia gruesa corporal queda siempre sujeto, por su propia constitución. Y el producto tampoco puede ser diferente del origen. Ése permanece siempre atado a la especie del origen. Del mismo modo, las obras que surgen a través del producto.

Desde ahí resulta para el intelecto, naturalmente, la más restricta capacidad de comprensión solamente terrena, estrechamente atada a espacio y tiempo. Como él desciende desde la materia gruesa, por si muerta, la cual no lleva en si vida *propia*, él tampoco posee fuerza viva. Esa circunstancia se manifiesta, lógicamente, en todos los actos del intelecto, lo cual, por lo tanto, permanece imposibilitado de insertar algo vivo en sus obras.

En ese acontecimiento natural inmutable se encuentra la llave para las ocurrencias sombrías durante la existencia del ser humano sobre esta pequeña Tierra.

¡Tenemos que aprender finalmente a distinguir entre el espíritu y el intelecto, entre el núcleo vivo del ser humano y su instrumento! Si ese instrumento es colocado *por sobre* el núcleo vivo, como ocurrió hasta ahora, resulta algo insano que hay de llevar en sí ya en el origen el germen de la muerte, y luego, aquello que es vivo, lo más sublime, lo más precioso, será sofocado, atado y separado de su indispensable actividad, hasta que, inacabado, yérgase libremente de los escombros en el inevitable colapsar de la construcción muerta.

Imaginemos ahora en vez de “Era una vez” la pregunta: “¿Cómo era antiguamente?” Cuán diverso es su efecto. Pronto se observa la gran diferencia. La primera frase habla para la intuición, que está en ligazón con el espíritu. Ya la segunda se dirige al intelecto. Imágenes muy diferentes surgen con eso. Son de antemano limitadas, frías, sin calor de vida, porque el intelecto no tiene otra cosa para dar.

La mayor culpa de la humanidad, sin embargo, desde el principio, ha sido haber colocado ese intelecto, que solamente puede formar cosas incompletas y sin vida, sobre un alto pedestal, lo adorando literalmente y danzando a su alrededor. Le ha sido dado un lugar que *sólo* debía ser reservado *para el espíritu*.

Tal emprendimiento se halla, en todo, en oposición a las determinaciones del Creador y, por lo tanto, contra la naturaleza, ya que éstas yacen ancladas en la actividad de la naturaleza. Por consiguiente, tampoco nada puede conducir a un verdadero albor, al contrario, todo ha que colapsar en el punto en que la cosecha deba comenzar. No es posible de otro modo, pero si un acontecimiento natural, previsible.

Solamente es diferente en la *mera* técnica, en cada industria. ¡Ésta alcanzó un alto nivel a través del intelecto y progresará aún mucho más en el futuro! El hecho, sin embargo, sirve como prueba de la veracidad de mis declaraciones. La técnica es y siempre permanecerá, en *todas* las cosas, puramente terrena, muerta. Como el intelecto, pues, también pertenece a todo lo que es terrenal, consigue, en lo que se refiera a la técnica, desenvolverse admirablemente, realizar hechos realmente grandes. ¡Él se encuentra ahí en el lugar cierto, en su verdadera incumbencia! ¡Sin embargo, allá donde es necesario tomar en consideración también lo que es “vivo”, es decir, esencialmente *humano*, el intelecto no basta en su especie y por lo tanto *tiene* que faltar, apenas cuando no sea conducido ahí por el espíritu! Pues sólo el espíritu es vida. Éxito en una muy determinada especie puede llevar siempre solamente la actuación de la igual especie. ¡Por esta razón, el intelecto terreno jamás podrá actuar en el espíritu! Por este motivo constituyó una grave falta de esa humanidad, el hecho de haber colocado el intelecto por sobre la vida.

Con eso, el ser humano *cambió* su tarea, la puso, a bien decir, de cabeza para abajo, contra la determinación criadora, es decir, totalmente natural, al conferir al intelecto, que viene en segunda posición, solamente terrenal, el lugar más alto, que pertenece al espíritu vivo. Con eso, por su parte, se torna muy natural que ahora sea obligado a buscar penosamente desde abajo hacia arriba, en lo que el intelecto, puesto arriba, con su restricta facultad de comprensión, impide cualquier visión más amplia, en lugar de poder ver, a través del espíritu, desde arriba hacia abajo.

Si quiera despertar, entonces el ser humano es obligado, antes de eso, a “invertir las luces”. Colocar lo que ahora está arriba, el intelecto, en el lugar que le ha sido destinado por naturaleza, y llevar el espíritu otra vez al lugar más elevado. Esa inversión necesaria no más es tan fácil para el ser humano de hoy. —

El acto inversor de antaño de los seres humanos, que se colocó tan incisivamente en contra la voluntad del Creador, por consiguiente, contra las leyes de la naturaleza, ha sido el

“*pecado original*” propiamente dicho, cuyas consecuencias nefastas nada dejan a desear; pues éste entonces se ha transformado en el “pecado hereditario”, porque la elevación del intelecto a dominador único trajo, por su parte, también la natural consecuencia de que el cuidado y la actuación tan unilateral fortaleciese con el tiempo también el cerebro unilateralmente, de modo que ha crecido solamente la parte que tiene que ejecutar el trabajo del intelecto, y la otra tuvo que debilitar. Por eso, esa parte atrofiada por negligencia sólo consigue hoy actuar aún como un cerebro de sueños poco confiable, que además está bajo la poderosa influencia del así nombrado cerebro diurno, que acciona el intelecto.

La parte del cerebro, que debe constituir el puente hacia el espíritu, mejor dicho, el puente del espíritu hacia todo lo que es terreno, fue, por lo tanto, paralizada con eso, una ligazón rota, o por lo menos bastante aflojada, con lo que el ser humano impidió para sí toda la acción del espíritu y con él también la posibilidad de tornar su intelecto “animado”, espiritualizado y vivificado. Ambas las partes del cerebro deberían haber sido desarrolladas muy *uniformemente*, para una actividad común y armónica, como todo en el cuerpo. El espíritu conduciendo y el intelecto ejecutando aquí en la Tierra. Se torna así evidente que debido a eso toda la actividad del cuerpo, y incluso éste, nunca puede ser así como él debe ser. ¡Ese acontecimiento se manifiesta naturalmente a través de todo! ¡Porque con eso hace falta el esencial para todas las cosas terrenas!

Es un hecho fácil de comprender que con el impedimento estaban atados concomitantemente también el alejamiento y la alienación del divino. Pues no más había camino hacia allá.

Eso tuvo, por último, nuevamente la desventaja que ya desde hace milenios todo cuerpo de niño, que nace, lleva hacia la Tierra el cerebro anterior del intelecto tan grande, a causa de la herencia de alcance cada vez mayor, que de antemano todo niño, debido a esa circunstancia, será otra vez fácilmente subyugado por el intelecto, apenas cuando ese cerebro entre en plena actividad. El abismo entre las dos partes del cerebro se tornó ahora tan grande, la relación de las posibilidades de trabajo tan desiguales que, sin una catástrofe, en la mayor parte de los seres humanos no más se consiga una mejora.

El actual ser humano de intelecto no más es una criatura humana *normal*, pero a él le hace falta todo el desenvolvimiento de la parte principal de su cerebro, perteneciente al ser humano completo, debido a la atrofia procesada desde milenios. ¡Todo ser humano de intelecto, sin excepción, tiene solamente un cerebro normal *lisiado*! Por consiguiente, dominan la Tierra, hace milenios, *lisiados de cerebro*, consideran los seres humanos normales como enemigos y buscan subyugarlos. ¡En atrofiarse se consideran capaces de realizar mucho y no saben que la criatura humana normal tiene condiciones de realizar *diez veces más* y producir obras que poseen *duración* y que son más perfectas de lo que los emprendimientos actuales! ¡El camino para obtener tal capacitación está abierto a cada investigador verdaderamente sincero!

¡Sin embargo, un ser humano de intelecto no más podrá estar tan fácilmente en condiciones de comprender algo que hace parte de la actividad de esa parte atrofiada de su cerebro! Él simplemente no es *capaz* de comprender, aunque si lo quisiera, y solamente debido a su estrechez voluntaria es que mofa de todo lo que no está a su alcance y que nunca más podrá ser comprendido por él, en consecuencia de su cerebro en verdad *retrogrado*, anómalo. Ahí reposa exactamente la parte más terrible de la maldición de esa aberración antinatural. La cooperación armoniosa entre las dos partes del cerebro humano, que es absolutamente necesaria para una criatura humana normal, es algo definitivamente imposible para los actuales seres humanos de intelecto, que denominamos materialistas. —

Ser materialista no es acaso un elogio, pero si la legitimación de un cerebro atrofiado.

Domina, por consiguiente, hasta ahora en esta Tierra el cerebro *antinatural*, cuya actuación, por ultimo, evidentemente, tiene que traer la ruina inevitable de todo, pues todo aquello, lo cuanto él también quiera traer, ya contiene en si desde el principio, naturalmente, desarmonía y enfermedad, debido a la atrofia.

En esto ahora nada más hay para cambiar, pero se debe aguardar tranquilamente el desmoronamiento que se procesa de forma natural. *¡Entonces, sin embargo, viene el día de la resurrección para el espíritu, y también una nueva vida!* ¡Con eso estará aniquilado para siempre el esclavo del intelecto que, desde hace milenios, tiene la palabra! Nunca más él podrá elevarse, porque la prueba y la vivencia propia por ultimo lo forzarán a someterse voluntariamente, como enfermo y pobre de espíritu, a *lo* que era incapaz de comprender. Nunca más a él le será dado la oportunidad de levantarse contra el espíritu, sea con escarnio, sea con aparente derecho, usando violencia, como también ha sido practicado contra el Hijo de Dios, que tuvo que luchar contra eso. Antaño, aún hubiera sido posible evitar muchas desgracias. Pero ahora no más; pues en ese intervalo se tornó imposible reatar la debilitada ligazón entre las dos partes del cerebro.

Habrán muchos seres humanos de intelecto, que una vez más querrán mofar de las explicaciones en esta disertación, sin embargo, sin ahí, como siempre, además de lugares comunes vacíos, poder presentar siquiera una *contraprueba realmente objetiva*. Sin embargo, todo aquél que busca sinceramente y que raciocina tiene que tomar ese alboroto ciego solamente como nueva prueba de lo que aquí aclaré. Tales personas simplemente *no pueden*, aunque se empeñen para tanto. Las consideremos, por lo tanto, de hoy en adelante, como enfermos que pronto necesitarán de auxilio y... aguardemos calmamente. No hay necesidad de lucha tampoco de ningún acto de violencia para forzar el progreso necesario; pues el fin vendrá por si mismo. También ahí se efectúa el acontecimiento natural de forma totalmente inexorable y también puntual en las leyes inamovibles de todas las reciprocidades. — —

Una “nueva generación” debe surgir entonces, de acuerdo con tantas predicciones. Esa no será constituida, sin embargo, solamente de nuevos nacimientos, tenidos como dotados de un “nuevo sentido”, conforme ya fue observado ahora en California y también en Australia, pero sí principalmente de *personas que ya viven* en la Tierra, que en tiempo próximo se tornarán “videntes” debido a muchos acontecimientos que están por venir. Tendrán, entonces, el mismo “sentido” que los actuales recién-nacidos; pues ese sentido nada más es de lo que la capacidad de estar en el mundo con el espíritu abierto y libre, lo cual no más se deja subyugar por las restricciones del intelecto. *¡Con eso, el pecado hereditario será finalmente extinguido!*

Todo eso, sin embargo, nada tiene que ver con las propiedades denominadas hasta ahora de “facultades ocultas”. ¡Se trata solamente de la criatura humana normal, como debe ser! El “tornarse vidente” no tiene relación alguna con la “clarividencia”, pero si significa el “*examinar*”, el reconocer.

Los seres humanos estarán entonces en condiciones de distinguir todo sin ser influenciados, lo que nada más significa de lo que formar un juicio propio. Ellos ven el ser humano de intelecto tal cual es realmente, en su tan peligrosa restricción, tanto para él como para su ambiente, de la cual concomitantemente se originan la arrogancia de dominar y la manía de querer tener siempre razón, que, en la verdad, hace parte de eso.

¡Verán también, como desde milenios, en severa consecuencia, la humanidad entera ha sufrido bajo ese yugo, una vez de esa, otra vez de otra forma, y como esa afección cancerosa, cual enemigo hereditario, siempre se dirigió contra el desenvolvimiento del *espíritu* humano libre, la principal finalidad en la existencia de la criatura humana! Nada les escapará, ni mismo la amarga certeza de que la aflicción, *todos* los sufrimientos, cada una de las caídas, habían que originarse de ese mal, y que la mejora nunca pudo ocurrir, porque cada

reconocimiento más amplio estaba excluido de antemano debido a la restricción de la facultad de comprensión.

Como *el despertar*, sin embargo, también habrá cesado toda la influencia, todo poder de esos seres humanos de intelecto. Para *todos* los tiempos; pues se inicia entonces una nueva y mejor época para la humanidad, donde el antiguo no más puede mantenerse.

Con eso, vendrá la necesaria, ya hoy deseada por centenas de millares, victoria del espíritu por sobre el intelecto que falla. Muchas de las masas, hasta ahora inducidas a error, aún reconocerán con eso que hasta entonces habían interpretado de modo completamente errado la expresión “intelecto”. La mayoría, sin examinar, lo aceptó simplemente como un ídolo, sólo porque también los demás lo presentaban así, y porque todos sus adeptos siempre sabían presentarse, por la violencia de las leyes, como dominadores absolutos y infalibles. Muchos, debido a eso, ni se esfuerzan por descubrir la verdadera vacuidad y las fallas que se ocultaban tras de eso.

Sin embargo, existen seguramente también otros que, desde hace decenios, vienen luchando contra ese enemigo con tenaz energía y convicción, oculta y, en parte, también abiertamente, expuestos a veces también a los más pesados sufrimientos. *¡Sin embargo, lucharon, sin conocer el propio enemigo!* Y eso dificultaba, lógicamente, el éxito. Lo ha tornado de antemano imposible. La espada de los luchadores no era muy afilada, porque la iban gastando constantemente al golpear en hechos secundarios. Con esos hechos secundarios, sin embargo, golpeaban también siempre al acaso, desperdiciando las propias fuerzas, y provocaron solamente desunión entre sí, que hoy aumenta cada vez más.

Hay en la realidad solamente *uno* enemigo de la humanidad al largo de toda la línea: *¡el dominio, hasta ahora irrestricto, del intelecto!* Eso ha sido el grande *pecado original*, la más grave culpa del ser humano, que trajo todos los males. *Eso* se tornó el *pecado hereditario*, y *eso también es el anticristo*, sobre lo cual ha sido anunciado, que levantará su cabeza. En términos más claros, el dominio del intelecto es su instrumento, bajo lo cual los seres humanos a él le están sumisos. A él, el enemigo de Dios, al propio anticristo... *¡Lucifer!*
*(Disertación Nro 89: El anticristo)

¡Nos encontramos en el medio de esa época! Él habita hoy en *cada* ser humano, listo para destruirlo, pues su actividad causa el inmediato alejamiento de Dios, como consecuencia totalmente natural. Él intercepta el espíritu, apenas cuando pueda reinar.

Ahí por que debe el ser humano mantenerse en constante vigilancia. —

No debe, por eso, acaso disminuir su intelecto, pero si transformarlo en *instrumento*, que él es, y no tornarlo una voluntad determinante. ¡No tornarlo señor!

La criatura humana de la generación venidera podrá contemplar los tiempos de hasta ahora solamente aún con asco, horror y con vergüenza. Semejante a lo que se pasa con nosotros, cuando entramos en una antigua cámara de tortura. También ahí vemos los malos frutos del frío dominio del intelecto. ¡Pues es incontestable que una persona *con sólo un poquito de corazón* y consecuente actividad espiritual jamás hubiera inventado un tal horror! En el general, sin embargo, hoy esto no es diferente, solamente algo disfrazado, y las miserias de las masas son idénticos frutos podridos, como la antigua tortura individual.

Cuando el ser humano lance una mirada retrospectiva, entonces no más cesará de menear la cabeza. Él preguntará a sí mismo como ha sido posible soportar tales errores en silencio durante milenios. La respuesta es, evidentemente, muy sencilla: por la violencia. Para dondequiera que se mire, se puede reconocerlo bien nítidamente. Excluyendo los tiempos de la remota antigüedad, basta que entremos en las ya citadas cámaras de tortura, que aún hoy pueden ser vistas por toda parte, y cuya utilización no está tan lejos así de la época presente.

Sentimos escalofríos, cuando contemplamos esos antiguos instrumentos. ¡Cuanta brutalidad fría hay en eso, cuanta bestialidad! Seguramente, ninguna persona del tiempo actual tendrá dudas de que tales practicas constituyeron pesados crímenes. Se ha cometido con eso, en los criminosos, un crimen aún mayor. Pero también muchos inocentes fueron arrancados de la familia y de la libertad, y lanzados con brutalidad en aquellas mazmorras. Cuántos llantos, cuántos gritos de dolor se hacían oír de los que estaban allí enteramente a merced de sus verdugos. Seres humanos tuvieron que sufrir cosas, ante de las cuales, en pensamiento, sólo se puede sentir rechazo y pavor. Cada uno pregunta a si mismo, involuntariamente, si de hecho ha sido humanamente posible haber pasado todo eso con esos indefensos, y además bajo la apariencia de todo el derecho. Uno derecho que antaño sólo se arrojó por la violencia. Y ahora nuevamente, a través de dolores físicas, se ha forzado confesiones de culpa de sospechosos para que, de esa forma, sin percances, pudiesen ser asesinadas. Aunque tales confesiones de culpa sólo fueron obtenidas a la fuerza y prestadas solamente para huir a esos impiedosos malos tratos corporales, ellas eran suficientes a los jueces, que necesitaban de tales confesiones para cumplir la “palabra” de la ley. ¿Supondrían esos individuos mediocres realmente que con eso podían lavarse también ante la voluntad divina? ¿De librarse de la acción inexorable de la ley fundamental de una reciprocidad?

O todas esas criaturas humanas eran escoria de los más endurecidos criminosos, que se arrogaron el derecho de someter otros a juicio, o queda demostrado a través de eso, tan nítidamente, la estrechez malsana del intelecto terreno. No puede haber un medio termino.

Según las leyes divinas de la Creación, todo dignatario, todo juez, no importa cual oficio ejerzca aquí en la Tierra, no debería nunca quedar, en su *actuación*, bajo la guarida del oficio que ejerce, pero sí, sólo y de forma puramente *personal*, *sin protección* como cualquier otra persona, hubiera que asumir él mismo con la plena responsabilidad, por todo cuanto haga en su oficio. Y no sólo espiritualmente, sino también terrenamente. Así cada cual tomaría las cosas mucho más en serio y con más cuidado. Y los así llamados “errores” con toda la certeza no más se repetirán tan fácilmente, cuyas consecuencias jamás pueden ser reparadas. Sin mencionar los sufrimientos físicos y anímicos de las personas alcanzadas y de sus familiares.

¡Examinemos una vez aún el capitulo también perteneciente a este tema de los procesos de las nombradas “brujas”!

Quién tuvo alguna vez acceso a los autos de tales procesos, a él le gustaría de, enrojecido de vergüenza, desear para sí, nunca haber hecho parte de esta humanidad. Bastaba, antaño, un ser humano poseer conocimientos sobre plantas terapéuticas, sea ante experiencia practica o adquirida por tradición, y con eso prestar ayuda a personas enfermas que se lo requiriesen, luego era arrastrado sin piedad a esa tortura, de que por fin sólo se lo libraba la muerte en la hoguera, si su cuerpo no sucumbiese antes a ésas crueldades.

Incluso la belleza corporal podía servir antaño de motivo para eso, principalmente la castidad que no se subyugaba.

¡Y entonces aún las atrocidades horrendas de la Inquisición! *(Corte del Santo Oficio)
¡Relativamente pocos son los años que nos separan de ese “antaño”!

De la misma forma que hoy reconocemos esa injusticia, también las reconocían antaño el pueblo. Pues éste no estaba aún tan restringido por el “intelecto”, en él aún repuntaba aquí y allá el sentimiento, el espíritu.

¿No se reconoce hoy una total estrechez en eso todo? ¿Una estupidez irresponsable?

Se habla sobre eso con superioridad y encojer de hombros, sin embargo, en el fondo nada se ha cambiado ahí. ¡Aún se conserva intacta la presunción estrecha delante de todo lo que no ha sido comprendido! Sólo que en lugar de esas torturas se recorre actualmente a la burla publica en todo lo que, debido a la propia estrechez, no se comprende. Que cada cual golpee

en el pecho y piense primero sobre eso, sin ahí preservarse. Toda la persona, que posee la capacidad de saber lo que para los demás es inaccesible, que tal vez pueda ver, con los ojos de materia fina, también el mundo de materia fina como un fenómeno natural, lo que a la brevedad no provocará más dudas, mucho menos ataques brutales, será de antemano considerada como impostora por los héroes del intelecto, es decir, por criaturas humanas no completamente normales, y tal vez también ante la justicia.

Y ay de aquél, que no sabe lo que hacer con eso y que con la mayor inocencia habla de esas cosas que ha visto y oído. Habrá que sentir miedo, como los primeros cristianos bajo el dominio de Nero con sus auxiliares siempre listos para cometer asesinatos.

Caso esa persona aún posea otras facultades, que *nunca* podrán ser comprendidas por los pronunciados seres humanos de intelecto, entonces ella será implacablemente y sin piedad perseguida, calumniada y puesta al margen, si no se someta bajo a la voluntad de todos; si es posible, será tornada “inocua”, conforme se suele expresar tan hábilmente. Nadie siente remordimientos a causa de eso. Un tal ser humano vale aún hoy como caza libre de cualquier individuo a veces interiormente muy poco limpio. Cuanto más restringido un ser humano, mayor también la ilusión de perspicacia y el pendiente hacia la arrogancia.

¡No se ha aprendido nada con esos acontecimientos de los viejos tiempos, con sus torturas y hogueras, y ridículos autos de los procesos! Pues aún hoy cualquier persona puede impunemente macular y ofender lo que es fuera del común y no comprendido. En eso no es diferente de lo que ha sido antaño.

Peor todavía de lo que con la justicia, ha sido en las inquisiciones criadas por la Iglesia. Aquí, los gritos de los martirizados eran sobrepajados por oraciones beatas. ¡Era un escarnio en relación a la voluntad divina en la Creación! Los representantes eclesiásticos de aquellos tiempos demostraban con eso que no tenían la mínima noción de la verdadera enseñanza de Cristo, tampoco de la divinidad y de su voluntad creadora, cuyas leyes reposan de modo inmutable en la Creación y ahí actúan, homogéneamente desde el principio hasta el fin de los tiempos.

Dios dio al espíritu humano, en su constitución, el libre-arbitrio de la decisión. Solamente *en él* es que él puede madurar así *como debe*, lapidarse y desenvolverse plenamente. Sólo ahí encuentra la posibilidad para tanto. Si, sin embargo, esa voluntad libre sea reprimida, se torna un obstáculo, cuando no un retroceso violento. Sin embargo, las iglesias cristianas, también muchas religiones, combatían antaño esa determinación divina, se oponiendo a ella con la mayor crueldad. Querían, por medio de torturas, y por fin por la muerte, obligar las personas a enveredar y seguir por caminos, hacer confesiones que eran contra sus convicciones, es decir, contra *su voluntad*. Con eso, pecaban contra el mandamiento divino. Sin embargo, no solamente eso, pero impedían también las personas en la evolución de su espíritu, y las tiraban centenas de años hacia tras.

¡Si solamente una chispa de verdadero sentimiento, por lo tanto, del espíritu, hubiese se manifestado en eso, entonces tal hecho jamás debería y podría haber ocurrido! Solamente la frialdad del intelecto trajo así ese procedimiento deshumano.

Es comprobado por la historia que incluso muchos papas mandaron trabajar con puñal y con veneno para realizar sus deseos puramente terrenos, sus objetivos. *Eso* sólo se podía pasar bajo el dominio del intelecto, que en su marcha triunfal *todo* subyugaba, sin detenerse delante cosa alguna. —

Y sobre todo eso pairaba y paira, con hecho inamovible, la voluntad férrea de nuestro Criador. Al pasar hacia el más Allá, cada persona queda desnuda del poder terreno y de su protección. Su nombre, su posición, todo quedó hacia tras. Solamente una pobre alma humana traspasa hacia el más Allá, para ahí recibir, usufructuar lo que sembró. ¡No es posible siquiera

una excepción! Su camino la conduce a través de toda el engranaje de la incondicional reciprocidad de la justicia divina. ¡Allá no existe ninguna Iglesia, ningún Estado, pero sí solamente almas humanas individuales, que tienen que prestar cuentas, personalmente, de cada uno de los errores que cometieron!

Quién actúa contra la voluntad de Dios, es decir, quien peca en la Creación, queda sometido a las consecuencias de tal transgresión. No importa quien sea y bajo qué pretexto haya sido cometido. Que sea un ser humano individual, bajo la cobertura de la Iglesia, de la justicia... ¡un crimen contra el cuerpo o contra el alma es y sigue siendo crimen! Eso no puede ser alterado de forma alguna, ni mismo a través de una *apariencia* de derecho, que en absoluto ni siempre es lo correcto; pues evidentemente las leyes también fueran establecidas solamente por los seres humanos de intelecto y, por consiguiente, tienen que contener restricción terrena.

Fijarse, por ejemplo, la legislación de muchos países, principalmente de la América Central y del Sur. La persona que hoy gobierna y que por eso recibe todas las honrarías puede, ya mañana, terminar en una cárcel como criminoso o ser ejecutada, caso su adversario consiga tomar ese gobierno por un golpe de fuerza. Caso malogre, en lugar de ser *él* proclamado regente, pasará a ser considerado como criminoso y perseguido. Y todas las autoridades constituidas sirven de buen agrado, tanto a uno como a otro. Incluso un viajero, dando vueltas al mundo, tiene muchas veces que cambiar de conciencia como quien cambia de ropa, cuando pasa de un país a otro, para poder ser considerado bueno en todas las partes. Lo que en un país es considerado como crimen, en el otro muchas veces es permitido y, además, tal vez incluso bien-visto.

Eso naturalmente sólo es posible en las conquistas del intelecto terreno, pero nunca donde el intelecto debe asumir su escalón como instrumento del espíritu vivo; pues quien escucha el espíritu jamás ignorará las leyes de Dios. Y dónde éstas sean tomadas como fundamento, allá no puede haber defectos tampoco lagunas, pero sí solamente unidad, que lleva consigo felicidad y paz. Las manifestaciones del espíritu en todas las partes, en sus líneas generales, solamente pueden ser siempre las mismas. Jamás se opondrán unas a las otras.

También la ciencia del derecho, la medicina, la política, tiene que permanecer oficio imperfecto allá, donde solamente el intelecto puede constituir la base y donde hace falta el espiritual. Simplemente no es posible de otro modo. Se partiendo en ese caso, evidentemente, siempre del verdadero concepto de “espíritu”. —

El saber es un producto, el espíritu, sin embargo, vida, cuyo valor y cuya fuerza sólo pueden ser medidos según sus conexiones con el origen del espiritual. Cuanto más íntima sea esa conexión, tanto más valerosa y poderosa hay de ser la parte que se ha desprendido del origen. Cuanto más floja, sin embargo, tornarse esa conexión, tanto más lejos, extraña, aislada y débil tiene que ser también la parte salida del origen, es decir, el respectivo ser humano.

Todas esas son evidencias tan sencillas, que no se puede comprender como los seres humanos de intelecto, que erraron el camino, puedan pasar siempre y siempre de nuevo como ciegos por eso. ¡Pues lo que la raíz trae, reciben el tronco, la flor y el fruto! Pero también en eso se muestra esa desesperada auto-restricción en la comprensión. Penosamente han construido una muralla a su frente y ahora no más pueden mirar por arriba y mucho menos a través de ella.

Sin embargo, a todos los espiritualmente vivos ellos han, con su sonrisa mofadora y presuntuosa, con sus aires de superioridad y mirar de desprecio para otros aún no tan esclavizados, que asemejarse a veces a pobres tontos enfermos, los cuales, a pesar de toda la compasión, se debe dejar en su ilusión, porque su límite de comprensión deja pasar sin impresiones incluso los hechos reales de comprobaciones contrarias. Todo y cualquier

esfuerzo para mejorar alguna cosa en eso debe asemejarse solamente a los intentos vanos de involucrar un cuerpo enfermo con un manto nuevo y muy vistoso, a fin de restablecer también simultáneamente la salud.

Ya ahora el materialismo está más allá de su punto culminante, y en la brevedad, fallando por toda la parte, habrá que colapsar en sí. No sin en eso arrastrar consigo mucha cosa buena. Sus adeptos ya llegaron al fin de sus posibilidades, a la brevedad quedarán confusos en relación a su propia obra y después a si mismos, sin percibir el abismo que se abrió ante ellos. En poco tiempo serán cual un rebaño sin pastor, no confiando unos en los otros, cada cual siguiendo su propio camino y, sin embargo, se elevando aún orgullosamente por encima de los demás. Irreflexionadamente, siguiendo solamente el habito anterior.

Con todas las señales de la apariencia exterior de su vacuidad ellos, por fin, también tumbarán a las ciegas en el abismo. Consideran aún como espíritu, aquello que solamente es producto de sus propios cerebros. ¿Como, sin embargo, puede la materia muerta generar espíritu vivo? En muchas cosas se muestran orgullosos por su pensar exacto y, en los temas esenciales, sin lo mínimo escrúpulo, dejan lagunas de la mayor irresponsabilidad.

Cada nuevo paso, cada intento de mejora, habrá que llevar siempre nuevamente en sí toda la aridez de la obra del intelecto, y así el germen de la decadencia inevitable.

Todo lo cuanto digo de tal naturaleza no es ninguna profecía, ninguna predicción sin base, y sí la consecuencia inalterable de la voluntad criadora, que todo vivifica, cuyas leyes ya aclaré en mis numerosas disertaciones precedentes. Quien sigue conmigo en espíritu los caminos nítidamente señalados en las mismas también tiene que abarcar con la vista el fin inevitable y reconocerlo. Y todos los indicios para eso ya están ahí.

Se lastima y se grita, se ve con asco de qué manera las excrecencias del materialismo se exhiben hoy en formas casi increíbles. Se implora y se ruega por la liberación del sufrimiento, por la mejora, por la cura de ese declive ilimitado. Los pocos, que aún pudieron salvar cualquier emoción de su vida anímica de esa tempestad de acontecimientos increíbles, que no se sofocaron espiritualmente en la decadencia general que ilusoriamente lleva con orgullo en la frente el nombre “progreso”, se sienten como expulsados, retrasados, y también como tales son considerados y ridicularizados por los seguidores sin alma de la época moderna.

¡Una corona de laureles a todos cuantos tuvieron el coraje de no juntarse a las masas!
¡Que altivamente se abstuvieron de la rampa inclinada que lleva hacia bajo!

¡Es un *sonámbulo* aquél que por eso aún se considere hoy un infeliz! *¡Abrid los ojos!* ¿No vedes, pues, que todo lo que os oprime ya es el comienzo del repentino fin del materialismo, que actualmente sólo domina de manera aparente? La construcción entera ya está para colapsar, sin la participación de los que bajo él sufrieron y aún habrán que sufrir. La humanidad de intelecto tiene ahora de cosechar lo que durante milenios genero, alimento, crió y aduló.

Para el calculo humano, un largo periodo, para las molinos automáticos de Dios en la Creación, uno breve lapso de tiempo. Para dónde vosotros miráis, en toda la parte surge el malogro. Flota retrocediendo y se represa de forma amenazadora, se elevando como un pesado dique para, en la brevedad, se precipitando y colapsando, soterrar fondo sus adoradores bajo sí. Se trata de la ley inexorable de la reciprocidad, que tiene que mostrarse de modo terrible en ese desencadenamiento, porque durante milenios, a pesar de múltiples experiencias, nunca hubo una alteración para algo más elevado, y sí, al contrario, ha sido aumentado más aún el mismo camino errado.

¡Desalentados, el tiempo es llegado! Levantad la frente, que tantas veces tuvisteis que bajar llenos de vergüenza, cuando la injusticia y la estupidez pudieron os infligir sufrimiento

tan profundo. ¡Afrontad hoy tranquilamente el adversario, que de esa manera os quiso subyugar!

La veste pomposa de hasta ahora ya está muy desgastada. A través de todos sus hoyos ya se ve finalmente la figura en su forma verdadera. Inseguro, pero ni por eso menos arrogante, el agotado producto del cerebro humano, el intelecto, que si elevar a espíritu, mira desde ella hacia fuera... ¡sin comprender!

Arracad tranquilamente la venda y mirad más nítidamente al rededor de vosotros. Ya un vistazo en algunos buenos periódicos transmite a un mirar claro toda una serie de cosas. Se ve un esfuerzo obstinado para agarrarse aún a toda la vieja apariencia. Se busca, con arrogancia y no raro con sarcasmos groseros, tapar toda esa incomprensión que cada vez se muestra más nítidamente. Muchas veces una persona quiere, empleando expresiones insípidas, juzgar algo de lo que, en la realidad, no posee evidentemente siquiera uno vislumbre de comprensión. Incluso aún personas con calidades muy buenas se desbandan hoy desamparadas hacia caminos poco limpios, solamente para que no tengan que confesar que muchas cosas ultrapasan la capacidad de comprensión de su propio intelecto, sobre lo cual únicamente querían apoyarse hasta ahora. No perciben lo ridículo del procedimiento, no ven los puntos débiles que de esa manera sólo ayudan a aumentar. Confusos, ofuscados, se encontrarán a la brevedad delante de la Verdad y, entristecidos, lanzarán una mirada por sobre su vida fracasada, ahí reconociendo finalmente, envergonzados, que había estupidez precisamente allá, dónde se tenían como sabios.

¿Hasta que punto ya se llegó hoy? ¡*El ser humano musculoso es triunfo!* ¿Acaso un investigador serio, que en lucha durante decenios ha descubierto un suero que anualmente ha regalado centenares de millares de personas, adultos y menores, con protección y también ayuda contra los peligros de enfermedades fatales, pudo celebrar tamaños triunfos como un boxeador, que vence su adversario con ruda brutalidad puramente terrena? ¿O como un aviador que, con un poco de coraje, no más de lo que cada combatiente había que tener en el campo de batalla, ejecuta un importante vuelo, gracias a su excelente maquina? Es considerado casi un acontecimiento político. ¿Acaso una única *alma* humana saca algun provecho con eso? ¡Sólo terrenal, completamente terrenal, es decir, inferior en toda la obra de la Creación! Correspondiendo enteramente al becerro de oro de la actividad del intelecto. ¡Como triunfo de ese príncipe ficticio de barro, tan preso a la Tierra, por sobre la restricta humanidad! — —

¡Y nadie ve ese resbalar vertiginoso rumbo al abismo horrendo!

Quien intuye eso se mantiene mientras tanto aún en silencio, con la conciencia vergonzosa, de que sería ridicularizado si hablase. Se trata ya de una confusión absurda, donde, sin embargo, despunta el reconocimiento de la incapacidad. Y con el presentir *del* reconocimiento, todo se revoluciona aún más, ya por porfía, por vanidad, y no por último por el temor y por el pavor de lo que hay de sobrevenir. ¡No se *quiere* por ningún precio ya pensar en el fin de ese grande error! ¡Se torna un agarrar obstinado a la orgullosa construcción de los milenios pasados, que se asemeja en todo a la construcción de la torre de Babel y que también resultará idénticamente!

El materialismo, hasta ahora no perturbado, lleva en sí el presentimiento de la muerte que, a cada mes, se torna más evidente. —

¡En las innumerables almas, sin embargo, eso se hace sentir, por toda la parte, en toda la Tierra! Por sobre el brillo de la Verdad sólo resta aún una tenue camada de las concepciones viejas y falsas que el primer golpe de viento purificador sopla hacia lejos, de modo a así liberar el núcleo, cuyo lucir se atará a tantos otros, para ostentar su aureola radiante que se

eleva como una llama de agradecimiento en dirección hacia el reino de la luminosa alegría, a los pies del Criador.

¡Esta será la época del tan anhelado Reino del Milenio, que está delante de nosotros como grande estrella de la esperanza en radiante promesa!

¡Con eso, estará remido finalmente el grande *pecado* de toda la humanidad *contra el espíritu*, que lo dejó atado a la Tierra por medio del intelecto! ¡Solamente *ese* es entonces el camino cierto para el regreso al natural, el camino de la voluntad del Criador, que quiere que las obras de los seres humanos sean grandes y perfluidas por intuiciones vivas! ¡La victoria del espíritu será simultáneamente también la victoria de lo más puro amor!

81. ¡Padre, perdonadles; pues no saben lo que hacen!

Quién no conoce estas palabras tan significativas, que Jesús Nazareno pronunció cuando pendía en la cruz. Una de las mayores intercesiones que alguna vez han sido pronunciadas. De modo nítido y claro. Sin embargo, se permaneció durante dos milenios delante de esas palabras sin comprenderlas. Han sido interpretadas *unilateralmente*. Solamente *en aquella* dirección, que parecía agradable a los seres humanos. ¡No hubo uno siquiera que levantase su voz en favor del verdadero sentido y lo vociferase con toda la clareza a la humanidad, principalmente a los cristianos!

Sin embargo, no solamente eso. *Todos* los acontecimientos estremecedores en la vida terrena del Hijo de Dios, debido a la unilateralidad en la transmisión, han sido colocados bajo una luz errada. Esos, sin embargo, son errores que no solamente el cristianismo presenta, pero que se encuentran en *cada* religión.

Cuando discípulos colocan el puramente personal del preceptor y maestro por sobre todo y con mucha evidencia, entonces, lo es comprensible, principalmente cuando ese maestro es arrastrado de modo tan brutal y repentino de su medio, para entonces ser expuesto, en la más completa inocencia, al más penoso sufrimiento, al mismo tiempo al más grosero escarnio y, por último, a la más dolorosa muerte por martirio.

Tal cosa se entalla profundamente en las almas de aquellos que pudieron conocer su preceptor de la manera más ideal en la convivencia en común, y hace con que aquello que es personal se coloque entonces adelante de todos los recuerdos. Algo así es absolutamente natural. ¡Pero la sagrada *misión* del Hijo de Dios fue su *Palabra*, fue traer la Verdad desde las alturas luminosas, a fin de así mostrar a la humanidad su camino hacia la Luz, que hasta entonces le estuvo vedado, porque su estado espiritual, en su desenvolvimiento, no le permitía antes *seguir* aquél camino!

¡El sufrimiento infligido por la humanidad a ese grande portador de la Verdad queda ahí completamente aparte!

Pero aquello, que en los discípulos era evidente y natural, resultó en la religión posterior en muchos y grandes errores. La *objetividad* del mensaje de Dios quedó muy en según plan delante del culto de la persona del portador de la Verdad, lo que Cristo jamás quiso.

Por tal motivo, se patentan ahora fallas en el cristianismo, que llevan al peligro de un descalabro, si los errores no sean reconocidos a tiempo y, en confesión abierta, corregidos valientemente.

No es de esperarse de modo diferente, si no que el menor progreso serio habrá que tornar visibles tales lagunas. ¡Entonces, incontestablemente, es mejor no desviarse de ellas, pero atacarlas valientemente! Por que la purificación no habría de partir de la propia dirección, de modo vigoroso y alegre, con la mirada abierta hacia la gran divinidad! ¡Agradecidos, grandes grupos de la humanidad, como que libertos de una opresión hasta ahora tal vez presentida, sin embargo nunca reconocida, siguieron el llamado que los conduce hacia la Luz de jubilosa convicción! —

Al seguir los hábitos de *aquellas* personas, que se someten a las ciegas al dominio ilimitado de su propio intelecto y estrechan con eso fuertemente su facultad de comprensión, se ha dado a la vida terrena de Cristo valor igual al de su misión. Ahí, se interesaron por cuestiones de familia y por todos los acontecimientos terrenos, incluso más aún de lo que por la finalidad esencial de su venida, que consistía en dar a los espíritus humanos madurados aclaración sobre todo fenómeno *real* en la Creación, donde, exclusivamente, encontraban la voluntad de Dios, que en ella fue entretejida y, con eso, para ellos garantizada.

El traer de esa Verdad hasta entonces desconocida, únicamente, hizo necesaria la venida de Cristo a la Tierra. Nada más. Pues sin reconocer correctamente la voluntad de Dios en la Creación, ser humano alguno consigue encontrar el camino hacia la escalada al reino luminoso, mucho menos aún seguirlo.

En lugar de aceptar este hecho simplemente como tal, de profundizarse en el *mensaje* y de *vivir* de acuerdo con ella, conforme repetida e insistentemente exigía el portador de la Verdad, los fundadores de la religión cristiana e iglesias crearon como lo principal de los fundamentos un culto *personal* que los obligó a hacer de los sufrimientos de Cristo algo muy diferente de lo que ha sido en realidad.

¡Necesitaban de eso para ese culto! Desde ahí resultó, por fin, muy naturalmente en su evolución, un error grave tras otro, que no dejaba reconocer correctamente el *camino cierto*.

Solamente la estructuración errada, *por falta de objetividad*, ha producido la deturpación de todo el acontecer. ¡La naturalidad puramente objetiva tuvo, sí, que sucumbir en el momento en que el culto principal se tornó estrictamente personal! Ahí surgió el impulso de anclar una misión del Hijo de Dios principalmente en la *vida terrena*. Sí, en la realidad, resulta una necesidad para eso.

Sin embargo, que así se procede *erradamente*, el propio Cristo probó en todo su modo de ser. Más de una vez rechazó clara e incisivamente lo personal en relación a él. Siempre señalaba hacia Dios-Padre, cuya voluntad cumplía y en cuya fuerza se encontraba y actuaba, en cada palabra y en cada acción. Él explicaba cómo, de ahora en adelante, los seres humanos deberían aprender a mirar hacia *Dios-Padre*, pero nunca se refirió ahí a si mismo.

¡A la vez que ahí no se obedecía a sus palabras, no podía, por último, dejar de ocurrir que se pasase a considerar el *sufrimiento terreno* de Cristo como siendo *necesario* y deseado por Dios, incluso lo rotulase de misión principal de su *venida* a la Tierra! ¡Según la concepción oriunda de eso, él vino desde las alturas luminosas solamente para sufrir aquí en la Tierra!

Como él mismo no se había cargado con *una culpa siquiera*, quedó como justificativa nuevamente solamente el único camino: ¡tenían que ser entonces los pecados ajenos, que pusiera por sobre sí, a fin de expiarlos por ellos!

Lo qué restaba, entonces, si no seguir a construir *de esa manera* por sobre la base colocada.

Fuerza que nutre y suelo adecuado dieron entonces incluso la sobre valuación íntima, ya no más tan desconocida, y de la cual la humanidad entera padece. La consecuencia de aquél grande pecado original, que ha sido dirigido contra el espíritu, y que ya repetidas veces expliqué minuciosamente. En la evaluación excesiva del intelecto el ser humano solo conoce a si mismo, no a su Dios, hacia lo Cual él ha destruido así todos los puentes. Solamente pocos poseen aún, aquí y Allá, precarios puentes hacia el espiritual, los cuales, sin embargo, también sólo pueden dejar presentir muy poco, pero *nunca saber*.

Por eso nadie ha llegado al pensamiento correcto y natural *de separar totalmente del mensaje de Dios el sufrimiento terreno de Cristo, como acontecimiento aparte*. De reconocer todas las hostilidades, persecuciones y torturas como los graves, más brutales crímenes, que realmente han sido. ¡Es un nuevo y gran agravio enaltecerlos como necesidad!

Muy seguramente esos sufrimientos y la muerte torturante en la cruz merecen luz irradiante de la más sublime gloria, porque el Hijo de Dios no se dejó aterrorizar ante tan siniestra acogida por los seres humanos ávidos por dominio y vengativos, lo que, después del pecado original, era de esperarse, pero, a pesar de eso, a causa de los pocos buenos, trajo su tan necesario mensaje del Verdad a la Tierra.

El acto es de evaluarse tanto más elevado, porque realmente se trata solamente de una pequeña parte de la humanidad que desea salvarse de esa manera.

Sin embargo, es nuevo ultraje contra Dios, cuando los crímenes de antaño de esa humanidad deben ser tan atenuados por medio de falsas presuposiciones, como si las criaturas humanas ahí hubiesen sido solamente los instrumentos para una realización necesaria.

¡Debido a esa *incorrección* surge, por parte de muchas personas *que piensan*, la incertidumbre con relación a las consecuencias del procedimiento de Judas Iscariote! Con toda la razón. Pues si la muerte de Cristo en la cruz era la necesidad para la humanidad, entonces Judas, con la traición, ha servido de instrumento indispensable para eso, por consiguiente, no debería, en la realidad, estar sujeto a la punición en el sentido espiritual por eso. Pero la verdad sobre el acontecimiento real aleja todas esas discordias, cuyo aparecimiento justificado solamente resulta en la comprobación de que la acepción hasta ahora mantenida tiene que estar realmente errada. Pues dónde existe lo *cierto*, no hay lugar para tales cuestiones no aclaradas, al contrario, el fenómeno completamente natural puede ser tomado en consideración por *cualquier* parte, sin deparar ahí con ningún obstáculo.

Se debe, por ultimo, tener ahora el coraje de reconocer en ese enaltecimiento la cobardía mantenida encubierta solamente por la astucia del intelecto atado a la Tierra, del mayor enemigo de todo aquello que puede elevarse *por sobre* él, conforme siempre se observa nítidamente en cualquier sujeto inferior. ¡O como presunción disfrazada, que se origina del mismo fuente! ¡Es, pues, agradable poder imaginar ser evaluado tan precioso, que una divinidad, luchando para tanto, tome para sí todos los sufrimientos, solamente para poder ofrecer entonces al homúnculo un lugar de honor en el divino reino de la alegría!

¡Así es *realmente* la acepción fundamental, dicha de forma desnuda y cruda! ¡No hay otro aspecto, apenas cuando se arranque con mano firme las lentejuelas de aquellas formas!

Que tal acepción pueda originarse solamente de la más restricta limitación de comprensión con respecto a todos los fenómenos extraterrenos, seguramente tampoco necesito aún mencionar. Es siempre de nuevo una de las graves consecuencias de la glorificación del intelecto terreno, que impide toda la visión libre y amplia. ¡Después del pecado original, la adoración de ese ídolo intelecto aumentó muy naturalmente de modo constante, hasta desenvolverse, pues, en el anticristo terrenalmente poderoso o, hablando más claramente aún, en todo cuanto sea *antiespiritual*! Eso, pues, hoy es nítidamente reconocible, para dondequiera que uno mire. Para tanto, uno no más necesita de una visión apurada.

¡Y visto que *únicamente* el espiritual puede proporcionar el puente hacia la aproximación y hacia la comprensión de todo cuanto es divinal, entonces, la concesión de la soberanía al intelecto terreno, a la cual todas las ciencias hoy se confiesan con orgullo, nada más es de lo que la *declaración abierta de lucha contra Dios*!

¡Sin embargo, no solamente las ciencias, pero sí *toda la humanidad* se mueve hoy bajo ese signo! Incluso cada uno, que se denomina serio examinador, lleva consigo ese veneno.

¡Por esa razón, no es antinatural que también la Iglesia deba contener en sí mucho de eso. Ahí es por que se ha inmiscuido tanta cosa en la reproducción y en las interpretaciones de todas las palabras del Salvador, hecho que tiene su origen únicamente en la astucia terrena del intelecto!

¡Esa es también la serpiente que siempre de nuevo tienta el ser humano, de la cual advierte la narración de la Biblia! Únicamente esa serpiente de la astucia del intelecto coloca cada ser humano ante la decisión engañadora: ¿Habría Dios dicho...?'

Apenas cuando esté entregue a ella, por lo tanto, al intelecto exclusivamente, cualquiera decisión, ella elegirá siempre, como también es indicado de modo acertado en la Biblia, lo que es *hostil* a Dios o *alijado* de Dios, o puramente terrenal, o muy inferior, al cual el propio

intelecto pertenece, como flor de él. Por eso, él no consigue comprender lo que es más elevado.

El ser humano recibió el intelecto a fin de que éste le *dé*, para cada vida *terrena, en dirección hacia abajo, un contrapeso* para el *puro espiritual* que anhela hacia arriba, con la finalidad de que el ser humano en la Tierra no paise solamente en alturas espirituales, y olvide con eso su misión terrenal. El intelecto debe también servirle para facilitar y para tornar más cómoda toda la vida terrena. Antes todo, sin embargo, para transferir el fuerte impulso por lo que es elevado, puro y perfecto, que reside en el espíritu *como su constitución más intrínseca*, para el restringido ámbito terrenal, y llevarlo hacia la efectuación terrenalmente visible en la materia. ¡Actuando como ayudante del espíritu vivo, como su criado! No como quien decide, tampoco como quien todo conduce. Debe auxiliar a crear posibilidades terrenas, por lo tanto, materiales, para la concretización del impulso espiritual. Debe ser el instrumento y el servo del espíritu.

Si, sin embargo, le sea permitido decidir *sólo*, como ocurre actualmente, entonces no más sigue como contrapeso, no más como auxiliador, pero coloca en el plato de la balanza de cada decisión *solamente su propio peso*, y ése tendrá muy naturalmente como consecuencia *solamente el hundir*, porque él tira hacia abajo. Otra cosa ahí no puede suceder, toda vez que pertenece a la materialidad y a ella permanece fuertemente atado, mientras el espiritual viene desde arriba. En lugar de, entonces, auxiliando, aún extender la mano hacia el espiritual, de modo a fortalecerse y agrandarse, rechaza la mano más fuerte extendida hacia él desde el espiritual y la descarta apenas cuando todo le sea entregado. Él tampoco puede de otro modo, actúa ahí solamente según las leyes de su propia constitución.

¡Pero, fijarse bien, el intelecto terreno solamente es enemigo del espíritu *cuando* es colocado *por encima* de éste! No antes. Sin embargo, si esté *bajo* el dominio del espíritu, conforme está dispuesto por naturaleza, según la voluntad del Criador, entonces él permanece un servo fiel, que se puede *apreciar* como tal. Si, sin embargo, le es dado, en oposición a las leyes naturales, un lugar de regente, al cual no tiene derecho, entonces él oprime, como consecuencia inmediata, todo lo que pueda perturbarlo, a fin de mantenerse en el trono prestado. Cierra automáticamente los portales que, permaneciendo abiertos, deberían lanzar luz por sobre sus debilidades y su gran limitación.

Uno retrato *de aquellos* actos de las personas que, en condiciones de vida ordenadas y bajo buena conducción, sienten crecer sus capacitaciones, las sobre evalúan y, en la caída entonces, debido a la incapacidad para algo más elevado, lanzan un pueblo hacia la miseria y hacia la calamidad. Así como éstas jamás pueden alcanzar un comprender, y buscan lanzar siempre toda la culpa de la propia incapacidad solamente por sobre el pasado, ante sí mismas y ante los demás, tampoco el intelecto humano reconocerá que jamás puede actuar en el lugar del espíritu superior, sin provocar los más graves daños y, por último, la ruina. En todo es siempre el mismo cuadro, idéntico suceder en eterna repetición.

Que reflexione el ser humano solamente una vez de modo sereno y claro al respecto de ese fenómeno. Todo a él se le tornará comprensible, debiendo parecer también como lo más útil.

Esa circunstancia ha cerrado también para los fundadores de iglesias y religiones la cortina por sobre la tan gran sencillez de la Verdad divina, ha tendido un velo por sobre cada posibilidad de una comprensión acertada.

La humanidad no hubiera podido sobrecargarse con algo más terrible de lo que con esta restricción voluntaria, la incapacidad de comprensión de todo aquello que se coloca más allá del terrenal, por lo tanto, de la parte mucho mayor de todos los fenómenos. Eso, sin embargo, se halla literalmente por *encima* de su horizonte tan restringido.

Que luche, pues, una persona contra esa impenetrabilidad de la muralla. ¡A la brevedad habrá que reconocer cómo se confirma la palabra del poeta, que contra la estupidez incluso dioses lucharían *en vano!*

Esa muralla resistente solamente puede ser rota desde dentro hacia fuera por el propio ser humano individual, por haber sido edificado desde adentro. *¡Pero no lo quieren!*

Por eso el fallar está hoy en toda la parte. ¡Para dondequiera que uno mire, hay un cuadro de la más desoladora confusión y de mucha miseria!

Y, por sobre el monte de escombros, se halla vacío, presuntuoso, orgulloso, el causador de la confusión tremenda... el “hombre moderno”, conforme él mismo suele nombrarse de preferencia. ¡El “progresista”, que en la realidad ha retrocedido constantemente! Exigiendo admiración, se auto denomina también incluso de “mero materialista”. —

A uno le duele la cabeza, un asco brota, cuando uno co-vivencia todo eso, cuando uno ve hundir junto tanta cosa buena que, en ambiente apropiado, habría prosperado, cuando uno ve que tantos otros sufren a causa de eso, y fervorosamente se forma la oración: “¡Da Tu un fin en eso, Señor! ¡Nosotros no lo podemos!”

¡Se agregan aún a todo eso las innumerables cisiones, el siempre creciente odio mutuo, a pesar de la uniformidad de la esclavitud voluntaria! ¡Ni el empleador tampoco los empleados tienen culpa de eso, ni el capital tampoco su falta, ni la Iglesia tampoco el Estado, ni las diferentes naciones, pero solamente la sintonización errada de las personas, individualmente, hizo con que todo llegase a tanto!

Incluso los así nombrados examinadores de la Verdad raramente se encuentran ahora en el camino cierto. Nueve decimos de ellos se han convertido meros fariseos, que miran criticando de modo arrogante sus semejantes, se combatiendo ahí aún con afinco. ¡Todo está errado! Habrá que venir primero aún la inevitable consumación de un fin terrible, antes que algunos aún puedan despertar de ese sueño.

El regreso aún es posible. ¡A cada uno! ¡Pero en la brevedad vendrá, finalmente, el “demasiado tarde” para siempre, contrario a todas las esperanzas de tantos fieles, que cultivan las acepciones erróneas de que hay necesidad, sí, de un periodo más o menos largo para la indispensable purificación, dependiendo del propio ser humano, sin embargo, que por fin su camino tiene que conducir, pues, nuevamente rumbo hacia la Luz, hacia la alegría eterna, hacia la felicidad de la proximidad divina!

Ese pensamiento es un consuelo agradable, sin embargo, incorrecto, no correspondiendo a la Verdad. —

Observemos una vez más con calma y lucidez, sin embargo, en rasgos largos, el grande proceso evolutivo de la Creación y de las criaturas humanas, que a ella pertenecen. Prestad atención exactamente *a la ley primordial de la igual especie*, que frecuentemente he explicado, incluyendo todo cuando ella encierra de inmutables e indispensables consecuencias en el acontecimiento:

La materialidad, cual un gran campo de cultivo, sigue en el gigantesco circular orbital en la orilla *más baja* de la Creación toda, como la parte más pesada. Desde la semilla primordial, en constante movimiento, se desenvolviendo continuamente, cada vez más se congregando, formando hasta los astros a nosotros visibles, a los cuales pertenece esta Tierra. Por lo tanto, madurando hasta la máxima florecencia y fructificación, que corresponde al nuestro tiempo, para entonces, en la sobre maduración venidera, completamente por sí sólo, según las leyes de la Creación, decomponerse nuevamente, disolverse en la semilla primordial que, prosiguiendo, recibe continuamente la oportunidad de atarse y formarse nuevamente. —

Así es el cuadro global, serenamente observado desde arriba.

La materialidad en sí nada más es de lo que la materia, que sirve para el formar, para envoltorios, y que solamente llega a la vida, cuando el enteal no-material, que paira por *encima* de ella, la prepassa y entonces, a través de la ligazón, la encandece.

La ligazón de esa materia con el enteal no-material forma una base para el desenvolvimiento continuo. Del enteal se forman también todas las almas de animales.

Por sobre esas dos divisiones básicas, del material y también del enteal, se encuentra aún, como división más elevada de la Creación, el *espiritual*. Es una constitución por sí, conforme mis lectores ya lo saben. Desde ese espiritual parten las semillas que desean constituirse en los espíritus humanos auto concientes.

Solamente en el campo de cultivo de la materialidad es que tal semilla del espíritu alcanza madurar, para tornarse un espíritu humano autoconsciente, igual al grano de trigo que en el campo de cultivo se transforma en una espiga madura.

Su penetración en el campo de cultivo material, sin embargo, sólo es posible cuando éste haya alcanzado cierto grado de desenvolvimiento, que corresponde a la constitución del espiritual, que está situado en el punto más elevado de toda la Creación.

Es *aquella* época en que la Creación produce el cuerpo animal desenvuelto al máximo, en lo cual un mayor desenvolvimiento a través del alma animal proveniente del enteal no más es posible.

Una pequeña copia, una repetición de ese gran fenómeno universal, por ejemplo, constituye más tarde, siempre de nuevo, también el nacimiento terreno del alma humana, de la misma forma, sin embargo, que en un ser humano, como corona de la Creación, por lo tanto, como la criatura más elevada criada, se refleja todo el fenómeno universal. Una alma humana también solamente puede penetrar en el cuerpo infantil en formación en el vientre materno cuando ese cuerpo haya alcanzado una muy determinada maduración. No antes. Sólo el indispensable estado de maduración abre el alma hacia el camino para la penetración. Ese momento se encuentra *en el medio* de una gestación.

¡Así, igualmente, en el gran fenómeno universal, la época del desenvolvimiento máximo del cuerpo animal también ocurre en el medio, es decir, en la mitad del circular orbital de toda la materialidad! Que el lector preste mucha atención en eso.

¡Toda vez que en ese punto el *enteal* del alma animal hubo antaño alcanzado el *máximo* en el desenvolvimiento del cuerpo de la materialidad, él ha abierto automáticamente en esa circunstancia, entonces, el camino hacia la penetración del *espiritual*, situado por *encima* de él!

La semilla espiritual, ahora como el más ínfimo en su igual especie espiritual, por su parte, sólo podría entrar en la obra-prima máxima del enteal situado bajo ella, por lo tanto, en el cuerpo animal desenvuelto al máximo por éste.

En ese penetrar, por su constitución, toma naturalmente pronto en las manos la dirección de todo, y puede entonces conducir el cuerpo por ella habitado, así como todo su ambiente terreno, aún a un desenvolvimiento continuo, lo que el enteal no habría logrado. Con eso se desenvuelve, de modo totalmente natural, concomitantemente también el espiritual.

Así el breve cuadro de todos los fenómenos *en la* Creación, cuyas minucias exactas aún daré en disertaciones posteriores, incluso en todas las mínimas partes.

Nosotros pertenecemos a la *primera de todas las* partes de ese círculo de materialidad, nos encontramos como los primeros en el primer plan en la punta de su circular. Antes de nosotros, nada hubo de especie semejante, sin embargo, después de nosotros, será eterno.

Por lo tanto, la parte, a la cual también nosotros pertenecemos, pasa, antes de todas las demás, por todos los acontecimientos por la primera vez. Es por eso, también, que la Tierra

tiene un papel especialmente importante, porque en ella, como cuerpo celeste grueso material más maduro, tienen que efectuarse todos los acontecimientos universales incisivos.

No es, por lo tanto, aún ninguna repetición lo que ahora vivenciamos, y lo que aún está delante de nosotros. ¡Tampoco, por acaso, algo ya ocurrido en los acontecimientos universales! —

Volvamos a la primera entrada de los gérmenes de espíritus humanos en esta materialidad, por lo tanto, en la mitad del circular orbital de la materialidad. Los animales de antaño, desenvueltos al máximo, que hoy son erróneamente denominados como seres humanos primitivos, se han extinguido. De ellos, solamente han sido conducidos al perfeccionamiento *aquellos* cuerpos, en los cuales habían penetrado *gérmenes espirituales*, en lugar de las almas enteales de animales. Los gérmenes espirituales maduraron en ellos en múltiples vivencias, elevaron el cuerpo animal hasta el cuerpo humano ahora por nosotros conocido, se dividieron en razas y pueblos. — El grande pecado original había quedado hacia tras. Fue la primera acción de decisión espontánea luego de la auto concientización de los gérmenes espirituales, ha consistido en colocar el intelecto *por sobre* el espíritu, y dejó crecer el pecado hereditario de graves consecuencias, que muy rápidamente ha producido los frutos huecos del dominio del intelecto, de modo nítido y fácilmente reconocible. El pecado hereditario es también el cerebro unilateralmente desenvuelto, debido a la actividad unilateral del intelecto, que como tal se transmite constantemente por herencia. Ya muchas veces me he referido a ese hecho, *(Disertación Nro 9: Pecado hereditario) y con el tiempo aun hablaré de eso mucho más a minuciosamente. Seguramente, también aún habrá personas que, ante la dirección así señalada, podrán cooperar alegremente en esa gran obra de aclaración.

Incesantemente el circular orbital siguió su trayecto. La humanidad, sin embargo, desviándose, causó la paralización y confusión en el progreso necesario. En medio a la confusión, el pueblo judío cayó bajo el conocido pesado yugo de los egipcios. La aflicción y el fuerte anhelo por la liberación permitieron que las almas madurasen más rápidamente. ¡Por esa razón, ellos tomaron espiritualmente la delantera de todos los demás, porque, debido a esa fuerte conmoción de intuiciones libres de connotación sexual, miraron de manera correcta, sobretodo, hacia dentro de sí mismos y también hacia las almas de sus opresores! Después que intuyeron con claridad que todo cuanto es terrenal y incluso la más aguzada inteligencia del intelecto no más podían ayudar, con lo que reconocieron igualmente el vacío de sus almas, el ojo espiritual aprendió a ver con más nitidez, y lentamente surgió por ultimo un concepto de la divinidad, propiamente, más verdadero y elevado de lo que hasta entonces lo tenían. Y las oraciones prepasadas por el dolor se elevaron nuevamente con más intensidad hacia las alturas.

Por ese motivo, el pueblo judío pudo tornarse el pueblo convocado, lo que se hallaba espiritualmente en la delantera de los demás, por haber tenido una concepción, la más pura hasta entonces, del concepto de la divinidad. Tanto cuanto era posible en aquel tiempo, considerado el grado de madurez del alma humana.

¡Les pido que no confundan madurez espiritual con saber aprendido, pero siempre de nuevo que recuerden que *lleno de espíritu* corresponde a *lleno de alma*!

La máxima madurez espiritual de antaño de los judíos, pues, los capacitaba también a recibir por intermedio de Moisés una voluntad clara de Dios bajo la forma de leyes, que significaban el mayor tesoro para el desenvolvimiento continuo, proveyendo el mejor y más fuerte apoyo.

Como el fenómeno universal, de manera muy natural, solamente se concentrará siempre en el lugar de mayor maduración, así él se ha centralizado antaño, poco a poco, en ese pueblo humano judío que espiritualmente maduraba cada vez más. —

Pero aquí, por su parte, el fenómeno universal no debe ser confundido con la historia mundial terrena, que se halla muy lejos del fenómeno universal propiamente, y que reproduce, en la mayoría de las veces, solamente los efectos del *libre-arbitrio* del espíritu humano, tantas veces aplicado erradamente, y el cual siempre lanza solamente muchas piedras en el verdadero fenómeno y produce con eso muchas veces torsiones transitorias y confusiones terrenas.

El pueblo judío se hallaba, en aquel tiempo, en la delantera de los demás en su culto religioso y en su concepción, por lo tanto, también más cerca de la Verdad.

La consecuencia lógica de eso ha sido que, recíprocamente, la anunciación de una encarnación originaria desde la Luz también tenía que venir solamente por ese camino, lo cual, por ser lo más cierto, podía llegar hasta la proximidad más inmediata. Los demás caminos, debido a su mayor distancia de la Verdad, no podían estar libres para tales posibilidades, porque se perdieron en errores.

Por su parte, según la ley de la igual especie, absolutamente indispensable para un actuar, ni era posible de otra manera, sino que un portador de la Verdad, originario desde la Luz, en su encarnación, solamente pudiese seguir *aquél* camino, que se encuentra absolutamente más cerca de esa Verdad, que viene al máximo hacia el encuentro de ella en su semejanza. Solamente eso provee un apoyo indispensable, atrae, mientras las concepciones falsas rechazan y cierran sistemáticamente uno camino para la penetración y la venida proveniente desde la Luz.

La ley de reciprocidad y la de igual especie tienen que llegar, también aquí, necesariamente al pleno valor. Las leyes primordiales abren o cierran un camino en sus efectos uniformes e inmutables.

La circunstancia provee, al mismo tiempo, naturalmente, la comprobación para el hecho de que *el* pueblo, en lo cual Cristo ha encarnado, como el gran portador de la Verdad, tenía que tener la visión más pura del divino y de su actuación, que, por lo tanto, todas las demás religiones existentes en aquella época *no* llegaron tan cerca de la Verdad. El budismo, por ejemplo, *no* estuvo y *no* está, por consiguiente, tan cerca de la Verdad, pero se equivoca en muchas cosas. Pues las leyes en la Creación no mienten. En una calma reflexión, cada uno debe, por eso, llegar hacia el camino cierto, siendo pronto sacado de su hesitación. —

Cuando, sin embargo, en ese intervalo, también entre los judíos se inició de nuevo el dominio del intelecto en la religión y crió ambición innoble, auxilió entonces nuevamente el pesado puño de los romanos, para que permaneciese aún un pequeño grupo en legítimo reconocimiento, a fin de que el Verbo pudiese ser cumplido.

Mis auditores se deben empeñar para ocuparse una vez en forma más profunda y amplia con el efecto de las leyes de la necesaria igual especie para la actuación, bien como lo de la reciprocidad y de la gravedad, imaginarlo en todas las direcciones, buscar en ellas todas las minuciosidades. Pronto reconocerán en eso lo que mantiene y comprende todo, bien como lo que es vivo. Equipados con esas llaves, se orientarán rápidamente en cualquier acontecimiento. Ellos deben percibir que es realmente la llave universal, con la cual pueden abrir cualquier portal. No a través de fantasía y mística desnecesarias, pero con el mirar claro del reconocimiento sin lagunas. —

De la misma forma que un germen espiritual, en su especie aún no desenvuelta, sin embargo, siempre más elevada, sólo puede penetrar en una parte del Universo que se encuentra en condiciones adecuadas, jamás, sin embargo, en una demasiado inmadura para eso, tampoco en una demasiado madura para tanto, como lo es hoy nuestra parte del Universo, donde sólo pueden vivir aún almas que ya hayan encarnado varias veces, diferente no es el acontecimiento en la encarnación de un portador de la Verdad, proveniente desde la Luz. Su

venida sólo puede ocurrir en la parte de la humanidad más madurada para eso. Las condiciones de todas las leyes tenían que ser cumplidas *de la forma más severa* en el caso del emisario proveniente del *divinal*. Sólo podría haber sido encarnado, por lo tanto, *en aquellas* concepciones que se acercasen al máximo de la Verdad.

¡Así como el germen espiritual *solamente* puede penetrar en la materialidad después que el enteal haya llegado a su punto supremo en el actuar, donde sin el penetrar del germen espiritual hay que resultar una estagnación y con eso un retroceso, de la misma forma fue alcanzado, antes de la venida de Cristo, un punto aquí en la materia en que el espiritual, en la *perdición* debido al pecado hereditario, *no más podía progresar*! ¡El libre arbitrio que reside en el espiritual, en lugar de favorecer todo cuanto existe, había *impedido* el desenvolvimiento en dirección hacia el alto, deseado en la Creación, ha conducido todas sus facultades, ante elevación del intelecto, *unilateralmente* solamente para lo que es material. Este era un momento de mayor peligro!

El enteal, *sin* la pose del libre-arbitrio, había realizado muy naturalmente el desenvolvimiento de la Creación, por lo tanto, *con acierto*, según la divina voluntad del Criador. El espiritual, sin embargo, *con* su libre-arbitrio, se tornara incapaz para eso a causa del pecado original, trajo solamente confusión y retraso en el desenvolvimiento continuo de la materia. La utilización errada del poder a él dado para conducir la fuerza criadora divina, como indispensable progreso en la materialidad madurada, tuvo incluso que llevar a la *caída*, en lugar de al desenvolvimiento máximo. A través del pecado original, el espíritu humano retrasó de modo violento toda *verdadera* evolución progresiva; ¡pues conquistas técnicas terrenales no son propiamente un progreso en el sentido del fenómeno universal deseado por Dios! *¡Por eso, ha sido necesario el auxilio más urgente, la intervención del propio Criador!*

Cada siglo siguiente habría aumentado el mal de tal modo, que una posibilidad de camino para auxilio divino quedaba con el tiempo totalmente excluida, toda vez que el dominio del intelecto habría interceptado, poco a poco, totalmente cualquier comprensión de todo lo que es realmente espiritual y, aún más, de lo que es *divinal*. ¡Hubiera hecho falta entonces cualquier base de anclaje para una encarnación venida de la Luz!

Por eso, hubo que se actuar rápidamente, porque aún no había llegado el tiempo del Hijo del Hombre, lo cual, en aquella época, ya se hallaba en el desenvolvimiento para su misión.

¡Debido a esa urgencia, se originó el gran misterio divino, que Dios, en favor de la Creación, hizo el sacrificio de enviar a la Tierra una parte de la divinidad, a fin de llevar Luz a los que se perdieron!

¡Esta venida de Cristo aún no estaba prevista en el principio!

¡Solamente la utilización errada del libre-arbitrio por la humanidad en el pecado original y sus consecuencias tornaron necesaria la intervención divina, contraria a Su voluntad original! ¡El *enteal* en la materia había *cumplido* su misión en la evolución de la Creación, el *espiritual* más elevado, sin embargo, *falló* totalmente a través de los seres humanos! Incluso peor; pues utilizo la fuerza de resolución a él concedida directamente en sentido contrario, y se tornó con eso *hostil* a la voluntad divina, con Su propia fuerza, entregue al espiritual para utilización. Cuán grande sea la culpa, el propio ser humano puede imaginar.

¡El nacimiento de Cristo *no* fue, por lo tanto, cumplimiento de las promesas y revelaciones que prometió a los espíritus humanos, como regalo de Dios, el eterno mediador! Pero fue un *acto de emergencia* divino para toda la Creación, que estaba bajo la amenaza de ser minada por el espíritu humano en perdición.

Eso resulta también que la parte divina, antaño encarnada en Jesús Nazareno, había que reingresar completamente hacia el Padre, hacia el divino, conforme el propio Cristo tantas veces acentuó. Ha que tornarse nuevamente uno sólo con Él. ¡Ese hecho comprueba también

que él no puede ser el prometido mediador eterno entre Dios y la Creación, no el Hijo del Hombre, para eso prometido!

Este es el último progreso para la Creación, él es, desde siempre, previsto solamente para el final de la primera parte de la materialidad, cuando entonces la Creación debe moverse de acuerdo, con el Hijo del Hombre en la vanguardia como eterno mediador, lo cual, con eso, es y permanecerá simultáneamente el *siervo* más elevado de Dios. Cristo, el Hijo de Dios, fue una parte del divino y, por eso, había que reintegrarse totalmente en el divino. El Hijo del Hombre es el siervo ejecutor de Dios, que es enviado desde el divino, sin embargo, que nunca más podrá reintegrarse *totalmente* en la divinidad, por haber recibido como propiedad inseparable, además del origen divina, también el puro espiritual. Él lo retiene de la constante reintegración en el divino. Solamente *con eso* se cumple *entonces* aquella revelación de la promesa del *eterno* mediador entre Dios y Su Creación, a la cual, pues, la humanidad también pertenece. —

Así lo es el curso de los acontecimientos universales hasta el fin. Uno resulta muy naturalmente del otro. Si el pecado original haya sido comprendido correctamente y, subsecuentemente, esta venida no predeterminada de Cristo haya sido comprendida como un acto de emergencia, entonces no será difícil la comprensión de lo demás, y todas las lagunas se rellenan por sí mismas. Las cuestiones no solucionadas son eliminadas.

Solamente a través del mensaje de Cristo es que los portales del Paraíso fueron abiertos a los espíritus humanos *madurados*. Hasta ahí aún no existía la facultad de comprender con acierto el camino hasta allá. Sin embargo, ella debía perderse nuevamente en caso de tardanza, debido al desvío de los espíritus humanos, caso no tuviese venido auxilio inmediato. ¡El mensaje se destinaba a los seres humanos terrenos, bien como a los fallecidos, como *cada* mensaje de Dios, cada palabra de la Verdad luminosa!

Las criaturas humanas en ella oyeron, después de la severidad de las leyes, también de un amor, que hasta entonces aún no tenían podido comprender, pero que deberían desde allí por adelante desenvolver en sí. Por ese mensaje de amor, sin embargo, las leyes no fueron derrumbadas, al contrario, solamente ampliadas. Ellas deberían permanecer como aquella base firme, cuyo efecto encerraba en sí tal amor. —

Por sobre esa palabra del Hijo de Dios se buscó también edificar más tarde, pero ya señalé en el inicio de mi disertación los errores que ahí se originaron debido a innumerables falsas presuposiciones. —

Contemplemos una vez más la historia cristiana. Uno puede sacar desde ahí las mejores lecciones, y, con eso, como por medio de una antorcha de luz, iluminar *todas* las religiones. Por toda la parte encontramos los mismos errores.

¡Cada uno de los pequeños y grandes portadores de la Verdad, sin excepción, tuvo que sufrir bajo escarnio y mofa, bien como bajo persecuciones y ataques de los queridos semejantes, los cuales, como también aún hoy, siempre se consideraban demasiado inteligentes y sabios para aceptar, a través de enviados de su Criador, la explicación de la voluntad de Él, principalmente considerando que estos enviados, de hecho, nunca han venido de las escuelas superiores de esa humanidad!

Una explicación de la voluntad divina es en el fondo siempre solamente la interpretación del funcionamiento de Su Creación, en la cual los seres humanos viven, a la cual ellos pertenecen. ¡Conocer la Creación, sin embargo, significa todo! Si el ser humano la conoce, entonces le es muy fácil utilizarse de todo cuanto ella encierra y ofrece. El poder utilizar, por su parte, le proporciona *toda* la ventaja. De esta forma, también en la brevedad reconocerá y cumplirá la verdadera finalidad de la existencia y, beneficiando todo, ascenderá rumbo a la Luz, para alegría propia y solamente para bendición de su ambiente.

Sin embargo, mofaron de cada mensajero y con eso también del propio mensaje. Ninguna vez se les ocurrió que éste fuese bienvenido, aunque realizase lo mejor. Él siempre ha permanecido un aburrimiento, lo que, evidentemente, se deja fácilmente explicar a causa del intelecto tan hostil a Dios, y que testifica por sí la hostilidad a Dios. Cristo ha resumido el acontecimiento nítidamente en la alusión del amo que envió sus siervos para cobrar diezmos de todos sus arrendatarios. Pero, en lugar del pago, sus siervos fueron meramente escarnecidos y fustigados, antes de que fuesen mandados de vuelta con sarcasmo y de manos vacías.

Disfrazando, se nombra eso por su parte de *parábola*. ¡En apacible comodidad el individuo se coloca siempre *al lado* de esos hechos, sin jamás los hacer referencia a sí propio! O siente la necesidad de declarar que es parte de una *distinción* de Dios, cuando Sus enviados tienen que sufrir así, en lugar de considerar eso como un crimen de esa humanidad, no deseado por Dios.

Como el intelecto necesita de lantejuelas y bisuterías para tapar su estrechez, que de otro modo se tornaría demasiado visible, se empeña casi que obstinadamente en mirar con absoluto desprecio para la simplicidad de la Verdad, porque *ésta* se le puede tornar peligrosa. Él propio necesita de cascabeles sonantes en la caperuza que veste. De muchas palabras pomposas, a fin de mantener viva la atención por sobre sí. Y hoy más de lo que nunca. Sin embargo, el desprecio a la sencilla simplicidad de la Verdad hace mucho ya se convirtió en miedo. Se cuelga en esa necesaria caperuza multicolor de tontos más y más cencerros sonantes, para que suenen cada vez más alto con las contorciones convulsivas y los saltos, a fin de mantenerse aún algún tiempo en el trono usurpado.

¡Sin embargo, últimamente tales saltos ya se convirtieron en danza del desespero, a punto que se tornen a la brevedad la última danza de la muerte! Los esfuerzos se tornan más grandes, *tienen* que tornarse más grandes, porque el vacío prepasa cada vez más nítidamente todo aquél ruido. ¡Y con el pulo forzado al máximo, que se prepara, caerá finalmente la caperuza multicolor de la cabeza!

Entonces la corona de la Verdad sencilla se elevará irradiante y tranquilizadora para aquél lugar que sólo a ella le cumple.

Los examinadores sinceros, completamente confundidos por todo aquello que se encuentra tan grotescamente forzado a una altitud difícilmente comprensible, encuentran ahí finalmente, para el mirar, el firme punto de apoyo, un amparo. Podrán asimilar plenamente, sin esfuerzo, *toda* la Verdad, mientras que hasta ahora era preciso un gran esfuerzo para encontrar solamente una pequeña partícula.

¡Volver a la simplicidad en el pensar! En el contrario, nadie podrá comprender *plenamente* lo grande, y por eso jamás alcanzarlo. ¡Pensar de forma sencilla como los niños! Reside en eso el sentido de la grande expresión: “¡Si no os tornéis como niños, no podréis llegar hacia el Reino de Dios!”

El camino para tanto jamás podrá ser encontrado con el pensar tan complicado de hoy. Tampoco en las iglesias y en las religiones aún no es diferente. Cuando ahí uno dice que *sufrimientos* ayudan a *acender* y que por eso constituyen gracias de Dios, queda con eso así acogido un pequeño granosito de Verdad, pero de manera disfrazada muy desfigurada. *¡Pues Dios no quiere sufrimientos de Su pueblo!* ¡Quiere solamente alegría, amor y felicidad! El camino *en la Luz* tampoco puede ser de otra manera. Y el camino *hacia* la Luz también sólo presenta piedras cuando la criatura humana antes ahí las coloca.

El granosito de Verdad en la doctrina del sufrimiento es que con el sufrimiento puede ser remida alguna culpa. ¡Pero eso sólo ocurre allá, donde una persona *reconoce* concientemente tal sufrimiento como merecido! Igual al ladrón que imploró en la cruz.

De modo insensato vive hoy todo el mundo. Incluso aquellos que hablan de manera tan inteligente sobre remisiones de karma. Se engañan en eso, porque es mucho más difícil aún de lo que imaginan esos pretensos sabedores. ¡Pues *efectos retroactivos* de karma ni siempre constituyen también las *remisiones*! A eso fije bien cada persona. ¡Al contrario, en ese caso muchas veces se puede *decaer aún más profundamente*!

Una ascensión depende, a pesar de los efectos retroactivos de culpa, exclusivamente de la disposición interior de cada persona. ¡De como maniobra el grande timón dentro de sí, si hacia arriba, hacia delante o hacia bajo, *de esa manera*, y no diferentemente, seguirá a pesar de todas las experiencias vivenciales!

Aquí se evidencia que ella no es tampoco puede ser un juguete, pero si *tiene* que *conducir* el verdadero camino únicamente por la fuerza de su *libre-arbitrio*. ¡*Ahí ese arbitrio permanece siempre libre hasta el ultimo momento*! Aquí cada persona es realmente su libre señor, sin embargo, debe contar incondicionalmente con las... idénticas consecuencias de sus disposiciones, que la conducen hacia arriba o hacia abajo.

Si, sin embargo, maniobra su timón *hacia arriba*, a través de reconocimiento y firme voluntad, entonces los malos efectos retroactivos la alcanzan cada vez menos, se efectuarán por ultimo en ella hasta solamente de modo simbólico, porque ya fue alijada de los planos inferiores de malos efectos retroactivos, debido a los esfuerzos ascendentes, aunque aún se encuentre en esta Tierra. Pasan por bajo de ella. No es necesario, en absoluto, que una persona tenga que *sufrir*, cuando se esfuerce rumbo a la Luz.

Por eso, sacad la venda de los ojos, que fue colocada, para no temblar delante del abismo que hace mucho se abrió. Tranquilidad transitoria no es ningún fortalecimiento, significa solamente pérdida de tiempo, que jamás podrá ser recuperado.

Hasta ahora nunca se tuvo la explicación y fundamentación acertada para el sufrimiento terreno. Por eso, se presentó paliativos como un narcótico, los cuales, siempre de nuevo, son transmitidos sin reflexionar a los que sufren, con palabras más o menos habilidosas. ¡El gran error unilateral de todas las religiones!

Y cuando alguien que busca de modo totalmente desesperado exige una respuesta *demasiado* clara, entonces, simplemente se coloca aquello que no se comprende en el reino del divino misterio. Ahí deben desembocar todos los caminos de preguntas no resueltas, como puerto de salvación. ¡Pero así se revelan nítidamente como siendo los caminos *errados*!

Pues cada camino cierto tiene también un fin claro, no debe conducir a impenetrabilidades. Allá, donde “*indesvendables caminos de Dios*” deban servir como explicación, ocurre una fuga resultado de inconfundible ignorancia.

Para los seres humanos *no* es necesario haber misterio *en la Creación*, no debe haber; pues Dios quiere que Sus leyes, que actúan en la Creación, sean bien *conocidas* por los seres humanos, a fin de que puedan orientarse de acuerdo con ellas y, por intermedio de ellas, completar y cumplir más fácilmente su trayecto por el mundo, sin perderse en la ignorancia.

¡Una de las concepciones más fatales, sin embargo, sigue siendo el brutal asesinato del Hijo de Dios *como uno sacrificio necesario* en favor de la humanidad!

¡Pensar que ese brutal asesinato del Hijo deba reconciliar uno Dios!

¡Toda vez que no se puede encontrar lógicamente ninguna aclaración para esa extraña concepción, de esta manera las personas se esconden de modo embarazado nuevamente tras la tan frecuentemente utilizada muralla de protección del divino misterio, por lo tanto, de un fenómeno que no pudiese tornarse comprensible a un ser humano!

Sin embargo, Dios es tan claro en todo lo que hace. ¡La propia claridad! Él crió, pues, la naturaleza a partir de Su voluntad. ¡Por lo tanto, lo que es natural tiene que ser exactamente también lo cierto! Por ser la voluntad de Dios absolutamente perfecta.

Pero el holocausto en la cruz tiene que ser *antinatural* a cada sensatez, por ser, además de eso, injusto contra el Hijo de Dios inocente. Ahí no hay siquiera un contornar tampoco un esquivarse. ¡Sería, pues, mejor si la criatura humana confesase una vez, de modo sincero, que algo de esa especie es realmente incomprensible! Puede empeñarse como quiera, no llega ahí a ninguna conclusión, y no más puede comprender a su Dios en ese caso. ¡Sin embargo, Dios quiere ser comprendido! Él también lo puede, porque la manifestación de Su voluntad reside claramente en la Creación, nunca se contradiciendo. Son solamente los seres humanos que se empeñan en introducir cosas incomprensibles en sus investigaciones religiosas.

La penosa construcción para el falso pensamiento básico de un holocausto *necesario* con la muerte en la cruz ya queda deshecha por las palabras del propio Salvador, en la ocasión en que lo crucificaron.

“Padre, perdonadles; pues no saben lo que hacen!” ¿Sería, pues, necesaria esa intercesión, si la muerte en la cruz debiese ser un sacrificio necesario para la reconciliación? “¡No saben lo que hacen!” es, pues, una acusación de la más grave especie. Una indicación nítida de que está *errado* lo que hacen. Que ese acto fue solamente un crimen común.

¿Hubiera Cristo rogado en el Getseman que el cáliz del sufrimiento le fuese desviado, si la muerte en la cruz debiese ser un holocausto necesario? ¡Jamás! ¡Cristo no lo hubiera hecho! Así, sin embargo, sabía que las torturas que lo aguardaban eran *solamente una consecuencia del libre-arbitrio humano*. Y por eso su ruego.

Ciegamente uno pasó delante eso durante dos milenios y sin reflexionar se aceptó a cambio lo más imposible.

¡De modo doloroso tiene que oírse, muy a menudo, las opiniones de que los preferidos entre los actuales discípulos y discípulas de Jesús son agraciados con sufrimientos corpóreos, como, por ejemplo, estigmas! *(Llagas)

Naturalmente, todo eso resulta solamente de esa falsa interpretación de los sufrimientos terrenos de Cristo. Tampoco puede ser de otro modo. Cuáles sean las pesadas consecuencias personales que eso puede causar, quiero aún mencionar.

¡Cuánta irreflexión se hace menester y qué bajo servilismo, imaginar el Todo-Poderoso Criador del cielo y de la Tierra de un tal modo, que pudiese actuar de esa manera! ¡Es, pues, sin cualquier duda, la más pecaminosa degradación de la sublime divinidad, para cuya imaginación de la esencia lo más bello todavía no pude ser suficientemente bello, lo mejor, solamente muy inferior, para con eso acercarse solamente un poco de la realidad! ¿Y consideran ese gran Dios capaz de exigir que el ser humano, lo cual él crió, tenga que contorcerse en dolores delante de Él, cuando Él o agracia?

¡Cómo podrá seguirse a eso una ascensión!

¡Los seres humanos forman su Dios conforme *ellos* lo quieren tener, *ellos* Le dan la dirección de su voluntad! Y ay de Él, si no sea así conforme piensan, entonces, sin más ni menos Él será rechazado, así como son rechazados, combatidos, como una prueba, inmediatamente *aquellos* que osan ver Dios mucho mayor y más sublime. No hay grandeza en las concepciones humanas de hasta ahora. ¡Por el contrario, atestan solamente la fe inquebrantable en el valor *propio*, por cuya benevolencia un Dios tiene que mendigar, de cuyas manos sangrientas le fue permitido recibir de vuelta Su Hijo, ridiculizado y escarnecido, martirizado y torturado, que Él antaño había enviado en auxilio con el mensaje salvador!

¿Y aún hoy se pretende sostener que, para Dios, todo eso fue un necesario sacrificio reconciliador? Cuando el propio Cristo, bajo sus tormentos, ya totalmente desesperado delante esa ceguera, clamó: “¡Ellos, pues, no saben *lo qué* con eso hacen!”

¿Existe, en fin, entonces aún una posibilidad de llevar la humanidad hacia el camino cierto? Incluso los más graves acontecimientos siempre son aún demasiado débiles para tanto. ¡Cuándo, finalmente, el ser humano reconocerá cuan profundamente, en la realidad, él ha hundido! ¡Cuán vacías y huecas son las ilusiones que ha criado para sí!

Pero apenas cuando se examine solamente un poco más profundamente, entonces se encuentra el egoísmo encapsulado en la forma más legítima. Aunque se hable ahora por todos los rincones de una búsqueda por Dios con palabras bombásticas, esto es *una vez más* un grande hipocresía en la usual vanidad, a la cual hace falta totalmente cualquier anhelo realmente sincero por la Verdad pura. Se busca solamente auto-endiosamiento, nada más. ¡Persona alguna se empeña *para comprender Dios!*

Con sonrisas pretenciosas pronto colocan rápidamente de lado la simplicidad de la Verdad, sin dar atención a ella; pues se consideran demasiado instruidos, demasiado elevados y demasiado importantes para que *su* Dios aún deba ocuparse con lo que es sencillo. Él tiene que ser mucho más complicado, por honor a ellos. ¡En el contrario, pues, no vale la pena creer en Él! Como se podría, según la acepción de ellos, reconocer aún algo que sea fácilmente comprensible a cada ignorante. Algo así no se puede tachar de *grande*. Hoy no más debe ocuparse con eso, si no se torna ridículo. Dejad eso a los niños, las mujeres viejas y los ignorantes. No es, pues, para criaturas humanas de intelecto tan instruido, de tal inteligencia, las cuales son ahora encontradas entre las personas cultas. ¡El *pueblo* que se ocupe con eso! ¡La cultura y la sabiduría sólo pueden ser *medidas* con la escala de grandeza *en la dificultad de las posibilidades de comprensión!* —

¡Son ignorantes, sin embargo, los que así piensan! ¡No son dignos siquiera de recibir una sólo gota de agua de las manos del Criador por intermedio de la Creación!

¡Por limitación, se privaron de la posibilidad de reconocer la grandeza deslumbrante en la sencillez de las leyes divinas! Ellos son, en el sentido literal, incapaces para tanto, o, hablando de modo muy claro, demasiado broncos, debido a su cerebro unilateral tan atrofiado, que hasta hoy llevan consigo como un trofeo de las mayores conquistas, ya desde la hora del nacimiento.

Constituye un acto de gracias del Criador, si Él deje que fenezcan en la construcción que irguieron; pues, para donde se mire, todo es hostil a Dios, desfigurado por la mórbida manía de grandeza de todos los seres humanos de intelecto, cuya incapacidad se evidencia poco a poco por toda parte.

¡Y eso ya viene creciendo desde hace milenios! Eso trajo consigo inevitablemente el envenenamiento en las iglesias y en las religiones, toda vez que, como mal corrosivo, ha sido la consecuencia imprescindible de aquél pecado original, donde el ser humano ha decidido irrestrictamente en favor del dominio del intelecto.

¡Y ese falso dominio siempre ha engañado a las criaturas humanas a él esclavizadas, en todo lo que se refiere al divinal! Y incluso en todo el espiritual.

¡Quién no derrumbe dentro de sí ese trono y así se liberte, habrá que zozobrar junto con él!

Ya no más se debe decir *pobre* humanidad; ¡pues ellos son conscientemente culpados, como jamás la criatura pudo tornarse culpada! La expresión: “¡Perdonadles; no más saben lo que hacen!” ¡*no* más es adecuada a la humanidad de hoy! Tuvieron más de una vez la oportunidad para abrir los ojos y los oídos. ¡Actúan plenamente concientes, y todo el efecto retroactivo habrá que alcanzarlos por eso en la medida más completa, integralmente! —

Por lo tanto, cuando se cierre el círculo de todo el acontecer de hasta ahora, sobrevendrá con eso para esta *parte del Universo, por la primera vez madurada* en toda la Creación, el corte, la cosecha y la separación. Nunca, desde la existencia de toda la materialidad, eso ha ocurrido hasta ahora; ¡pues nuestra parte del Universo antecede a todas las demás en el eterno circular, como la primera que debe pasar por eso!

Por eso también, hace dos mil años, el Hijo de Dios fue encarnado en esta Tierra. Fue un acontecimiento universal, que sucedió en la parte más madurada, en la primera parte de toda la materialidad, pero que nunca vendrá a repetirse; pues en las partes siguientes siempre seguirá se efectuando lo *aquí* acontecido. Así también acontecerá que esta parte, como *primera*, entrará en un nuevo acontecimiento, que nunca ha existido antes, pero que, después de nosotros, se repetirá siempre. Es un deshacerse de la materialidad formada, que lleva consigo la sobre maduración en acontecimiento natural. —

¡Está consumado! ¡Mostrado el camino hacia la Luz y, con él, hacia la vida eterna del espiritual personal! Los propios espíritus humanos pueden reflexionar ahora, en la última hora para una decisión, cuál el camino que quieren seguir: hacia la condenación eterna o hacia la alegría eterna; ¡pues tienen, conforme la voluntad divina, la libre escoja para eso!

82. Dioses – Olimpo – Valhalla

Hace cuánto tiempo que uno ya busca obtener una interpretación correcta y una ligazón a la época actual sobre los conocidos dioses de los tiempos pasados. Convocados y personas eruditas buscan una solución, que traiga aclaración total.

¡Pero eso solamente puede ocurrir si esa solución dé simultáneamente una visión general sin lagunas sobre *todos* los tiempos! Desde el principio de la humanidad hasta ahora. En el contrario, permanecerá otra vez una obra fragmentaria. No se consigue nada con destacar, simplemente, aquél tiempo en que tuvo su florecencia el culto de los dioses, conocido por todos, de los griegos, de los romanos, y también de los germanos. En cuanto las aclaraciones no abarquen al mismo tiempo también todo el formar y el perecer, por si mismo, como algo totalmente natural, estarán erradas. Los intentos llevados a cabo hasta ahora, a pesar de la sagacidad empeñada, pusieron en evidencia por ultimo, siempre de nuevo, solamente fracaso, no han logrado mantenerse delante el intuir más profundo, quedaron pairando en el aire, sin ligazón con las épocas anteriores y posteriores.

Tampoco es de esperar diferente, cuando uno observa de modo atento la evolución de los seres humanos. —

Los oyentes y lectores de mi Mensaje del Grial deberían poder llegar por si a la conclusión de cómo es el procedimiento en esas cosas, las cuales en parte incluso ya han sido relegadas hacia el reino de las leyendas y de las sagas, o se ha buscado aceptarlas como meras configuraciones de fantasía de concepciones religiosas, formadas, imaginadas desde las observaciones de la naturaleza y en conexión con los acontecimientos diarios.

No debe ser difícil a lo que piensa y examina que encuentre *algo más* en las antiguas doctrinas de dioses de lo que solamente *leyendas* de dioses. ¡Él incluso debe ver nítidamente el *fenómeno real*! Quién lo quiera, que sígame. Yo lo conduciré a la comprensión.

Vuelvo aquí a mi disertación: “Padre, perdonadles; pues no saben lo qué hacen”. *(Disertación Nro 81) Ahí he relatado resumidamente la historia de la humanidad en la Tierra, desde el principio hasta hoy. He dado también una perspectiva del proseguimiento subsecuente. Con eso, se ha mostrado cómo, en el medio de un circular de la Creación, el enteal, situado más abajo de lo que el espiritual, cumplió el máximo de su capacidad dentro del material, localizado aún más abajo, y en ese cumplimiento ha proveído pasaje libre a la penetración del espiritual más elevado, proceso ese que se repite constantemente en la Creación. He aclarado también cómo, en el cuerpo animal desenvuelto al máximo por el enteal, nombrado hombre primitivo, *solamente entonces*, en su desarrollo máximo, ha sido dada la posibilidad de la penetración de un germen espiritual, lo que también ocurrió, y que, en ese punto del desarrollo de la Creación, también siempre será proveída nuevamente. En el animal de antaño, desenvuelto al máximo, por lo tanto, ha ingresado con eso algo nuevo, el espiritual, que hasta entonces no estaba en él.

Desde ese acontecimiento, sin embargo, no se debe por acaso sacar otra vez precipitadamente la conclusión de que tal fenómeno se repite constantemente en la *misma* parte del Universo en su desarrollo continuo; ¡pues así no lo es! Pero ocurre *solamente una vez* en esta *misma* parte.

La ley de atracción de igual especie, en el desarrollo continuo, pasa aquí igualmente un cerrojo imposible de mover contra una repetición en la misma parte del Universo. Atracción de la igual especie corresponde en ese caso a la *permisión* durante un muy determinado período evolutivo, en lo cual, debido a cierto estado de semi maduración de la materialidad, semillas espirituales revoloteando en el limite, cual estrellas fugaces, pueden lanzarse en la

materialidad, que para tanto se halla en estado de receptividad, a fin de que ahí sean absorbidas, envueltas, es decir, encapsuladas y retenidas por los puntos preparados para la recepción, en ese caso, por los cuerpos animales de antaño, desarrollados al máximo. Igual como en escala menor, como simples reflejo en un proceso químico de combinación, la ligazón de una substancia extraña solamente se torna posible en muy determinada temperatura o grado de calor de la masa receptora, después que esa temperatura o ese calor haya producido, por su parte, también un estado todo especial en esa masa, alcanzable solamente en aquél determinado grado. La mínima alteración ahí torna la unión nuevamente imposible, y las materias se confrontan de modo inaccesible, repeliéndose.

Aquí la igual especie se halla en un determinado grado de maduración mutua, que solamente *aparentemente* presenta grandes contrastes, porque es mantenida en equilibrio, debido a la diferencia de nivel superior e inferior de ambas las partes que se están conectando. El punto más inferior del espiritual es, en la maduración, semejante al punto más alto del enteal situado abajo de él. Solamente en el punto de ese *exacto* encuentro es posible una ligazón. Y como la materialidad en su desarrollo se mueve siempre en un grande circular, en el germinar, florecer, madurar y decomponer por la sobremaduración, mientras el espiritual se halle por sobre ella, eso solamente puede ocurrir siempre en un muy determinado punto de ligazón en ignición, durante el circular de la materialidad. Una fecundación espiritual de la materialidad, que, entumecida, viene a su encuentro, preparada para eso por la actuación del enteal.

Si ese punto de una parte del Universo, en su avance, haya sido ultrapasado, cesa entonces para ella la posibilidad de fecundación espiritual *por gérmenes espirituales*, en cuanto la que se sigue llega al lugar de ella, para ella, sin embargo, se inicia una nueva fase, en que espíritus en maduración pueden encontrar acceso, y así por delante. Para desarrollar toda la fenomenología del Universo, no dispongo de espacio en esta disertación. Pero un investigador sincero podrá imaginar muy bien el proseguimiento. —

Apenas cuando ingresa en la materialidad, el espiritual, en consecuencia de su constitución más elevada, hizo sentir entonces su influencia viva sobre todo lo demás, empezó a dominar con el ingreso en la materialidad, incluso aún en su estado *inconciente* de entonces. Cómo ese espiritual ha elevado entonces el cuerpo animal, poco a poco, hasta el actual cuerpo humano, no más queda incomprendible, pues, a ningún lector.*(Disertación Nro 7: La creación del ser humano)

Sin embargo, aquellos cuerpos animales de la raza antaño desarrollada al máximo, en los cuales no han penetrado semillas espirituales, estacionaron en su desarrollo, toda vez que en ellos el enteal ya había alcanzado el máximo y, para seguir adelante, les hacia falta la fuerza del espiritual, y con el estacionar ocurrió rápidamente la sobremaduración, al que se siguió el retroceso hacia la descomposición. Existían para esa raza solamente dos posibilidades, o la sobre elevación por el espíritu para el cuerpo humano, o extinción, desintegración. Y, con eso, esa especie animal madura cesó totalmente de existir. —

Sigamos ahora la lenta *autoconcientización* de este inicialmente inconciente germen espiritual hacia un espíritu humano, y *acompañemos en espíritu su gradual penetración en los envoltorios y ambientes que lo envuelven*.

Eso no es así tan difícil, porque el proceso evolutivo, exteriormente, se muestra muy nítidamente. Basta con observar las razas humanas que *hoy aún* se encuentran en la Tierra.

¡El espíritu de los seres humanos más primitivos, por ejemplo, a los cuales deben ser añadidos los así nombrados pueblos salvajes, y también los bosquimanos, los hotentotes, etc., no se encuentran por acaso hace menos tiempo en la materialidad, pero sí no han acompañado el desarrollo, o, *después de que ya hayan alcanzado un progreso en el Aquí o en el más Allá, retrocedieron nuevamente tanto*, que *solamente* pudieron ser encarnados en ambiente de esa

forma *inferior*! Por consiguiente, se hallan por su *propia culpa*, en proceso natural, *todavía o nuevamente* en escalón muy inferior, por lo que también su visión del ambiente *no grueso-material* no puede ser exactamente de naturaleza elevada.

El impulso espiritual, de ver más allá del propio escalón, ya se halla en la semilla espiritual, hace parte de su constitución más intrínseca y, debido a eso, ya se efectúa fuertemente en los escalones más bajos del desarrollo. Y ésta es la fuerza impulsora viva en *el espíritu*, el especial, que hace falta a otras constituciones o especies en la Creación. Pero la posibilidad de ese querer presentir o querer ver solamente es posible siempre hasta *un* escalón *arriba* del propio escalón correspondiente, no más. Acontece por ese motivo que esas almas humanas, que se encuentran en escalón inferior, que en su desarrollo han negligenciado o pecado de tal modo, solamente pueden también presentir o ver por clarividencia solamente entes *inferiores*.

¡Dotados de mediumnidad o clarividentes hay, pues, en *todas* las razas, no importando a qué escalón pertenezcan!

Quiero aquí una vez más mencionar especialmente que en esta aclaración entiendo por “ver” o “presentir” siempre solamente la verdadera “visión *propia*” de los clarividentes. Visión propia, sin embargo, de los “videntes” de todos los tiempos constituye, *en el máximo*, siempre solamente la cuarta parte de aquello que ven. Y eso puede ser, por su parte, solamente un escalón por sobre la propia maduración interior, no más. No es posible diferentemente. Esa circunstancia, sin embargo, significa al mismo tiempo una grande protección natural para cada vidente, conforme diversas veces ya he mencionado. Los oyentes, por lo tanto, no deben necesariamente evaluar los médiums y videntes tan madurados y elevados interiormente como aquello que describen como habiendo sido “visto”; ¡pues las alturas más puras y luminosas, los acontecimientos y los espíritus son *mostrados* a ellos por guías espirituales y por más elevados solamente en *cuadros vivos*! Los clarividentes, sin embargo, suponen erróneamente vivenciar todo aquello realmente, y se iluden a si mismos sobre eso. Por eso, surge tantas veces la gran sorpresa por sobre la frecuente mediocridad del carácter de muchos médiums, que describen cosas como vivenciadas y ocurridas, que de forma alguna o muy poco se coadunan con su propio carácter. —

Aquí hablo, por lo tanto, solamente de la reducida extensión de la *verdadera visión propia* de los médiums y clarividentes. Lo demás no entra en consideración.

Clarividentes y médiums de *todos* los tiempos deben, en la realidad, servir solamente para, ante sus dones, ayudar la humanidad cada vez más en sentido ascendiente, aunque no como guías, pero sí como instrumentos. Una persona medium jamás podría ser guía, por ser demasiado dependiente de corrientes y de otras cosas. Deben ser temporalmente puertas abiertas para la finalidad de desarrollo continuo. Escalones para la escalera de la ascensión.

Cuando entonces se considera que para las razas, que se hallan en escalón de desarrollo espiritual inferior, solamente es posible una visión por sobre un ambiente inferior semejante, con poco espacio libre hacia arriba, entonces no es difícil comprender que podamos encontrar entre la razas humanas *inferiores* predominantemente solamente miedo de los demonios y adoración a los demonios. Es aquello, lo que consiguen ver y presentir.

Así la observación superficial. Pero quiero ir más hondo en la explicación, aunque con eso nos desviemos de la clara visión global.

El espíritu no desenvuelto o nuevamente atrofiado de las razas humanas inferiores es, naturalmente, también aún o nuevamente *espiritualmente ciego y sordo*. Tal criatura humana no consigue ver con los ojos espirituales, *lo que, además, incluso hoy lamentablemente aún no se ha tornado posible a persona alguna*.

Quién se encuentra todavía en plan inferior tampoco consigue ver con los ojos enteales, tampoco con los de materia fina, pero exclusivamente con los ojos de materia gruesa, que en las selvas se van tornando más y más aguzados, debido a la necesaria lucha personal con sus semejantes, con los animales y los elementos, por lo que ellos, poco a poco, pueden distinguir la *materia gruesa fina* y la *materia gruesa más fina*.

¡Perciben con eso primeramente *fantasmas*! Configuraciones, que solamente han sido *formadas* por el miedo y por el temor de los seres humanos y también mantenidas por ellos. Tales fantasmas, *sin vida propia*, dependen enteramente de las intuiciones de las creaturas humanas. Son por ellas atraídos o rechazados. Aquí se efectúa la ley de la atracción de toda igual especie. El miedo siempre atrae esas configuraciones del miedo y del pavor, de modo que, aparentemente, se precipitan literalmente por sobre las personas miedosas.

Toda vez que los fantasmas están atados a los generadores por cordones elásticos que nutren, por lo tanto, a personas que son igualmente muy miedosas, cada miedoso entra siempre indirectamente también en ligazón con la masa de los miedosos y apavorados, recibe de ellos nuevo aflujo, que solamente aumenta aún el miedo y el pavor propio y puede llevarlo por último hacia el desespero, hacia la locura.

Intrepidez, sin embargo, es decir, coraje, rechaza tales fantasmas impreteriblemente de manera natural. Por lo tanto, el intrépido, conforme es suficientemente conocido, lleva siempre ventaja.

¿Es de admirarse entonces, cuando en las razas inferiores se originaron los así nombrados curanderos y hechiceros, cuya casta ha sido fundada por *clarividentes*, toda vez que éstos eran capaces de observar como era posible “expulsar” esas formas, erróneamente consideradas entes vivos individuales, ante un poco de recogimiento interior, con distracción del miedo por medio de saltos y contorciones, o ante concentración o exorcismos que despiertan el coraje?

Aunque ahí lleguen las ideas para nosotros absurdas, a nosotros pareciendo ridículas, eso en nada altera el hecho de que, *para su ámbito de visión* y de su capacidad de comprensión, hagan algo *muy acertado*, siendo *nosotros* solamente aquellos a quienes hace falta una comprensión de eso por falta de conocimiento.

En la sucesión de esos hechiceros y curanderos ocurre naturalmente que muchos sucesores no hayan ni don mediúnic, tampoco sean de algún modo clarividentes, principalmente por que se atan al encargo, concomitantemente, influencia y ganancia, para cuya obtención los seres humanos de los escalones más inferiores se empeñan de idéntico modo inescrupuloso cuanto los de la elevada raza blanca. Estos no-videntes imitaron entonces simplemente, sin comprender, todos los actos de sus antecesores, añadiendo incluso aún algunas tonterías, a fin de causar mayor impresión, toda vez que solamente daban valor al reconocimiento de sus semejantes, y se han tornado así los astutos impostores, que ahí sólo visan sus ventajas, sin embargo, sin que tengan ellos propios idea alguna del verdadero significado, y, con base en esos impostores, se busca hoy evaluar y condenar la casta entera.

Así pasa entonces que en las razas humanas inferiores podemos encontrar, en primer lugar, solamente miedo de los demonios y adoración a los demonios. Es eso, lo que ellas consiguen ver, y lo que temen como otra especie. —

Pasemos ahora para escalones de desarrollo algo más elevados, que consiguen ver más hacia adelante, sea a través de clarividentes o también solamente inconcientemente por el presentir, lo que también pertenece a la visión interior. En éstos más desarrollados, otras camadas envoltorio del espíritu encapsulado, que despierta cada vez más, son rotas desde dentro hacia fuera, en dirección hacia el alto.

Por eso, ellos ya ven seres de mejor índole, o saben de ellos a través de presentimiento, y irán perdiendo así, poco a poco, la adoración a los demonios. Así prosigue. Cada vez más alto. Se torna más y más luminoso. El espíritu, en desarrollo normal, avanza cada vez más.

¡Los griegos, romanos, los germanos, por ejemplo veían entonces más aún! Su visión interior ultrapasó la materialidad, hasta el enteal que se encuentra más alto. Ellos pudieron, en su desarrollo continuo, ver por ultimo también *los guías de los enteales y de los elementos*. Algunas personas mediúnicas, por sus dones, incluso pudieron entrar en contacto más próximo con ellos, porque ellos, como enteales concientes criados, en todo lo caso tienen algo de análogo con *aquella* entealidad de la cual también el ser humano, además del espiritual, lleva una parte en si.

Ver, sentir y oír los enteales ha sido para el desarrollo de *antaño* de los pueblos lo máximo que pudieron alcanzar. Es evidente que esos pueblos, entonces, considerasen los poderosos guías de los elementos, en su actividad y especie diferentes, como lo más elevado y los denominaron de dioses. Su elevada sede cual castillo, realmente existente, de Olimpo y Valhalla.

La visión y la audición interior de los seres humanos, sin embargo, cuando son expresas, se atan siempre a su respectiva capacidad *personal* de comprensión y expresión. Desde ahí resulta que los griegos, romanos y germanos describieron los *mismos* guías de los elementos y todo el enteal según la forma y el concepto en la respectiva concepción de su ambiente de entonces. ¡Sin embargo, eran siempre los mismos, a pesar de algunas variaciones en las descripciones!

¡Cuando hoy, por ejemplo, se reúnen cinco o más personas clarioyentes realmente competentes y todas reciben, simultáneamente, una determinada frase *pronunciada desde el más Allá*, entonces, en la transmisión, solamente será uniforme *el sentido* de lo que ha sido oído, no, sin embargo, la transmisión de las palabras! Cada uno transmitirá las palabras de modo diferente y también las oirá diferentemente, porque en la recepción ya entra mucho del *personal* en el plato de la balanza, de la misma forma como la música es intuita de modo totalmente diferente por los oyentes, en el fondo, sin embargo, desencadena el mismo sentido. Sobre todos esos fenómenos colaterales de largo alcance en la ligazón del ser humano terreno con el Universo, debo hablar con más detalles solamente con el decorrer del tiempo. Hoy, eso nos desviaría demasiado del tema. —

Cuando entonces, más tarde, pueblos *convocados*, por lo tanto, los interiormente desarrollados al máximo (desarrollo del intelecto *no* se considera ahí) pudieron ultrapasarse ese límite de la entealidad, madurando por el vivenciar, su visión o presentimiento alcanzó *hasta el borde* del reino *espiritual*.

La consecuencia natural fue que, con eso, sus dioses de hasta entonces tuvieron que sucumbir como tales, y algo más elevado se colocó en su lugar. Pero a pesar de eso, lamentablemente, ellos *no* llegaron hasta el punto de tornarse aptos *para ver espiritualmente*.

De esa forma les permaneció *cerrado* el reino espiritual, toda vez que el curso natural de la evolución no más progresó en ese punto, impedido por la presunción del intelecto que se elevaba cada vez más acentuadamente.

¡Solamente pocas excepciones pudieron mantenerse libres de esa estagnación, como, por ejemplo, Buddha y aún otros, que consiguieron, ante renuncia al mundo, seguir su desarrollo de modo normal y también tornarse espiritualmente videntes, hasta cierto grado!

Esa renuncia al mundo, es decir, el mantenerse alejado de criaturas humanas para la finalidad de desarrollo continuo del espíritu, solamente se ha tornado necesaria debido al cultivo en general unilateral del intelecto, enemigo del espíritu, cada vez más dominante. Era una autoprotección natural ante la creciente devaluación espiritual, lo que en el desarrollo

general normal no debe ser absolutamente necesario. Por el contrario; pues cuando una persona alcanza un determinado grado en el desarrollo espiritual habrá que, actuando en él, nuevamente fortalecerse, si no surge debilidad, y con eso cesa rápidamente la posibilidad de desarrollo subsecuente. Ocurre una estagnación, de la cual fácilmente se origina el retroceso.

A pesar de que la evolución espiritual de Buddhaa y también de otros solamente ha sido alcanzada hasta un muy determinado grado, es decir, no completamente, incluso así la distancia de los seres humanos se ha tornado grande, de manera que éstos consideraron los así normalmente desarrollados como enviados de Dios, mientras, por el avance del espíritu, se originó de modo enteramente natural solamente una nueva concepción.

¡Éstos, que se destacaban de la masa humana, que había estacionado espiritualmente y en parte había retrocedido, se encontraron, sin embargo, siempre solamente delante la puerta abierta del espiritual, consiguieron incluso percibir vagamente algo ahí, *sin, sin embargo, ver de modo nítido!* Pero presintieron y intuyeron claramente una conducción *uniforme*, poderosa y conciente que venía desde arriba, de un mundo para lo cual no se tornaron aptos a ver.

¡Cediendo a tal intuición, formaron entonces el *Dios único e invisible!* Sin saber algo más detallado de eso.

Por eso, es comprensible que imaginasen ese Dios, solamente presentido, como el supremo ser *espiritual*, porque el espiritual era la nueva región, en cuyo *umbral* aún se encontraban.

Ocurrió que de esa forma, con esa nueva concepción del Dios invisible, solamente ha sido acertado el hecho en sí, *pero no el concepto*; ¡pues su concepto de eso era errado! ¡Por el espíritu humano *nunca* ha sido imaginado *aquel* Dios, *que Él realmente es!* Lo había imaginado, sin embargo, solamente como *un altísimo ser espiritual*. ¡Esa debilidad de la falta de desarrollo continuo se evidencia también aún hoy en el hecho de que muchas personas, absolutamente, quieren insistir en llevar en sí *algo de igual especie* de Aquél que intuyen como su Dios!

El error está en la *estagnación del desarrollo espiritual*.

¡Si éste hubiese proseguido *más*, la humanidad en maduración, en la transición de los antiguos dioses provenientes del enteal, no habría pronto imaginado ese Dios único como invisible, pero sí podría haber visto primero nuevamente los *primordialmente criados espirituales*, que se encuentran por sobre los guías de todos los elementos, denominados dioses, *cuya sede es el Burgo del Grial*, como el Supremo Burgo del *espiritual!* Y, por su parte, habrían considerado en el inicio éstos como dioses, hasta que entonces se tornasen *en sí de tal modo* que pudiesen ver los primordialmente criados, las verdaderas *imágenes* de Dios, no solamente de modo presentido, pero sí oírlos espiritualmente. ¡De éstos, habrían recibido la novedad de la existencia del "*Dios Único existente*" fuera de la Creación!

¡Conduciendo entonces su intuición de tal manera a ese hecho, habrían finalmente incluso madurado espiritualmente en sí para la capacidad de, como desarrollo continuo, recibir con júbilo de un enviado de Dios un mensaje divino, proveniente del legítimo divinal! Por lo tanto, fuera de la Creación, y con eso también fuera de su posibilidad de visión.

¡Ese habría sido el camino normal!

De esta forma, sin embargo, su desarrollo ha estacionado ya al umbral de lo espiritual, habiendo incluso retrocedido rápidamente, debido a los errores de las criaturas humanas.

Con eso surgió el tiempo en que, como *acto de emergencia*, hubo que ser encarnado un fuerte enviado de Dios en Jesús Nazareno, para conceder auxiliadoramente un mensaje proveniente del divinal para aclaración de la humanidad para eso aún no madurada, a fin de

que los que buscan pudiesen, en su inmadurez, sostenerse en ella *provisoriamente, por lo menos en la creencia.*

Por ese motivo, no restaba otra cosa al hijo de Dios, enviado en auxilio de la humanidad en vías de perderse, si no exigir mientras tanto solamente *creencia y confianza* en su Palabra.

Una incumbencia desesperadora. *Cristo no pudo siquiera decir todo lo que quisiera haber dicho.* Por eso *no* habló de muchas cosas, como de las reencarnaciones terrenas y otros temas. Se encontraba frente a una inmaduración espiritual demasiado grande para tales cosas. Y tristemente él mismo dijo a sus discípulos: “*¡Todavía habría muchas cosas a decir a vosotros, pero no las comprenderíeis!*”

Por lo tanto, ni mismo los discípulos, que en muchas cosas lo interpretaron incorrectamente. Y si el propio Cristo, ya durante su existencia terrena, sabía que no era comprendido *por sus discípulos*, queda en evidencia, pues, que en la retransmisión de su Palabra, más tarde, se originaron muchos errores, a los cuales lamentablemente incluso hoy uno busca apegarse con tenacidad. ¡A pesar que Cristo, a partir de la inmadurez de antaño, haya exigido solamente *creencia* en su Palabra, exigía, sin embargo, de los que tenían voluntad sincera, que esa creencia inicial también se tornase “viva” en ellos!

Eso significa que en eso llegasen a la convicción. ¡Pues quién siguiere con confianza la Palabra de él, en ese la evolución espiritual proseguiría nuevamente, y él tendría que llegar con eso, en el desarrollo, lentamente de la creencia a la convicción de lo que ha sido dicho por Cristo!

¡Por eso, ahora el Hijo del Hombre, en vez de creencia, exigirá *convicción!* ¡Incluso de todos aquellos que quieren llevar en sí el mensaje de Cristo, que afirman seguirlo! ¡Pues quien todavía no pueda llevar en sí la *convicción* de la Verdad del mensaje divino de Cristo, que es *uno sólo* con el Mensaje del Grial e inseparable de ella, en el lugar de la creencia, tampoco alcanzó la maduración de su espíritu, necesaria para la entrada en el Paraíso! ¡Ése será condenado! ¡De modo totalmente inmutable!

¡Ni mismo la mayor sabiduría intelectual le proporciona ahí cualquier pasaje secreta! Naturalmente tiene que quedar hacia tras y está perdido para siempre. — —

Que la humanidad de esa parte del Universo todavía se encuentre, en su desarrollo, al *umbral* del reino espiritual, en su mayor parte incluso aún muy *abajo* de eso, resulta exclusivamente del no querer propio, de la presunción de un querer saber mejor del intelecto. En eso la realización del desarrollo normal había que malograr totalmente, como, en ese intervalo, seguramente ya se ha tornado claro a muchos. —

Los cultos religiosos de la humanidad en sus diversidades no se originan en absoluto de alguna fantasía, por el contrario, muestran sectores de la *vida* en el así llamado más Allá. Incluso el curandero de una tribu de negros o de indios tiene su profunda razón de ser *en el escalón inferior* de su pueblo. El hecho de que ahí se mezclan charlatanes e impostores no puede desacreditar la cosa en sí.

Demonios, entes de las florestas y del aire, y también los así nombrados dioses antiguos se hallan inalterados incluso hoy en los mismos lugares y en la misma actividad de antes. También el supremo burgo de esos grandes guías de todos los elementos, el Olimpo o , jamás ha sido leyenda, pero sí visto en la realidad. ¡Lo qué, sin embargo, las criaturas humanas que han estacionado en el desarrollo *no más* pudieron ver son las imágenes de Dios puro espirituales, primordialmente criadas, que igualmente poseen un burgo en el ápice, y lo denominan de Burgo del Grial, el Supremo Burgo en el puro espiritual y con eso también en toda la Creación! Solamente por medio de inspiraciones pudo aún llegar noticia de la existencia de ese Burgo a los seres humanos que se hallan al umbral de todo el espiritual, toda vez que espiritualmente no maduraron tanto para, presintiendo, ver también *aquello.*

¡Todo es vida! Solamente los seres humanos, que se consideran progresistas, en lugar de progresar, se desviaron, volviendo en dirección hacia las profundidades. —

¡Ahora, uno no debe acaso esperar aún que, con un desarrollo subsecuente, se deba alterar nuevamente el concepto de Dios enseñado por Cristo y por mi Mensaje del Grial! Ese permanece de ahora en adelante, porque algo más no existe. Con un ingreso en el espiritual, que hoy todavía hace falta, y el perfeccionamiento en eso, cada espíritu humano puede acender tanto, que finalmente adquirirá incondicionalmente la convicción de ese hecho en el vivenciar interior. Podría entonces de modo conciente, estando en la fuerza de Dios, realizar lo grandioso, para lo cual ya ha sido convocado desde el principio. Pero entonces nunca más imaginaria llevar en sí algo de divino. ¡Esa ilusión es meramente el timbre y el cuño de su inmadurez de hoy!

En el estado conciente *correcto*, sin embargo, se encontraría entonces la grande humildad, se originaría el servir libertador, lo que por la doctrina pura de Cristo es dado siempre *como exigencia*.

Solamente cuando los misionarios, los apregoadores y los preceptores, basados en el saber del desarrollo natural en toda la Creación, y con eso también en el conocimiento exacto de las leyes de la voluntad divina, comiencen su actividad, sin saltos y sin dejar lagunas, es que podrán registrar verdaderos éxitos *espiritualmente vivos*.

Ahora lamentablemente cada religión nada más es de lo que una forma rígida, que conserva penosamente un contenido inerte. ¡Después de la transformación indispensable, sin embargo, ese contenido hasta entonces inerte, al adquirir vida, se torna vigoroso, reventa las frías, muertas y rígidas formas y, bramando, se derrama jubilando por sobre todo el mundo y entre todos los pueblos! —

83. Convocado

¡Alemanes deben ser convocados para que se tornen el pueblo guía espiritual y terrenalmente! Innumerables libros lo señalan, y muchas buenas profecías y visiones, que no más pueden ser alejadas como productos de fantasía, repiten frecuentemente y siempre de nuevo con gran claridad el mismo sentido. Sin duda, muchos de esos libros han sido escritos solamente para erguir los alemanes en grande aflicción, a fin de no dejar que las cosas buenas sean totalmente sobrepujadas en el desespero por los malos resurgimientos de tales estados de aflicción; sin embargo, quién busca ocuparse seriamente con el futuro de ese pueblo, que primeramente tiene que salir de los escombros de la situación actual, pensará también que tiene que existir un granosito de sabiduría o verdad en las alusiones referentes a un gran futuro.

Digo, sin embargo, de modo totalmente intencional: “¡de los *escombros* de la situación actual!”, ¡pues hacia fuera de la propia situación actual sólo existe uno camino: ¡lo de más decadencia y caída!

¡Mirad una vez calmamente las personas, como son *ahora*! Buscad, solamente una vez con mucha atención, en la juventud más madura, la generación venidera, la próxima generación *alemana*. Ella está envenenada ya desde la base, tanto en el cuerpo como en el alma. Las pocas excepciones, que aún se presentan, se destacan como singulares, pero para un pueblo entero son casi como nada.

¡Esas excepciones parecen tan fuertemente exageradas en relación a su ambiente, cada vez más decadente, que comienzan a parecer grotescas y están próximas de caer en la burla general, siendo consideradas como no normales, enfermas, entusiastas y tontas inútiles!

Ese grotesco sobresalir, sin embargo, no es causado por esas excepciones loables, pero sí por el ambiente decadente, que, en su queda desesperada, cada vez más y más se aleja del estado de alma razonablemente normal. Las personas no más perciben esa su queda, que las aleja del suelo sano y firme, donde aquellos pocos todavía se encuentran, en el contrario, tienen la intuición errada, como si aquellos estuviesen devaneando de forma enferma en ilusiones pueriles, para, a cualquier momento, para la burla de todos, que caigan pronto, desilusionados.

Sin embargo, no tardará mucho, y sus ojos pederán toda la burla, dando lugar, en contrapartida, al pavor, cuando por último habrán que reconocer que los demás, hasta ahora hechos ridículos, tenían el punto de vista correcto y *firme*, en cuanto ellos, sumergiendo en el peor barro, poco a poco se sofocan. ¡En el barro, que ellos mismos prepararon para sí, y que ahora, irresistiblemente, se abate por sobre sus cabezas!

Lo peor en eso es que ese estado calamitoso no debe ser atribuido a los enemigos de la Alemania, pero sí a los propios alemanes.

Sin embargo, como en cocimiento toda la mugre es impelida hacia arriba, de esa forma también ocurre en esa grande época de fermentación. Toda vez que todo ahora se desplaza con enorme velocidad hacia el encuentro de un colosal proceso de purificación, se ve desde afuera solamente la espuma sucia o la escoria, elevada en turbiones del verdadero pueblo alemán, y que no más deja reconocer la base sana, haciendo creer que *todo* ya esté irremediabilmente roto. ¡Sin embargo, no es así! Cuanto más la espuma sucia se concentra arriba, como cobertura, tanto más clara y pura se tornará la *parte principal* abajo de ella. Y entonces, cuando en la desilusión debido a acontecimientos horribles venga el enfriamiento del fervor, que causó la situación actual y la penuria resultante, se abrirá, desde abajo hacia arriba, una grieta tras otra en esa rígida escoria, poniendo a la muestra súbitamente la pureza y la claridad que se han formado bajo la cobertura sucia, gastada y perturbadora de los sentidos.

¡Pero entonces irrumpe victoriosamente, con inmensa fuerza, la esencia clareada , y arranca la escoria cada vez más reseca en sí, y que, en el futuro, no más puede permanecer de modo obstructivo entre los acontecimientos y el verdadero núcleo del pueblo!

El vencedor, sin embargo, no es una nueva y venidera generación, no es la juventud alemana de hoy, anímicamente tan enferma y miserablemente desarrollada, que se dejó envenenar, debiendo ser llevada como paja por el primer soplo de viento, ya que, inmadura, ha seguido veredas erradas, se desgastando en excesos hasta la destrucción de todo el verdadero apoyo. ¡*El vencedor será el antiguo, lo de hasta ahora*, que, purificado como acero, súbitamente se elevará de la confusión insensata, como un bloque inmóvil, sobre lo cual, únicamente, podrá realizarse la nueva construcción!

Fijaos hacia dentro de vosotros mismos, oh hombres alemanes madurados, mujeres maduradas, no hacia la juventud en formación, que solamente puede y tiene que aprender con vosotros. ¡*Vosotros* lleváis el futuro en vosotros, *únicamente vosotros*, que todavía vivenciasteis el pasado como base!

¡Solamente sin comprender os deparasteis con la actuación insensata de hasta ahora y por eso todavía no interferisteis! ¡Ayudad finalmente la juventud debilitada con la *antigua fuerza alemana*, que no conoce condescendencia débil, y que con severidad en relación a sí misma, así como a otro, se levanta como poderosa llama, temida por la falsedad, por la flojera y por la debilidad!

Era solamente espanto desmedido delante la posibilidad de los acontecimientos actuales, que paralizó de esa forma temporalmente vuestra invencible y saludable voluntad, pero no la concordancia o placer en la degradación del cuerpo y no menos tampoco del alma.

¡Y vosotros que, juntamente con las venideras generaciones, os dejasteis encadenar tanto, tenéis *vosotros mismos* el deber romper nuevamente las cadenas y, para eso, no esperar una solución por parte de los sucesores!

¡Vosotros, sin embargo, que esperáis cómodamente por la realización de elevadas profecías, contáis con ellas, no os engañad! Dónde no se actúa, ni la mejor profecía puede realizarse! El propio “aguardar” coloca un cerrojo delante de la posibilidad.

Y vuestras disputas sobre interpretaciones y las épocas de posibles realizaciones son tan peligrosas y nefastas para el futuro de Alemania, como la epidemia alemana de las constantes cisiones en la política interna, donde tenemos que constatar que hasta ahora no hubo aún un verdadero espíritu nacional alemán. ¡Él pudo ser encontrado solamente en *personas aisladas*! Solamente en peligro extremo, las masas quedaban a veces unidas, pero tampoco ni siempre. ¿Dónde es que hubo ahí un *pueblo* realmente *alemán*, animado por un *espíritu libre y orgulloso*? Cualquier intrigante podía manifestarse muy fácilmente, su juego maldoso siempre hallaba suelo fértil.

Danzando despreocupadamente, se oyen, con un dar de hombros, las quejas desesperadas de partes enteras del pueblo *alemán*, que sufren diariamente con el odio de los enemigos.

¡Promesas y profecías, sin embargo, hablan de un *pueblo elegido*! ¿Puede entrar en cogitación para eso, realmente, el pueblo alemán, como *hoy* se presenta? ¿Se muestra él como *elegido*? La respuesta para eso puedo reservarme.

Ser convocado es algo muy singular. Ya Cristo dijo advirtiéndolo: “Muchos son convocados, pero solamente pocos de ellos son elegidos!” Esto quiere decir que solamente pocos de los convocados alcanzan la realización del cumplimiento, toda vez que ellos *mismos* tienen que concretizar ese cumplimiento, ante esfuerzos férreos, actividad extraordinaria y trabajo dedicado. ¡Y igual ocurre con personas individuales, así también ocurre con los pueblos! Ser convocado significa simplemente traer hacia sí *la facultad* para el cumplimiento, no, sin embargo, que ese cumplimiento será lanzado al convocado en sus faldas. Solamente

cuando el convocado, por lo tanto, el capacitado, se empeña *totalmente*, utiliza irrestrictamente sus facultades con dedicación férrea y que no se desvía, con arduos esfuerzos y búsquedas tenaces, a él le llega entonces al encuentro el auxilio de arriba, de manera extraordinaria, que lo conduce hacia la victoria, por lo tanto, para el cumplimiento de su convocación. Pero eso tampoco debe, nuevamente, ser mal comprendido; pues el *venir al encuentro* de ayuda poderosa y extraterrena no debe ser entendido figuradamente. La fuerza para la victoria final está siempre disponible. ¡El convocado solamente tiene que adelantarse con su trabajo ante su esfuerzo y la capacitación a él concedida, para que va hacia el encuentro de esa fuerza, la cual entonces se une a él!

Por lo tanto, totalmente diferente de lo que es frecuentemente imaginado por muchos convocados. ¡Ser convocado compromete! Un convocado recibe la espada de la victoria para la *lucha*, colocada en la mano, debido a sus facultades. Manejar y dar el golpe, él *mismo* tiene que hacerlo siempre. Por lo tanto, no paséis soñando una época, en la cual ya estáis destinados a hacer algo grande, época esa que, por sí, tiene que os hacer vencer, así que os *mováis*. También para eso puede sobrevenir un “demasiado tarde”, con lo que una victoria posterior será dificultada diez veces, si, cien veces.

Como ahora cualquiera ve que el pueblo alemán, de la forma como ahora se presenta, no puede ser considerado como el “elegido”, que promesas, sin embargo, siempre traen la *posibilidad* hacia el cumplimiento, entonces está claro que muchos cambios tienen que efectuarse con el pueblo alemán. Voluntariamente él no se modifica, es lo que ya mostró en los últimos años, toda vez que el espíritu alemán ha declinado en lugar de subir, para lo que cada alemán tiene que contribuir con su parte. La consecuencia, pues, es que él será obligado a la fuerza a convertirse en la base y la tierra de cultivo para, a partir de la grande aflicción, dejar desarrollarse finalmente el indispensable espíritu alemán. Lo que el sosiego y la alegría no alcanzan, seguramente alcanzará por último el sufrimiento. Y si los sufrimientos de hasta ahora aún no son suficientes, entonces habrán que venir más pesados y más duros de lo que hasta entonces, y un día será alcanzado aquél punto, en que toda la oposición obstinada quiebra, o se somete. Entre el quebrar y el someterse el ser humano individual aún tiene siempre la libre elección, visto que tiene que cosechar la recompensa por ambos, de acuerdo a la especie de su decisión.

Cuanto más prójimo el cumplimiento, tanto mayor ha que ser aguardado el sufrimiento. Feliz aquél, cuya decisión resulte en su felicidad.

El pueblo elegido, evidentemente, no puede, en el acontecimiento universal, quedar limitado a solamente una nación. Por esa razón, *no* es imaginado ahí el pueblo alemán, en el sentido más restricto, como, de modo alguno, *una nación* en sí entra en consideración en acontecimientos universales, aunque pueda representar un papel en eso para la efectuación de muchos acontecimientos. La especie y la extensión de su papel cada nación las desarrolla para sí, sola.

Lo que aquí, en la venidera era universal, es determinante de forma exclusiva, es la raza, no, sin embargo, una nación. La raza *blanca* es la superior de todas en el desarrollo por ocasión de la decisión. Ahí, no más importa que la Asia y otros continentes ya hayan sido anteriormente más adelantados de lo que la Europa de antaño. En la época en que ahora debe ser hecho el ajuste final de cuentas, no solamente para estos seres humanos terrenos, pero para toda esta parte del Universo, a la cual pertenece esta Tierra. Únicamente el respectivo estado, *en la hora de la decisión*, es determinante, no más. Y en eso, en la Tierra, la raza blanca se encuentra ahora en primer lugar. Por ese motivo también entra en consideración terrenamente la Europa como campo de batalla. Ya me he referido claramente en la disertación “Dioses, Olimpo, Valhalla” *(Disertación Nro 82) al hecho de que cada reencarnación ocurre en un ambiente en estado análogo al del alma que se encarna. Un blanco, en acentuado retroceso del

escalón espiritual, puede, por lo tanto, ser encarnado en una tribu inferior de negros, de la misma forma, naturalmente, en sentido contrario. ¡En la raza blanca es de ser considerado, de ahora en adelante, como lo supremo, *el verdadero espíritu alemán!* El espíritu alemán en toda su limpidez y grandeza. El impulso para eso él ya ha tomado varias veces, nunca, sin embargo, ha alcanzado la verdadera altura, excepto en personas aisladas, que, además, siempre tienen que ir adelante. Esas personas aisladas mostraban las capacidades de su raza. El espíritu alemán debe tornarse ejemplo y también guía en la última ascensión de la humanidad terrena. ¡El espíritu, no como es ahora, pero sí como debe tornarse, como también puede tornarse, de acuerdo con sus facultades, y como también se *tornará* infaliblemente en el vivenciar venidero!

Sin embargo, ahí también *no* debe ser entendida *exclusivamente la nación* que se *denomina alemana*. Cada concepto en un acontecimiento universal va mucho más allá, no es tan restricto. Ese anhelado espíritu alemán cualquiera ciudadano de otras naciones puede llevar por predisposición dentro de sí. Debe ser entendido objetivamente por sus facultades, de modo algún nacionalmente. Sin embargo, los que pertenecen al pueblo alemán llevan dentro de sí *principalmente* todas las características básicas indispensables para ese espíritu del futuro, al cual queda reservada victoria incondicional y liderazgo en la humanidad.

Cuidad, por eso, oh alemanes, emplead toda la fuerza, a fin de que vosotros, convocados a causa de vuestra predisposición, también seáis *elegidos*. El *pueblo* elegido se constituirá de los seres humanos individuales elegidos, para lo que tenéis todas las prerrogativas. Por eso él se constituirá también no solamente de alemanes, pero también de partes de otras naciones, las cuales, evaluadas espiritualmente, pertenecen a él. No se detienen en las fronteras del país alemán.

¡No desperdiciéis la elevada misión que en eso os aguarda! Arrancaos de esa superficialidad de los actuales pensamientos de toda la vida contemporánea y tornaos aquello que podéis y debéis ser: *un* espíritu, *un* pueblo, que, conduciendo, ha de caminar de modo ejemplar hacia delante de los demás. Si perdáis el tiempo precisamente determinado para eso, cuando todo el cosmos actúa apoyando, os aguardará, en lugar de ascensión, caída de ímpetu tan espantoso, que vosotros, como definitivamente condenados, nunca más podréis llegar hacia la ascensión. ¡Ser convocado compromete para el máximo desarrollo de fuerza! ¡Guardad esa advertencia en la memoria para siempre!

84. Criatura humana

Siempre de nuevo surgen nuevas olas de indignación y lanzan sus círculos por sobre Estados y países, provocadas por mi afirmación de que la humanidad nada tiene de divino en sí. Eso muestra cuán profundamente la presunción lanzó raíces en las almas humanas, y con qué mala voluntad éstas quieren separarse de eso, aún cuando su intuición, advirtiendo aquí y allá, ya venga a primer plano, y las deje reconocer, sin embargo, que por ultimo tiene que ser de esa forma.

El resistirse, sin embargo, en nada modifica el hecho. Los espíritus humanos son incluso *aún* más pequeños, más insignificantes de lo que lo tienen en cuenta, cuando ya hayan llegado interiormente a la convicción de que les hace falta todo lo que se refiere al divino.

Por eso, quiero seguir aún más allá de lo que hasta ahora, extender un poco más aún la Creación, a fin de mostrar a qué escalón pertenece el ser humano. No es muy posible que pueda iniciar con la ascensión, sin antes saber exactamente lo que él *es* y lo que él *puede*. ¡Apenas esté conciente de eso, entonces sabe finalmente también aún lo que *debe*!

¡Eso, sin embargo, es una gran diferencia en relación a todo lo que él hoy quiere! ¡Y qué diferencia!

No más despierta piedad en aquél, a quién es concedido ver claramente. Entiendo con “ver” no la visión de un vidente, pero la de un sabio. En lugar de misericordia y compasión, hay que surgir ahora solamente aún *ira*. Ira y desprecio a causa de la ilimitada arrogancia ante Dios, que cientos de miles, en su presunción, practican diariamente y a toda hora, renovadamente. En una presunción que no encierra ni una sombra de saber. No vale la pena perder en eso siquiera una palabra.

¡Lo que yo diga de ahora en adelante se destina a aquellos pocos que, debido a su pura humildad, aún pueden llegar a cierto reconocimiento, sin haber antes que ser tan arrastrados, conforme acontecerá a la brevedad según las leyes divinas, para finalmente proporcionar ingreso a Su *verdadera* Palabra, y abrir suelo fértil para tanto!

¡Toda la vacía y elocuente obra mal hecha de los que se consideran sabidos terrenalmente colapsará en ruinas, concomitantemente con el actual suelo completamente estéril!

Urge que ese palabrería vacía, que actúa como veneno por sobre todo lo que se empeña hacia arriba, colapse en si mismo en toda su vacuidad. —

Apenas establecí la separación entre el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre, como dos personalidades, ya surgen tratados queriendo *aclarar* en argumentos teológico-filosóficos que así no es. Sin entrar objetivamente en mi indicación, se busca conservar el error antiguo *a cualquier precio*, aunque por el precio de la objetividad lógica, en el modo sin clareza de los dogmas de hasta entonces. Con porfía se insiste en algunas frases de las antiguas escrituras, excluyendo cualquier pensamiento propio y, así, también bajo la condición no manifiesta de que los auditores y lectores igual no deban reflexionar, aún menos intuir; pues en el contrario se reconocerá rápidamente que con aquellas innumerables palabras nada queda fundamentado, porque queda imposible una conclusión cierta, sea en el pasado sea en el futuro. Aún más visiblemente, sin embargo, hace falta a aquellas muchas palabras una conexión con el fenómeno real.

Quién ahí finalmente se torne capaz de abrir sus oídos y sus ojos habrá que reconocer, sin más, la nulidad de tales “doctrinas”; es un último agarrarse obstinado, que ya no más se puede denominar como un apegarse a un apoyo de hasta entonces, lo cual en la brevedad, en acontecimientos venideros, se evidenciará como *nada*.

La única fundamentación es formada por frases, cuya transmisión correcta no puede ser comprobada, las cuales, en el contrario, debido a la imposibilidad de inclusión lógica en los fenómenos universales, muestran muy nítidamente que su sentido ha llegado a retransmisión de modo desfigurado por el cerebro humano. Ninguna de ellas puede ser incluida, sin lagunas, en los fenómenos y en la intuición. ¡Pero solamente donde todo se cierra *en un círculo completo*, sin fantasías y sin palabras de creencia ciega, *ahí* todos los fenómenos son aclarados de modo *cierto*! —

¡Sin embargo, por que esforzarse, si el ser humano *no quiere* liberarse de tal idea fija! Que pase, pues, tranquilamente lo que en esas condiciones ahora habrá que acontecer. Solamente algunos pocos años irán modificar todo eso definitiva e impreteriblemente. —

Me alejo con horror de los fieles y de todos aquellos que, en su falsa humildad y debido a tanto saber mejor, no reconocen una verdad sencilla, mofándose de ella incluso o aún la queriendo mejorar con benevolencia. Cuán rápido precisamente éstos se volverán tan pequeños, muy pequeños, y perderán todo el apoyo, porque no lo tiene ni en la creencia tampoco en su saber. *Tendrán* el camino, lo cual obstinadamente quieren mantener, por el cual no más podrán volver hacia la vida. El derecho de elección jamás les ha sido negado. —

Los que hasta aquí me acompañaron saben que el ser humano se origina de la parte suprema de la Creación: del espiritual. Sin embargo, muchas diferencias tienen que ser registradas aún en la región del espiritual. El ser humano terreno que se atreve a querer ser grande, que frecuentemente ni hesita en rebajar su Dios como siendo el supremo *de aquél* escalón al cual *él* pertenece, que a veces incluso osa negarlo o injuriarlo, en la realidad ni es aquello que uno u otro humilde, en el mejor sentido, se tiene en cuenta de ser. El ser humano terreno no es *un ser criado*, pero solamente un *ser desarrollado*. Es una diferencia, como la criatura humana no puede imaginar. Una diferencia, que simplemente nunca conseguirá abarcar.

Las palabras son bellas y bien venidas a muchos, las cuales innumerables preceptores llevan en los labios, a fin de aumentar el número de adeptos. ¡Sin embargo, incluso esos preceptores ignorantes están aún convictos de todos los errores que propagan y no saben como es grande el daño que así causan a los seres humanos!

Solamente la certeza con relación a aquella grande pregunta puede conducir a una ascensión: “¿*Qué soy yo?*” Si ella no esté resuelta antes de modo irrestricto, reconocida, entonces la ascensión se volverá amargamente difícil; ¡pues *en forma voluntaria* los seres humanos no se dignan a tal humildad, que les proporciona el camino cierto, lo cual también realmente pueden seguir! Todos los acontecimientos lo han comprobado de modo claro hasta la época actual. Incluso la humildad hizo de esos seres humanos o esclavos, lo que es tan errado cuanto a la presunción, o ellos también en esa humildad ultrapasaron en mucho el blanco propiamente y se pusieron en un camino, a cuyo fin jamás pueden llegar, porque la constitución del espíritu no es suficiente para eso. Caen por eso en una profundidad, que los hace despedazarse, porque antes quisieron ser demasiado superiores. —

Únicamente los *seres criados* son imágenes de Dios. Son los primordialmente criados, los puro espirituales en aquella verdadera Creación, de la cual todo lo demás pudo desarrollarse. En las manos de ellos se halla la conducción suprema de todo el espiritual. Ellos son los ideales, ejemplos eternos para la humanidad entera. El ser humano terreno, por el contrario, sólo pudo desarrollarse al formarse posteriormente a partir de esa Creación constituida. Del pequeñito germen espiritual inconciente hasta una personalidad autoconciente.

¡Solamente plenamente desarrollado por la observancia del camino cierto en la Creación, se convierte copia de las imágenes a la semejanza de Dios! ¡Él mismo, de modo alguno, es la propia imagen! ¡En el intermedio yace aún un grande abismo hacia él, abajo!

Pero también a partir de las legítimas imágenes, el próximo paso de lejos aún no llega hasta Dios. Por eso, una criatura humana terrena, por último, debía reconocer todo aquello que se encuentra entre ella y la sublimidad de la divinidad, que tanto se empeña por arrogar a sí. ¡El ser humano terreno cree convertirse divino cuando plenamente desarrollado, o por lo menos una parte de eso, mientras que en su máxima elevación solamente se convierte en la *copia* de una *imagen* de Dios! Permitido a él le es llegar hasta la ante sala, a los vestíbulos del verdadero Burgo del Grial, como máxima distinción que pueda ser conferida a un espíritu humano. —

Echad fuera, finalmente, esa presunción que solamente os puede tullir, toda vez que con eso perdéis el camino luminoso. Los que se hallan en el más Allá, que quieren dar enseñanzas bien intencionadas en los círculos espiritistas, *nada* saben al respecto; pues a ellos propios todavía hace falta el necesario reconocimiento para tanto. Podrían regocijarse, si les fuese permitido oír sobre eso. También entre ellos no dejará de venir el grande lamento, cuando llegar el reconocimiento del tiempo perdido en juegos y obstinación.

Así como en la región espiritual, también es en el enteal. Aquí los guías de todos los elementos son enteales *primordialmente criados*. Todos los enteales que se convierten concientes, como las ondinas, los elfos, los gnomos, las salamandras, etc., *no* son entes criados, pero solamente desarrollados, oriundos de la Creación. Se desarrollaron, por lo tanto, de la parte enteal, desde la semilla *enteal* inconciente hasta el enteal conciente, por lo que, en la concientización, adquieren también formas humanas. Eso se procesa siempre simultáneamente con la concientización. Es la misma gradación aquí en el enteal como, más arriba, en el espiritual. Los primordialmente criados de los elementos tienen en el enteal, de la misma manera que los primordialmente criados en el espiritual, forma masculina o femenina, según la especie de su actividad. A partir de ahí, el concepto en la antigüedad de *dioses* y *diosas*. Es aquello a que ya me he referido en mi disertación “Dioses – Olimpo – Valhalla”.

*(Disertación Nro 82) —

¡Una grande y uniforme disposición prepa la Creación y el Universo!

¡Que el auditor y el lector de mis disertaciones trabajen siempre en sí mismos, pongan sondas y puentes de una disertación hacia otra, así como hacia fuera, para los grandes y pequeños fenómenos universales! *Sólo entonces* pueden comprender el Mensaje del Grial, y percibirán que con el tiempo ella se cierra en un todo completo, sin dejar lagunas. En los fenómenos, el lector volverá siempre de nuevo para los elementos básicos. Puede aclarar todo y sacar conclusiones de todo, sin necesitar modificar una sólo frase. Quién ve lagunas, a éste hace falta la comprensión completa. Quién no reconoce la grande profundidad, aquello que abarca todo, es superficial y nunca intentó penetrar vivamente en el espíritu de la Verdad aquí enunciada.

Dejad que él se asocie a aquellas masas que, en vanidad y en la ilusión de que ya tengan el máximo saber, siguen por la autopista larga. La ilusión del saber impide los así perdidos de ver lo que es vivo en otros pronunciamientos, y que todavía hace falta a su saber aparente. Para donde miran, lo que oyen, por toda parte se antepone la satisfacción propia de aquello que consideran tener firmemente en las manos. Solamente cuando alcancen aquel límite que inexorablemente rechaza todo lo que es inverídico y todo lo que es aparente, reconocerán, al abrir sus manos, que éstas *nada* contienen que les posibilite una continuación del camino y de esa forma, por último, el ingreso en el reino del espíritu. Pero entonces ya es demasiado tarde para volver por el camino y reanudar lo que ha sido rechazado y no tomado en consideración. Para tanto, no hay más tiempo suficiente. El portal de entrada está cerrado. La última posibilidad, perdida. —

En cuanto el ser humano no se convierta *así* como *debe*, pero permanezca todavía atado en aquello que él desea, no puede hablar de una verdadera condición humana. Debe tener

siempre en mente que solamente se ha originado de la *Creación*, y no directamente de las manos del Criador.

“Juegos de palabras, en el fondo es una sólo cosa expresa solamente de modo diferente”, dicen presuntuosos y podridos frutos huecos de esa humanidad, porque siempre serán incapaces de intuir la gran diferencia que ahí existe. La sencillez de las palabras hace con que se engañen nuevamente.

Solamente quién es vivo dentro de si no pasará sin cuidado por sobre eso, pero intuirá las inmensurables distancias y las rigurosas delimitaciones.

Si yo quisiese mostrar *todas* las divisiones de la *Creación* ya ahora, muchas personas hoy, “en si” grandes, en el reconocimiento de que las palabras contienen verdad, quedarían pronto postradas con desespero. Aplastadas por la percepción de su nulidad y pequeñez. La expresión tan frecuentemente empleada “verme de la tierra” no es injustificada para los “superiores espiritualmente” que se vanaglorian todavía hoy de la inteligencia, y los cuales, a la brevedad, muy a la brevedad, habrán que convertirse los ínfimos en toda la *Creación*, si no pertenezcan a los condenados incluso. —

Ha llegado, pues, el momento de reconocer bien el mundo como tal. No es sin razón que se separa lo mundano del espiritual, incluso en la vida terrena. Esas denominaciones seguramente se han originado de la capacidad correcta de presentimiento de diversas personas; pues reflejan también la diferencia en la *Creación* entera. También la *Creación* podemos dividir en Paraíso y mundo, es decir, en lo espiritual y en lo mundano. También con eso no queda excluido lo espiritual en el mundano, pero si lo mundano en el espiritual.

El mundo nosotros debemos denominar de materialidad, que también es propulsado por el espiritual. El espiritual es el reino espiritual de la *Creación*, el Paraíso, donde queda excluido todo lo que es material. Tenemos, por consiguiente, Paraíso y mundo, espiritual y material, *Creación* primordial y desarrollo, que también puede ser denominado de formación posterior natural.

La verdadera *Creación* es exclusivamente el Paraíso, el actual reino espiritual. Todo lo demás es solamente *algo desarrollado*, por lo tanto, no más algo criado. Y lo *desarrollado* debe ser designado con la expresión *mundo*. El mundo es transitorio, se desarrolla desde las emanaciones provenientes de la *Creación*, la imitando en imágenes, impulsado y mantenido a través de emanaciones espirituales. Madura, para entonces, en la sobre maduración, nuevamente decompone. Lo espiritual, sin embargo, no envejece conjuntamente, pero permanece eternamente joven, o expreso de otro modo: eternamente igual.

¡Solamente en el *mundo* son posibles culpa y expiación! Eso resulta de la imperfección del desarrollo posterior. Culpa de cualquiera especie es completamente imposible en el reino del espíritu.

Quién ha leído mis disertaciones con seriedad, a él esto queda bien claro. Sabe que nada de todo lo espiritual, que perfluye el Universo, puede volver hacia el puro espiritual, en cuanto aún esté adherida al espiritual una *partícula* de otra especie, proveniente de la peregrinación. La menor *partícula* torna imposible la transposición de un límite hacia lo espiritual. Ella retiene, aunque el espíritu haya avanzado hasta el umbral. Con esa última *partícula* él no puede ingresar, porque esa *partícula*, debido a su constitución diferente e inferior, no permite el ingreso, en cuanto todavía esté adherida al espiritual. Solamente en el momento en que tal *partícula* se desconecta, cae hacia tras, el espíritu se vuelve totalmente libre y adquiere con eso la misma ligereza que se encuentra en la camada *más inferior* del espiritual y que, por lo tanto, existe como ley para esta camada inferior del espiritual, y él no sólo *puede*, pero *tiene* que pasar por el umbral, donde, hasta entonces, todavía había sido retenido a causa de la última *partícula*.

El fenómeno puede ser observado y descrito a partir de tantos ángulos, poco importando con qué palabras es retransmitido figuradamente, permanece en sí exactamente lo mismo. Puedo adornarlo con las más fantásticas narrativas, me puedo servir de muchas parábolas para tornarlo comprensible, el hecho en sí, sin embargo, es sencillo, muy simple y provocado por el efecto de las tres leyes que frecuentemente mencioné.

Por último, uno puede decir también, con razón, que en el Paraíso, por lo tanto, en el puro espiritual, jamás un pecado consigue manifestarse, él no será alcanzado por ninguna culpa, por ser criado por el propio Espíritu Santo. Consecuentemente, solamente lo que es criado tiene pleno valor, mientras que más tarde entonces, en aquello que progresivamente se desarrolló de eso como copia de la Creación divina, que fue cedida totalmente al espíritu humano para su desarrollo y fortalecimiento, como campo de actividad, pudo surgir una culpa por la voluntad errónea de esos indolentes espíritus humanos, la cual tiene que ser expiada por remisión, antes que el espiritual sea capaz de regresar. Cuando semillas espirituales parten desde la Creación, es decir, del Paraíso, siguiendo un impulso por ellas elegido, a fin de emprender una peregrinación por aquél mundo, entonces, evidentemente, se puede decir, de modo figurado, que los hijos dejan la patria, a fin de aprender, y después volver plenamente madurados. Tal expresión es justificada, si es tomada *figuradamente*. Todo, sin embargo, debe permanecer siempre figuradamente, no debe ser transformado en algo personal, conforme se intenta por toda parte. Visto que el espíritu humano sólo se carga de culpa en el mundo, por ser imposible algo así en lo espiritual, entonces, evidentemente, tampoco puede volver hacia el reino espiritual, antes que se libere de esa culpa que en él pesa. A tal respecto, yo podría tomar millares de imágenes, *todas* podrían tener en sí solamente el único sentido fundamental, que muchas veces ya he dado en el efecto de las simples tres leyes básicas.

Suena extraño a muchos, cuando describo el fenómeno *de modo objetivo*, porque lo que es figurado lisonjea su presunción y el amor propio. El ser humano prefiere estar en su mundo de sueños; pues ahí todo suena mucho más bonito, ahí él propio se siente mucho más importante de lo que realmente es. Comete en eso entonces el error de no querer ver lo que es objetivo, se excede en fantasías, pierde así el camino y su apoyo, y queda horrorizado, tal vez incluso rebelde, cuando a él le muestro ahora con toda sencillez y con sobriedad *cómo* la Creación es, y cual el papel que él realmente representa en ella. Es para él una transición, como la de un niño pequeño que, bajo los cuidados cariñosos de una madre o de una abuela, pudo oír cuentos, feliz, con los ojos centelleantes y las mejillas templadas por el entusiasmo, para entonces, finalmente, ver el mundo y los seres humanos en la realidad. Completamente diferente de lo que suena en los bellos cuentos, sin embargo, en una análisis más rigurosa y retrospectiva de esos cuentos, básicamente idéntico. El momento es amargo, sin embargo, necesario, o un niño no podría progresar y sucumbiría con grande sufrimiento como “extraño al mundo”.

Aquí no es diferente. Quién quiera ascender más, éste tendrá que conocer finalmente la Creación en toda su *realidad*. Tendrá que caminar firme en los pies, no más debe devanar en intuiciones que sirven bien a un niño irresponsable, pero no a una persona madurada, cuya fuerza de voluntad penetra en la Creación, de modo favorecedor o perturbador, y con eso la eleva o la destruye.

Niñas, que leen novelas, las cuales, presentadas inverídicamente solamente encubren la vida real, experimentarán muy rápidamente amargas decepciones en la vida con la fantasía así despierta, muchas veces quedarán incluso traumatizadas por toda su existencia terrena, como presa fácil de la falsedad sin escrúpulos, de la cual se aproximaron con confianza. No es diferente en la evolución de un espíritu humano en la Creación.

Por eso, afuera con todo lo que es figurado, que el ser humano nunca aprendió a entender, porque fue demasiado comodista para la seriedad de una interpretación cierta. Ha llegado el

tiempo de que caigan los velos, y de que él vea claramente de dónde vino, qué obligaciones le impone su tarea, y también para dónde habrá que ir. *¡Para tanto, necesita del camino!* Y ese camino él lo ve claramente señalado en mi Mensaje del Grial, bajo la condición que lo *quiera* ver. ¡La Palabra del Mensaje del Grial es viva, de modo que solamente se deja encontrar en abundancia por aquellas personas, que tienen en el alma verdadero y sincero anhelo! Todo lo demás ella rechaza naturalmente.

¡Para los presuntuosos y para los que buscan solamente con superficialidad, el Mensaje permanece el libro con siete sellos!

Solamente quién se abra espontáneamente recibirá. ¡Si él, de antemano, comienza la lectura con disposición sincera y pura, todo lo que busca le florecerá en maravillosa realización! Sin embargo, los que no van de corazón enteramente puro serán rechazados por esta Palabra, o ella se cerrará delante de las falsas miradas. ¡No encontrarán nada! Así, cada uno tendrá su juicio, exactamente conforme él se posiciona ante esta Palabra. —

El tiempo de soñar pasó. *La Palabra trae el Juicio.* Ella separa los espíritus humanos naturalmente según la diversidad de su comprensión. Ese acontecimiento es, pues, por su parte, tan sencillo y natural, que para la mayoría de los seres humanos será demasiado sencillo, de modo que en eso nuevamente no reconocerán el grande y poderoso Juicio, que con eso se inicia.

¡El Juicio se procesa *en los días de esa primera* separación de todos los espíritus humanos, que la respectiva asimilación de la nueva Palabra de Dios impone a cada uno individualmente! No se encuentra solamente en las consecuencias posteriores que se siguen a la separación, cuando entonces cada uno debe concluir el camino para lo cual ha decidido, en lo cual él encontrará su recompensa o su castigo.

Para, sin embargo, sacudir antes *una vez más* todos los seres humanos, dar oportunidad para una reflexión seria, en la cual tal vez muchos todavía agarren *aquella* cuerda de salvación, que únicamente conduce hacia fuera de esos bajíos, llegan acontecimientos de especie tan graves como la humanidad obstinada tal vez ni sueña de estar tan cerca. ¡Cuán fácilmente mucho de eso podría haber sido evitado! Ahora, sin embargo, es demasiado tarde. Que los acontecimientos exhaustivos aún se conviertan en la salvación para muchos, apenas cuando ahí se tengan en cuenta de la nulidad de falsos profetas y también de líderes, en los cuales ahora confían tanto; ¡pues solamente la Verdad irá sobrevivir victoriosamente a la época inminente, y dejar reconocer a la brevedad el líder determinado por Dios, al cual, únicamente, es dada la fuerza para ayudar en la desesperadora aflicción espiritual y también terrena!

85. ¡Y mil años son como un día!

¿Quién de las criaturas humanas ya comprendió el sentido de esas palabras, en qué iglesia es correctamente interpretado? En muchos casos es considerado solamente como un concepto de vida sin tiempo. Sin embargo, en la Creación nada existe sin tiempo y nada sin espacio. Ya el concepto de la palabra Creación tiene que contradecir eso; pues lo que es criado, es una obra, y cada obra tiene una limitación. Pero lo que tiene limitación no es sin espacio. Y aquello que no es sin espacio, tampoco puede ser sin tiempo.

Hay diversos mundos que forman la morada de espíritus humanos, según su madurez espiritual. Esos mundos son de densidad mayor o menor, están más próximos o más alejados del Paraíso. Mientras más alejados, tanto más densos y, con eso, más pesados.

El concepto de espacio y tiempo se restringe con la creciente densidad, con la más firme compactación de la materialidad, con la mayor distancia del reino espiritual. De esa forma, la Tierra pertenece a *aquella* parte del Universo, que corresponde a la segunda posición de densidad. Existe, por lo tanto, todavía una otra parte del Universo que es todavía más densa, por eso también aún más limitada en el concepto de tiempo y espacio.

El concepto diverso de espacio y tiempo se origina de la mayor o menor capacidad de asimilación del vivenciar por el cerebro humano, que por su parte está ajustado al grado del respectivo ambiente, por lo tanto, a la especie de aquella parte del Universo en que el cuerpo se encuentra. Ocurre, así, que debemos hablar de la diversidad de los conceptos para espacio y tiempo en las diferentes partes del Universo.

Existen, pues, partes del Universo que se hallan mucho más cercanas del Paraíso, por lo tanto, de la parte del Universo puro espiritual, de lo que aquella a la que pertenece la Tierra. Esas que se hallan más cerca son de otra especie de la materialidad, más ligera y menos compacta. Consecuencia de eso es la posibilidad de un vivenciar más amplio con plena conciencia. Aquí denominamos eso de vivenciar diurno conciente.

Las materialidades de otra especie pertenecen a la materia gruesa de consistencia más fina, bien como a la parte de consistencia gruesa de la materia fina y, incluso, a la propia materia fina absoluta, mientras que nosotros nos encontramos, actualmente, en el mundo de la materia gruesa absoluta. Mientras más refinada es entonces la materialidad, tanto más permeable también ella lo es. Sin embargo, mientras más permeable es una materialidad, tanto más amplio y más extenso para el espíritu humano, que se halla en el cuerpo, será también el campo de la posibilidad de vivenciar concientemente, o, digamos, de la posibilidad de recibir impresiones.

El espíritu humano, que habita en un cuerpo más grueso y más denso, con el cerebro correspondiente más denso como estación de pasaje de los fenómenos exteriores, se encuentra de modo natural más firmemente aislado o entre murallas de lo que en una especie de materia más penetrable, menos comprimida. Por consiguiente, en la más densa, él también solamente puede percibir en sí acontecimientos o dejarse impresionar por ellos hasta una limitación más restricta.

Mientras menos densa, sin embargo, es una especie de materia, tanto más ligera ella es por naturaleza y, con eso, debe encontrarse tanto más alta, igualmente será también más translúcida y, por consiguiente, también más clara. Mientras más cerca se encuentran del Paraíso, resultado de su ligereza, tanto más luminosas y radiantes serán también por ese motivo, por dejar pasar las irradiaciones provenientes del Paraíso.

Mientras más, pues, un espíritu humano, por medio de su cuerpo, recibir la posibilidad del intuir vivo, debido a un ambiente más ligero, menos denso, tanto más capaz será de

vivenciar en sí, de modo que en el transcurrir de un día terreno podrá asimilar mucho más vivencias en su ambiente, de lo que una criatura humana terrena con su cerebro más denso, en su ambiente más pesado y por lo tanto más firmemente compactado. ¡Según la especie de la permeabilidad, por lo tanto, según la especie más ligera y más luminosa del ambiente, un espíritu humano consigue, en el transcurrir de un día terreno, vivenciar entonces tanto como en un *año* terreno, tanto como en mil años terrenos!

Por eso uno dice: “Allá mil años son como un día”. Por lo tanto, en la riqueza del vivenciar, cuya intensificación se orienta según la maduración creciente del espíritu humano.

¡El ser humano puede imaginar eso mejor, cuando piensa en sus *sueños*! ¡Ahí consigue muchas veces, en un único minuto de tiempo terreno, intuir, vivenciar realmente en el espíritu una vida humana entera! Vivencia ahí las cosas más alegres, así como las más dolorosas, ríe y llora, vivencia su envejecer y, sin embargo, gastó ahí solamente el tiempo de un único minuto. En la propia vida terrena necesitaría, para ese mismo vivenciar, de muchas décadas, porque el tiempo y el espacio del vivenciar terreno son demasiado limitados y, por eso, cada escalón prosigue más lentamente. Y como el ser humano en la Tierra solamente en sueño puede vivenciar tan rápidamente, porque ahí las esposas del cerebro son parcialmente quitadas del espíritu por el sueño, entonces él se encuentra en las partes más luminosas del Universo como espíritu no más tan fuertemente esposado y, más tarde, como espíritu completamente libre *siempre* en ese vivenciar activo y rápido. ¡Para el vivenciar real de mil años terrenos, él no necesita de más tiempo de lo que un día!

86. Intuición

Cada intuición forma inmediatamente una imagen. En esa formación de imagen participa el cerebelo, que debe ser el puente del alma para su dominio del cuerpo. Es *aquella* parte del cerebro que os transmite el sueño. Esa parte se encuentra, a su vez, en ligazón con el cerebro anterior, de cuya actividad se originan los pensamientos, más atados a espacio y tiempo, de los cuales, por último, es compuesto el intelecto.

¡Ahora, atentad bien al proceso evolutivo! ¡Podéis ahí distinguir nítidamente cuando la intuición os habla por medio del espíritu, o el sentimiento por medio del intelecto!

La actividad del espíritu humano provoca en el plexo solar la intuición e impresiona con eso, concomitantemente, el cerebelo. El *efecto* del espíritu. Por lo tanto, una ola de fuerza que *parte* desde el espíritu. Esa ola el ser humano la intuye naturalmente allá, donde el espíritu dentro del alma se halla en ligazón con el cuerpo, en el centro del así nombrado plexo solar, que transmite el movimiento para el cerebelo, lo cual con eso queda impresionado. Ese cerebelo forma, según la determinada especie de la impresión diferente, igual a una placa fotográfica, la imagen del acontecimiento deseado por el espíritu, o lo que el espíritu formó con su poderosa fuerza, a través de su voluntad. *¡Una imagen sin palabras!* El cerebro anterior recibe entonces esa imagen y busca describirla con palabras, con lo que ocurre la generación de los pensamientos que llegan entonces a la expresión en el lenguaje.

El fenómeno todo es en la realidad muy sencillo. Quiero repetir una vez más: el espíritu, con el auxilio del plexo solar, impresiona el puente a él dada, imprime, por lo tanto, una determinada voluntad en olas de fuerza en el instrumento a él dado para tanto, el cerebelo, que pronto retransmite al cerebro anterior lo que recibió. En ese retransmitir ya se procesó una pequeña modificación por la compresión, visto que el cerebelo añade algo de su propia especie. Como aros articulados de una cadena, así actúan los instrumentos en el cuerpo humano, los cuales están a la disposición del espíritu para utilización. Todos ellos actúan, sin embargo, *solamente formando*, no pueden diferentemente. Todo cuanto les es transmitido, ellos forman en acuerdo con su propia especie peculiar. De esa manera, también el cerebro anterior recibe el imagen transmitida por el cerebelo y, en acuerdo con su especie un poco más grosera, la comprime por la primera vez en conceptos más restrictos de espacio y tiempo, con eso, la torna más densa y la hace llegar así al mundo fino material, ya más palpable, de las formas de pensamientos. De inmediato, sin embargo, ya forma también palabras y frases, que, entonces, por medio de los órganos del lenguaje, penetran como olas sonoras formadas en la fina materia gruesa, para ahí, a su vez, provocar un nuevo efecto, lo cual resulta en el movimiento de esas olas. La palabra hablada es, por lo tanto, una manifestación de las imágenes por medio del cerebro anterior. Éste, sin embargo, también puede dar la dirección de la manifestación, en lugar de a los órganos del lenguaje, a los órganos del movimiento, por lo que se origina, en lugar de la palabra, la escrita o la acción.

Ése es el curso normal de la actividad del espíritu humano, deseada por el Criador, en la materia gruesa.

Es el camino *cierto* que habría conducido al sano desarrollo posterior en la Creación, por el cual tampoco era posible un perderse para la humanidad.

Sin embargo, el ser humano salió voluntariamente de esa vía, que le fue prescrita por la constitución del cuerpo. Con porfía, interfirió en el curso normal de la cadena de sus instrumentos, haciendo del intelecto su ídolo. De esa manera, lanzó toda la energía por sobre la educación del intelecto, unilateralmente, solamente por sobre ese único punto. El cerebro anterior, como generador, fue forzado desproporcionadamente en relación a los demás instrumentos cooperadores. Eso naturalmente se ha vengado. El funcionamiento uniforme y

conjunto de todos los aros individuales fue derrumbado y tullido, con eso también cualquier desarrollo correcto. El esfuerzo máximo *solamente* del cerebro anterior durante milenios provocó su crecimiento mucho más allá de todo lo demás. La consecuencia es la represión forzada de la actividad de todas las partes negligenciadas que, por la menor utilización, habían que quedar más débiles. A eso pertenece en primer lugar el cerebelo, que es el instrumento del espíritu. De eso resulta que la actividad del verdadero espíritu humano no solamente quedó fuertemente impedida, pero muchas veces interceptada y desconectada totalmente. La posibilidad de correcto intercambio con el cerebro anterior, a través del puente del cerebelo, está enterrada, mientras que una conexión directa del espíritu humano con el cerebro anterior queda totalmente excluida, visto que su constitución no es en absoluto adecuada para eso. Depende totalmente del pleno funcionamiento del cerebelo, en cuya *sucesión* se encuentre, de acuerdo con la voluntad de Dios, si quiera cumplir correctamente la función que a él le corresponde. Para recibir las vibraciones del espíritu, es necesaria la especie del cerebelo. Eso no puede ser contornado; pues el cerebro anterior, ya por la actividad, tiene que preparar la transición para la materia fina y la fina materia gruesa y, por lo tanto, es también de constitución completamente diferente, mucho más gruesa.

En el cultivo unilateral del cerebro anterior se encuentra, pues, el pecado hereditario del ser humano terreno contra Dios, o, expreso de modo más nítido, contra las leyes divinas, las cuales están establecidas en la distribución correcta de todos los instrumentos corpóreos, de la misma forma como en toda la Creación. La observación de la distribución *correcta* también habría traído en sí el camino cierto y recto para la ascensión del espíritu humano. Así, sin embargo, el ser humano, en su presunción ambiciosa, interfirió en las redes del actuar sano, separó una parte de eso y cuidó de ella de modo especial, no atentando a las demás. Eso *había* que implicar en desigualdad y estagnación. Pero, si el curso del proceso natural es impedido de ese modo, entonces la enfermedad, el faltar y, por último, una enmarañada confusión y ruina habrán que ser la absoluta consecuencia.

¡Aquí, sin embargo, no entra en consideración solamente el cuerpo, pero en primer lugar el espíritu! Con ese abuso del cultivo desigual de ambos los cerebros, el cerebro posterior, en el transcurrir de los milenios, fue oprimido por la negligencia, y con eso el espíritu impedido en su actividad. Se ha convertido *pecado hereditario*, porque, con el tiempo, el cultivo excesivo y unilateral del cerebro anterior ya es transmitido a cada niño, como herencia grueso-material, por lo que ya de antemano le dificulta increíblemente el despertar y el fortalecimiento espiritual, porque el puente del cerebro posterior, indispensable para tanto, no más le quedó tan fácilmente transitado y muy frecuentemente fue incluso cortado.

¡La criatura humana ni siquiera presente qué ironía gravemente condenatoria hay en las expresiones criadas por ella misma “cerebro y cerebelo”! Esa acusación no puede ser formulada de modo más terrible en contra su abuso de la determinación divina! ¡Ella caracteriza con eso precisamente lo peor de su culpa terrena, toda vez que con críminosa porfía mutiló de tal modo el instrumento fino del cuerpo de materia gruesa, lo cual la debe auxiliar en esta Tierra, que éste no solamente no puede servirle *así* como fue previsto por el Criador, sino *tiene* que conducirla hasta las profundidades de la perdición! ¡Con eso pecaron mucho peor de lo que los borrachos o aquellos que destruyen su cuerpo cuando se entregan a todas las pasiones!

¡Y, además de eso, incluso tienen la arrogancia de querer que Dios se les deba convertir *de tal modo* comprensible, que ellos, en el envoltorio arbitrariamente torcido de su cuerpo, también puedan comprender! ¡Por encima de ese crimen ya practicado, incluso *ésa* exigencia!

¡En desarrollo normal, la criatura humana habría podido escalar los escalones hacia la altura luminosa de manera fácil y llena de alegría, si no hubiese interferido en la obra de Dios con mano críminosa! ¡Maldición por sobre ella, si ahora no asegure, llena de gratitud, la

ultima ancla de salvación! ¡Perdición por sobre ella, para que no pueda maquinarse y diseminar aún más desgracia y pecados, y propagar sufrimiento por sobre los próximos, como ha ocurrido hasta ahora! ¡No era posible de otra forma, si no que tales lisiados cerebrales cayesen en megalomanía malsana, que todavía hoy la tienen en el más alto grado! El ser humano del futuro tendrá cerebros *normales* que, trabajando uniformemente, se apoyarán entonces mutuamente, solamente de modo armonioso. El cerebro posterior, lo cual se llama cerebelo, porque fue atrofiado, se robustecerá entonces, porque llegará a la actividad cierta, hasta quedar en relación correcta con el cerebro anterior. ¡Entonces, habrá nuevamente armonía, y el tullido, enfermo, habrá que desaparecer!

Ahora, sigamos para las *demás* consecuencias del modo de vida tan errado de hasta entonces: el cerebro posterior, demasiado pequeño en la relación, también dificulta a los que hoy buscan de modo realmente sincero distinguir lo que en ellos es legítima intuición y lo que es simplemente sentimiento. Yo ya he dicho anteriormente: el sentimiento es generado por el cerebro anterior, cuando sus pensamientos actúan por sobre los nervios del cuerpo que, irradiando retroactivamente, imponen al cerebro anterior el estímulo de la así nombrada fantasía.

Fantasía son imágenes criadas por el cerebro anterior. ¡No pueden ser comparadas a las imágenes formadas por el cerebelo bajo presión del espíritu! Tenemos aquí la diferencia entre la expresión de la intuición como la consecuencia de una actuación del espíritu, y los resultados de los sentimientos provenientes de los nervios corpóreos. Ambos producen imágenes, que para los legos son difíciles o incluso imposibles de distinguir, pese a existir ahí una diferencia tan enorme. Las imágenes de la intuición son legítimas y contienen fuerza viva, sin embargo, las imágenes del sentimiento, la fantasía, son simulaciones de una fuerza prestada.

La diferencia, sin embargo, es fácil para quien conoce el proceso evolutivo en la Creación entera y, entonces, se observa a sí mismo de modo riguroso.

En las imágenes de la intuición, de la actividad del cerebelo como puente hacia el espíritu, surge *primero* la imagen inmediatamente, y sólo después se convierte en pensamientos, por lo que la vida afectiva del cuerpo queda entonces influenciada por los pensamientos.

Sin embargo, en las imágenes generadas por el cerebro anterior se pasa el contrario. Ahí los pensamientos tienen que *anteceder*, a fin de establecer las bases de las imágenes. Pero todo eso se pasa tan rápido, que casi parece una sólo cosa. Con un poco de práctica en el observar, sin embargo, la persona puede, en poco tiempo, distinguir con precisión de qué especie es el fenómeno.

¡Una otra consecuencia de ese pecado hereditario es la confusión de los sueños! Por ese motivo, las personas hoy no más pueden dar a los sueños *aquel* valor que les correspondería, propiamente. El cerebelo normal transmitiría los sueños, influenciado por el espíritu, de manera clara y no confusa. Es decir, ni serían *sueños*, pero un *vivenciar* del espíritu, que es acogido y retransmitido por el cerebelo, en cuanto el cerebro anterior reposa en sueño. La actual fuerza dominante del cerebro anterior o diurno, sin embargo, ejerce también durante la noche su influencia, irradiando por sobre el sensible cerebro posterior. Éste, en su debilitado estado actual, acoge las fuertes irradiaciones del cerebro anterior, simultáneamente con las vivencias del espíritu, con lo que se origina una mezcla, semejante a la exposición doble de una placa fotográfica. Eso resulta, entonces, en los sueños confusos actuales.

La mejor prueba de eso es que, muchas veces, también surgen en los sueños palabras y frases, que *sólo* se originan de la actividad del cerebro *anterior*, lo único a formar palabras y frases, por estar más íntimamente atado a espacio y tiempo.

¡Por esa razón, el ser humano ahora también no más está accesible, o sólo precariamente, a advertencias y enseñanzas espirituales a través del cerebro posterior, y debido a eso mucho más expuesto a peligros, de los cuales, en caso contrario, podría desviarse por las advertencias espirituales!

Así existen, además de esas mencionadas malas consecuencias, muchas otras, que la interferencia del ser humano en las determinaciones divinas trajo consigo; pues en la realidad *todo* el mal se origino solamente de ese único fallar hoy tan visible a cualquiera, que fue tan solamente un fruto de la vanidad, que se originó debido al aparecimiento de la mujer en la Creación.

Que se liberte, por lo tanto, el ser humano finalmente de las consecuencias del mal hereditario, si no quiera perderse.

Todo, evidentemente, requiere esfuerzo, así incluso esto. ¡El ser humano *debe*, si, despertar de su comodidad, para tornarse finalmente aquello que ya debería haber sido desde el principio! ¡Favorecedor de la Creación y mediador de la Luz para toda la criatura!

87. El Maestro del Universo

El Maestro del Universo es el Hijo del Hombre. No es, por acaso, llamado de Maestro del Universo porque deba instruir el Universo, tal vez fundar una religión que venga a unificar el Universo, en sentido más restricto, la Tierra, o, aún mejor, la humanidad de la Tierra, o que domine la Tierra, pero es llamado Maestro del Universo porque *aclara* el “Universo”, lleva enseñanzas sobre el Universo. ¡Aquello que el ser humano realmente necesita saber! ¡Él enseña a *reconocer* el “Universo” en su actuación natural, para que el ser humano terreno pueda orientarse de acuerdo y, así, se le torne posible la ascensión de forma conciente, en el reconocimiento de las verdaderas leyes del Universo!

Se trata, por lo tanto, de una doctrina del Universo, de enseñanzas sobre el Universo, de la Creación.

¡Tras ese legítimo Maestro del Universo se encuentra radiante, como antaño pasó con Cristo, visible a los videntes puros, la grande Cruz del Redentor! ¡Se puede decir también “*Él porta la Cruz*”! Sin embargo, esto nada tiene que ver con sufrimiento y martirio.

¡Ésa será una de las señales que, “reluciendo de forma viva”, ningún charlatán o mago, incluso lo más habilidoso, consigue imitar, y ante la cual puede ser reconocida la absoluta legitimidad de su misión!

Ese fenómeno extraterreno no es acaso desconecto, solamente arbitrario, por lo tanto, no anti-natural. Se comprende inmediatamente la conexión, apenas cuando se conozca el real sentido de la verdadera “Cruz del Redentor”. La Cruz del Redentor no tiene la misma significación de la cruz del sufrimiento de Cristo, por medio de la cual la humanidad tampoco podía ser salva, conforme describo detalladamente en la disertación “Muerte en la cruz” *(Disertación Nro 55) y tantas veces repetí. ¡Se trata de algo muy diferente, a su vez aparentemente sencillo, y, sin embargo, gigantesco!

La Cruz, pues, ya era conocida antes del tiempo terreno de Cristo. ¡Es la señal de la Verdad divina! No solamente la señal, pero la forma viva de ella. ¡Y como Cristo fue el portador de la Verdad divina, de la autentica, y emanó desde la Verdad, estaba en conexión directa con ella, traía en si una parte de ella, ella adhirió también vivamente en él y a él! ¡Ella es *visible* en la Cruz viva, por lo tanto, luminosa y por si naturalmente *radiante*! Se puede decir que ella es la propia Cruz. Allá donde se encuentra esa Cruz radiante, se encuentra, por consiguiente, también la Verdad, porque esa Cruz no puede ser separada de la Verdad, por que son una sólo cosa, *porque esa Cruz muestra la forma visible de la Verdad*.

¡La Cruz que emana rayos, o la Cruz radiante *es*, por lo tanto, la Verdad en su forma intrínseca. Y como solamente por intermedio de la Verdad el ser humano puede acender y no de otra forma, luego, el espíritu humano también sólo encuentra la verdadera *redención* en el reconocimiento o conocimiento de la Verdad divina!

¡Y como, a su vez, solamente en la Verdad se encuentra la redención, se concluye desde ahí que la Cruz, es decir, la Verdad, es la Cruz redentora, o la *Cruz del Redentor*!

¡Es la Cruz del Redentor! ¡*El Redentor, sin embargo, es la Verdad* para la humanidad! Solamente el conocimiento de la Verdad y la utilización que transcurre de lo que reside en la Verdad, o del camino indicado por la Verdad, puede conducir el espíritu humano hacia fuera de su actual alienación mental y extravío, hacia arriba, rumbo a la Luz, libertarlo, salvarlo de la situación actual. Y como el enviado Hijo de Dios y el Hijo del Hombre, que ahora está por venir, son los *únicos* portadores de la Verdad *límpida*, la traen en sí, ambos también tienen que traer la Cruz, en si y adherida a si, de modo natural e inseparable, por lo tanto, ser portadores de la Cruz radiante, portadores de la Verdad, portadores de la redención, que reside

en la Verdad para los seres humanos. Ellos traen la redención en la Verdad para cuantos la acojan, es decir, para los que sigan el camino indicado. – ¿Qué vale, comparado a eso, toda la palabrería astuta de los seres humanos? Se desvanecerá en la hora de la aflicción.

¡*Por eso*, el Hijo de Dios dijo a los seres humanos que tomasen la Cruz y lo siguiesen, esto significa, por lo tanto, *que asimilasen la Verdad y viviesen en acuerdo con ella!* Que se adaptasen a las leyes de la Creación, aprendiesen a comprenderlas bien y las utilizasen en sus efectos naturales solamente para el bien.

¡Pero qué la restricta mente humana hizo nuevamente de ese hecho sencillo y natural! ¡Una doctrina de sufrimiento no deseada por Dios tampoco por el Hijo de Dios, su enviado! Y con eso ha sido enveredado un camino *falso*, que no está en consentimiento con el camino señalado, pero sí se aleja para muy lejos de la voluntad de Dios, a la cual sólo desea conducir hacia la alegría y o hacia el sufrimiento.

¡Es naturalmente un símbolo terrible para la humanidad, que el Hijo de Dios antaño haya sido clavado por ella justamente bajo la forma terrenamente reproducida de la configuración de la Verdad y martirizado hasta la muerte, por lo tanto, sucumbió terrenamente en el símbolo de la Verdad, que él trajo! ¡La cruz del sufrimiento de las iglesias, sin embargo, *no* es la Cruz del Redentor!

Se dice del Hijo de Dios que es “aquél que se encuentra en la fuerza y en la Verdad”. La fuerza es la Voluntad de Dios, el Espíritu Santo. Su forma visible es la Paloma. La forma visible de la Verdad es la Cruz por sí irradiante. Ambas eran visibles vivas en el Hijo de Dios, porque él se encontraba en ellas. Se trataba en él, por lo tanto, de un fenómeno natural y evidente.

¡*Lo mismo se verá también en el Hijo del Hombre!* La Paloma por sobre él, la Cruz del Redentor tras él; ¡pues él está, a su vez, inseparablemente conectado a eso, como el portador de la Verdad, “que se encuentra en la fuerza y en la Verdad”! *Son las señales infalibles de su legítima misión, para el cumplimiento de las profecías.* ¡Las señales, que nunca pueden ser imitadas, que son indestructibles, advirtiendo y, pese a la terrible severidad, también prometiendo! ¡Ante ellas, únicamente, todas las tinieblas tienen que desaparecer!

¡Erguid la mirada! ¡Así que los inexorables presagios de su venida hayan sido anunciados, que le desembarazan el camino de los impedimentos que la presunción humana allí amontona, *caerá la venda de los ojos de muchos*, que son agraciados en reconocerlo *de esa manera!* Y en altas voces *habrán* que dar testigo, impelidos por la fuerza de la Luz.

Nadie de los innumerables falsos profetas y guías de hoy podrán subsistir delante *él*; pues en ambos los altos signos, que nadie puede portar, sino el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre, el propio Dios habla en favor de Sus servos, y toda la astucia humana tendrá que callar ante eso. —

Prestad atención a la hora, estará más próxima de lo que *todos* piensan.

88. El Extraño

Las tinieblas pairaban nuevamente por sobre la Tierra. Obscurecían triunfantemente los seres humanos, y cerraron el camino hacia el reino puro espiritual. La Luz de Dios había se retirado de ellos. El cuerpo, que como receptáculo terreno había servido para eso, estaba pendiendo sangrando y destruido en la cruz, como victima de la protesta de aquellos a quien quiso traer la felicidad y la santa paz.

En el punto más alto de toda la Creación, en la radiante cercanía de Dios, paira el Burgo del Grial, como Templo de la Luz. Y en él dominaba inmensa tristeza a causa de los espíritus humanos perdidos en las profundidades que, en ciega ilusión del querer saber mejor, se cerraron hostilmente a la Verdad y se dejaron atizar por las tinieblas llenas de odio hasta perpetrar el crimen contra el Hijo de Dios. Pesadamente se abatía por sobre el mundo toda esa maldición así criada por la humanidad y la oprimió en una estrechez de comprensión aún mayor. —

Con serio espanto, un joven contemplaba allá desde el Burgo del Grial el ignominioso acontecimiento... el futuro Hijo del Hombre. Ya en ese tiempo él se encontraba en su preparación que llevó milenios; pues bien equipado debería bajar hacia los bajíos donde las tinieblas reinaban por voluntad de los seres humanos.

Y ahí que posó delicadamente en el hombro del joven absorto la mano de una mujer. La Reina primordial de la femineidad se hallaba a su lado y habló con afectuosa tristeza:

“Deja el acontecimiento actuar por sobre ti, querido hijo. Así es el campo de lucha que tendrás que atravesar en la hora de la realización; ¡pues, a pedido del Salvador asesinado, Dios-Padre concede que tu, antes del Juicio, anuncies una vez más Su Palabra a los renegados, a fin de salvar aquellos que aún quieran oírla!”

¡Silencioso, el joven bajó la cabeza, y en fervorosa oración pidió fuerzas, pues el eco de tan grande amor de Dios se revolvía poderosamente en él!

Con rapidez se propagó por toda la parte la noticia de la reiterada última posibilidad de gracia y muchas almas rogaron a Dios consentimiento para poder colaborar en la grande obra de redención de todos cuantos aún quieran encontrar el camino hacia Dios. El amor de Dios-Padre consintió a algunas almas, a las cuales tal oportunidad resultaba en ventajas para su ascensión. En alegría, repleto de gratitud, el grupo de los así agraciados prestó, jubilando, una promesa de fidelidad para el cumplimiento de la concedida posibilidad de servir.

Así se formaron *aquellos* convocados, que deberían quedar más tarde a la disposición del enviado de Dios, cuando llegase su hora de realización en la Tierra. Con cuidado fueran desarrollados para esas tareas y en tiempo cierto encarnados en la Tierra, para que estuviesen listos, así que les fuese dirigido el llamado, *para el cual estar atento era su primer cumplimiento del deber*.

— — —

Mientras tanto, el legado del asesinado Hijo de Dios, su Palabra Viva, era utilizada en la Tierra solamente para fines egoístas. Hacía falta a los seres humanos toda y cualquier noción de los verdaderos principios de Cristo. Se acostumbraron, al contrario, a un servilismo de amor tan falso, exclusivamente terreno, que terminaron rechazando todo lo demás como no venido de Dios, y aún hoy rechazan y hostilizan todo cuanto no se muestre en esa flojera repugnante deseada por ellos, y que no profese el mismo tan insano y esclavo culto de la humanidad. Todo, donde hace falta como base el reconocimiento de la supremacía humana, es considerado simplemente como falso y no perteneciente a la Palabra de Dios. Pero, por debajo

de tal conducta se oculta, en la realidad, nada más de lo que la preocupación recelosa de que se convierta evidente el vacío de esa falsa estructura, ya desde mucho sentido.

¡Fue *eso* que hicieron del sagrado legado del Hijo de Dios! Bajo tales presuposiciones humillantes transmitieron sus palabras claras, las interpretando de modo demasiado humano. Adeptos fueron atraídos ante concesiones a las debilidades humanas, hasta que se pudiese establecer determinado poderío terreno, al cual la meta final siempre era dirigida. Entonces, sin embargo, mostraron pronto, con bestial crueldad, lo cuánto esos portadores del no-comprendido principio de Cristo se hallaban lejos de la verdadera comprensión del mismo, y cuan poco vivían de acuerdo con él. ¡Constantemente y cada vez más nítida fue presentada la prueba de que exactamente los que querían presentarse como portadores del principio de Cristo eran los peores enemigos y mayores ofensores del verdadero principio de Cristo, de manera vergonzosa e imperdonable! Toda la historia después de la existencia terrena de Cristo muestra, con el comienzo de las iglesias, esos hechos tan claramente en caracteres grabados indeleblemente y marcados a fuego, que jamás podrán ser contestados o atenuados. El estigma de la hipocresía conciente fue formado abiertamente debido a la larga historia de los asesinatos individuales y en masa, conducidos bajo la criminosa invocación de Dios, en lo cual aún hoy en muchos lugares continua a ser edificado, solamente en formas alteradas, adecuadas al tiempo actual.

Así las tinieblas aumentaron cada vez más su negror, gracias a la solicitud de todos los espíritus humanos, mientras que se iba acercando el tiempo en que el Hijo del Hombre había que ser encarnado en la Tierra.

Movimiento jubiloso en los elementos anunció el nacimiento terreno. Ángeles lo acompañaron, llenos de amor, en su bajada hasta esta Tierra. Los primordialmente criados formaron una sólida barrera al rededor de él y de su infancia terrena. Ensolerada pudo ser su infancia terrena. Como un saludo de Dios-Padre, vía en la noche el cometa cintilando sobre sí, lo cual contemplaba como algo natural, como parte de las demás estrellas, hasta que le fue puesta la venda en los ojos, la cual debería mantener durante su amarga educación terrena.

Extraño le parecía entonces todo a su alrededor, solamente un anhelo elevado e insaciable llenaba su alma, que aumentó hasta la inquietud, hasta un buscar ininterrumpidamente, nervioso. No se dejaba calmar por cosa alguna que la Tierra ofreciese.

Con la venda de materia fina delante de los ojos, se encontraba ahora en terreno hostil frente a las tinieblas, en un campo de lucha en que todas las tinieblas podían hincar los pies más firmemente de lo que él propio. Por eso estaba en la naturaleza de la cosa que, por toda parte donde él buscase emprender algo, no podía resonar ningún eco, tampoco surgir algún éxito, pero solamente las tinieblas siempre silbaban hostilmente. Mientras no era llegado el tiempo de la realización para él, las tinieblas siempre podían permanecer más fuertes y perjudicarlo terrenamente. Allí, donde de alguna forma actuase terrenamente, no importando si en el sector privado, comercial, o público; pues todo cuanto es terreno *había*, muy naturalmente, que contraponerse hostilmente al enviado de Dios, ya que hoy toda la voluntad de los seres humanos es dirigida *contra* la legítima voluntad de Dios, pese la aparente busca por la Verdad, tras de la cual se oculta siempre solamente la propia presunción en múltiples formas. Las tinieblas encontraron fácilmente, por toda la parte, criaturas dispuestas a estorbar el enviado de la Luz, y a herirlo muy dolorosamente.

De esa forma su tiempo de aprendizaje en la Tierra se convirtió en un camino de sufrimiento.

— — —

Así como el espiritual actúa con gran fuerza aparentemente atrayendo y sosteniendo magnéticamente por sobre el enteal, por sobre la materia fina y la materia gruesa, de manera

igual e incluso mucho más fuerte tiene que actuar aquello, que tiene su origen arriba del espiritual en la Creación posterior, por sobre *todo* cuando está situado abajo de él. Se trata de un fenómeno natural, que de otro modo no es posible. Sin embargo, solamente en su efecto se asemeja a una fuerza de atracción. Fuerza de atracción, en el sentido conocido, sólo la especie igual tiene recíprocamente. ¡En este caso, sin embargo, se trata del existente *poder del más fuerte* en el sentido puramente objetivo y más noble! No concebido en el sentido terreno humano; pues en la materia gruesa esa ley, como todo lo demás en sus efectos, quedó embrutecida por la intervención de los seres humano. El efecto natural de ese poder dominante se muestra en la forma exterior como una atracción, concentración, unión, dominación magnética.

Como resultado de esa ley, también los seres humanos se sintieron entonces atraídos magnéticamente para ese Extraño velado y fuerte, proveniente de las alturas, en cuanto muchas veces oponiéndose hostilmente. Los envoltorios espesos que lo envolvían no conseguían represar de todo el trasparecer de esa fuerza extraña en la Tierra, mientras ella, a su vez, aún no podía irradiar libremente, a fin de ejercer *aquél* poder irresistible que tendrá después de la caída de los envoltorios sobrepuestos en la hora de la realización. Eso trajo discordia entre las intuiciones de los seres humanos. La existencia del Extraño, por si solo, ya les despertaba, al encontrarse con él, pensamientos de esperanzas de las más variadas especies, los cuales, lamentablemente, sólo se concentraban a causa de su mentalidad, en deseos terrenos que ellos nutrían y desarrollaban en si.

Pero el Extraño nunca podía atender a tales deseos, porque su hora aún no era llegada. Por eso, muchos se vieron a veces fuertemente engañados en su imaginación, llegando incluso, de modo extraño, a sentirse embaucados. Nunca reflexionaban que, en la realidad, habían sido *solamente sus propias* expectativas egoístas que no se realizaron y, revueltos en su desilusión, tiraban la responsabilidad por eso por sobre el Extraño. Sin embargo, éste no les había llamado, ellos lo importunaban y se agarraban a él, debido a aquella ley para ellos desconocida, y no raro se le convertían una carga pesada, con la cual él caminaba por *aquellos* años terrenos, que le habían sido previstos como tiempo de aprendizaje.

Los seres humanos terrenos sentían en él algo misterioso, desconocido, que no podían explicar, presentían un poder oculto, que no comprendían, y, por eso, en su ignorancia, supusieron por fin naturalmente solamente sugestión, hipnosis y magias proposiales, de acuerdo con el grado de su incomprensión, cuando de todo eso nada entraba en cogitación. La simpatía inicial, la conciencia de un extraño sentirse atraído, se convertía entonces muchas veces en odio, que desahogaba en pedradas morales y tentativas de macula contra aquél, de quién prematuramente habían esperado tanta cosa.

Nadie se preocupó de una justa auto-análisis, la cual habría demostrado que el Extraño, que vivía por si en otras concepciones e ideales, era el explorado por los inoportunos, y no que éste haya explorado a alguien, conforme tales elementos inoportunos intentaban convencer a si mismos y a otros en la amargura por ver desechas las realizaciones de sus deseos de una vida cómoda. Ciegos, respondían a las gentilezas recibidas con insensato odio y enemistad, semejante a la acción de Judas.

Pero el Extraño en la fase de la Tierra había que soportar todo, pues era solamente una consecuencia natural de su existencia, en cuanto la humanidad viviese en el error. Tal vivencia, sin embargo, trajo simultáneamente también la tempera para él necesaria que, poco a poco, se fue colocando como una armadura al rededor de su índole en general siempre dispuesta a auxilio, y así abrió un abismo entre él y la humanidad... a causa de sus heridas del alma, las cuales actuaban de modo separador y sólo pueden sanar nuevamente por la completa transformación de la humanidad. Estas heridas a él inflingidas constituyeron a partir de esa hora el abismo que sólo podrá ser transpuesto por *aquél* ser humano *que recorrer totalmente* la

ruta de las leyes de Dios. Solamente ésta puede servir de puente. Todos los demás habrán que desplomarse en el abismo; pues no hay otro camino para el cruce. Y permanecer parado delante de él resulta la destrucción.

En la hora exacta, antes del fin de ese tiempo difícil de aprendizaje, ya se realizaba el encuentro con *aquella* compañera que, como una parte de él, debía peregrinar junto con él por la vida terrena, a fin de, según la determinación divina, cooperar en la grande misión. Ella, también una extraña en la fase de la Tierra, en el reconocimiento propio, se insertó alegremente en la voluntad de Dios, a fin de gratamente inmergir en ella.

¡Sólo entonces llegó el tiempo para los convocados, que antaño habían prestado a Dios el juramento de fidelidad para el servir! El consentimiento del pedido de los mismos fue realizado con celo. En el tiempo cierto se procesó la encarnación en la Tierra. Bajo conducción fiel fueron instrumentados terrenamente para la respectiva misión con todo aquello de que necesitaban para el cumplimiento. Todo les ha sido conducido, regalado y de modo tan visible, que tampoco podían dejar de considerarlo como un regalo, como un feudo para la hora del cumplimiento de su promesa de antaño. Entraron puntualmente en contacto con el enviado, por medio de su Palabra, en seguida también personalmente... pero muchos de ellos presintieron, si, el llamado, intuyeron algo de extraño en sus almas, sin embargo, durante su peregrinación en la Tierra, ya se habían dejado envolver de tal manera con cosas puramente terrenas y en parte incluso por las tinieblas, que no podían reunir la fuerza para dedicarse al verdadero servir, para cuya realización les había sido permitido venir a la Tierra en esa época tan importante. Algunos manifestaban incluso la débil voluntad hacia el cumplimiento, pero sus faltas terrenas los impedían. Hubo lamentablemente también otros, que incluso entraron en el camino de su finalidad, pero buscaban ahí, *antes de todo*, ventajas terrenas para sí. Incluso muchos de aquellos, imbuidos de voluntad sincera, esperaban que aquél a quién *ellos* habrían que servir, debía aplanar su camino para la realización, en lugar de lo contrario. Solamente pocos, aisladamente, se mostraban realmente de tal forma, de modo a estar aptos a desarrollarse en su misión. A éstos entonces, en la hora de la realización, era dada una fuerza diez veces mayor, de modo que las lagunas no más quedaron perceptibles y ellos, en su fidelidad, se convirtieron capaces de realizar incluso más de lo que el grupo numeroso jamás habría conseguido. —

Con tristeza el Extraño en la Tierra vio las devastaciones en el grupo de los convocados. *¡Ésta fue para él una de las más amargas experiencias!* Por más que hubiese aprendido, por más que hubiese sufrido a través de los propios seres humanos... delante este último hecho quedó atónito, sin poder comprender; pues no encontró ninguna disculpa para ese faltar. ¡Según su concepción, un convocado, que en atención de sus pedidos ha sido especialmente conducido y encarnado, no podía otra cosa sino, en jubiloso cumplimiento, realizar fielmente su misión! ¡Para qué otra finalidad estaba entonces en la Tierra! ¡Por qué había sido protegido fielmente hasta la hora en que el enviado necesitase de él! Todo solamente les había sido regalado a causa de su servir indispensable. Por eso, pasó entonces que el Extraño, cuando encontró los primeros convocados, confió plenamente en ellos. Los consideró solamente como amigos, los cuales de modo alguno podrían pensar, intuir y actuar de otra manera, sino en la más inquebrantable fidelidad. Pues se trataba de lo más elevado y precioso que podía suceder a un ser humano. No le vino siquiera un pensamiento de la posibilidad de que también convocados pudiesen tornarse impuros durante el tiempo de su espera. Para él era incomprensible que una persona distinguida con tamaña gracia pudiese de modo injurioso negligenciar y desperdiciar la verdadera finalidad de su existencia terrena. Ellos, con sus errores adherentes, le parecían solamente muy necesitados de auxilio... ¡Así, el horror de ese reconocimiento lo alcanzó tanto más duramente, cuando tuvo que vivenciar que el espíritu

humano, también en tales casos extraordinarios, no es confiable y se muestra indigno de la más elevada gracia, aunque con la conducción espiritual más fiel!

Abalado, vio de repente delante si la humanidad en su indescriptible inferioridad, infamia. Ella le causo asco.

— — —

De manera más opresora caía la miseria por sobre la Tierra. Cada vez más nítidamente se mostraba la inconsistencia de la construcción falsa de toda la actividad humana de hasta ahora. Más evidente se presentaba la prueba de su incapacidad. En medio a la confusión creciente, poco a poco todo comenzó a vacilar, excepto una cosa: la presunción humana sobre su propio querer ser capaz.

Justamente esa se desarrollaba con más pujanza de lo que nunca, lo que también era natural, una vez que la presunción siempre necesita del suelo de la estrechez. El aumento de la estrechez tiene que resultar también un fuerte florecer de la presunción.

La manía de sobresalir evolucionó hacia convulsión febril. Cuanto menos el ser humano había para dar y cuanto más en él el alma angustiada clamaba por la liberación, presintiendo claramente el hundimiento, tanto más inoportunamente buscaba entonces, en una falsa necesidad de equilibrio, las *futilidades terrenas exteriores*, las distinciones humanas. Aunque ellos, en horas silenciosas, también finalmente dudasen muchas veces de si mismos, trataban tanto más diligentemente de en lo mínimo aún ser *considerados* como concedores. ¡A *cualquier* precio! Así siguió rápidamente hacia bajo. En el angustiante reconocimiento del derrumbe venidero, cada cual, por fin, buscaba entorpecerse conforme su manera, y dejó el inaudito seguir su curso, sin alterarlo. Él cerraba los ojos delante de la responsabilidad amenazadora.

“Sabios” seres humanos, sin embargo, anunciaban la hora de la venida de un poderoso auxiliador de la calamidad. La mayoría de éstos quería, sin embargo, reconocer ese auxiliador en si mismo, o, cuando había modestia, querían encontrarlo por lo menos en su círculo.

“Devotos” oraban a Dios por auxilio para salir de la confusión. Pero se ponía en evidencia que esos homúnculos terrenos ya en su suplica, en la expectativa de atención, buscaban íntimamente imponer condiciones a Dios, al desear este auxiliador de *tal* modo, como correspondía a *sus opiniones*. Tan lejos alcanzaban los frutos de la estrechez terrena. ¡Los seres humanos llegan a creer que un emisario de Dios necesite adornarse con futilidades terrenas! Esperan que él deba orientarse por sus restrictas concepciones terrenas, a fin de con esto ser reconocido por ellos, y de esa forma conquistar su fe y su confianza. ¡Qué presunción inaudita, qué pretensión ya se manifiesta solamente en ese hecho! ¡La presunción estará terriblemente fulminada en la hora de la realización, juntamente con todos aquellos que en espíritu se entregaron a tal ilusión! —

¡Y he aquí que el Señor llamó Su servo, que andaba por la Tierra como Extraño, para que hablase, para que anunciase a cuantos se mostrasen sedientos!

Y ved, el saber de los “sabios” era falso, las oraciones de los devotos no eran sinceras; pues no se abrían a la voz que venía de la Verdad y que, por eso, sólo podía ser reconocida allá, donde la gota de la Verdad no tuviese sido enterrada en el ser humano por los errores terrenos, por el poder del intelecto y por todas esas cosas, que son propicias a desviar el espíritu humano del verdadero camino y a llevarlo a la caída.

Ella sólo podría encontrar eco donde el pedido partiese de un alma verdaderamente humilde y sincera.

El llamado se hizo oír. Donde llegaba, causaba inquietud y separación. Pero en los puntos donde era aguardado sinceramente, producía paz y felicidad.

Las tinieblas quedaron atentas, entraron en movimiento inquieto y se aglomeraron aún más espesas, pesadas y oscuras al rededor de la Tierra. Ya bufaban hostilmente aquí y allá, silbaban llenas de odio en las hileras de aquellos que querían atener al llamado. Cada vez más estrechamente rodeaban *aquellos* convocados, que por el faltar habían que hundir en la oscuridad, a la cual voluntariamente habían tendido la mano. Su juramento anterior los prendía espiritualmente de modo firme al enviado, atrayéndolos hacia junto de él en la hora de la realización próxima, mientras sus errores actuaban estorbando y los rechazaban de él, porque de esa forma ninguna ligazón con la Luz era posible.

A partir de esa contingencia, a su vez, solamente podía surgir un puente para el odio, para todo el odio de las tinieblas contra toda la Luz. Y así ellos tornaban más arduo el camino de sufrimiento del enviado de la Luz hasta el Gólgota, para cuyo agravamiento colaboró de buen agrado la mayor parte de la humanidad, principalmente los que presumían ya conocer y recurrir el camino de la Luz, como antaño los escribas y los fariseos. Todo eso creó una situación, en la cual la humanidad pudo demostrar una vez más que ella hoy repetiría la misma cosa que perpetró antaño contra el Hijo de Dios. Sólo que de esta vez en una forma más moderna, la crucifixión simbólica ante intento de *muerte moral* que, según las leyes de Dios, *no es menos condenable de lo que el asesinato corporal*.

Era el cumplimiento, después de la ultima posibilidad de gracia, livianamente perdida. Traidores, falsos testigos y calumniadores vinieron de las hileras de los convocados. Los vermes de las tinieblas en numero cada vez mayor osaban acercarse, por considerarse seguros, porque el Extraño en la Tierra, en el cumplimiento, quedó callado delante la sordidez, como le había sido ordenado, y como antaño también el Hijo de Dios no hizo de otra manera ante la multitud vociferante, que quería tenerlo clavado a la cruz como criminoso. ¡Sin embargo, cuando los renegados perjuros en su odio ciego ya se consideraban delante la victoria, cuando las tinieblas, a su vez, consideraban anulada la obra de la Luz, porque esperaban haber desacreditado terrenamente por completo el portador de esa obra, ahí Dios reveló de esta vez *Su voluntad con omnipotencia!* Y entonces... temblando, cayeron de rodillas también los burladores delante de Su magnificencia, pero... ¡era demasiado tarde para ellos!

89. Una última palabra

Protégete, espíritu humano; ¡pues tu hora ha llegado! ¡Sólo para maldades utilizaste el tiempo que a ti fue concedido para el desarrollo que ansiosamente anhelabas!

¡Protégete con tu tan atrevida presunción de intelecto que te lanzó en los brazos de las tinieblas, que hoy con triunfo te pegan las garras! ¡Con tu propio querer!

¡Levanta la mirada! ¡Tu Señor está próximo! ¡Te encuentras en el Juicio divino!

Humanidad, despierta de la apatía, del delirio, que, paralizando, ya te envuelve con el sueño de la muerte. Despierta y tiembla. ¡Yo clamo ay por sobre vosotros! Vosotros renegados, vosotros que en la estrechez y visión restringida os aglomeráis al rededor del becerro de oro de las cosas efímeras, como polillas atraídas por falso fulgor. A vuestra causa quebró antaño Moisés, en la ira de la decepción, las Tablas de las Leyes de vuestro Dios, destinadas a os auxiliar en la escalada hacia la Luz. ¡Ese quebrar fue el símbolo vivo de que la humanidad entera no merecía tener conocimiento de la voluntad de Dios, de aquella voluntad que ella rechazó en un comportamiento frívolo y en una presunción terrena, para danzar al rededor de un ídolo que ella propia ha hecho y de esa forma ocuparse con los deseos propios! ¡Pero ahora se acerca el fin en el último efecto retroactivo, en las consecuencias, en las represalias! ¡Pues en esa voluntad, antaño tan livianamente rechazada, debéis ahora os romper!

¡Por eso despertad, el Juicio está por sobre vosotros! Ahí no más sirve ninguna queja, ningún pedido; ¡pues durante milenios os fue dado tiempo para reflexión! ¡Pero jamás tuvisteis tiempo para eso! No lo quisisteis, y aún hoy, en incorregible presunción, os juzgáis demasiado sabios. No queréis reconocer que *exactamente en eso* se muestra la mayor estupidez. Y de esa forma acabasteis os convirtiendo en este mundo en los lombrices nocivos que otra cosa no conocen excepto ofender con obstinación toda la Luz, porque vosotros, en la porfía de solamente cavar en las tinieblas, perdisteis toda la posibilidad de erguir libremente la mirada en el examinar, para reconocer o soportar la Luz.

¡Con eso, estáis ahora marcados por vosotros propios!

¡Por consiguiente, ofuscados, os retrocederéis tambaleando, apenas cuando la Luz torne a rayar, y en eso ahondareis irremediamente en el abismo que ya ahora se abrió tras vosotros, a fin de tragar los así condenados!

¡En inevitable cerco debéis quedar atados en él, para que ahora todos cuantos se esfuerzan por encontrar la Luz, encuentren, en el reconocimiento bien aventurado, el camino libre de vuestra presunción y de vuestra ansiedad de aceptar lantejuelas en lugar de oro puro! ¡Hundid en ese pavor letal que vosotros propios preparasteis con obstinado esfuerzo! ¡En el futuro no más deberéis poder perturbar la Verdad divina!

Cómo se precipitan los hombres en su pequeñez por colocar su ridículo saber aparente en el primer plan, y cómo perturban de esa manera tantas almas que podrían ser salvas, si no tuviesen caído en las garras de esos salteadores del espíritu que, cuales ladrones de las carreteras, rodean aún el camino cierto en el primer tramo, donde *aparentan* seguir el mismo camino. ¿Qué es, sin embargo, que ofrecen realmente? Con grande gesto y palabras vacías se basan vanidosos y ostensibles en tradiciones, cuyo verdadero sentido nunca comprenden.

La boca del pueblo emplea para eso una buena expresión: ¡Golpean paja vacía! Vacía, porque no levantaron del suelo, concomitantemente, los granos propiamente, para los cuales les hace falta la comprensión. Tal estrechez de comprensión se encuentra por toda parte; con porfía bronca repite frases de otros, ya que no tiene nada de suyo para añadir.

¡Son millares, los que de eso hacen parte, y otros millares que consideran poseer con *exclusividad* la verdadera fe! ¡Humildemente, con satisfacción íntima, advierten de la

presunción allá, donde algo excede su comprensión! *¡Son de los peores incluso!* Precisamente éstos ya ahora están condenados, porque en su obstinación de creencia jamás podrán ser auxiliados. Cuando un día perciban que ha sido un engaño, ya no más servirá cualquier espanto, lamento o suplica. Pues no quisieron de otra manera, perdieron su tiempo. No se debe sentir tristeza por su causa. Cada instante es demasiado precioso, para que aún pueda ser desperdiciado con esos que quieren saber todo mejor; ¡pues jamás despertarán de su porfía, pero hundirán en eso ciegamente! ¡Con palabras repugnantes y asquerosas y con afirmaciones de su creencia en Dios, con su sólo ilusorio reconocimiento de Cristo!

No están en mejor situación las masas de aquellos que ejecutan su culto a Dios con la regularidad y obligación de otros trabajos, como necesario y útil, conveniente. En parte también por hábito, o porque es “costumbre”. Tal vez también por ingenua precaución, porque finalmente “no se puede saber para qué, a final de cuentas, eso es bueno”. *¡Desaparecerán como un soplo al viento!* —

Ahí antes son de lastimar los investigadores que, en un investigar realmente serio, dejan de elevarse del matorral, en que revuelven infatigablemente y suponen encontrar *en él* un camino que vaya al principio de la Creación. ¡Eso, sin embargo, de nada sirve y tampoco tiene justificativa! También son pocos, muy pocos. La mayor parte de los que se intitulan investigadores se pierden en juegos insignificantes.

El resto de la gran mayoría de la humanidad, sin embargo, *no tiene tiempo* para “introspección”. Se trata, aparentemente, de seres humanos terrenos muy atormentados, bastante sobrecargados de trabajo, a fin de conseguir la realización de los deseos terrenos, de las necesidades cotidianas, pero, por fin, también de otras cosas que se hallan mucho más allá. ¡No fijan que con la realización también aumentan los deseos, con lo que un fin nunca llegará, que aquél, que así se esfuerce, tampoco *nunca* podrá llegar a obtener tranquilidad, jamás encuentra tiempo para el despertar *interior!* Totalmente sin alborado elevado para la eternidad, él se deja empujar por su existencia terrena, un esclavo de la codicia terrena.

Por fin, exhausto por tal actividad, aún necesita cuidar también del cuerpo, mediante reposo, distracción, divertimento. ¡Lógicamente no le resta tiempo para cosas extra terrenas, espirituales! ¡Caso sobrevenga de vez en cuando, aquí y allá, muy suavemente la intuición para el “después de la muerte”, queda igualmente algo pensativo por momentos, pero nunca se deja sensibilizar tampoco despertar por eso, pero, irritado, rechaza entonces rápidamente tales cosas con lamentos de que no puede, aunque quisiese realmente! ¡Le hace falta para tanto también el *debido* tiempo!

Muchos incluso quieren que la posibilidad para eso les sea facultada por *otros*. ¡Tampoco es raro quejarse del destino y quejar contra Dios! ¡Para todos éstos, evidentemente, cada palabra es pérdida, porque *jamás* querrán reconocer que dependía exclusivamente de ellos mismos configurar eso diferentemente!

Para ellos sólo hay necesidades *terrenas* que, con los éxitos, van siempre aumentando. Nunca desearan *seriamente* otra cosa. Siempre crearon obstáculos de toda la suerte sobre eso. Livianamente eso fue relegado para el quinto o sexto lugar, a que sólo se llega en grave aflicción o en la hora de la muerte. ¡Para todos, quienes aún tienen tiempo, esto permaneció hasta hoy cosa secundaria!

Y, aunque se hizo alguna vez *nítidamente reconocible la oportunidad* para que se ocupasen seriamente con eso, surgieron pronto nuevos deseos especiales, que no pasan de excusas, como: “Quiero *antes aún* hacer esto o aquello, y después, si, de buen agrado estará dispuesto a tanto”. ¡Exactamente como Cristo ya hubo mencionado antaño!

¡En parte alguna se encuentra la seriedad tan indispensable a esta más necesaria de todas las cosas! Tal les parecía demasiado lejos. ¡Por esa razón, ahora *todos* están perdidos, todos! ¡Ningún de ellos logrará ingreso en el Reino de Dios!

Frutos podridos para la ascensión, que sólo difunden aún más putrefacción a su alrededor. ¡Considerad, pues, vosotros mismos, quién *entonces* aún puede restar! ¡Un cuadro triste! Sin embargo, lamentablemente muy verídico. —

¡Y cuando, ahora, el Juicio subyugar la humanidad, todos caerán con rapidez de rodillas en el polvo! Sin embargo, imaginad ya *hoy de qué manera* ellos, entonces, se pondrán de rodillas: en todo su estado miserable, al mismo tiempo también otra vez arrogante; ¡pues nuevamente solamente llorando, *pidiendo, que les sea dado auxilio!*

¡La pesada carga, con que ellos propios se cargaron, y que por fin los amenaza aplastar, *les debe ser retirada!* ¡*Éstas* son entonces sus suplicas! ¿Lo oís bien? ¡Las suplicas son por el alejamiento del suplicio, sin embargo, ningún pensamiento ahí en la propia mejora interior! ¡Ni siquiera *un* deseo sincero de cambio voluntario del pensar errado de hasta entonces, de los deseos puramente terrenos! Ni la *mínima* voluntad de reconocer y del bravo admitir de sus engaños y errores de hasta entonces.

¡Y cuando entonces el Hijo del Hombre, en gran aflicción, presentarse entre ellos, luego, todas las manos se tirarán en su dirección, lloriqueando, suplicando, sin embargo, otra vez, solamente en la esperanza de que él *los ayude según sus deseos*, es decir, que suspenda su sufrimiento, que los conduzca a una nueva vida!

¡Él, sin embargo, rechazará la mayor parte de estos mendigos como lombrices venenosos! Pues todos esos suplicantes, después de un auxilio, pronto volverían a caer en sus antiguos errores, envenenarían también el ambiente. ¡Él acogerá *solamente aquellos* que a él le pidan fuerzas, a fin de finalmente cobrar animo para una mejora duradera, aquellos que con humildad se esfuercen para deshacerse de toda la obstinación de hasta entonces, y saluden alegremente la Palabra de la Verdad proveniente de la Luz como redención! —

¡El Hijo del Hombre! ¡Ya hoy, con arrogancia, la humanidad quiere tenerlo solamente de acuerdo con sus deseos, y presumir que puede medir en él su crítica intelectual terrena! Que pueden aproximarse de él con el parlotear al tuntún de las propias opiniones.

¡Tontos, justamente *eso* a vosotros causará heridas terribles! Justamente por eso seréis antes de todo condenados, porque de la misma forma también fuisteis antaño hacia el encuentro del Hijo de Dios, quien hasta hoy aún no lo reconociste *bien*. ¡El Hijo del Hombre, ahora en la hora del Juicio, no trae explicaciones, sobre las cuales fastidiosamente aún podéis cambiar opiniones, pero en su Palabra se hallan *determinaciones*, que deben ser cumplidas por vosotros inalterablemente, si no os queráis perderse! —

Esta es *por ahora* la última *palabra*. ¡Ahora el *vivenciar* podrá testificar por la verdad de mi Mensaje!

Los espíritus humanos se colocaron desde el inicio por sobre base errada. Por eso, ahora en media, todo lo que piensan o hacen está errado o torcido.

¡A causa de eso, una comprensión del Mensaje del Grial, bien como, antes, del mensaje del Hijo de Dios, sólo les será posible, cuando un espíritu humano tire hacia el lado *todo* cuanto él ahora construyo para si por medio de su supuesta comprensión, y *recomience todo desde el principio!* ¡No existe otro camino! ¡Ellos tienen, antes, que tornarse en eso nuevamente como los niños! Una transición a partir de los errores de hasta ahora es imposible. Es necesario surgir algo totalmente *nuevo* desde la base, que crece y se fortalece da la simplicidad y humildad. Quien no puede eso, o no quiere, está irremediadamente perdido, juntamente con los demás. —

Si los seres humanos fuesen ayudados de acuerdo con lo que piden en la hora del peligro y de la aflicción, entonces, rápidamente todo sería olvidado otra vez, apenas cuando les fuese quitado el temor. ¡Sin escrúpulos, con su insensatez, ellos empezarían nuevamente criticando en lugar de ponderando, y eso, en la salvación, no más es admitido! El tiempo ahora pasó.

Una tal pérdida de tiempo como hasta ahora será enteramente imposible en el futuro, pues la existencia de esta parte del mundo tiene que correr hacia su final. Para cada espíritu humano significa ahora: o una cosa – ¡u otra! ¡Salvación de los enmarañados por él mismo creados o hundimiento en eso! La elección es libre, sin embargo, no puede ser postergada, pero tiene que ser tomada *inmediatamente*. ¡Las consecuencias de la resolución, sin embargo, son definidas e inmutables! ¡Uno vacilar es lo mismo que una escoja para la caída! ¡Todo será borrado, excepto lo realmente bueno, que puede llegar al reconocimiento, de lo cual *no* hace parte el actual considerarse bueno!

¡Como que liberados de una gran presión, los salvos entonces respirarán y jubilarán, después que las tinieblas inmundas y repelentes, junto con las criaturas que a ellas se prendieron con placer, hayan finalmente, por intermedio de los golpes de espada de la Luz, que hundirse hacia el lugar, al cual pertenecen!

¡Entonces la Tierra finalmente se erguirá virginalmente purificada de todos los pensamientos pestíferos, y la paz florecerá para todas las criaturas humanas!

90. El anticristo

¡Seres humanos! ¡Cuando sonar la hora, en que según la voluntad divina haya que se procesar en la Tierra la purificación y separación, atención entonces para las señales a vosotros prometidas, en parte sobrenaturales, que surgirán en *el cielo*!

No os dejad confundir entonces por *aquellas* criaturas humanas y también iglesias, que hace mucho ya se entregaron al anticristo. Es triste que ni siquiera las iglesias hayan sabido, hasta entonces, *dónde* debían buscar ese anticristo que, sin embargo, ya hace tanto tiempo actúa en el medio de todos los seres humanos. ¡Un poco de vigilancia, y ellos habrían que reconocerlo! ¡Quién puede, pues, actuar de modo más anticristiano de lo que aquellos que antaño combatieron el *propio Cristo* y que por fin también lo asesinaron! ¡Quién podía mostrarse peor y también más nítidamente contra Cristo!

Fueron los portadores y representantes de la religión terrena, a los cuales la legítima doctrina de Dios, presentada y traída por el Hijo de Dios, no se encuadraba en su propia estructura. El verdadero mensaje de Dios no podía coadunarse con eso, ya que la estructura de los dignatarios eclesiásticos terrenos estaba direccionada en primera línea hacia la influencia terrena, hacia el poder y expansión terrenales. ¡Muy nítidamente demostraban con eso que eran siervos del intelecto humano, que está direccionado únicamente para el saber y el poder terrenales, siendo enemigo y contrario a todo lo que se sitúa más allá de la comprensión terrena! ¡Como Dios permanece enteramente más allá de la comprensión del intelecto terreno, y también el espiritual, entonces, es exactamente el intelecto el único obstáculo verdadero! ¡Es, por eso, en su especie, también adversario de todo lo que es divino y de todo lo que es espiritual! ¡Y, por consiguiente, con él todos los seres humanos que consideran su intelecto como lo más elevado y más sublime, buscando confiar solamente *en él*!

Los representantes de la religión de aquél tiempo temían perder influencia junto al pueblo, debido a las aclaraciones del Hijo de Dios. *Ése* fue, como hoy todos saben, el motivo predominante para las calumnias que buscaron difundir contra Cristo y, por último, también para la ejecución del Hijo de Dios. ¡Lo clavaron en la cruz, como blasfemador de Dios, aquél, que había sido enviado para aclaración por ese mismo Dios, de lo Cual se hacían pasar como siervos!

Tan poco ellos conocían en la realidad *ese* Dios y Su voluntad, al Cual servir, querían hacer creer a los seres humanos, en Cuyo honor, en Cuya defensa terrena, sin embargo,... ¡asesinaron ese Hijo de Dios, el enviado de Dios!

Se mostró como consecuencia funesta de eso, que ellos eran esclavos de su intelecto terreno, lo cual solamente luchaba por la propia influencia. Se entregaron como instrumentos a servicio del anticristo, al cual, dentro de sí, sin alarde, habían erguido en un trono. Pues en eso encontraban satisfacción para debilidades humanas, como la presunción, el orgullo, su vanidad.

Quién espera una prueba más clara no puede ser auxiliado; ¡pues algo más contrario a Cristo, el Hijo de Dios, y sus Palabras, no existe! Y anticristo significa, pues, el luchador contra Cristo, *contra* la redención de los seres humanos por el mensaje de Dios. ¡El intelecto terreno los impulsó a eso! ¡Es justamente éste, como una planta venenosa de *Lucifer*, un instrumento de él, que se convirtió lo más peligroso para la humanidad! ¡Por eso, antaño, el exagerado cultivo del intelecto humano se convirtió en el pecado hereditario para el ser humano! ¡Tras él, sin embargo, se encuentra el propio Lucifer, como anticristo en persona! ¡Es *él*, quien por intermedio de las criaturas humanas pudo erguir la cabeza! ¡Él, el único real enemigo de Dios! Él adquirió para sí el nombre de anticristo, por la lucha hostil contra la

misión del Hijo de Dios. Ningún otro habría tenido la fuerza y el poder para tornarse el anticristo.

Y Lucifer se sirve aquí en la Tierra, en su lucha contra la voluntad de Dios, no solamente *de un ser humano*, sino que de casi toda la humanidad, la cual, con eso, bajo el efecto de la ira divina, él conduce también al descalabro! Quién no pueda comprender *esto*, lo más evidente, que solamente el *propio Lucifer* podía ser el anticristo, aquél que osa oponerse a Dios, jamás podrá comprender algo de todo cuanto se pasa afuera de la materia gruesa, es decir, afuera del puramente terrenal. Uno tal ser humano ya hoy debe considerarse perdido.

¡Y de la misma forma que ha sido antaño, *sigue siendo aún hoy!* Incluso mucho peor. También hoy muchos representantes de las religiones querrán luchar exasperadamente, a fin de mantener en los templos y en las iglesias las reglas del intelecto terreno hasta ahora ejecutadas.

Justamente ese intelecto humano, que restringe todas las intuiciones más nobles, es, entre otras, la más peligrosa de las plantas cultivadas por Lucifer, que él pudo diseminar por la humanidad. ¡Todos los esclavos del intelecto son, sin embargo, en la verdad, *servidores de Lucifer*, cómplices de la monstruosa ruina que debido a eso tiene que caer ahora por sobre la humanidad!

¡Como, sin embargo, ningún ser humano buscaba el anticristo bajo el intelecto, su nefasta expansión era tanto más fácil! Lucifer triunfó; pues de esa forma excluía la humanidad de toda y cualquiera comprensión de todo aquello que se encuentra fuera de la materia gruesa. ¡De la *verdadera vida!* ¡Del lugar donde se inicia el contacto con el espiritual, que conduce a la proximidad de Dios!

¡Con eso, colocó su pie por sobre esta Tierra como señor de la Tierra y de la mayor parte de la humanidad!

Por eso, también no era de admirar que él hubiese podido avanzar hasta los altares, y que representantes terrenos de las religiones, incluso de iglesias cristianas, se tornasen sus víctimas. También ellos esperan el anticristo solamente próximo del Juicio anunciado. La gran revelación en la Biblia quedó así incomprendida hasta ahora, como muchas cosas más.

¡Dice la revelación que ese anticristo erguirá su cabeza antes del Juicio! ¡No, sin embargo, que aún vendrá! Si, por lo tanto, en ella está declarado que él erguirá la cabeza, eso muestra que él ya debe estar aquí, y no, sin embargo, que aún vendrá. ¡*Él tendrá el pico de su dominio* poco antes del Juicio, es lo que se dice con esto!

¡Vosotros, que aún no os tornasteis espiritualmente sordos ni ciegos, escuchad este grito de advertencia! Tened el trabajo, de *vosotros mismos* reflexionar muy en serio; ¡pues eso ahora será exigido de vosotros! ¡Si en eso aún sigues acomodados, entonces, vosotros propios os deis por perdidos!

Apenas cuando alguien saca la tapa protectora del escondrijo de una serpiente venenosa y ésta repentinamente se ve expuesta, entonces naturalmente busca atacar picando la mano sin consideración.

Lo mismo ocurre aquí. Viéndose así descubierto, el anticristo ha de pronto querer reaccionar por medio de sus siervos, gritar al sentirse desenmascarado y buscar por todas las formas posibles mantenerse en el trono, que la humanidad de buen agrado le ofreció. Todo eso, sin embargo, él sólo consigue a través de los que en su íntimo lo adoran. ¡De esa forma, observad a vuestro alrededor con toda la atención, cuando principiar la lucha! ¡Será exactamente por la gritaría que habréis de reconocerlos con más seguridad, cada uno de los que le pertenecen! ¡Pues éstos han de *nuevamente* caminar en el antagonismo como antes, con miedo de una Verdad límpida!

El anticristo intentará, de nuevo, mantener obstinadamente su influencia por sobre la Tierra. Atentad a su falta de objetividad en la defensa y en el ataque; pues nuevamente ha de trabajar solamente calumniando y lanzando sospechas, porque sus adeptos no consiguen hacer diferente. Presentarse delante de la Verdad y contradecirla, no es posible.

¡De esa forma, los siervos de Lucifer querrán, de esta vez, designar el enviado de Dios como el anticristo, como blasfemador de Dios, precisamente como antaño con el Hijo de Dios! Y, sin embargo, cada uno debe reconocer en eso solamente una defensa débil, que carece de cualquier lógica. Cómo se puede designar de anticristo aquél que desenmascara Lucifer, y fuerza el surgimiento de sus maquinaciones. Esto es solamente una nueva forma para el hecho de haber presentado el *Hijo* de Dios como *blasfemador* de Dios, solamente porque sus aclaraciones no se identificaron con las opiniones de los seres humanos. Donde ocurra tal intento, ahí debéis quedar muy atentos; pues, con eso, tales criaturas humanas visan solamente proteger Lucifer, de modo a mantener su dominio por sobre la Tierra. Allá se encuentra un foco de las tinieblas, incluso si los seres humanos externamente suelen vestir ropas terrenas claras, incluso si son siervos de una iglesia.

No olvidéis los acontecimientos en el tiempo terreno del Hijo de Dios, pero ponderad que aún hoy el *mismo* anticristo se esfuerza con número aún mucho mayor de adeptos para conservar su dominio terreno, escapar a la destrucción y seguir a oscurecer la verdadera voluntad de Dios.

¡Por eso, observad bien a todas las señales que son prometidas! ¡Pues ha llegado el momento de la *ultima* opción para cada uno. ¡Salvación o perdición! ¡Pues de esta vez es de la voluntad de Dios que se pierda lo que ose una vez más levantarse contra Él y Su mensajero!

¡Toda y cualquiera negligencia en eso se transformará ahora para vosotros en juicio! — ¡Las señales de Dios no estarán por sobre ninguna iglesia, ningún dignatario eclesiástico terreno portará las credenciales de que él es emisario de Dios! Pero tan solamente aquél, que está indisolublemente unido a las señales y que las trae, por consiguiente, también vivas y luminosas consigo, como antaño el Hijo de Dios, cuando vivió en esta Tierra. ¡Es la Cruz de la Verdad, viva y luminosa en él, y la Paloma pairando por sobre él! Se tornarán visibles a todos los que fueran agraciados de ver lo que es espiritual, a fin de testificar ante todas las criaturas humanas en la Tierra; ¡pues habrá, entre todos los pueblos, aquellos a los cuales de esa vez será dado “ver”, como ultima gracia de Dios! — — —

Esas altas señales de la Verdad sacrosanta jamás se dejarán simular. Eso también el propio Lucifer no consigue, lo cual tiene que huir de ellos, y mucho menos un ser humano. Quién, por lo tanto, aún quiera oponerse a esa credencial de Dios, éste se coloca de ahora en adelante contra Dios, como enemigo de Dios. Comprueba, con eso, no ser, tampoco nunca haber sido siervo de Dios, poco importando lo que buscó aparentar hasta entonces en la Tierra. ¡Él es un siervo de Lucifer, del anticristo, como esclavo del intelecto que, juntamente con él, será sometido ahora al Juicio, por la voluntad de Dios!

¡Protegeos, para que no pertenecéis a esos también!

91. Y se cumplió...!

A grandes alturas se elevaron las olas de la injusticia en el tiempo de los faraones. La inmoralidad y los crímenes celebraban triunfos, y la esclavitud de Israel había alcanzado su punto máximo.

¡Fue cuando Abdruschin puso el pie por sobre esta Tierra! ¡De ese modo fue dado por la Luz el primer paso hacia la salvación de aquellas almas humanas, que anhelaban por ella con nostalgia! La gran aflicción de los judíos los purificó de tal modo, sus calidades de alma llegaron al desarrollo de modo tan intuitivamente sensible en el tormento de la opresión que, entre los seres humanos de la época, fueron los únicos que se tornaron susceptibles a vibraciones provenientes de las alturas luminosas en dirección hacia la profundidad.

Las vibraciones siempre existieron y siguen existiendo, pero no había seres humanos en la Tierra, que se esforzaban en asimilarlas. Solamente lo más doloroso sufrimiento tembló y abrió, después de largo tiempo, las almas de los judíos esclavizados de tal modo que también pudieron intuir, por fin, las vibraciones más finas del cosmos, con lo que poco a poco surgió en ellos el deseo por la proximidad de Dios, que por fin se elevó a la más ardiente suplica.

Este ansioso grito de auxilio dirigido hacia la Luz también no quedó sin un efecto reciproco. En cuanto esos seres humanos conservaban pensamientos e intuiciones dirigidos hacia la Tierra, no era posible, naturalmente, que a través del efecto reciproco refluyese para ellos algo diferente. Pero cuando, por fin, dirigieron su mirada hacia el alto, en dirección a la Luz, en un querer sincero, verdaderamente humilde, entonces también solamente en la reciprocidad el flujo de la Luz pudo chorrar más fuertemente hacia las almas. El grito de aflicción del pueblo sufridor fue con eso oído. ¡Vino el Libertador!

Vino en el cumplimiento de la voluntad divina, de dónde se originó. Por ese motivo permanece también como ley inalterable que en toda parte, en que él pisa, *tiene* que manifestarse enemistad en aquellos lugares donde haya algo *contra* la justa voluntad de Dios, pero también la más legítima paz y felicidad, donde la justicia, en el *verdadero* sentido, constituye una parte de la vida.

A la vez que Abdruschin, tanto antaño como ahora, trae en sí la voluntad viva de Dios, de dónde parten las leyes en la Creación, por *ser* él la voluntad divina tornada ser humano, él puede desencadenar, ya por medio de su existencia, todos los efectos finales de leyes espirituales en la Creación.

En este caso, el desencadenar para cada persona individual como para pueblos enteros siempre se dará *así* como es el fin del camino por ellos mismo elegido, por lo tanto, correspondiendo exactamente a la especie, en la cual ellos ya habían voluntariamente ajustado la dirección. Si ella se inclina hacia las tinieblas, se seguirá, entonces, inevitablemente también el horror, sin embargo, visando la Luz, traerá felicidad y alegría. Y si el camino hacia ese final esté aun tan distante de todos los seres humanos, a punto de que ellos imaginen tener tiempo, mucho tiempo, para una última decisión definitiva... ¡surge entre ellos Abdruschin, como una parte de la voluntad viva de Dios, entonces, será naturalmente, sin cualquier transición, acelerado el fin de todos los caminos, como ley natural, y en eso reside el Juicio Final!

El fin se apura para el desencadenar a través del poder irradiante y magnético de Abdruschin, de forma que el alma humana no puede seguir su camino como hasta ahora, pero sí tiene que recibir inmediatamente como frutos, lo que sembró, y también las acciones de todas las almas entraron en el juicio. Ellas florecen, apenas cuando estén en acuerdo con la voluntad de Dios, o colapsan, si *no* se encuentran en completa armonía con ella. De eso hacen

parte *todos* los emprendimientos, comenzando por la familia y el matrimonio, hasta la actividad profesional, sea en el oficio, en la industria, en el comercio, en las organizaciones económicas o estatales, poco importa, quedan inmediatamente sujetos al rápido desencadenamiento de las leyes espirituales, de acuerdo con la justicia divina. El ser humano nada puede retrasar o postergar en eso, tampoco encubrir u ocultar. ¡Impotente, tiene que soportar lo que el *verdadero* derecho exige, aunque eso no se manifieste conforme sus concepciones terrenas!

La voluntad divina convertida en ser humano es como un contacto vivo, que hace surgir la chispa de ignición de un desencadenamiento, dondequiera que él en su existencia terrena entre en contacto con el ser humano, bien como con el pueblo todo. Su presencia fuerza el ajuste de cuentas, y por toda la parte impele para la decisión, la última que aún es posible a todo lo que existe.

De ese modo él se torna el Juicio, dondequiera que llegue, sin que él mismo necesite juzgar. ¡Debido a su origen, él es como una llave automática para el desenlace de cualquier acontecimiento, la espada, que solo necesita colocarse en el mundo, para que cada uno y también cada cosa en ella se separe! —

¡Una vez que la injusticia de los egipcios, antaño, en el sufrimiento del pueblo judío, clamaba hasta la Luz, Abdruschin, atendiendo a los llantos, precedió al Hijo de Dios, a fin de traer el Juicio a los egipcios, para que el pueblo judío quedase libre, para que, purificado por los martirios, un día cumpliera la convocación, para que acogiese, como el pueblo más maduro en aquella época, el Hijo de Dios, apenas cuando llegase el tiempo para eso! —

Así llegó a la Tierra el enviado para el Juicio de Dios, en la condición de príncipe del más poderoso pueblo vecino de los egipcios. Como príncipe de los árabes llevaba el nombre de Abdruschin. De acuerdo con el sentido corresponde a: Hijo del Espíritu Santo.

Entraba y salía con frecuencia del palacio del faraón y trajo con eso, sólo, el desencadenamiento de las leyes espirituales para todo el Pueblo. ¡Solamente de ese modo ha sido posible que también Moisés, en aquél tiempo, pudiese anunciar todos los castigos que se cumplieron *rápidamente*! Tal cumplimiento vino por intermedio de Abdruschin, que, como una parte de la voluntad viva de Dios, tuvo que traer justicia compensadora para la Tierra, en el desencadenamiento natural de las leyes espirituales, cuyas consecuencias también se manifiestan en la materia gruesa.

Así, el Pueblo egipcio, en su injusticia e inmoralidad, fue duramente golpeado y juzgado por la voluntad de Dios, y de ese modo el Pueblo judío fue liberado para la ascensión, para el cumplimiento de la convocación de preparar en su círculo, con la creciente madurez, un suelo para la recepción del Hijo de Dios en la Tierra.

¡Era el principio de un ciclo, que traía en sí acontecimientos colosales, y que tiene que cerrarse con el regreso de Abdruschin para esta Tierra! Con eso, fue colocada en las manos de la humanidad la posibilidad de ascensión hacia alturas no imaginadas. —

En esa época de antaño, Abdruschin había subyugado, entre otros, también un pueblo altamente desarrollado, de origen hindú. En el medio de ese pueblo había un vidente, al cual, justamente con la presencia de Abdruschin, podían ser transmitidas elevadas revelaciones. La misión del vidente habría sido divulgar esas revelaciones, toda vez que habrían ayudado a los seres humanos a acender espiritualmente más fácil y más rápidamente. Sin embargo, en lugar de eso, él se retrajo integralmente, vivió apartado de sus semejantes, y perfeccionó su saber extraordinario exclusivamente para sí mismo, como también hoy muchos aún lo hacen. También hoy sabios o aquellos que se tornaron sabios se retraen, en la mayoría de los casos, o incluso se aíslan de todas las personas, en la medida del posible, por temor de no ser

comprendidos o incluso de sufrir burlas. Muchas veces también, para solos saborear su saber y deleitarse con él.

Semejante proceder, sin embargo, es *errado*. Quién recibe un saber mayor debe retransmitirlo, a fin de con eso ayudar a otro; pues también él mismo lo ha recibido de regalo. Él no puede adquirirlo por sí propio. En especial el recibimiento de revelaciones compromete. En general, sin embargo, solamente aquellos que ven algo inferior, gritan todo por el mundo, lo que no tiene cualquier valor para otro, y causan así daños a aquellos que se tornaron realmente sabios, una vez que entonces éstos, de antemano, son lanzados en la misma olla y no se les da valor ninguno. También por estos motivos muchos de los sabios quedan callados, los cuales, del contrario, hablarían.

Así, también ese vidente de aquella época faltó en su verdadera misión. Él estaba presente, cuando llevaron al sepulcro el envoltorio terreno de Abdruschin. Pero entonces, le sobrevino una fuerza poderosa, y en sublime inspiración esculpió, en una gran piedra en la cámara sepulcral, todo el acontecer, desde el origen de Abdruschin en el divinal, sus misiones durante la peregrinación a través de los Universos, hasta la reunificación con el divinal y su misión final. La inscripción en la piedra también abarca la época actual con todos los acontecimientos.

La piedra sepulcral de Abdruschin, hoy aún oculta a la vista de seres humanos curiosos, presenta también la misma señal que se encuentra en la piedra sepulcral que cubre los restos mortales pertenecientes al Hijo de Dios en la Tierra. La revelación de ese hecho aún permanecerá reservada a las vistas humanas para una hora de realización terrena. Sin embargo, el tiempo para eso no está distante. —

— — —

Había comenzado a vibrar el inicio del círculo. El acontecimiento se desenvolvía. Como coronación, vino el Hijo de Dios a la Tierra para la pretendida salvación de la humanidad y de toda la Creación.

Sin embargo, los seres humanos no aceptaron esa salvación. Con el principio del bien estar terreno, también aumentó nuevamente la displicencia espiritual, que subyugó toda la delicadeza de la intuición, y como consecuencia inmediata dejó medrar la presunción humana, que, como sofocante mata de espinas, se acostaba cada vez más densamente al rededor del alma humana, la separando de todas las vibraciones que bajaban desde las alturas luminosas.

Así, el mensaje proveniente de la Luz, a través del Hijo de Dios, encontró solamente poca resonancia en las almas humanas nuevamente tan restrictas y limitadas. El gran portador de la Luz fue asesinado por les ser molesto. —

En esa época, también al vidente hindú del tiempo terreno de Abdruschin fue concedida la oportunidad de reparar su faltar de antaño. Por gracia, se encarnó nuevamente en la Tierra como Gaspar, uno de los tres reyes del Oriente, que reconocieron la Estrella y visitaron el niño. Con eso, él tuvo la posibilidad de rescatar el destino, con lo que se había sobrecargado, debido a su silencio en la época de Abdruschin; porque la misión de Abdruschin se encuentra en la más íntima conexión con la misión del Hijo de Dios. Pero también aquí él faltó nuevamente, juntamente con los otros dos reyes. La incumbencia de ellos no era solamente la de viajar para Belem, a fin de ofrecer, *una única vez*, regalos al niño, y, en seguida, desaparecer nuevamente. ¡Ellos han sido elegidos y destinados a, a través del reconocimiento, asistir *siempre* el Hijo de Dios, a fin de le facilitar su trayecto terreno en todas las cosas puramente *terrenales*! Durante *toda* su existencia terrena. Deberían apoyarlo *terrenamente* con su poder y sus riquezas. Para esa finalidad, exclusivamente, habían nacido en aquél medio, ya destinados a eso pré-natal, y entonces agraciados con la clarividencia, a fin de poder cumplir fácilmente lo que habían suplicado antaño.

Sin embargo, faltaron en eso, y entre ellos también el vidente de antaño, por la segunda vez. —

Se había perdido el puro brillo del sublime mensaje del Hijo de Dios, proveniente de la Verdad, ya antaño mal comprendida, cada vez más desfigurada y muchas veces erradamente interpretada por los posteriores líderes religiosos. Las tinieblas se extendían nuevamente por sobre toda la humanidad y por sobre todos los países. —

Sin impedimento, sin embargo, vibraba ese círculo abierto en ritmo creciente y acercó, con eso, también el mundo cada vez más a la hora, en que, en el regreso de la voluntad divina convertida en ser humano, tiene que ocurrir también el inevitable cierre de ese círculo. El fin será ahora atado al principio. ¡En eso, sin embargo, reside rescate y ajuste de cuentas de todos los acontecimientos! ¡Trae la gran transición universal!

¡Transición universal! Urgentemente necesaria, para que el mundo no sea impulsado completamente hacia la ruina por la auto-ilusión errada de los seres humanos. Y Abdruschin vino nuevamente para esta Tierra, a fin de cerrar el círculo, desencadenar todas las leyes espirituales, obstruidas fuertemente por la voluntad errada de los seres humanos, y así cumplir lo que ya hace milenios estaba prometido, advirtiendo y exhortando:

“El Juicio!”

Esperó pacientemente, acompañando con atención la actuación errada de los seres humanos, vivenciando mucho de eso en sí propio, y, a su vez, despertando enemistad allá, donde algo no estaba de acuerdo con la voluntad divina, y llevando paz donde había una sintonización correcta con la voluntad de Dios. Esperó hasta que el llamado de Dios lo alcanzase para comenzar.

Y como las tinieblas, en ese ínterin, ya se habían infiltrado en todo lo que había surgido por la actividad de los seres humanos, entonces, sólo había para él, predominantemente, sufrimientos y lucha sin esperanzas, en cuanto permaneciese atado, sin poder aún desempeñar su poderío. Las irradiaciones dentro de él estaban bien cubiertas, para que no causasen, demasiado temprano, los fuertes desencadenamientos, que hacen parte del Juicio universal. Solamente con la llegada de la hora, que trajo la transición universal, podían, lentamente y poco a poco, caer de él los envoltorios.

¡Hasta ahí, sin embargo, él podía, una vez más, anunciar la Palabra de la Verdad, sin deformaciones, como ya la había traído el Hijo de Dios, a fin de que aquellos que buscan por la Luz con verdadera seriedad tengan la oportunidad de salvarse en el Juicio, pues las almas humanas que buscan la Verdad con verdadera seriedad, que anhelan por ascensión *espiritual* y no solamente por progreso terreno bajo el pretexto de la busca espiritual, éstas también encontrarán en la Palabra de la Verdad su ancla de salvación! Para todas las otras, sin embargo, ella no es ofrecida. Permanecen ciegas y sordas para eso, como una ley de la incondicional reciprocidad; pues no merecieron una salvación. Pues, también en el más Allá, después de la muerte terrena, son ciegas y sordas, aunque tengan que vivir.

A fin de señalar para el inicio de ese círculo de los acontecimientos, que tiene que cerrarse con esa transición universal, él dio a la humanidad la Palabra de Dios de la Verdad nuevamente con su nombre de antaño: ¡Abdruschin! Es destinada a aquellos que, reconociendo en tiempo cierto, aún sobrevivirán al Juicio.

¡Una indicación para facilitar más tarde la visión general! Comprensión de eso llegará a los seres humanos *después* de la purificación, cuando las almas perturbadoras y falsas estén excluidas, para todas las otras, sin embargo, empezará la ascensión en renovado florecer. —

¡Y súbitamente ha llegado la hora del cumplimiento de la promesa para la gran transición universal! Aparentemente de modo repentino, como ha sido antaño en el Egipto. Solamente los participantes sabían de eso, mientras la humanidad dormía calmamente. ¡Algo grandioso

se preparaba con eso, y Abdruschin, después del largo aprendizaje terrena, inició su misión, que lo coloca delante de la humanidad como el Hijo del Hombre, lo cual es prometido, para que la humanidad en él se juzgue! *En él*; pues como ya ha sido aclarado, él *es* Juicio, pero él no juzga. —

¡Aunque fuertemente impedido hasta la transición universal en la Tierra, debido a los densos envoltorios, aún así Abdruschin ya actuaba desencadenando leyes espirituales durante el tiempo de aprendizaje, además, de modo débil, y siempre solamente donde él *personalmente* entraba en contacto, sin embargo, infaliblemente en personas aisladas, bien como en sus obras, también de esa forma de manera natural, sin embargo, castigando o recompensando de modo impersonal todo lo que ahí venía a su encuentro, únicamente a través de su presencia! Esa viva ley natural no se dejó impedir integralmente en sus efectos. Lo que era enfermo y errado no podía, a través de él, cosechar cosas sanas o ciertas, la disimulación, o la auto ilusión hipócrita, en la cual muchas personas muy frecuentemente viven, naturalmente tampoco podía, entonces, esperar ningún provecho, pero sí siempre solamente daños, en el inabable rescate de los efectos recíprocos.

Sin embargo, también era por su parte evidente que los vanidosos seres humanos, en la grave falta de su auto-reconocimiento, no veían ahí los efectos justos de su *propia* vida interior, pero sí solamente querían admitir el acontecimiento exterior, como que partiendo de Abdruschin, y entonces lo hostilizaron, insultaron y lanzaron sospechas por sobre él, lo que tuvo que oprimir frecuentemente la primera mitad de su camino terreno. ¡Entonces, sin embargo, él trajo el Juicio para la Creación!

Como Rey Imanuel en el Universo, como Parsival para los primordialmente criados y en el reino espiritual, y por fin como Hijo del Hombre para la materia gruesa por sobre este planeta Tierra. Uno sólo dividido en tres, actuando simultáneamente como un misterio divino. Un fenómeno, que no puede ser comprendido por espíritus desarrollados, pero de lo cual los primordialmente criados ya participan; pues también ellos consiguen actuar aquí en la Tierra, en cuanto que al mismo tiempo cumplen su servicio en el alto, en el Burgo del Grial.

Con la transición universal cayeron los envoltorios estorbantes de Abdruschin. El efecto adquirió con eso no imaginado poder, lo cual Abdruschin puede y debe enviar ahora, concientemente, para aquellas direcciones que le son señaladas por la voluntad de Dios, a fin de destruir todo lo que es enfermizo, y así liberar a lo que es sano de la presión nociva, que lo oprime y que impidió la libre ascensión hacia el encuentro a la Luz.

Así surgirá finalmente lo tan anhelado Reino de Dios en la Tierra, prometido antaño a los justos como siendo lo de lo Milenio. ¡Será forzado con el poder sobre terreno y sobre humano, dado al Enviado de Dios para el cumplimiento de la promesa!

Y una vez más el vidente hindú, más tarde rey Gaspar del Oriente, recibió la oportunidad de rescatar el doble faltar. Le fue concedido, como ultima posibilidad, cooperar en el ultimo acontecimiento, de esta vez, sin embargo, no terrenamente, pero espiritualmente.

¡Y se cumplió ahora *cada* promesa, de modo incesante e inmutable, como está en la determinación de Dios! Ni siquiera una de ellas quedará en abierto; ¡pues el círculo ya empieza a cerrarse lentamente! Y con la parte Abdruschin – ¡Parsival se ata ahora, en el propio cuerpo terreno, también su parte divina, de modo que en esta materia gruesa surge ahora Immanuel, que ya había sido prometido a toda la humanidad por Isaías, el profeta! Que los seres humanos hayan intentado presentar la promesa referente a Imanuel, el Hijo del Hombre, como siendo una sólo cosa con la promesa referente a Jesús, el Hijo de Dios, demuestra solamente la insuficiencia de la comprensión humana, incluso en relación a los más nítidos e inequívocos escritos de la Biblia. Ya que pudo ser cometido el error, de querer considerar el concepto de las denominaciones Hijo de Dios y Hijo del Hombre como una solo

cosa, por no haberse orientado ahí bien, y por haber sido los devotos demasiado miedosos, para concebir en eso la idea de que se trataba de dos personas, entonces, pues, la nítida indicación a dos nombres completamente diferentes habría que llevar incondicionalmente a la conclusión de que se trataba de dos personas en las profecías. ¡Por eso, felices todos aquellos seres humanos, que en la última hora aún puedan, dentro de sí, llegar al reconocimiento!

¡Amén!

Palabra final

Abdruschin concluyó ahora su Mensaje para la humanidad. En él surgió entonces, después de la conclusión, el Hijo del Hombre enviado por Dios

I M A N U E L

que había sido prometido a la humanidad por el propio Hijo de Dios, Jesús, para el Juicio y la redención, después que viejos profetas ya a él habían se referido. Él trae las señales de su elevada misión: la Cruz vida de la Verdad, irradiando de él, y por sobre él la Paloma divina, como el Hijo de Dios les había traído.

¡Humanidad, despierta del sueño de tu espíritu!

Apéndice

Los Diez Mandamientos de Dios

Primer Mandamiento

¡Yo soy el Señor tu Dios! ¡Tu no deberás tener otros dioses a mi lado!

Quien es capaz de leer correctamente estas palabras, en ellas seguramente verá el juicio de muchos que no observan este más noble de todos los mandamientos.

“¡Tu no deberás tener otros dioses!” Muchos imaginan muy poco bajo estas palabras. ¡Las tornan demasiado fáciles para sí mismos! Imaginan entre los idolatras seguramente en primer lugar solamente aquellas personas que se arrodillan delante una hilera de figuras de madera, dónde cada una representa un determinado dios, piensan tal vez en los adoradores del diablo y semejantes corrompidos, a los cuales, en la mejor de las hipótesis, se refieren con compasión, sin embargo, no piensan en sí mismos. ¡Mirad calmamente para vosotros propios y os examinad, si tal vez también vosotros hacéis parte de esas personas!

Uno posee un hijo, que para él significa de hecho más que todo, por lo cual sería capaz de cualquier sacrificio, y que le hace olvidarse de todo lo demás. Otro coloca los placeres terrenos encima de todo y, aunque tomado de la mejor buena voluntad, no sería capaz de privarse de ellos por motivo algún, si una tal exigencia le fuese presentada, que le permitiese una libre decisión. Un tercer, por su vez, ama el dinero, un cuarto, el poder, un quinto, una mujer, otro, honores terrenales, y todos, en última análisis, en todo eso solamente... ¡a sí mismos!

Eso es idolatría en su más verdadero sentido. ¡Sobre eso advierte el primer mandamiento! ¡La prohíbe! ¡Y ay de aquél que no lo cumpla rigurosamente! Tal transgresión lleva como consecuencia inmediata que tal ser humano siempre tendrá que quedarse atado a la Tierra, cuando pasar para el reino de materia fina. ¡De hecho, es él mismo que se ha atado a la Tierra, por su inclinación por algo en ella existente! Está así impedido de seguir la ascensión, pierde el tiempo a él concedido para ese fin y corre el peligro de no salir a tiempo del reino de la materia fina, en una resurrección de éste para el reino luminoso de los espíritus libres. Es arrastrado entonces hacia la inevitable descomposición de toda la materialidad, que sirve de purificación para el resurgimiento *de ésta* y de su nueva formación. ¡Eso, sin embargo, es para el alma humana la muerte fino-material y espiritual de toda la conciencia personal y, con eso, también la aniquilación de su forma y de su nombre por toda la eternidad!

¡Sobre ese terrible acontecimiento debe proteger la observancia del mandamiento! ¡Es el más noble de los mandamientos, porque es el más imprescindible para el ser humano! ¡Lamentablemente, el ser humano tiende, con demasiada facilidad, entregarse a algún pendiente, que por fin lo hace esclavo! ¡Aquel, sin embargo, lo que él permite que se convierta en un pendiente, lo transforma así en un novillo de oro, que coloca en el lugar más alto y, con eso, también como falsa divinidad o ídolo al lado de su Dios y, muchas veces, hasta *encima* de Él!

¡Tales “pendientes”, lamentablemente, existen en demasiado, los cuales el ser humano ha criado para sí, y de los cuales se apropia con mucho agrado y en la más absoluta despreocupación! El pendiente es la predilección por algo terreno, conforme ya he mencionado. De esos, existen naturalmente mucho más aún. Quién, sin embargo, adquiere un pendiente, éste “se inclina”, como ya indica acertadamente la palabra. ¡Se inclina así hacia lo que es grueso-material cuando llega al más Allá para continuar en su desarrollo, y no logra

liberarse fácilmente, quedando, por lo tanto, impedido, detenido! Se puede nombrar eso también de maldición, que pesa sobre él. El acontecimiento es el mismo, poco importando como habrá de ser expreso.

¡Si, sin embargo, en su existencia terrena, colocar Dios encima de todo, no solamente en su imaginación o por medio de palabras, sino en el intuir, por lo tanto, de modo verdadero y legitimo, con respetuoso amor, que lo ata como a un pendiente, entonces él, a través de la ligazón, seguirá a imprimir esfuerzo, en el mismo efecto, inmediatamente hacia arriba, cuando llegar al más Allá; pues lleva consigo la veneración y el amor a Dios, que lo sostiene y lo conduce por fin hasta Su cercanía, hacia el Paraíso, hacia la Creación primordial, hacia la morada de los espíritus puros, liberados de todos los fardos, y cuya ligazón conduce solamente a la Verdad luminosa de Dios!

Estad atentos, pues, rigurosamente a la observancia de este mandamiento. ¡Así estaréis preservados de *muchos* golpes del destino de especie desfavorable, para cuyo rescate podría no haber más tiempo suficiente!

Segundo mandamiento

¡Tu no deberás profanar el nombre del Señor tu Dios!

¡El nombre despierta y concentra en el ser humano el concepto! ¡Quién deshonra un nombre y se atreve a desvalorizarlo, desvaloriza con eso el concepto! ¡Recordaos de eso siempre!

Este claro mandamiento del Señor es, sin embargo, el menos respetado entre todos los diez mandamientos, por lo tanto, lo más transgredido. Son innumerables las formas de tales faltas de respeto. ¡Aún cuando el ser humano imagina que muchas de las transgresiones sean enteramente inocuas, solamente formas de hablar, sin importancia, no dejan, a pesar de eso, de constituir una transgresión de este mandamiento, dado con tanta severidad! ¡Son justamente esas miles de inobservancias, supuestamente inocuas, que rebajan el nombre sagrado de Dios y, con él, el concepto de Dios, que está siempre íntimamente atado al nombre, lo privando de su santidad ante las personas y hasta mismo ante los niños, maculan su intangibilidad por el uso diario, por el rebajamiento en una forma común de hablarse! Los seres humanos no tienen miedo de caer en el ridículo con eso. ¡No pretendo mencionar ninguna de las numerosas frases; pues para eso el nombre es demasiado elevado y sagrado! Pero a cualquier persona bastará poner atención durante *un* día solamente, y seguramente habrá que quedarse asombrada ante el enorme número de veces en que el segundo mandamiento es transgredido por personas de ambos los sexos, por grandes y pequeños, hasta mismo por los niños, que siquiera son capaces de componer una frase exacta. ¡Pues como los viejos cantan, igual cantan los jóvenes! ¡Por esa razón, son justamente los rebajamientos de Dios, muchas veces, una de las primeras cosas que la juventud aprende en esas transgresiones, solamente en la apariencia tan inocuas, de las leyes de Dios!

¡Su efecto, sin embargo, es el peor de todas las transgresiones! ¡Se encuentra generalizado de modo muy devastador entre toda la humanidad, no solamente entre cristianos, sino también entre mahometanos, judíos y budistas, por toda la parte se escucha lo mismo, hasta el hastío! ¡Lo qué entonces puede todavía valer para el ser humano el nombre “Dios”! ¡Está desvalorizado, no se le da a él ni siquiera la importancia de la menor de todas las monedas! Mucho peor que una pieza de ropa usada. ¡Y ese ser humano de la Tierra, que en general quiere ser tan inteligente, considera que eso es inocuo, peca en tal sentido más de cien veces en un día! ¡Dónde está la reflexión! ¡Dónde, la menor manifestación de la intuición! ¡Vosotros también os halláis totalmente embotados y oís calmamente, cuando el más sagrado de todos los conceptos es de ese modo arrastrado a la mugre de la rutina diaria! ¡No os engaños, pues! ¡La cuenta de deudas en el más Allá queda de ese modo impiedosamente sobrecargada para cada uno que ha pecado en eso! Y no es tan fácil expiar justamente eso, porque resulta en tan amplias y malas consecuencias, que habrán de vengarse hasta la tercera y cuarta generación, si en una de esas generaciones no surja una persona que llegue al reconocimiento claro a tal respeto, poniendo un fin a ese malo proceder.

Buscad, por lo tanto, combatir esa costumbre nociva en vuestros círculos más próximos. Antes de todo, cortad primeramente los hilos de vuestro propio karma, con la máxima energía que todavía resta en vosotros, para que la cuenta de culpas no aumente todavía más de lo que con eso ya está. ¡No creáis en una remisión fácil, solamente porque hasta el momento nada de mal pensaste a este respeto! ¡El daño es, por eso, exactamente lo mismo! ¡Y el pecado contra el mandamiento sigue existiendo incondicionalmente! Vosotros lo conocisteis, pues, perfectamente. ¡Si no vos ha esforzado por vos tornar concientes del alcance de él, entonces la culpa es *vuestra*! ¡Por eso también nada vos podrá ser descontado! Oíd y proceded, para que seáis capaces de redimir muchas cosas todavía en la Tierra.

En caso contrario, es aterradorante el lodazal que os espera, cuando lleguéis al más Allá, y que se coloca como un obstáculo en el camino hacia la ascensión.

No solamente el individuo aislado, sino también las autoridades, durante muchos siglos, han mostrado abiertamente su oposición a este mandamiento y también a la Palabra de Dios, al obligar personas a prestar juramento, las forzando violentamente a la transgresión bajo amenazas de pesados castigos terrenos, si no correspondiesen a la exigencia. El castigo del más Allá, sin embargo, es mucho más grave y recae sobre todos aquellos que exigieran el juramento, y no sobre aquellos que se viran amenazados a hacerlo. También Cristo dijo expresamente: “¡Que vuestra habla sea sí o no; pues lo que pasa de eso es del mal!”

¡Y las autoridades, todavía, tenían el poder para dar importancia decisiva al sí o al no, lo castigando en caso de fraude ante la corte de la misma forma como si fuera el perjurio! De ese modo podían conseguir elevar el valor de las palabras ante la corte, hasta lo grado que necesitaban para un juicio. ¡No había necesidad de, por ese motivo, forzar seres humanos a transgredir el mandamiento de Dios! Ahora tendrán su juicio en el más Allá. Más duro, más severo, de lo que jamás habían supuesto al escarnecer de la reciprocidad. ¡De él no hay ninguna escapatoria!

Peor todavía ha sido el procedimiento de las iglesias y de sus representantes, que sometieron sus semejantes a las más terribles torturas, bajo la invocación de Dios, y, por fin, los quemaron, nuevamente bajo la invocación de Dios, si ya no tuviesen sucumbido antes en virtud de los suplicios. ¡El mal afamado imperador romano Nero, muy conocido por todos debido a su crueldad, no ha sido tan perverso ni tan condenable al torturar los cristianos, cuanto la iglesia católica, con su registro inmenso de pecados ante las leyes de Dios! ¡En primer lugar, él no ha martirizado ni asesinado tantas personas y, en segundo lugar, no lo hacia bajo tan hipócritas invocaciones de Dios, las cuales en esta especie tienen que ser incluidas entre las peores blasfemias contra Dios, que son posibles de ser practicadas por un ser humano!

¡De nada adelanta cuando esas mismas iglesias condenan hoy lo que antaño, lamentablemente por demasiado tiempo, ha sido cometido por ellas de modo criminoso; pues no abandonaron esas practicas voluntariamente!

¡Y todavía hoy no se procede muy diferente en hostilidad mutua, solamente más silenciosa y bajo forma diferente y más moderna! ¡También aquí, con el tiempo, solamente se ha modificado la *forma*, no el núcleo vivo! ¡Y solamente ese núcleo, que ocultan con tan buen agrado, vale ante el Juicio de Dios, jamás la forma exterior!

Y esa forma actual, apenas aparentemente inocua, nació del mismo indecible orgullo del espíritu de los representantes de *todas* las iglesias, como hasta ahora. Y dónde no hay el orgullo condenable, se encuentra entonces una presunción vacía, que se afirma sobre el poder terreno de las iglesias. Esas malas costumbres dan frecuentemente origen a las mas inoportunas enemistades, que además son entrelazadas con los cálculos terrenales, visando la amplitud de influencia, cuando no llega hasta mismo al anhelo por una importancia política en larga escala.

Y todo eso con el nombre de “*Dios*” en los labios, de forma que una vez más me gustaría exclamar igual que el Hijo de Dios: “¡Transformasteis con vuestras acciones las casas de mi Padre, como debiendo ser para *vuestros* honores, en antros de asesinos! ¡Os nombráis servos de la Palabra de Dios, sin embargo, vos tornasteis servos de vuestra soberbia!”

¡Cada católico se juzga ante Dios mucho mejor de que un protestante, sin que haya motivo para eso, mientras que cada protestante se juzga más sabido, más adelantado y *por eso* más próximo de Dios de lo que el católico! Y esos son todos aquellos que se dicen adeptos de Cristo, moldeándose según sus palabras.

¡Ambas las partes son tontas, por apoyarse en cosas que no valen nada ante la voluntad de Dios! Justamente todos esos pecan mucho más contra el segundo mandamiento de Dios, de lo

que los adeptos de otras religiones; pues no solamente abusan del nombre de Dios por las palabras, sino también por las obras con toda su manera de vivir y hasta mismo en su así denominado culto a Dios. Dan a cada persona, que piensa y observa bien, solamente un repugnante ejemplo de formas vacías y de pensamiento hueco. ¡Justamente en la presunción ilimitada de querer hacer creer a sí propios y a los que les cercan que ya poseen un lugar en el cielo, a la frente de los adeptos de otras creencias, degradan más profundamente un concepto de Dios! ¡La forma externa de los rituales de la iglesia, un bautismo y tantas otras cosas, no proporciona eso! ¡El ser humano interior, sólo, tendrá que comparecer ante el Juicio! Memorizad esto, oh orgullosos, a quienes ya fue anunciado que en el día del Juicio desfilarán enfatuadamente convencidos de sí, con banderas y vestes pomposas, a fin de recibir alegremente su recompensa. No alcanzarán, sin embargo, jamás el reino del espíritu a los pies del trono de Dios, porque recibirán la recompensa que merecen, antes de llegar allá. ¡Un soplo gélido los llevará, cual joyo sin ningún valor; pues les hacen falta la humildad pura *dentro de sí* y el verdadero amor al próximo!

¡Son, a causa de sus modos, los que más abusan del nombre de “Dios”, los mayores transgresores del segundo mandamiento!

¡Todos ellos servían a Lucifer, no a Dios! ¡Y burlan con eso de todos los mandamientos de Dios! ¡Desde el primero hasta el último! ¡Principalmente, sin embargo, de este segundo mandamiento, cuya transgresión constituye aquí la más negra mancha del concepto de Dios, en el nombre!

¡Acutelaos de seguir a pasar livianamente por este mandamiento! ¡Observad de ahora en adelante atentamente a vosotros propios y a vuestro ambiente! ¡Considerad que, si cumpláis fielmente nueve mandamientos y no ponéis atención a uno de ellos, estaréis, *pese a eso*, por fin perdidos! ¡Si un mandamiento es dado por Dios, tal hecho ya prueba que no puede ser considerado livianamente, que tiene que ser cumplido con inexorable necesidad! Al contrario, jamás a vosotros os habría sido dado.

No os atrevéis a orar, si no podéis vibrar al mismo tiempo con todo el alma en las palabras, y acutelados, para no os presentar ante vuestro Dios como parlanchines irreflexivos; pues en ese caso seríeis ante Él culpados de abusar del nombre de Dios. ¡Antes de pedirle alguna cosa, reflejad cuidadosamente si eso es impreterivelmente necesario! No os enredéis en oraciones formuladas, cuya recitación monótona en horas determinadas se ha tornado una mala costumbre en *todos* lo rituales religiosos. ¡Eso no es apenas abuso, sino blasfemia del nombre de Dios! En la alegría o en la aflicción, un intuir ardiente sin palabras queda siempre mucho más valioso de lo que mil oraciones verbales, aunque ese intuir tarde apenas una partícula de segundo. ¡Pues tal intuir es entonces siempre legítimo, y ninguna hipocresía! Por ese motivo también jamás es abuso del concepto de Dios. ¡Es un momento *sagrado*, cuando el espíritu humano quiere postrarse suplicando o dando gracias ante los escalones del trono de Dios! ¡Eso nunca debe tornarse charladuría habitual! ¡Ni mismo por servidores de una iglesia!

¡El ser humano, que es capaz de usar el nombre de Dios, en todas las oportunidades posibles e imposibles durante el día, jamás tuvo la mínima noción del concepto de Dios! ¡Es un animal, pero no un ser humano! ¡Pues, como espíritu humano, *tiene* que poseer la facultad de intuir dentro de sí el presentimiento de Dios, aunque sea apenas una vez en su existencia terrena! ¡Sin embargo, esa única vez sería lo suficiente para quitarle, incondicionalmente, el deseo de transgredir livianamente el segundo mandamiento! ¡Llevará, entonces, eternamente dentro de sí la necesidad de pronunciar el nombre de “Dios” solamente en rodillas, en la mayor pureza de todo su íntimo!

¡Quién no posee eso está muy lejos siquiera de merecer la Palabra de Dios y mucho menos aún de ingresar en el Reino de Dios! ¡De disfrutar Su proximidad bien-aventurada!

¡Por ese motivo, es también vedado hacer una *imagen* de Dios-Padre, según el sentido humano! ¡Cualquier intento en ese sentido habrá que llevar solamente hacia una disminución lamentable, porque ni el espíritu humano ni la mano humana están capacitados para distinguir, a través de videncia, siquiera la menor parte de la realidad y para fijarla en una imagen terrena! La mayor obra de arte en ese sentido significaría apenas un profundo rebajamiento. Tan solamente un ojo, en su brillo indecible, indica todo. – ¡Así, sublime es la grandeza a vosotros incomprendible, que concentráis en la palabra “Dios”, y que vosotros en insensata osadía os atrevéis muchas veces a usar como la más corriente de las palabrerías vacías e inconsideradas! ¡Habréis que prestar cuentas por esa vuestra conducta!

Tercero mandamiento

¡Tu deberás santificar el día de descanso!

Quién hace cargo de intuir un mandamiento. Al contemplar los niños y los adultos, cómo suelen tratar de manera fútil a los mandamientos de su Dios, podría y debería sobrevenir un horror a cada persona que reflexione seriamente. Los mandamientos son aprendidos en la escuela y discutidos de modo superficial. El ser humano se da por feliz, cuando logra asimilar su contenido y es capaz de razonablemente dar explicaciones al respecto, mientras haya para él el peligro de ser preguntado sobre eso. Al salir, sin embargo, de la escuela para la vida económica, entonces también ese contenido es de pronto olvidado y, de esa forma, también su sentido. Es la mejor prueba de que en la realidad ni se interesaba por aquello que su Señor y Dios exige de él. ¡Él, sin embargo, con eso no *exige* nada, sino *da* con amor a todos los seres humanos lo que con urgencia necesitan! Pues ha sido observado por la Luz como los seres humanos se han degenerado. Por eso, Dios, cual cuidadoso educador, les ha indicado el camino que los conduce hacia la existencia eterna en el reino luminoso del espíritu, por lo tanto, hacia su felicidad. ¡Mientras la inobservancia tendrá que conducir hacia la desgracia y aniquilamiento de las criaturas humanas! Por eso mismo, en el fondo, no es cierto cuando se habla en *mandamientos*. Se trata, antes, de consejos muy bien intencionados, de la indicación del camino cierto a través de la materialidad, cuyo conocimiento constituyó anhelo de los propios espíritus humanos. Pero hasta mismo ese pensamiento tan bonito no produce efecto en el ser humano. Se ha aferrado literal y demasiado a sus propias ideas y nada más desea ver u oír, además de aquello que condice con los conceptos que para si mismo ha criado en su limitado saber terreno. No siente como la materialidad lo conduce cada vez más hasta el límite donde él estará por la última vez ante el sí o el no, como siendo *aquella* decisión que entonces permanecerá determinante para toda su existencia, y según la cual tendrá que trillar hasta el fin de su camino así elegido, sin posibilidades de volver hacia tras. Aunque todavía en el último momento le surja el reconocimiento. Vendrá demasiado tarde y sólo contribuirá para aumentarle los tormentos.

¡Para ayudar aquí, a fin de que, a pesar de los errores, pudiese sobrevenirle el reconocimiento aún a *tiempo*, Dios dio a los seres humanos el *tercero* mandamiento, el consejo de santificar el día de descanso! En el cumplimiento de este mandamiento, en el decorrer del tiempo, tendría despertado en cada ser humano el anhelo de esforzarse hacia la Luz y con ese anhelo se le habría mostrado, por fin, también el camino que lo conduciría hacia arriba, hacia la realización de sus deseos, que, convirtiéndose cada vez más poderosos, se condensarían en oración. ¡Entonces sería *otra* la posición del ser humano hoy, en la transición universal! Estaría espiritualizado, *maduro* para *el* reino que ahora tendrá que venir.

Oíd, pues, y actuad para que el cumplimiento del mandamiento allane el vuestro camino. ¡Tu deberás santificar el día de descanso! ¡*Tu!* ¡Está muy evidente en las palabras, que *tu* deberás consagrar el día de descanso, tu deberás *santificarlo para ti!* Día de descanso es hora de descanso, por lo tanto, cuando reposas del trabajo, que tu camino en la Tierra te impone. Sin embargo, no consagras la hora de descanso, el día de reposo, si sólo quieres cuidar de tu cuerpo. Tampoco no lo haces si solamente buscas divertimento con juegos, bebidas o en la danza. La hora de descanso deberá conducirte para que con calma te profundes en tu pensar y intuir, que reflexiones sobre tu existencia terrena de hasta entonces, principalmente, sin embargo, siempre sobre los días de trabajo de la *última* semana, y que de ahí saques lecciones provechosas para tu futuro. Siempre es posible hacer un recogido de seis días, lo que pasa de eso es fácilmente olvidado. No tardará, y tu intuir se elevará lentamente y tu te tornarás buscador de la Verdad. Una vez convertido en buscador verdadero, te será también mostrado un camino. Y de la misma manera como aquí en la Tierra recorres un camino nuevo, a ti hasta entonces desconocido, solamente examinando, investigando, así deberás trillar también los

nuevos caminos espirituales que ahora se abren para ti, con cuidado, paso a paso, a fin de conservar siempre suelo firme bajo tus pies. No deberás saltar, pues así aumentará el peligro de tumbar. Con tal pensar e intuir en las horas de descanso de tu existencia terrena, jamás perderás algo, al contrario, solamente lucrarás.

Nadie santifica una hora de descanso con visitas a iglesias, si al mismo tiempo no se dispone a reflexionar en su tiempo de reposo sobre aquello que allá ha oído, a fin de asimilarlo correctamente y vivir de acuerdo. El sacerdote no podrá santificar tu día, si tu mismo no lo hicieres. Pondera siempre si el sentido verdadero de las palabras de Dios está integralmente en concordancia con tu modo de actuar. *De esa* manera el día de descanso será entonces por ti santificado; pues alcanzó, a través de serena introspección, *aquello* contenido, para cuya finalidad fue instituido. Cada día de descanso se tornará así un marco en tu camino que, actuando retroactivamente, brindará también a tus días de actividad grueso-material *aquel* valor, que esos deben tener para la madurez de tu alma. Entonces no habrán sido vividos en vano, y avanzarás constantemente. Santificar quiere decir no desperdiciar. Si descuidas de eso, desperdiciarás tu tiempo, lo cual te ha sido concedido para la madurez y, después de la transición universal, que ahora empieza a os envolver lentamente con sus rayos, solamente poco tiempo aún será dado para recuperar lo que ha sido descuidado, en la condición que empleéis ahí toda la energía que vos ha restado. ¡Santificad, por eso, el día de descanso! ¡Sea en vuestra casa o, mejor aún, en contacto con la naturaleza, que vos ayuda a despertar en el pensar y en el intuir! Cumplid así el mandamiento del Señor. ¡Es para *vuestro provecho!*

Cuarto mandamiento

¡Tu deberás honrar padre y madre!

Este mandamiento Dios ha ordenado dar antaño a la humanidad a través de Moisés. Ha despierto, sin embargo, indecibles luchas de alma. Cuántos niños y cuántos adultos no lucharon penosamente para no pecar de la manera más severa justamente contra este mandamiento. ¡Cómo puede un niño honrar el padre, que se degrada en el vicio de la bebida, o una madre, que convierte todas las horas amargas al padre y a todos en el hogar, a causa de sus caprichos, por su temperamento desenfrenado, por falta de autocontrol y por tantos otros modos, e imposibilita totalmente el surgir de una atmosfera serena! ¿Puede un niño honrar los padres cuando oye que se insultan mutuamente de forma grave, cuando engañan un al otro o cuando llegan hasta mismo a atacarse? Muchos acontecimientos matrimoniales han tornado este mandamiento frecuentemente una tortura para los hijos, resultando en la imposibilidad de su cumplimiento. Pues sería solamente hipocresía, si un hijo quisiese afirmar honrar todavía una madre, que se porta mucho más amorosa con extraños que con su propio marido, el padre de este hijo. Cuando percibe en ella la tendencia para la superficialidad, cuando ve como ella, en la más ridícula vanidad, se rebaja a esclava sumisa a cualquier tontería de la moda, que tantas veces no más combina con el concepto de la serena y elevada maternidad, que roba toda la belleza y sublimidad de la dignidad materna... ¿cómo puede un hijo, en esas condiciones, sentir aún de libre voluntad veneración por la madre? Lo cuánto ya encierra esa palabra: ¡“madre”! Cuánto, sin embargo, también exige. Un niño que todavía no está envenenado *tiene* que sentir en sí de modo inconciente que una persona de espíritu serio y madurado jamás podría decidirse a exponer su cuerpo grueso-material, solamente para atender a los dictamen de la moda. ¡Cómo puede, entonces, la madre seguir venerable para el niño! La veneración natural disminuye impulsivamente, convirtiéndose en la forma vacía de un deber habitual o, conforme la educación, en la simple cortesía social, es decir, en la hipocresía, a la cual hace falta cualquier elevación de alma. ¡Justamente *aquella* elevación, que encierra en sí calorosa vida! Que es indispensable al niño y que lo acompaña en su crecimiento y en su ingreso en la vida, como un escudo protector, lo resguardando de tentaciones de toda especie y que interiormente permanece como un fuerte local de refugio, siempre que encontrarse en alguna duda. ¡Hasta en la edad avanzada! ¡La palabra “madre” o “padre” debería, en todos los tiempos, despertar una intuición ardiente y fervorosa, de la cual el imagen apareciese *condignamente* ante el alma, en plena pureza, amonestando o aprobando, como estrella guía durante toda la existencia terrena!

¡Y qué tesoro entonces no es quitado a cada niño, cuando *no* puede honrar con todo el alma a su padre o a su madre!

La causa de todas esas torturas de alma, todavía, se encuentra de nuevo solamente en la falsa concepción de los seres humanos en relación al mandamiento. Falsa era la concepción de hasta entonces, que limitó el sentido y lo dejó tornarse unilateral, mientras que todo lo que es enviado por Dios no puede ser unilateral. Más errado todavía ha sido deformar este mandamiento, al querer mejorarlo de acuerdo con el criterio humano, lo formulando de modo más definido por la añadidura: “¡Tu deberás honrar *tu* padre y *tu* madre!” Con eso se ha tornado personal. Eso habría que conducir a errores; pues el mandamiento en su talle correcta dice solamente: “¡Tu deberás honrar padre y madre!”

No se refiere, pues, a determinadas personas aisladamente, cuya *índole* no puede ser *previamente* determinada tampoco prevista. Semejante absurdo jamás ocurre en las leyes divinas. ¡Dios no exige en absoluto que se honre algo que no merezca incondicionalmente ser honrado!

Este mandamiento, al contrario, alcanza, en vez de personalidad, un *concepto* de la paternidad y maternidad. ¡Por lo tanto, no se dirige en primer lugar a los niños, sino a los propio *padres*, exige *de éstos* que conserven honradas la paternidad y la maternidad! El mandamiento impone deberes incondicionales a los padres, para siempre estar totalmente concientes de su elevada misión, y con eso también que mantengan ante los ojos la responsabilidad que en ella se halla.

En el más Allá y en la Luz no se vive con palabras, pero dentro de conceptos.

Por ese motivo resulta que en la reproducción de la palabra ocurre fácilmente una restricción de esos conceptos, como se pone patente en este caso. Pero ay de aquellos, que no observaron este mandamiento, que no se han esforzado por reconocerlo correctamente. No sirve de excusa que él, hasta ahora, haya sido tantas veces equivocadamente interpretado e intuido. Las consecuencias de una inobservancia del mandamiento ya se hicieron valer por ocasión de la generación y del ingreso del alma. Sería totalmente distinto en esta Tierra, si los seres humanos tuviesen entendido y cumplido este incisivo mandamiento. ¡Almas completamente distintas podrían entonces llegar a la encarnación, a las cuales no sería posible permitir una degradación de la decencia y de la moralidad en grado semejante al que ocurre hoy! Ved solamente los asesinatos, ved las danzas desregladas, ved las orgías, en las cuales, hoy, todo se quiere intensificar. Es como que la coronación del triunfo de las corrientes sofocantes de las tinieblas. Y ved la indiferencia incomprensible, con que se acepta la degradación como algo cierto o ya siempre existente e incluso se la fomenta.

Dónde está el ser humano, que se empeña por reconocer correctamente la voluntad de Dios, que busca, elevándose, comprender la extensa grandiosidad, en vez de comprimir obstinadamente esa voluntad inmensa siempre y siempre de nuevo en la miserable restricción del cerebro terreno, que él ha transformado en templo del intelecto. Con eso, él mismo fuerza su mirada hacia el suelo, como un esclavo engrillado en hierros, en vez de, con brillo de alegría, ampliándola, elevarla hacia las alturas, para encontrar el rayo del reconocimiento.

¡No veis, pues, como os comportáis con mezquindad en *cada* interpretación que hacéis de todo lo que a vosotros llega de la Luz! ¡Que sean los mandamientos, las profecías, el mensaje de Cristo, o aún toda la Creación! ¡Nada queréis ver tampoco reconocer! ¡Tampoco buscáis, pues, comprender algo *realmente*! No aceptáis las cosas como de hecho son, pero buscáis obstinadamente transformar todo, siempre de nuevo, en las bajas concepciones a las cuales hace milenios os rendisteis. Liberaos, pues, por fin, de esas tradiciones. La fuerza para eso se halla a vuestra disposición. A cada momento. Y sin necesidad de hacer sacrificios. ¡Pero tendréis que liberaros de ellas *en un solo* acto de voluntad, *en un solo golpe*! Sin retener algo de eso, con deseo velado. Luego cuando os empeñéis en buscar una *transición*, jamás os liberaréis de todo lo que os prende hasta ahora, al contrario, ésto os tirará siempre de nuevo y con tenacidad hacia atrás. Solamente os será fácil, si separares de *un solo* golpe todo lo viejo, enfrentando así lo nuevo, sin ningún lastre antiguo. Solamente entonces es que la puerta se abrirá para vosotros, en caso contrario, permanecerá firmemente cerrada. Y para esto es necesaria solamente una voluntad sincera. Es el acto de un momento. Exactamente como el despertar del sueño. Si no os levantáis inmediatamente de vuestra cama, quedaréis nuevamente cansados, y la alegría por las tareas del nuevo día se debilita, cuando no desaparece por completo.

¡Tu deberás honrar padre y madre! Torna éste un mandamiento sagrado para vosotros. ¡Honrad la paternidad y la maternidad! Quién todavía hoy sabe, pues, cuán gran dignidad reside en eso. ¡Y qué poder, capaz de ennoblecer la humanidad! ¡Los seres humanos, que se unen aquí en la Tierra, deberían estar una vez concientes de eso, entonces también cada matrimonio se convertiría en un verdadero matrimonio, anclado en el espiritual! ¡Y todos los padres y madres serían *dignos de ser honrados*, según las leyes divinas!

Para los niños, sin embargo, este mandamiento se torna sagrado y vivo a través de sus padres. Estos niños siquiera podrán proceder de otra forma, sino honrar el padre y la madre con todo el alma, no importando su propia índole. Serán forzados a eso, debido a la índole de los padres. Y ay entonces de *aquellos* hijos que no cumplan el mandamiento plenamente. Pesado karma recaería sobre ellos; pues el motivo para eso es entonces ampliamente dado. ¡El cumplimiento, sin embargo, pronto se transformará, por la reciprocidad, en naturalidad, en alegría, en necesidad! ¡Por ese motivo, id vosotros y respetad los mandamientos de Dios con más seriedad de lo que hasta ahora! ¡Es decir, los observad y los cumplid! ¡Para que os tornéis felices! —

Quinto mandamiento

¡Tu no deberás matar!

¡Golpea en tu pecho, oh ser humano, y vanagloriarte en voz alta que no eres ningún asesino! Pues matar es asesinar, y según tu convicción, jamás has transgredido este mandamiento del Señor. Puedes presentarte a Él con orgullo y, sin recelo tampoco miedo, aguardar lleno de esperanzas la apertura justamente de esa página del libro de tu vida.

¿Sin embargo, ya meditaste una vez que para ti también hay un *reprimir*, y que *reprimir* equivale a matar?

No hay ninguna diferencia en él. Solamente la haces en tu modo de expresar, en tu lenguaje; porque el mandamiento no dice de manera unilateral: ¡tu no deberás matar ninguna vida terrena de materia grosera! Pero sí de modo completo, amplio, sucinto: ¡Tu no deberás matar!

Un padre, por ejemplo, tenía un hijo. Ese padre alimentaba la pequeña vanidad terrena de que el hijo habría que estudiar, costase lo que costase. En ese hijo, sin embargo, reposaban dones que lo impelían a hacer otras cosas, en las cuales el estudio no le era de ninguna utilidad. Nada más natural, por lo tanto, que ese hijo no sintiese la menor voluntad por los estudios obligatorios, tampoco pudiese reunir con alegría las energías necesarias para eso. El hijo obedecía. Se empeñaba, con prejuicio de la salud, para cumplir la voluntad de su padre. Pero como ésta era contraria a la naturaleza del hijo, contraria a los dotes inherentes a él, era totalmente natural que el cuerpo también se resientiese con eso. No quiero acompañar más lejos ese caso aquí, que tan a menudo se repite en la vida terrena, a punto de llegar a centenares de miles o más aún. ¡Sin embargo, es irrefutable que en ese caso el padre, por su vanidad u obstinación, buscaba matar algo en el hijo, que a éste hubiera sido dado para desenvolvimiento en la Tierra! En muchos casos incluso logra realmente extinguirlo, porque el desenvolvimiento más tarde se torna casi imposible, por haber sido quebrada, en la mejor época, la sana energía principal para eso, malbaratada con liviandad en cosas extrañas a la naturaleza del hijo.

Con eso, el padre violó gravemente el mandamiento: ¡Tu no deberás matar! ¡Sin tener en cuenta que con su proceder ha privado los seres humanos de algo, que talvez pudiese resultar a les ser de mucha utilidad a través del hijo! Sin embargo, debe considerarse que ese hijo es o puede ser espiritualmente mucho semejante a él o a la madre, pero a pesar de eso, ante el Criador permanece una personalidad individual, a la cual *tiene el deber* de desenvolver los dotes que ha traído a la Tierra, para su propio provecho. ¡Talvez hasta le pudiera haber sido concedido con eso, por la gracia de Dios, rescatar un karma pesado, debiendo inventar algo que, en determinado sentido, trae gran provecho para la humanidad! La culpa de ese impedimento pesa de modo especial sobre el padre o la madre, que pusieron sus mezquinas consideraciones terrenas encima de los grandes hilos del destino y, de esa manera, abusaron del poder de la paternidad.

No es distinto cuando los padres, por la ocasión del matrimonio de los hijos, son capaces de dejar prevalecer los mezquinos cálculos terrenos de su intelecto. Cuántas veces es aniquilada así, sin consideración, una de las más nobles intuiciones de su hijo, con lo que es dado a éste, sí, la despreocupación terrena, sin embargo, en eso también la infelicidad de alma, que se torna más incisiva para la vida del hijo de lo que todo el dinero y bienes terrenos.

Es natural que los padres no deban condescender a cualquier sueño o deseo de un hijo. Eso no sería el cumplimiento de sus deberes de padres. ¡Es exigido, sin embargo, el más severo examen, lo cual jamás debe ser terrenalmente unilateral! Y justamente ese examen, hecho de *manera desinteresada*, es realizado raras veces o nunca por los padres. Así, hay casos de mil y una especies. No es necesario que yo hable más sobre eso. ¡Reflexionad

vosotros propios al respecto, para que no vengáis a transgredir esa grave palabra de Dios en el mandamiento! ¡Se abrirán, así, caminos no imaginados para vosotros!

¡Sin embargo, también el hijo puede sofocar esperanzas en los padres, que son justificadas! Cuando no desenvuelve en sí los dotes como es necesario, para que en eso pueda conseguir algo grande, siempre cuando los padres, listos para ayudar, le hayan permitido elegir el camino que ha pedido. ¡En ese caso también es un matar de nobles intuiciones en los padres, y viola así el mandamiento de forma brutal!

Lo mismo ocurre cuando el ser humano de alguna manera traiciona una amistad verdadera o la confianza, que alguien le dedica. ¡De esa forma, mata y hiere en el otro algo que encierra verdadera vida! Es transgresión de la palabra de Dios: ¡Tu no deberás matar! Resulta a ti destino perjudicial, que habrás que redimir.

¡Ved vosotros que todos los mandamientos son solamente los mejores amigos para los seres humanos, a fin de preservarlos fielmente de desgracia y de sufrimiento! ¡Por ese motivo, amadlos y respetadlos como a un tesoro, cuya conservación sólo resultará en alegría para vosotros! —

Sexto mandamiento

¡Tu no deberás cometer adulterio!

Ya el hecho de existir otro mandamiento que dice: “¡No te dejarás codiciar la mujer de tu prójimo!” demuestra cuán poco este sexto mandamiento tiene relación con aquello que la ley terrena establece al respecto.

“Tu no deberás cometer adulterio”, puede también significar: “¡Tu no deberás destruir la paz de un matrimonio!” Es natural que por paz también se entienda armonía. Esto condiciona al mismo tiempo *cómo*, además, un matrimonio debe ser constituido; pues donde nada existe para romper o perturbar, tampoco el mandamiento tiene validez, lo cual no se orienta por conceptos y determinaciones terrenas, pero sí según la voluntad divina.

Un matrimonio existe, pues, solamente donde paz y armonía imperan como algo natural. Donde uno busca siempre solamente vivir para el otro y le proporcionar alegría. ¡Se excluyen con eso, ya, completamente y para siempre, la unilateralidad y el tan engañoso tedio mortífero, así como el peligroso deseo por distracción o la ilusión de no ser comprendido! ¡Los instrumentos mortíferos para toda felicidad! ¡Justamente esos males ni *pueden* surgir en un verdadero matrimonio, en lo cual uno vive realmente para el otro, pues el no querer ser comprendido y también el deseo por distracción son solamente los frutos de un egoísmo evidente, que busca vivir solamente para sí y no para el otro!

En un verdadero amor de las almas, sin embargo, el mutuo alegre renunciar a sí propio se torna algo completamente natural y así, recíprocamente, queda también totalmente excluido que una de las partes resulte perjudicada. ¡A condición de que también el nivel de cultura de los que se unen no presente demasiada disparidad!

Esta es una condición, que la ley de atracción de igual especie en el gran Universo exige, la cual habrá que ser cumplida, si la felicidad deba ser completa.

Donde, sin embargo, no se encuentra la paz, no la armonía, el matrimonio no merece ser llamado de matrimonio; pues entonces él tampoco lo es, siendo solamente un vínculo terreno, que ante Dios no tiene ningún valor, y que, por eso, tampoco puede traer bendiciones *en aquello* sentido, como es de esperarse en un verdadero matrimonio.

¡En el sexto mandamiento, por lo tanto, el matrimonio verdadero es, de acuerdo con la voluntad de Dios, severa condición básica! Otro tipo de matrimonio no disfruta de protección. ¡Pero ay de aquel que osa perturbar un matrimonio *verdadero*, sea como sea! ¡Pues el triunfo que juzga obtener aquí en la Tierra lo espera en la materia fina de una forma enteramente diversa! Con pavor, a él le gustaría huir de ésta a tener que ingresar en el reino, donde ésta lo espera.

¡Un adulterio, en el más amplio sentido, ya existe ahí, donde hay el intento de separar dos personas que de hecho se aman anímicamente, como muchas veces lo hacen los padres, a los cuales una u otra circunstancia terrena no es de su agrado! ¡Y ay también de la mujer, ay de un hombre, sea joven o viejo, que, movidos por la envidia o por motivos fútiles, siembren deliberadamente discordia o hasta la ruptura entre una tal pareja! ¡El amor puro entre dos personas deberá ser sagrado para cada persona, deberá ser objeto de respeto y consideración, pero no de codicia! ¡Pues está bajo la protección de la voluntad de Dios!

Si, sin embargo, un tal sentimiento de codicia impura intenta surgir, deberá el ser humano alijarse y solamente mirar con ojos límpidos para *aquellas* personas que todavía no se han unido anímicamente a nadie.

¡Si busca con seriedad y paciencia, encontrará incondicionalmente una persona que con él combine en el sentido deseado por Dios, con la cual entonces también se tornará feliz, sin sobrecargarse con una culpa, que jamás pueda traer o proporcionar felicidad!

¡El gran error de esas personas es, muchas veces, que se empeñan en seguir un impulso de sentimiento inicialmente siempre débil, reteniéndolo a fuerza y cultivándolo artificialmente en su fantasía, hasta que, volviéndose fuerte, les llenen y, martirizando, también induce al pecado! ¡Miles de espíritus humanos no tuvieran que perderse, si solamente prestasen atención siempre para el *inicio* de eso, que, cuando no viene de cálculos del intelecto, es meramente fruto de relaciones amorosas indignas de seres humanos, los cuales, por su vez, tienen su origen en funestas costumbres de la vida familiar terrena y, principalmente, de la vida social! ¡Precisamente éstos son frecuentemente los verdaderos mercados casamenteros, en nada más limpios que el trafico sin disfraces de esclavos en el Oriente! En eso reside una incubadora para los germenés del adulterio.

¡Vosotros, padres, tened cuidado para que no os volváis culpados del crimen de adulterio para con vuestros hijos, a causa de cálculos demasíadamente intelectivos! ¡Innumerados ya se han enmarañado en eso! ¡Mucho costará a vosotros para libertaros nuevamente de eso! ¡Vosotros, hijos, tened cuidado para que no os volváis acaso instrumentos de discordia entre vuestros padres, o también seréis culpados de adulterio! Reflexionad bien sobre eso. ¡En caso contrario, os volveréis enemigos de vuestro Dios, y no hay siquiera uno de estos enemigos que por fin no haya que perecer con sufrimientos indecibles, sin que Dios mueva un dedo para tanto! Jamás deberás destruir la paz y la armonía entre dos seres humanos.

Martilla eso en ti, para que te sirva siempre de advertencia ante el ojo de tu alma.—

Séptimo mandamiento

¡Tu no deberás robar!

El ladrón es considerado una de la criaturas más despreciables. ¡Ladrón es todo aquél que toma de otro algo de su propiedad, sin su consentimiento!

En eso reside la explicación. ¡A fin de cumplir también correctamente el mandamiento, el ser humano nada habrá que hacer además de distinguir siempre con claridad lo que pertenece a otro! Eso no es difícil, cualquiera lo dirá inmediatamente. Y así ya lo pone apartado. De hecho no es difícil, como en el fondo todos los diez mandamientos no son difíciles de ser cumplidos, mientras uno lo quiera realmente. Pero la condición en eso será siempre que el ser humano los conozca correctamente. Y *eso* hace falta a muchos. ¿Para el cumplimiento, has meditado alguna vez realmente sobre lo qué en la verdad constituye propiedad de otro, de lo cual nada debes tomar?

Es su dinero, las joyas, el vestuario, tal vez también casa y propiedad, incluyendo el ganado, y todo cuanto de ésta es parte. ¡No consta, sin embargo, en el mandamiento, que el mismo se refiera únicamente a propiedades terrenas, de materia grosera! ¡Pues existen valores aún infinitamente más preciosos! ¡A la propiedad de un ser humano pertenece también su reputación, el concepto que disfruta en la sociedad, sus pensamientos, su carácter, incluso la confianza de que disfruta ante terceros, si no de todos, al menos ante uno u otro! Una vez llegado a este punto, mucho orgullo del alma ante el mandamiento ya habrá disminuido sensiblemente. Entonces, pregúntate: ¿jamás intentaste, tal vez de buena fe, estremecer la confianza que una persona disfruta ante otra, con advertencia de cautela, o hasta soterrarla totalmente? ¡Con eso, le robaste literalmente aquella, que era la depositaria de esa confianza! ¡Pues la tomaste de ella! O al menos hicisteis el intento para eso.

También habrás robado a tu prójimo si, al saber algo al respecto de su situación, lo tengas comunicado a terceros, *sin la anuencia del referido*. Podrás reconocer a partir de eso cómo están gravemente enredados en las mallas de la culpa todos aquellos que buscan transformar esos asuntos en negocio, o que se dedican a ese tipo profesionalmente, como las dichas agencias de informaciones o similares. Los auto-enredamientos ahí causan, debido a todas las consecuencias de esa actividad de las constantes transgresiones del mandamiento divino, una red tan enorme, que tales personas nunca más podrán libertarse y quedan entregadas a la condenación; pues todas ellas están *más sobrecargadas* de lo que ladrones y asaltantes grueso-materiales. Son también culpados y equiparados a cómplices aquellos que ayudan y estimulan tales “negociantes” en su pecaminosa actividad. Cada ser humano integro y honesto, sea particular, sea negociante, posee el derecho y el deber de exigir aclaraciones *directas* y, si necesario, documentos que le aclaren sobre todos aquellos que le someten cualquier solicitud, a fin de que pueda decidir hasta que punto podrá con confianza atender sus solicitudes. Todo lo demás es insano y reprochable.

El cumplimiento de este mandamiento tiene simultáneamente como efecto que la intuición despierte cada vez más y sus facultades, una vez estimuladas, sean liberadas. El ser humano adquiere así el verdadero conocimiento de la naturaleza humana, lo cual solamente por comodidad había perdido. Pierde poco a poco el carácter mecánico e inanimado, y se convierte nuevamente en un ser humano vivo. Surgen verdaderas personalidades, mientras la actual criatura en masa cultivada tiene que desaparecer.

¡Daos la tarea de meditar profundamente a ese respecto, y guardad para que en el fin no encontréis precisamente este mandamiento muy transgredido en las paginas de vuestro libro de culpas!

Octavo mandamiento

¡Tu no deberás levantar falso testimonio contra tu prójimo!

Si asaltares a uno de tus prójimos y le golpearas, de modo a causarle magullamientos, y si tal vez aún le robases, sabéis entonces que le perjudicaste y que serás pasible de punición terrena. Ni siquiera piensas que con eso concomitantemente también te enredaste en las redes de un efecto recíproco que no está sujeto a ninguna arbitrariedad, pero que se deflagra con justicia hasta en las más ínfimas reacciones del alma, lo cual no consideras, para lo cual ni posees intuición. Y ese efecto recíproco no tiene ninguna relación con la pena terrena, pero actúa totalmente independiente, de modo sereno por sí, pero de forma tan inevitable para el espíritu humano, que en toda la Creación no encontrará siquiera un rincón, capaz de protegerlo y esconderlo.

Cuando oís hablar al respecto de tal acto brutal de agresión y de heridas causadas a la fuerza, os sentís indignados. ¡Si las víctimas sean personas que os son prójimas, quedaréis también asustados y horrorizados! No os incomodáis, sin embargo, cuando oís, aquí y allá, una persona ausente ser calumniada por terceros, ante el empleo sutil de palabras malévolas, como tampoco muchas veces sólo con gestos muy expresivos, que dejan entrever más de lo que podrá ser dicho con palabras.

Pero prestad atención: una agresión grueso-material puede ser reparada mucho más fácilmente de lo que un ataque a el alma, la cual sufre con la difamación.

¡Evitad, por eso, a todos los asaltantes de la reputación, de la misma manera como a los asesinos grueso-materiales!

¡Pues son exactamente tan culpables, y muchas veces más aún! ¡Como no tienen piedad alguna para con las almas por ellos perseguidas, así también mano ninguna les deberá ser extendida para ayuda en el más Allá, cuando lo imploren! ¡Frío e impiedoso es el nefasto impulso en su íntimo de difamar otras personas, muchas veces hasta extrañas a ellos, y por eso habrán de encontrar frío e inclemencia centuplicados en el local que los aguarda, apenas cuando tengan que abandonar su cuerpo terreno!

¡Continuarán a ser en el más Allá los proscritos y los más despreciables, aún ante los asaltantes y los ladrones; pues un rasgo común, ignóbil y despreciable, caracteriza toda esa especie, desde un mero parlanchín a los individuos corruptos, que no tienen miedo de levantar falso testimonio, bajo juramento voluntariamente prestado, contra un prójimo, a lo cual, en muchas cosas habrían tenido motivo suficiente para agradecer!

Tratadlos como vermes venenosos, pues no merecen ser otra cosa.

Por faltar completamente a toda la humanidad el objetivo elevado y uniforme de alcanzar el Reino de Dios, las personas no tienen asunto cuando se encuentran en grupos de dos o tres, y suelen así tornar el hablar sobre los demás una costumbre de su agrado, cuya bajeza no más son capaces de reconocer porque, con el constante ejercicio, se ha perdido totalmente el concepto para esto.

¡Que continúen sentadas juntas en el más Allá, y se dediquen a su asunto predilecto, hasta que haya pasado el tiempo concedido para la última posibilidad de ascensión, que tal vez pudiese les haber traído salvación, y sean arrastradas a la descomposición eterna, para donde llegan todas las especies de materia grosera y fina para la purificación de *todo* el veneno introducido por espíritus humanos, que no son dignos de conservar un nombre!

Noveno mandamiento

¡No te dejarás codiciar la mujer de tu prójimo!

¡Este mandamiento es dirigido de modo severo y claro directamente contra los impulsos animales corporales, los cuales el ser humano... lamentablemente... muchas veces permite que surjan de modo excesivo, apenas cuando se le ofrezca oportunidad para eso!

Ahí también ya tocamos en el punto capital, que constituye la mayor trampa para los seres humanos, en la cual casi todos sucumben, apenas cuando con ella entren en contacto: *¡la oportunidad!*

¡El impulso es despierto y guiado solamente por los pensamientos! ¡El ser humano lo puede verificar fácilmente en si propio que el impulso no se manifiesta, no puede manifestarse, si no haya pensamientos a este respecto! ¡Es totalmente dependiente de eso! ¡Sin excepción!

No digáis que también el sentido del tacto puede despertar el impulso; pues eso es errado. Es solamente una ilusión. ¡El sentido del tacto despierta solamente el pensamiento y éste, luego, el impulso! ¡Y para despertar tales pensamientos, la oportunidad que se ofrece es el medio auxiliar más poderoso, que debe ser temida por los seres humanos! ¡Por esa razón, se constituye también la mayor defensa y la mejor protección para todos los seres humanos de ambos los sexos, cuando la oportunidad para esto es evitada! ¡Es la ancla de salvación en la aflicción actual, hasta que toda la humanidad haya se fortalecido de tal manera, que sea capaz de, como sana evidencia, *mantener puro el foco de sus pensamientos*, lo que hoy, lamentablemente, no más se torna posible! Entonces, sin embargo, una transgresión de este mandamiento es enteramente imposible.

¡Hasta ahí muchas tormentas purificadoras habrán que asolar la humanidad, pero *aquella* ancla resistirá, en la condición que cada bien-intencionado se esfuerce realmente por nunca dar oportunidad de una cita seductora en privado entre personas de sexos distintos!

¡Cada cual debe gravar eso con letras de fuego; pues no es tan fácil nuevamente libertarse anímicamente de tal transgresión, ya que ahí la otra parte también entra en cuestión! Y para la ascensión *simultanea* raramente existe una posibilidad.

“¡No te dejarás codiciar la mujer de tu prójimo!” ¡Eso no se refiere solamente a una mujer casada, pero si al sexo femenino en general! ¡Por lo tanto, incluso a las hijas! ¡Y como es dicho expresamente: “¡No te dejarás *codiciar!*”, se refiere solamente al impulso corporal, no por acaso al cortejar sincero!

Un engaño tampoco puede haber en esas palabras tan claras. Se trata aquí de la severa ley divina contra la seducción o violación. ¡Así como contra la mácula por pensamientos oriundos de una codicia oculta! Ya en eso, como punto inicial de todo el mal de un acto, constituye transgresión del mandamiento, que resulta en la punición ante un karma, que habrá que ser remido inevitablemente de alguna forma, antes que el alma pueda libertarse de eso nuevamente. Por veces tal acontecimiento, considerado erróneamente por los seres humanos como de poca importancia, constituye hasta un factor determinante para la especie de la próxima encarnación sobre la Tierra, o para su futuro destino *en esta* existencia terrena. ¡No consideréis, por eso, demasiado liviano el poder de los pensamientos, al que se une, naturalmente, también la responsabilidad en la misma proporción! Vosotros sois responsables por el pensamiento más imprudente; pues ya resulta daños en el mundo de materia fina. *En aquel* mundo, que habrá que recibirles, después de esta vida terrena.

¡Si la codicia, sin embargo, llevar a la seducción, llegando, por lo tanto, a un acto grueso-material, temed por la recompensa, si no más fuereis capaces de repararlo corporal y anímicamente aquí en la Tierra!

Habiendo, pues, ocurrido la seducción de manera más halagadora, o ante exigencia brutal, sea con eso también por fin lograda una anuencia de la parte femenina, no influenciará en nada el efecto recíproco, pues éste ya se ha iniciado cuando surgió la codicia, y toda la astucia y todas las artimañas solamente servirán para agravarlo. ¡Entonces, mismo la anuencia final no lo anulará!

¡Tened, pues, cuidado, evitad cada oportunidad y jamás tornaos despreocupados a ese respecto! *¡Conservad puro, en primer lugar, el foco de vuestros pensamientos!* ¡Así jamás transgrediréis este mandamiento!

¡Tampoco vale como excusa, si un ser humano busca iludirse con el hecho de que existía la probabilidad del matrimonio! Pues pensando así, sería hasta la más grosera falsedad. Un matrimonio destituido del amor de las almas es nulo ante Dios. ¡El amor de las almas, sin embargo, será la más fuerte de todas las protecciones contra la transgresión del mandamiento, pues aquél que realmente ama desea proporcionar al ser amado siempre solamente el mejor, siendo, por lo tanto, incapaz de manifestarle deseos o exigencias impuras, contra lo que se vuelve en primera línea el mandamiento!

Décimo mandamiento

¡Tu no deberás codiciar casa, propiedad y ganado de tu prójimo, y todo que le pertenece!

Quien busca obtener ganancias con trabajo o comercio honesto podrá esperar tranquilamente el llamado de este mandamiento en el día de la gran prestación de cuentas; pues pasará por él sin que los golpes lo alcancen. Considerando bien, es tan fácil cumplir todos los mandamientos y, aún así... observad *bien* todos los seres humanos y pronto llegaréis al reconocimiento de que también el cumplimiento de este mandamiento, de hecho para el ser humano tan evidente,... no resulta, o entonces solamente raramente y, aún así, no con alegría, sin embargo solamente con gran esfuerzo.

Sobre todos los seres humanos, sean blancos, amarillos, morenos, negros o rojos, pasa un deseo insaciable de envidiar el prójimo por aquello que ellos mismos no poseen. Aún mejor expresando: ¡de envidiarlo por todo! ¡En esa envidia ya reside la codicia prohibida! Con eso ya se consumó la transgresión del mandamiento, tornándose la raíz de muchos males, que dejan sobrevenir rápidamente la caída del ser humano, de la cual, en muchos casos, jamás se irgue.

El ser humano común, extrañamente, raras veces aprecia lo que es suyo, sino solamente aquello que aún no posee. Las tinieblas sembraron ávidamente la codicia, y las almas humanas, lamentablemente, se entregaron con demasiada buena voluntad para criar el suelo más fértil para la triste sementera. Así, en el transcurrir de los tiempos, la codicia por la propiedad ajena se ha tornado motivo dominante de toda la actividad de la mayor parte de la humanidad. A comenzar por el simple desear, pasando por la astucia y por la habilidad de convencer, aumentando hasta la envidia ilimitada resultante de la constante insatisfacción y hasta el odio ciego.

Para la satisfacción, cualquier camino era todavía considerado como correcto, si no estuviese en conflicto demasiado evidente con la ley terrena. ¡La ley de Dios permaneció ignorada ante el deseo creciente de adquisición! Cada cual se juzgaba realmente honesto, mientras no hubiese sido llamado ante las cortes terrenas para prestación de cuentas. Conseguir evitar eso, sin embargo, no le costaba muchos esfuerzos; pues empleaba el mayor cuidado y la mayor astucia del intelecto, cuando era su intención perjudicar sin ninguna consideración a su prójimo, apenas cuando fuese preciso, para obtener cualquier ventaja a precio bajo. ¡No le ocurrió siquiera que, en la realidad, justamente eso le iba a costar mucho más caro de lo que explorar todos los valores terrenos! ¡La así llamada inteligencia se tornó triunfo! La inteligencia, sin embargo, de acuerdo con los conceptos *actuales*, nada más es de lo que la florescencia de una astucia, o de una intensificación de ésta. ¡Solamente queda extraño que todos manifiesten desconfianza ante el ser humano astuto, del inteligente, sin embargo, respecto! El *concepto básico general* produce tal contra-sentido. El ser humano astuto es un ignorante en el arte de satisfacer sus codicias, mientras los seres humanos racionalmente inteligentes se tornaron expertos en el asunto. El ignorante no sabe encubrir sus deseos con mantos vistosos y cosecha por eso solamente desprecio compasivo. ¡Para el experto, sin embargo, brota de todas las almas, que se entregan a inclinación idéntica, la más envidiosa admiración! Envidia incluso en eso, pues en el suelo de la humanidad actual ni siquiera la admiración de igual especie logra ser exenta de envidia. ¡Los seres humanos desconocen ese fuerte muelle propulsor de los innumerables males y ni más saben que esa envidia, bajo múltiples aspectos, domina y conduce actualmente todos los sus pensamientos y todos sus actos! ¡Ella reside en el ser humano aislado, así como en pueblos enteros, dirige los países, genera guerras así como también los partidos y lucha eterna, dondequiera que dos personas hayan que deliberar sobre algo!

¡Dónde queda la obediencia al décimo mandamiento de Dios, a uno se le desearía exclamar como *advertencia* a los países! ¡En la más impiedosa codicia, ambiciona cada uno de los países terrenos solamente la pose del otro! En eso, no retroceden ante el asesinato aislado, tampoco ante masacres, ni ante la esclavización de pueblos enteros, solamente para así proyectarse en grandeza. ¡Los bellos discursos sobre auto-conservación o auto-defensa son solamente subterfugios cobardes, pues ellos mismos sienten claramente que algo necesita ser dicho, para atenuar o disculpar un poco esos crímenes tan monstruosos contra los mandamientos de Dios!

¡Eso, sin embargo, de nada les sirve; pues inexorable es el cincel que graba las transgresiones de los mandamientos de Dios en el libro de los acontecimientos mundiales, e indestructibles son los hilos del karma que ahí se unen a cada uno, de modo que ni siquiera la menor manifestación de su pensar y del actuar pueda perderse sin ser expiada!

¡Quién pueda alcanzar con la vista todos esos hilos verá qué terrible Juicio fue así provocado ahora! ¡Confusión y desmoronamiento de lo cuanto ha sido construido hasta entonces son solamente las primeras y *ligeras* consecuencias de esa más torpe de todas las violaciones del décimo mandamiento de Dios! Nadie podrá ser benevolente con vosotros, apenas cuando el efecto empiece ahora a caer cada vez más sobre vosotros. No lo merecisteis de otra forma. ¡Vendrá con eso solamente aquello que vosotros mismos forzasteis para vosotros!

¡Arrancad por completo la sórdida codicia de vuestra alma! ¡Reflexionad que incluso un país se compone solamente de personas aisladas! ¡Dejad de lado toda la envidia y todo el odio contra *aquellas* personas que, según vuestra opinión, poseen mucho más que vosotros propios! ¡Lo tiene su razón de ser! ¡Que no seáis capaces de reconocer esa razón, toda la culpa es *solamente vuestra*, por haber forzado voluntariamente para vosotros la enorme, y *no* deseada por Dios, limitación de vuestra capacidad de comprensión, que tuvo que surgir como consecuencia de vuestro nefasto servilismo intelectual!

¡Aquél que no esté satisfecho con la posición que le es dada en el nuevo Reino de Dios aquí en la Tierra, resultado del efecto de los hilos de su karma por él propio criados, tampoco es digno de que con eso le sea propiciada la oportunidad de libertarse, de modo relativamente fácil, de viejos fardos de culpas a él adheridos y de, concomitantemente, todavía madurar espiritualmente, a fin de encontrar el camino que lleva a la patria de todos los espíritus *libres*, allá, donde imperan solamente Luz y alegría!

¡En el futuro, cada insatisfecho será destruido sin piedad como imprestable perturbador de la paz por fin deseada, como obstáculo a la ascensión sana! ¡Si, sin embargo, existir en él aún un germen bueno, que asegure fuertemente una breve conversión, entonces permanecerá sometido bajo a una nueva ley terrena, para *su* bien y para su última salvación, hasta en él surgir un reconocimiento del infalible acierto de la sabia voluntad de Dios; *acierto también referente a él* que, solamente por miopía de su alma y por tontería voluntaria, no fue capaz de todavía reconocer que el lecho, en que *ahora* está acostado en la Tierra, ha sido por él propio fabricado para sí, como consecuencia incondicional de *toda* su existencia de hasta entonces, de *varias* vidas en el más Allá y también en la Tierra, no siendo, por lo tanto, ciega arbitrariedad de un acaso! ¡Reconocerá entonces, finalmente, que necesita para sí exactamente aquello y *solamente* aquello que vivencia y el lugar donde se encuentra, así como las condiciones en que nació, con todo lo que a eso se une!

Si trabajar asiduamente en sí propio, progresará no solamente espiritualmente sino también terrenamente. Si, sin embargo, quiera obstinadamente forzar otro camino para sí, sin consideración y para pérdida de sus prójimos, entonces eso jamás podrá resultarle un verdadero provecho.

¡Él no debe decir que el reconocimiento de eso aún deba y tenga que serle proporcionado por Dios, para que obedezca y se modifique en eso! ¡Se trata solamente de osadía y nuevo pecado, si espera o hasta exige que primero le sea probado que está errado con su opinión, para que pueda creer, convencido del contrario! ¡Es *él*, solamente *él*, que se ha tornado completamente incapaz para el reconocimiento, y que se ha desviado del camino cierto, en lo cual se encontraba en el inicio! ¡Las posibilidades del reconocimiento ya se le habían sido dadas por Dios en el camino que él había pedido seguir! ¡Como él ahora las enterró profundamente a través de la propia mala voluntad, debe Dios ahora, como su servo, reabrir tal cueva para él! ¡Comportamiento pueril! ¡Exactamente esa arrogancia, esa exigencia, hará con que ahora sea más difícil al ser humano redimir las blasfemias contra Dios con eso cometidas! Yo os digo: ¡será más fácil para cualquier ladrón quedarse nuevamente libre de culpa, de lo que para un alma humana que, esperando, osa exigir que Dios deba reparar para él la propia y mayor culpa del ser humano ante nueva donación de reconocimiento! ¡Exactamente aquello que el propio ser humano, en la forma más rebelde contra la voluntad de Dios, ha tomado sobre sí como el más pesado fardo de pecados!

¡Será una lucha ardua para las almas humanas, hasta que puedan libertarse de las habituales transgresiones del décimo mandamiento de Dios, es decir, hasta que se modifiquen en eso, para por fin vivir realmente de acuerdo con el mismo, en el pensar, hablar y actuar! ¡Para todos, sin embargo, que no lo logren, esperan sufrimiento y aniquilación aquí en la Tierra y en el más Allá!

¡Amén!

La vida

El concepto del ser humano sobre la vida estaba errado hasta ahora. Todo cuanto él denominaba vida nada más es de lo que un movimiento impulsado, que debe ser considerado solamente como efecto natural de la verdadera vida.

En toda la Creación es, por lo tanto, formador, madurador, conservador y desintegrador solamente el efecto posterior del movimiento más o menos fuerte. El intelecto humano investigó ese movimiento como si fuera lo más elevado y encontró allí su límite. No puede ir más allá en sus investigaciones, por ser él mismo un producto de ese movimiento. Por eso, lo denominó, por ser el máximo de su reconocimiento, simplemente de “fuerza” o “fuerza viva”, o lo denominó también de “vida”.

Sin embargo, no es ni fuerza tampoco vida, pero solamente un efecto natural e inevitable de eso; pues fuerza existe solamente en la propia vida, es una sólo cosa con ella, inseparable. Toda vez, pues, que la fuerza y la vida son inseparables, la Creación, sin embargo, es solamente formada, conservada y nuevamente desintegrada por el movimiento, tampoco se puede hablar de fuerza o de vida dentro de la Creación.

Quién, por lo tanto, quiera hablar de descubrimiento de la fuerza primordial o incluso en aprovechamiento de la fuerza primordial por medio de maquinas está equivocado, porque tampoco podrá encontrar esa fuerza dentro de la Creación. Considera como tal algo diferente y solamente lo nombra, según su acepción, erróneamente como “fuerza”. Una tal persona prueba con eso, sin embargo, no tener idea alguna de los fenómenos en la Creación o de esa propia Creación, por lo que, sin embargo, no puede ser censurada; pues co-participa de esa ignorancia con *todos* sus semejantes, instruidos o no instruidos.

Por eso, desde el principio, hablé en mi Mensaje de una “fuerza” que perfluye la Creación, porque solamente de esa manera yo podía tornar muchas cosas comprensibles a los seres humanos.

Por el contrario, tampoco tendrían comprendido mis explicaciones. Pero ahora puede proseguir y dar un imagen, que refleja de forma realística los acontecimientos de todos los fenómenos. Esta descripción es nueva, pero no altera *nada* de mis aclaraciones hasta aquí dadas, sin embargo todo permanece exactamente así como yo dije y es *real*. El nuevo en mi actual presentación es solamente aparente, porque de esta vez yo lo ilumino de manera diferente.

Doy con eso una base firme, una gran copa, en la cual la persona puede colocar todo lo que fue dicho en el presente Mensaje como un contenido burbujeante en continuo movimiento, con lo que entonces hace un todo, algo que forma incondicionalmente un conjunto, algo que confluye. Así, el ser humano gana una visión global, para él inagotable, armonizando en todo, del grande fenómeno hasta entonces desconocido por él, lo cual contiene en sí su propio evolucionar y existir.

Que busquen el oyente y el lector, pues, conceptualizar en imágenes lo que yo les desenvuelvo:

Vida, vida real es algo completamente autónomo, completamente independiente. Del contrario, no debería ser denominado de “vida”. ¡Esa, sin embargo, sólo se encuentra en *Dios*! Y toda vez que ha sido de Dios nada es realmente “vivo”, también sólo Él tiene la fuerza, que reside en la vida. ¡Únicamente Él, por lo tanto, es la frecuentemente llamada fuerza primordial o, por otra parte, “la fuerza”! ¡Y en la fuerza, a su vez, reside la Luz! La expresión “Luz primordial” para eso es tan errada cuanto la expresión “fuerza primordial”; pues existe simplemente solamente aquella pura Luz y aquella pura fuerza: ¡*Dios*!

¡La existencia de Dios, de la Fuerza, de la Luz, por lo tanto, de la Vida, ya por sí sólo condiciona las Creaciones! Pues la Luz viva, la fuerza viva no puede evitar *irradiaciones*. Y esas *irradiaciones*, pues, contienen todo lo necesario para la Creación.

¡La irradiación, sin embargo, no es la propia Luz!

¡Por lo tanto, todo lo que existe fuera de Dios tiene su origen exclusivamente en la irradiación de Dios! Esa irradiación, sin embargo, es para la Luz un efecto evidente. Y en ese efecto *siempre* ha existido, desde la eternidad.

La intensidad de la irradiación es, pues, en la cercanía de la Luz, naturalmente la más fuerte, de manera que en eso no puede haber ningún otro movimiento excepto el más absoluto y riguroso *movimiento hacia delante*, que reside en la irradiación. Así emana de Dios para lejos, para distancias legendarias, cuya extensión un espíritu humano no consigue imaginar.

Allá, sin embargo, donde ese incondicional impeler hacia adelante, que corresponde a una presión descomunal continua, por último, disminuye un poco, el movimiento hasta entonces solamente impulsador pasa *para un modo circular*. Ese modo circular es provocado por el hecho de que la atracción simultáneamente actuante de la fuerza viva atrae nuevamente todo lo que ha sido lanzado hacia más allá del límite de la irradiación integral, hasta el punto donde predomina el movimiento que solamente impele hacia frente. Se originan así los movimientos circulares en forma *elíptica*, por *no* ser un movimiento *propio*, pero solamente producido por el lanzamiento para allá de cierto punto y la subsecuente retracción provocada por la atracción que reside en la fuerza, por lo tanto, en el propio Dios.

En esos movimientos circulares, pues, donde la descomunal presión de la irradiación directa disminuye, se origina naturalmente también un ligero resfriamiento y de ahí, por su parte, una determinada sedimentación.

La sedimentación baja más, o se aleja más de la más fuerte irradiación original, es, sin embargo, siempre aún sostenida por la atracción de la fuerza que todo prepassa, contiene, sin embargo, simultáneamente siempre aún suficiente fuerza propulsora de la irradiación, por lo que, por su parte, surgen nuevos movimientos circulares, que permanecen dentro de límites siempre diferentes, sin embargo, muy determinados. De esa forma ocurre sedimentación tras sedimentación, se forma en eso un plan de movimiento elípticamente circular tras otro, que producen aglomeraciones y, por último, formas cada vez más firmes, más y más distantes de la irradiación original y de su colosal presión propulsora.

Las gradaciones que desde ahí se originan constituyen planes, donde se congregan y se mantienen determinadas especies, conforme el grado de su resfriamiento. Esos planes o especies ya he descrito en mi Mensaje, como siendo los grandes planes básicos del espiritual, en el lugar más elevado de la Creación, siguiéndose después el enteal, la materia fina y por último la materia gruesa con sus muchas gradaciones. Que con eso todas las especies más perfectas estén más en el alto, más próximas del punto de origen, por más asemejarse con él, es natural, toda vez que por sobre éstos la atracción de la fuerza viva tiene que actuar de modo más fuerte. — —

Conforme ya dije, siempre ha existido esa irradiación de la Luz de efecto tan inconcebible, desde la eternidad.

Sin embargo, Dios no ha dejado esa irradiación actuar e ir más allá de lo que hasta el límite, en que la corriente que impulsa incondicionalmente aún formaba una línea recta, de manera que la irradiación divina pura, sin resfriamiento y sin los sedimentos de ahí resultantes, aún permaneciese resplandeciente en toda la clareza. ¡Eso constituya, con el propio Dios, la esfera divina eterna! En esa clareza jamás pudo surgir turbación, por consiguiente tampoco ningún desvío, ninguna alteración. Solamente armonía completa con el

origen, la propia Luz, era posible. Y ella se encuentra inseparablemente atada a Dios, porque esa irradiación de la fuerza viva, como su efecto natural, no puede ser evitada.

A esa esfera divina que se encuentra bajo la presión, inconcebible al espíritu humano, de la máxima proximidad de la fuerza viva, pertenece, como extremo punto de delimitación y anclaje, el Burgo del Grial propiamente dicho, a imaginarse también como el extremo polo opuesto terminal. Él se encuentra, por consiguiente, aún en el círculo del divinal y existe por eso desde toda la eternidad, y permanecerá inalterado por toda la eternidad, aunque la Creación un día tuviese que reducirse a escombros.

De esa forma ha sido desde toda la eternidad. Algo no comprensible para el espíritu humano.

Solamente cuando Dios, en Su voluntad, emitió la gran expresión: “¡Hágase la Luz!”, las irradiaciones se lanzaron, más allá del límite hasta entonces deseado, para el espacio sin Luz, trayendo movimiento, calor. Y de esa forma tuvo inicio la Creación que, generando el espíritu humano, pudo tornarse su patria.

Dios, la Luz, no necesita de esta Creación. Si Él limitar la irradiación nuevamente hasta el punto del inevitable, de modo a sobrar solamente una esfera de la pureza divina, donde jamás pudo ocurrir una turbación, como ya ha sido antes, entonces, ha llegado el fin para todo lo demás. ¡Pero con eso terminaría también la existencia de la criatura humana, que sólo *en ella* puede estar conciente! —

La irradiación inmediata de la Luz sólo puede generar algo perfecto. En las alteraciones de esa primera presión, sin embargo, que se originan resultado de las distancias cada vez mayores, esa perfección original disminuye, porque en el resfriamiento progresivo se separan continuamente partes individuales y quedan hacia tras. Pureza en la perfección condiciona la *presión de la irradiación divina en su más alta potencia*, como solamente es posible en la proximidad de Dios. La presión genera movimiento, resultando ahí calentamiento, calor e incandescencia. La presión, a su vez, es solamente el efecto de la fuerza, no la propia fuerza; como también las irradiaciones se originan solamente bajo la presión de la fuerza, pero no son la propia fuerza. Por eso, las irradiaciones en la Creación son también solamente la consecuencia de un movimiento correspondiente que, a su vez, tiene que orientarse por la respectiva presión. Donde, por lo tanto, no haya irradiaciones en la Creación, tampoco hay movimiento o, conforme dicen las personas erróneamente, ninguna “vida”. Pues cada movimiento irradia, y la paralización es la nada, la inmovilidad, nombrada de muerte por las criaturas humanas. Así, también el gran Juicio sólo se realizará por intermedio de la aumentada presión de un rayo divino, intermediado por un enviado de Dios encarnado en la materia gruesa, al cual Dios ha dado una chispa de *Su fuerza viva*. ¡Solamente podrá resistir a la presión de esa *chispa de fuerza viva*, que naturalmente no puede ser tan fuerte como la poderosa presión de la fuerza viva en el propio Dios-Padre, todo aquello que vibre *correctamente* en las leyes del efecto de la fuerza de Dios! De esa forma, es fortalecido, pero no transformado en incandescencia blanca, porque para eso no basta la irradiación de la fuerza de la chispa. Todo lo que es perturbador, sin embargo, será extraído, impelido hacia fuera de sus falsos movimientos, destruido y desintegrado, para lo que la irradiación de la fuerza de la chispa es completamente suficiente. Así, el gran Juicio de Dios se procesa de forma totalmente natural y no queda, por acaso, sujeto a una arbitrariedad del enviado de Dios. Ocurre simplemente basado en la ley de irradiaciones, que hubo que formarse como consecuencia de la irradiación de la fuerza de Dios; pues todo lo que se mueve *correctamente* en el pensar y en el actuar irradia en la materia gruesa el color violeta.

Pero, lo que es de las tinieblas, del mal, o se inclina hacia él, sea en el pensar o en el desear, presenta uno *amarillo* turbo. ¡Esos dos colores son ahora fundamentales para el Juicio! Según la fuerza de una voluntad o de una acción, las irradiaciones son también débiles o

fuertes. ¡Con el enviado de Dios viene para la Creación un rayo de Luz *divina* de modo inalterado, con eso, también aquí para la Tierra! La Luz divina fortalece y eleva el bien, por lo tanto, todo cuanto tenga el color violeta terrena, mientras que el amarillo turbado terreno es desintegrado y destruido por ella.

Conforme la especie y la fuerza de una voluntad o de una acción, es más fuerte o más débil la irradiación. ¡Y, de acuerdo con eso, se forman, entonces, también la especie y la fuerza del efecto juzgador del rayo de Luz divina, en inmutable justicia!

Puede muy bien ser dicho que la Creación se halla envuelta y prepasada por una gigantesca red de irradiaciones multicolores. Esas irradiaciones, sin embargo, son solamente la expresión de los diversos movimientos, que tienen su origen en la presión de la fuerza viva en Dios. Con otras palabras: Dios en Su fuerza viva mantiene la Creación. Todo eso es cierto, poco importando cual la forma de expresión elegida para tanto, debe solamente ser conocida con exactitud el origen cierto y el progresivo curso evolutivo, caso quiera hacer algo con eso.

¡Como, pues, el grado máximo de calor hace encandecer hasta el *blanco*, así también ocurre en la esfera divina, en cuanto que, con la disminución de los grados, surgen poco a poco otros colores y, con el resfriamiento, todo se convierte más y más denso!

Para proseguir aclarando en esos conceptos terrenos, quiero decir que el espíritu humano jamás puede tornarse blanco-incandescente, porque se originó en un plan, donde la presión se hallaba en declive, no más siendo capaz de producir aquel grado máximo de calor. Así, en su origen, él es de una especie que no más puede soportar concientemente ese grado máximo de fuerza. O se puede decir igualmente: solamente con un muy determinado resfriamiento surge lo que es espiritual y puede tornarse conciente. También la especie, de la cual se origina el “espíritu”, es solamente aún un *sedimento* proveniente de la esfera divina, que había que formarse debido al ligero resfriamiento, y así por delante.

Sin embargo, ahora eso gradualmente aún se amplía más. El primer sedimento de la esfera divina forma el puro espiritual, desde onde se originan los primordialmente criados. Y solamente el sedimento de éstos produce la especie, de la cual pueden desarrollarse los espíritus humanos. El sedimento de esa especie, por su vez, produce el entéal, de lo cual se sedimenta la materia fina que, a su vez, produce como último lo que es de materia gruesa. Sin embargo, existen ahí aun muchísimos escalones intermediarios de cada una de las especies básicas aquí mencionadas, incluso en el divinal, los cuales, como transiciones, deben tornar posible la ligazón.

El *primer* sedimento proveniente de la esfera divina es, como fácilmente se comprende, también el de contenido más rico, pudo, por eso, tornarse inmediatamente autoconsciente, y formó los así nombrados primordialmente creados, mientras que el sedimento subsecuente y proveniente de ese primer sedimento no más es tan fuerte y se debe desarrollar primero poco a poco para una concientización. Desde ese se originan los espíritus humanos.

Debido al contenido más rico de su especie, los primordialmente criados se encuentran, por eso, en el lugar supremo de la Creación, porque constituyen el *primer* sedimento proveniente de la esfera divina, mientras los espíritus humanos sólo se originaron del sedimento subsecuente y, naturalmente, aunque con plena madurez, no pueden llegar hacia la altura de los primordialmente criados, por la especie, más ricos en contenido, debiendo, sin embargo, permanecer en la altura de su propia especie. Para escalar más alto aún les hace falta algo, que no es posible complementar. A no ser que les fuese proporcionado algo directamente de la fuerza viva de Dios, lo que, sin embargo, no puede ocurrir por el camino natural de transición, pero sí habría que provenir de una parte viva de Dios, transferida para la Creación, toda vez que con ella, como *fuerza* propia, realmente *viva*, queda neutralizado el resfriamiento de la irradiación, que al contrario ocurriría imprescindiblemente en la transición.

Sólo ella está, por lo tanto, en condiciones de juntar algo a un espíritu humano a través de su directa irradiación propia, lo que le posibilita pasar el límite de la región de los primordialmente criados.

Luego del lanzamiento de las irradiaciones para más allá de los límites de la esfera divina, es decir, en el principio de la Creación, se originó un anexo al eterno Burgo del Grial, que se encuentra en el límite extremo, en el otro lado, por lo tanto, en la parte más espiritualizada de la Creación, de modo que también los primordialmente criados, de su lado, puedan visitar la parte nueva del Burgo en el espiritual, hasta el límite superior determinado por su especie. Un paso hacia arriba, es decir, hacia la esfera divina, significaría para ellos un inmediato desmayo, un consumirse en la incandescencia blanca, si... pudiesen dar ese paso. Pero eso es imposible, porque serían simplemente rechazados por la presión mucho más fuerte de la esfera divina, a la que no están acostumbrados, o, dicho de otra forma, esa presión no les deja entrar. De modo totalmente natural les impide el ingreso, sin que ahí necesite acontecer algo más.

De modo análogo ocurre a los espíritus humanos desarrollados en relación a los primordialmente criados, y de la planicie existencial de ellos.

Así, el Burgo del Grial con su anexo espiritual se encuentra hoy como mediador entre el divinal y la Creación. A través de él tienen que pasar todas las irradiaciones necesarias a la Creación, y el Hijo del Hombre, como Rey del Grial, es el único mediador que puede ultrapasarse el límite de la Creación hacia el divinal, debido a su especie de origen, que ata el divinal con el espiritual. Por ese motivo *había* que acontecer el misterio de esa ligazón.

Sólo muy abajo de ese Burgo del Grial y de la región de los primordialmente criados se encuentra el Paraíso, como punto más alto y más bello para los espíritus humanos que, para la plena madurez en la voluntad divina, se sometieron a las leyes de sus irradiaciones. — —

No quiero entrar aquí en detalles, a fin de que el imagen del fenómeno en si no sea extendida excesivamente. Sobre eso aún editaré libros para la ciencia terrena, destinados al estudio de los procesos aislados como, por ejemplo, el desarrollo en los diversos planes, su interactuar y así por delante. Nada debe ser omitido, en el contrario resulta en una laguna, que pronto provoca una estagnación del saber humano.

Regresando, pues, un espíritu humano terreno en su madurez después de larga peregrinación, a los límites determinados a su especie, por lo tanto, al inicio de una presión más fuerte, no podrá encandecerse más aún de lo que su plena madurez ya le permite encandecer. La presión aumentada de una fuerza aún más intensificada debía hacer derretir y quemar la especie de su constitución, transformarlo para el grado de calor más elevado, con lo que su yo se pierde. Entonces no más podría subsistir como espíritu humano y habría que quemar, deshaciéndose en la Luz blanca, mientras que él ya desfallecería en la región de los primordialmente criados, debido a la presión más elevada ahí reinante.

La Luz blanca, es decir, la irradiación de Dios, donde solamente lo que es divinal puede mantenerse conciente, *contiene, por lo tanto, en si todos los componentes fundamentales de la Creación*, los cuales, en el resfriamiento lento, sedimentan hacia abajo, se forman en el movimiento y, formados, se congregan, sin embargo, no más se absorben recíprocamente, toda vez que les hace falta la presión correspondiente para tanto. En cada grado de resfriamiento se forma un determinado sedimento y queda hacia tras. Primero el divinal, después el espiritual, y en seguida el enteal, hasta que finalmente solamente la materia fina y la materia gruesa continúan bajando.

De esa forma la Creación es, en la verdad, la sedimentación del progresivo resfriamiento de la Luz blanca, de la irradiación de la Luz viva. El espiritual, bien como el enteal, sólo

pueden formarse y concientizarse en un muy determinado grado de resfriamiento, lo que corresponde a la disminución de la presión de la irradiación de Dios.

Cuando hablo aquí de un derretir o ser disuelto del espíritu humano, bajo una presión excesiva de la irradiación de la Luz, entonces, en ese limite no es de considerarse acaso el nirvana de los budistas, como éstos tal vez quieran de buen agrado interpretar mi aclaración. Mi actual aclaración trata solamente del fenómeno en la dirección de la Luz hacia abajo, mientras el nirvana sería el punto culminante para el camino hacia arriba.

Ahí sería pasado un cerrojo; pues, para llegar de esta Tierra hasta el reino espiritual, el Paraíso, en cuyo supremo limite se debe buscar este punto, cada espíritu humano, en estado “autoconsciente”, ya debe haber alcanzado la máxima madurez. Madurez según la voluntad divina, y no acaso según la opinión humana. Si no, no podrá entrar en ese reino. Se esté, sin embargo, como espíritu conciente de si, madurado hasta ese punto, será rigurosamente detenido, rechazado en el limite por la aumentada presión de la esfera divina. ¡No *puede* ir adelante! Y tampoco lo quiere. En la esfera divina jamás conseguiría deleitarse con las alegrías, toda vez que allá no más puede ser espíritu humano, pero sería fundido, mientras que, en el reino espiritual, en el Paraíso, encuentra alegrías eternas y, con gratitud, ni más piensa en querer ser disuelto totalmente.

Además, en su plena madurez, él es *necesario* para la elevación y el perfeccionamiento de los planes que quedan bajo él, que, en nuevos sedimentos, son solamente capaces de resistir a una presión aún menos fuerte de lo que él propio. Allá *él*, el espíritu humano, es el mayor, porque resiste a una presión más fuerte, hasta necesita de ella. — — —

La misión del espíritu humano, pues, en esas camadas inferiores es, con la fuerza en él inherente, abrir todo lo que este abajo él, tanto cuanto es posible, a la influencia de las irradiaciones puras de la Luz, y así poder actuar como mediador, a través de lo cual puede penetrar presión más fuerte, proporcionando bendiciones para todo lo demás, porque puede recibir esa presión más elevada y, compartiendo, transmitirla, la cual, purificando, desintegra todo lo que es impuro.

Lamentablemente, en eso la criatura humana procedió mal. ¡Bueno que, en las Creaciones, se desarrolló todo lo que debía desarrollarse hasta ahora, siguiendo la presión o el impulso, sin embargo, de modo errado, porque aquí la criatura humana no solamente faltó, pero de modo engañoso incluso ha conducido hacia abajo, en lugar de hacia el alto! Por ese motivo se originaron solamente feas caricaturas de todo, en lugar de belleza natural.

Ser natural, sin embargo, significa subir, esforzarse en dirección hacia el alto, siguiendo la atracción de la fuerza viva. Pues en la naturalidad todo se esfuerza solamente hacia arriba, como cada hierba, cada flor, cada árbol. De esa forma, lamentablemente, aquello que la voluntad humana ha conducido sólo aún exteriormente presenta *semejanza* con lo que ella debía impulsar.

Una rica vida interior, por ejemplo, en la observación superficial puede ser muchas veces confundida exteriormente con el vacío que se muestra en el esnobismo. Veneración pura de toda belleza es, en sus manifestaciones, en el principio, también semejante a la baja codicia; pues ambas presentan cierto grado de entusiasmo, sin embargo, solamente una es legítima, la otra es falsa y sirve solamente como medio a la finalidad. Así, la verdadera gracia es substituida por la vanidad, el verdadero servir, simulado por la ambición. De esa manera prosigue en todo lo que el ser humano ha criado. Solamente raramente sus caminos conducen a la Luz. Casi todo inclina hacia las tinieblas.

¡Eso tiene que ser extirpado, para que de esa Sodoma y Gomorra venga, ahora, el Reino de Dios en la Tierra! ¡Todo finalmente hacia el encuentro de la Luz, para lo que el ser humano es el mediador!

— — —
De la propia Luz, de Dios, no hablo aquí. ¡Me es demasiado sagrado! ¡Además, el ser humano jamás podría comprenderlo, tiene que contentarse por toda la eternidad *de que Dios es!*

Secuencia de las dissertations

¡Para orientación!

1. ¿Qué buscáis?
2. ¡Despertad!
3. El silencio
4. Ascensión
5. Responsabilidad
6. Destino
7. La Creación del ser humano
8. El ser humano en la Creación
9. Pecado hereditario
10. Hijo de Dios y Hijo del Hombre
11. Dios
12. La voz interior
13. La religión del amor
14. El Redentor
15. El misterio del nacimiento
16. ¿Es aconsejable el aprendizaje del ocultismo?
17. Espiritismo
18. Atado a la tierra
19. ¿Es la abstinencia sexual necesaria o aconsejable?
20. El Juicio Final
21. La lucha
22. Formas de pensamientos
23. Moralidad
24. ¡Vela y ora!
25. El Matrimonio
26. El derecho del hijo respecto a los padres
27. La oración
28. El Padre Nuestro
29. Adoración a Dios
30. El ser humano y su libre arbitrio
31. Moderna ciencia del espíritu
32. Caminos errados
33. Seres humanos ideales
34. Lanzad sobre él toda la culpa
35. El crimen de la hipnosis
36. Astrología
37. Simbolismo *(Rescate simbólico) en el destino humano
38. Creencia
39. Bienes terrenos
40. La muerte
41. Fallecido
42. Milagros
43. El bautismo

44. El Santo Grial
45. El misterio Lucifer
46. Las regiones de las tinieblas y la condenación
47. Las regiones de la Luz y el Paraíso
48. Fenómenos universales
49. La diferencia en el origen entre el ser humano y el animal
50. La separación entre la humanidad y la ciencia
51. Espíritu
52. Desarrollo de la Creación
53. ¡Yo soy el Señor, tu Dios!
54. La inmaculada concepción y el nacimiento del Hijo de Dios
55. La muerte del Hijo de Dios en la cruz y la Cena
56. “Bájate de la cruz”
57. ¡Esta es mi carne! ¡Este es mi sangre!
58. Resurrección del cuerpo terreno de Cristo
59. Concepto humano y voluntad de Dios en la ley de la reciprocidad
60. El Hijo del Hombre
61. Errores
62. La fuerza sexual en su significación hacia la ascensión espiritual
63. “¡Yo soy la resurrección y la vida; nadie llega al Padre, sino por mí!”
64. ¿Qué separa hoy tantos seres humanos de la Luz?
65. El clamor por el líder
66. Materia gruesa, materia fina, irradiaciones, espacio y tiempo
67. El error de la clarividencia
68. Especies de clarividencia
69. En el reino de los demonios y de los fantasmas
70. Aprendizaje del ocultismo, alimentación de carne o alimentación vegetal
71. Magnetismo terapéutico
72. ¡Vivid el presente!
73. El grande cometa
74. ¿Qué tiene el ser humano que hacer para poder entrar en el Reino de Dios?
75. Tu ves la paja en el ojo de tu hermano, pero no te fijas en la viga en tu ojo
76. La lucha en la naturaleza
77. Efusión del Espíritu Santo
78. Sexo
79. ¿Puede la vejez constituir un obstáculo hacia la ascensión espiritual?
80. ¡Era una vez...!
81. ¡Padre, perdonadles; pues no saben lo que hacen!
82. Dioses – Olimpo – Valhalla
83. Convocado
84. Criatura humana
85. ¡Y mil años son como un día!
86. Intuición
87. El Maestro del Universo
88. El Extraño
89. Una última palabra

90. El anticristo

91. ¡Y se cumplió...!

Palabra final

Apéndice:

Los Diez Mandamientos de Dios

1. ¡Yo soy el Señor tu Dios! ¡Tu no deberás tener otros dioses a mi lado!
2. ¡Tu no profanarás el nombre del Señor tu Dios!
3. ¡Tu deberás santificar el día de descanso!
4. ¡Tu deberás honrar padre y madre!
5. ¡Tu no deberás matar!
6. ¡Tu no deberás cometer adulterio!
7. ¡Tu no deberás robar!
8. ¡Tu no deberás suscitar falso testigo contra tu próximo!
9. ¡No te dejarás codiciar la mujer de tu próximo!
10. ¡No deberás codiciar casa, propiedad y ganado de tu próximo, y todo lo que a él le pertenece!

La vida